JUSTO SIERRA

EVOLUCION POLITICA DEL PUEBLO MEXICANO



Justo Sierra

EVOLUCIÓN POLÍTICA DEL PUEBLO MEXICANO



Caracas
1977

PROLOGO

De un tiempo a esta parte se ha sentido la necesidad de rectificar los criterios historiográficos con que han sido examinadas las figuras salientes del liberalismo hispanoamericano. Por un lado es necesario quitar un exceso de signos de admiración que es usual utilizar cada vez que hay una referencia a ellos. Por otro, tampoco es posible considerarlos como simples entreguistas de sus respectivos países a los grandes imperios cuya voracidad se disfrazó con la ideología liberal. En ambos casos se trata de visiones maniqueas —que no dialécticas— que oscurecen una cabal comprensión histórica, que ya urge en el caso de nuestro liberalismo.

Tal imperativo es plenamente vigente referido a la figura de Don Justo Sierra (1848-1912). Y para muestra basta un botón: en 1968 la Universidad Nacional Autónoma de México se vio envuelta en una fuerte crisis política que alcanzó dimensiones nacionales. Durante ella, los estudiantes solían deliberar en el auditorio más grande de la Ciudad Universitaria que lleva el nombre del educador mexicano. Al parecer el nombre de Sierra no les decía nada y resolvieron cambiarlo por el del Che Guevara y así lo denominaron durante todo el movimiento. Tal cambio era sintomático de los tiempos y de las actitudes admirativas de las nuevas generaciones. Pero, obviamente, no era el producto de un juicio histórico en el cual la bondad de la gestión sierrista quedara en entredicho. Simplemente los estudiantes no sabían quién había sido Justo Sierra; y esta ignorancia del pasado era también sintomática de los tiempos y actitudes nuevas. Síntoma de una voluntad de cambio que se empeña en ignorar el pasado. Voluntad utópica, indudablemente, porque no se funda en una crítica de la historia, condición indispensable para profundizar en el conocimiento de la realidad.

1. *LA SITUACION HISTORICA*

La personalidad de Sierra plantea más de un enigma a los historiadores. Personalidad dominante en la dictadura finisecular de Porfirio Díaz, que se

extendió desde 1876 a 1911 fue, sin duda, miembro de la oligarquía que rodeó al Presidente, especialmente en los últimos diez años en que fue Subsecretario de Educación y luego Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. Así considerado, como miembro conspicuo del porfirismo, le toca una parte de las censuras que los historiadores de la Revolución (iniciada en 1910) han enderezado contra el equipo gobernante.

Por otro lado, su gestión como educador y su visión como historiador han condicionado que se le considere como precursor de la Revolución en el nivel educativo y cultural. Así lo consideró el propio Francisco Madero, iniciador de la Revolución, quien en 1912 lo nombró Ministro Extraordinario y Plenipotenciario en España, con cuyo carácter todavía pudo visitar a Díaz en su destierro en París.

Esta ambivalencia se va aclarando, sin embargo, en la medida en que se va viendo la solución de continuidad que hubo entre el porfirismo y la llamada Revolución Mexicana. Esta solución de continuidad no fue entrevista inmediatamente porque los historiadores de la Revolución nos acostumbraron a considerar a este fenómeno como una torción radical de nuestra historia. Como un capítulo nuevo que cancelaba definitivamente al viejo. Incluso se llegó a hipostasiar el fenómeno considerándolo como una transformación de nuestra condición humana o como un verdadero descubrimiento de nosotros mismos. Así se expresa en la muy conocida opinión de Vicente Lombardo Toledano: "la Revolución, en cierto sentido, es un descubrimiento de México por los mexicanos". Opinión que, muy significativamente, se encuentra en un artículo titulado "El sentido humanista de la Revolución Mexicana[1]". Descubrimiento de la humanidad del mexicano, de su verdadera condición. Algo semejante afirma Octavio Paz en su libro *El laberinto de la Soledad*: "por la Revolución el pueblo mexicano se adentra en sí mismo, en su pasado y en su sustancia, para extraer de su intimidad, de su entraña, su filiación. De ahí su fertilidad, que contrasta con la pobreza de nuestro siglo XIX".[2]

Ciertamente opiniones como éstas sólo son posibles dentro de un criterio sustancialista que sostiene que ciertas estructuras fundamentales mexicanas se encuentran ocultas tras los fenómenos, y que estos pueden poseer suficiente opacidad o transparencia para ocultarlas o revelarlas. La idea, como se ve, es que la Revolución resultó transparente en contraste con la opacidad del siglo XIX. Pero en la medida en que se han abandonado los criterios sustancialistas —porque se ha dejado de hacer una apologética de la Revolución— y en que se ha afinado el concepto mismo de revolución, se ha hecho patente la continuidad entre ambas etapas históricas y entonces la ambivalencia de Sierra como porfirista y precusor se hacen extensivas a muchas otras características y personas del porfirismo.

[1]Vicente Lombardo Toledano: "El sentido humanista de la Revolución Mexicana", en *Revista Universidad de México*, número 48, diciembre de 1930, p. 102.

[2]Octavio Paz. *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963, p. 116.

Esta visión se hace posible al abandonar el concepto de la Revolución Mexicana como una revolución sui generis. Y, y en general, al abandonar la idea de que hay muchos tipos de revoluciones. Si aceptamos, como lo propone el autor de estas líneas, que en la época moderna sólo ha habido dos revoluciones, la burguesa y la socialista, y que ambas han constituido prolongados procesos y no únicamente súbitos estallidos, entonces la historia del México independiente, como la de Hispanoamérica independiente, tiene que ser vista a través de estas dos muy amplias categorías y no a la luz de un solo fenómeno de diez años, supuestamente *sui generis*.

Pero la categoría "revolución burguesa" tiene que ser matizada y detallada para que pueda explicar algo. Sin tomar partido por ahora en ardua discusión de si hubo o no feudalismo en América Latina y procurando limitar nuestras afirmaciones al caso de México, independientemente de que sean aplicables a otras partes, diremos que aquí la ideología liberal apareció como el proyecto histórico de creación de una clase burguesa con sus típicas formas políticas, económicas y culturales, pero estorbada por una estructura social opuesta a sus conceptos básicos. Así, por ejemplo, la estructura estamental y corporativa de la sociedad colonial era opuesta al individualismo moderno; los hábitos económicos de la Iglesia Católica, la máxima propietaria durante toda la época colonial, eran opuestos a la estructura elástica de la empresa moderna; la explotación extensiva del latifundio era contraria a la explotación racional e intensiva de la pequeña propiedad; los criterios escolásticos de la educación eran opuestos a los conceptos de la ciencia experimental, etc.

Desde otro punto de vista, hay que advertir que la presencia de grandes masas indígenas integradas y no integradas a la sociedad hispánica colonial planteaba no sólo serios problemas económicos sino etnológicos también, que desde luego no se encontraban previstos por los clásicos del liberalismo, europeos y norteamericanos, y que no podían ser resueltos por simples criterios individualistas.

Si a esto se añade que, en el siglo XIX las grandes potencias capitalistas como Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Holanda y Alemania, pretendieron llenar los vacíos de poder económico y político dejados por el colapso del viejo imperio español, englobando en sus áreas hegemónicas a los recién independizados países iberoamericanos, tendremos ya una idea de la *variante* burguesa constituida por nuestro liberalismo. Todo ello explica los hasta cierto punto frustrados esfuerzos por establecer el federalismo y la democracia; por expropiar los bienes de la Iglesia Católica o en su defecto desamortizarlos; por separar la Iglesia y el Estado; por abrirse de manera irrestricta a las inversiones de capital; por establecer la escuela laica y científica; por rechazar lo español y aceptar lo francés y lo anglosajón; por marginar al indio y al negro y por fomentar la inmigración blanca, etc.

La historia del liberalismo mexicano está marcada por estos esfuerzos y es el resultado de la transacción entre una reacia realidad y una ideología sostenida por grupos muy enérgicos, aunque minoritarios, alentados por

las intervenciones extranjeras. Sobre esto último hay que anotar que las mismas no se realizaban sin contradicciones, porque obviamente el programa liberal incluía la integración de un Estado nacional acompañado de su respectivo sentimiento nacionalista, que se veía agredido y menoscabado por tales intervenciones. Un ejemplo muy claro lo tenemos en la intervención francesa en México que colocó en el trono a Maximiliano de Hapsburgo. Maximiliano fue llamado por el grupo conservador en derrota, pero cuando tomó las riendas del gobierno se descubrió que tanto él como su esposa Carlota de Bélgica eran liberales, y con gusto sancionaron las medidas del gobierno de Benito Juárez. Juárez, por su parte, cabeza del liberalismo mexicano, combatió a los emperadores liberales y su resistencia marca un hito en la integración de la nacionalidad mexicana. El liberalismo de los emperadores agradó a muchos liberales mexicanos que no colaboraron en la resistencia porque la consideraron innecesaria, poniendo así de manifieste la identidad de intereses entre ellos y los intervencionistas franceses.

Este proceso, que podemos denominar como desarrollo burgués en circunstancias semicoloniales, llega hasta nuestros días y es nuestra propia versión de la revolución burguesa. En él podemos encontrar aceleraciones o estancamientos o frustraciones, pero no una multiplicidad de revoluciones. Así, el porfirismo y la llamada Revolución Mexicana son dos etapas del mismo proceso y no están divididas por un corte radical, por lo que no es difícil encontrar los lazos de continuidad. En este sentido, la obra de Sierra puede ser caracterizada como uno de esos vínculos de continuidad.

2. *LAS CIRCUNSTANCIAS PERSONALES*

Justo Sierra Méndez nace el 26 de enero de 1848 en la Ciudad de Campeche. El año es uno de los más trágicos de la historia mexicana: los soldados norteamericanos habían penetrado hasta la capital de la República después de la anexión de Texas en 1846 y de una campaña relámpago que los llevó a ocupar varias partes del territorio nacional incluyendo Isla del Carmen, muy cerca de la ciudad campechana. El conflicto terminaría en febrero de ese año con la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo por medio del cual, ante la amenaza de una anexión total, se cedieron por quince millones de pesos, aparte de Texas, los territorios que hoy son de Arizona, Colorado, Nuevo México y California junto con los cien mil mexicanos que los habitaban.

Se podría decir que el proceso histórico de ambos países se desarrollaba por rumbos opuestos: los Estados Unidos estaban guiados por una voluntad y un plan de expansión, en tanto que México vivía una etapa de desintegración. Y ello se puede probar a través de la propia familia de Sierra. Nacía en el seno de una familia oligárquica. Su padre, Justo Sierra O'Reilly era un abogado e intelectual de prestigio y su madre, Concepción Méndez Echazarreta, era hija de Santiago Méndez Ibarra, durante mucho tiempo

el político campechano de más prestigio. Durante ese año de 1848 a la familia Sierra Méndez le preocupaba algo más que la cercana presencia norteamericana. De hecho la península yucateca enfrentaba una de las más intensas rebeliones indígenas que se hayan dado en México.

Iniciada en 1847 se prolongaría en diversos episodios hasta 1901, y en ese año de 1848 pondría cerco a Mérida y Campeche. Originada en despojos de tierras, asesinatos y malos tratos, los indígenas respondieron con una guerra de exterminio de los blancos. Debido a las circunstancias que operaban en la capital de la República los políticos yucatecos decidieron pedir ayuda a los Estados Unidos y enviaron a Washington a Sierra O'Reilly quien ofreció dominio y soberanía de la Península sin obtener nada. Que un político mexicano pidiera ayuda a los Estados Unidos en el momento en que tropas norteamericanas invadían el centro de la República sólo se puede explicar por el proceso desintegrador a que nos referíamos arriba. Yucatán estaba separado del resto de la República y sólo se podía acceder a la península por barco. Sus vínculos con la capital eran bastante débiles y los grupos blancos dominantes tendían casi irresistiblemente a la autonomía.

Los indígenas, por su parte, no sabían nada de los que era México. Para ellos el gobierno no era más que una forma de opresión alentada por la Iglesia, según se desprende de varios testimonios.[3] Rechazados por la ayuda que envió el gobierno mexicano, 50.000 indios retrocedieron hasta la selva y fundaron el estado independiente de los cruzoobs, donde un régimen teocrático, militar, draconiano, intentó una nueva vida y una nueva religión. Lo cual constituía una protesta contra las formas opresivas de la sociedad occidental.

La gestión de Sierra O'Reilly no menguó su personalidad ni su importancia. Más adelante Juárez le encargaría la redacción de un proyecto de Código Civil mexicano. Por su parte, el joven Justo estudió en el Liceo Científico y Comercial de Mérida. A la muerte de su padre, en 1861, se trasladó a la capital de la República donde se matriculó en el Liceo Franco-mexicano y luego en la Escuela de Derecho de San Ildefonso. Esos años, de 1861 a 1867 son los años de la intervención francesa y del Imperio de Maximiliano. Nuevamente la familia de Sierra se encuentra en el lugar típico de la oligarquía: su tío Luis, con el que vivía era monarquista y miembro del Consejo Imperial. El joven Justo es vagamente juarista, pero más bien se dedica a destacar en los salones literarios como poeta, a vincularse con los notables de la vida intelectual y a hacer un poco de periodismo. Terminada la intervención se recibe de abogado y se avoca a la política siendo su primer puesto una suplencia de diputado.

Los años de 1867 (fusilamiento de Maximiliano y restauración de la República) a 1876 (inicio de la era profiriana) son el remate de casi un siglo

[3]Cf. Jean Meyer, *Problemas campesinos y revueltas agrarias* (1821-1910) SepSetentas, México. Y la única biografía amplia de Justo Sierra: Agustín Yáñez, *"Justo Sierra, su vida, sus ideas y su obra"*, en Obras completas del Maestro Justo Sierra, Universidad Nacional Autónoma de México, Tomo I, 1948.

de guerras civiles. La llamada Reforma liberal había separado la Iglesia del Estado, había derrocado definitivamente al Partido Conservador, había resistido la intervención francesa y había nacionalizado los menguantes bienes de la Iglesia. Pero, por todo ello, se había abierto una honda brecha entre dos sectores de población, dominantes ambos aunque uno de ellos estuviera políticamente derrotado, y había desatado las ambiciones de los caudillos liberales triunfantes. Todo en el marco de una ruina general y de una acuciosa vigilancia por parte del gobierno norteamericano, atento siempre a cuidar de sus intereses.

En 1878, Sierra, junto con un grupo de sus amigos, Francisco G. Cosmes, Eduardo Garay, Telésforo García y Santiago Sierra, fundan un periódico, *La Libertad,* en el que teóricamente se propone la superación del viejo conflicto entre liberales y conservadores. El periódico mismo lleva el epíteto de "diario liberal conservador" y enfoca la cuestión nacional con las armas del positivismo comtiano y del organicismo spenceriano que habían sido introducidos en México, sobre todo el primero, desde 1867, por el médico Gabino Barreda. Los fundadores de *La Libertad* consideran que la antinomia nacional debe ser trasladada a otro terreno para poder solucionarla. "Nosotros, dijeron, hemos transportado la lucha a otro terreno, al terreno del método científico". De acuerdo, pues, con los avances de la ciencia, "considerando a la sociedad como un organismo, pues que de órganos se compone, llamamos a su transformación normal, 'evolución', y a la anormal, a la que la violencia intenta realizar, a la que es una enfermedad del organismo social, la llamamos 'revolución'".

La crítica iba en contra de los supervivientes del liberalismo jacobino que, de acuerdo con la ya clásica tesis de Comte-Barreda, no podían concebir el progreso sino como una sucesión de explosiones destructivas. No se trataba, por otra parte, según ellos, de sostener la tesis conservadora, porque, como dijo Sierra, el método científico, si bien "vale como cincuenta contra la metafísica revolucionaria, vale cien contra la ultramontana". En otro trabajo, "México social y político", Sierra redondearía su idea del partido conservador; hubiera sido bienvenido un partido conservador con bastante sentido histórico como para aceptar las ideas modernas, emancipado de las aspiraciones teocráticas del clero, que profesando sistemático respeto a las tradiciones hubiera aclimatado en nuestro país las instituciones libres. Hubiera así encarnado la doctrina "que considera al progreso como la evolución del orden". Y habría sido más autorizado por la ciencia "que el partido de los innovadores a todo trance, que parten teórica y prácticamente de la destrucción de todo lo existente".[4]

La tesis política de *La Libertad,* como ya ha sido señalado en muchas ocasiones, sirvió de justificación ideológica a la prolongación de las presidencias de Porfirio Díaz y al grupo llamado "científico" que lo apoyaba.

[4]Cf. Yáñez, op. cit. pp. 66 y ss. Y de Leopoldo Zea, *El Positivismo en México,* Fondo de Cultura Económica, México, 1968, pp. 416 y ss.

Pero se trataba, en efecto, de un nuevo conservatismo. A los liberales mexicanos, después de la restauración de la República, les ocurre lo que a sus congéneres franceses, después de 1848: abdican de su actitud revolucionaria y consideran ya necesaria la conservación de un orden. No del orden ultramontano sino del nuevo orden en donde ocupan una posición preeminente. En busca de este orden con progreso, en 1880, lanzaron sus cadidaturas como diputados algunos redactores de la nueva publicación y algunos otros cercanos como el propio Sierra, Pablo Macedo, Rosendo Pineda, Francisco Bulnes, etc. Díaz terminaba su primer período y en los cuatro siguientes años gobernaría su compadre Manuel González. *La Libertad* lo propuso como candidato a gobernador para el Estado de Oaxaca.

Como diputado, Sierra interviene en varias ocasiones para defender proyectos educativos de su propia cosecha. Ya desde 1881 propone la creación de una Universidad, puesto que la Real y Pontificia Universidad creada en 1551 había sido cerrada por el emperador Maximiliano por tratarse de un bastión del conservatismo y de la educación escolástica. Sierra, como se verá más adelante, nunca pensó que la nueva universidad continuara a la vieja. Debía ser un bastión científico, pivote de lo que él llamaría la revolución mental. Sierra insistió a lo largo de varios años sobre la educación superior sin menoscabo de su atención a la enseñanza elemental. Y cuando, diez años más tarde, se le criticó acremente esa proclividad alegando que primero había que alfabetizar a las mayorías, Sierra respondió con el clásico criterio de la ilustración respecto al papel de las minorías cultas: "nunca ha empezado la difusión sino cuando una minoría se ha encargado de ella; nunca ha empezado la ilustración sino por núcleos de donde ha irradiado más o menos lentamente. No es una amenaza para la sociedad la formación de una clase ilustrada por medio de los trabajos de perfeccionamiento; es una necesidad con tal de que esa clase se imponga el deber de difundir ese conocimiento... No hay difusión posible sin educación previa de una clase ilustrada, y por eso tenemos derecho de organizar estudios superiores, a pesar de que todavía millones de mexicanos sean analfabéticos".[5]

Estas palabras de Sierra expresan con mucha claridad el intento de los intelectuales mexicanos metidos a la política antes y después de él. La idea de la misión de la minoría intelectual como guía de una masa todavía en las tinieblas de la ignorancia alucinó la mente de muchos. Y, aunque ciertamente este criterio funcionó para extender la educación, se convirtió en ocasiones en la justificación de un aristocratismo intelectual por el esteticizante modernismo de la época. Desde luego, eso no ocurrió con Sierra. Sinceramente interesado en la educación nacional tuvo oportunidad de llevar a la práctica sus ideas cuando Díaz lo nombró en 1901 Subsecretario de Educación del Ministerio de Justicia e Instrucción y luego, en 1905, Secretario de Educación Pública y Bellas Artes, puesto en el que duró hasta 1910, año en que comienza la Revolución.

[5]Sierra citado por Yáñez, op. cit. p. 119.

Diputado en unas ocasiones, magistrado de la Suprema Corte, Subsecretario, Secretario de Educación y luego Ministro Plenipotenciario en el primer gobierno de la Revolución; y, por otro lado, maestro prestigiado de la Preparatoria, periodista, autor de varios libros, Sierra se movió casi siempre en los altos estratos culturales y políticos del porfirismo. Usufructuario del privilegio que ello implicaba, tuvo, sin embargo, el empeño de comprender a fondo el significado del porfirismo y de aprovechar los aspectos positivos de un régimen que con frecuencia no casaba con sus propias ideas. Recibió apoyo pleno de Díaz en su gestión y por eso, cuando el régimen cayó, no tuvo ya ni el ánimo, ni la edad ni la salud, para interesarse por la nueva época.

3. *SIERRA EDUCADOR*

Los liberales habían comprendido bien que la sociedad colonial estaba organizada según un sistema en el que la formación espiritual constituía una forma de dominio. Pocos alcanzaron a comprender con claridad que este sistema tenía grandes contradicciones y que la rebelión contra él era principalmente producto de las mismas. Más bien, de acuerdo con su propia metafísica lo atribuyeron a un afán de libertad innato en el hombre. Pero sí consideraron, como paso indispensable para liquidarlo, desmontar los mecanismos psicológicos, los hábitos mentales y aun la forma de las creencias heredados de esa tradición colonial y ello no podía ocurrir más que organizando un sistema educativo que pudiera sustituir una mentalidad por otra. Esa es la explicación de la proclividad educativa de todos los intelectuales del liberalismo y de su rechazo total de los criterios pedagógicos de la Iglesia Católica.

La honda raíz de la enseñanza eclesiástica en la mentalidad no sólo de las clases dominantes sino de la masa del pueblo, hacía imperativa justamente la erección de un sistema educativo opuesto y apoyado por el Estado. Esa es la razón, tal vez, de que al triunfo de los liberales no hayan acompañado la instauración de la educación libre y espontánea de Rousseau. Los preceptos del *Emilio* tienen poco que hacer en la educación instaurada por el liberalismo triunfante. En cambio el positivismo comtiano, sí fue visto como el fundamento idóneo de una educación estatal.

El porfirismo se caracterizó por el esfuerzo continuado de crear una educación estatal inspirada en la exaltación de la ciencia predicada por el positivismo. Leopoldo Zea, que ha estudiado admirablemente ese período, señala que los positivistas no sólo encontraron obstáculos en los tradicionalistas sino también en los liberales radicales que vieron en la estatización una forma de limitación a la libertad de enseñanza, de pensamiento y, en síntesis, a la libertad del individuo.

Respecto a la religión hay que señalar que tanto el liberalismo como el positivismo no ejercían un rechazo frontal. El liberalismo era laicista, es decir, respetaba la libertad de creencias, pero consideraba que la esfera de

las mismas debía tener sus fronteras bien delimitadas y no debía confundirse ni con la política, ni con la economía, ni con la educación escolar. Muchos liberales —Sierra entre ellos— habían erigido en lo más íntimo de su ánima un tabernáculo a Dios. Pero la influencia de esta adoración terminaba con los límites de su moralidad privada y familiar y nada tenía que ver con su moralidad como hombres públicos. El laicismo implicaba también una separación de la Iglesia y el Estado en el fuero interno.

Pero algo más era el laicismo educativo de Sierra. Con frecuencia se refirió a la "religión de la patria" como una religión más plausible, más cívica, más social que la católica. En cierta medida se trataba de una variante nacionalista de la Religión de la Humanidad acuñada por Augusto Comte. Si para ésta la ciencia era el catecismo y los científicos eran los santos, para aquélla el altar de la Humanidad lo ocupaba la Patria, el catecismo era la Historia Nacional y los santos eran los héroes. No se trataba, en verdad, de sustituir al cristianismo o al deísmo laico sino de orientar una parte del impulso y la emotividad religiosas hacia la constitución de una conciencia nacional, de un nacionalismo sin el cual no era posible la integración del Estado nacional.

Por eso, para Sierra, es impensable un sistema educativo que no gire en torno a la historia patria y a la constitución de una personalidad nacional. Y no se le escapaba que el pretendido industrialismo de Díaz, el "despegue" financiero y comercial, como diríamos hoy, no resultaba más que la consolidación de una forma de dependencia contraria, justamente, al sentido de la educación. Y así fue como concibió al sistema educativo a la manera de un correctivo de una inclinación viciosa del porfirismo. En 1907 le escribió a José Yves Limantour, Ministro de Hacienda y *factotum* mayor de la política porfirista: "los ferrocarriles, las fábricas, los empréstitos y la futura inmigración, y el actual comercio, todo nos liga y subordina en gran parte al extranjero. Si anegados así por esta situación de dependencia, no buscamos el modo de conservarnos, a través de todo, *nosotros mismos*, de crecer y desarrollarnos por medio del cultivo del hombre en las generaciones que llegan, la planta mexicana desaparecerá a la sombra de otras infinitamente más vigorosas. Pues esto que es urgentísimo y magnisísimo sólo la educación y nada más que ella puede hacerlo". "Sin la escuela... todo cuanto se ha hecho por el progreso material y económico resultaría un desastre para la autonomía nacional. Así veo las cosas; así son".[6]

Esta es la manera como Sierra expresa su misión como historiador y educador. Ilustra bien una categoría que Enrique Krauze ha acuñado, la de "caudillo cultural". Sierra fue un caudillo cultural en el mismo sentido en que Krauze considera que lo fueron algunas de las figuras destacadas de la revolución. Se trata de personajes que viven una "tensión moral" que ha existido entre cultura y poder. "Conocimiento y poder, ética y poder, son temas que se encuentran implícitos a lo largo de las vidas de esos intelec-

[6]Sierra citado por Yáñez, op. cit. p. 163.

tuales políticos que soñaron con *hacer* en México una obra de beneficio colectivo"[7] Sierra, como los personajes a que se refiere Krauze y que en realidad son sus descendientes, aspira a ser una eminencia gris, un corrector de los desatinos de los caudillos políticos, en este caso de Porfirio Díaz. Y el sistema educativo es el mediador idóneo entre conocimiento y acción.

Desde luego, había razones para pensar así. El porfirismo abundó en pedagogos de primera fila como Enrique Rébsamen, Enrique Laubscher, Carlos A. Carrillo, Gregorio Torres Quintero, Alberto Correa, Abraham Castellanos, etc., y políticos educativos como Joaquín Baranda y el propio Sierra.[8] El segundo continuó la obra del primero que había concebido la educación nacional como un sistema estatal. Sierra, a su vez, creó un Consejo Superior de Educación Pública, constituido por intelectuales y artistas de mucho renombre que se dedicaron a la revisión de planes y programas de estudio, métodos y libros de enseñanza; reformó la Escuela Normal para que preparara profesores de enseñanza elemental superior que era un ciclo de seis años, en tanto que la primaria elemental sólo era de cuatro; estableció de manera sistemática los jardines de niños; creó un Museo de Historia Natural y un Museo Nacional que después fue de Arqueología e Historia; estimuló la reconstrucción de monumentos prehispánicos, señaladamente la Pirámide del Sol en Teotihuacán; mandó becarios a Europa, entre ellos algunos que serían artistas muy señalados como Julián Carrillo y Diego Rivera; creó el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes; fundó la Universidad Nacional en 1910; y, en suma, estimuló la vida intelectual de México como nunca se había hecho antes.

Es en sus reflexiones sobre la enseñanza superior donde Sierra expresa con claridad los conceptos centrales de su filosofía educativa, los cuales, al mismo tiempo, lo constituyen en antecedente de las formas intelectuales iniciales de la Revolución. Así como en su juventud había transitado del liberalismo al positivismo, en sus últimos años se muestra escéptico frente a las pretensiones absolutistas del positivismo. En ese sentido es muy recordado su *Panegírico de Barreda,* discurso pronunciado en 1908 en recordación del maestro Gabino Barreda fundador de la Escuela Nacional Preparatoria. La Preparatoria era la escuela de bachillerato que había fundado el introductor del positivismo en México de acuerdo con las ideas y la clasificación del saber hecha por Augusto Comte y que todavía constituía el puntal pedagógico de esa filosofía en nuestro país.

En esa ocasión negó Sierra el carácter absoluto de las afirmaciones científicas; mostró que todas ellas eran revisables y que, en consecuencia no podían fundar la unanimidad, pródromo de la paz histórica, según el pensador francés y su seguidor mexicano. De hecho, lo que ocurría es que el carácter relativo de las afirmaciones científicas había hecho posible levan-

[7]Enrique Krauze. *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana,* México, siglo XXI, 1976. p. 19.

[8]Cf. Francisco Larroyo: *Historia comparada de la educación en México,* México, Editorial Porrúa, 1959.

tar sobre ellas "inmensos edificios de ideas", especulaciones que adquieren el carácter de nuevos sistemas metafísicos. Los mismos positivistas, añadía Sierra citando a Nietzsche, "son los últimos idealistas del saber", son ascetas de la ciencia, fundan su fe en la ciencia, "en una creencia metafísica". A pesar de eso, para Sierra la Preparatoria positivista "es la piedra fundamental de la mentalidad mexicana" porque de esa corriente filosófica ha sabido separar lo mejor, la tendencia hacia lo positivo. Lo positivo, que es "lo real"; pero a lo cual se accede, desde la matemática a la lógica, por medio de una actitud metódica.

Esta actitud positiva tiene al mismo tiempo un significado moral. Sierra se atiene al aforismo de Pascal: "toda la dignidad del hombre está en el pensamiento; trabajemos, pues, en pensar bien; es el primer principio de la moral". No desecha a las religiones, pero ellas son individuales, "tienen sus motivos en lo íntimo de cada ser" y no pueden ser materia de enseñanza, pues "materia de enseñanza para el período del crecimiento mental sólo puede ser lo científicamente comprobado", aunque sea relativo y no absoluto. Por eso el plantel positivista debía ser "algo así como el cerebro nacional: los que allí se educaran eran los que debían influir más de cerca en los destinos de México".[9]

El 22 de septiembre de 1910 Sierra inaugura la Universidad Nacional y pronuncia un discurso que es ya clásico en la historia de la cultura mexicana. En él la imagen del universitario encarna en forma quintaesenciada las ideas que había enunciado para la educación nacional. Probablemente consciente del carácter elitista de la cultura nacional, niega que la Universidad esté destinada a formar "una casta de la ciencia, cada vez más alejada de su función terrestre" o que tenga una personalidad destinada "a no separar los ojos del telescopio o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice". Habla de los universitarios como "obreros intelectuales" destinados a convertir las ideas en fuerzas, a concebir la contemplación en preámbulo de la acción.

Este universitario.obrero debe orientar su acción a "nacionalizar la ciencia", a "mexicanizar el saber". Se trata de enfocar con todos los recursos del saber las características físicas y morales de la patria mexicana. Pero no se trata de particularizar: "la Universidad no podrá olvidar, a riesgo de consumir, sin renovarlo, el aceite de su lámpara, que le será necesario vivir en íntima conexión con el movimiento de la cultura general". Todas sus conclusiones tendrán que ser probadas en la piedra de toque de la investigación científica. Por este carácter rigurosamente científico se diferencia la nueva Universidad de la Universidada colonial, la Real y Pontificia, que no es su pasado sino su antepasado. Una Universidad en la que "la base de la enseñanza era la escolástica, en cuyas mallas se habían vuelto flores de trapo las doctrinas de los grandes pensadores católicos". Pero, además, había otra diferencia de fondo: ambas universidades constituían la extensión

[9]Justo Sierra: *Discursos,* en *Obras* t. V, pp. 387 y ss.

cultural de dos regímenes diferentes. La vieja universidad podría haber dicho a sus universitarios: "sois un grupo selecto encargado de imponer un ideal religioso y político resumido en estas palabras: Dios y el Rey". Ahora se debe decir: "sois un grupo de perpetua selección dentro de la substancia popular, y tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad".

En la presencia del viejo dictador, Sierra no puede menos que reiterar que no hay educación completa sin la libertad. Frente a Díaz clama por un pueblo libre, "un pueblo libre no sólo por el amor a sus derechos, sino por la práctica perseverante de sus deberes".

Y, por último, también se ocupa de recalcar que, aunque se trata de una Universidad científica, no es una universidad positivista. El sistema universitario queda coronado por una Escuela de Altos Estudios, de ciencias y humanidades en donde nuevamente tiene cabida la filosofía, esa "figura implorante" desterrada de la enseñanza positivista. Filosofía no sólo como concepción del mundo, puesto que el propio positivismo lo era, sino filosofía como metafísica, la cual quedará "enteramente libre" sobre la base de unos cursos de historia de la filosofía moderna que abarcarían desde la aparición del positivismo hasta los sistemas de Bergson y William James.[10]

4. *SIERRA HISTORIADOR*

La fundación de la Universidad coronaba el sistema educativo de Sierra y, como ya dijimos, no ocultaba que para él la enseñanza de la historia resultaba ser la médula del mismo. Sierra escribió varios libros de historia, algunos para niños, pero todos con intención educativa. Entre las de más aliento destacan su *Historia general, Juárez, su obra y su tiempo* y la que ahora prologamos, *Evolución política del pueblo mexicano.*

Entre los años de 1900 y 1902 se publicó en México (por J. Ballescá y Cia.) una obra monumental titulada: *México: su evolución social.* Se trataba de una obra colectiva dirigida por Justo Sierra y de desiguales méritos pues participaban algunos importantes autores y algunos que nada más eran políticos. Sierra contribuyó con dos monografías para esa obra, en el tomo I con el título de *Historia política,* y en el tomo II con el título de *La era actual.* Juntas fueron editadas por primera vez con el título de *Evolución política del pueblo mexicano* por la Casa de España en México (hoy el Colegio de México) en 1940. En la Edición de las *Obras Completas del Maestro Justo Sierra* de la Universidada Nacional Autónoma de México que citamos en las notas de esta introducción, ocupa el tomo XII.

Su criterio historiográfico está dado en el título mismo; Sierra era un evolucionista, para él la historia trata de "mostrar el organismo social sometido como todo organismo a la ley universal de la evolución, sin omitir el

[10]Sierra, op. cit. 448 y ss.

hecho concreto que marca y vivifica la personalidad de un pueblo y resume la significación de una época".[11] Alfonso Reyes, en unas páginas admirables dedicadas a la *Evolución,* matiza esta posición de la siguiente manera: "Aplicación del evolucionismo en boga o mejor de aquella noción del progreso grata al siglo XIX; metamorfosis histórica de aquella teoría física sobre la conservación de la energía (el trabajo acumulado es discernible en cualquiera de sus instantes), todo ello, que perturbaría las perspectivas en pluma menos avisada, parece allí decir, con hipótesis finalista, que el pasado tiene por destino crear un porvenir necesario y que en el ayer, el momento más cercano es el que nos llega más rico de lecciones".[12]

Esta aclaración de Reyes tiene una significación interesante en el caso del libro que tratamos; en la medida en que el organismo social evoluciona, es decir, lucha y se adapta, en la medida en que progresa, cada una de las etapas históricas parece como un peldaño necesario para llegar al presente. Lo cual quiere decir que Sierra desecha el concepto un tanto maniqueo de la Ilustración que concibe el proceso histórico como un juego de luces y sombras. Concepto que, aplicado de una manera mecánica por los historiadores liberales, colocaba a los conservadores automáticamente del lado de la sombra y concebía los fenómenos como una lucha entre la libertad y el oscuro despotismo.

Sierra está más cerca al modo como concebiríamos hoy el siglo XIX, esto es, a los conservadores y a los liberales más allá de una falsa dicotomía, emergiendo de un solo proceso histórico e integrándolo de manera necesaria para llegar al presente. Esta última nota finalista no la suscribiríamos hoy, pero para Sierra era esencialísima como lo veremos. Hay que aclarar que hemos traído aquí a colación a los liberales y a los conservadores porque el libro de Sierra casi en sus dos terceras partes está dedicado al siglo XIX, o mejor, a la República, que comienza a vivir en 1821 y que Sierra sigue hasta 1900. Por eso es, a nuestro modo de ver, el análisis más lúcido que se ha hecho de nuestro siglo XIX, pues a pesar de que la historiografía ha avanzado mucho y puesto en claro muchos fenómenos, no se nos ha vuelto a presentar un panorama sintético de tal penetración y finura.

En Sierra se palpan la influencia de historiadores como Michelet, Renan y Taine. Pero no se trata de una influencia puramente ideológica, sino influencia del estilo, de una calidad literaria que no es mero adorno de la prosa historiográfica sino que tiene una muy definida función. "Justo Sierra, dice Reyes, descuella en la operación de síntesis y la síntesis sería imposible sin aquellas sus bien musculadas facultades estéticas. La síntesis histórica es el mayor desafío a la técnica literaria. La palabra única sustituye al párrafo digresivo; el matiz de certidumbre —tortura constante de Re-

[11]Sierra: *Historia General,* en *Obras* t. XI, p. 15.
[12]Alfonso Reyes, Introducción al libro de Sierra *Evolución política del pueblo mexicano,* México, Fondo de Cultura Económica, 1950, p. XV. Esta es la edición que me ha servido de base para el presente prólogo. En las *Obras completas,* la *Evolución* constituye el tomo XII.

nán— establece la probidad científica; el hallazgo artístico comunica por la intuición lo que el entendimiento sólo abarcaría por largos rodeos".[13]

Para Reyes (y nadie mejor que él para hacer el análisis de un estilo literario) esta facultad sintética se constituye de dos elementos, "evocación e interpretación, la poesía de la historia y la inteligencia de la historia". La mente de Sierra, añade, era reacia al hecho bruto, sin despreciar por ello la información, que era caudalosa; siempre encuentra la motivación "desde el estímulo puramente sentimental hasta el puramente económico, pasando por el religioso y el político. La historia no es sólo una tragedia, no le basta sacudir la piedad y el terror de los espectadores en una saludable *catharsis*. La historia es un conocimiento y una explicación sobre la conducta de las grandes masas humanas".[14]

Su evolucionismo, pues, y su visión sintética y cálida del pasado histórico, evitan que este volumen de Sierra se convierta en una apologética del liberalismo y aun del positivismo. Reyes acierta también cuando dice que se trata de una historia *normal* de México, que más que justificar a un partido trata de justificar a un pueblo. También acierta cuando dice que la tesis central es la de que la historia del siglo XIX presenta una paulatina depuración del liberalismo, pero como resultado de un proceso social o de un declive humano. Y a ello hay que añadir que tal depuración no la presenta como un proceso completo sino como algo que le está faltando al porfirismo.

En un artículo escrito antes de la *Evolución* y que ya hemos citado antes, "México social y político", Sierra había explicado la aparición del porfirismo como una inflexión moderada del partido revolucionario, es decir, del partido liberal, posible sólo cuando éste derrota completamente al partido conservador y se convierte en *nacional* al encabezar la resistencia a la intervención francesa. El porfirismo es un repudio a lo que había de anárquico en el programa del partido triunfante que impediría, por así decirlo, la consolidación institucional de la victoria liberal. Sin embargo, Sierra, a pesar de haber sido uno de los más conspicuos porfiristas, no justifica el despotismo de Díaz. Con una visión de lo que sería la historia del siglo XX, sostiene que lo que el Estado necesita es una mayor dosis de autoridad sin que ello implique despotismo.

Sierra dice que el progreso material ha sido logrado por algunos países como Francia, Inglaterra e Italia, cuando se han sacudido el absolutismo monárquico, lo cual "no significa que sea posible negar que los gobiernos representativos hayan concentrado, para dar cima a tamaña empresa, una suma proporcional de autoridad que creciendo en razón directa de las cada vez más complejas atribuciones del Estado, suelen sobrepujar a las del soberano en el régimen absolutista".[15]

[13]Reyes, op. cit. p. XI.
[14]Reyes, op. cit. p. X.
[15]Citado por Zea, op. cit. 419.

A esta conclusión también se llega en la última parte de la *Evolución;* ésta es la tendencia de los estados modernos, pero presenta el peligro de que, cediendo a ella, los pueblos deleguen sus derechos en las personas de los dictadores. Eso es lo que ha ocurrido en el caso de Porfirio Díaz: el partido del liberalismo ordenado y el caudillo se han apoyado mutuamente. Sierra no se equivoca respecto al origen social de los primeros: se trata de una burguesía, pero que el historiador describe con categorías oriundas de la historia nacional; en México, dice, "propiamente no hay clases cerradas, porque las que así se llaman sólo están separadas entre sí por los móviles aledaños del dinero y la buena educación; aquí no hay más clase en marcha que la burguesía". Tal burguesía tiene unos orígenes complejos. Está formada por elementos de las antiguas familias criollas conservadoras y liberales; miembros del ejército, del clero, liberales, reformistas, sociólogos, jacobinos y aun "capitalistas y obreros". Todos ellos incorporados al grupo en el poder por medio del presupuesto o de la escuela. Porfirio Díaz supo cristalizar los anhelos de este grupo heterogéneo y a la vez él es obra de ellos. "La inmensa autoridad de este gobernante, esa autoridad de árbitro, no sólo político sino social, que le ha permitido desarrollar y le permitirá asegurar su obra, no contra la crisis, pero sí acaso contra los siniestros, es obra de la burguesía mexicana".

Otro elemento que acude a la integración del porfirismo es la influencia política y económica de los Estados Unidos que, en pleno proceso de expansión industrial en el último tercio del siglo XIX, no consentía la anarquía social. También los Estados Unidos necesitaban orden en México, pues lo consideraban con un anexo de su proceso expansivo. "La virtud política del Presidente Díaz consistió en comprender esta situación y, convencido de que nuestra historia y nuestras condiciones sociales nos ponían en el caso de dejarnos enganchar por la formidable locomotora *yankee* y partir rumbo al porvenir, en preferir hacerlo bajo los auspicios, la vigilancia, la policía y la acción del gobierno mexicano, para que así fuésemos unos asociados libres obligados al orden y la paz y para hacernos respetar y mantener nuestra nacionalidad íntegra y realizar el progreso".[16]

Hay que agregar que esta condición de "asociados libres" no ocultaba su verdadera naturaleza a la mirada de Sierra. Justamente en el año de 1900, un primer viaje a Europa, pasando por los Estados Unidos, a los cuales había visitado por primera vez cinco años antes, le suscita una multitud de reflexiones, entre ellas ésta que completa su visión de la historia del siglo XX: "el gran fenómeno internacional del siglo XX no va a ser una federación entre naciones —eso será en el siglo XXV— sino un sindicato entre las naciones fuertes para explotar a las que no lo son. Este *trust* lo van a iniciar los Estados Unidos; va a ser el imperio sindicado universal"[17]

[16]Sierra, *Evolución* pp. 290-1.

[17]Citado por Yáñez, p. 145.

De modo que en la formación del nuevo imperio le ha correspondido al régimen de Díaz la misión de ceder con orden para conservar la integridad territorial y la personalidad nacional. Para ello ha tenido que instaurar una dictadura que ha sacrificado —son palabras de Sierra— la evolución política a la evolución social. La personalidad nacional se ha fortificado al ponerse en contacto con el mundo, en vez de desaparecer o integrarse, pero se ha tenido que posponer la creación de la democracia. Y en el seno de ese régimen, que preserva la personalidad nacional, es la educación la que apunta a este último elemento de la madurez evolutiva. Ya hemos visto que así considera Sierra la misión de la educación mexicana. Por eso, las últimas palabras de esta obra que prologamos están dedicadas a ella. No le asuta tanto el enemigo externo como el enemigo "íntimo": la probabilidad de que el español quede absorbido por el inglés, de que la superstición resista a la acción de la escuela científica y laica, de que la "irreligiosidad cívica" triunfe negando nuestra aptitud para la libertad. "Y así queda definido el deber; educar quiere decir fortificar; la libertad, médula de leones, sólo ha sido, individual y colectivamente, el patriotismo de los fuertes; los débiles jamás han sido libres. Toda la evolución social mexicana habrá sido abortiva y frustránea si no llega a ese fin total: la libertad"[18]

5. *TRASCENDENCIA DE SIERRA*

En 1910 estalla el movimiento que se conoce con el nombre de Revolución Mexicana. Su violencia, la cantidad de sangre derramada y algunos hechos medulares como la reforma agraria, la explotación petrolera y la eliminación de las dictaduras personales, suscitaron poco a poco la idea entre los intelectuales mexicanos de que efectivamente se trataba de una torsión fundamental de nuestra historia. Sin embargo, al mismo tiempo resultaba difícil no ver la gran cantidad de supervivencias del porfirismo; el caudillismo sobrevivió durante mucho tiempo y fue reemplazado por un centralismo estatal más o menos como hemos visto que lo formuló Sierra y que encontraba su más cercano antecedente en la política porfiriana. Al paso mismo de la reforma agraria se fue creando un neolatifundismo que todavía nos agobia. A pesar del claro indigenismo de la Revolución todavía, aunque disminuidas por la incorporación, las masas indígenas son explotadas. A pesar del nacionalismo económico de la Revolución que se tradujo en una serie de nacionalizaciones, nuestra dependencia respecto de los Estados Unidos se ha acentuado, etc.

Si no ha habido un estancamiento tampoco se ha dado esa torsión fundamental. Hay más bien una continuidad, tal como lo dijimos antes. Pero la hubo también en la idea educativa de Sierra. Los intelectuales de la Revo-

[18]Sierra, *Evolución,* p. 298. Para una mayor ampliación de estos temas véase mi libro *Positivismo y porfirismo,* México, SepSetenta, 1972.

lución Mexicana también creyeron poder rectificar la obra de los revolucionarios por medio de la educación. Un *élan* educativo se apoderó de los intelectuales del Ateneo de la Juventud; Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, creyeron que una escuela y una cultura nacionalistas podrían suplir los defectos de la construcción revolucionaria y coadyuvar con ella de una manera definitvia. Ellos mismos reconocieron que sus esfuerzos, realizados sobre todo en las décadas de los veintes y los treintas tenían como antecedente insoslayable la obra de Sierra. Más tarde Vicente Lombardo Toledano y Narciso Bassols propugnaron una educación socialista que ayudara a transitar a la Revolución hacia una etapa verdaderamente radical. Y todavía hoy muchos universitarios, estudiantes y profesores, creen que la Universidad puede ser la cabeza de una transformación revolucionaria.

La idea de crear un sistema educativo que ayude a la formación de la personalidad nacional y la de formular una revisión histórica que integre una conciencia nacionalista, ha sellado durante este siglo el sistema educativo. Y se trata, desde luego, de una idea plausible; el problema surge de otro enfoque: ¿puede la educación ser contraria al sistema político que la ha creado ¿Podría Sierra crear una educación para la libertad en el seno del porfirismo? Obviamente, dentro del criterio evolucionista eso resultaba muy difícil de explicar; sólo una conciencia histórica con una clara noción acerca de las contradicciones históricas puede contestar semejante pregunta u otras equivalentes que hoy se plantean en otro nivel y con otros contenidos pero que implican la misma dificultad fundamental.

ABELARDO VILLEGAS

CRITERIO DE ESTA EDICION

PARA LA *Evolución política del pueblo mexicano*, se ha seguido el texto de la edición segunda (Casa de España-FCE, México, 1940) primera independiente que reunió bajo ese título los dos largos ensayos con que Justo Sierra contribuyó al libro colectivo *México: su evolución social* (1900-02): "Historia política" y "La era actual". Se han tenido en cuenta las enmiendas introducidas en la edición de la obra dentro de las *Obras Completas del Maestro Justo Sierra* (México, UNAM, 1948, edición establecida y anotada por Edmundo O'Gorman) que fue seguida por la del Fondo de Cultura Económica (México, 1950, con prólogo de Alfonso Reyes).

Como apéndice se incluye el ensayo *México social y político (apuntes para un libro)* por ser el antecedente directo de la *Evolución política del pueblo mexicano*. Publicado originariamente en la *Revista Nacional de Letras y Ciencias* en cinco entregas del año 1899 (t. I, pp. 13, 170, 213, 328 y 371), fue recogido en el volumen IX de las *Obras completas del Maestro Justo Sierra (Ensayos y textos elementales de historia*, México, UNAM, 1948, pp. 125-169, edición a cargo de Agustín Yáñez) cuyo texto se sigue en esta edición.

BIBLIOTECA AYACUCHO

LA EVOLUCION POLITICA DEL PUEBLO MEXICANO

LIBRO PRIMERO

LAS CIVILIZACIONES ABORIGENES Y LA CONQUISTA

CAPITULO I

CIVILIZACIONES ABORIGENES

Los primitivos. La civilización del sur. Mayas y quichés

Los primitivos. Todo se ha conjeturado respecto del origen de los americanos; nada cierto se sabe; nada cierto se sabe de los orígenes de los pueblos. ¿América estuvo en contacto con los litorales atlánticos de Europa y Africa por medio de la sumergida Atlántica? Entonces precisa convenir en que el hombre americano es terciario, porque la Atlántida pertenece al período terciario; mas no existió el hombre terciario, sino su precursor, el ser de donde el hombre probablemente tomó origen, nuestro ancestro zoológico; de él no existen trazas en la paleontología americana. ¿América se comunicó con el Asia por el estrecho de Behring, por su magnífico puente intercontinental de islas? ¿De aquí vino su población, o fue aborigen en toda la fuerza del término, y el continente americano es un centro de creación, como afirman quienes sostienen la diversidad originaria de nuestra especie? Se ve que estas hipótesis tocan con sus extremidades al problema más arduo de la historia natural del hombre; son irradiaciones de vacilante antorcha que penetran, sin iluminarla, en la tiniebla del génesis. Y, puesto que está fuera de duda la existencia del hombre en América desde el período cuaternario, y que también es indudable su estrecho parentesco étnico con las poblaciones del Asia insular, supongamos que, antes de que el Asia y la América tuvieran la configuración que hoy tienen, en la parte septentrional del océano Pacífico hubo un vasto archipiélago y que en él apareció el grupo humano que a un tiempo pobló algunas comarcas marítimas del Asia oriental y el norte del continente americano en vía de formación. Quizás son restos de estos proto-americanos los esquimales, acaso los fueguinos en el otro extremo meridional del continente; es probable también que a estos primitivos se mezclaran otros grupos originarios de la parte continental del Asia. Lo cierto es que la distinta estructura anatómica, la diversidad en la forma del cráneo, muy pronunciada en antiquísimas poblaciones

americanas, indican la presencia de familias de diverso origen en nuestro continente.

Sea lo que fuere, (la región central de nuestro país estuvo poblada desde la época cuaternaria; el hombre primitivo asistió en el Valle de México a la inmensa conflagración que determinó su forma actual, y en las noches surcaba en la canoa silenciosa el lago en que se reflejaban las llamas, que sin duda juzgó eternas, del penacho volcánico del Ajusco). ¿De estos hombres geológicos provienen las poblaciones sedentarias y cultivadoras del suelo, por ende, que encontramos en el Anáhuac las primeras migraciones nahoas? ¿De ellas viene el grupo de los otomíes, que llegó a organizar considerables entidades sociales y a erigir ciudades importantes como Manhemi en las risueñas márgenes del Tula? A ninguna de estas interrogaciones es dado a la ciencia responder categóricamente.

En las edades cuaternarias, dos fenómenos de suprema importancia determinaron el destino étnico, para expresarnos así, del continente americano: los períodos finales del levantamiento de los Andes, que en siglos de siglos habían ido emergiendo del seno del Pacífico, encerrado en inmensa barrera volcánica, y que terminó en la edad cuaternaria dando su fisonomía actual a la América y disgregándola del Asia, y, consecuencia de esto, y este es el otro hecho de transformación total a que aludimos, el descenso de la temperatura en las regiones septentrionales de los continentes unidos. El clima tórrido y templado que, como lo atestiguan con irrecusable testimonio los restos vegetales y animales en el borde polar encontrados, permitió la indefinida multiplicación de los grupos primitivos, desapareció gradualmente y con esto comenzó el descenso de los americanos hacia el sur. La fauna y la flora se transformaban; las especies cálidas huían o desaparecían o se transformaban en enanas, perpetuándose como el esquimal y el siberiano en la costra de hielo de las regiones árticas. (Los grupos bajaban y se derramaban por la América entera en la larga noche que precedió a la historia, deteniéndose en los valles de los grandes ríos, en las comarcas lacustres abundantes en pesca, huyendo hacia el sur amenazados siempre por otros nómadas feroces, que venían unos en pos de otros buscando sustento fácil o trepando por los vericuetos de las montañas en busca de caza o de seguridad. Los que pudieron echar raíces en el suelo y resistir los embates del río humano, fundaron la civilización).

La civilización del sur: En los valles del Mississipi, del Missouri, del Ohio, yace quizás el secreto impenetrable de los orígenes de las grandes civilizaciones mexicanas. (Como hubo una notable variedad de lenguas, así hubo una bien perceptible variedad de culturas, si no todos, la mayor parte de los idiomas que se hablaron en lo que hoy se llama la América ístmica y comprende en su área las repúblicas Mexicana y centroamericanas, pueden agruparse en torno de tres grandes núcleos: el maya, el nahoa y otro mucho más vago

y difuso que corresponde por ventura al grupo puramente aborigen, que encontraron por todas partes establecido los pueblos inmigrantes y que unas veces se mezcló y confundió con los advenedizos y otras mantuvo, hosco y bravío, su prístina autonomía, como los otomíes).

Al hacer esta distribución, demasiado genérica e incompleta, lo confesamos, de las lenguas de los territorios ístmicos, hemos apuntado la de las civilizaciones. (Distínguense claramente en ellas dos tipos: el de los maya-quichés, cuyo centro de difusión pudiera localizarse en la cuenca media del Usumacinta y que predominó en el vasto territorio de los actuales Estados de Yucatán, Campeche, Tabasco y Chiapas, y en Guatemala y el istmo de Tehuantepec, y, en segundo lugar, el de la civilización de los nahoas, que tuvo su centro en las regiones lacustres de la altiplanicie mexicana (el Anáhuac), se derramó por los grandes valles meridionales y penetró en la civilización del sur, modificándola, a veces, profundamente. La cultura de los mixteco-zapotecas, de los michoacanos, es quizás intermediaria y no genuina, y hay indubitables indicios de que las poblaciones, primitivas, representadas por los ancestros de los actuales otomíes, alcanzaron también a organizar una civilización, puesto que fundaron grandes ciudades; Manhemi, sobre la que erigieron su capital los toltecas, era una de ellas.)

Bien sabido es: en las cuencas de los ríos, hoy arterias principales de la circulación de la riqueza en el mundo angloamericano, existen vastos montículos construídos por los habitantes de aquellas regiones en los tiempos prehistóricos; estos montículos, *mounds,* destinados a servir de fortalezas, de sepulcros o de base a los templos, tienen formas diversas. En ellos, o cerca de ellos, se han encontrado objetos de alfarería y vestigios de poblaciones considerables que denuncian la presencia, en siglos lejanísimos, de un numeroso grupo humano que se había encaramado hasta la civilización: este grupo ha sido bautizado por los arqueólogos angloamericanos con el nombre de *mound-builders* (constructores de montículos). Los grupos que, en nuestro país principalmente, informaron la civilización del sur fueron también constructores de montículos, *mound-builders.)* Sus templos, sus palacios, sus fortalezas, lo mismo en las regiones fluviales que en las secas de la península yutateca, se levantaron sobre colinas artificiales; ¿hay parentesco étnico entre unos y otros? [1]

La particularidad de que algunos de los *mounds* de las comarcas del norte tengan la forma de animales que, como el mastodonte, desaparecieron desde la época cuaternaria o muy poco después; las pipas encontradas en los montículos, que representan elefantes, llamas, loros, revelación clara de que la temperatura que hoy llamamos tropical avanzaba todavía hasta los paralelos cercanos a los círculos polares, cuando los *mound-builders* pululaban en los valles del Mississippi y sus tributarios; la sucesión de selvas seculares sobre

[1]Para conservar a este trabajo su carácter sintético, sólo podemos indicar las pruebas de nuestras opiniones, sin entrar en disquisiciones sobre ellas; nos bastará mantenerlas en su significación rigurosamente hipotética.

las gigantescas contrucciones, todo prueba la antigüedad remotísima de la civilización de estos pueblos, que, probablemente, vivían bajo el régimen teocrático o sacerdotal, único capaz de obtener la suma espantable de trabajo manual que se necesita para realizar las gigantescas construcciones de que está sembrada la América continental.

Las invasiones de las tribus nómadas obligaron a los *mound-builders* a multiplicar los trabajos de defensa y a ceder lentamente los territorios que ocupaban y devastaban los grupos que, huyendo de los fríos glaciales, buscaron calor y caza en las regiones del sur. Las playas septentrionales del golfo de México vieron en aquellos obscurísimos crepúsculos históricos aglomerrarse desde Tamaulipas a la Florida a los *mound-builders* emigrantes. Unos o perecieron o volvieron, sin duda, al estado salvaje primitivo y se disolvieron en la oleada de los pueblos nómades; otros continuaron su éxodo secular por las orillas occidentales del mediteráneo mexicano; otros grupos quizás, los navegantes, acostumbrados a cruzar los ríos y a recorrer las costas en sus embarcaciones ligeras y provistas de velas, como las yucatecas encontradas por Colón lo estaban, se derramaron por el grupo antillano. ¿Pudieron pasar de Cuba a las orillas occidentales del mar Caribe y penetrar en la península yucateca? Nunca será posible afirmarlo, pero es cierto que el habla de los mayas y la de los antillanos parecen pertenecer al mismo grupo lingüístico, y es probable que estuvieran en comunicación antiquísima insulares y peninsulares.

La tradición maya nos ha transmitido el recuerdo de un primer grupo de colonos, los chanes, grupo cuyo totem era la serpiente.[2] Penetraron en la península, dejando el mar a sus espaldas, lo que indica suficientemente que de él venían. Dominaron y esclavizaron, sin duda, a la población terrígena y le impusieron su religión y su lengua; ella construyó los montículos o cues esparcidos en la península, desde las fronteras de Honduras hasta los litorales del Caribe y del Golfo.) Esta familia de los chanes fue señalando su paso, en la parte de aquel territorio que civilizó y nombró Chacnovilán, con el establecimiento de poblaciones, que crecían al amparo de soberbias construcciones monticulares, destinadas a casas de los dioses, de los sacerdotes y sacerdotisas, de los jefes principales; a sepulcros, a fortalezas, a observatorios, cuyas ruinas, que deja morir lentamente nuestra incuria, pasman y exasperan por su grandeza y su misterio. Bakhalal, primero, y después Chichén Itzá, fueron las capitales de esta monarquía teocrática, organizada por un personaje o una familia hierática, que lleva en la tradición el nombre de Itzamná. ¿Sería infundada la suposición que hiciese remontar a estas épocas sin cronología segura, pero que los más circunspectos hacen subir al segundo

[2]A medida que con paso más seguro se penetra en los orígenes de las religiones, porque se recogen más datos y se clasifican mejor, la importancia del totemismo, cepa del culto de los animales, o zoolatría, se pone más de resalto. Sabido es que el culto del abuelo, con el apodo animal o totem con que se le distinguía en la horda, se transformó luego en la adoración del animal mismo. La ofiolatría o culto de la serpiente es el que ha tenido más séquito en los pueblos americanos.

o tercer siglo de nuestra era, la fundación, por una rama de los chanes, de Na-cham, que luego se llamó Palenque, en la cuenca del Usumacinta? Lo cierto es que el parentesco estrecho de los grupos quiché y maya, por su aspecto, por su modo de construir y vivir, por su escritura, por su lengua, es indudable; las diferencias entre ellos constituyen dos variedades de una misma civilización.[3] Lo cierto es que antiguos compiladores de tradiciones mayas y quichés asignan a ambos grupos el mismo origen antillano, y que Itzamná, el gran sacerdote fundador de la civilzación de los mayas, es igual a Votan, el de la civilización quiché. De esta civilización no conocemos más que las reliquias, los edificios, los monumentos, las inscripciones, y éstas permanencen mudas. Algo más sabemos de los mayas.

Ya estaban fundadas algunas de las grandes capitales mayas y quichés cuando un nuevo grupo de inmigrantes penetró en la península yucateca por un punto de la costa del actual Estado de Campeche (Champotón). ¿Era otra rama de los *mound-builders,* que en el gran éxodo de las poblaciones del valle del Mississippi había ido diseminándose en lentas etapas por toda la orilla del Golfo, desde la Louisiana hasta Tabasco, proyectando algunos de sus numerosos grupos en la Sierra Madre Oriental y en la altiplanicie de Anáhuac? De su entrada a Yucatán guardan memoria las tradiciones catúnicas; la llaman: la gran bajada de los tuttulxíus, o para conformarnos más con la pronunciación maya, xius; esto, dicen los cronógrafos, se verificaba por el siglo v.[4]

Los itzaes, bajo el gobierno de sus reyes-pontífices, formaban en derredor de Itzamal, T-oh y otros centros, una especie de federación bajo la hegemonía de Chichén Itzá. Cuando los xius se sintieron bien identificados con los mayas, sus congéneres, tomaron parte con éstos en terribles reyertas contra Chichén, que fue destruída y cuyo sacerdocio emigró a las costas del Golfo y se estableció en Champotón; de aquí los itzaes, los hombres santos, pasados tres siglos o menos, volvieron a entrar en la península, en donde los xius ejercían predominio y habían construído ciudades monticulares, entre las que descollaba Uxmal. La lucha fue tenaz y parece que acabó por una transacción: los itzaes reconstruyeron su santa ciudad, Chichén, y bajo sus auspicios se erigió la ciudad federal de Mayapán, residencia oficial de itzaes y xius confederados.

En esta era central de la cultura maya, la era de Mayapán, comienza su contacto íntimo con la cultura nahoa, que ya se había infiltrado en los grupos quichés. Un profeta y legislador, o mejor dicho, quizás, una familia sacerdotal funda en las orillas del Usumacinta el culto nuevo de Gugumatz,

[3]En todo lo que en este rápido resumen se refiere a la cultura maya, seguimos al muy ilustrado y concienzudo escritor yucateco don Juan Francisco Molina Solís, en el estudio preliminar de su excelente obra, titulada: *Descubrimiento y conquista de Yucatán.* Mérida, 1896.

[4]Los vestigios rarísimos de los constructores de los *mounds,* por el braquicefalismo pronunciado de los cráneos, son nuevo indicio de su parentesco con los mayos.

y penetrando en Yucatán por Champotón, establece en Mayapán los altares de Kukulcán; estos vocablos Gugumatz y Kukulkán son las transcripciones exactas del nahoa Quetzalcoatl.[5] Las esculturas de Palenque y las de Uxmal y de Chichén revelan la transformación inmensa que sufrieron los mitos y los ritos con las predicaciones del grupo sacerdotal que llevaba el nombre de su divinidad; aunque a Kukulcán se atribuye la organización de los sacrificios humanos, su misión fue de concordia y progreso. Algunas costumbres religiosas, como el bautismo y la confesión mayas, parecen tener su origen en la enseñanza de los apóstoles del dios nahoa. Los conocimientos astronómicos y la escritura marcharon con paso más seguro después de las predicaciones del gran precursor nahoa, que pudieran coincidir con la decadencia del poderío de los nahoa-toltecas en el Anáhuac (siglo XI).

Las crónicas yucatecas refieren que, andando los tiempos, los señores de Mayapán y de Chichén, que se disputaban el corazón de una mujer, entraron en lucha abierta; que el primero acudió a los aztecas, o mexis, que habían establecido algunas colonias militares en Tabasco y Xicalanco, y con auxilio de estos feroces guerreros venció a sus enemigos; los cocomes triunfantes hicieron pesar terrible opresión sobre toda la tierra maya, hasta que los señores de Uxmal, poniéndose al frente de la rebelión, levantaron a todos los pueblos, expulsaron a los aztecas y destruyeron a Mayapán. Lo singular es que los vencedores tutulxius desocuparon también a Uxmal en aquella tremenda lucha; la gran ciudad de la sierra quedó desamparada para siempre; la soledad y el misterio rodean desde entonces el moribundo esplendor de sus regias ruinas. (Luego el imperio maya se dividió en buen acopio de señoríos independientes, regidos por dinastías que entroncaban, según creían, con las grandes familias históricas. Así divididos y en perenne y cruenta discordia, los hallaron los conquistadores españoles.)

La civilización del sur: Lo mismo entre los mayas, en donde mejor ha podido ser estudiada, a pesar del desesperante mutismo de su escritura, que espera en vano un Champollion, que entre los quichés; lo mismo en Chichén y Uxmal que en Palenque y Copán, tiene todos los caracteres de una cultura completa, como lo fueron la egipcia y la caldea; y como ellas, y más quizá, presenta el fenómeno singular de ser espontánea, autóctona, nacida de sí misma; lo cual indica inmensa fuerza psíquica en aquel grupo humano. Una religión, un culto, y dependiendo de él, como suele, una ciencia, un arte,

[5] El nombre de Quetzalcoatl es leído generalmente como un ideograma puro; en realidad, es un ideofonograma. Como ideograma indica serpiente con plumas de quetzal; como signo semifonético dice: las aves gemelas o los quetzales gemelos. De este modo es el jeroglífico de Lucifer o Venus. Los nahoas, que creían que había dos estrellas idénticas, gemelas, la de la mañana y la de la tarde, no supusieron que era la misma, y por eso la llamaron coate o gemela, que expresaron por el sonido del signo de la serpiente, coatl. El culto a Quetzalcoatl es, pues, el culto de una divinidad doble que los latinos llamaban Hesperus y Vesperus.

una moral y una organización sociales, un gobierno, todo esto encontramos en la civilización del sur, y no, por cierto, en estado rudimentario, sino más bien en sorprendente desarrollo.

Basábase la religión de los mayas en un espiritismo, fluencia necesaria de la primitiva adoración de los cadáveres, que llegó a ser la de los antepasados del grupo doméstico y étnico; generalmente estos ancestros eran designados con los nombres de los animales de sus respectivos totems, y de aquí el culto zoolátrico; del personaje que se comunicaba con el doble o alma del muerto, nacieron el brujo, el hechicero, el profeta, el astrólogo, entendido en adivinar el destino de cada mortal en los astros, y a la postre el grupo sacerdotal; este grupo o clase recobró las creencias, las organizó, transportó la noción de divinidad o entidad sobrehumana a los objetos naturales o a los grandes fenómenos atmosféricos, y entonces acaso resultó un ser invisible como punto de partida del elemento divino, ser cuyo símbolo era el sol, padre del legislador y civilizador Itzamná, hijo del sol (venido del oriente). También la divinidad solar había creado cuatro dioses principales, los bacabes, símbolos cronométricos de los cuatro puntos cardinales; bajo ellos venía una miriada de divinidades; no había palmo de aquella tierra misteriosa (la del agua escondida), no había acto de la vida que no tuviera su divinidad tutelar, y muchas de estas divinidades tenían sus sombras, correspondían a una divinidad maléfica o diabólica. La devoción popular había hecho en la península la selección de cuatro grandes santuarios: el pozo de chichén de los itzaes, el santuario de la divinidad marítima de Cozumel y el que se había erigido sobre magnífica pirámide sepulcral en honor de uno de los reyes de Itzamal, deificado como solían hacerlo los mayas. Después los cultos nahoas, sobre todo el de Quetzalcoatl, llegaron a adquirir en la tierra maya y en la quiché magna importancia.

El culto, como era natural, se componía de ofrendas y sacrificios sangrientos; de sacrificios humanos con frecuencia, testimonio de la profunda influencia de los nahoas; de himnos, plegarias y penitencias horrendas a veces, y de fiestas de todas especies, en tan variada diversidad, que puede decirse que los pueblos maya-quichés vivían en perpetuas fiestas; se disponían a ellas con ayunos, las comenzaban con cantos y danzas sin fin y las terminaban con orgías y borracheras inevitables.

La necesidad de aquellos grupos en constantes migraciones, y ansiosos de encontrar un asiento, un hogar, un templo, dio a la clase sacerdotal inmensa importancia; sin el sacerdocio no habría habido civilizaciones americanas. Los sacerdotes, para distribuir sus fiestas, observaron los movimientos del sol y los astros, lo mismo en Chichén que en Tebas, lo mismo en Babilonia que en Palenque o Tula, y fueron cronólogos, y formaron calendarios y tuvieron numeraciones, modos de contar que aplicaron al tiempo; idearon un procedimiento fonético de escribir, y fue el sacerdocio maya uno de los tres o cuatro que inventaron la escritura propiamente dicha en la humanidad. Aplicaron la experiencia a los viajes, a las enfermedades, al conocimiento de los efectos de las plantas en el organismo, a la historia que

consideraban sagrada. Levantaron en sus ciudades, compuestas de habitaciones ligeras, cubiertas de palma, monumentos grandiosos, sobre pirámides por regla general, destinados a la habitación del rey-pontífice o del rey-guerrero, a la de sus mujeres, a la de los dioses. Estos monumentos, obra, por regla general, de diversas épocas, tienen formas y aspectos extraordinarios; su arquitectura es simple, rudimentaria, caracterizada, fuera del tipo monticular, por la forma truncangular de las bóvedas, lo mismo en Palenque que en Chichén o Uxmal; pero lo que en ella llama más la atención es la sobriedad de la decoración de los interiores (en Yucatán, en la tierra quiché, mejor distribuída y más pobre) y la profusión y exuberancia de la ornamentación exterior, sobre todo en los frisos. La esculturas, monolitos, estatuas, relieves; las pinturas, aún vivas algunas; las inscripciones, cuajaban estos admirables monumentos, que son el índice de la vida de una civilización de extraordinaria vivacidad.

La falta de animales domésticos, de trabajo y de carga, fue la gran rémora para el desenvolvimiento pleno de las culturas americanas; si los hubiese habido, probablemente el antropofagismo habría acabado por desaparecer, aun en su forma religiosa de comunión sagrada. Mas entre los americanos no hubo edad pastoral, y la transición se verificó del estado del pueblo cazador y pescador al agricultor. Su agricultura y su industria exigieron esclavos, que fueron numerosos; pero los grupos de hombres libres vivían sometidos a códigos severísimos que les imponían el respeto a la religión, primero al batab o cacique y a sus agentes después; a la familia, la propiedad y a la vida; sin embargo, los mayas practicaban mucho el suicidio. La propiedad rural, como en toda la América precolombina, era comunal; el producto se distribuía proporcionalmente.

Hijo de dios, y dios frecuentemente, el cacique era dueño de todo; su tiranía patriarcal era incontestada; disponía de ejércitos organizados; sus guerras eran incesantes. Si el americano hubiese conocido el uso del hierro (poco usaba el cobre y se adornaba con el oro y la plata), los españoles no hubiesen podido quizás conquistar los imperios aquí establecidos. Sus armas ingeniosas, las defensas individuales o colectivas bien organizadas, bastaron para hacerles ostentar sus heroísmo a veces, mas no podían darles nunca la victoria.

No iremos adelante; tendríamos que recorrer minuciosamente todos los aspectos de la actividad que conocen cuantos han fijado su atención en los pueblos que colonizaron las regiones ístmicas al sur de la altiplanicie mexicana: fueron autores de una civilización cimentada sobre las necesidades del medio y del carácter, pero de aspectos interesantes todos y grandiosos muchos, los grupos comprendidos bajo la denominación de maya-quichés; esa fue la civilización del sur.

CAPITULO II

CIVILIZACIONES ABORIGENES

Aborígenes en la altiplanicie. Ulmecas y xicalancas. Los nahoas: toltecas, su historia, su cultura. Las invasiones bárbaras: chichimecas. Contacto íntimo de los toltecas y los maya-quichés. Los herederos de la cultura tolteca: acolchuas; aztecas. Las civilizaciones intermedias: zapotecas; michoacanos. El imperio mexica en los comienzos del siglo XVI

LOS ABORÍGENES a quienes los nahoas inmigrantes dieron el nombre de otontlaca u otomíes, ocupaban de tiempo inmemorial la cuenca del Atoyac desde el Zahuapan hasta el Mexcala, los países en que se da el metl (maguey), y probablemente las comarcas occidentales, en que también es conocida esta planta, de que sabían extraer el jugo embriagante, y en donde recibieron el nombre de meca. En su primera acepción, la palabra chichimeca, aplicada por los nahoas, a los que no consideraban de su raza, a los bárbaros, significaba "la madre de los mecas" o la tribu de quien las otras vinieron, según una lectura del eminente historiador Alfredo Chavero.

No es posible precisar los contornos de ninguno de los grupos primitivos en la bruma crepuscular de nuestra vetusta historia; de la conjugación de las crónicas, que a veces consignan tradiciones contradictorias, por los mal comprendidas quizás, y de los monumentos o de lo que en ellos puede rastrearse, y procurando sortear el tremendo escollo de las interpolaciones hechas de buena fe por los frailes con objeto de demostrar la revelación primitiva, se llega a bien modestos resultados conjeturales sobre los orígenes de la civilización que se desenvolvió con majestad trágica en la altiplanicie mexicana.

Dicen los relatos que más dignos de fe parecen, que los ulmecas y xicalancas,[1] subiendo del oriente (tamoanchan) a la altiplanicie vencieron a los gigantes (quinamés) y dejaron su paso sembrado de construcciones monticulares o piramidales, desde la cuenca del Pánuco hasta las llanuras elevadas

[1]Como ha cambiado el antiguo sonido de la *x*, pues hoy se lee como *j*, no debe emplear-

de la mesa en que erigieron las de Cholula y Teotihuacán. Estos ulmecas, como los bautizaron los nahoas, son *mound-builders,* en opinión nuestra, que viniendo de Texas fueron diseminándose por las costas del Golfo y subieron lentamente a la altiplanicie, donde fundaron una civilización teocrática en la que representa análogo papel a los de Votan e Itzamná, Xelhua, el constructor del gigantesco homul de Cholula, que es tres veces más bajo que la pirámide de Khufu, pero mucho mayor en su base. Sus congéneres, los xicalancas, como los nahoas decían, penetran y refuerzan la cultura de los quichés y se mezclan profundamente a la de los mayas con el nombre de tutulxius. Lo que parece también seguro es que estos primitivos civilizadores mantuvieron su contacto con la civilización del sur, y los idolillos de Teotihuacán, por ejemplo, lo revelan por sus tocados y sus tipos.

Los nahoas: Por una transformación climatérica acaso o tal vez por la tala desenfrenada de los bosques en las cuencas del Gila, del Colorado y del Bravo, en los tiempos prehistóricos americanos, la región sud-occidental de los Estados Unidos se convirtió en desierto inmenso, fue lo que es, "el país de la sed". Lluvias escasas, que bebe instantáneamente un insondable suelo poroso, lechos de ríos muertos, montes pelados, rocas y grutas por dondequiera. A medida que la desolación avanzó, los habitantes o morían o huían, y la comarca, densísimamente poblada, como lo demuestran innumerables vestigios de habitaciones y prodigiosas cantidades de alfarería, se vació sobre las tierras fluviales de los *mound-builders* o bajó al sur, arrollándolo todo a su paso.

Entre estos emigrantes venían los grupos broncos y feroces que formaron parte del mundo chichimeca, y los nahoas. Estos, según rezaban sus tradiciones, no eran nómades; vivían en un país risueño y cultivado, la antigua Tlapalan (¿en las márgenes del Yaqui y del Mayo?), y de allí descendieron al sur. Los nahoas subieron por el lado del Pacífico a la altiplanicie, lucharon con los aborígenes (al grado de que una de sus tribus, los colhuas, se apoderó de la capital de los otomíes, Manhemi) y se tropezaron con los representantes de la civilización del sur, de la que fueron alumnos.

Una selecta tribu nahoa, más bien sacerdotal que guerrera, siguió la emigración general y siempre arrimándose al océano Pacífico llegó a las costas meridionales del Michoacán actual. Siguiendo la voz de sus dioses, de sus sacerdotes, subió a la Mesa Central y tras larga y trabajosa peregrinación llegó a las riberas del Pánuco; allí estableció su santuario, allí creció y entró en íntima relación con la cultura del sur en la Huasteca, colonizada antaño por los mayas (vestigio del reflujo de la civilización meridional hacia el

se ya en transcripción de los vocablos indígenas; por eso nosotros solemos escribir en su lugar *sh.* [No habiendo logrado fortuna la sugerencia ortográfica de Sierra contenida en esta nota, en esta edición seguimos el criterio: conforme al uso general, de conservar la grafía de la *x* en los vocablos indígenas.—N. de la edición 1950].

norte). Luego, remontando la cuenca del Pánuco, se hizo ceder por sus congéneres los colhuas la antigua capital de los otomíes y le puso por nombre "la ciudad de las espadañas o tulares, Tollan", Tula decimos nosotros. Los de Tollan se llamaron desde entonces toltecatl, y luego tolteca significa artífice, ilustre, sabio.

Los cronistas indígenas o españoles han enmarañado por tal extremo la historia y el simbolismo místico de este grupo, interesantísimo entre los que llegaron a una cultura superior en América, que es casi imposible obtener sino una verdad fragmentaria. Su historia parece tener un período de expansión: los toltecas dominan, además del valle feraz del Tula, buena parte del valle de México y del de Puebla; conquistan los santuarios piramidales de Teotihuacán, en donde establecen su ciudad sagrada, dedicando las principales pirámides al sol y a la luna, y el de Cholula, cuyo homul queda consagrado al culto de la estrella de Venus o Quetzalcoatl. El segundo período es el de la concentración: llega entonces a su apogeo la cultura de los nahoas. Parece que en uno de los santuarios de la estrella Quetzalcoatl, en Tula la Pequeña (Tulancingo), se había elaborado un culto moralmente superior a los cruentísimos ritos que el culto de la luna (Tetzcatlipoca) exigía; el sacrificio humano, resto del primitivo canibalismo de los pueblos sometidos a largos períodos de hambre, era el sacrificio supremo; se dice que los adoradores de Quetzalcoalt lo rechazaban, y eran éstos tan renombrados por sus conocimientos astrológicos y por su habilidad en las industrias y lo acertado de sus consejos a los agricultores, como que conocían el cielo, que en la misma Tollan tenían partidarios. La casta guerrera, de la que los nahoas-colhuas formaban acaso la porción más activa, había reinado hasta entonces; un día, por una suerte de reacción nacional, se encumbra al trono el sumo sacerdote de Quetzalcoatl en Tolantzinco. (Esto, según los cronógrafos, pasaba al comenzar el siglo IX o X). El pontífice-rey tomó el nombre de su divinidad, y la leyenda y la tradición de consuno personifican en él todas las excelencias de la civilización tolteca. Fue el purificador del culto, lo limpió de sangre; sólo empleaba sencillos sacrificios. Probablemente en aquella edad de oro de la teocracia los sacerdocios de Tollan, de Teotihuacán y de Cholula consignaron en los monumentos y en los libros ideográficos sus estupendas concepciones sobre el origen y jerarquía de los dioses, sobre el origen del universo, el de la tierra y la humanidad. Dijeron cómo se habían distribuído los hombres en el fragmento del planeta que ellos conocían; consignaron el recuerdo de las primitivas razas, de sus cultos, de sus inmigraciones; de los grandes episodios de sus viajes y de sus conexiones con los otros pueblos. Pintaron en mitos llenos de vida la manera con que a los cultos viejos habían sucedido los cultos nuevos, cómo habían muerto en Teotihuacán los dioses primitivos y había nacido el culto de las divinidades siderales de los nahoa-toltecas.[2]

[2]Hay que pensar en que la destrucción sistemática de todo cuanto podía recordar el culto antiguo, llevada adelante por los misioneros españoles, y el silencio de muerte im-

Como todas las religiones que, partiendo del culto de un muerto, suben al culto de los antepasados, que se convierte en el ilimitado de la naturaleza; y por la tendencia a la unidad, propia de la estructura intelectual del hombre, se encaminan al culto de un alma o un dios único, y antes de un dios superior, del cual todos los demás dependen, la religión de los nahoas había llegado a considerar al sol, llamado de diversos modos y representado por diferentes imágenes, como la divinidad suprema. Todos los sacerdocios lo reconocían así, y en algunos de sus santuarios, según ciertos cronistas afirman, se creía en la existencia de un ente cuyo símbolo era el sol, pero que, por su alteza, no podía ser ni representado ni adorado, el Tloque-Nahuaque, ser invisible, increado y creador. Era el autor de la primera pareja humana.

En el infinito enjambre de divinidades, cuya simbólica historia se enlaza por una prodigiosa corriente de leyendas y mitos, que no ha sido superada por ningún pueblo de la tierra, descuellan, bajo Tonatiuh, el sol, y al par de la divinidad principal de cada tribu, la luna y Venus, Tetzcatlipoca y Quetzalcoatl; y así como las pirámides de Teotihuacán y Cholula son las columnas fundamentales del culto, los tres astros son el vértice de la teogonía de los nahoas. Tlaloc, el dios de las aguas, a quien estaban consagradas las alturas y cuyo gran fetiche era el mismo Popocateptl, y Chalchiuhtlicue, su esposa, la tierra fecunda, la de la inmensa falda azul (el Iztaccíhuatl), tenían también un lugar privilegiado en el panteón tolteca.

Su cosmografía y geogonía andaban confundidas; el recuerdo de grandes fenómenos meteorológicos y plutónicos parecía ligado a la intuición singular de transformaciones cósmicas: creían, como creyó la ciencia hasta bien entrado el siglo actual, que con una sucesión de revoluciones totales estaban marcadas las diversas etapas de la formación de la costra terráquea: llamaban a esta sucesión los cinco períodos o edades, o, como tradujeron los cronógrafos, los cinco soles: un sol, o edad de agua; la edad de los vientos, en segundo término; el tercero, la de las erupciones volcánicas, la edad del fuego, y la cuarta la de la tierra, una verdadera cuaternaria de los nahoas; al fin la edad histórica, la actual. De todos estos cataclismos, según los códices, había sido testigo la especie humana. (La raza autóctona en el Anáhuac, la que pudo ver el valle de México convertido en un lago inmenso, la que vio indudablemente al Ajusco en erupción, la que cazó a los enormes paquidermos de la última edad geológica, a los gigantes o quinamés ¿no comu-

puesto a los sacerdotes que, en corto número, debían haber sobrevivido a la conquista, nos han privado de los documentos indispensables para dar carácter de certeza a lo que hoy no puede casi pesar del estado de conjetura. Los muy pocos documentos originales salvados del incendio del templo, es decir, de la cultura religiosa de los antiguos nahoas y mayas, no pueden leerse, sino interpretarse, porque son documentos de forma casi totalmente ideográfica, y las interpretaciones no nos dan la verdad sino por aproximación. Además de esto, los cronistas postcortesianos son generalmente confusos o difusos y suelen contradecirse o usar nombres distintos para connotar las mismas ideas. De aquí provienen dificultades insuperables para conocer con exactitud los elementos de las grandes civilizaciones americanas.

nicaría sus tradiciones a los fundadores de los santuarios piramidales de Teotihuacán y de Cholula? ¿No serían los sacerdocios de esos santuarios quienes transmitieron a los toltecas estas nociones, que, se habían ya difundido por el área inmensa de la civilización del sur?

Tras esta geogonía, en la sucesión de las creencias, venía el recuerdo de la renovación del culto totémico o zoolátrico de los santuarios del Anáhuac, cuyo centro fue la ciudad santa de Teotihuacán, y la consagración al sol y a la luna de las pirámides, que desde aquel instante fueron nahoas.

Mas dentro del sacerdocio nahoa se notan los vestigios de un cisma: de la lucha entre la divinidad de la noche, de la sombra, de la muerte, del sacrificio humano, y la divinidad crepuscular, que muere y renace eternamente en la hoguera gigantesca del sol, de Tetzcatlipoca y Quatzalcoatl, de la luna y Venus. Este cisma, origen de discordias sangrientas tuvo por causa, segu-raramente, la proscripción de los ritos del antropofagismo y la reforma del calendario.

La ciencia. Numeración. Astronomía. Cronografía. Escritura: Comerciantes activísimos y constructores ingeniosos, claro es que los toltecas sabían contar y tenían una aritmética primitiva compuesta simplemente de las cuatro reglas, como lo demuestran sus pinturas, en que por su posición, los signos se adicionan al fundamental o lo multiplican. Su numeración, como la de todos los primitivos, y lo indica la significación propia de algunos de los nombres de esos números, se basaba en la cuenta por los dedos: sumados los de las manos y los pies daban una veintena, y veinte es el número fundamental de las numeraciones nahoa y maya-quiché. Multiplicando los productos de veinte por sí mismos llegaron a contar hasta 160.000, dando a cada total un nombre especial y expresivo. Seguro es que supieron hacer crecer las cantidades hasta donde sus necesidades lo exigieron.

Aplicaron a maravilla su sistema numeral al cómputo del tiempo. Tuvieron un calendario religioso o de fiestas (tonalámatl), que eran numerosísimas: puede decirse que entre ellas se dividían el año religioso entero; y cada fiesta tenía sus sacrificios, sus ritos y sus ídolos; en ellas no están incluídas las domésticas. El tonalámatl era un calendario lunar, como los primeros de todos los pueblos de la tierra: lo componían trece grupos o meses de veinte días. El sacerdocio que usaba este calendario fue el de Tetzcatlipoca o la luna. Luego la base del calendario religioso se refirió al período de visibilidad de la estrella gemela, Quetzalcoatl, y esta reforma produjo probablemente la gran lucha religiosa que marca la decadencia de la monarquía tolteca. Además, en esta época, al año religioso se añadieron los cientos cinco días y un cuarto que compusieron el año civil y lo acercaron al astronómico; este calendario, tan parecido al Juliano, es una de las pruebas aducidas por nuestro insigne maestro Orozco y Berra, para apoyar su hipótesis sobre el

origen europeo del apóstol reformador Quetzalcoatl Topiltzin, el sacerdote blanco y barbado, vestido de ropas talares orladas de cruces.

La corrección definitiva del calendario, hecha en los tiempos aztecas, lo acercó más, según los peritos, al verdadero año astronómico, que lo que lo está el actualmente usado en el mundo cristiano.

La cuenta del tiempo indica notables conocimientos astronómicos: los toltecas conocían el movimiento aparente del sol entre los trópicos, y los puntos solsticiales eran los cuatro extremos de la cruz del nahuiollin. Habían observado los movimientos de la luna y Venus; la culminación de las Pléyades desempeñaba un papel importante en la renovación del fuego en el período máximo del tiempo, que era el ciclo de 52 años o el doble de 104, el ahaukatún de los mayas. Las dos osas, la estrella polar, la vía láctea, el escorpión, eran asterismos familiares para los sacerdotes y, puesto que eran divinidades, continuaban en el cielo el eterno drama que se representaba en la tierra. Eclipses, cometas, bólidos, eran observados apasionada y supersticiosamente, como que la influencia de los astros sobre los hombres era tan clara y demostrable que, puede decirse, todos los calendarios eran astrológicos, exactamente como en los pueblos históricos del viejo mundo.

A la astrología estaban ligadas la hechicería y la magia, y a ésta el conocimiento del efecto de los jugos de ciertas plantas y sustancias sobre el organismo, que era el balbuceo de la terapéutica de aquellos interesantes pueblos.

La escritura, tal como las escasísimas obras auténticas de los toltecas y sus herederos en cultura nos la revelan, apenas lo es. Es una pintura de objetos para expresar ideas, es una pictografía ya convencional y resumida, es una ideografía; pero varios signos indudablemente son fonogramas, y esto indica a las claras que, en vísperas de la llegada de Cortés, el paso de la ideografía a la verdadera escritura se estaba verificando ya.

El arte y la industria. Organización social: Las reliquias del arte tolteca en Tula, Teotihuacán, Cholula, etc., nos manifiestan las aptitudes prodigiosas, sin hipérbole, de este grupo indio. Sus materiales de construcción, piedra, lava, ladrillo, tierra, empleados simultáneamente, les permitían amoldarse a todas las formas simbólicas o estéticas y útiles que su imaginación concebía. Templos, palacios, tumbas, lugares destinados a juegos (el de pelota sobre todo), de todo ello quedan la traza, los cimientos, fragmentos de muros, de columnas, de pilastras, de estelas. La decoración escultural de sus edificios, relieves, altares, estatuas, todo muestra en estas culturas espontáneas, facultades singulares. Sus dioses, representados con máscaras deformes, y las primorosas cabecitas de Teotihuacán, exvotos probablemente, son los extremos de una cadena artística, no estudiada aún, pero que maravilla; los estucos, los colores, los frescos empleados en el interior de los palacios y de los túmulos, y todo lo que se ha dejado destruir y se adivina; la cerámica, de múltiples formas y decorada y pintada con una riqueza de fantasía extraor-

dinaria, son como los fragmentos del libro inmenso que se deshace a nuestra vista y que nos cuenta cómo vivía, cómo sentía, en qué pensaba aquel grupo ansioso de revelar una partícula de su religión, de su historia, de su alma, de su vida, en suma, en cualquiera obra que salía de sus manos.

Basta la inconcebible cantidad de objetos que, en fragmentos o en polvo, forman como el pavimento del Anáhuac y de las comarcas en que floreció la civilización del sur, para comprender que, en derredor de los grandes núcleos toltecas, la población era densa, como lo fue en las comarcas mayas y quichés, en que parecía no haber un palmo de tierra no explotado o cultivado; basta conocer por tradiciones o por vestigios las labores de la industria de éstos, que fabricaban con el algodón, con los hilos de colores, con las plumas, con el oro y la plata, los primores que hicieron el nombre tolteca sinónimo de artífice ingenioso, para adivinar la organización social de aquellos pueblos; los hombres del campo, cultivando la tierra para los señores y los sacerdotes, si eran siervos; si no lo eran, cultivando el terruño de que eran colectivamente dueños, como en el mir de los rusos, repartiéndose, bajo la inspección del jefe, del cacique, los productos, proporcionalmente, dejando una parte reservada al dios y otra al amo; si eran industriales, aglomerándose en gremios, en los que las recetas de fabricación se transmitían secretamente de maestros a discípulos. Y esta organización social revela hábitos de orden, de obediencia y regularidad de costumbres, que constituían un código de justicia y de moral no escrito, pero poderosamente sancionado por la creencia y por el miedo al castigo en esta vida y en la otra.

Esto a su vez es indicio seguro de la preponderancia del sacerdocio, así como lo es también la magnitud de los trabajos de erección de ciudades, de ciudadelas, de monumentos casi todos monticulares y que denuncian la presión divina, el despotismo teocrático ejercido sobre millares de seres humanos apenas vestidos y alimentados, es decir, de necesidades pequeñísimas y que jamás variaban. Las oraciones, los sacrificios, los preceptos morales, el respeto al matrimonio civil y religioso, a la familia, a la autoridad, eran la base de la vida íntima de estos nahoas, según los cronistas que sobre esto escribieron y bordaron a maravilla y según los restos de poemas y narraciones novelescas que de estos adulterados recuerdos pueden desentrañarse; todo ello no hace más que confirmar lo que del simple aspecto y variedad de objetos puede inferirse.

Esta civilización tolteca es la misma que entre los acolhuas y aztecas, sus herederos, florecía en los tiempos de la conquista; es la que penetrando en la civilización del sur, la transformó y dejó en ella su sello desde Mitla hasta Chichén. ¡Ah! ya lo dijimos hablando de los mayas; si realmente el civilizador Quetzalcoatl hubiese sido un europeo y hubiese traído a los toltecas una fe: "Dios es bueno, el hombre es sagrado para el hombre; la mujer representa en la tierra la función divina de la naturaleza"; si les hubiese traído una escritura, si les hubiese enseñado a servirse del hierro, los toltecas habrían mantenido su dominación sobre la altiplanicie y Cortés habría encontrado un pueblo indominable. La conquista no habría sido una lucha atroz,

sino una transacción, un pacto, un beneficio supremo, sin opresión y sin sangre.

Fin del imperio tolteca: Nada hay que indique formalmente que no predominase entre los toltecas y los colhuas, sus congéneres, domiciliados también en Tollan, el culto que exigía los sacrificios sangrientos, los humanos; todo parece confirmar la aseveración de los cronistas de que el rey-pontífice Topiltzin Quetzalcoatl, como ya dijimos, suspendió estos ritos y disolvió probablemente el sacerdocio de Teztcatlipoca; éstos minaron el ánimo popular, recurrieron a los grupos nahoas y mecas en estado de barbarie aún. o trogloditas o habitantes de kraales apenas organizados y antropófagos todavía, porque creían que la víctima humana se convertía en divinidad protectora y así fabricaban dioses; y con estos auxiliares, comprendidos bajo el nombre genérico de chichimecas, la tribu colhua y el sacerdocio desheredado emprendieron la lucha con el reformador. Duró largos años, y de las crónicas resulta por extremo confusa; varias veces Quetzalcoatl, vencido, fugitivo y muerto, resucita de sí mismo, lo que parece indicar que el culto de Venus se sobrepuso varias veces al del fiero Tetzcatlipoca; pero las tribus gastaban sus energías en estas guerras de religión, y sus individuos, flotando entre los cultos enemigos, abandonados los campos, que invasiones incesantes de los nómadas mantenían yermos y desolados, empezaron lentamente a emigrar a los valles meridionales de la altiplanicie, al de los lagos (hoy México), al de Puebla y de Oaxaca; o siguiendo el contorno de las costas del Golfo, penetraron en el Istmo y se diseminaron por Chiapas y Guatemala, o se fijaron en Tabasca y Yucatán. Una leyenda consignada por los cronógrafos nos enseña que el octli o pulque, inventado por los mexi, que vagaban ya por aquellas comarcas (metl-maguey es el radical de mexica). influyó no poco en aquella triste decadencia; aún es así: la bebida regional del Anáhuac ha mantenido, entre otras causas, al grupo indígena lejos de la civilización.

No era difícil desmembrar el imperio tolteca; todo parece indicar que Tollan ejercía solamente un poder hegemónico, en una especie de confederación de señoríos feudales y de santuarios como Teotihuacán y Cholula; las luchas religiosas, cuya consecuencia fue la intervención de las tribus nómades, que de Tlapalan en Tlapalan habían perseguido a los totelcas antes de su llegada al Anáhuac, continuaban así su obra secular.

Cuentan las crónicas que, cuando fugitivo el rey-pontífice de su capital, se estableció en Cholula, aquella pequeña ciudad sacerdotal se convirtió en una población perfectamente trazada y organizada, a donde fueron llegando uno en pos de otro, y seguidos de sus familias, los fieles del destronado soberano; probablemente aun el sacedocio de Teotihuacán llegó a reunírsele, y quizás de esa época data el abandono de la gran hierópolis, en donde aún se hallan señales de un procedimiento singular que consistía en tapiar los

santuarios y en enterrar bajo pequeños montículos las habitaciones sacerdotales. Tal vez esto sucedió en la guerra atroz que las tribus triunfantes en Tollan hicieron a Cholula y a su huésped insigne.

Así sucedió efectivamente; la Tollan choluteca pareció a Huemac, rey-pontífice también, en quien Tetzcatlipoca había encarnado, un desafío y un amago, y sobre todo, una impiedad; llevó la guerra a la floreciente comarca; el profeta huyó rumbo al Golfo, en donde desapareció, transformándose en la estrella Venus, que los cholutecas vieron brillar sobre el vértice de cristal del Orizaba (Citlaltepetl, montaña de la estrella) como una promesa y una esperanza. Muchos huyeron, otros permanecieron y probablemente transigieron con los sacrificadores de hombres. Pudiera creerse que el sacrificio humano, considerado hasta entonces como una ofrenda a los dioses, al mismo tiempo que como creación de una nueva divinidad (puesto que ese poder debían atribuir al espíritu de la hostia propiciatoria), bajo la influencia del sacerdocio de Quetzalcoatl se convirtió en una especie de comunión con la divinidad misma a quien se ofrecía el sacrificio, y que tomaba parte en el banquete sagrado en unión con sus adoradores, identificándose con ellos, y así esta costumbre ritual, repugnante y atroz como ninguna, estaba informada por el mismo anhelo que movía los ágapes eucarísticos de las prístinas comuniones cristianas.

Lo cierto es que este era el sentido que parecían atribuir los aztecas al sacrificio, según los cronistas, y que cuando el mismo Quetzalcoatl, fugitivo de Cholula, o una de las colonias religiosas que mandó hacia aquellas regiones, apareció entre los quichés y los mayas, acaudillada por Gugumatz y Kukulcán, no pudiendo suprimir los ritos antropofágicos, les dieron el carácter sacramental que en Tenochtitlán tuvieron luego.

Ya dijimos cuán fecundo fue el contacto del sacerdocio de Lucifer con los grupos maya-quichés; si las inscripciones hablaran, nos revelarían claramente en qué consistió la transformación; pero las ciencias, las artes, la religión, las costumbres, la organización política, todo parece haber entrado en un período nuevo desde que los toltecas acamparon en las orillas del Usumacinta, junto al pozo de los itzaes (Chichén Itzá) o en derredor de las lagunas artificiales de Uxmal; sólo la transformación ocasionada por la presencia de los españoles superó a ésta, verificada por los siglos x y xi.

Huemac, el vencedor de Cholula, pronto tuvo a la vez que abandonar la gran capital tolteca; el imperio quedó deshecho; algunos permanecieron establecidos en los señoríos del valle de México, como Chapoltepetl o Colhuacán; otros se fundieron con los tlaxcaltecas y huejotzincas, otros emigraron en busca de sus hermanos de Tabasco y Guatemala; parecía que el sembrador supremo aventaba por todos los ámbitos mexicanos la simiente de la civilización precursora.

Conservan las rocas de las montañas y cañones del sudoeste de los Estados Unidos, copiosas huellas de habitaciones troglodíticas; aquellas yermas y desoladas comarcas estuvieron regadas antaño y pobladas de bosques, aguas y poblaciones han desaparecido, dejando ciudades casi pulverizadas en las

cuencas del Gila, del Colorado, del Bravo superior, y habitaciones en las rocas y en las cavernas, en lugares casi inaccesibles frecuentemente; la caza y la pesca fluvial eran la única ocupación de aquellos hoy extinguidos grupos y su única preocupación la defensa contra los nómades, que en corrientes incesantes pasaban y repasaban, arrasando y ahuyentando todo lo viviente en su marcha premiosa hacia el sur. Estas inacabables invasiones bárbaras determinan todo el dinamismo de la historia precortesiana. Hemos visto a los *mound-builders,* huyendo de los nómades, poblar por emigraciones sucesivas ls costas del Golfo y del Caribe quizás; hemos visto a los aborígenes del Anáhuac y del México ístmico y peninsular, o mezclarse a los advenedizos y perder la personalidad o retraerse a las agrias serranías del oriente y el occidente; hemos visto a las tribus venir unas en pos de otras a la altiplanicie, recorriendo las costas del Pacífico, abriéndose paso entre los mecas (los aborígenes del occidente) y cruzando en diversos sentidos la Mesa Central. Todo es, pues, migración en nuestra primitiva historia, todo es movimiento, que prolonga sus ondas étnicas desde el corazón de los Estados Unidos hasta el istmo de Panamá. La ruina del imperio tolteca se debió, a la mayor y más enérgica de estas ondas; cosa singular, después de largos años de vagar, tropezándose con las poblaciones organizadas definitivamente por los toltecas, los jefes bárbaros de los chichimecas o una serie de caudillos del grupo principal, que llevan el mismo nombre, Xolotl, acaban por fijarse, por someter a tributo a los pueblos vencidos y por establecer un curioso imperio troglodita, en que las ciudades, el núcleo principal del imperio por lo menos, se establece en una región cavernosa de las montañas que cercan el valle de México, y los palacios son grutas como las habitaciones de los *cliff-dwellers,* cuna de las tribus chichimecas.

Estos trogloditas cazadores, sin ídolos, sin más culto que sacrificios rústicos a las divinidades del sol y la tierra, dicen los cronistas, fueron poco a poco saliendo de sus cavernas, agrupándose en chozas, estableciendo pueblos, aprendiendo de los grupos toltecas el cultivo del maíz, del algodón; vistiéndose, tornándose sedentarios, dejando su bronco idioma por el idioma culto de las tribus nahoas, adoptando los dioses de estas tribus, civilizándose. Es por extremo interesante, del laberinto de narraciones con que cada uno de los antiguos señoríos del Anáhuac quiso establecer sus derechos territoriales después de la conquista española refiriendo sus orígenes, extraer la sustancia y percibir en ella el trabajo de los grupos bárbaros para asimilarse una cultura extraña y convertirse en toltecas; la intervención del sacerdocio refinado de esta gran tribu (leyenda del sacerdote Tecpoyotl) en la educación de los príncipes chichimecas, la influencia de los nahoas en determinar a los bárbaros a dedicarse al cultivo de las tierras (leyenda de la resurrección del maíz), el advenimiento de tribus exóticas, de origen nahoa como los acolhuas, que se asimilaron profundamente la cultura tolteca y a la que se identificaron porciones selectas de los chichimecas, que dieron a su imperio el nombre de Acolhuacán y establecieron su capital a orillas del lago Salado, en la vieja

población tolteca restaurada de Texcoco, son los capítulos heroicos o trágicos o romancescos de esta obscura historia, que se desenlaza con las epopeyas grandiosas de la resistencia de una gran parte de los bárbaros a civilizarse; a ellos únase el recuento de luchas cruentas y la victoria definitiva de los grupos cultos, unidos en la defensa de sus nuevos penates, y la segregación de los refractarios al progreso, y su fusión, en los vericuetos inaccesibles de las montañas, con los otomíes aborígenes.

En estos mal ligados señoríos del imperio feudal de los acolhuas, a otro día de las grandes batallas por la vida de la civilización, surge una entidad, a orillas también del lago, que estuvo a punto de absorber y avasallar todo el imperio: el señorío de los tecpanecas en Atzcapotzalco, acaudillado por caciques o reyes de feroz energía, llegó a sojuzgar todo el Valle, y sin la presencia de los mexi y su unión con los acolhuas, Cortés habría encontrado no en un imperio azteca, sino tecpaneca en Anáhuac.

Los mexi: Si las analogías y los paralelismos tuvieran, por regla general, en la historia, otro valor que el puramente literario, se podría caer en la tentación de mostrar, en estas regiones mexicanas, una especie de compendio de la distribución de la historia antigua de los pueblos del Viejo Mundo; se pondría en parangón la historia de los pueblos orientales con la de los maya-quichés, se hallaría en los toltecas a los helenos de la América precortesiana, y a los aztecas o mexi se les reservaría, no sin poder autorizar esto con ingeniosas coincidencias, el papel de los romanos.

Prescindamos de estos fáciles ejercicios retóricos y resumamos la evolución vital del grupo azteca, que debió a la fuerza el privilegio de encarnar ante la historia el alma de otros pueblos de mayor valor intelectual y moral que él.

Algunos cronistas agrupan bajo el nombre de "las siete tribus nahuatlacas" a algunas de las poblaciones que luego florecieron en el Valle y aun fuera de él y que hablaban el nahoa; es arbitraria esta denominación: los tlaxcaltecas, por ejemplo, son chichimecas (los teochichimecas), emigrados del Valle y conquistadores de la población tolteca, de que recibieron su nombre y en la que se civilizaron, se nahoalizaron. La verdad es que varias familias nahoas, escurriéndose del norte al sur, quizás de las cuencas de los ríos que hoy están al norte de nuestra frontera, bajaron por la vertientes del Pacífico y, huyendo de las vastas aglomeraciones de nómades que iban formando depósitos movedizos, en guisa de médanos humanos, en las mesas central y septentrional de la gran altiplanicie mexicana, subieron a la altura de los valles de Anáhuac, siguiendo poco más o menos idéntico itinerario; dejaban sembrado su paso con grupos rezagados, que todavía hoy en la geografía de las lenguas vernáculas forma una corriente que marca con señales vivas el antiguo paso de los nahoas. La última de las tribus, afirman los cronistas, que tomaron parte en este éxodo secular fue la de los aztecas,

los de Aztlán, el lago de las garzas, situado en las costas sinaloenses, según Chavero; recorriendo en lentas etapas el occidente, se encontraron con los grupos tarascos, que tenían una cultura peculiar. Los sacrificios sacramentarios tuvieron los mismos ritos, idéntico ceremonial en todos los pueblos cultos del México actual, lo mismo entre los nahoas que entre los tarascos y los maya-quichés, lo que indica claramente un solo origen, y este origen es tolteca, es casi la marca del influjo tolteca en toda la región ístmica; estos pueblos singulares encontraron la transición entre el canibalismo de las tribus hambrientas y el antropofagismo religioso, en que el esclavo y el prisionero, sacrificados y comulgados, es la palabra, unían al hombre con la divinidad, pues éste fue un progreso respecto del canibalismo puro; los que adoptaron el rito sanguinario, sólo en determinadas fiestas celebraban el repugnante banquete y nunca fuera de él, y quedó así reducido.

Los aztecas conocieron estas prácticas religiosas en Michoacán; de allí las tomaron y allí dieron a su divinidad principal, que era el espíritu del ancestro guerrero de la tribu, el nombre de colibrí (Huitzilopochtli), el ave característica de las comarcas tarascas, la que habían dado onomatopéyicamente su nombre a la capital misma del reino a ritos y leyendas religiosas, forma primera de la historia, éste fue el bagaje moral, digámoslo así, con que salieron de la región tarasca las tribus aztecas. Pueblo lacustre, había venido peregrinando de lago en lago, de Aztlán a Chapala, de aquí a Pátzcuaro y Cuitzeo, y por último, a las lagunas del valle de México. En torno de ellas peregrinaron los aztecas sin cesar, desde los comienzos del siglo x hasta los del siglo xiv. Venidos de una región en que abunda el agave americano, el maguey o metl en nahoa, cuando encontraron en el Valle una comarca rica en esta planta, para ellos divina, de donde venía el nombre de su primitivo dios, los transmigrantes se detuvieron, y o inventaron o propagaron el uso del metl fermentado, el que hace a los hombres felices, porque los hace valientes: fueron conocidos desde entonces con el nombre de mexi o mexica. Los toltecas, por su desgracia, conocieron y gustaron de la invención mexicana, que contribuyó no poco, interpretando las leyendas, para mantener entre ellos la discordia y acelerar su ruina. La destrucción del imperio tolteca, en la que los mexica tomaron parte, sin duda, era una coyuntura para fijarse definitivamente junto al lago, aprovechando el desconcierto general. No lo lograron; arrojados del formidable peñón de Chapultepec por la coalición de los régulos del Valle, sometidos a la esclavitud por los colhuas y emancipados, en fin, gracias a su fiereza y al odio universal que la ferocidad de sus ritos inspiraba, pudieron establecerse dentro del lago mismo; y se distribuyeron en los dos islotes principales, construyeron con lodo y carrizos sus miserables cabañas pescadoras, levantaron un templo, un teocalli, a sus dioses patronos y obedecieron ciegamente los consejos de su guía y oráculo Tenoch; las pequeñas y miserables aldeas insulares se llamaron Tlatelolco, y la mayor Tenochtitlán. (Del fonograma de Tenochtunal, sobre roca, vino con el tiempo la leyenda del águila y el nopal, de donde nació el actual escudo de la nación mexicana). La ciudad fundada por Tenoch,

y regida por él y sus descendientes algún tiempo, en cuanto pudo ser percibida por los ribereños del lago, tuvo que pagar tributos al Tecpanecatl de Atzcapotzalco y que contribuir a las guerras que constantemente sostenía el belicoso señor.

Los mexica cambiaron su gobierno, de teocrático, en una especie de monarquía electiva y llegaron a celebrar alianza con los reyes acolhuas, despojados de buena parte de su territorio por el señor tecpaneca; esta alianza les fue fatal en los comienzos, y alguno de los señores de Tecnochtitlán murió en el cautiverio; mas no desmayaron, y algún tiempo después lograron los mexica y sus aliados, los acolhuas de Texcoco, vencer a los tecpanecas, matar a su indómito monarca y reducir al vasallaje el señorío de Atzcapotzalco; de entonces data el imperio azteca.

Los intermediarios entre las dos grandes civilizaciones: Nuestro país está sembrado de soberbios monumentos cuyos autores nos son desconocidos, como los de los arruinados edificios que existen cercanos a Zacatecas (la Quemada), en los que entrevén algunos cronistas una de las grandes estancias de los ambulantes pueblos nahuatlacas, el legendario Chicomoztoc por ventura; como los de Xochicalco, que algunos creen obras de los constructores del sur y que más bien parece tolteca. En los actuales Estados de Oaxaca y Michoacán tuvieron sus núcleos primordiales dos civilizaciones que son, sin duda, mezcla de tres elementos, el aborigen y dos advenedizos, el maya-quiché y el nahoa.

Los de Michoacán (tarascos) no informaron una civilización monumental; su monumento es su lengua, de aspectos completamente distinto del de las lenguas nahoas o ístmicas y en la que algunos de sus descendientes han creído ver, en nuestros días, señales de parentesco con el idioma de los incas; el área lingüística de los tarascos se extendió por parte de Querétaro y Guanajuato. La capital de los tarascos estuvo situada a orillas de la pintoresca laguna de Pátzcuaro y tuvieron una organización social (industrial sobre todo) bien ingeniosa y una organización política que llegó a ser monárquica, pero saturada de teocratismo, como la de la mayor parte de los pueblos cultos de estas regiones. Ya lo hemos dicho: sus ritos eran feroces, y sus leyendas dramáticas e interesantes por extremo. Los tarascos eran belicosos, que siempre vencieron a los mexica; sin embargo, no opusieron resistencia alguna a los españoles; la suerte de Tenochtitlán, la enemiga hereditaria, les sumergió en el estupor en que se olvidan el honor y la patria.

Los zapotecas de las sierras oaxaqueñas sí tuvieron una cultura monumental; se han descrito muchas de sus ruinas, se ha hablado de los restos de sus ingeniosísimas fortificaciones, de sus industrias, de su exquisita manera de trabajar los metales, como el oro, con gusto verdaderamente artístico, y de sus magníficos edificios moribundos, muertos ya, mejor dicho, y en estado de disolución sus restos.

Algunos ven en los zapotecas y los mixtecos, sus congéneres, la misma familia de los maya-quichés; otros los suponen nahoas de la primera inmigración, proto-nahoas, como había proto-helenos o pelasgos; la verdad es que las comarcas zapotecas fueron teatro de la fusión completa de los elementos ístmicos de las poblaciones cultas de la América anterior a la conquista. La ciudad sacerdotal de Mitla, la ciudad de la muerte, contiene en los vestigios de sus maravillas arquitecturales la comprobación de esta verdad.

En suma, nuestro país vio crecer dos grandes civilizaciones espontáneas: la nahoa y la maya-quiché, y algunas otras indican una evolución consciente, un esfuerzo continuado, un cúmulo estupendo, sin hipérbole, de facultades que se atrofiaron lentamente en un período que comenzó antes de la conquista y continuó después.

Sacudido el yugo tecpaneca, celebrada la alianza entre los vencedores, que se repartieron los despojos del vencido señorío, el imperio de los mexica comienza su gran período final. En él descuellan gigantescas la figuras del primer Motecuhzoma y de Netzahualcoyotl, aquélla un producto superior de una raza guerrera y activa como ninguna; el segundo, el postrero y mejor fruto de la cultura tolteca. Lo que no sin cierta razón se ha llamado "el imperio azteca", no tuvo tiempo para consolidar su dominación, ni ésta habría sido tan extensa como pudiera hacerlo creer el dilatado espacio por donde extendió sus victorias (desde las cuencas del Pánuco y el Lerma hasta Guatemala), porque en el centro mismo del señorío mexicano los aztecas tuvieron siempre irreconciliables enemigos y porque no tuvieron otro medio de conquista que el terror y la sangre.

Motecuhzoma Ilhuicamina fue el alma de la guerra de independencia y de la destrucción del señorío dominante de Atzcapotzalco; él sometió a tributo y vasallaje las poblaciones del Valle, indóciles y bravías muchas de ellas; sojuzgó a los huaxtecos de la cuenca del Pánuco y clavó las insignias victoriosas de Huitzilopochtli en las playas del Golfo, desde Tuxpan hasta Coatzacoalco; en los actuales Estados de Oaxaca, de Guerrero y de Morelos penetraron sus ejércitos y sembraron el espanto, destruyendo los templos, incendiando los caseríos, pasando a cuchillo la parte inválida de la poblaciones, talando las sementeras y capturando centenares de prisioneros, que convertidos en víctimas sagradas, servían para los interminables festines de muerte de los antiguos dioses de la tribu; para asegurar las conquistas, sembraba de colonias los países sojuzgados; algunos son hoy ciudades florecientes.

Vicario de dios y adorado como un dios, Ilhuicamina no sólo brilla como conquistador en la historia, sino como sumo sacrificador, y si su figura guerrera es grandiosa, es aterradora cuando, en la dedicación del templo de Huitzilopochtli, aparece en la cima del gran teocalli, irguiéndose ante las multitudes espantadas, rodeado de los sacrificadores, todo untado de negro, cubierto de mantas ricas y de pedrería, coronado de plumas de águila, y en la diestra levantada humeando el cuchillo de obsidiana de los trágicos ritos

mexicanos. Su piedad le estimulaba sin cesar a levantar templos, a aplacar con sangre humana a los dioses irritados, a tenerlos ahitos y contentos, para que no descargaran su ira sobre el pueblo infiel. Los antiguos dioses toltecas se convirtieron en divinidades mexicanas, todas tuvieron templos, lo mismo el temido Quetzalcoatl, convertido en dios del viento y de las profecías, que el sanguinario Tetzcatlipoca, y mientras el melancólico rey de Texcoco levantaba una altísima pirámide en honor de un dios sin nombre, los mexica erigían un teocalli a todos los dioses, ejemplo singular de sincretismo que sólo tiene analogía entre los romanos.

Los dioses habían hecho caer calamidades sin cuento sobre Tenochtitlán y el imperio estuvo, por las inundaciones y las sequías y los períodos de hambre que se sucedieron años y años, a punto de disolvesse, como un montón de arcilla en las aguas del lago; a todo acudió el tecuhtli mexica con actividad pasmosa; ayudado del sabio señor de Texcoco, comenzó la terrible lucha con el agua y el fango, indispensable para cumplir el mandato divino y convertir al islote del tunal en una ciudad gigantesca que llegara a unir su suelo artificial con la tierra firme; esa lucha dura todavía; la empresa iniciada por los tenochca era como un abismo que sólo se ha podido colmar arrojando en él la fortuna y la salud de muchas generaciones.

Pero Tenochtitlán renacía de sus desastres, en torno de sus teocallis y a orillas de sus cuatro calzadas cardinales, centradas en el ara ensangrentada del dios de la tribu-reina y que partían el campo que debía ir conquistando la ciudad sobre el lago. Estos trabajos revelan uno organización social poderosa: abajo un pueblo siervo, tan minuciosamente envuelto en la red infinita de las prácticas de devoción supersticiosa, que resultaba esclavo de los dioses; los dioses disponían del trabajo, del fruto del trabajo, de la hacienda y de la vida de aquellos grupos humanos (todos los pueblos del Anáhuac que se tornaban sedentarios adoptaban la misma organización): en donde se dice dioses, léase sacerdocio. Esta era la base del estado social; la propiedad comunal de la tierra, el matrimonio monogámico, sin prohibición ninguna de la poligamia extra-ritual, los deberes mutuos de asistencia y piedad de los padres y los hijos, las máximas morales excesivamente positivas y sensatas, lo que indica un grado notabilísimo de sociabilidad, el respeto a los ancianos, la inflexible tutela respecto de las mujeres (que no excluía cierto respecto), los castigos terribles a la esposa infiel, todo estaba dominado por un profundo sentimiento de temor religioso; nada había más temible que aquellos dioses y diosas de espantable cara, jamás saciados de carne y sangre humanas, y que esperaban al viajero de la tierra a la eternidad, en el puente de la muerte, para atormentarle si no había obedecido, para dejarle ir hacia el sol si había muerto cumpliendo los preceptos santos o en el campo de batalla, o en la piedra del sacrificio ordinario, o en la lucha heroica del sacrificio gladiatorio.

El sacerdocio se educaba en colegios especiales; allí se renovaba incensantemente, para tener un personal en perenne actividad, cuidando de la puntualidad de las fiestas inscritas en el calendario religioso, velando por las

que se celebraban en los jacales (la choza primitiva del mexicano, usada todavía, y de la que en cada gran casa de tierra o piedra se conservaba un ejemplar en el patio principal, que se enfloraba y adornaba en las fiestas) y las que se celebraban en las casas de los próceres, y dirigiendo los que, con sacrificios cruentos, solían celebrarse en los teocallis y los atrios que los rodeaban.

La religión, la guerra, ésta dependiendo de aquélla, casi como su indeclinable consecuencia, eran los polos de la vida del imperio de Motecuhzoma el primero. En un colegio, especial también, se educaba al joven noble para la guerra; era una especie de "efebía" como la ateniense, de donde salía la flor de los guerreros para las batallas y algunas veces los príncipes de la real familia para el trono. Cuando el imperio se organizó sobre la base de la triple alianza, los pueblos comarcanos comprendieron que sería irresistible; para mantener su independencia convinieron en un pacto que es probablemente singular en la historia humana: de común acuerdo habría guerras periódicas entre la triple alianza y los señoríos de Tlaxcala, Huejotzingo, Atlixco, etc. (constituidas en guisa de repúblicas oligárquicas), con objeto únicamente de proporcionarse cautivos para los sacrificios; y como los mexica, a medida que crecían en poder y grandeza territorial, sentían pesar más gravemente sobre ellos la aterradora obligación de dar de comer al sol, como decían, los otros pueblos se sometían a la misma costumbre, que detuvo la marcha de aquellas civilizaciones hacia una altura superior en la ascensión iniciada por los toltecas; el águila del nopal de Tenoch no pudo volar, no pudo traspasar el ambiente saturado de sangre y de gemidos que condensó en derredor suyo el voraz Huitzilopochtli.

Sin eso, sin la angustia que por todas partes causaba el sonido del caracol de guerra del señor azteca o el redoble de su tambor de oro, las cualidades nativas de aquella tribu activísima habrían crecido pausadamente; los mercaderes aztecas recorrían incensantemente todos los ámbitos del imperio y eran los precursores de las conquistas y de las colonias; educados sistemáticamente en sus casas para ser esclavos de los dioses, para poder andar sin descansar un día entero, para llevar siempre un cargamento sobre las espaldas (cosa indispensable en un país en que, por desgracia, no había bestias de carga), hechos a una sobriedad absoluta, los aztecas cruzaban las mesas superiores de la altiplanicie en todas direcciones, proponiendo trueques y cambios, mostrándose en los tianguis, observándolo todo, para referirlo todo después en Tenochtitlán y en Texcoco; y bajaron por los escalones de las gigantescas vertientes de los océanos y se corrieron por las costas y el Xicalanco, en los regiones fluviales donde yacían las ruinas gigantescas que miraron sorprendidos; y de Tabasco y Chiapas se orientaron hacia Yucatán, en donde los mexicanos habían apoyado bravamente la tiranía de los cocomes hasta la destrucción de Mayapán, y por el sur bajaron a Guatemala. Gracias a una política seguida sin cejar por todos los reyes mexica, cada vez que un mercader encontraba obstáculos, puestos por los señores extranjeros, en el desempeño de su misión, reclamaban y apoyaban con las armas sus reclama-

ciones; así fue como, en pos del primer Motecuhzoma, penetraron las huestes imperiales en las playas del Golfo y en el valle de Oaxaca, y sus sucesores las llevaron triunfantes hasta Soconusco y Guatemala.

Después de una de estas expediciones, que eran, como las egipcias, verdaderas *razzias* para traer cautivos a Tenochtitlán y establecer tributos, el imperio parecía haber retirado sus límites; pero nunca tuvo tiempo de consolidarlos.

Contemporáneo de Motecuhzoma fue Netzahualcoyotl, que, quizás interpretando tradiciones para arrimarlas a su idea de hacer de los imperios de Anáhuac algo parecido a los pueblos bíblicos, aparece en los cronistas como un David: guerrero fundador de un reino, pecador que llora sus culpas, erótico que se rodea de mujeres hermosas hasta en su vejez, poeta sensual y melancólico, inquieto, fatigado, ansioso de verdad como un *dilettante* de nuestros días o de la decadencia del imperio romano. Estos reyes de Texcoco, Netzahualcoyotl-David y Netzahualpilli-Salomón, se mezclaban a todos los episodios de la vida de Tenochtitlán como para evitarse desazones: salvaban la ciudad de las inundaciones, dirigían la construcción de los acueductos que traían el agua dulce a la gran capital, formaban parte del colegio de electores que a la muerte de cada rey designaban a su sucesor entre los príncipes de la familia real, eran el principal ornamento de las fiestas de la coronación, en que hacían, por necesidad, el papel odioso de sacrificadores, componían la arenga oficial al flamante monarca, le acompañaban en las guerras floridas y en las otras, cuando eran llamados, y volviendo después a sus dominios se encerraban en el fondo de sus serrallos rodeados de espléndidos jardines, cuyas deliciosas reliquias existen todavía. En compañía de sus sabios y agoreros estudiaban el cielo, para conocer el destino, y las plantas, para encontrar el elixir maravilloso de la juventud; este afinamiento de las aptitudes de los príncipes texcocanos para mejorar el legado de los toltecas, los habría puesto al frente de la evolución que la espantosa superstición de los aztecas hizo abortiva y frustránea.

De cuando en cuando se levantaba un nuevo templo; cada nuevo monarca necesitaba el suyo, como los faraones, y, entonces, el pueblo esclavo y los cautivos concurrían sin recibir salario alguno, en multitudes profundas, a la obra de los caudillos: sin más agente mecánico que la finísima y admirable palanca que se llama el hombre, a él recurrían y de él, a fuerza de multiplicarlo y hacerlo sufrir, obtenían esos colosales trabajos que admiraron a los españoles y que, en donde fueron hechos en piedra, han dejado grandes vestigios; no en la capital de Anáhuac, en donde el material principal era el barro, revestido o no de piedra, pero casi siempre desmoronado y vuelto al suelo húmedo y fangoso de donde había salido.

Los sucesores de Ilhuicamina siguieron sus huellas, extremando a compás del aumento del poder imperial las empresas del cruel y heroico guerrero. Creció el territorio tributario; no que fueran los mexica de victoria en victoria; alguna vez los enemigos perpetuos del imperio, como los tarascos, por ejemplo, les infligieron dolorosos escarmientos, mas ellos, o persistían en

indómita obstinación o tomaban otros rumbos; pero la guerra seguía y seguía; era el estado normal del imperio; aún no había salido de ese período cuando fue deshecho. Creció la ciudad; las casas, los jardines, los acueductos, los adoratorios se multiplicaron; las inmensas habitaciones de adobes, revestidas de pinturas de crudos colores, ingenuamente combinados, que servían de moradas a los nobles y a los reyes, fueron cada vez más lujosas; reunieron en ellas artefactos de los países tributarios en mayor cantidad y resonaron más frecuentemente con el ruido del teponaxtle y del huehuetl, que sólo acompañando cantos voluptuosos o tristes pudieron reputarse como instrumentos de música. Estos cantos constituían una ingenua y amorosa y melancólica poesía de que nos han llegado algunos ecos.

El culto a los dioses tomó enormes proporciones; dos o tres coincidencias entre las hecatombes humanas de los templos y el fin de alguna calamidad, acrecentaron por tal modo el prestigio de las deidades antropófagas, que los sacrificios fueron matanzas de pueblos enteros de cautivos, que tiñeron de sangre a la ciudad y a sus pobladores;[3] de todo ello se escapaba un vaho hediondo de sangre. Era preciso que este delirio religioso terminata; bendita la cruz o la espada que marcasen el fin de los ritos sangrientos.

Los sacerdotes, guardadores de las tradiciones astrológicas de los tolteca, hicieron esculpir ídolos simbólicos y piedras cronográficas, entre las que descuella el admirable disco esculpido, acertadamente llamado por Chavero "Piedra del Sol", que, entre la máscara central, representativa del astro, y la estrella doble, y una Quezalcoatl esculpida en la orla, encierra y resume los sistemas cronométricos y cosmológicos de los herederos de los toltecas, con tal precisión que, puede decirse, no existe otro igual entre los que fueron obra de pueblos aislados, como los primitivos egipcios, caldeos y chinos.

Era aquél un soberbio apogeo; los que lo han negado, contra el testimonio de los monumentos y de los conquistadores mismos, es porque comparan esa tradición con el estado actual de la comunidad aborigen y se empeñan en representarse a Tenochtitlán como un hacinamiento de jacales en derredor de un núcleo de casas de adobes, al pie de una pirámide de tierra, enrojecida de sangre a la continua; algo de esto había, pero indudablemente hubo mucho más: piénsese que de aquellos jacales salían los grupos de mercaderes que prepararon el vasallaje de la altiplanicie y de las costas; de aquellas casas, el grupo de caudillos que llevó las enseñas victoriosas de los mexica hasta Guatemala, y que en la cima del teocalli ensangrentado brillaba, bajo su barniz rojo, la Piedra del Sol. Fue un soberbio apogeo: comenzaba el siglo XVI; Netzahualpilli reinaba sabiamente en Texcoco; los jóvenes señores mexica, sucesores de Ilhuicamina, Axayacatl, Tizoc y Ahuizotl, habían conquistado, afirmado y sacrificado millares de veces sobre el teocalli central, reedificado incesantemente con proporciones cada vez mayores. A ellos había sucedido Motecuhzoma II, un sacerdote real, un favorito de Huitzilopochtli. El imperio obedecía, estremecido de ira y de miedo; los enemigos eternos

[3]Orozco hace subir a 20.000 el número de víctimas en un día bajo los auspicios de Ahuitzotl.

parecían espiar la hora en que el gigante cayese, para disputarse la presa; los bárbaros chichimecas, escondidos en los vericuetos de las sierras, aledaños gigantescos de las mesas, o recorriendo en grupos trashumantes la altiplanicie septentrional, desde el Lerma y el Pánuco hasta el Bravo y el Colorado; los retraídos e indomables tarascos, los mal sometidos grupos de las montañas huastecas y cempoaltecas, y sobre todo, los aguerridos y bien organizados tlaxcaltecas, que en su territorio, admirablemente dispuesto para la defensa, proporcionaban refugio y protección a todos los enemigos del imperio, parecían presentir que la hora de la ruina se acercaba y se aprestaban al banquete fatídico.

Pontífice y emperador, Motecuhzoma había hecho lo mismo que sus abuelos; pero más penetrado de su carácter divino, su tiranía pesaba más. En sus manos, educadas con el cuchillo de obsidiana del sacrificador y el sahumerio de copalli, el imperio militar fundado por Ixcoatl y el primer Motecuhzoma tornaba a ser una teocracia; el pueblo doblaba más la cabeza en la servidumbre, los nobles tornábanse, de fieros conmilitones del monarca, en domésticos humildes que le servían y le cargaban en la hamaca de oro y colores en que hacía sus viajes de recreo o de guerra; un ceremonial complicado apartaba de los simples mortales al joven dios humano, que se escondía en el fondo de sus palacios, de su serrallo, de su camarín sacerdotal, o se dejaba ver rodeado de bárbara suntuosidad ante el pueblo prosternado. "Yo casi nunca le vi la cara", decía un noble azteca a uno de los misioneros españoles.

Aquel sacerdote era un iniciado: sabía que el dios de las profecías, Quetzalcoatl, había anunciado su vuelta o la de los suyos, los hombres blancos y barbados, portadores de cruces, que vendrían del oriente; y las victorias obtenidas en la "guerra florida" y las que marcaron su paso por los límites extraños del imperio, no bastaban a sosegar el ánimo del señor mexica; también sus súbditos conocían esos anuncios; los españoles hacía tiempo que estaban en contacto interrumpido, pero seguro, con los pueblos tributarios del imperio. Estas noticias, en forma de rumores, llegaban a Tenochtitlán y Texcoco, y el anciano Netzahualpilli había podido reunir probablemente datos exactos sobre el paso efímero por nuestras costas de las expediciones españolas; así es que todos los fenómenos meteorológicos, sísmicos y cósmicos, recibían la misma interpretación: la luz zodiacal anunciaba ruina, el cometa de 1515 anunciaba ruina, hasta los muertos resucitaban para anunciarla. (Luego los cronistas posteriores a la conquista dieron forma literaria y religiosa a estos presagios). Motecuhzoma algunas veces se hundía en la melancólica certeza de la verdad de los agüeros, otras veces decretaba matanzas de adivinos o, más animosamente, consolidaba en guerras sangrientas con Tlaxcala y los señoríos libres el prestigio del imperio, o tramaba su unificación absorbiendo los señoríos de Texcoco y Tlacopan. Pero su orgullo se extremaba y la voracidad de los dioses aumentaba, y el odio de los tributarios al imperio constituía el más fatídico de los presagios.

CAPITULO III

LA CONQUISTA

Los precursores de Cortés. Hernando Cortés y los tributarios del imperio: el conquistador y Motecuhzoma. Cortés amenazado por españoles y mexicanos; vence a los primeros y es vencido por los segundos. El sitio de Tenochtitlán; el emperador Cuauhtemoc

En la historia de México se intitula "la conquista" el período de la lucha con el imperio de los mexica: la conquista duró más, y, con la imperfecta tarea de la colonización y pacificación, apenas cabe en todo el siglo XVI. Pero ciertamente la obra de Cortés es la fundamental; lograda la atrevida empresa de aquel capitán de aventura, sin mandato ni autoridad legal, todo lo demás fue una consecuencia; finca la denominación bien escogida.

La cantidad de energía depositada en el fondo del carácter español por varios siglos de batalla y aventura, no podía transmutarse en trabajo agrícola o industrial, en labores de lucro modesto; el esfuerzo así empleado dejaba un enorme sobrante sin aplicación, perdía el encanto de lo inesperado, el riesgo sorteado con ayuda de Dios y de la espada, del premio sorprendente al vencedor en la lucha. Aquellos hombres de presa, de codicia ilimitada, pero heroica, que habían vivido en una epopeya con inuada, que se habían connaturalizado con la fe en el milagro incesante, en la España del día siguiente de Granada, metida en los quicios de hierro del orden y la seguridad por la mano firme de doña Isabel y don Fernando, recibieron la noticia del descubrimiento de Colón como el galardón providencial a sus empeños por la cruz como el supremo milagro que marcaba el derrotero de los destinos prodigiosos de España, abriendo un campo en donde todo podría saciarse: la sed de lucro, la pasión de la aventura los anhelos infinitos de desconocido y de sorpresa, que daban contornos indeterminados y gigantescos a sus perennes ensueños. El tipo español del siglo XVI, que el análisis de Cervantes descompuso en dos elementos, don Quijote y Sancho, se recomponía en la mejor parte de esos aventureros procaces y sublimes: al choque de las circunstancias, uno de

aquellos hombres podía ser o un corsario o el fundador de un reino. Sólo la fiebre de oro de los asaltantes de California en la época de los placeres o la explotación de Klondike, en nuestros días, puede dar idea del estado de ánimo de los futuros conquistadores de América.

De una expedición armada para hacer trata de indios en las Islas y venderlos como esclavos en la Fernandina (Cuba) o en la Española (Santo Domingo), nació la expedición de Hernández de Córdoba; la sugirió, sin duda, uno de los más intrépidos mareantes de la época, Antón de Alaminos, venido todavía mozo a las Antillas en el segundo viaje de Colón y que había tomado parte en 1512 en la expedición llevada por Ponce de León, en busca de la fuente de la juventud, a las costas de la Florida. Antón refería que el gran Almirante había presentido la existencia de tierras ricas y feraces en las regiones que baña el Golfo, y a buscarlas se aprestó la expedición: terminó en las costas de Yucatán, en la bahía de "La Mala Pelea", donde la quebrantó e inutilizó la resistencia organizada, dice un cronista, por uno de dos españoles que en aquellas costas había arrojado un naufragio, y que para libertarse del cuchillo de los sacrificadores, había extremado con sus dueños sus útiles y minuciosos servicios.

Diego Velázquez, gobernador de la Fernadina por el rey don Carlos I, hombre de gran codicia, emprendedor, comunicativo y franco, era el centro de aquellas tentativas; todas las que España ha hecho para apoderarse de México, desde los comienzos del siglo XVI hasta ya vencida la primera mitad de nuestro siglo, se han organizado en Cuba; sólo la de Cortés tuvo buen suceso. Tras la de Hernández de Córdoba vino la de Juan de Grijalva: Velázquez la destinó a descubrir tierras y a "rescatar", es decir, al trueque de bujerías por oro, plata y piedras finas; recorrió de ida y vuelta las costas meridionales del Golfo, descubriendo el río que en Tabasco lleva su nombre, las costas actuales de Veracruz, en donde quedó también grabado para siempre el nombre de su santo patrono (San Juan de Ulúa), mientras un río pintoresco de la comarca guarda todavía el de uno de los expedicionarios, Alvarado. La vuelta de Grijalva con un poco de oro y con la noticia de maravillosas tierras entrevistas, caldeó hasta el rojo alambrado la imaginación de los aventureros que ya se habían agrupado en derredor de Hernando Cortés, designado por Velázquez para una nueva y definitiva expedición, desde antes de la vuelta de Grijalva y previa la venia de los frailes jerónimos, a quienes el regente, cardenal Cisneros, había dado facultad exclusiva para permitir o no estas expediciones. El nuevo capitán era codicioso como todos sus compañeros, pero más ambicioso que todos ellos; su carácter y su inteligencia eran del tamaño de su ambición; cuando Velázquez encontró que su agente era hombre capaz de todo y sintió el acero que se escondía bajo el terciopelo de las formas cultas, de la verbosidad persuasiva del que hasta entonces había pasado su vida en aventuras pequeñas, como si sólo tuviese aliento para ellas, quiso privarle del mando; podía hacerlo Velázquez, mas no lo supo hacer; quedó desconcertado con la prontitud y la magnitud de las resoluciones de su capitán, que proce-

diendo como un pirata, se apoderó en las costas de la Gran Antilla de cuanto necesitaba para el logro de un empeño que presentía gigantesco, que por eso mismo le atraía con magnética fuerza, y que poco a poco se fué revelando a su genio, que creció a compás de la empresa.

Sin más credenciales que su audacia y su fe, iguales, porque solió poner la primera al servicio de la segunda, en tal manera que por ésta fincó en grave riesgo su vida y su obra, partió don Hernando; navegó, guiado de Alaminos, y con el lábaro de Constantino enarbolado en la nao capitana, los derroteros que a la isla de Yucatán conducían. En Yucatán (Cozumel) plantó sobre las cruces del santuario maya la cruz de Cristo y aquistó un intérprete (uno de los náufragos españoles), y en Tabasco, luego de brevísima refriega en las márgenes del Grijalva, adquirió a doña Marina, la india a quien los adoradores retrospectivos de los aztecas han llamado traidora y que los aztecas adoraban casi como una deidad, la Malintzin, la lengua, el verbo de la conquista.

En las costas arenosas, ardientes, insalubres, fronteras al islote de San Juan, descubierto por Grijalva, Cortés comenzó su obra prodigiosa; pronto tuvo conciencia de ella. Su exploración costanera, seguida ansiosamente por los pueblos del litoral, que multiplicaban a su vista las señales y avisos, fue conocida por el emperador de los mexica o culhuas como los llamaban en las costas. Motecuhzoma, desde los primeros anuncios de la presencia de los españoles en el Golfo, había acudido a los dioses y a los profetas; la expedición de Grijalva vino a poner de manifiesto la verdad de los presagios: Quetzalcoatl, cumpliendo su promesa, venía a reclamar su reino; el tecuhtli quiso huir, los sacerdotes le detuvieron. La desaparición de Grijalva lo serenó; se precipitó en el placer, en el goce de mandar, de tiranizar, de recobrar el ascendiente divino de que el miedo lo había descoronado; sus nobles, el pueblo, los aliados, los tributarios, jamás habían sentido tanto el peso de la opresión imperial. Reaparecen los españoles; Motecuhzoma, de nuevo aturdido, multiplica ansioso sus embajadas, sus presentes (terribles incentivos para la codicia de los advenedizos), sus halagos, sus súplicas, sus repulsas al intento de Cortés de emprender el viaje a Tenochtitlán. Envió adivinos y magos para conjurar y desvanecer a los crucíferos, que se oponían al sacrificio de la hostia humana en las aras santas; que eran dioses, porque disponían del trueno y la centella, porque derrocaban, sin ser fulminados, a los dioses patrios de sus aras sangrientas, que pedían oro, oro y oro, y que habían insurreccionado, con su sola presencia, a todos los tributarios marítimos del imperio. El emperador se sentía arrastrado al abismo por sus dioses muertos; era un vencido de Quetzalcoatl, era el vencido de Cristo.

Cortés se puso muy pronto al cabo de esta situación; conoció la historia y las circunstancias del imperio azteca, sus recursos, los temores del emperador; entró en relaciones con los enemigos de Motecuhzoma, procuró unirse íntimamente con ellos y adormecer el recelo invencible del príncipe: la expedición, de exploración y rescate, se transformó en una de dominación y conquista.

Probablemente, en esas condiciones, no se ha acometido empresa igual en la historia.

Sus poderes, que eran ya ilegales, estaban, de todos modos, agotados; los partidarios de Velázquez, abundantes en el puñado de hombres que componía el ejército, protestaban indisciplinados y querían arrastrar a la expedición rumbo a Cuba; todos vacilaban; Cortés maniobró. Decidió que se poblaría la tierra, constituyó una municipalidad (la primera Veracruz), y aquella especie de forma natural y primitiva de la vida política, dio vida a la personalidad legal de Cortés, nombrándolo justicia mayor y capitán general de las reales armas y sometiéndolo todo a la sanción del soberano. Astucia, rigor, clemencia, todo lo empleó Cortés y logró así dominar aquel grupo de hombres que se creían capaces de ser cada uno el capitán; destruídas con estupendo arresto las naves que los temporales iban a destruir, salvados los elementos que podían servir para aderezar otras cuando fuere necesario, trasladada la prueba a sitio mejor, y organizada y fortificada, Cortés, ya sin comunicación con el mundo español, atenido sólo a su genio y a su esfuerzo, y sometidos con todas las formalidades legales los tribunales de Motecuhzoma en la comarca a la obediencia de su nuevo amo el rey don Carlos, emprendió la tiránica ascensión de la sierra oriental; iba a visitar a Motecuhzoma.

No entraremos en los interesantísimos detalles de este viaje épico, cuyos episodios son tan conocidos; lo que en él tuvo importancia suprema fue la alianza con Tlaxcala, que, en odio a Tenochtitlán, se reconoció vasalla de España; a pesar de la superioridad del armamento, que era inmensa y de mayor efecto mientras más apretadas eran las multitudes guerreras de los mexica, los acontecimientos demostraron que, sin el auxiliar tlaxcalteca, que rodeaba de una densa muralla humana al grupo español, éste habría desaparecido en los combates o en el ara de los sacrificios.

Cuando Cortés llegó a Tenochtitlán, cuando se hizo cargo de la imposibilidad de resistencia del monarca, pero de la pobable indómita resistencia de la población grave y hostil que lo rodeaba, le pareció que había quedado en rehenes en la inmensa ciudad de los teocallis y los lagos, y con audacia sorprendente decidió invertir aquella posición desesperada y se apoderó de Motecuhzoma; el emperador-dios iba a ser su talismán y su égida. Para los mexica, en el trono vacío de su señor se sentó la imagen divina de la patria.

Si lo que cronistas veraces afirman es una verdad y no una alucinación, los españoles habían sido hospedados en el centro de un tesoro. Los que lo vieron, quedaron maravillados de tanta riqueza y su codicia tomó proporciones formidables; aquella aglomeración de plumas preciosas, de mantas multicolores, de gemas, de objetos de plata y oro, constituía el tesoro de uno solo de los soberanos, de Axayacatl, después de éste, las conquistas se habían extendido, los tributos se habían duplicado; ante tamaña tentación nadie sintió temor por la empresa intentada, todos estaban resueltos a rematarla. La nobleza rodeaba al tecuhtli cautivo; los españoles, por regla general, lo trataban bien, él tenía con ellos todo género de complacencia;

llegó hasta reconocerse solemnemente súbdito del rey de España. Sólo en una cosa no cedió nunca, en lo que a su religión atañía; oía las prédicas de fray [Bartolomé de] Olmedo, oía a Cortés, que tenía sus puntos de teólogo y poeta y sus ribetes de bachiller, y resistía con el mutismo tenaz de los suaves y pusilánimes.

No tenía Cortés concentrada su atención en Tenochtitlán; estaba en constante comunicación con Tlaxcala y con la costa; siguiendo su sistema de dar, de cuando en cuando, un golpe aterrador, como lo había hecho en Cempoala, como lo hizo en Cholula, en donde ordenó y vio ejecutar a sangre fría una matanza espantosa, durante su viaje a México, hizo quemar delante de la población de los barrios (calpulli) de Tenochtitlán, reunida frente al palacio-cuartel, a algunos tlatoani o señores, reos de atentados contra los invasores.

Estaba inquieto; sentía que los príncipes preparaban un levantamiento; el ejército mexica, admirablemente jerarquizado, se preparaba a la lucha suprema a la voz de su jefe el tlacochcucatl, que se hallaba momentáneamente cautivo (Cuitlahuac). Los emisarios a los señores feudales, vasallos todos del imperio, a los tributarios, cruzaban el país en todas direcciones; cuando en el mercado de Tlatelolco (ciudad rival de Tenochtitlán recientemente conquistada y anexada) se reunía la población semanariamente, se veía el odio y la amenaza brillar en los ojos de aquellas ardientes multitudes, que sólo esperaban la voz de su soberano para lanzarse al combate. En esas circunstancias, Cortés visitó el teocalli central, y con intrepidez sin nombre, arrojó a los ídolos antropófagos de su santuario; entonces creció de un modo indecible el deseo de venganza en los corazones, y el mar humano apretaba sin cesar el tecpan en que los conquistadores se repartían el tesoro de Axayacatl, no sin grave descontento y turbulencias entre los soldados, que esperaban mucho más; Cortés los calmó con promesas.

Era tiempo; naves españolas mandadas por Velázquez habían llegado a la Veracruz, y Motecuhzoma, que había aconsejado a Cortés el abandono de su empresa, si no quería perecer en ella, le comunicó la nueva. Cortés bravamente partió al encuentro del enviado de Velázquez con buen golpe de españoles, y maniobró con tanta habilidad, que Narváez, así se llamaba el enviado, estuvo a pique de perder la vida y perdió su ejército.

Cortés regresó triunfalmente a Tenochtitlán; la ciudad, embravecida y delirante, sitiaba el cuartel español; el insensato Alvarado, a quien Cortés había dejado el mando, había matado a una buena parte de la nobleza en una fiesta religiosa, por robarla, y los calpulli se habían alzado como un hombre solo. En vano Cortés acudió a la interposición del emperador cautivo; éste fue desconocido y herido por uno de los príncipes reales, el joven Cuauthemoc. No quedaba más que huir; se cargaron de oro los soldados, Motecuhzoma fue asesinado, y rodeados de los tlaxcaltecas partieron en las tinieblas los conquistadores. Atacáronlos los mexica en la calzada de Tlacopan y mataron, ahogaron y sacrificaron a una parte de ellos. El resto huyó en la sombra pavorosa de "la noche triste".

Huitzilopochtli estaba vengado; en su templo restaurado, y sobre sus aras nuevas, corrió otra vez la sangre en honor suyo: todos los prisioneros españoles fueron sacrificiados. El flamante pontífice máximo, Cuauhtemoc (hijo del feroz Ahuizotl), dirigió la purificación de los teocallis y sin duda coronó al bravo Cuitlahuac, el verdadero jefe de la batalla en "la noche triste". En seguida se limpió la ciudad de enemigos, matando del cihuacoatl (justicia mayor y par del monarca) abajo a cuanto se habían manifestado adictos a los invasores; se dispuso el aseo y la defensa de la capital; reforzáronse todas las guarniciones del imperio, sobre todo en la zona por donde Cortés se retiraba hacia el mar, y se enviaron embajadas a los señoríos independientes y tributarios para establecer alianzas de común y suprema defensa. Pero los mexica o colhuas, como les llamaban los tributarios, luchaban por una causa desesperada; la viruela, introducida de las Islas a Yucatán y luego traída a las costas veracruzanas por los soldados de Narváez, se propagaba con pasmosa celeridad y, dejando casi indemnes a los españoles, se cebaba en los indígenas con voracidad espantosa. Lo mejor del ejército mexica, sus veteranos indomables, el emperador mismo, sucumbieron; la enfermedad divina, como la llamaban por creerla un sortilegio, preparó el camino triunfal de Cortés.

Don Hernando mantenía firme la alianza de los tlaxcaltecas (con halagos y con darles libertad absoluta de pillar las comarcas que aún no se sometían y permitirles devorar a sus prisioneros); desde Segura de la Frontera (Tepeaca), segunda de las ciudades fundadas por los españoles en estas regiones, dirigió excursiones en un radio inmenso, verdaderas algaradas de donde resultaban la recolección de inmenso botín de guerra y, sobre todo, de prisioneros, que se libertaban de ser comidos gracias a la esclavitud. Conformábase con la opinión dominante entre los españoles de las Islas; para éstos, los indios apenas se diferenciaban de las bestias y todos los que eran antropófagos debían ser reducidos a la esclavitud y marcados con hierros candentes; así se hizo millares y millares de veces. Para colmo de fortuna, Cortés pudo reparar en buena parte sus pérdidas; Velázquez, desde Cuba, enviaba buques en demanda de Narváez, y Garay, desde Santo Domingo, mandaba, una tras otra, expediciones para señorearse de la cuenca del Pánuco, conforme con sus autorizaciones; todo ello recaló en la Veracruz y cayó en poder de don Hernando. Este había resuelto apoderarse de Tenochtitlán, dominando primero los lagos por medio de embarcaciones *ad hoc* (los famosos bergantines) que se construyeron en Texcoco, y dio al rey parte de lo que había hecho e idea de lo que iba a hacer, pidiéndole para las nuevas tierras descubiertas el nombre que les daban los soldados desde la expedición de Grijalva: la Nueva España.

Aquel hombre que multiplicaba sus hazañas militares y su actividad política hasta tomar, ante los ya numerosísimos grupos de indios sometidos, una actitud de soberano y árbitro supremo; que consideraba a los mexica como súbditos rebeldes, pues que Motecuhzoma había hecho pleito homenaje de su reino a Carlos V; aquel prodigioso aventurero, tenía un com-

petidor digno de él, el nuevo emperador de los culhuas, el pontífice Cuauhtemotzin, la más hermosa figura épica de la historia americana. El mismo Cortés, y prolija e interesantísimamente en su inimitable crónica Bernal Díaz, han contado las peripecias del asedio de la capital azteca; la lenta concentración de las fuerzas del emperador, combatiendo palmo a palmo, atacando siempre, volviendo con mayor coraje cada día a la resistencia, a pesar de que la lucha incesante con los aliados de los españoles, que crecían sin cesar, las diezmaba, mientras la peste, hiriendo de preferencia a los jefes, las debilitaba profundamente. Los españoles, incendiando y destruyendo las poblaciones culhuas o amigas de éstas, atentos sobre todo a aumentar el botín de guerra con todo el oro que podían haber y todos los cautivos que podían ser reducidos a la esclavitud, recibiendo la marca de hierro, iban señoreándose del valle, del lago con los bergantines, y después de las cabezas de las calzadas; desde aquel instante los días de Tenochtitlán estaban contados.

Cortés ha hecho el mejor elogio de la defensa de Tenochtitlán: "Yo —dice en una de sus cartas—, viendo cómo éstos de la ciudad estaban tan rebeldes y con la mayor muestra y determinación de morir que nunca generación tuvo", no sabía qué medio tener con ellos para quitarnos a nosotros de tantos peligros y trabajos, y a ellos y a su ciudad no los acabar de destruir, porque era la cosa más hermosa del mundo." Tenochtitlán iba siendo arrasada a medida que ocupada; flacos de enfermedad, de hambre y de cansancio, aquellos hombres no querían más que morir; en los últimos combates apenas tenían fuerzas para manejar el macahuitl, la espada nacional, y embrazar sus rodelas; los innumerables canales y acequias de la ciudad eran colmados con cadáveres y escombros; por encima de ellos, de los teocallis y los tecpans desmoronados, saltando sobre las piedras esculpidas y sobre los ídolos rotos, avanzaban los sitiadores, que eran millares y millares; el tufo de la sangre y de la muerte había traído de las tierras chichimecas y de los confines de Jalisco a las hordas feroces, que venían a presenciar la agonía asombrosa del águila. Los dioses habían callado y muerto; seguros de ser vencidos, aquellos hombres, aquellas mujeres, que llegaron a devorar a sus hijos antes que verlos esclavos, lucharon hasta el último latido del corazón, sin esperanza. ¡Pobres tenochcas! Si la historia se ha parado a contemplaros admirada, ¿qué menos podremos hacer nosotros, los hijos de la tierra que santificasteis con vuestro dolor y vuestro civismo? El merecía que la patria por que moríais resucitase; las manos mismas de vuestros vencedores la prepararon; de vuestra sangre y la suya, ambas heroicas, renació la nación que ha adoptado orgullosa vuestro nombre de tribu errante y que, en la enseña de su libertad eterna, ha grabado con profunda piedad filial el águila de vuestros oráculos primitivos.

Debelado y destruído Tlateloloo; Cuauhtémoc, alma y genio de la resistencia, capturado y encadenado, todo había concluído. La obra de la conquista quedaba zanjada, todo lo demás sería la consecuencia de la incomparable empresa de Cortés.

Los mexicanos somos los hijos de los dos pueblos y de las dos razas; nacimos de la conquista; nuestras raíces están en la tierra que habitaron los pueblos aborígenes y en el suelo español. Este hecho domina toda nuestra historia; a él debemos nuestra alma.

LIBRO SEGUNDO

EL PERIODO COLONIAL
Y LA INDEPENDENCIA

CAPITULO I

FUNDADORES Y POBLADORES

Don Hernando Cortés; el oro. La capital. Sumisión de Michoacán. Las expediciones en las costas y el istmo; fundaciones. Cortés, gobernador y capitán general: el Pánuco; Alvarado y Olid; la jornada de las Hibueras. Nuño de Guzmán en el occidente. Yucatán, Campeche, Mérida, Valladolid, Puebla y Morelia. Los caciques conquistadores. Las últimas conquistas; tipo de fundación. La primera división política

El periodo puramente heroico de la conquista había terminado; desde mediados de agosto de 1521 las expediciones no escasearán, multiplicaránse a porfía las hazañas, y la bravura y arrestos del corazón español tendrán vasto campo de alarde; pero a los empeños épicos se mezclarán, cada vez más premiosas, las necesidades de reconstrucción y organización, de pacificación y españolización equivalentes de cristianización, y precisa confesar que en esta segunda parte de su obra, a pesar de faltas y errores lamentables, el gran carácter de don Hernando rayó a la misma altura que en la primera.

Comenzada como una empresa particular, puesto que Cortés perdió sus títulos en el punto mismo de acometerla; realizada sin otra credencial que la condicional e imperfecta que un Concejo, por él mismo creado, había puesto en sus manos, el glorioso aquistamiento del imperio azteca había sido una estupenda aventura. Transformarla, purgándola de todo lo que de irregular y aleatorio había en ella, legalizándola por medio de la donación a la Corona de Castilla de lo que a la Corona no había costado ni un solo maravedí, es decir, por medio de la renuncia de facultades nacidas imperiosamente de las circunstancias; organizándola, en suma, para hacerla definitiva, tal fue el empeño de Cortés; era el improvisador genial de una magna obra que, para hacerla perdurable, la entrega a otros, no sin añoranzas paternales, pero con religiosas convicciones de vasallo fiel.

Nada limitaba la autoridad del conquistador cuando se irguió sobre los escombros de Tenochtitlán debelada; Cauhtémoc, "el águila caída", yacía a sus pies, y con el heroico príncipe, todo el imperio federal de Anáhuac; los aliados, que habían sido los instrumentos principales de la conquista, ebrios de sangre y hartos de botín, aclamaban al Malinche y se retiraban en masas profundas a sus montañas o a sus ciudades, llevando por tal extremo grabado en el espíritu el prestigio de los vencedores de los mexica, que, puede decirse, al auxiliar a los conquistadores, ellos mismos se habían conquistado para siempre. Los soldados españoles, indisciplinados, con la incurable indisciplina coincidente con el relajamiento de la tensión moral y nerviosa que exige una empresa de guerra realizada con un formidable gasto de sacrificio, de vigilancia y de valor, cuando la victoria absoluta ha coronado el sobrehumano esfuerzo; descontentos por no haber hallado los montes de oro y pedrería, que, en el paroxismo de su codicia, imaginaban como pasmosos islotes en medio de un lago de sangre azteca, y azuzados por el grupo de partidarios de Diego Velázquez, dispuestos a atribuir su decepción a perfidias y fraudes de Cortés, mezclaban las tentativas de rebelión a los reproches y los cantos báquicos, y la asonada a la orgía; mas todo ello era momentáneo: aquel hombre desautorizado por su rebelión y negado por sus enemigos recobraba, como César, con sólo su presencia y su palabra, el ascendiente que tenía sobre sus compañeros de lucha, que le dejaban mandar y castigar, con la mano en el puño de las espadas, pero con la ruda cabeza doblegada y trémula.

Puede decirse que, bajo cierto aspecto, la Nueva España (nombre que brotó espontáneamente de los conquistadores y confirmaron después los reyes) nació independiente; si Cortés hubiese hecho un llamamiento por aquellos años a todos los hombres de presa que se habían aglomerado en las Antillas, en donde se trató de aclimatar, en los comienzos, verdaderas colonias de presidiarios y galeotes, y les hubiese ofrecido el dominio feudal de los territorios inmensos que había sometido o había adivinado, dominio que los reyes de Castilla trataron de deshacer hasta conseguirlo, acaso la dominación de España no hubiera logrado cimentarse en la América ístmica. Más tarde, un día, los devotos del conquistador, ante la ingratitud y la injusticia del rey, le ofrecieron forjarle en México una corona y defenderla con su espada; Cortés rechazó indignado la oferta; el culto monárquico era un elemento simple del alma española, tal como la habían compuesto ocho siglos de lucha por la patria, a la sombra de la cruz y el pendón real.

Cortés, obedeciendo contra su voluntad, cedió después a las intimidaciones de quien hacía las veces de oficial real en su pequeño ejército, Alderete y a los tumultuosos apremios de la soldadesca, y, probablemente, para que no le creyesen coludido con los magnates cautivos, con objeto de reservarse fantásticos tesoros, consintió en el tormento que inutilizó para siempre a Cuauhtémoc como soldado, pero que puso bajo sus plantas carbonizadas un pedestal cien codos más altos que su gloria guerrera sumada con la gloria de su vencedor; el martirio hizo del héroe imperial un héroe humano.

La fiebre del oro, la epidemia moral que mata dentro de los corazones toda piedad, toda ternura, invadía por intermitencias frecuentes a aquellos hombres de acero, que creían ciegamente que, en premio de una batalla de ocho siglos, la Providencia agradecida les había arrojado la América como una presa a los neblíes. Por el oro surcaban, en naves que eran moléculas sin consistencia, arrebatadas por el choque de los mares sin límites y las tormentas sin término, hacia los continentes siempre soñados, bajo cielos no soñados nunca. Sus energías crecían con los peligros, arreciaban con los obstáculos, se agigantaban con la adversidad; sólo la muerte les vencía; pero no, ni ella: la religión de la esperanza se encargaba de hacerles sobrevivir y les presentaba ante el Juez supremo tintos en sangre pero con la cruz de la espada sobre los labios, y en el corazón, la fe en la espada y en la cruz.

Del campamento de Cortés, en las rampas de lava del Ajusco, en Coyoacán, bajaban españoles y aliados, que removían los escombros, destripaban las tumbas, desbarataban los templos y rebotaban las acequias en Tenochtitlán y Tlatelolco, y en medio de los miasmas de muerte que saturaban la atmósfera de aquel pantanoso matadero, pasaban los días interrogando a los cadáveres y las ruinas: aquellos hombres daban tormento a la muerte para que les revelase los entrevistos tesoros, y nada o muy poco obtenían. Entonces, buscando siempre, se arrojaban sobre la riqueza viva, sobre la que respiraba y sufría; y se dieron a convertir a los indios en esclavos y a plantarles, en las mejillas o los muslos, los hierros candentes de las marcas.

En Cortés comenzó, desde entonces, a tomar conciencia de sí misma, una personalidad nueva casi: la de protector paternal de los vencidos. Procuró atenuar y modificar la suerte de los cautivos y esperó cambiarla. Entretanto, resolvió dar un centro a su dominación de hoy y a sus conquistas de mañana, y escogió la ciudad misma que había sido testigo de la gloria de los mexica y de su gloria; y de las ruinas de Temixtitan, como él decía, levantó de prisa la capital de la Nueva España. Comprendiendo los casi arrasados palacios imperiales, describió su traza cuadrilateral, la rodeó de las acequias que los lagos llenaban de continuo, la dividió por un gran canal, la surtió de agua potable, reparando el acueducto azteca, zanjó los cimientos del futuro templo bajo el ara misma de los dioses antropófagos, y dentro de aquella línea, fortificada a trechos y apoyada en el arsenal armado de los bergantines (las Atarazanas), alojó a los españoles; fuera, distribuyó por grupos a los mexica, bajo el cuidado de sus señores, que obedecían a su emperador inválido y a su vicario el cihuacoatl. Así nació México, a nivel de su lago circundante y bajo el nivel de los otros lagos de la región; nació sentenciada, como su madre Tenochtitlán lo había estado, a batallar sin tregua con el agua, que penetraría todos los poros de sus cimientos e impediría la circulación de la salud en sus venas. De la ciudad de Cortés iba a irradiar una España americana hacia los mares y hacia los siglos.

En el campamento de Coyoacán, donde comenzaban ya a levantarse algunas construcciones definitivas, se buscaba, en los registros pictográficos de los tributos que a Motecuhzoma se pagaban, cuáles eran los sitios del imperio

que tributaban oro, para ir a ellos, por encima de todos los obstáculos, como en busca de azufre había subido Montaño al cráter humeante del Popocatepetl y descendió algunos de los peldaños gigantescos de sus graderías interiores. Algunos soldados, por su cuenta y riesgo, excursionaban; uno de ellos trajo noticias de Michoacán, un país aurífero: a él se convirtieron las ávidas miradas del ejército de Cortés.

Se establecieron relaciones entre la corte de Tzintzuntzan y el real de Coyoacán; los enviados del rey, trayendo ricos presentes, avivaron la codicia castellana. Los purépecha, como se llamaban los dominadores del imperio michoacano, que se extendía desde los confines del imperio de los mexica y de las comarcas chichimecas hasta las playas de Colima y Zacatula, los tarascos, como les llamaron los españoles, tenían un señor, amedrentado por los oráculos y aterrorizado por las noticias del poder de los españoles. Un partido guerrero se había esforzado en organizar la resistencia, pero el rey Tzintzitcha había preferido su vida y su trono de vasallo a la lucha por el honor y por la patria; fue con gran séquito a ver a Cortés, rindió pleito homenaje al rey de Castilla, se dejó bautizar y tornó a su capital, a orillas del Pátzcuaro; tornó con el nombre profundamente despectivo de Caltzontzin, con que los mexicanos habían designado al cobarde. Olid atravesó poco después el imperio michoacano, rumbo a Colima, visitó la capital y fue agasajado por el monarca. Los templos, en donde la religión sideral de los purépecha había aglomerado riquezas, que decoraban la mansión del dios que en diversas manifestaciones adoraban, pero en los que no había ídolos, según dicen, los templos del Dios-Sol, de la madre naturaleza, de la constelación crucial del sur, los ricos templos venían silenciosamente por tierra; los sepulcros (yácatas) perdían, profanados, sus tesoros. Michoacán se despojaba de sus atavíos para recibir a sus nuevos amos. El amo fue soberanamente cruel cuando fue el conquistador y se llamó Nuño de Guzmán, pero fue un redentor cuando fue el obispo misionero y se llamó Vasco de Quiroga.

En el célebre documento que pudiera llamarse, si no pareciese el nombre responder a ideas demasiado modernas, la primera carta constitutiva de la Nueva España, expedida en Valladolid en junio de 1523, la cláusula 18 dice: "Y por que soy ynformado que en la costa abaxo de esta tierra ay un estrecho para passar de la mar del norte [el Golfo] a la mar del sur [el Pacífico] e por que a nuestro servicio conbiene mucho savello yo os encargo y mando [a Cortés] que luego con mucha diligencia procureis de saver si ay el dicho estrecho y enbieis personas que lo busquen e os traigan larga e verdadera relación de lo que en ello allaren y continuamente me escribireis e enbiareis larga relación de lo que en el se hallase, porque como beis esto es cosa muy ynportante a nuestro servicio." Y luego agregaba el monarca que estaba informado de que "azia la parte del sur de esa tierra [N. España]

ay mar en que ay grandes secretos e cossas de que dios nuestro señor sera muy servido y estos reynos acrecentados", encargando al conquistador que averiguase con sumo cuidado lo que hubiese de verdad en todo ello. Todas las expediciones de aquellas épocas, desde que en 1513 Núñez de Balboa tomó posesión del Pacífico por los reyes de Castilla, tuvieron por principal mira geográfica el descubrimiento del paso que debía unir los dos mares, y que efectivamente es extraño que no exista en un continente inmensamente longitudinal como América; los americanos deberán corregir, en el próximo siglo, esta imperfección de la obra de la naturaleza. Las expediciones al Golfo, al Istmo, a las regiones sudamericanas, tan fecundas para España en inesperados descubrimientos y adquisiciones estupendas, tuvieron por brújula geográfica el descubrimiento del estrecho.

Cortés no lo olvidaba, y desde antes de la toma de Tenochtitlán había enviado a sus exploradores hacia el sur, a las comarcas ístmicas; como que estaba persuadido de que él descubriría el anhelado paso que acercaría a España al país de la especiería y de las gemas y del incienso, continuando el truncado derrotero de Colón, que el maravilloso periplo de Magallanes había de proseguir más tarde a través de las eternas soledades del mar austral. Las primeras expediciones tuvieron en las sierras de los indómitos mixes resultados desastrosos; después de la toma de la capital azteca alcanzaron nuevo incremento; largos años duró el batallar contra los montañeses; se decía que, en aquellas dobladísimas tierras, el oro y la plata abundaban; además de esto, como en todas las comarcas en donde se había llegado a una civilización monumental, las divisiones y las luchas intestinas ayudaban a los españoles más que sus arcabuces y sus caballos y sus perros, empleados en devorar indios con saña despiadada en aquellas expediciones por el bravo y feroz don Pedro de Alvarado. Zapotecas y mixtecas luchaban entre sí; los primeros se rindieron y aliaron a los españoles; al cabo hicieron lo mismo los belicosos mixes, obedeciendo rabiosos a sus reyes, acobardados por los sacerdotes. En aquel período comenzaron a fundar los capitanes españoles la villa del Espíritu Santo (Coatzacoalco), en el extremo del Istmo; en el riñón de las serranías que parten del nudo del Zampoaltepec, en el valle de Huaxyacac (antigua colonia militar de los mexica), una población que se llamó, como la segunda ciudad fundada por los españoles, Segura de la Frontera, y que poblada y abandonada por los conquistadores, no quedó erigida definitivamente con el nombre de Antequera (hoy Oaxaca) hasta 1526; el infatigable Sandoval, que lo mismo fundaba ciudades en las costas del Golfo (Medellín y Coatzacoalco) que en las cercanías del Pacífico, va a Michoacán, en pos de las desgraciadas expediciones de Alvarez y de Olid, y vencedor y pacificador funda a Colima, mientras en Zacatula un grupo intrépido comienza la construcción de los buques que han de intentar el viaje a las Indias. Alvarado, sin miedo y sin piedad, recorre el Istmo, aterroriza a los caciques, y seguido de sus voraces lebreles, convierte en oro la sangre y las lágrimas de los pueblos indígenas, reuniendo botín inmenso, que provoca la codicia y la rebelión de los soldados, reprimida con mano

de hierro; penetra en Tabasco y luego vuelve a México este hombre de orgullo y de rapiña, el más cruel sin duda de aquella bandada de aves de presa. Por manera que antes de recibir la real cédula en que se titulaba gobernador y capitán general (Valladolid, octubre de 1522), todo el antiguo imperio de Montecuhzoma estaba sojuzgado por Cortés.

No yacía éste inactivo en el campamento de Coyacán. Vigilaba la edificación de México, que adelantaba rápidamente, gracias a la cantidad de indios (muchos de ellos cautivos, esclavos que llevaban la marca del hierro en el rostro) empleados en ella; puede decirse que la capital se erigió por ellos, a costa de su trabajo y frecuentemente de su vida; fray Toribio de Benavente consideraba la restauración de México como una de las grandes plagas que sobre la familia indígena cayeron. Por los rumores que venían de España, silenciosa hasta entonces, presentía y percibía casi la desesperada lucha entablada entre su fama y sus enemigos, encabezados por el gobernador Velázquez y sostenidos por el obispo Fonseca, hostil por mala pasión a toda gran empresa americana. Cuando sus nombramientos llegaron, grande fue su regocijo, pero puede decirse que los esperaba. Y no por ello descansó. Poco antes, al saber que Garay, el gobernador de Jamaica, intentaba de nuevo la conquista de la cuenca dal Pánuco, mas ahora provisto de muchos recursos y de muchas facultades del rey conseguidas, y que el experto Juan de Grijalva conduciría la expedición, marchó rápidamente al Pánuco con un ejército de auxiliares aztecas, que compitieron en desmanes y ferocidad con los conquistadores, y después de ejecutar caciques y marcar con el hierro a centenares de cautivos, hizo fundar por su constante Sandoval la puebla de Sancti Esteban del Puerto (hoy municipio de Pánuco). Así encontró las cosas Garay; desbandados y rendidos, a pique de perecer todos en medio de la resistencia furiosa de los indígenas, que Cortés hizo reprimir brutalmente por Sandoval, que quemó a algunos cabecillas, los compañeros de Garay cayeron en poder de los de Cortés; al fin el mismo gobernador, que tenía el alma de un encomendero, no la de un conquistador, como se ha dicho, tuvo que buscar personalmente el amparo de Cortés, que le trató benévolamente y le dejó morir en paz. Zafo ya de este grave cuidado, pensó en realizar dos grandes proyectos que maduraba hacía tiempo y que ligaba con la busca del estrecho, de la comunicación interoceánica, en cuya existencia tenía fe inquebrantable. Quería conquistar la parte de la América central más cercana a Nueva España; de esta manera seguramente arrancaría a Pedrarias Dávila, gobernador de la América ístmica, el más rico jirón de sus futuras conquistas, y obtendría la gloria de descubrir el paso. De estas expediciones, la una, al mando de Alvarado, atravesaría Oaxaca, el istmo mexicano, y, por el Soconusco, en donde había ya una guarnición española, se metería en Guatemala, que, según los ofrecimientos de algunos caciques, sólo esperaba esto para someterse a la corona de Castilla; la otra, que, para desgracia de ambos, Cortés confió a Olid, debía ir por mar, recoger provisiones y refuerzos en Cuba, dirigirse a las costas del golfo de Hon-

duras (las Hibueras) y conquistar aquella comarca, de cuya riqueza se referían maravillas, por cuenta de Cortés y pacificarla y poblarla.

Alvarado salió airoso de su empresa; Olid, soliviantado en Cuba por los irreconciliables enemigos de Cortés, llegó a Hibueras, fundó una puebla y alzó el estandarte de la rebelión, imitando la conducta de su mandante con Velázquez. Súpolo Cortés y envió una primera expedición en contra del rebelde; ayudado por las tormentas, Olid vio caer a los expedicionarios en su poder; pero Casas, el jefe por Cortés enviado, y otro de los conquistadores de México que por allí acertó a estar, se apoderaron pérfidamente del jefe insurrecto y lo hicieron degollar *in continenti*. Cortés no supo sino la primera parte de la tragedia, la captura de su enviado, y se propuso tomar venganza personalmente de todo. Dispuso una gran expedición que él conduciría en persona, a pesar de los consejos de sus amigos y de las intimaciones de los oficiales reales, recientemente enviados de España para organizar la administración fiscal de la Colonia. Nada lo disuadió: con un boato regio, según los cronistas cuentan, abandonó a México, encargando del gobierno al tesorero y al contador, por el rey nombrados, agregándoles a un licenciado Zuazo, con lo que se formó un triunvirato con facultades omnímodas por lo inciertas. Con el capitán general partieron el factor y el veedor, también oficiales reales, quienes volvieron pronto a México, y muchos de los principales de la expedición de Garay, y el emperador Cuauhtemoc, el cihuacoatl y el señor de Tlacopan, etc. Cortés, previendo que la expedición podía durar mucho y aun no tener éxito, arrancaba del centro de su conquista a quienes podían ponerse al frente de alguna terrible rebelión. Hasta la desembocadura del Coatzacoalco todo marchó bien, y la expedición conservó su aspecto pintoresco y el regio carácter que le daban el séquito y el boato del conquistador. Comenzó desde allí la peregrinación inverosímil al través de ríos y montañas, de bosques, pantanos y lagunas, sólo visitados por las salvajes tribus que por allí trasumaban y por las fieras; comarcas de riqueza vegetal inmensa, en las cuales había que crear incesantemente y a costo de privaciones y fatigas increíbles la vereda, el camino, el puente, la balsa para ir adelante sin saber casi a dónde, sin saber a qué. Y, sin embargo, Cortés mantuvo casi compacto aquel haz, que el cansancio y las enfermedades mermaban, en su mano de hierro. Si Olid hubiese vivido todavía, al llegar a las Hibueras aquella expedición desarmada, extenuada, hambrienta y flaca, probablemente la habría capturado y Cortés habría ido a parar a Cuba, en poder de los amigos de Velázquez. En el camino, temiendo probablemente la fuga del emperador y los suyos, y su reaparición en México, inventó la existencia de una conspiración e hizo ahorcar al príncipe azteca y a algunos de sus compañeros. La serenidad estoica del joven emperador, que, para salvar a su pueblo probablemente, se había dejado bautizar e imponer un nombre cristiano, no se desmintió un momento; conservó de este modo su gigantesca superioridad moral sobre su vencedor. Parece que algo gritó al oído de éste su conciencia, según Bernal Díaz; el eco de su crimen tomó más tarde voz clara en Carlos V, que reprobó solemnemente

el hecho cruel e inútil. Cortés jamás conoció escrúpulos para ir a sus fines; como casi todos los grandes hombres de guerra y de gobierno, y él lo fue sin duda, poseía en el fondo de su espíritu la creencia, que Napoleón exponía con cinismo trágico, de que los que realizan las empresas magnas están por encima de las leyes morales y positivas... ¡Como si las leyes morales fueran otra cosa que fórmulas de las necesidades vitales de una sociedad; como si por tanto, no fueran leyes de la naturaleza; como si de las leyes de la naturaleza pudieran emanciparse estos gigantes de la historia, que rinde muertos un microbio de los pantanos de Babilonia en las venas de Alejandro o un grano de arena en la uretra de Cromwell!

Tras varios meses de sufrimientos inenarrables, la expedición de las Hibueras llegó a su término; ni tenía ya objeto, porque Olid había muerto, ni podía tenerlo, porque las riquezas de la región resultaron una fábula; ni tuvo otra consecuencia que la fundación de dos o tres raquíticas poblaciones y, para Cortés, la pérdida de su prestigio, y en México el naufragio de su poder y su fortuna, deshechos por los desmanes de los oficiales reales. Enfermo y desgraciado, tornó a Veracruz año y medio después de su salida de México; sus compañeros o se habían quedado como pobladores en Honduras, o se habían unido a Alvarado en Guatemala, o regresaban cabizbajos con el conquistador. Desde entonces nada salió bien a Cortés; la horca de Cuauhtémoc proyecta su sombra negra sobre la tarde de aquella vida de triunfos y pesares.

Las poblaciones indígenas y los conquistadores recibieron con inmensas ovaciones al que se había dado por muerto. Para recuperar sus bienes y su posición, para hacer castigar a sus despojadores, hombres de iniquidad pura, empleó meses de trabajo y empeños, y nada salió a medida de sus deseos; residenciado por la Corte y obligado a ir a sincerarse personalmente, cerca de dos años después de su vuelta de las Hibueras salía rumbo a Europa, cuando se encargaba del gobierno de la Nueva España, que él consideraba como su obra y casi como su propiedad, una Audiencia, un tribunal de justicia y administración que iba a serle más hostil y más perjudicial que sus peores enemigos. Al frente de este grupo de jueces puso el rey, con desacierto insigne, al célebre Nuño Beltrán de Guzmán, que estaba gobernando la provincia del Pánuco como podía gobernar la peste. Sus desmanes habían obligado a los indios a abandonar sus caseríos y a remontarse; los que no lo habían podido hacer eran reducidos a la esclavitud y frecuentemente enviados a las Islas en cambio de ganado, que pronto pululó en aquellos grasos pastales, entre las montañas y las costas de Tamaulipas. Los españoles mismos estaban aterrados.

Este era el hombre encargado de dirigir la justicia en la colonia; en México puso la mano en todos los abusos para hacerlos crecer y multiplicarse, y cuando las noticias de España le hicieron comprender que, con la vuelta

de Cortés, colmado de honores, y el envío de otra Audiencia, sus crímenes iban a ser castigados, se decidió a lavar sus faltas con la gloria del conquistador, no consiguiendo sino bañarlas en sangre. Nuño de Guzmán es el tipo de conquistador primitivo, del que creía que todo era lícito para allegar oro, del que se movía exclusivamente por codicia y procedía con las comarcas sometidas, exactamente como con una ciudad saqueada y pasada a cuchillo; en éste no hay mezcla, hay astucia, audacia, valor e inteligencia quizás; pero todas estas cualidades no sirven más que para poner en resalto la facultad dominante: la codicia. De una manera inicua hizo dar muerte al rey de Michoacán, al famoso Caltzontzin, después de exprimirle el oro y atormentarle. El y sus tenientes, Oñate y el oficial real Chirinos, cruzaron en distintos sentidos regiones hoy comprendidas en los Estados de Jalisco, Aguascalientes, Zacatecas y Territorio de Tepic; y no se sabe qué admirar más, si la ferocidad desplegada en ellos torturando caciques, reduciendo a la esclavitud y herrando centenares de cautivos, dejando a los aliados mexica y tlaxcaltecas que incendiasen las poblaciones, o la férrea voluntad empleada en sobreponerse a las privaciones y peligros, y en ir y venir por aquellos doblados terrenos a costa de esfuerzos que aun hoy parecen inverosímiles. Exploradas aquellas comarcas ya visitadas por otros españoles, que aun en algunas partes tenían encomiendas, pero que sólo nominalmente las poseían en realidad, reuniéronse todos en un punto de Jalisco a fines de 1530. Ya en el año siguiente, el tirano Guzmán (así le llama algún cronista contemporáneo) y sus compañeros, que iban "quitando a Dios las ánimas, al emperador sus vasallos y a la iglesia militante sus hijos", bajaron por las sierras accidentadas hacia el mar. Entonces fue cuando el conquistador llamó a aquellos países "la Nueva Castilla de la mejor España", que fue cambiado por el de Nueva Galicia, en la que se fundó Compostela. En Tepic se organizó una especie de gobierno, y la expedición salió rumbo al norte, atravesando crecidísimos ríos, librando reñidísimas batallas y señoreando el poblado valle de Acaponeta, que fue espantosamente asolado. Las noticias de México, que le hacían presentir la ruina de todo su poder, las fatigas de los aliados, que morían por centenares, la falta de indios de carga (tamemes), la indisciplina de los españoles (algunos fueron ahorcados, así como muchos caciques que protestaban), no cortaron los bríos del caudillo, que avanzó hasta Sinaloa, en donde fundó la villa de Culiacán. Ya Oñate había fundado, en la mesa de Nochistlán, una ciudad que luego cambió de sitio y a la que dio el nombre de la ciudad natal del conquistador: Guadalajara. Nuño de Guzmán en la nueva Compostela, que trató de convertir en una población de importancia inútilmente, pues pronto se redujo a un poblado insignificante, esperó los acontecimientos, resuelto con osadía a hacerles frente.

Villas pobladas y despobladas y abandonadas, insurrecciones incesantes de los montañeses, que se remontaban en los inabordables vericuetos de las sierras antes que caer en poder de los pacificadores, que los reducían a la esclavitud, y a sus mujeres y sus hijos, marcando, aun a los que estaban en la lactancia, con el hierro inicuo, resistencia de Nuño a la Audiencia y a

Cortés, al grado de prender a los agentes oficiales de las autoridades; desmanes de los soldados, muchos de los que emigraron al Perú, dejando por aquella tierra del oro las comarcas de la Nueva Galicia, sólo buenas para la agricultura, pero en donde era tan difícil reducir al fiero indígena a la servidumbre, y por último, el abandono de sus conquistas por el procaz presidente de la primera Audiencia y luego su prisión en México, tal es el fin de la empresa de Guzmán, casi estéril, porque hubo necesidad de rehacerla. Muerto en la miseria y el desamparo, en una prisión en España, no pagó este hombre su visita a sangre y fuego en el occidente de la Nueva España.

Mientras que por ese extremo se prepaba, más bien que se consumaba, una conquista, en el extremo oriental se llevaba a cabo otra tentativa extraordinaria. Don Francisco de Montejo, el primer apoderado de Cortés en España, asociado a otro enviado del conquistador, Alonso Dávila, capituló con el rey la conquista y población de las islas de Cozumel y Yucatán. Ya había alguna experiencia en la Corte y las instrucciones reales eran notablemente cuerdas. Se premiaba al conquistador, se le concedían tierras, parte de los tributos, cargos lucrativos, honores, títulos perpetuos; pero para cada puebla que fundase debía llevar cien españoles, no de las Islas, sino de España; de ellas sólo podía sacar caballos y toda clase de ganado. Estímulos a la emigración con concesiones de tierras y esclavos (indios rebeldes o comprados a sus dueños), exenciones de impuestos, etc., cantidades que a la Corona debían reservarse de todos los metales que se hallasen o extrajesen; dedicación de parte de las multas a la asistencia pública y mejorar materiales; establecimiento de encomiendas, con el objeto de que cada encomendero cuidase de la instrucción en la fe de cierto número de indios, en cambio de servicios personales; tal es en sustancia la parte administrativa, digámoslo así, de unas capitulaciones que pueden citarse como ejemplo o tipo de esta clase de concesiones. Pero había otra parte importantísima, la que a la fe y a los conquistados se refería: debían llevar los pobladores cierto número de religiosos; éstos debían cuidar de que no se vejase ni despojase a los indios; de que en la construcción de casas no se les hiciese daño en sus cuerpos e intereses; de que sólo se recurriese a la guerra en casos extremos y después de un requerimiento solemne, en que se hacían derivar de la bula de un Papa (Alejandro VI) los derechos del rey de España sobre las Américas y el que tenía para hacer la guerra; reducción a la servidumbre y confiscación de bienes de cuantos se resistieran a hacer efectiva esa donación (que el Papa había hecho de lo que nunca fue suyo). Lo más importante es lo que se relaciona con el buen trato que se debía a los indígenas, a quienes nada podía exigirse contra su voluntad y sin la remuneración suficiente, y con los ejemplos de moralidades que les debían también los españoles.

Con estas capitulaciones y los recursos que allegaron, de naves y hom-

bres en España y de animales y víveres en las Islas, acometieron su empresa Montejo y Dávila, acompañados de los oficiales reales; al principio del otoño de 1527 abordaron a Cozumel y, poco después, a las costa de lo que era, para ellos, la isla de Yucatán. Abrumados y diezmados por el clima y las enfermedades, batallando con frecuencia, encontrando algunas veces hospitalidad y paz entre los caciques, la expedición y reconocimientos en el litoral de la península que baña el mar Caribe, fueron infructuosos; una efímera población, Salamanca, fundada en un sitio y llevada luego a otro, no pudo sobrevivir. En 1529, después de un viaje de Montejo a México, Dávila y su gente abandonaron la empresa y se trasladaron a Tabasco, en donde Montejo y su hijo les esperaban. Entonces se acordó abordar la conquista por la parte meridional; Dávila y sus compañeros, después de sufrir penalidades sólo comparables a las de Cortés y su ejército en la malhadada expedición de las Hibueras, llegaron a Champotón, cerca de Campeche, ya conocida por los primeros descubridores, y allí se reunieron con Montejo el viejo y después con el mozo, que trajo algunos auxilios. Con ellos, Dávila, hombre de sobrehumana resistencia, fue de Campeche a la laguna de Chetumal, travesía indeciblemente penosa y larga; mas no pudo fijarse allí: lo intentó y fundó una Villa-Real; pero debilitado y destruído casi por la naturaleza y la resistencia de los indios, tuvo que retirarse por mar a Honduras.

Todavía los Montejo hicieron una poderosa tentativa, y con la alianza de los tutulxíus estuvieron a punto de lograr su intento, y aun creyeron haber fundado una población destinada a vivir en la ciudad sacerdotal de Chichén Itzá, la de las prodigiosas ruinas. Pero no; allí fueron sitiados, de allí se escaparon milagrosamente y, al fin, refugiados en Campeche algún tiempo, tuvieron que desamparar la península; y después de ocho años de brega, la obra de la conquista estaba en el mismo punto que al firmarse las famosas capitulaciones.

Las plagas terribles (langosta y hambres) que cayeron sobre los mayas; las guerras sangrientas entre cocomes y tutuxíus; la inquietud del porvenir, que los sacerdotes fomentaban con terribles profecías, pretendiendo conjurar el adverso destino con sacrificios sangrientos, son la trama de la historia de los mayas, libre de la presencia de los españoles. Entretanto, un grupo de frailes franciscanos, que, a solicitud del virrey Mendoza, habían partido de México para evangelizar la inconquistable tierra yucateca, comenzaron su obra fecunda en Champotón; pero la presencia de un grupo de bandidos españoles, que substraídos a todo gobierno se habían establecido allí cerca y hacían la trata de los indios y cometían desmanes sin nombre, hizo frustránea la obra santamente heroica de los misioneros.

Entonces comienza a desempeñar el principal papel el antiguo paje de Hernán Cortés, el ya experimentado capitán Montejo el mozo, encargado por los años de 1537 del gobierno de Tabasco; heredero de los propósitos de su padre, que andaba envuelto en conflictos y enredos con Alvarado en Honduras, envió un grupo de conquistadores a Champotón; allí se sostuvieron penosísimamente y estuvieron a punto de abandonar de nuevo la

empresa. Entretanto el viejo adelantado, después del terrible fracaso de sus proyectos en Honduras, susbtituía en Chiapas sus poderes en su hijo don Francisco, que va a México, allega recursos y en 1540 desembarca en Champotón. Se apodera de Campeche, en donde funda una villa en 1541, penetra en el interior de la península y establece su cuartel general en T-oh, antigua capital de un cacicazgo indígena; allí funda la ciudad de Mérida, con sus alcaldes, regidores, etc.; busca y consolida la amistad entre los españoles y los tutulxíus; resiste un asalto tremendo de los caciques insumisos en Mérida, y luego sale su primo Montejo al oriente, en donde batalla sin cesar y funda la villa de Valladolid. Desde entonces la conquista continuó sin tregua: se fundaron pueblas nuevas, como Salamanca de Bacalar y Nueva Sevilla, y se consolidó, con la represión sangrienta de formidables rebeliones, el establecimiento de las encomiendas, la intervención de los frailes franciscanos en favor de la libertad de los indios, la separación de Yucatán de la tutela judicial de Guatemala y de la tutela eclesiástica de Chiapas; vino, a la postre, la persecución de los Montejo, acusados de grandes abusos en los repartimientos, de tiranía con los indios, de desmanes con los sacerdotes; había grandes exageraciones en todo ello, porque indios, frailes y españoles se dolieron profundamente de la desgracia de aquella familia. El viejo murió en la corte, pobre y en desamparo; el mozo vivió en Yucatán profundamente estimado; el nombre se perdió en los herederos. Hombres como en su tiempo había muchos, ambos hicieron lo que todos los conquistadores. Pasados los siglos, sólo queda de su obra la parte que mereció vivir y que les ha valido la veneración de la historia peninsular, fueron los primeros padres de la patria yucateca.

No todas las fundaciones de los españoles, en aquellos primeros tiempos del período colonial, marcaban el sitio sangriento de las conquistas; algunas tuvieron por origen necesidades de conservación de la colonia, creación de centros urbanos que sirviesen de reparo al tráfico, de refugio a los españoles, en caso de sublevaciones generales, de punto de afluencia a los productos agrícolas de una zona. Así, para proteger el tráfico entre Veracruz y México, que pasaba por las poblaciones casi exclusivamente indígenas de Tlaxcala y Cholula, ordenó el gobierno de México (la segunda Audiencia) la erección de una ciudad nueva en cuya traza intervinieron los frailes franciscanos y, sobre todo, Motolinia. En fines de septiembre de 1531 quedó establecida la puebla, que en su nombre de Puebla de los Angeles guardó hasta hace medio siglo el sello del espíritu místico de sus trazadores, que se hicieron ayudar en la parte material de su obra por algunos millares de indios de las grandes poblaciones convecinas. Mucha oposición hizo el Ayuntamiento de México a la erección de la Puebla (era una rival), cohonestando su actitud con la inutilidad de una fundación que no era vividera; los oidores persistieron en su propósito, llamaron a ella familias españolas de Veracruz, en que el clima mortífero las diezmaba, y obtuvieron en 1532 la real cédula que erigía en ciudad la nueva fundación.

Michoacán, en donde la cultura industrial era tan notable antes de la

conquista, después del paso de Nuño de Guzmán había entrado en un período singular de recelo y hostilidad hacia los españoles, y las poblaciones iban quedando desiertas y los habitantes iban remontándose y volviendo al estado salvaje; la Audiencia gobernadora, que había hecho algunas tentativas para corregir este estado de cosas, encargando del remedio a alguno de los que allí tenían mayor número de repartirmientos, se decidió a enviar al lastimado reino al noble y humano don Vasco de Quiroga. Entre los hombres que consagraron su alma y su vida, con empeño mayor, a iniciar dulcemente a los indios en la cultura cristiana, el oidor de la Audiencia merece una mención especial; hombres como Las Casas, Zumárraga y Quiroga, reconcilian a la historia, aun bajo el aspecto moral en que suelen colocarse los idealistas, con la cristianización de los americanos llevada a cabo por España, aun cuando su antecedente forzoso haya sido la conquista con todas sus violencias y horrores.

Quiroga, en Michoacán, se fijó en la antigua capital del reino, Tzintzuntzan, "la ciudad de Michoacán", como las cédulas reales la nombran, y allí convocó a los representantes de la nación disuelta en la hoguera del Caltzontzin, que vinieron recelosos, oyeron al misionero de paz y tornaron encantados a sus hogares; el recuerdo mismo de sus reyes, de sus divinidades y de sus glorias, palideció en el corazón de los tarascos con el amor que tuvieron y que aún tienen al que luego fue su obispo y siempre fue su padre. Comprendiendo las necesidades, respetando las tendencias y las tradiciones de los principales grupos que constituían la familia tarasca, aplicó a su constitución económica un sistema de división del trabajo, excelente en esas épocas, y dedicó a cada pueblo a un solo oficio. Estableció también hospitales que eran verdaderos *falansterios*, y vio renacer, con el trabajo y la paz, la prosperidad de todos. En medio de estas poblaciones florecientes, entre los lagos de Cuitzeo y de Pátzcuaro, establecióse en 1541 ó 42 la ciudad de Valladolid en el gracioso valle de Guayangareo. Esta ciudad, de origen laico, pero que pronto quedó, como todo en América, cobijada por el manto de la religión, es la actual ciudad de Morelia; con este nombre, debido a su hijo egregio José María Morelos, entró a tomar parte en la vida nacional la antigua fundación del virrey Mendoza.

No fueron éstos los únicos tipos de conquista y fundación; otros hay bien notables. En el siglo XVI, como antes de él, todas las tribus nómades del norte se llamaban "chichimecas"; en donde confinaban al sur con las regiones de grado o por fuerza sometidas a los españoles, cometían todo género de depredaciones, cada vez más inquietadoras para los gobernantes de la Nueva España, que resolvieron encomendar la pacificación de aquellas serranías pobladas de salvajes a los indios convertidos y asimilados. Y así fue: el punto de partida de las expediciones fue Acámbaro, fundado antes en los límites del reino del Caltzontzin; los caciques desempeñaron a maravilla su

papel de conquistadores, luciendo sus armas españolas y sus caballos; hubo curiosos encuentros sin armas, a puñadas y cachetes; no faltó su milagro: Santiago apareció en la contienda, favoreciendo a los indios cristianos, lo que demostraba claramente que, para el cielo, lo mismo eran americanos que europeos, y de todo esto nació Querétaro, que vegetó al principio y luego fué un buen centro de comercio agrícola; algunos grupos de chichimecas vencidos se reunieron en congregación en derredor de una cruz de piedra, muy pronto milagrosa, y esa fue la cuna de la ciudad futura. Ya lo dijimos; si hay un hecho comprobado en nuestra historia es que la conquista de la Nueva España la hicieron, para los reyes de Castilla, los mismos indígenas, bajo la dirección y con el auxilio directo o indirecto de los españoles. En trazar este rumbo a una obra que, por colosal, habría sido imposible de otro modo, consistió la suprema habilidad de Hernán Cortés. Y nada más gráfico que el dicho del cacique don Nicolás de San Luis Montañés, que, nombrado capitán general "por el rey mi señor Su Majestad", son sus palabras, para conquistar la gran Chichimeca, que fue luego Santiago de Querétaro, para lo que convocó a todos los caciques y cacicazgos de su prosapia, al dar cuenta de su obra termina con estas frases: "Con fuerza de nuestros brazos ganamos estas tierras, de que mandó hacer Su Majestad conquista."

La obra de la conquista y pacificación, no terminada en el siglo XVI, avanza en éste lo bastante para dejar delineados los términos de la Nueva España, que llegaron a ser inmensos, si se tiene en cuenta que a ella estuvieron subalternados, por el sur, Honduras, por el norte, el enorme espacio indeterminado que va de Texas a la Florida, y por el occidente, no sólo el litoral, aún no explotado sobre el mar del Sur, sino más allá, en el océano mismo, el archipiélago filipino, de que tomó posesión por Felipe II una expedición organizada en México. En el período marítimo, digámoslo así, de las empresas de exploraciones y conquistas, descuella también la gran figura de Cortés. Desde el día siguiente de la toma de Tenochititlán (o Tenochtitlan, como habrían escrito los mexicanos, que no cargaban el acento en la última sílaba), ya sus agentes hacían construir barcos en Zacatula y Tehuantepec, para explorar la costa de la Nueva España, en busca del estrecho famoso, ya para cruzar el mar del Sur y hallar la isla de la especiería, o fundar en el Catay (China) una colonia como la Nueva España, para ponerla a los pies del César Carlos V. Lo que este hombre gastó de energía, constancia y atrevimiento para realizar su sueño, es increíble; materiales llevados de Veracruz a la costa le Michoacán y al Istmo, construcción de buques a todo costo y viajes a Acapulco, a Zacatula, a Manzanillo, para vigilar la marcha de las expediciones; fracaso de todas ellas por incendios, naufragios, sublevaciones; pérdida de todos o casi todos los buques, cuyas tripulaciones mermadas solía apresar y maltratar Nuño de Guzmán; nada de esto arredraba al capitán general. Las relaciones de frailes y exploradores, venidos de la Florida o salidos de México, noticiando la existencia de vastísimos reinos prodigiosamente ricos, al norte de los sinaloas, empezaban a enardecer

la codicia de todos: entonces dispuso ponerse él mismo al frente de una expedición, reconoció las costas de Sinaloa, Sonora, la Baja California; cruzó el golfo que lleva su nombre, y, cuando regresó a México, cuando se le creía muerto, bullían en su cabeza nuevos proyectos, a pesar de las temerosas aventuras de su último periplo.

El virrey Mendoza fue a consolidar la obra incierta de Nuño de Guzmán; la Nueva Galicia no había sido pacificada, las insurrecciones eran constantes y generales, bravísimas las tribus. Pedro de Alvarado, que con el beneplácito del rey, se había arreglado a fuerza de litigios y combates una especie de señorío feudal en Guatemala, y que también quería explorar el mar del Sur, acertando a pasar por las comarcas jaliscienses cuando iba a embarcar sus tropas, dio auxilio al gobernador Oñate en peligro y perdió la vida a consecuencia de una caída en los vericuetos de la montaña. Fue el virrey quien, luchando y tratando, dio cima a la empresa, y pronto la Nueva Galicia, con su capital y su Audiencia, fue el más distinguido miembro de la organización colonial.

Entretanto venía por tierra la leyenda de los reinos de Cíbola y Quiviria. ¡Cosa singular; esas riquezas fabulosas existían allí en realidad, pero estaban ocultas unas y en potencia las otras en el suelo aurífero y en la fecundidad pasmosa de California! Pero el virrey y Cortés persistían en ordenar conquistas, y creyendo el conquistador hollados sus derechos, tornó a España en busca de desagravios y allá murió.

El siglo avanzaba y con él se acercaba a sus límites la obra, que hubiera podido prolongarse indefinidamente, de la sumisión de los indígenas. La busca de minerales produjo la fundación de Zacatecas, una de las principales ciudades del Estado actual de nuestra Federación que lleva ese nombre y que fueron reales de minas en su origen, ensanchando así los límites de la Nueva Galicia; luego se fundó Durango, a orillas del Guardiana, y casi terminó la formación final de la provincia de la Nueva Vizcaya, que tenía por fuerte avanzado el presidio de Chihuahua y comprendía el territorio del Estado que lleva hoy ese nombre, el de Durango y parte de Coahuila. Por capitulaciones especiales con el rey comenzó la exploración y conquista del Nuevo Reino de León, entre la provincia del Pánuco, la Nueva Galicia y la Nueva Vizcaya; en realidad, los consolidadores de esta nueva adquisición fueron los frailes; unos de ellos fundó Monterrey. La necesidad de defenderse contra las tribus nómadas que recorrían la lenta pendiente de la Mesa septentrional, de una a otra serranía, trajo la necesidad de fundar establecimientos de defensa, y ello fueron en su origen Celaya, San Miguel de Allende, San Luis del Potosí, que llevó este sobrenombre porque se creyó que podía compararse en riqueza mineral con el famoso distrito peruano. Esta tarea de pacificación de las tribus chichimecas (ellas se daban otros nombres) no pudo apurarse en el siglo y pasó al siguiente: combates, misiones, reducciones forzadas de los indios a congregaciones y pueblas, establecimientos de otros indios ya españolizados, como los tlaxcaltecas, todo se puso en juego, y al fin se obtuvo a medias un lento resultado. Cuando mo-

ría ya la centuria de la conquista, todavía no cimentaban los españoles su dominación en las regiones septentrionales de Sinaloa, ni en Sonora, y buscaban por Nuevo México el fabuloso reino de Quiviria.

En la fundación de una villa española se procedía así: elegían los expedicionarios lugar, que solía ser provisional, porque la villa no era precisamente un caserío y una iglesia, era algo más que eso, era una institución; podía transplantarse, como sucedió con Guadalajara (definitivamente establecida por el primer virrey) y como sucedió con la Villa-Real, en cuya erección nos ocuparemos brevemente, por ser típica como dice el más notable historiador de nuestros tiempos coloniales.

Vencida la heroica resistencia de los chiapas, que, antes que rendirse a los conquistadores, habían preferido arrojarse al abismo con sus mujeres y sus hijos desde la cresta del peñol que fue su primera fortaleza, el capitán Mazariegos, hombre ducho y bueno, procedió a señalar a los indios que había logrado capturar, un lugar en donde debían reducirse a vivir en comunidad y oír las prédicas de los misioneros (este lugar fue Chiapas, probablemente), y por allí cerca eligió un sitio para fundar provisionalmente la villa española, que debía servir, como las colonias romanas, de centro de pacificación, de colonización y de vigilancia en la comarca; sólo por un capítulo se distinguían éstas de aquéllas: las colonias españolas eran un foco de propaganda religiosa, jamás lo fueron las romanas. En el sitio elegido improvisaron los indios unas casas para los españoles; reunidos éstos en la del capitán general y gobernador de la provincia, éste declaró su decisión de establecer allí temporalmente una villa, que se llamaría Villa-Real; nombró, en seguida, alcaldes, a quienes recibió juramento de usar bien de su cargo y ser fieles a Dios y al rey, les entregó las varas de justicia, eligió regidores, y éstos a su vez nombraron un carcelero y pregonero; luego fueron nombrados un mayordomo de la villa, un procurador y un alguacil mayor; dióse en seguida posesión de sus cargos al visitador general y al escribano, nombrados por el gobierno de México, y funcionó la autoridad comunal. Los conquistadores dejaron de serlo en el punto mismo y comenzaron a ser pobladores; el soldado se convertía así en ciudadano y gozaba de los fueros de todo individuo que formaba parte del municipio. Celebróse el primer cabildo, se señaló el salario de los empleados, y se ordenó la erección de la picota en la plaza y de la horca en la próxima colina; se abrió el registro de vecinos, título codiciado, no sólo porque daba derecho a repartimientos de indios y mercedes de solares, sino porque a él iban unidades las distinciones y honores concedidos a los primeros pobladores, así como libraba de las persecuciones contra los hombres sin asiento. Hecho esto, la villa se levantó de donde estaba, se situó en mejor sitio y se trazaron y denominaron las calles, se distribuyeron los solares y se levantó la iglesia; tal fue en sus orígenes San Cristóbal las Casas, capital del Estado de Chiapas hasta hace poco tiempo.

Ya sólo se trataba de afirmar y consolidar: lo principal esbozado estaba, si no hecho y creado. Todo aquel conjunto, sin suficiente cohesión todavía,

pero notoriamente en vías de obtenerla, se dividía oficialmente así: un virreinato; las dos Audiencias de México y Nueva Galicia. Todo el territorio del virreinato, en las orillas del Golfo y del Pacífico, y los Estados comprendidos entre estos litorales, dentro de la Mesa central, dependían de la primera Audiencia; una gran parte de Jalisco, Zacatecas, Aguascalientes y Durango, actuales, formaban el territorio jurisdiccional de la Audiencia de la Nueva Galicia; la Nueva Vizcaya dependía directamente del virrey. En realidad, nada estaba definido: era un cuadro oficial aquél, incierto y movible, dentro de cuyo marco grandioso iba a crecer y moverse la nacionalidad nueva.

CAPITULO II

LOS PACIFICADORES

Los apóstoles; los primeros franciscanos; la propagación del cristiamismo. La defensa de los indios; Las Casas; Zumárraga; Fuenleal; Quiroga. Los frailes: templos y conventos. Inquisición; la Compañía de Jesús

En pos de los dos sacerdotes que vinieron con los conquistadores a México y que, si alguna vez se pusieron de parte de los indios o lograron o quisieron poco, vino, formando un simple grupo apostólico, la primera misión franciscana, dos frailes y un lego; era éste Pedro de Gante. Esta vanguardia de la evangelización de la Nueva España, mostró el sendero: la espantosa doctrina, secreta aún ostensiblemente profesada en las Islas, de que los indígenas apenas eran o no eran propiamente racionales, invención diabólica, como decían algunos frailes, para paliar la rapacidad insular, ni siquiera como un mal pensamiento cruzó por la mente de los frailes y, en honor de la verdad, tampoco la profesó nunca Cortés: el indio era un ser racional, era un hermano menor que esperaba la redención y que era digno de ella. Con esta máxima en su bandera, Gante se dedicó a enseñar en Tlaxcala, en México, y sus compañeros a predicar como podía con gesticulaciones patéticas, con pinturas infantiles, pero expresivas, y con intérpretes. Luego llegaron los doce frailes franciscanos la "Custodia", como fue llamada, dirigidos por Martín de Valencia, el "custodio": trece frailes, un verdadero apostolado de fe, de humildad, de pobreza, de fervor, hombres en quienes había tornado al mundo el espíritu angélico del fundador; toda la ternura, toda la dulzura de la religión de Francisco de Asís era necesaria para mostrar al mundo, en aquella época, españoles que no fueran duros, que no fueran crueles: los frailes de la custodia sólo lo fueron con ellos mismos.

El indio fue hijo suyo desde aquel instante; la consagración al estudio de las lenguas indígenas fue la ocupación principal de los frailes, junto con la conversión; pronto dominaron la mayor parte de esas lenguas, y mal que bien, ayudados por los cuadros que representaban los pasos supremos de la

vida de Cristo, empezaron a recorrer la Nueva España y toda la tierra americana; no había llegado a su fin el siglo XVI y el mundo precolombino, con excepción de las tribus nómades que fue imposible reducir a congregaciones, estaba bautizado; ¿era cristiano?

Los apóstoles destruyeron los templos por centenares, calcinaron o rompieron los ídolos por millares, y cuanto en pinturas o escrituras pictóricas pudó presentárseles que significase idolatría o que ellos creyesen tal, fue destruído; imposible que hubiesen hecho otra cosa hombres de ese ardor y en aquellas circunstancias. Allí se consumieron datos preciosos para la historia de la vida y del pensamiento de las familias aborígenes; y esto no está compensado con lo que los frailes guardaron, al cabo, de esos inestimables documentos, con lo que averiguaron, con lo que hicieron escribir y con lo que escribieron. Está compensado con la plena iniciación de la familia indígena en el cristianismo, con la abolición de las supersticiones de sangre, con haberlos puesto en la ruta que debía conducirlos a la solidaridad con el mundo de la civilización; lo mismo que absuelve la historia la crueldad de la conquista de los mexica, absuelve la destrucción de los documentos indígenas; no eran arqueólogos, eran apóstoles aquellos hombres; juzgaron necesario lo que hicieron; el objetivo era superior al valor de los monumentos, por valiosos que se les suponga; la pérdida fue irreparable, la ganancia fué inmensurable.

Para salvar a los indios era preciso mostrar que podían ser cristianos, era preciso que lo fueran; ¿lo fueron? Lo fueron para los conquistadores, y esto hizo temblar la mano de fierro, siempre pronta al castigo, y la debilitó. Lo fueron para los conquistadores; éstos, en su mayor parte, confundían casi la religión con el culto, con los ritos, con el amparo y la veneración de los santos, casi fetichista, casi basada en las imágenes materiales; era una semi-idolatría la suya. Los indios nunca fueron cristianos como lo fue Francisco de Asís, ni podían serlo intelectualmente, porque su conformación psicológica no les permitía dominar las regiones de la metafísica pura, y esto, ni antes ni después de ser educados, ni antes ni después de los colegios y las universidades, ni antes ni después de la mezcla con la raza española, que era igualmente inhábil para la creación filosófica trascendente; de las universidades españolas salieron maravillosos dialectistas: ¿salió un solo filósofo, un hombre capaz de encerrar en un solo pensamiento lo existente, de explicarlo por otro pensamiento y de mostrar entre ambos inflexible lazo dialéctico de unión? Dos o tres individualidades pueden mencionarse, y su importancia como filósofos será siempre discutida. No, el cristianismo predicado a los indios fue de bulto, como debía ser: una dependencia de un juez y rey supremo, un alma que sobrevive al cuerpo y responderá de sus actos ante ese juez; los premios y los castigos, éstos sobre todo, terribles, como conviene a razas recién salidas de la matriz étnica, a razas niñas; su igualdad absoluta ante ese juez con sus conquistadores, con sus amos; una reforma en las costumbres, encaminada, sobre todo, a la destrucción de la poligamia y a la emancipación moral de la mujer y al odio a los ídolos y a los ritos sanguinarios. Y como

el juez supremo estaba muy alto y era muy severo, la necesidad consoladora de recogerse y refugiarse en los medianeros, en los abogados, en la Virgen María y en los santos; a éstos era preciso recurrir siempre, a ellos encargar la defensa del pecador ante Dios, para ellos todos los regalos, todas las ofrendas, todas las súplicas, todo el cariño: a Dios miedo tremendo, a María todo el amor. La mujer indígena que se arrodilla ante el altar de María de Guadalupe, su Madre, india como ella, y le cuenta sus penas y sus esperanzas en un diálogo, en mexicano u otomite, que tiene por respuesta perenne la dulce mirada de la imagen, resume toda la teología de la raza indígena. Y como los frailes eran los que llevaban aquí el poder de los abogados y de los santos, a ellos les entregaban las ofrendas y las almas. Así llegaron las órdenes religiosas a ejercer la paternidad de toda la familia conquistada. La raza aborigen pagó a la Iglesia el inmenso favor que recibió de ella, porque ella le salvó la vida: así lo sabían y lo creían, abdicando entre sus manos toda su personalidad. Y como el culto de los santos podía adecuarse tanto a los ritos de su idolatría, los transportaron de éstos a aquél, no todos, pero sí muchos, bajo el ojo paterno de los frailes, que, sin poderles cambiar ni la tradición ni el espíritu, reemplazaron los ídolos por las imágenes (son homónimos) y levantaron santuarios allí donde recibían adoración sus dioses sanguinarios, y poco a poco los indios hicieron entrar dentro de una urna santa del cristianismo todas las supersticiones que tenían y que recibieron en este injerto, sacrílego e inevitable. Por eso los indios, a pesar de ser cristianos, no han dejado de ser idólatras; y su idolatría tiñó de negro la religión de los criollos y la de los mestizos. Salvar la familia vencida, amenazada de exterminación, suprimir los ritos sanguinarios, encender en las almas de los siervos la esperanza, es la obra de los grandes misioneros cristianos en la Nueva España; esa obra no es la única, pero habría bastado para la vida de tres siglos. La obra nueva, toda de emancipación, es la de la supresión de las supersticiones; esta obra, divina también, está encargada a la ciencia, a la escuela, al maestro. ¡Oh, si como el misionero fue un maestro de escuela, el maestro de escuela pudiera ser un misionero!...

Pedro de Gante, que enseñaba a los indios lo que él sabía y lo que ,ignorando el idioma, podía comunicar con ínclita paciencia, leer, escribir, rezar, cantar, tocar algunos instrumentos musicales, probablemente para emancipar a sus educandos del teponaxtle y la chirimía, que tanto deben de haber contribuído a mantener en ellos el instinto feroz que saciaban en sus interminables guerras; Martín el custodio, que iba descalzo de una costa a otra, predicando sin cesar con su intérprete, porque jamás pudo aprender alguna de las lenguas del país, pero predicando, sobre todo, con la sublime elocuencia del ejemplo, con la humildad, con el cariño, con la pobreza y con las lágrimas, son tipos de estas épocas de fervor y de abnegación sin límites.

Mas junto con ellos, o poco después, aparecieron los hombres que sistema-

tizaron, digámoslo así, el apostolado cristiano y tuvieron conciencia clara de su misión, no sólo como propagadores del Evangelio, sino como redentores de los indios. Fueron muchos, fueron legión; no sólo predicaron aquí, sino en España; no sólo ante los indios, sino ante los conquistadores; no sólo ante los déspotas en la Nueva España, sino ante los monarcas en la Corte. En ese admirable grupo resaltan cuatro obispos, cuatro hombres que, con su caridad y con su fe, sellaron los títulos de la patria potestad ejercida por la Iglesia sobre el pueblo conquistado: Las Casas, Zumárraga, Fuenleal y Quiroga: el primero, en aquel siglo en que la humanidad toda pareció crecer de un palmo, descuella, en una gigantesca figura moral: fue el hombre de una idea, de ésta: "Los indios tienen derecho a ser cristianos, por consiguiente tienen derecho a ser libres; la conquista es, por ende, la violación perenne de un derecho: es deber de buen cristiano deshacer la obra de iniquidad." Venido a las Antillas desde los albores del siglo XVI, tuvo juntamente conciencia de su vocación de apóstol y de la sacerdotal; ante los primados de la Iglesia española, ante el Consejo de Indias, ante el monarca, reclamó el derecho de los indios a la libertad, pero con tesón, con tanto fervor, en términos tan absolutos, que aún hoy asombran por su humanitaria temeridad; la desaparición de la raza conquistada en las Islas, gracias al maltrato de los conquistadores, había dejado en su alma indelebles huellas; había sido testigo presencial de esta catástrofe. En su obispado de Chiapas, convirtiendo y amparando a los indios; en la Corte, en donde obtuvo la promulgación de las famosas Nuevas Leyes que ponían coto, de golpe, a los supuestos derechos de los conquistadores, convirtiéndolos en simples deberes; en México, en donde, comunicando su celo incendiante a otros, hizo declarar que la conquista sólo había sido permitida por la Iglesia para hacer cristianos y no vasallos, ni esclavos, ni siervos; ya obligando al monarca a confiar la adquisición de nuevas tierras a las prédicas de los misioneros, ya el virrey Mendoza a disponer ensayos formales de conquista pacífica por medio de los frailes, ya escribiendo sus vehementes folletos y ya la inestimable historia de los descubrimientos y conquistas, Las Casas no abandonó nunca su obra, no se desalentó en su bendita labor de caridad. El odio de los conquistadores, y hasta de algunos frailes (Motolinia), le siguió siempre y lo estimuló. Fue un gran cristiano, y nosotros, los americanos, nos mostramos más descendientes de los encomenderos que de los indios, y de unos y otros venimos, escatimando homenajes y monumentos al dominico español; exageró y abultó quizás la bondad esencial de los indígenas y la maldad de sus explotadores, no tanto como otros documentos lo demuestran. Pero aun así, esta clase de hombres que exageran y extreman de buena fe la pintura del mal, son necesarios en las épocas de crisis; así el remedio, aunque sea deficiente, viene pronto.

Zumárraga, el primer obispo de México, nombrado protector de los indios, como lo había sido Las Casas, a pesar de su celo religioso, que llevó como a todos los convertidores de su época y de todas las épocas a tomar medidas inhumanas para llegar a su fin (destrucciones de ídolos y de documentos quizás, y condenación de un indio refractario, a la hoguera); a pesar de eso,

merece un lugar preeminente entre los defensores de la raza conquistada, entre los pacificadores; su conducta, frente a frente de la tiranía de la primera Audiencia, un tribunal de desalmados, para impedir que, permitiendo todo abuso contra los indios, que parecía ser el programa de los oidores, fuesen exterminados, fue heroica; se declaró el obispo, único juez de indios, en virtud de su encargo de protector, y de aquí la lucha, que tomó terribles proporciones, entre el poder civil y el eclesiástico; éste defendía la justicia y el derecho, y de su parte, aun de sus usurpaciones, se pone la historia, que, a riesgo de ser infiel en su aspiración a ser puramente científica, es decir, una escudriñadora y coordinadora impasible de hechos, no puede siempre desvestirse de su carácter moral. Zumárraga, cuando terminó la tiranía, dedicó todo su celo a levantar el alma de los indios; su idea era ésta: la prueba de que el indígena es un ser perfectamente racional, es que puede subir a las cimas de la razón pura; y fundó el colegio de Tlatelolco, una verdadera escuela normal, en que se formaban los futuros profesores y convertidores, y en que las discusiones sobre puntos teológicos y filosóficos eran tan ardientes que asustaban, como obra del diablo, a los enemigos de la instrucción de los indios; fundó también un colegio para educación de las niñas indias, que no tuvo buen éxito. Todo esto era apostólico y sabio: se trataba de que, como Cortés se había servido de los indios para la conquista de los imperios, la Iglesia se sirviese también de ellos para la conquista de las almas.

Ramírez Fuenleal, el presidente de la segunda Audiencia, fue después de Cortés, más que Cortés, quien puso todo el poder de la autoridad en la promulgación del bienestar y la redención de los indios; él inauguró la casi nunca interrumpida era de paz en que se formó lentamente la nacionalidad mexicana.

Quiroga fue el compañero y principal colaborador del obispo Fuenleal; ya lo hemos visto, a fuerza de bondad y justicia, pacificar a los tarascos y organizar, con una curiosa distribución del trabajo (un oficio en cada pueblo), la industria y la riqueza de Michoacán, que luego fue su obispado.) En México y luego allí, este varón santo estableció colegios y hospitales; estos hospitales fueron ingeniosos ensayos de comunismo cristiano, eran falansterios episcopales, lo dijimos ya, construídos y reglamentados para aliviar la miseria de los indios, "miseria pocas veces vista ni oída que padecen los indios pobres, huérfanos y miserables, que se vendían a sí mismos y permitían ser vendidos, y los menores y huérfanos eran y son hurtados por los mayores para ser vendidos, y otros andan desnudos por los tianguis aguardando a comer lo que los puercos dejaban", dice el mismo señor Quiroga. En estos establecimientos se procuraba conjugar las tendencias a la vida comunal y la constitución de personalidades colectivas, propias de la familia indígena, y la iniciación en la plenitud de la vida civil y del trabajo cooperativo. El comunismo, es bien sabido, lejos de ser la forma de las sociedades del porvenir, es la de las del pasado.

Estos ínclitos varones fueron los que guiaron y dirigieron la obra magna de la pacificación; limitaron el poder de los gobernantes para el mal, sofre

naron la rapacidad de los amos creados por la conquista y aquietaron y trataron de levantar a los conquistadores. Paz y civilización eran sinónimos.

La obra de los pacificadores, admirablemente secundada por las órdenes religiosas, se fue adulterando cuando los apóstoles desaparecieron; después de los iniciadores, vinieron los organizadores, después los explotadores. Cuando el peligro que se corría en la tarea de convertir a las tribus bárbaras que rodeaban, como una cintura de movediza e infijable arena, la tierra conquistada, estimulaba el celo y despertaba el espíritu de sacrificio, el fraile tornaba a ser el misionero y resplandecía, en torno de su cabeza, el nimbo de los apóstoles y los mártires; pero en donde ya la generación de la conquista, cristianizada de grado o por fuerza, convertida en masa, antes que por las prédicas, por la sumisión a sus caudillos, que se rendían (por lo que se ha podido decir que en la cabeza del emperador Cuauhtemoc fue bautizado el mundo azteca); cuando a esta generación sucedió, al mediar el siglo, otra que había nacido cristiana, los frailes no tuvieron más que trabajos de rutina que desempeñar, y fueron dejando caer de sus manos de explotadores muchos de los grandes pensamientos puestos en planta por los Quiroga y los Zumárraga. Entonces comenzó el sueño moral de la gran familia indígena. En donde estaba, al pie del altar, allí quedó, y en nuestros días yace todavía en grandes grupos en el mismo estado, con las mismas costumbres y las mismas supersticiones; tiene que silbar mucho tiempo la locomotora en sus oídos para arrancarla del sueño, tiene la escuela que soplar la verdad en sus almas por dos o tres generaciones todavía para hacerla andar.

El fraile, cuando las disposiciones de los monarcas pusieron en sus manos a la raza conquistada, luchó por el dominio de ella con el fraile. El franciscano con el dominico, que había llegado después y apretó el paso para ponerse al nivel de sus predecesores; los franciscanos siempre estuvieron contra los abusos de la autoridad, los dominicos del lado de ésta; los primeros eran los liberales, como diríamos ahora; los segundos, a pesar de los inmensos servicios prestados a los indios en la Corte, fueron conservadores. Luego vino la lucha entre el fraile y el obispo, que quería ir eliminando de los curatos a los regulares y poniendo en su lugar a los clérigos; los frailes resistían a esto, que les parecía una usurpación; ellos habían sembrado y regado, otros venían a cosechar. Entretanto el país entero se cubría de templos, pocas veces artísticos, casi siempre sólidos y costosos. ¿Costosos? No; no para sus constructores: pupilo, hijo amado del fraile, el indio recibía de sus padre (los "padrecitos', como llama todavía a los sacerdotes), no sólo los duros correctivos que, en aquel tiempo, los padres usaban con sus hijos, no sólo eran frecuentemente azotados, sino que poco a poco tuvieron por ellos la inmensa y pasiva obediencia que tuvieron antaño por sus caciques y sacerdotes; la obediencia los convertía en siervos de hecho, y estos siervos eran empleados en la tremenda tarea de levantar iglesias y conventos, sin recibir ni salarios ni alimentos. El arzobispo Montúfar, hombre inteligente y desapasionado, ha dictado el fallo condenatorio sobre la conducta de los frailes en este punto; él ha dicho la carga insoportable que cayó sobre los hombros de la raza indí-

gena, con estas construcciones, y los abusos terriblemente paternales de quienes en realidad se hacían mantener y alojar por sus protegidos.

Poco a poco, no sin tropiezos, la Iglesia fue haciendo normal y ordinariando su dominación social; dominicos y franciscanos fueron acomodándose en el goce rutinario de su situación privilegiada, de su bienestar beato, en la paz de la conformidad absoluta de la raza conquistada y de la que de ella iba naciendo. El clero secular, educado en las universidades, en los seminarios, había compartido al fin del siglo una parte del poder con los frailes. Las vehementes disputas primitivas sobre si eran o no válidos los bautizos que, casi sin más ceremonia que la aspersión y una fórmula breve, habían hecho los primeros misioneros, en virtud de la facultad apostólica que del Papa habían recibido, habían terminado ya, eran sólo un recuerdo histórico; los matrimonios, que tanto habían dado que hacer en los primeros años de la organización, por la poligamia en que vivían todos los caciques, a quienes sus vasallos o macehuales daban sus hijas "como fruta', dice un cronista, para que les sirvieran como mujeres y como criadas, por lo que resultaba muy difícil designar cuál era la que debía subir al rango de esposa cristiana, también habían dejado de ser motivo de discusiones, desde la bula de Paulo III, y sobre todo, desde que a la generación de la conquista había sucedido la nueva.

La Iglesia mexicana tuvo, ya en un principio, sus asambleas, desde la que se celebró bajo los auspicios de Cortés, cuando la Nueva España le estaba sometida, hasta los Concilios convocados por el segundo y tercer arzobispos que organizaron canónicamente la tutela de la familia indígena, condenada a eterna minoría. Por eso cuando en México se fundó la Inquisición, tribunal que aquí más que en España acaso, fue el consejo secreto y pavoroso del gobierno eclesiástico de las provincias de la España americana, con su cortejo de procedimientos secretos en las causas de los acusados de herejía, y de tormentos y solemnísimos autos de fe, habían dejado de ser motivo de desavenencias entre la Iglesia y la aristocracia indígena; sólo en la zona que iba poco a poco entrando en el radio de la obediencia a España, esta cuestión del matrimonio monogámico causaba resistencias que iban frecuentemente hasta la guerra encarnizada y feroz. La segunda y tercera generaciones que sucedieron a la de la conquista, se arreglaron, para acomodar las antiguas costumbres y las prescripciones religiosas, como pudieron.

Al mediar el siglo, la Iglesia era ya un árbol que asombraba al reino entero; la sociedad de la Nueva España semejaba a una enredadera que se agarraba al árbol y crecía bajo esa sombra. La Iglesia, para darse cuenta de sí misma y organizar los resultados de la experiencia en la gobernación moral de su nuevo patrimonio, reunió, ya lo dijimos, sus asambleas, de misioneros al principio, después de frailes y letrados, al fin de obispos; éstos ya fueron Concilios o Sínodos provinciales en toda forma, y de cuatro que hubo en los tiempos

coloniales, los tres se celebraron en el siglo XVI; en ellos la Iglesia organizó canónicamente la tutela eclesiástica de la familia indígena y la sometió a eterna minoría.

Felipe II tuvo empeño en fundar en toda regla la Inquisición en su Nueva España; era el complemento indispensable de su obra política y religiosa; el mundo nuevo debía vivir por medio de aislamientos interiores y exteriores, la Inquisición tenía por objeto mantener a toda costa esta política; era, en el orden mental y religioso, lo que los Consejos de salubridad modernos son en materia de higiene; las ideas eran los microbios, los gérmenes de muerte de que había que defenderse. Y figurémonos un grupo de gobernantes para quienes las epidemias espirituales eran de trascendencia infinitamente mayor que las físicas (lo que era cierto) y entonces la Inquisición queda explicada, no absuelta; el autor del Sermón de la Montaña no la habría absuelto nunca. Aquí, como en España, tuvo la Inquisición sus grandiosos "autos de fe", que presenciaban con miedo o entusiasmo gobernantes y vasallos; hubo muchos atormentados y muchos bienes confiscados; algunos fueron a la hoguera. Sólo los indios, gracia a su minoría, estaban fuera del alcance del temeroso tribunal.

Ya en el último cuarto del siglo, los padres de la Compañía de Jesús, por quienes hacía tiempo se suspiraba en la colonia, llegaron a México, solicitados por un vecino rico y enviados por Felipe II, de acuerdo con San Francisco de Borja, general de la Orden. Inmediatamente tuvieron templo y casa; cacique hubo que envió tres mil indios a trabajar en ello. El admirable grupo pedagógico que así ingresaba, a última hora, en Nueva España, iba a ser pronto tan rico como los otros institutos religiosos, iba a compartir con los otros monjes su influjo sobre los indígenas y a gobernar casi exclusivamente la clase ilustrada de la Nueva España. De esto iban a fluir consecuencias que ni los mismos jesuítas podían prever.

CAPITULO III

ORGANIZACION SOCIAL

Los indios. Los criollos. Los españoles. Los mexicanos.

Los conquistadores, antes de que pudiera organizarse el gobierno del monarca español en la América recién adquirida para él, fueron los dueños de los indios. Pero para explotar ese señorío mantuvieron la situación anterior a la conquista: la masa indígena quedó distribuída como lo estaba antes bajo el dominio del emperador, de los grandes magnates y de los tlatoani o señores feudales (generalmente estos señoríos se heredaban), a quienes los españoles llamaron caciques como en las Antillas. Así Cuauhtemoc quedó convertido en vicario de Hernán Cortés. La tiranía de los caciques era inconmovible, estaba en la tradición y en hábitos profundamente arraigados; mujeres, haciendas, todo se hallaba a su disposición; disponían a su guisa de la vida y la libertad de sus súbditos; todo ello estaba atenuado antes de la conquista por las necesidades de solidaridad y respeto mutuo, que era la guerra; después, a medida que los españoles pacificaron, no quedó más que la explotación brutal de las masas aborígenes por sus señores, que, si al principio solían lanzarlas a la rebelión contra los conquistadores, generalmente partieron con éstos su despiadado despotismo; uno de los negocios más socorridos en aquellos días fue la venta de indios como esclavos para las minas, arreglada entre el cacique y el español.

Cortés quiso repartir entre sus conmilitones toda la tierra y la población del imperio, siguiendo el sistema que había visto practicar en las Antillas; el oro y la plata, objeto supremo de la codicia de los conquistadores, resultaba poco; las minas apenas comenzaban a conocerse, y sólo a fuerza de gastar en sus pozos millares de vidas humanas, podían explotarse; el indio fue la riqueza principal, y Cortés repartió a los indios. Estos repartimientos o depósitos, como el conquistador los llamaba, no convertían a los indios en siervos o esclavos de la persona a quien se encomendaban, de donde vino el nombre de encomendero; eran libres, pagaban sus tributos al cacique, que los entregaba al encomendero hasta un tanto (el máximo era de dos mil pesos anuales) tasado

de antemano, y el resto lo percibían los oficiales reales; la obligación del encomendero era vigilar por la conversión e instrucción religiosa de sus encomendados. El sistema de repartimientos era el único medio de mantener la tierra, como Cortés decía, y era cierto; los frailes nada duradero habrían realizado en las comarcas americanas si la espada no les hubiera abierto paso. Y la conquista habría abortado si los conquistadores, a quienes era imposible que señalase pensiones el monarca español, se hubieran visto obligados a emigrar hacia nuevas conquistas y nuevas aventuras y nuevos despojos, o se hubiesen quedado en la tierra en son de revuelta, explotando a los indios, sin freno, y entablándose entre éstos y los conquistadores un duelo a exterminio. Cortés tenía razón, y los repartimientos eran el único modo de conservar la tierra.

Mas a ello se oponían dos clases de intereses: el interés religioso y el político. El religioso, porque allí estaba, elocuente y terrible, el hecho en las Antillas; los repartimientos, inaugurados por Colón, habían sistematizado el exterminio, la despoblación del Archipiélago; el contacto brutal de una civilización embrionaria de la edad de piedra y de otra de la edad del acero; el abuso estupendo de las fuerzas limitadas de los indígenas habían acabado con ellos. ¿Iba a suceder lo mismo en la Nueva España? No habría sucedido, porque se trataba aquí de grandes grupos sedentarios de más sólida cultura; no era embrionaria esta civilización; la sociedad estaba perfectamente jerarquizada; los ritos solían ser atroces; las costumbres de las masas eran buenas, eran sociales, es decir, eran morales. Esa fue la causa principal de la no extinción del pueblo mexicano: si hubiesen sido nómades, como los que los colonos ingleses hallaron en las costas septentrionales del Atlántico americano, habrían desaparecido. Pero el maltrato podía acercarse mucho al mismo resultado, y los encomenderos hallaron tan dispuestos a los indígenas a la esclavitud, por su carácter pasivo, y al oficio que en España desempeñaban las bestias de carga, por su educación, que abusaron espantosamente de ellos. Para los religiosos esto era sacrílego: el jefe de la Iglesia católica había permitido la conquista a los Reyes Católicos con el objeto de convertir a los indios, y si los indios desaparecían, ¿cómo convertirlos? Eran millones de almas perdidas para la fe; el deber de la Iglesia, y en ello obligaron a colaborar a los monarcas, era salvar la raza, para salvar las almas; esto, y la gran piedad de los apóstoles, explica su conducta. El interés político era ingente también: la propiedad hereditaria de la tierra y de la población, conocida por merced o beneficio al conquistador, era un desmembramiento, una disgregación de la soberanía del monarca y del derecho político, era un feudalismo. Jamás podían consentir en esto los reyes castellanos, debeladores del semifeudalismo nobiliario y municipal en España; por eso lucharon para extinguir la encomienda, y luego la herencia de la encomienda.

Había, además de los indios repartidos y que se presumían libres (bien poco lo eran en realidad, a pesar de la buena intención de los monarcas), los naborías, sirvientes personales que se podían enajenar por el dueño; eran siervos propiamente, y los esclavos, a pesar de que al nacer América a la luz de la civi-

lización cristiana, la gran reina Isabel había prohibido la esclavitud de los indios.

Sí, los reyes prohibieron la esclavitud y prohibieron los repartimientos; con todo fueron *transigiendo*; permitieron la esclavitud de los prisioneros de guerra, de los rebeldes, de los vendidos por sus padres y por los caciques: los esclavos fueron a las minas que comenzaron a descubrirse y allí murieron por millares, con su horrible marca en la mejilla. Esta condición se atenuó por el clamor de los misioneros, clamor que oyó el mundo; por las órdenes reiteradas de los reyes; por la introducción de los negros, que hubo necesidad de aislar de los indios, a quienes maltraban más que los españoles. Luego vinieron las bestias de carga, el asno redentor, sobre todo, que el indígena trata con la propia dureza con que él fue tratado. La aclimatación de los animales útiles de Europa (el caballo, el asno, el buey, el carnero, el perro, el cerdo), y el de las plantas de cultivo como la caña de azúcar y de tantos frutos que aquí pularon (la manzana, el durazno, la naranja, introducida por el admirable cronista Bernal Díaz), cambiaron la faz de las tierras productoras; aunque sólo por ese lado se considere, el contacto con la civilización europea fue profundamente transformador, es decir, constituyó una evolución absoluta, marcó el camino definitivo a los americanos; fue el progreso, forma parcial de la evolución.

Cortés no cumplió con las órdenes del soberano, no dejó de repartirse y repartir indígenas; el soberano transigió con Cortés sobre la base de ser temporales las *encomiendas y los indígenas bien tratados*. Luego la acción incesante, las quejas de los apóstoles, la actitud de los jefes de la Iglesia en España, las declaraciones del Pontífice, el celo ardiente de Las Casas, produjeron, al establecerse los gobiernos virreinales, las famosas "Nuevas Leyes", que tornaban a suprimir las encomiendas de los funcionarios civiles y eclesiásticos, limitaban extraordinariamente las de los particulares, prohibían que se proveyeran o renovaran, suprimían casi por completo la esclavitud, etc. También tuvo que transigir el monarca; las sublevaciones del Perú habían sido una terrible lección; era imposible suprimir el régimen; había que contentarse con atenuarlo, y frailes y virreyes emplearon en ello su celo.

Nuevas disposiciones fueron haciéndose efectivas con el objeto de obligar a los indígenas, remontados o substraídos a la acción de la autoridad, a reunirse en poblaciones, en congregaciones, a hacerlos sedentarios, en suma, y civilizarlos; esto tuvo muy poco éxito y dio lugar a gravísimos abusos. Más eficaces fueron las medidas que, por consejo de las órdenes religiosas, que consideraban suya a la raza indígena, se encaminaron a aislarla de los grupos españoles, a evitar todo contacto entre ellos, aun entre los enconmendados y los encomenderos. Este fue un grave mal, de transcendencias fatales. La familia indígena sólo podía asimilarse plenamente a la nueva cultura transformándose, es decir, mezclándose con la sangre de los introductores del espíritu nuevo; y esto encontró trabas infrangibles en el sistema de aislamiento.

Pronto, al ardor de los primeros apóstoles sucedió la monótona rutina de explotación, del fraile de la segunda y tercera generación, posteriores a la de la conquista, ya en paz y buena armonía con los que, de hecho, conservaban

el señorío de la población rural, ya que no el tributo y la encomienda. Las supersticiones habían cambiado de rumbo, mas no de esencia en el grupo indígena, y extraían toda la savia de su espíritu; en vano algunas individualidades, algunos grupos llegaban, en los colegios y universidades fundadas por los españoles, a la cultura superior de su tiempo; éstos se confundieron con los vencedores y sus descendientes. Pero la gran masa fue vasalla mental de la superstición y del vicio; del vicio de la embriaguez, que se cebó después en la familia vencida mucho más que antes de la conquista y que, si por circunstancias especiales de ocupación y de medio, ha mantenido cierto vigor animal en un grupo humano destinado al crecimiento moral por sus facultades de carácter, en cambio, lo ha atrofiado en un raquitismo espiritual, aún no incurable por fortuna.

El contacto con los conquistadores, la dureza de los encomenderos, y luego terribles epidemias que parecían destinadas a ellos especialmente, redujeron de algunos millones, durante el siglo XVI, la población indígena sometida.

Los criollos, es decir, los españoles de América, formaron rápidamente la cepa de un grupo que había de constituir un elemento especial en la formación de la sociedad nueva; de él nació el grupo mexicano; pero él fue, al principio, levantisco, amigo de novedades, inquieto, expoliador implacable del indígena, y después que llegó hasta la conspiración y el deseo torpemente expresado de emanciparse de los monarcas españoles, que desconocían su derecho sobre los pueblos aquistados por sus padres (conjuración llamada "de los hijos de Cortés"), fue poco a poco cayendo en la ociosidad, en los vicios (juego y lujo) y en la conformidad inactiva con todo. Sin embargo, nunca el criollo perdió esta convicción: el español, dueño de los países americanos por derecho de conquista (era entonces considerado como superior a los otros), es el criollo. Pero el criollo, como sus padres los conquistadores y primeros pobladores, es fiel a su rey, por eso le obedece, y al representante de su rey, el virrey, por eso lo respeta y lo adula. Pero es un aristócrata, un noble, tiene abuelos, un árbol genealógico, y desprecia al español recién llegado, que, o es un usurpador de los empleos que al criollo debían tocar por derecho y porque así lo dispusieron en el comienzo los reyes, o es un inferior, porque ni tiene la educación (buenos modales, amabilidad dulce del sometido, melosidad en el trato social con que la lengua y la pasibilidad eterna del indígena lo ha contaminado, influencia por ventura del clima, en extremo suave, tibio, acariciador), ni tiene la instrucción que el criollo, cuando es abogado o clérigo, llega a adquirir en los colegios, casi nunca visitados por el mercader, el minero, el labrador que de España viene.

Este, al cabo, asciende a criollo en sus descendientes, y suele ennoblecerse comprando títulos al famélico tesoro español, y entra con los mismos rencores secretos, los mismos vicios y la misma cualidad de apego a la tierra, considerada tan España como la vieja España, que sus congéneres. El español que

viene al empleo, y pasa, ése no echa raíces más que de desprecio y honda hostilidad. Frecuentemente procura enriquecerse y lo logra. El otro español es *eclesiástico*; ése suele ser hombre de gran virtud, de gran ciencia teológica; ése es el amigo del criollo; ése lo levanta en la consideración social, en la amistad de la Iglesia, que él recibe dones innumerables: en el colegio, en la universidad, en las obras de caridad a que le invita siempre, en los donativos al rey a que le impulsa con frecuencia.

Uno de los primeros virreyes ordenó que se recogieran los hijos de españoles y de indígenas para darles la educación que debían tener: se trataba de infortunados. Esta fue la primera tentativa de agrupación de los mestizos, de la familia nueva, de la nacida de las dos razas, de los mexicanos. El marqués de Mancera (25º virrey) los describe ya como una parte importante de la población y los elogia, en el siglo siguiente al de la conquista. Esto prueba que crecieron lentamente, por el aislamiento sistemático de las dos razas: era la nacionalidad mexicana, que había de convertirse en nación, aglutinándose al núcleo mestizo, como decían los virreyes; mexicano, como nosotros repetimos.

CAPITULO IV

ORGANIZACION POLITICA

El gobierno de Cortés y sus tenientes. La primera Audiencia. La segunda Audiencia

La Nueva España nació independiente: Cortés ejercía una especie de gobierno absoluto, limitado por su posición misma y por su interesado deseo de entrar en contacto normal y definitivo con la metrópoli; cuando este contacto se estableció y el rey sancionó su obra y legalizó sus títulos, siguió atribuyéndose el poder que creyó conveniente; era, en realidad, árbitro de la tierra; las primeras disposiciones legislativas, digámosolo así, que de Castilla le llegaron (las relativas a los repartimientos) fueron para él letra muerta, no las obedeció. Por desgracia, su espíritu aventurero se atravesaba a descomponer todos sus planes políticos; tenía notables facultades de hombre de gobierno, pero no podía dejar de ser un conquistador. Por eso apenas aquistado, que no pacificado, el imperio guerrero de los aztecas; apenas trazado y deficientemente organizado el núcleo (Tenochtitlán) de donde debía irradiar su programa de pacificación y administración (sobre lo cual tenía Cortés ideas muy prácticas, como sus cartas lo demuestran), puso en ejecución su marcha a las orillas del mar Caribe, en busca de nuevos imperios de fabulosa riqueza.

Dejó en México a sus tenientes: dos de los cuatro oficiales reales que la Corte había mandado y un licenciado amigo suyo (los licenciados eran oráculos jurídicos) debían componer el triunvirato gobernador, que había de marchar en plena armonía como un Rodrigo de Paz, representante de los intereses de Cortés. A la noticia de los primeros disturbios, Cortés envió, con plenos poderes para determinado caso, a los otros dos oficiales que con él iban. Estos hombres de puño y de codicia brutal se propusieron hacerse dueños del campo: eran el recaudador de los tributos (el factor Salazar) y el inspector de ellos (el veedor Chirinos); los que habían quedado en México eran el tesorero Estrada, bastardo de don Fernando el Católico, según decía, y el contador Albornoz.

Desde la llegada de Salazar y su compañero se abrió en la ciudad, apenas formada, apenas desembarazada de escombros, apenas organizados sus barrios indios (con pequeñas iglesias y caserones en edificación todavía, donde se albergaban el Ayuntamiento, los frailes de la custodia de fray Martín de Valencia, y en el mejor dispuesto, los criados de Cortés), una era de disturbios que por poco da al traste con la obra de consolidación de la conquista.

Para luchar unos contra otros y para hacer del Ayuntamiento un instrumento de sus ambiciones desapoderadas, se valían de la autoridad de Cortés, en la que unos y otros fundaban sus sinrazones y desmanes; pero éste desapareció en las Hibueras, se hizo correr la noticia de su muerte, se celebraron sus solemnes exequias, se permitió a las mujeres de los soldados que con Cortés habían ido, tornar a casarse; y como el apoderado de Cortés, Rodrigo de Paz, rehusaba dejar al Salazar y al Chirinos, que con exclusión de todos ejercían una dictadura desatentada, incautarse de los bienes del conquistador, objeto de ardentísima codicia, porque se creían fabulosos, lo atacan en la casa misma de don Hernando, entrada a saco por los asaltantes, y lo reducen a prisión; como a Cuauhtemoc Cortés, así al dependiente de Cortés le aplican los españoles el tormento para que revelase el secreto en que guardaba el conquistador sus tesoros, y luego lo hicieron subir, sangrientamente mutilado, al cadalso.

Muerto Paz, comenzaron el factor y su cómplice a repartir los indios repartidos de antemano por Cortés; el despojo y la arbitrariedad eran su única regla de conducta, y se necesitó toda la energía del angélico custodio franciscano, y de sus frailes, para que no concluyese todo en una espantosa exterminación de indios o en la sublevación general de los conquistados. Cuando comenzó a conocerse la verdad y hubo noticia de Cortés, y llegó al fin un enviado suyo, sus amigos, bajo el amparo del convento franciscano, se concertaron, insurgieron a la población, derrocando a los tiranos y los pusieron en unas jaulas en la plaza principal. Los oficiales reales, desposeídos por Salazar, recobraron su autoridad, y siguieron las conspiraciones, las ejecuciones y las violencias hasta que Cortés volvió, en medio de un triunfo inmenso y saludado como un ángel de salvación.

Asombrada la Corte al conocer lo que en la flamante colonia pasaba, llamó a Cortés a España y encargó el gobierno de la Nueva España a un tribunal análogo al que con tan buen suceso gobernaba la isla Española bajo la regencia del obispo Fuenleal; era lo indicado: se trataba de dirimir tantos conflictos como de la repartición de indios y la distribución de encomiendas habían surgido, de definir tantos derechos y de hacer justicia, con tanta energía, a los conquistados, quienes los reyes se empeñaban en considerar como vasallos y no como siervos, que sólo un grupo de jueces íntegros, revestidos del pleno imperio sobre la fuerza pública, podía llevar a cabo el programa

Por desgracia su realización, encomendada a hombres de violencia y de

rapacidad desmedidas, presididos por el feroz Nuño de Guzmán, y aconsejados por los famosos Salazar y Chirinos, se convirtió en una serie de vejaciones y atropellos sin nombre. Como antes Martín de Valencia, hoy el obispo Zumárraga, ya lo dijimos, se interpuso entre los déspotas y las víctimas, y no suavemente y con mansedumbre, sino acudiendo con vehementísimo celo a las armas de la Iglesia, a la excomunión y al entredicho y hasta a los levantamientos populares. Era que ya rebosaba la copa de iniquidad. Por fortuna, volvió Cortés colmado de honores de España y resuelto a poner, y así lo hizo el nuevo marqués (del Valle de Oaxaca), todo su enorme ascendiente al servicio del segundo tribunal enviado de España, bajo la presidencia del insigne Fuenleal. El gobierno de la segunda Audiencia calmó el celo de los frailes, refrenó el uso excesivo que de sus derechos pretendía hacer Cortés y reparó los daños causados en los ominosos años que acababan de transcurrir en la oprimida familia indígena, hacia la cual se inclinaron, rodeadas del nimbo de los santos, las cabezas venerandas de los Fuenleal, los Quiroga y los Zumárraga.

En el año de 1535 llegó el primer virrey. El Consejo de Indias, definitivamente organizado ya, había comprendido que, para apoyar la justicia de la Audiencia y sobreponerse a los derechos que creían tener los que habían ganado la tierra, y las reivindicaciones de la Iglesia, que se había atribuido la personería absoluta de la familia conquistada, se necesitaba la presencia en la colonia del monarca mismo, encarnado en un vicario, en un virrey; por eso vino a la Nueva España el cuerdo y excelente don Antonio de Mendoza, de ilustre prosapia, pero más interesante que por su prosapia, por cierto trágico reflejo que sobre él proyectaba su hermana, la heroica viuda del vencido de Villalar, don Juan de Padilla.

Nos hemos extendido hasta desequilibrar un tanto las proporciones obligadas de nuestro trabajo, con el propósito de caracterizar los elementos que iban a entrar en la composición del organismo nuevo, a cual más interesante; dudamos haber acertado a precisar nuestro análisis sin dejar de mostrar esos componentes viviendo en la historia. Antes de seguir adelante vamos a resumir, en breves rasgos, nuestra impresión, así como quien recoge la vista para apreciar mejor el conjunto de un cuadro un poco diseminado e inarmónico.

El centro es el grupo conquistador: lo formaban hombres de un vigor de carácter insuperable; imprimieron su sello en la obra y ese sello fue perdurable; eran conquistadores: quisieron señorear un vasto imperio, dominar un grupo numeroso de pueblos, reemplazar una cultura, por muchos capítulos inferior, con una cultura superior: forzaron, pues, el lento camino que seguía la evolución indígena, produjeron una revolución. Pero de esta revolución fluyó un señorío, no una colonia. Los conquistadores: no habían nacido para eso, no habían batallado con ese fin; eran guerreros, no explotadores directos: la explotación se organizó por medio de la raza conquistada, fue la explotación de los vencidos, a quienes se disputaron, con fines disímbolos en apariencia, el grupo de pacificadores, redentores del indio, y el de los

conquistadores. La transacción se verificó sobre la servidumbre más o menos legal, lentamente benévola, del indio; sobre su sumisión a la tutela de la Iglesia, vigilada por la autoridad civil; sobre su conformidad con un estado de menor edad que disminuía las cargas, pero que le impedía salir del *statu quo:* la familia indígena fue lo primero que amortizó la Iglesia en América; fue un bien inmediato; fue, por solo el hecho de durar, un mal reagravado de generación en generación.

La población conquistadora se aglomera en México, en donde la refacciona incesantemente la burocracia administrativa; y, por grupos cortos, se disemina a lo largo de las costas meridionales del Golfo, en busca de comarcas situadas entre el oro soñado y el mar, es decir, entre el comercio y las minas, los dos aspectos supremos de sus ensueños de explotación de la tierra. Las minas no existían por allí; una riqueza agrícola, que eran impotentes para dominar, pero cuyos gérmenes (plantas y animales exóticos) arrojaron negligentemente sobre la tierra, era lo que allí los retenía en raquíticos grupos; pero la gran vía comercial del centro al Golfo, de México a Veracruz, sí se poblaba con cierta rapidez y, en el interior del país, los centros mineros sobre todo. Estas poblaciones de amos fueron creciendo como criollos y mestizos; en torno de esos focos de explotación, como en los núcleos celulares del protoplasma orgánico, iba informándose un mundo nuevo, regulaba su acción la espada, pronto enmohecida, pero siempre temida del conquistador; dominaba su vida moral la cruz de esa espada.

CAPITULO V

EL CRECIMIENTO SOCIAL (SIGLOS XVI Y XVII)

Despotismo paternal de la Casa de Austria; los organizadores: Mendoza, los Velasco. Progresos de la conquista y pacificación; transacciones y soluciones; ensayos políticos; audiencias y visitadores. La obra de conciliación en el siglo XVII, crecimiento territorial; fundaciones. El marqués de Mancera; Fray Payo Enríquez. La Iglesia y el Estado; conflictos. Crecimiento social: la riqueza pública; la educación. Paso a un Estado superior

El virrey era el rey; su misión era mantener la tierra, es decir, conservar a todo trance el dominio del soberano: la Nueva España. Conservarla pacificándola; de aquí el enlace íntimo con la Iglesia; la Iglesia, en virtud de los privilegios concedidos por los pontífices al monarca español en América, puede decirse que dependía de él: esto se llamaba el Regio Patronato; pero la importancia que en la América española había adquirido, "porque convirtiéndolo, consolidaba la obra de la Conquista", hacía de ella la suprema colaboradora en el gobierno. El virrey conservaba, manteniendo la autoridad, toda la autoridad del rey; de aquí la lucha contra los que querían mermar la potestad del rey sobre los vasallos, haciéndolos sus esclavos o sus tributarios: el rey necesitaba en América hombres libres que le tributaran a él directamente; la Casa de Austria apuró su período histórico en España sin llegar al cabo de este empeño. La verdad es que, considerado todo el reino nuevo como la encomienda del rey, administrada por el virrey, el monarca debía conformarse al tipo del buen encomendero, el creado legalmente por el Consejo de Indias: un padre que vigilara por la conversión de los indios, que no les exigiera trabajos sin remuneración, que respetara su libertad y los auxiliara en sus desgracias. Así entendieron su misión la mayor parte de los virreyes de los siglos XVI y XVII; todos tuvieron buenas intenciones, muchos las realizaron, algunos fueron políticos superiores, que comprendieron admirablemente las necesidades de la sociedad que iban a regir y hallaron los medios apropiados a satisfacerlas.

El primer virrey, los dos Velasco y don Martín Enríquez fueron agentes de primer orden en la inmensa labor de organizar definitivamente una sociedad que ya lo estaba de antemano, siglos hacía, por su historia, que los encomenderos o conquistadores trataron de desorganizar para feudalizarla en su provecho y que la Iglesia se empeñaba en reorganizar, no como una sociedad civil, sino como una teocracia.

Improba tarea la del virrey; muchos no pudieron con ella y se ocuparon en aparejar el cumplimiento de su deber con su medro personal. Otros no; otros tuvieron desde luego, un gran prestigio propio; acabamos de citar sus nombres: esto les venía de su gran probidad, de su conducta severa para con los españoles, basada en la corrección de su vida privada, en su paternidad con la raza conquistada, en su dignidad frente a la Iglesia; en suma, eran hombres de carácter, que es casi el genio en los repúblicos, y, como políticos verdaderos, procedieron por medio de transacciones y actos de autoridad para imponerlas.

Mendoza vino investido hasta de autoridad eclesiástica, pues podía castigar a los clérigos malos; como apenas salía la Nueva España del período épico de la conquista, como los grandes conquistadores vivían aún, como todos ellos proyectaban sin cesar nuevas empresas, y como el virrey creía necesario ensanchar los dominios de los reyes, buena parte de su labor se empleó en suplantar a los aventureros gigantescos, como Cortés y Alvarado, y poner en su lugar la acción normal y directa de la autoridad regia que él representaba. Consumar la obra de la conquista, retirar los límites de la colonia hasta donde fuese posible someter el mar del Sur (el Pacífico) a la dirección de los virreyes, fijar de una vez la suerte de las clases sociales en Nueva España, fundar ciudades, fomentar núcleos religiosos de futuras provincias, tal fue el programa del virrey; quedó en herencia a sus sucesores.

Sus conquistas, las de occidente, que personalmente dirigió, se debieron más que a sus armas, al estado mayor de frailes que le acompañaban; sus exploraciones hacia el norte en busca de los imperios quiméricos trajeron, andando los tiempos, los establecimientos raquíticos de más allá del Bravo; en el Pacífico, la toma de posesión definitiva de las Filipinas fue obra suya. En el interior se había adelantado, en parte gracias a las Nuevas Leyes, que algo aliviaron la suerte material de los indios, dejando libre y expedita la acción del visitador que venía a imponer el código nuevo de libertad, aunque procurando moderación suma en su aplicación. En resumen, la colonia salió casi organizada de manos del primer virrey. Los dos Velasco, el virrey Enríquez, marchando de acuerdo con la Iglesia, continuaron la obra; la cuestión de la supresión de las encomiendas se modificó; en realidad, no llegó a resolverse nunca con una medida general; pero reyes, virreyes y frailes lograron introducir mayor bondad y justicia entre encomenderos y tributarios; fue el tiempo, sin embargo, el que transformó el régimen de encomiendas, a pesar de que solía ser renovado, y, de fragmento del poder político, lo convirtió en propiedad pura de la tierra, a la que de hecho estaba el indio ligado (lo está todavía en muchas partes) como el siervo a la gleba. Pero la esclavitud en

las minas, sobre todo, necesitaba ser destruída con urgencia; Mendoza lo intentó, lo realizó Velasco: "Más importa, decía, la libertad de los indios que todas las minas del mundo, y no es tal la naturaleza de las rentas reales que por ellas deban atropellarse las leyes divinas y humanas". Estas palabras son dignas de ser grabadas en tablas de bronce en el pedestal de su estatua. La fundación de hospitales, el establecimiento de una universidad con anhelos de ser el *alma mater* de la sociedad criolla, y que daba a la Nueva España el rango de potencia intelectual, la consagración ilimitada a mejorar la condición de los indios, la sumisión y pacificación de las regiones centrales de la altiplanicie, labor cuyas etapas marcaban núcleos de futuras ciudades, tal fue la obra del segundo virrey. Otros la continuarán; en el tránsito del siglo XVI al XVII, el segundo Velasco llena la historia del imperio hispanoamericano.

La ciudad de México, centro de la inmensa labor organizadora de los virreyes, extraía a España buena parte de su escasa población masculina, que las guerras europeas de los monarcas austríacos, mermban a su vez incesantemente Pero de ese puerto partía todo; tomaba la ciudad cuerpo en grandiosos edificios, religiosos sobre todo, a cuya sombra se alineaba regularmente la ciudad, casi matemáticamente relacionada con los cuatro puntos cardinales; de cuando en cuando el lago de Texcoco, que era el vaso colector de toda la región lacustre del Valle, recobraba su primitiva extensión en las tierras que Tenochtitlán y México habían conquistado sobre él, y la capital, a pesar de sus diques-calzadas y sus canales, se veía a punto de desaparecer en un siniestro: Velasco y casi todos los virreyes de los dos primeros siglos, trataron de salvar del naufragio a la ciudad hija de Cortés, trasladándola a niveles superiores o librándola, por medio de una derivación artificial y parcial de las aguas del Valle, de morir ahogada por el fango; entonces ése era el negocio municipal, en eso ponía el virrey todo su cuidado, y de aquí nació la traza y ejecución lentísima y sembrada de tanto oro y tan dramáticas peripecias del desagüe de Huehuetoca.

Pasado el peligro, tornaban los virreyes a la lucha con las hordas nómades de la Mesa central, que el segundo Velasco pacificó definitivamente; a la lucha con las privilegiadas comunidades religiosas, que salían al paso de todas las jurisdicciones laicas, como amos y padres en Cristo de la familia indígena; a la lucha con los dueños de repartimientos, que la incierta política de los monarcas no permitía reducir a un sistema definitivo de obligaciones y derechos.

Y ésta era la parte más grave de la misión de los virreyes, la que se refería a las relaciones entre conquistadores y conquistados; el ideal, digámoslo así, era éste: que no hubiera esclavos indios, sino esclavos negros, que se libertase a los indios del trabajo en las minas, que se mantuviese a todo trance la libertad de los indios tributarios en los repartimientos; que se les pagaran buenos jornales, que no se les emplease jamás, ni aun consintiendo ellos, como bestias de carga. Además, y en esto insistieron con sobra de razón, pero con desastroso suceso, los monarcas y algunos de los virreyes del siglo que siguió a la conquista, se quería reducir a los indios por la fuerza a formar

congregaciones, a habitar en poblaciones en que pudieran ser convertidos, vigilados y civilizados, y en donde fuera fácil cobrarles el tributo; pero era imposible, volvían a sus montañas, a sus tierras, a su salvaje libertad o morían de tristeza y alguna vez acudían al suicidio. Lástima inmensa que esta tentativa no tuviera éxito feliz; las poblaciones que así se fundaron, desaparecieron; algunas, como Irapuato y Silao, probablemente, fueron repobladas por españoles.

A más de esto, los tributos exigidos por el rey crecieron; el rey necesitaba, para mantener su posición en Europa, posición que era otra colosal aventura, dinero y dinero. Una parte lo daban las minas, otra debían darlo los indios; y ni así llegaba a España sino por intermitencias irregulares, porque mandar plata a España era también otra aventura terrible: los corsarios y los vientos hacían de cada viaje una tragedia.

Luego había que tener cuidado con las exigencias crecientes de los hijos de los conquistadores, que solían ser mestizos, y que se creían con derecho a todos los empleos coloniales, y sobre todo a los que se relacionaban con los indios, corregidores, alcaldes, etc. Las justas observaciones de los virreyes determinaron a los monarcas a ordenar que para la provisión de los empleos se atendiera a la aptitud para el servicio, de preferencia a todo. Con esto ganaba, sin duda, la justicia social; mas el descendiente del conquistador, criollo o mestizo, creyó siempre que se le despojaba de un derecho y no lo perdonó jamás.

Los monarcas daban gran importancia a las Audiencias, aun después de creado el virreinato. Solían reemplazar a los virreyes, y generalmente su gobierno era desacertado; así cuando, por la muerte del primer Velasco, la Audiencia de México se encargó del gobierno y tuvo noticia de que el descontento de los hijos de los conquistadores tomaba una forma hostil a la autoridad del monarca en la Nueva España, y que esa hostilidad tenía por centro al propio hijo de Hernán Cortés, al marqués don Martín, que era el jefe natural de la aristocracia criolla, el tribunal gobernador hizo crecer tanto lo que probablemente era un cúmulo de ligerezas juveniles, y se dio tales trazas para convertirlo en una formidable conjuración de independencia, que el destierro, la muerte en el cadalso, las prisiones, el tormento, parecieron poca cosa para amedrentar a la sociedad y mantener la sumisión de la tierra. Pero por lo común, la Audiencia favorecía a los encomenderos contra los virreyes, por su origen y por su interés, porque no pocos señores magistrados de aquella corte de justicia fueron convencidos de prevaricato; y como Felipe II obligó al virrey a consultar siempre con la Audiencia, ésta tomó mayores bríos y pudo poner la mano en la gobernación y en la administración de los nuevos dominios. En la Nueva Galicia, que por su población y sus minas era rica y casi se bastaba a sí misma, había una Audiencia también, y con tales humos de independencia y soberanía que, alguna vez, se puso frente a frente de un virrey, sin miedo a promover una guerra civil en defensa de sus fueros.

Pero la institución que, modesta como fue en su origen, tomó, en ciertos casos, una importancia verdaderamente extraordinaria, era la de los visitadores; eran dictadores, en toda la fuerza de la palabra, y doblaban ante ellos las haces lo mismo las Audiencias que los virreyes. Podían destruir y penar, del virrey y los oidores abajo, a cuantos empleados quisiesen y, jueces inapelables, les era permitido imponer la pena de muerte a cuantos creyesen culpables de faltar a su deber. Visitador hubo, como Muñoz, que, con estas facultades, ensangrentó con el tormento y con el patíbulo a la capital de la Nueva España, y queriendo dar a su amo don Felipe II, entre los neo-españoles, el mismo siniestro prestigio que el duque de Alba le daba en aquellos mismos días en los Países Bajos, estableció un régimen de terror, con el objeto de apagar hasta la más lejana vislumbre de la idea de libertad que se había querido ver relampaguear en la conjura de los íntimos de la familia de Cortés. Hubo necesidad de arrancar al tirano de encima de su presa, con una orden fulminante del rey. Y conviene reflexionar que, si la obra de Muñoz era espantosa, no habría sido buena y sí de funestas trascendencias una emancipación de la Nueva España hecha por los encomenderos; habría parado, caso de haberse realizado, en un desastre: o la esclavitud inmediata y la destrucción de los indígenas o la vuelta de la dominación de éstos; ambas cosas habrían ahogado en germen de nacionalidad mexicana.

Por supuesto, no todos los visitadores fueron malos; hubo algunos, como Moya de Contreras, cuya severidad fue provechosa. Este sacerdote reunió en la Nueva España todos los poderes en la penúltima década del siglo XVI; era inquisidor general (él estableció, ya lo dijimos, el Santo Tribunal en México), es decir, puso el rey en sus manos el instrumento favorito de su política, el que le aseguraba el gobierno de las almas; en seguida fue arzobispo, después visitador, y a la muerte del conde de la Coruña, virrey y capitán general. Duro con los abusos, severo con los magistrados que prevaricaban, terrible con los oficiales reales (hizo ahorcar algunos), fue dulce y bueno con los indígenas. Su espíritu animó al tercer Concilio mexicano, que puso todas las amenazas de la muerte eterna, prestigiosas infinitamente entonces, entre los indios y sus tenaces explotadores.

Los elementos puestos en obra por la dominación española para subalternarse o asimilarse definitivamente los grupos cultos de América, llegan, en el siglo XVII, a su mayor grado de energía; pero como en esa misma época España cesa de ser una potencia de primer orden por el derroche insensato de su riqueza y de su sangre; como cesa de ser una gran potencia marítima sin dejar de ser una gran potencia colonial (contrasentido que había de producir la destrucción de su imperio americano); como nunca pudo ser, por la escasez de su población rural, una verdadera colonizadora, resulta una paralización en el desarrollo de la Nueva España; todo se consolida, pero todo al consolidarse, queda, digásmolo así, amortizado en la rutina y en el *statu quo:* el siglo XVI es un siglo de creación; el siglo XVII es de conservación; el siguiente es de descomposición; bajo estos fenómenos aparentes continúa su marcha lenta el crecimiento social.

Todos los límites coloniales eran aún inciertos en los comienzos del siglo XVII; entre los mares que ciñen el territorio y las provincias ya organizadas había aún grupos apenas sometidos y que los virreyes y las audiencias se empeñaron, con éxito apenas mediano, en reducir a la civilización. Por el norte los virreyes, a veces en virtud de disposiciones terminantes de la corona, luchaban por ensanchar los dominios neoespañoles, ya empujando fuera de los paralelos tropicales a las numerosas hordas chichimecas, que acabaron por refugiarse en las sierras que forman los dos brazos divergentes entre los que desciende paulatinamente la altiplanicie mexicana, ya acotando el territorio conquistado con un sistema de fuertes o presidios, algunos de los que llegaron a ser, con el tiempo, poblaciones importantes. La sumisión y la pacificación de las tribus nunca llegó a ser completa, y a cada momento el conflicto resurgía; los misoneros sobre todo los jesuítas, fueron los apóstoles y los mártires de esta gigantesca tentativa de cerrar el norte de la Nueva España con una zona inmensa que fuese de la California a la Florida; muchas veces ellos pacificaron, sin auxilio de las armas; otras fueron causa de sublevaciones por sus exigencias para obligar a los indios a contentarse con una sola mujer o por su guerra sin cuartel a los brujos y hechiceros, perennes promotores de las supersticiones idolátricas entre los indígenas; estas sublevaciones, que no sólo se verificaron en el norte y en el occidente, sino también al sur de Oaxaca y de Yucatán, fueron siempre sangrientas y siempre vencidas, pero nunca por completo. Nuevas provincias como California, Nuevo México o Texas, el Nayarit, se comenzaron a organizar en las regiones sometidas. Otras provincias (como la efímera de Guadalcázar, que debió su nombre a un virrey) se establecieron en el centro, y numerosas ciudades por dondequiera. Una de ellas, Córdoba, debió su fundación a la necesidad de tener en respeto a las agrupaciones negras, ya numerosas en las tierras-calientes y que solían alzarse en armas para sacudir la esclavitud. Sublevación o conato de sublevación hubo que dio motivo a verdaderas hecatombes, que presenciaba horrorizado el pueblo de la capital del nuevo reino. Esta cintura de territorio medio sometidos, ocupados, abandonados y reocupados con frecuencia, mantenía la seguridad de la dominación española en el área inmensa entre ellos comprendida, y fue, en suma, una obra de consolidación. Los nombres o los títulos de varios de los virreyes del siglo XVII están conservados en poblaciones de la actual República Mexicana: Guadalcázar, Córdoba, Cadereita, Salvatierra, Cerralvo, Monclova, etc.

En la segunda mitad del siglo gobernaron dos virreyes notables en la Nueva España: el marqués de Mancera y el arzobispo Enríquez de Rivera. La colonia corría graves riesgos, al encargarse del gobierno el marqués; los abusos parecían indesarraigables, el prestigio de la autoridad menguaba, el sordo desdén de los criollos hacia los españoles de ultramar crecía, los peligros exteriores (piratas y corsarios) paralizaban el comercio y la comunicación con la metrópoli; la Corte exigía sin cesar auxilios pecuniarios, empleados en guerras insostenibles y en derroches insensatos; fue la época en que, casi disuelto el poder militar de España por la naciente hegemonía

europea de la Francia de Luis XIV, y disuelto su poder marítimo, entró a reinar un niño, flaco de alma y de cuerpo, símbolo de la decadencia incurable de la Casa de Austria, y como tutora de ese niño doña Mariana de Austria, gobernada primero por el astuto jesuíta Nithard, luego por el saleroso andaluz Valenzuela, que murió proscrito en México, y atropellada de continuo en sus derechos y sus favores por el ambicioso y brutal bastardo de Felipe IV, don Juan de Austria. En realidad, España parecía agonizar también.

Mancera, que comenzó su gobierno en las postrimerías de Felipe IV, acudió a todo con la diligente inteligencia de que sólo es capaz un hombre superior: fue en auxilio pecuniario de la Florida, abasteció a Cuba de víveres periódicamente, promovió nuevas exploraciones en California, atendió al buen gobierno de las Filipinas, organizó una flota capaz de ayudar en su arribo y su salida a las escuadras españolas, y dio auxilios militares a los que luchaban en las Antillas con los piratas; reunió donativos cuantiosos para enviar a la Corte (él fue el primer donante) y, con el mismo objeto, allegó grandes recursos. Esto sólo podía hacerse aumentando los tributos; para hacerlos menos onerosos cortó abusos, trató de volver a todo su prístino vigor las disposiciones relativas a la completa libertad de los indígenas; se opuso al ilimitado aumento de la trata de negros, odiosa fuente de recursos para España; contuvo los desmanes de los corregidores y alcaldes en las regiones mineras, desmanes que habían mermado este ramo de la riqueza; reparó y fortificó los dos puertos de entrada y salida de la corriente mercantil que pasaba por Nueva España; atendió a las obras de pública utilidad, como el desagüe parcial del Valle, que se continuaba a tajo abierto; concluyó el interior de la catedral de México, y fue protector de la Universidad, de las letras, de los autores (su esposa fue gran amiga de sor Juana Inés de la Cruz, el más notable poeta de los tiempos coloniales, como Ruiz de Alarcón fue el único gran dramaturgo). Mancera había visitado las cortes europeas como diplomático, y su gran empeño era probar al mundo civilizado que la dominación española en México no era, como se decía, un padrón de ignominia para España, que la población indígena no había disminuido en el siglo XVII que los criollos eran profundamente adictos a España (no a los españoles, a los gachupines, como empezaban a ser llamados); que la población nueva, los mestizos, eran aptos para formar un grupo social destinado a ser cada día más importante.

Fray Payo Enríquez de Rivera, emparentando con la nobleza española, fue arzobispo y virrey; continuó y perfeccionó la obra del marqués de Mancera. La obra de pacificación del norte cada vez era más difícil; las tribus indómitas de aquellas comarcas solían concertarse y atacaban los establecimientos españoles, con furia sólo comparable al heroísmo que desplegaban los vecinos (defensa de Santa Fe de Nuevo México, su abandono y fundación de Paso del Norte). Estas sublevaciones, y las de Chihuahua y Sonora, eran constantes; parecía que jamás dejaría de ser precaria la dominación española en aquellas regiones; en realidad, la labor principal de pacificación se debe

a los jesuítas, que no se arredraban ni por las distancias ni por el martirio. El arzobispo-virrey, en el inmenso territorio de la Nueva España que vivía en paz, cercado de sublevaciones y piratas, desplegó inesperada energía para corregir los abusos de los encargados de la conservación del erario, purificó la administración de la justicia, veló por los indios y gastó sus rentas en obras de piedad y beneficencia.

Hemos escogido como tipos a estos dos virreyes, no porque hicieran algo extraordinario, sino porque caracterizan bien el esfuerzo posible de la España de entonces para mantener su dominación en América, defendiéndose del exterior, conservando el orden interior y haciéndose amar por las poblaciones sometidas y la sociedad nueva. Los defectos de un estado de cosas, deleznable en su base misma, no se pudieron corregir, pero se atenuaron y modificaron con hombres como los que acabamos de subrayar en esta síntesis histórica.

Los reyes de España, capaces de prever por sí mismos, como Carlos I y Felipe II, habían comprendido la parte inmensa que debía tomar la Iglesia en la adquisición de América para su corona castellana, y se habían hecho autorizar por el Papa para dominar las tierras descubiertas, con la obligación de convertir a sus pobladores; y al llamar a las comunidades religiosas, primero, y a todos los elementos eclesiásticos, después, a colaborar en su obra gigantesca, tuvieron cuidado de reservarse expresamente el gobierno de la Iglesia americana, exceptuando, se entiende, las cuestiones dogmáticas y de disciplina superior, por medio de una serie de concesiones del pontificado a la monarquía, que constituyeron el Regio Patronato; cesión de los diezmos (antiguo impuesto canónico), en cambio de ciertas obligaciones pecuniarias del Estado para con la Iglesia; necesidad del permiso de la autoridad para erigir obispados y parroquias, para edificar iglesias, monasterios y hospitales, y para poder penetrar los frailes o los clérigos en las colonias; nombramientos de obispos que solían funcionar, como el señor Zumárraga, antes de que el Papa confirmase su elección; determinación de los límites de las diócesis; presentación para todo beneficio o empleo eclesiástico (de obispo a sacristán); facultad de reprender y castigar a los servidores de la Iglesia y de detener la acción de los tribunales eclesiásticos; necesidad del consentimiento *(placet)* del monarca para ejecutar las órdenes del Pontífice; competencia para resolver dudas y controversias eclesiásticas, tales eran los elementos de que se componía la supremacía del rey sobre la iglesia de las Indias; aquí el rey era, en realidad, un Pontífice substituto.

Mas a la sombra de estos derechos, y reconociéndolos, la Iglesia, gran coautora en la obra de dominación, había adquirido un inmenso poder propio; si el monarca la gobernaba, ella gobernaba de hecho las Indias; a pesar de las quejas de ayuntamientos, de virreyes, de obispos, algunas veces su poder espiritual había crecido a compás de su poder territorial; los conventos

se multiplicaban pasmosamente; el número de clérigos crecía sin cesar; una buena parte de la población se substraía así al principal de los deberes coloniales: el matrimonio, la multiplicación de las familias. Todas las comunidades, todas las iglesias aumentaban sin cesar sus riquezas: el secreto del ascendiente incontrastable de la Iglesia ha consistido, lo mismo antaño en la Europa católica que ogaño en la América protestante, en sumar a su poder espiritual el poder material de la riqueza.

Es verdad que eso es transigir sabiamente con las necesidades del mundo, en que no existe el reino de los cielos, sino la lucha por la vida, tan parecida a veces al reino de los infiernos; es verdad que parte de esas riquezas eran para socorrer a los pobres y para fomentar, ¡ay! la mendicidad, el vicio mortal de los pueblos crecidos a la sombra de los conventos; es verdad que otra buena parte servía como banco para las necesidades de los particulares y de los gobiernos, que con ventajosísimas condiciones de interés y plazo obtenían préstamos incesantes de las inagotables cajas de la Iglesia, y que así pudo haber beneficencia e instrucción en la colonia; mas no es menos cierto que una masa gigantesca de riqueza, estancada y aumentada indefinidamente en manos de una corporación, constituía, por ese solo hecho, un problema de doble aspecto: el político, porque si la riqueza es el poder, no hay duda que el poder lo tenía la Iglesia, y que el Estado, quisiera o no, y a pesar del patronato, le estaba subalternado, esto era indeclinable; y el económico: no existía riqueza circulante, sino escasísima, en torno de la enorme masa amortizada en manos de la Iglesia; pues sin riqueza circulante el crecimiento social es raquítico y malsano.

Este mal lo comprendieron admirablemente los hombres de esas épocas; ese problema quedó formulado con precisión al finar los tiempos coloniales; para aplazar indefinidamente su solución, la Iglesia consumó la independencia de la colonia; la lucha por resolverlo en favor del poder civil es la clave de nuestro desenvolvimiento histórico en el siglo actual; la República no pudo entrar en el camino del progreso y del pleno contacto con la civilización sino cuando, en el tercer cuarto de esta centuria, lo hubo definitivamente resuelto.

Sometida como estaba la Iglesia al dominio del rey, que la había dejado crecer y que no pudo hacer otra cosa, con las inmunidades y privilegios que del rey había recibido hizo un arma para defenderse y consolidar sus fueros, y se atrevió a ponerse frente a frente de la autoridad virreinal.

Así sucedió con el primer virrey que gobernó la Nueva España en tiempo de Felipe IV, el conde de Priego: un sacerdote procesado por la autoridad común alegó la violación de las inmunidades eclesiásticas en su persona; intervino el arzobispo, resistió el virrey y le secundó la Audiencia; el prelado excomulgó a las autoridades, puso en entredicho la ciudad y se retiró con el clero; el virrey ordenó su aprehensión; tumulto popular, destrucción de una parte del palacio, fuga del virrey, vuelta triunfal del arzobispo a México. El virrey no volvió a España a pesar de que se le dio la razón: valía moralmente muy poco; el arzobispo fue depuesto y los fautores del tumulto

duramente castigados; mas una serie de observaciones pudo hacer el inquisidor enviado por el rey para averiguarlo todo: que el clero era omnipotente; que la adhesión a España estribaba en la adhesión a la Iglesia; que las masas populares aborrecían la dominación española; que sólo la aceptaban en la forma de gobierno supremo de la Iglesia. Que la Iglesia era, pues, el *instrumentum regni.* ¿Podía cambiar de polos esta situación?

Si frecuentes eran los conflictos entre las autoridades civiles y eclesiásticas, y no pocas veces degeneraron en serias perturbaciones del orden, en cambio cada vez que, con motivo de alguna calamidad pública, el pueblo se atumultuaba, el clero formaba el ejército moral del gobierno, casi siempre desprevenido y sin fuerza material que oponer a una revuelta. Así sucedió en México en los tiempos del conde de Galve, en que la insuficiencia de las cosechas, la miseria y el hambre, produjeron un tumulto espantoso en que los indígenas, al grito de "viva el rey y muera el mal gobierno" (el mismo que fue, a un siglo de distancia, el de los indígenas sublevados por Hidalgo), incendiaron el palacio y las casas del cabildo, y habrían acabado por destruir buena parte de la ciudad, si los clérigos y los frailes no hubieran intervenido y calmado a la multitud.

Pero la Iglesia misma estaba minada, y no por ciertos por herejías ni judaísmos, de que las prisiones de la Inquisición y los quemaderos daban buena cuenta, sino por la eterna controversia entre el clero secular y las órdenes religiosas, que se inició, como dijimos, en tiempo del segundo arzobispo de México y que llegó a su período agudo cuando la Compañía de Jesús hubo logrado su mayor poder. La población, y algunas veces las Audiencias, apoyaban a los frailes; mas la Corte ordenaba sin cesar a los virreyes que no permitiesen frailes sin licencia en la colonia, que se redujese al orden a los que relajaban sus reglas (caso ya muy común) y hasta que se demoliesen las iglesias y conventos edificados sin permiso; muy poco consiguieron los obispos, casi nada los virreyes.

A mediados del siglo XVII ocupaba la silla episcopal de Puebla don Juan de Palafox, muy conocido en la Corte por su romancesco origen, por su juventud galante, por sus aptitudes políticas; en el mundo universitario por sus grandes dotes intelectuales, y en la Iglesia por su virtud, su energía de carácter y su navarra tenacidad. Vino a México como obispo de Puebla, juez de residencia de algunos virreyes y visitador general. Al estallar la guerra de independencia de Portugal, como el virrey duque de Escalona, que por su fausto extraordinario, el favor que dispensaba a prevaricadores y agiotistas y su codicia eran el escándalo de la Nueva España, fuese sospechado de simpatías hacia Portugal, la corte de Madrid, haciendo del visitador Palafox un arzobispo de México y virrey al mismo tiempo, puso en sus manos los medios de destituir al virrey y de realizar o intentar graves reformas en la corrompida administración. Cuando hubo dejado sus dos encargos temporales, volvió a Puebla, en donde, dedicado a recoger todas las facultades y derechos mermados de su iglesia, tropezó con los privilegios extensísimos de la Compañía de Jesús y entabló con ella una lucha tenaz, que estuvo a

punto de ser trágica. Hubo prédicas de los jesuítas contra el obispo, exigencias, decretos de suspensión y excomuniones episcopales, nombramiento ilegal de jueces para dirimir la contienda, sentencia de estos jueces, apoyados por el virrey (el conde de Salvatierra), contra el obispo, ceremonias de entredicho celebradas en la catedral (erigida por Palafox con pasmosa rapidez), tumultos, fuga del obispo y decisión final de la Corte en favor del prelado, que ocupó una silla episcopal en España, dejando huellas imperecederas de su talento y entereza y de su amor a la instrucción en la Nueva España. Los jesuítas, a pesar de todo, siguieron creciendo.

El régimen señorial implantado en la Nueva España daba ya todos sus frutos al morir el siglo XVII. La población indígena no continuaba decreciendo; la mexicana aumentaba visiblemente; la criolla (de que formaban parte algunas familias mestizas descendientes de los conquistadores y de la nobleza indígena) andaba con más lentitud el mismo camino; a su cabeza había una nobleza colonial, de que apenas quedan reliquias en la sociedad actual, pues los antiguos títulos representados en ella son comprados, por antiguos campesinos, mercaderes y mineros, de humildísimo abolengo, a la famélica Corte de Madrid; poquísimos se deben a buenos servicios prestados a la patria colonial, que sean, por ende, dignos de respeto.

Hijos de dos razas guerreras, cada vez que eran llamados para combatir indios nómades, sublevaciones interiores, corsarios y hasta invasores del territorio de las otras posesiones españolas (como sucedió en Jamaica y Santo Domingo), criollos y mestizos empuñaban las armas con entusiasmo, combatían con bravura y alguna vez se cubrieron de gloria venciendo fuerzas europeas (a los franceses, en Santo Domingo). Pasados estos momentos todo volvía a su reposo: el criollo a lucir sus caballos y sus vajillas de plata, a jugar incesantemente en todas las fiestas públicas, casi siempre religiosas, y privadas: uno que otro a los cursos universitarios; los mestizos a imitar a los criollos en las ciudades o a sus industrias pequeñas, a colmar los colegios, seminarios y universidad para poder llegar a los altos puestos de la Iglesia (hubo en el siglo XVII un arzobispo y un superior general de los dominicos, mexicanos), que a veces los rechazaba y algunas veces sólo a ellos admitía; el criollo segundón o pobre, el mestizo, y alguno que otro indio constituyeron como abogados, como clérigos, como médicos, la aristocracia intelectual de la Nueva España.

La tierra se distribuía y redistribuía sin cesar; los pueblos y comunidades de indios poseían, casi nunca individualmente, casi siempre en común, como antes de la conquista, las tierras que rodeaban a sus pueblos y de las que intentaban desposeerlos frecuentemente los españoles y sus descendientes; ellos se defendían con una obstinación extraordinaria y sus procesos eran interminables; subían a las Audiencias, llegaban al virrey, y con ellos hacían su agosto leguleyos y rábulas. El rey había hecho repartir el territorio, que

era suyo en virtud del principio de conquista, a unos por don o merced (y en éstos entraban los terrenos de indígenas), a otros por ventas más o menos ficticias, cuando se trataba de realengos o baldíos como hoy decimos. Podía haberse cubierto el territorio de la Nueva España con los expedientes de los litigios a que esta distribución de la tierra dío lugar. El resultado era, dos siglos después de la conquista, la amortización en manos del clero y las corporaciones de la mayor parte de la propiedad territorial; la constitución de grandes propiedades, inmensas a veces, en poder de un número reducido de propietarios. Estas propiedades o haciendas no se cultivaban sino en parte; los cereales, las gramíneas, constituían el cultivo principal, fuera de los cultivos regionales como el del maguey; algunos cultivos industriales, como el de la morera, estaban prohibidos. En estas tierras trabajan el indio, como ahora todavía en muchas de ellas, por un jornal de dos reales (el jornal rural clásico), que en realidad se le pagaba en semillas, en aguardiente, en pulque; el resto de su ganancia iba a la Iglesia (limosnas, ceras, exvotos). Pero, ¿había ganancia para el jornalero? No; había deudas, contraídas para esos gastos principalmente; porque los de la familia, ropa, alimentos, que nunca pudieron pasar de maíz, frijoles (muy azoados y nutritivos) y un estimulante, el chile (las aves de corral, los puercos, sólo formaban excepcionalmente parte de la alimentación), eran insignificantes. Las deudas aumentaban sin cesar, nunca podían pagarse; el indígena nunca pagaba, quedaba por este sistema, que no violaba la letra de las disposiciones benéficas de la legislación de Indias, mantenido en el estado de servidumbre: era el servidor de la finca, que pasaba con ella de heredero en heredero, de vendedor en comprador, era (es en muchas partes todavía) el siervo de la gleba, del terruño.

La hacienda producía principalmente maíz, el grano americano por excelencia, el que había permitido fundar civilizaciones en el norte de la América precortesiana, porque había sido causa del establecimiento de grupos sociales sedentarios de cultivadores, y que, desconocido en los países civilizados antes del descubrimiento de América, forma, cada día en mayor escala, una parte considerable de la alimentación del viejo mundo; el frijol, que la completaba por su fuerza nutritiva (unido al maíz duplica o más todos los elementos nutritivos del trigo) y que parece también de origen americano, y el trigo, importado por los españoles y que es un alimento sintético (como la leche), pero que no estaba al alcance de los indígenas rurales. El poder de apropiación del maíz al medio, hacía fácil su producción en todos los climas escalonados del mar a la altiplanicie. Gracias al maíz y a la abundancia de gramíneas, el ganado bovino, el caballar y el lanar, traídos en exigua cantidad de España, se multiplicaron prodigiosamente, encorralados primero y luego en libertad, componiendo inmensas manadas, de caballos sobre todo, que huían junto con los nómades hacia el norte y que sirvieron para mantener a las tribus en su huraña y feroz independencia. La barbarie a caballo escapa a la acción de la civilización; es la civilización por regla general la que sucumbe ante ella; luego quizás la domina mentalmente. El gobierno

español se vio obligado a instituir tribunales especiales para entender de cuanto a los ganados montaraces atañía, los que se llamaron de la Mesta, como los que con el mismo objeto existían en España y que, por sus privilegios, llegaron a ser odiosos.

La agricultura, tanto la de la tierra caliente, servida por los mestizos de procedencia africana y por los negros (producía azúcar, tabaco, algodón, todo en corta escala) y de la que, poco a poco, quedó excluído el indígena puro (exceptuando en las regiones ístmicas y su prolongación hasta Yucatán y en buena parte de los litorales del Pacífico), como la de las tierras altas, apenas bastaba para el consumo interior. Entonces la pérdida sucesiva de cosechas en una región, por lo mal distribuído de las explotaciones, por su escasez y por la falta de vías de comunicación, traían el hambre y su fúnebre cortejo de epidemias y tumultos desde Yucatán hasta Jalisco.

La fuente principal de energía económica en la colonia era la minería, sobre todo desde el descubrimiento del sistema de amalgamación de la plata y el azogue. El indígena, esclavizado en los comienzos al minero, pero obstinadamente emancipado por el virrey, que lo arrancó así a la muerte, porque la anemia de las minas lo mataba rápidamente, cedió el paso al negro y al mestizo, más fuertes, más activos. La minería, fuente principal de la riqueza del país, invertía sus productos en la agricultura (los ricos mineros se hicieron dueños de vastísimos predios) y en fomentar el comercio y la religión; algo la asistencia pública y la instrucción. Como había en ella mucho de aleatorio, como era una especie de albur, entonces más que ahora, constituyó la aventura a que se entregaron con pasión los aventureros españoles después de la conquista y sus descendientes. Los imperios quiméricos en donde había ríos de oro, con que los españoles contemporáneos de Cortés soñaban, resultaron ocultos bajo la tierra, eran subterráneos, verdaderos imperios infernales; en el fondo, el espíritu de aventura, que consiste en fiar la felicidad a la buena suerte a todo riesgo, sin pedirlo al trabajo normal, sobrevivió, gracias a las minas, en el corazón de los neo-españoles.

El azogue, que sólo venía de España, mantuvo a la minería colonial bajo la dependencia de la metrópoli, que lo enviaba en flotas periódicas de cuyo arribo dependía la vida momentánea de las minas y en cuya distribución, presidida por el virrey o sus gentes, llegaba a su máximum el favoritismo y la venalidad.

El comercio de metales, de grana y de pieles, directamente con España (estaba prohibido el de las colonias entre sí), y el de artefactos chinos con Asia, constituían el aspecto exterior de este motor de riqueza (movimiento que se trasunta en calor, es decir, en lujo, en comodidades, en placeres, en bienestar); el comercio interior, sin vías naturales de comunicación, con escalas artificiales y con el estorbo clásico de la alcabala (recientemente suprimida por el mejor de los administradores de la hacienda pública que ha venido en México de la conquista a nuestros días), apenas existía.

El descubrimiento y la toma de posesión de las Filipinas por España fue el hecho más trascendental en la historia del comercio del siglo XVI, después

del descubrimiento de América. Allí se estableció la escala más propicia a la comunicación del Asia industrial con Europa a través de América: en el Parián (Manila) se estableció un emporio de ese comercio; en Acapulco, el segundo mercado; cerca de la costa del Golfo, el tercero. México alistaba al paso las mercancías, hacía una selección de ellas, y el país se enriquecía de porcelanas finas y espléndida sederías, decoro y lujo de las casas criollas. Luego la mercadería asiática unida a la americana seguía la ruta del Atlántico, cuando la flota que había traído el artefacto europeo al español que se empleaba en la oficina o en la tienda de comestibles, y el azogue, navegaban la vuelta de España.

Este comercio enriqueció a los españoles europeos y americanos en América; enriqueció o, mejor dicho, cayó en el tonel de las danaides de las arcas reales: no enriqueció a la nación española. Su industria, una de las más florecientes del mundo en la época del descubrimiento, fue desamparada por el soldado que iba a Italia, a Alemania, a Flandes; por el emigrante que iba a hacer fortuna a América en las minas; por el entusiasta o el holgazán que buscaban abrigo en los conventos de allá y de acá. El amor al trabajo tendió a desaparecer a medida que crecía el orgullo invencible y la codicia aspérrima. La industria de la Europa occidental llenó el hueco que España dejaba, y sin dejar más que un tributo en las arcas reales, pasó el artículo fabricado por la Casa de Contratación de Sevilla rumbo a América.

Pero mientras el poder marítimo de España decaía en el siglo XVI, se organizaba espontáneamente, unas veces sin acuerdo de los gobiernos, dirigida por ellos otra, una formidable conjura que duró dos siglos contra el comercio español. En ella tomaron parte activa Francia, Inglaterra y Holanda: la toma de posesión de Jamaica, en las Antillas, por los ingleses, la conquista de las magníficas colonias portuguesas de la Insulindia por los holandeses, dieron una organización definitiva a esta colosal empresa de pillaje internacional en el Pacífico y sobre todo en el golfo mexicano. Decir cómo instalaron, cómo mantuvieron, aun en plena paz, entre España y Francia o Inglaterra, sus establecimientos los corsarios, desde las Antillas hasta la isla de Términos (el Carmen); cómo depositaban las mercancías robadas, en islas desiertas en épocas de paz internacional, en donde se proveían los mismos mercaderes españoles, necesitaría una historia especial; lo mismo que las peripecias trágicas de los ataques incesantes de los piratas a la mayor parte de las poblaciones de la costa, desde la Florida hasta los paralelos brasileños. En la Nueva España, Campeche y Veracruz, que hubo necesidad de resguardar con inexpugnables fortalezas, sufrieron sobre todo depredaciones aterradoras; pronto tal estado de cosas se hizo ordinario, y el contrabando fue un régimen casi normal en la vida mercantil de las colonias; algunas veces era tolerado hasta el grado de permitirse en los puertos, con cualquier pretexto, la libre entrada de los buques destinados a él: tenía en las Antillas sus emporios, donde se surtían los mercaderes. Tal fue el resultado del monopolio absoluto que España, como todas las naciones europeas que tuvieron colonias, implantó en sus posesiones americanas, sin tener el colosal poder marítimo que

necesitaba para sostenerlo. El resultado fue un aumento de la población española en América; tenía más cuenta vivir en el centro de la producción de la riqueza colonial, única riqueza de España, que en el lugar del consumo, cada vez más precario y transformando, casi completamente, en centro de tránsito de los artículos coloniales y de los metales para el resto de Europa.

La educación, durante el período de consolidación, tendió a fomentar el *crecimiento mental* de la Nueva España, no siempre con buen éxito.

El afán justísimo y civilizador de unificar el idioma fue persistente en los monarcas y virreyes; para ello se crearon escuelas y se establecieron clases en la Universidad, en los colegios de las comunidades religiosas, en los seminarios; nunca se trató como en otras naciones, aun en nuestros días, de prohibir el uso de los idiomas nacionales, y la nacionalización del español se encomendó únicamente a la persuasión y a la necesidad; bastante se logró, era obra de mucho tiempo; hoy no está concluída todavía, porque los gobiernos se han desentendido casi completamente de ella y el clero la prosigue con cierta flojedad.

En todas las clases, lo mismo la indígena que la criolla, pero principalmente en la mexicana, se reclutaba la clientela de los colegios y la Universidad, que mereció una constante protección del Estado. Ese instituto fue importantísimo; allí se formaba el cerebro de la personalidad mexicana, que iba creciendo y en él se encendía un alma. La educación superior que daban a los mexicanos los profesores venidos de España o en la colonia nacidos, que eran los más, era eminentemente extracientífica; gravísimo mal, que no era remediable en aquella época y del que toda la Europa civilizada se resentía. Lo que no quiere decir que fuesen menospreciadas las ciencias: se cultivaban la matemática, la cosmografía, se barruntaba la física (aún en pañales); hubo autores que escribieron sobre puntos de ciencia, como Enrique Martínez (cuya historia personal, ligada a la del primer desagüe del valle de México, es tan singular), como Sigüenza y Góngora; los jesuitas producían hombres notables por su curiosidad científica, por sus conocimientos prácticas. Mas las ciencias, como entonces se decía, eran la teología, la filosofía, el derecho; la clase instruída se afiliaba en uno o en ambos regimientos: el de los clérigos, el de los abogados. Los españoles, sobre todo la masa de la población española pura, bastante dada a los litigios y enredos jurídicos, respetaba mucho al abogado, al licenciado; era la forma en que temían el neo-español, al nativo de la Nueva España; les atemorizaban los tribunales, tenían un temor profundo al enredo ya notable de la legislación; era un laberinto en que cualquiera podía dejar la libertad y, sobre todo, la hacienda, si no tenía una Ariadna conocedora del hilo conductor.

La teología, la filosofía y hasta la jurisprudencia se enseñaba con espíritu medieval; eran eminentemente escolásticas, eran el triunfo del puro método deductivo, y como las dos primeras partían de los dogmas religiosos y la jurisprudencia de los axiomas de la legislación romana, de la canónica, de la española y de la de Indias, sin permitirse el menor análisis ni observación, todo se reducía a inferir de esos axiomas cadenas silogísticas, y los ejerci-

cios apasionantes de las clases consistían es esconder sofismas dentro de los vericuetos dialécticos para darse el placer de destruirlos luego, o en la infinita labor de conciliar textos de los libros patrológicos y leyes del Digesto entre sí. Este vicio mental dominó en el espíritu del futuro grupo director que España creaba, inconscientemente quizás.

Faltaba la filosofía; faltaba el contacto con las ideas que se encendían en el cielo intelectual del siglo de Descartes, de Newton, de Leibniz; faltaba el conocimiento real, y no por las refutaciones sumarísimas de los tratados escolares, de los grandes sistemas filosóficos de la antigüedad; faltaban alas al pensamiento, imposibilitado así de vivir fuera de su crisálida; el alma de aquel pueblo nuevo iba a ser abortiva. La tremenda clausura intelectual en que aquella sociedad vivía, altísimo, impenetrable muro vigilado por un dragón negro, la Santa Inquisición, que no permitía la entrada de un libro o de una idea que no tuviera su sello siniestro, produjo, no la atrofia, porque en realidad no había órgano, puesto que jamás hubo función, sino la imposibilidad de nacer al espíritu científico.

Si faltaba filosofía, sobraba, en cambio, literatura; llovían los poetas, menudeaban en colegios e iglesias las festividades literarias, y en ellas los versos en latín, en español, en mexicano, eran servidos profusamente a los oyentes. Nada genial, algo de ingenioso y sentimental, hasta producir la emoción estética, en Juana Inés de la Cruz. El hombre de genio, acaso el único, que la España mexicana haya producido, un verdadero creador, fructificó en España, fue don Juan Ruiz de Alarcón. Las funciones dramáticas en la Iglesia y fuera de la Iglesia se parecían a las que en sus orígenes produjo el gran teatro español; con ellas gozaban nuestros lejanísimos abuelos: tenían mal gusto. Y los pueblos jóvenes, como el mexicano, que formaban su intelecto de la conjunción de almas disímiles, no aciertan a imitar más que las debilidades, las exageraciones viciosas de los pueblos fuertes que contribuyen a reengendrarlos; mientras el alma nueva se formaba, y no puede decirse que se haya formado todavía, su difusa y profusa literatura no podía ser sino un reflejo de la luz, bastante velada ya, que brillaba en ultramar. Literatura seria no había sino en las crónicas históricas, como en la grande obra de Torquemada: la *Monarquía Indiana*, y en las descripciones y viajes.

CAPITULO VI

EL CRECIMIENTO SOCIAL (EL SIGLO XVIII)

La Casa de Borbón: inmutabilidad del régimen. El reinado de Carlos III. Los jesuitas. El espíritu innovador, ensayo de transformación del régimen. Los últimos virreyes del siglo. La revolución española y su repercusión colonial. La nueva España al concluir el antiguo régimen

La división clásica entre la historia colonial bajo la Casa de Austria y bajo la de Borbón, es facticia; en nada cambió el régimen político, ni el económico, ni el social. La sociedad mexicana con sus defectos (sus pequeñeces), tan finamente observados por el duque de Linares, su composición heterogénea, siguió creciendo en la misma dirección que en sus comienzos. Pero era un crecimiento real y fuerte; ya tenía el organismo nuevo conciencia de su personalidad, y formaba ya desde el siglo XVII y continuó formando en el siglo XVIII, un cuerpo aparte: socialmente lo gobernaba un clero apático y profundamente corrompido; no había ya distinción entre el catolicismo del indio y el del criollo: todo él era una serie interminable de prácticas devotas, sin sustancia alguna luminosa; el criollo, lo mismo que el indio, ignoraban la religión. El mestizo sí tenía vislumbres de creencias ilustradas por su espíritu esencialmente curioso, inquieto, descontentadizo, mientras fuera levantisco, y esa era la levadura de la sociedad mexicana del porvenir. Dos cosas se infieren claramente de las observaciones del sagaz duque de Linares: primera, que la educación clerical y los sentimientos sumados del criollo y del indígena, ostensibles en los primeros y recónditos en los segundos, de que todo lo que aquí disfrutaban los españoles era usurpado sobre los derechos de los aquí nacidos (ellos decían robado), daba el carácter de pecado venial a cualquier atentado contra la propiedad e imponía a todos un deber de caridad de proteger al ladrón y una facilidad pasmosa de imitarlo. Esto de cogerse lo ajeno debe de haber sido un defecto capital cuando lo han criticado tanto a los mexicanos, y todavía lo censuran, los de dentro y los de fuera: el desprecio a la propiedad individual, predicado con el ejemplo y la palabra por

las órdenes mendicantes, es el origen de mal. Segunda, que una pasión de igualdad, un desconocimiento absoluto de que las distinciones entre mandantes y mandados tuvieron otra base que la injusticia y la fuerza, era característica del alma naciente de la sociedad nueva; este era el contingente psicológico del neo-mexicano, esto era lo que formaba el fondo de su espíritu, esto le hacía rechazar mentalmente toda autoridad mientras podía hacerlo positivamente. Como no podía hacerlo, adquirió el hábito del disimulo y de la adulación; no hay adulación que no envuelva desprecio: precisamente se exagera la expresión de la sumisión con el objeto de esconder la protesta interior. Desgraciadamente, estos hábitos congénitos del mexicano han llegado a ser mil veces más difíciles de desarraigar que la dominación española y la de las clases privilegiadas por ella constituídas. Sólo el cambio total de las condiciones del trabajo y del pensamiento en México podrán realizar tamaña transformación.

Pero la sociedad crecía, abajo, es decir, en lo menos visible, por la mezcla del mestizo y del indio: arriba, por la mezcla del español con el mestizo y el criollo. El español que así se mezclaba no era el empleado que de España venía; era el mercader, lo mismo el gran monopolizador del tráfico, el que formaba la aristocracia de los ricos, el que gobernaba desde el Consulado (tribunal de comercio), hasta el que vendía aceite y vinagre, como el duque de Linares decía. Este abarrotero, en las costas y en la Mesa central, fue quien formó la sustancia de la mezcla hispanoamericana; extraordinariamente rudo, explotador sin misericordia del pueblo comprador, del marchante, fiel a sus compromisos, y una vez enriquecido, honrado a carta cabal, adorador de su familia mexicana, conservador religioso de sus hábitos, costumbres y rutinas, pero celosísimo de dar a sus hijos la superioridad social que él no había podido lograr, el abarrotero, y no el conquistador, es el verdadero padre español de la sociedad mexicana, con sus defectos risibles y sus sólidas virtudes; la mujer mexicana, infinitamente dulce y sumisa, débil por la fuerza misma del amor, admirablemente casta y buena, dominó a aquel hombre rudo y despertó en él la nobleza de carácter que yace dormida en el fondo del terrible luchador por la vida, en su período ascensional.

Linares (don Fernando de Alencastre), Casafuerte (don Juan de Acuña), Amarillas (don Agustín de Ahumada), fueron virreyes del mismo genio, del mismo carácter y capaces de prestar los mismos servicios que los mejores de los que aquí mandó la monarquía austríaca; en nada cambió, pues, la faz de las cosas. El desgobierno de España durante el reinado de los grandes privados y del mentecato don Carlos II, en el siglo XVII, en nada había influído en la paralización de la máquina gubernamental de la Nueva España; estaba demasiado bien montada, dados los tiempos, para que pudiese sufrir alteraciones graves. Se había reflejado harto la virtud de los agentes del poder real, se cometían mayores abusos, había más escándalos, se improvisaban más rápidas fortunas, y eso era todo: la corrupción espontánea del cadáver de la realeza española lo contaminaba todo, y resultaron extraordinarios los hombres cuyos nombres se acababan de citar. La casa de Borbón traía en su

equipaje, al pasar los Pirineos, los hábitos de administración minuciosa y de centralización rigorosa, establecidos tiempo ha en Francia, y el deseo de implantarlos en España y su imperio colonial. Pero las guerras constantes impidieron administrar normalmente; todo se dejó como iba y sólo se trató de buscar hombres honrados para desempeñar los primeros puestos en las colonias, y no siempre se acertó en la empresa.

Y así se pasó la primera mitad del siglo; los virreyes fueron constructores de edificios notables en esa época (Casa de Moneda-Aduana), de buenos caminos; desempeñaron en las hambres y pestes, terribles algunas de ellas, que asolaron al país, el papel paternal de jefes de la beneficencia pública; pacificaron algunas comarcas que quedaron definitivamente sometidas, como el Nayarit, en jurisdicción de la Audiencia de Guadalajara, y en la Sierra Occidental la comarca marítima y fluvial que recibió el nombre de Nueva Santander, en los litorales del Golfo (Tamaulipas); fundáronse poblaciones nuevas como Linares (Nuevo León), se enviaron expediciones a Texas, se vigiló constantemente la defensa de las costas, en la que se gastaron sumas considerables, y se procuró remitir a España cuanto dinero se podía y del que llegaba cuanto los piratas y corsarios, que pululaban en los dos mares, no alcanzaban a apresar.

Todo era, pues, lo mismo; en los intervalos de paz con Inglaterra (el reinado de Fernando VI) venía la necesidad de ayudar con cuanto dinero fuese posible a la liquidación del período de guerra. Los impuestos crecían, la exacción era empírica y arbitraria y los gobernantes, como el primer conde de Revillagigedo, aumentaban a la par las rentas reales y las propias. La gran tentativa de Alberoni para hacer la potencia marítima de España, condición primera de la seguridad del imperio colonial, había fracasado lastimosamente desde los principios del siglo, y la ausencia de marina guardadora y el crecimiento formidable de la marina inglesa trazaban con caracteres bien visibles, en el cielo del porvenir, el destino de la España colonial.

Si el reinado innovador de Carlos III hubiera sido también un reinado pacífico como el de su antecesor, quizás España no habría perdido su imperio continental en América en las desastrosas condiciones en que lo perdió. Pero empeñado en sus alianzas onerosas con Francia y animado de una especie de odio personal hacia Inglaterra, todo lo subordinó al famoso Pacto de familia, y al fin de su largo reinado el balance le fue completamente desfavorable y el desmembramiento del poder colonial español era claramente inevitable. Por supuesto, por gran rey que Carlos haya sido, y probablemente, después de Enrique IV, no lo hubo mejor que él en la familia; por gran rey, no en el sentido directo de que fuese una inteligencia superior en el orden político o administrativo, sino en el indirecto, por haber comprendido, a fuerza de honradez y buena intención, algunas de las grandes necesidades de la España de su época, y haber sostenido con tesón a los hombres capaces de remediar

en parte esos males, el despotismo monárquico no se alteró en el fondo; al contrario, fue más absoluto, porque organizó mejor la centralización del poder, a la francesa, pero dejó el carácter patriarcal del de los Austrias para tomar un carácter rigorosamente administrativo: no era un padre el tirano, era un gerente omnímodo, pero sometido a sus propios reglamentos.

La primera preocupación, por instinto natural de conservación, fue la de establecer una serie de mejoras hacendarias que aumentasen las rentas reales; por desgracia, la suprema reforma hacendaria es la paz, y ésta no existió sino por intermitencias. Sin embargo, mucho se hizo y se proyectó; mas dominados por el espíritu del tiempo (soplaba entonces un ciclón de filosofía negativista y destructora sobre la Europa intelectual, que tenía por foco la Enciclopedia) los consejeros del rey eran enemigos de la autoridad de la Iglesia católica, o por muy regalistas o por poco religiosos, y el rey no era hombre bastante penetrante para hacerse cargo de lo segundo, que habría lastimado su conciencia cristiana, pero sí suficientemente poseído de lo divino de su poder para abundar en las ideas de los primeros. Si hubiesen podido, probablemente habrían intentado desde aquellos años el desarme de la Iglesia en lo temporal, obligándola a transformar su propiedad territorial enajenándola o tomando posesión de ella en nombre del Estado, con la condición de asalariarla; en ninguna parte era aquello posible entonces, menos en la España europea o colonial; pero uno de los órganos del poder de la Iglesia, la Compañía de Jesús, había crecido tanto sus riquezas, aun haciendo a un lado las exageraciones, era tal su poder sobre inmensos grupos sociales, tan profundo, que pareció a los políticos un suicidio del Estado tolerar tamaña fuerza dentro de su seno, fuerza que no podía ni siquiera ser nacional y era por esencial antilaica, y pareció a los financieros que sería remedio radical para la situación precaria de la real hacienda, secuestrar y vender los bienes verdaderamente colosales de aquel instituto que, por su maravillosa actividad comercial, tenía ciertos puntos de contacto con la célebre orden medieval de los Templarios; los ejemplos de Portugal y Francia, que habían asestado golpes mortales a los jesuítas, animaban a sus enemigos españoles.

Y es bien conocida esta historia: imprudencias de la Compañía, poniendo enfrente del patronato regio sus privilegios en materia de pago de diezmos, concedidos por el Papa a la corona en América; pretexto tomado en el famoso motín de capas y sombreros en Madrid, que hirió profundamente la susceptibilidad del rey y en el que se fingió creer complicados a los jesuítas; órdenes para la expulsión de los padres y sus servidores, a un mismo tiempo, de todos los dominios españoles, ejecutada con pasmosa precisión en todas partes, y en la Nueva España por el honradísimo soldado marqués de Croix, para quien la obediencia ciega al rey y a la disciplina era una religión.

Hubo en el país protestas, murmuraciones, tumultos sangrientos; pero todo pasó al fin, y cuando el Papa suprimió la Compañía de Jesús, no quedó más que inclinar la cabeza. Era cierto lo que militarmente decía, en un

célebre bando en que anunciaba la expulsión, el marqués de Croix: "De una vez para lo venidero deben saber los vasallos del Gran Monarca que ocupa el trono de España, que nacieron para callar y obedecer, y no para discutir ni opinar en los altos asuntos del gobierno". Las personas capaces de medir la formidable dosis de depotismo que encerraba en esa fórmula, contradicha por toda la primera parte del bando, que era una explicación sumaria del acto brutal del gobierno, callaron delante del virrey; pero opinaron y discurrieron a su gusto en la sacristía del curato, en el cuarto de la casera, en la celda del lego, en el refectorio del convento, en el corredor del seminario, en la casa de la hacienda, en el salón del oídor, en la sala de la marquesa y en la cámara del obispo. La medida causó estupor, angustia, indignación en los más; pocos comprendieron su trascendencia; fue ésta: los mexicanos ilustrados eran en su mayoría discípulos o admiradores de los jesuítas; los padres de la Compañía, al mismo tiempo que formaban las clases en que la nueva personalidad nacional tomaba conciencia de sí misma, la mantenían adicta a España; ya lo hemos dicho, el lazo moral de unión entre la metrópoli y la colonia era el clero, y para los que discurrían y opinaban, lo eran los jesuítas; sus inmensos servicios a la corona, porque con una legión de predicadores y de mártires habían conquistado para ella la zona septentrional de Nueva España, los hombres ilustres que en aquellos momentos precisos de la expulsión brillaban en sus colegios (Alegre, Clavijero, Abad), hacían más dura la expatriación.

El espíritu de innovación no sólo soplaba para barrer obstáculos, sino que procuraba erigir y realizar un nuevo programa político y económico, en que no había, por cierto, un solo átomo de libertad. Como las exigencias del estado de guerra casi constante en que vivió el imperio español durante el reinado de Carlos III eran más premiosas cada día, resolvióse la corte a dar un paso cuyas consecuencias, si no preverse, sí pudieron desde entonces presentirse: organizar un ejército colonial permanente que reemplazase a las milicias de voluntario, que se levantaban en las localidades cuando había algún peligro y se disolvían cuando éste pasaba. De España vinieron oficiales, un inspector general, que entró desde luego en pugna con el virrey Cruillas (don Joaquín de Montserrat), y elementos de instrucción que pronto produjeron el resultado apetecido: reclutado por medio del enganche, o por esa especie de plagio o secuestro criminal que se llamó la leva, el ejército, compuesto en los comienzos de dos o tres regimientos (infantería y caballería) y algunos piquetes, entre ellos uno de ingenieros (luego hubo artillería), costaba en 1765 más de seiscientos mil pesos: los mexicanos tomaron así las armas; no las volvieron a soltar. En la parte administrativa es capital la visita que, con la investidura de visitador, pero en realidad con poderes omnímodos, hizo al virreinato don José de Gálvez, el futuro marqués de la Sonora y ministro de Indias. Fue motivo de admiración en

México la actividad del visitador; seco y severo, más infatigable, pronto nulificó casi por completo la autoridad del virrey. Sus instrucciones secretas se referían precisamente a investigar la verdad del formidable peculado de que sus enemigos acusaban a Cruillas. Gálvez atendió a todo: a mejorar el estado militar del virreinato, a establecer en él un régimen financiero honrado, aunque partiendo de ideas que hoy pudieran juzgarse antieconómicas (estancos, loterías), pero que dieron por resultado un aumento constante en las rentas reales, que en pocos años pasaron de seis a veinte millones; a pacificar definitivamente y organizar las provincias septentrionales de California y Sonora, tarea que el visitador dirigió personalmente, poniendo las misiones en manos de los franciscanos, con quienes se substituía a los expulsados jesuitas, y tomando parte en cuanta medida fue preciso llevar a cabo para atenuar las consecuencias de las disposiciones reales, que constituían tamañas novedades en el virreinato y que acarrearon muy serias dificultades, sobre todo las referentes a los jesuitas, a la venta de sus bienes confiscados y depositados (que se llamaron temporalidades) y al establecimiento del estanco del tabaco, de que se prometía Gálvez una renta muy pingüe para la corona. Pero se notaba en todo que el país se movía, que había un deseo de protestar, de sacudir lo que sobre él pesaba, y se resumía en esta frase: los españoles no nos dejan tomar parte en el gobierno de nuestro país y se llevan todo nuestro dinero a España. Los proyectos político-administrativos de Gálvez, sobre todo el relativo a intendencias, no se ejecutaron sino cuando, a su vuelta de México, fue nombrado ministro universal de Indias. Su intento era, creando una verdadera administración de la América española, administración que hasta entonces no había existido propiamente, hacer más sólida la adherencia entre la metrópoli y sus colonias. Esos hombres de Carlos III tenían miras muy vastas, mas habrían necesitado para realizarlas que el rey hubiese vivido cincuenta años más, y una paz ininterrumpida; posible es que hubiesen llegado a realizar la emancipación de las colonias. Hay que tener presente el famosísimo proyecto del conde de Aranda, presentado al rey algunos años después de que el marqués de la Sonora comenzase a realizar su vasto programa de reformas administrativas; en ese documento, profetizando con pasmosa clarividencia el engrandecimiento de los Estados Unidos, que acababan de nacer (1783), decía: "V. M. debe deshacerse de todas las posesiones que tiene sobre el Continente de las dos Américas, conservando solamente las islas de Cuba y Puerto Rico en la parte septentrional y alguna otra que pueda convenir en la parte meridional, con el objeto que pueda servirnos de escala de depósito para el comercio español".

Por desgracia, toda la política exterior de Carlos giró en torno del Pacto de familia, y esto era condenarse a la guerra marítima incesante; no puede la historia hacerle por ello un grave reproche; el crecimiento marítimo de Inglaterra era, a la larga, la absorción del imperio colonial español; para limitar ese crecimiento, España no bastaba; su alianza con Francia parecía equilibrar las probabilidades de éxito, y esto decidió la orientación de la política del rey español.

Mas el resultado fue terrible: España se vio obligada a dos cosas de gravísima trascendencia: a crear un ejército colonial y a ayudar a la emancipación de las colonias inglesas de América. Lo primero fue un mal, porque absorbió la savia del presupuesto colonial, admirablemente mejorado desde las reformas de Gálvez; porque despertó el espíritu militar, bien dormido en la América española, pero latente en la sangre del mexicano, formada por la combinación de dos sangres guerreras y aventureras; porque el ejército, lejos del centro de autoridad y de obediencia, suele tornarse en opresor o insubordinado; porque hizo concebir a los mexicanos la idea de que podía aquí mismo encontrar la sociedad, que ya empezaba a sentir anhelos de libertad, como lo demostraron las pesquisas hechas en tiempo del marqués de Croix, la fuerza militar necesaria para realizarlos. Lo segundo, la ayuda de las colonias inglesas, fue un ejemplo que poco tardó en llamar la atención de los mexicanos: lo que era lícito contra Inglaterra, ¿cómo no lo era contra España? En principio, en teoría, en la opinión de los pensadores, la independencia, es decir, la conciencia de la virilidad plena, que hace pasar a un grupo social de la patria potestad a la autonomía jurídica, era un fenómeno en completa evolución aquí en el último tercio del siglo VXIII.

Por fortuna para la dominación española los últimos virreyes del siglo fueron, con una excepción, hombres buenos, y dos de ellos excelentísimos: me refiero a Bucareli y al segundo Revillagigedo.

Croix fue muy duro, pero honrado y justiciero; Mayorga, virrey ocasional, gobernó durante la guerra entre Inglaterra y España, aliada de Francia y los Estados Unidos, y procuró ayudar a los gobernadores de Luisiana y Yucatán, que atacaron, no sin éxito, a los ingleses en Panzacola y en Walix (Belice); los dos Gálvez, un anciano probo y protector del arte el primero, y luego su hijo, un oficial lleno de ambición de gloria y popularidad, que habría sido un gran virrey a no haber muerto tan presto, representaron el nepotismo del famoso ministro universal de las Indias. La rápida sucesión de virreinatos e interinatos de Audiencias y arzobispos trajo no poca confusión y desconcierto; Flores se empeñó en corregirlo todo, poco pudo hacer: el deficiente era de más de un millón, la deuda ascendía a veinte, era preciso aumentar más y más los recursos militares; la Nueva España tenía ya su intendente general del ejército y la real armada (Mangino), especie de ministro de guerra y marina que compartía el gobierno con el virrey; el resto del reino se había dividido definitivamente en intendencias que se iban implantando trabajosamente y con mucha resistencia. Llegamos al año de 1788; en el anterior había muerto el tenaz reorganizador de la administración colonial, don José de Gálvez; en éste murió Carlos III, que dejó gran memoria, sin ser un gran rey, y con él concluyó la aptitud de la dinastía borbónica para producir hombres adecuados a los pueblos que gobernaban. Al mismo tiempo que el inepto Carlos IV subía al trono, llegaba a México el segundo conde de Revillagigedo.

Ya lo dijimos; Bucareli y él casi reconciliaron a la sociedad mexicana con la dominación española, repugnada por buena parte de la nueva generación criolla y mestiza y pasivamente odiada por los indígenas, como todo amo es odiado, en principio, por el siervo. Bucareli fue uno de esos hombres capaces, a fuerza de bondad y celo, de hacer aparecer bueno un régimen malo. Lo era éste: el aislamiento, la incomunicación entre la colonia y el resto del mundo se acentuó más, y era que, inhábiles los gobernantes para llevar a cabo una reforma absoluta del sistema colonial, que habría exigido otra en la misma España, tenían miedo redoblado y justo de que el contacto de las colonias con la civilización, indujera a los colonos a sacudir el yugo: y, por otra parte sabían que, mientras más se retardaba este momento fatal, el peligro de una explosión sería mayor... y atendían al mal próximo y encomendaban al tiempo lo demás. Mal cálculo. Sea lo que fuere, y a pesar de sus empeños en pacificar las zonas vagas limítrofes con Texas, Chihuahua y Sonora, en donde las hordas nómades, clandestinamente armadas por los ingleses, mantenían un estado igual a aquel en que se hallaba el centro al día siguiente de la conquista, y de que aumentaban los gastos, mejoró la hacienda, dio alas al comercio, que tomó un incremento extraordinario en su época, y subió el crédito a un grado inverosímil. Fue aquella una época dichosa en la colonia, que acalló sus aspiraciones; fue la época en que el meritísimo arzobispo Lorenzana, un ángel de caridad, establecía planteles de socorro para las formas más conmovedoras del desamparado, y reunía el cuarto Concilio mexicano para reproducir en él las muestras de celo evangélico y de amor por los conquistados, que caldeó el corazón de los apóstoles del siglo XVI.

Diez años después del eximio Bucareli llegó Revillagigedo. Este hombre fue pasmoso de actividad y acierto; México era una gran ciudad, sus habitantes amaban el lujo; pero como buenos hijos de españoles y educandos de frailes, sus habitantes no tenían noción clara de la policía, del aseo público, de la higiene, de la verdadera comodidad, de la cultura, en suma. Todo esto quiso transformar el virrey, y logró tanto, que algunas de sus disposiciones serían todavía benéficas a la capital de la República si tornasen a regir.

Pero no fue sólo el mejor edil que México ha tenido, fue un gran gobernante: la milicia, la hacienda, las intendencias, los tribunales, todo fue inspeccionado por él, en todo puso la mano; en todo, bien. Se empeñó en dar conciencia de sí mismo al pueblo mexicano, y creó escuelas primarias y fomentó las superiores; protegió los estudios históricos, los artísticos, la agricultura, la minería, el comercio, pero todo en medidas prácticas, con verdadero criterio político. ¿Cómo Bucareli y Revillagigedo no tienen sus estatuas en México, que les debe tanto? No, en su tiempo el grito de independencia "muera el mal gobierno", habría sido imposible.

Del gobierno de Carlos III al de su hijo la transición fue una caída, fue un salto en el abismo; el problema cada vez más premioso de la reforma interior

cesó de resolverse lenta y normalmente. Ni podía: las circunstancias exteriores se impusieron con tremenda energía sobre un pueblo que se desprendía de lo pasado, sin ver claro en lo porvenir; había ideales administrativos, no nacionales; las circunstancias exteriores se sumaban en este hecho, la guerra en estas dos formas: o guerra con Inglaterra y pérdida del imperio colonial, o guerra con Francia (con la Francia de la Revolución y la del imperio napoleónico) y naufragio de la dinastía y de la independencia nacional. Para encontrar un paso entre estos dos terribles extremos no habrían sido bastantes el talento y la experiencia de los hombres de Carlos III; estos hombres fueron postergados. Carlos IV era un hombre bueno, un príncipe inepto y débil, absolutamente incapaz de sacudir el dominio de su mujer, era un Luis XVI rebajado. La reina, cuya fealdad, que no se atrevió a disimular el realista pincel de Goya, había crecido con los partos numerosos y con los años, reunía a una inteligencia notable y a una sorprendente aptitud para la intriga, una sensualidad feroz, como es siempre la de las mujeres feas. Entre el rey y la reina aparece don Manuel Godoy, el favorito de entrambos; explotado desenfrenado de la pasión que María Luisa había concebido por él, supremo farsante que quiso rescatar ante la historia su cínica grandeza de alcoba con algunas buenas determinaciones, que lo enmascaran de gobernante ilustrado y patriota; el privado ascendió a puestos de distinción en el ejército, logró desembarazar su camino de Floridablanca, a quien debimos el excelente gobierno de Revillagigedo, y que, espantado por las prácticas revolucionarias en Francia, había abandonado sus programas reformistas declarándose absolutista intransigente. Dio Godoy el poder al conde de Aranda, que se manifestó inhábil en grado extremo y sometido casi incondicionalmente a la política francesa; por fin fue ministro el favorito a los veinticinco años. Su retrato, revestido de sus galanos arreos militares, pintado por Goya, traduce bien la inmensa nulidad moral del cortesano, encubierta por una figura simpática y sensual, por el estilo de la del famoso Barrás, el jefe desvergonzado del Directorio francés. Bajo esta trinidad regia comenzaba a erguirse, planta venenosa nacida de todo aquel cieno y reconcentrándolo en una de las almas más espontáneamente viles de que la historia ofrece ejemplo, el joven príncipe de Asturias, el futuro don Fernando VII.

Godoy, en cuanto se sintió dueño oficial del poder, comenzó a hacer ostensiblemente lo que ya estaba haciendo desde el retrete de S. M. la reina: la distribución de los puestos, de los honores y de los dineros públicos entre sus parientes y favoritos. Aquella Corte, contaminada y corrompida hasta la medula de los huesos, se disputaban las sonrisas y los favores del favorito. A esta política debimos los mexicanos la administración del italiano Branciforte (don Miguel de la Grua Talamanca), hombre venal, que vino al virreinato "para hacer su agosto", como suele decirse, y a cuyas extraordinarias aptitudes adulatorias debió México la admirable estatua de Carlos IV, obra del artífice español don Manuel Tolsá, en que la desgraciada figura del rey de don Manuel Godoy queda embebida hasta desaparecer bajo una máscara de bronce imperial soberanamente majestuosa y noble. La prisión y el proceso

de Luis XVI causaron en España espanto e indignación; su muerte, que Carlos IV se esforzó por evitar hasta el último instante, atrayéndose las injurias de la Convención, provocó estupor general, rabia luego y deseo de venganza; el entusiasmo fue indecible, y Godoy se encontró a la cabeza de un pueblo heroico. La guerra, en que los ejércitos españoles hicieron el papel menos desairado que pudieron, terminó en 1795 con la paz de Basilea, a la que siguió pronto un tratado de alianza entre España y la República Francesa contra Inglaterra (1796). Godoy, que en todo esto se dio la importancia de un gran general y un diplomático consumado, fue creado príncipe de la Paz; era cuando de veras empezaba la guerra.

Inglaterra comenzó asestando un golpe casi mortal a la marina española (San Vicente), bombardeó a Cádiz, se apoderó de la isla importantísima de la Trinidad, cerca de la desembocadura del Orinoco, atacó algunos establecimientos de las costas americanas, aunque sin éxito, y comenzó a sembrar en la América del Sur y hasta a fomentar tentativas formales como la del general Miranda (un caraqueño que había militado con Dumouriez en los ejércitos de la Revolución) en Venezuela, que fracasó. Branciforte se preparó a la lucha con Inglaterra; el gobernador de Yucatán, O'Neill, intentó sin buen suceso la reconquista de Belice y, en mitad de la tremenda crisis financiera que provocaron los derroches del favorito y la guerra marítima, que iba acostumbrando a las colonias a vivir aisladas de España, el rey se vio obligado a separar Godoy, cohibido por la indignación universal y por las exigencias francesas; un ministerio honrado, presidido por Saavedra y Jovellanos, subió al poder; inmediatamente fue reemplazado Branciforte por el ilustrado señor Azanza, que desempeñaba el ministerio de la Guerra en España; esto indicaba la gran importancia que allí se daba a la seguridad de las colonias, cuya insurrección entraba ya ostensiblemente en los planes de Inglaterra y menos aparentemente en los de los Estados Unidos. Sin el levantamiento de España en 1808, México y toda la América española habrían sido, no una colonia, que esto era ya imposible, sino un *dominion* inglés, compartido luego con los angloamericanos. Pronto Jovellanos, que había querido reducir a la Inquisición a sujetarse a las reglas del Derecho penal ordinario, lo que nulificaba, abandonó el ministerio, y una caterva de aventureros y charlatanes reinvadió los puestos públicos. Azanza, que sólo había podido ocuparse en armar las costas y en vigilar ciertos movimientos inquietantes en el interior (conjuración de los machetes), que eran más bien síntomas que peligros, porque indicaban que ya el pensamiento de la emancipación podía implantarse fácilmente en los cerebros mexicanos, abandonó el virreinato en el último año del siglo. Su sucesor, Marquina, se ocupó también en vigilar conspiraciones y en reprimir extraños alzamientos de indígenas. Vuelto Godoy, no a la privanza, que llegó a entibiarse aunque no a desaparecer, sino al solio, envió a encargarse del virreinato a don José Iturrigaray. Habíase celebrado el año anterior (1802) la paz de Amiens, entre Francia, España e Ingaterra. Fue una paz efímera, una tregua: no había conciliación posible entre aquellos intereses, dadas las circunstancias; desde que el jefe del Estado, en Francia, el dictador

Bonaparte (cónsul vitalicio y luego, en 1804, emperador), comprendió esto, se propuso herir en el corazón a Inglaterra invadiéndola; necesitaba para ello de todos los recursos marítimos de España que, aunque a la ruptura de la paz de Amiens había pactado su neutralidad, ante las exigencias de Francia y las tropelías de los ingleses, tuvo que someterse a la dura necesidad y declarar de nuevo la guerra a éstos. El emperador abandonó momentáneamente su tentativa contra Inglaterra para hacer frente a la coalición de Austria y Rusia; mientras las vencía, Nelson y la escuadra inglesa herían de muerte en Trafalgar (1805) al poder marítimo de Francia y España, que hacían el esfuerzo supremo; desde entonces no pudo esta nación recuperar un puesto importante entre las potencias marítimas; su imperio colonial estaba a la merced de los dueños del mar.

Napoleón, obligado por Trafalgar a renunciar a la invasión de Inglaterra, empezó a concebir el proyecto inmenso de impedir al comercio inglés la entrada en los puertos europeos y reducir por inanición a aquel pueblo de mercaderes a solicitar la paz: este proyecto se llamó el bloqueo continental. Creyendo que España consistía en una Corte profundamente corrompida; en la familia real, en que las desavenencias entre el favorito Godoy y el príncipe de Asturias habían tomado las proporciones de una rebelión; en la ignorancia del pueblo, que la Inquisición había disputado a las ideas reformistas; en la miseria pública, que era espantosa; en la bancarrota perenne del erario, que aumentaba de año en año por las centenas de millones el deficiente, dispuso de ella a su arbitrio. Primero la lanzó sobre el reino de Portugal, que podía considerarse como una dependencia inglesa y que distribuyó de antemano entre unos Borbones de Italia, Francia y un futuro rey de los Algarbes, que debía ser don Manuel Godoy. Mas la impopularidad y el odio por el favorito aumentaban de día en día, a compás de la creciente simpatía por el príncipe Fernando y del inmenso prestigio de Napoleón; éste era tal que, cuando con el pretexto de invadir a Portugal los ejércitos franceses penetraron en España, el pueblo español aplaudió, creyendo que iban a derrocar a Godoy. Pero pronto las cosas tomaron otro cariz; el emperador que, haciendo a un lado sus promesas a España, había ocupado militarmente Portugal, se apoderó descaradamente de algunas plazas fuertes en el norte de la Península, y en los primeros meses de 1808 su ejército avanzó hasta Madrid. Entonces la familia real proyectó huir a América y venir a establecerse en la Nueva España, como los Braganzas lo habían hecho en el Brasil.

El populacho de Aranjuez, resuelto a impedir la fuga, azuzado por los partidarios de Fernando y auxiliado al fin por la tropa, logró derrocar a Godoy, y la rebelión obtuvo, al fin, la abdicación de Carlos IV en favor del príncipe de Asturias que, proclamado rey, hizo su entrada solemne en Madrid, delirante y en presencia de las tropas francesas, mandadas por el gran duque de Berg (Murat). Napoleón, al saber esto, llamó a Bayona a todos: a los reyes, al príncipe, al favorito, para pronunciar como árbitro; todos fueron, y allí deshizo la abdicación de Carlos, que la renovó en favor del emperador de los franceses, quien cedió la corona de España a su hermano José. El

pueblo de Madrid contestó con la insurrección del Dos de Mayo a tamaño atentado; la insurrección fue ahogada en sangre en su foco, pero cundió por todas partes, y en ausencia de los reyes se procedió a la creación de juntas organizadoras del levantamiento; en ellas los hombres de todas las opiniones tomaron parte, los que venían del pasado y los que iban al porvenir. Estas juntas multiplicaron los focos de resistencia y se pusieron en contacto con los agentes de Inglaterra, que observaban con profunda atención los acontecimientos; precisamente había terminado ya sus aprestos marítimos para invadir e insurgir las indefensas colonias, y el mismo futuro héroe de las guerras de España y de la lucha final contra Napoleón, el después duque de Wellington, iba a mandar toda la operación. La revolución española hizo cambiar de orientación a la política inglesa y las fuerzas británicas se dirigieron a Portugal.

La revolución española, porque esto fue, en suma, pues que de ella iba a nacer, dolorosa pero indefectiblemente, la destrucción del régimen antiguo, tuvo un rechazo formidable en México; era fácil contener la exteriorización de las ideas, era imposible impedir que siguieran su camino en la sombra; la Inquisición, desprestigiada y quebrantada, luchaba para cerrar los intersticios de las puertas cerradas, para hacer hermética la clausura. ¡Imposible! Por entre sus dedos mismos filtraban los rayos de la luz nueva; las refutaciones de los abominables errores políticos y religiosos, como se decía, que habían informado a la Revolución francesa y los que habían sido su consecuencia, revelaban la parte más brillante de esas abominaciones, que se sumaban en estos dos divinos sofismas: el individuo es libre; el pueblo, es decir, la mayoría social, es soberano. Luego vinieron los acontecimientos, la intimidad del gobierno español y la revolución maldecida (Aranda), las doctrinas impías de algún ministro de la corona (Urquijo), los escándalos, erigidos por Godoy en sistema de gobierno, y luego la popularidad de Napoleón, que como era un aventurero supremo, exaltó toda la levadura de aventurerismo que existía en la sangre de los mexicanos y produjo en ellos el insaciable afán de conquistar en lo desconocido un mundo nuevo.

Iturrigaray armaba a los mexicanos, como lo habían hecho sus antecesores, para acudir a los apremios de la guerra con los ingleses, y así quedó definitivamente constituída una clase militar que en más de dos siglos no había existido y que exigió con arrogancia fueros y privilegios. Iturrigaray buscaba la popularidad en esta clase, y en los acantonamientos de Jalapa, se daba ínfulas de monarcas entretanto se enriquecía de cuantos modos le era posible, tendiendo la mano a todos los obsequios y ayudando a todos los prevaricadores. Era un Godoy; y como las comunicaciones con la Península eran escasas y precarias, y como tenía contento al gobierno de Madrid, enviando cuando había ocasión cuanto dinero podía, estaba seguro de ser irresponsable de hecho, y seguía tranquilo desde aquí el curso de los acontecimientos, confiado del favor de su amo y en la buena estrella de éste.

En México, sin embargo, la opinión se agrupaba en centros diversos de un modo ostensible. La lucha entre los criollos y los españoles se exacerbaba de

un momento a otro: más que nunca se creían los primeros con derecho a ser los agentes del rey de España en el gobierno del país; en los tiempos de Carlos III habían elevado al rey la más razonada de las manifestaciones en este sentido, poco habían obtenido; pero en la inmensa crisis que envolvía a Europa, sentían instintivamente que se iba a presentar la coyuntura de lograr sus propósitos. Los españoles puros, que no eran ni la décima parte de los españoles criollos, compartían con éstos la riqueza, y casi monopolizaban los cargos en las Audiencias y los altos empleos; en algunas ciudades gobernaban los ayuntamientos (como en Zacatecas y Veracruz); suyos eran el clero superior y el Consulado, que les servía de centro de resistencia, y estaban resueltos a luchar a todo trance antes que dejarse arrebatar la presa. ¿Cómo iban a entrar en acción y pasar los hechos estos elementos incompatibles?

Llegó a México la noticia del motín de Aranjuez, de la abdicación de Carlos IV, de la exaltación al trono de Fernando VII, que Iturrigaray, profundamente inquieto, hizo jurar en México por el rey de España y de las Indias. El naufragio de Godoy lo arrastraba al abismo; procuró salvarse, y esperó; esperó poco: los acontecimientos de Bayona y la noticia de la sublevación de Madrid contra el régimen francés cayeron en México como el rayo: de hecho no existía el gobierno de España; la colonia rechazaba unánimemente, por lealtad a los reyes destronados, el gobierno de José Napoleón, y el virrey y la Audiencia, por la fuerza de las cosas, reasumieron el poder. ¿Con quiénes lo iban a compartir? ¿Con los criollos? Equivalía esto a la independencia. ¿Con los españoles? Sería una declaración de guerra a los mexicanos. Pronto se vio esto: Iturrigaray se inclinaba a los mexicanos; la Audiencia se apoyaba en los españoles intransigentes. El virrey provocó juntas de la Audiencia, el Ayuntamiento de México, órgano del partido criollo, y algunos notables; en septiembre de 1808 llegaron representantes de juntas españolas que se apellidaban soberanas, y si esto aumentó la confusión, alentó a los españoles, porque indicaba que la resistencia se organizaba en la Península. El partido mexicano sostenía que no debía reconocerse a ninguna junta, que debía convocarse un congreso en México y que éste y el virrey deberían gobernar hasta que Fernando recobrase su libertad. En la sesión solemne que se celebró en Palacio, se vio claramente cuánto habían adelantado las ideas nuevas, cuánto habían leído los mexicanos y cuán impotente había sido la Inquisición para impedir la transformación del alma de un pueblo. El programa de los españoles era reconocer a la Junta de Sevilla e impedir y ahogar en México todo conato de libertad. "Esta palabra, decían los individuos del Consulado, suena aquí a independencia". Para llegar al resultado que deseaban los cónsules, los oidores, los españoles ricos se concertaron; sus asalariados invadieron una noche el Palacio, prendieron al virrey, lo depusieron, nombraron a un anciano militar español en su lugar, capturaron a los jefes del movimiento favorable a la emancipación provisional, y la Audiencia usurpadora gobernó. Los mexicanos no desperdiciaron la lección: supieron que desde entonces gobernaría el que pudiera más; era preciso poder.

Coincidió con la venida a México de Iturrigaray, la del insigne polígrafo Alejandro de Humboldt, que hacía algún tiempo realizaba una exploración científica de América, con los permisos del gobierno español. Su impresión, al conocer la Nueva España, viniendo de Sud-América, fue la del que pasa de la semibarbarie a la civilización; describió el aspecto físico, que solía ser maravilloso, del país que visitaba, sus inmensas riquezas mineras principalmente, su producción en metálico, superior a la del mundo entero y, a pesar de que apuntó sabiamente lo que disminuía, desde el punto de vista económico el valor de estas riquezas, la falta de población y de comunicaciones, de ríos sobre todo, contribuyó a acreditar este tremendo error, sobre el cual ha tenido su indolencia mendicante el pueblo mexicano desde que se sintió libre: México es el país más rico de la tierra. Describió con admirable proximidad a lo cierto (en relación con los escasos recursos estadísticos de la época) el estado social de México, apoyándose en autoridades fehacientes, en testimonios de los mismos privilegiados, del clero sobre todo. Clasificó y distribuyó la población, aproximadamente, en cerca de tres millones de indígenas, en algo más de dos millones de mestizos y en menos de millón y medio de blancos, de los cuales unos cien mil eran nativos de España. Subiendo del indígena al criollo, mostró cómo, a pesar del empeño de los ministros de Carlos III para emancipar al indio de la tiranía del alcalde y del corregidor (que fueron reemplazados por el subdelegado); a pesar de la supresión de los repartimientos y de la extinción casi total de las encomiendas, el indio, recluído, aislado, casi sin posibilidad de adquirir propiedad territorial individual y por consiguiente de reforzar su personalidad, seguía siendo el siervo de la Iglesia, del español y del criollo. Mostró al casta o mestizo (como hubo pocos negros, comparativamente, en la Nueva España, la mezcla era casi toda de blancos e indios), confundido en las propiedades rurales con el indio, levantado un poco en la población urbana, en que comenzaba a recibir alguna instrucción, trabajador activo y a veces de una honradez soberana (a los porteadores, v. g., los comerciantes les fiaban todo; jamás faltaron a sus compromisos); pero frecuentemente dominado por los vicios, que la inactividad profunda de la sociedad tenía en suspensión, como gérmenes patogénicos; se distinguía por sus aptitudes para asimilarse todo cuanto de fuera venía, bueno o malo, y por su odio profundo al blanco; y encima el criollo, propietario, frecuentemente vicioso y aborrecedor del español puro, que consideraba como usurpador de cuanto poseía en la Nueva España: el empleo, la tienda de abarrotes, la de seda y lencería y la finca de campo. Humboldt señaló los esfuerzos recientemente hechos para hacer subir el crecimiento intelectual de la Nueva España; si en los seminarios y antiguos colegios de jesuitas, dirigidos por el clero secular, continuaba la fábrica de clérigos y abogados por medio de la más rutinera e indigente de las enseñanzas con un programa de cursos científicos deplorable, lo que iba a acarrear al país el inmenso mal de ser dirigido más tarde por hombres de educación puramente literaria (los abogados), en cambio la instrucción científica, en el espléndido palacio que se llamaba el Colegio de Minas, construído por Tolsá, y en otros institutos de las

provincias, era notablemente avanzada. Habló también con gran encomio de la educación artística y de la Academia de las Bellas Artes.

El ilustre viajero se refirió a la división política del país: los dos grupos de las provincias internas al norte, en que dominaba la población blanca, pero surcadas incesantemente por tribus nómades; su división en provincias del oeste (Sonora, Durango o Nueva Vizcaya, Nuevo México y California) y del este (Coahuila, Texas, Colonia del Nuevo Santander, Nuevo Reino de León), que constituían verdaderos gobiernos militares, mezclados, en parte con el régimen de intendencias, y las intendencias de México (1.511,900 habitantes), Puebla (813,300), Veracruz (156,000), Oaxaca (534,800), Yucatán (465-800), Valladolid (476-400), Guadalajara (630-500), Zacatecas (153-300), Guanajuato (517-300) y San Luis Potosí (230,000). Todo era paz, tranquilidad y prosperidad en la apariencia; todo, corrientes fervorosas de ideas y anhelos y aspiraciones nuevas en el fondo social.

A Iturrigaray había sucedido, tras breve interregno, el arzobispo Lizana, hombre bueno, ocupado principalmente en atajar el descontento de los mexicanos, a fuerza de lenidad e indulgencia (se conspiraba frecuentemente), y en enviar dinero a España, más que nunca comprometida en la lucha sin tregua por la independencia.

CAPITULO VII

LA INDEPENDENCIA

I

Los antecedentes; el cura de Dolores; insurrección general; los triunfos. Calleja; la guerra a muerte; represión y conquista. Morelos; la guerra en el Sur; organización legal de la insurrección. Virreinato de Calleja

ITURRIGARAY, al estallar en España la lucha contra la intervención francesa, había proclamado, en cierto modo, la independencia provisional de México. "Concentrados en nosotros mismos, decía sólo obedecemos al rey y desobedeceremos a las Juntas que el rey no hubiese creado (lo que era imposible dada la situación de Fernando), y en este solo caso las obedeceremos en los términos que marquen las leyes". Los españoles lo derrocaron, ya lo vimos, y pusieron a la Nueva España bajo la dependencia de la Junta Central. Los mexicanos no perdonaron esto; entendían, casi unánimemente, que dependían del rey de España, no del pueblo español, entidad nueva, legalmente extraña a la conquista y al gobierno de la Colonia. Esperaron, conspiraron; se sentían (hablo del grupo superior por su educación y su posición social) llegados a la mayor edad; de la conciencia de que eran ya un pueblo formado sacaban la convicción de que podían emanciparse, y de la situación de España la de que debían hacerlo.

Se conspiraba en Morelia, en Querétaro: la conspiración de Querétaro, de que era centro y alma un joven oficial, que había conocido a Iturrigaray en el cantón de Jalapa, don Ignacio Allende, se organizaba trabajosamente hasta que tomó parte en ella el cura del pueblo vitícola de Dolores, en la intendencia de Guanajuato. El cura don Miguel Hidalgo se acercaba a los sesenta años; era hijo de un español radicado en una aldehuela de la jurisdicción de Pénjamo, había recibido cierta esmerada educación literaria y teológica y, a pesar de que la poca corrección canónica de algunas de sus doctrinas le había merecido severas amonestaciones, después de haber sido el rector de uno de los mejores seminarios del país (San Nicolás, en Valladolid, hoy Morelia),

había logrado el buen curato de Dolores; en él, sin duda, continuaba sus lecturas de libros franceses y españoles, prohibidos, y meditaba. Pero no era un contemplativo, era un hombre de reflexión y de acción; pretendía, por medio del trabajo, creando y fomentando industrias (la industria vinícola, la alfarería), lo que era poco grato a las autoridades de la Nueva España, mejorar la situación de sus feligreses indígenas. Atento, con ardor profundo y contenido, a cuanto pasaba en España y a las consecuencias que aquí tenían estos sucesos, cuando consintió en formar parte del grupo que Allende organizaba, *comenzó, desde luego, a fabricar armas.* La seguridad de que los españoles, a pesar de su heroísmo, no vencerían la invasión napoleónica, la exasperación que producía la extracción constante de numerario (once millones en 1809 y 1810) para favorecer una causa perdida, el mezquino decreto de la Junta Central, concediendo a cada uno de los virreinatos americanos el derecho de hacerse representar en la Central por un diputado, producían una tensión indecible en los ánimos. A la primera parte de la lucha, que terminó en Bailén y en la retirada del rey intruso de Madrid, había sucedido el período de los triunfos franceses, inaugurados personalmente por Napoleón; ya no había remedio, la causa de Fernando VII era desesperada; así lo sabían los mexicanos cuando la invocaron al hacer la Independencia. La Regencia organizada en Cádiz, último y al parecer precario baluarte de la nación española, lanzó sobre los americanos, que ya comenzaban a sublevarse en Sud-América, una proclama en que les reconocía su pleno derecho a tomar parte en su propio gobierno, convocándolos para hacerse representar en las Cortes; decía en esa proclama, que podía servir de preámbulo y justificación a cualquier movimiento emancipador: "Desde este momento os veis elevados a la dignidad de hombres libres, españoles americanos; no sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estabais del centro del poder; mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruídos por la ignorancia". La Nueva España nombró sus diputados a Cortes, lo que puso en movimiento a todo el poder municipal e hizo concebir insólitos anhelos de autonomía y libertad.

Los antiamericanos, o gachupines, como de tiempo inmemorial solían motejarlos los criollos, el comercio, es decir, el Consulado, que era el senado mercantil de la Nueva España e influía en los ministros de la Regencia por medio de sus aparceros los mercaderes de Cádiz, lograron que el arzobispo fuera removido y que la Audiencia, en que había hondas divisiones, pero que estaba animada por el espíritu antiamericano, se encargase provisionalmente del gobierno. El inquisidor Alfaro había sido el oráculo del señor Lizana; el oidor Aguirre, hombre resuelto y ambicioso, recién vuelto del destierro a que lo había condenado el arzobispo, fue, a pesar de su poca amistad con Catani, el presidente de la Audiencia, el alma directora de ésta, que naturalmente tomó un marcadísimo tono reactor, hostil a las ideas nuevas; con ella se entronizó de nuevo el partido que había derocado a Iturrigaray y cuyo programa podía condensarse en esta fórmula: la Nueva España para los españoles. Los conjurados se dispusieron a entrar en acción.

Del acantonamiento de tropas de Perote y Jalapa, al mando de Iturrigaray, brotó la idea de la insurrección; muchos brillantes oficiales mexicanos allí se vieron y se entendieron; la primera forma que asumió para ellos la idea de patria que en estado difuso era ya dueña de grandes grupos de almas, fue la que esbozaron en sus proposiciones los síndicos del Ayuntamiento de México ante Iturrigaray, el jefe simpático que en los acontecimientos militares había adquirido gran popularidad entre los oficiales criollos. Todos sus ensueños de autonomía vinieron por tierra con el destronamiento brutal del virrey, y cuantos conocen la forma seca y profundamente humillante y exasperadora que suele tomar el despotismo español, aun cuando en el fondo pudiera ser más generoso que otros, comprenderán el estado de ánimo de los oficiales mexicanos. Algunos se mantuvieron fieles a la causa española, como el joven oficial Iturbide; otros compañeros suyos conspiraron en Valladolid (Morelia), pero fueron descubiertos y suavemente castigados; mas la conspiración, abortada en Valladolid, renació en Querétaro, en donde los afiliados formaron un grupo considerable que bajaba del Corregidor Domínguez, jefe del Poder Judicial en la localidad, hombre probo, instruído y apocado, hasta los González, que tenían gran ascendiente en los grupos del pueblo a que pertenecían. La conspiración estaba ramificada en diversas ciudades, pueblos y haciendas del Bajío, en septiembre de 1810. El capitán de dragones del regimiento de la Reina, don Ignacio Allende, que había podido evadir las persecuciones dirigidas contra los conspiradores de Valladolid, de quienes era activo agente, fue el promotor de esta organización revolucionaria. El sentimiento patriótico se condensaba en esta fórmula: la Nueva España para los mexicanos, o americanos, como decían nuestros abuelos; pero para llegar allí era preciso arrebatarla a los españoles; era necesaria la lucha, y una lucha probablemente desesperada. Esta idea, perfectamente justa, entró bien en el cerebro de Allende y sus coadjutores. Hidalgo, a quien el soldado quería confiar el primer papel en la acción, por el inmenso prestigio que le daba sobre las multitudes su carácter sacerdotal, porque en él la idea de la independencia tenía un sello superior, eminentemente social, pues equivalía a la emancipación del indio, declarándolo mayor de edad y abriéndole con el trabajo industrial, no ejercido por tolerancia, sino por derecho, el camino de la libertad (el cura Hidalgo era el más celoso y notable industrial del país); Hidalgo, decimos, dio todo su inmenso valor moral a la obra común, presagiando que pagarían su intento con su vida; él dio el ejemplo. Desde el momento en que Hidalgo tomó parte en la conspiración de Querétaro, lo dominó todo con su voluntad y su conciencia; su conducta como jefe de la insurrección, digna a veces de justísima censura humana, se la dictaron las circunstancias; su propósito se lo dictó el amor a una patria que no existía sino en ese amor; él fue, pues, quien la engendró: él es su padre, es nuestro padre.

La revolución debía estallar en diciembre de 1810, durante una gran feria en una de las ciudades del Bajío; graves indicios de que algo había llegado a noticia de las autoridades españolas, obligaron a los jefes a acortar

el plazo, señalando los principios de octubre; mas lo que era sospecha se convirtió en certidumbre: la conspiración, que, al ramificarse, se había puesto en contacto con muchos, había sido denunciada en México, en Guanajuato, en Querétaro. Los conjurados militares se agruparon instintivamente en derredor de Hidalgo; allí les llegó la noticia, enviada por la heroica esposa del Corregidor Domínguez, la primera mexicana, de que todo estaba descubierto y de que se aprisionaba a los conjurados. Hidalgo no vaciló; reunió la gente que pudo, le dio las armas que tenía, la entusiasmó con su palabra y con su ejemplo en la mañana del 16 de septiembre, en el atrio de la parroquia, y salió rumbo a San Miguel (hoy Allende); en el camino tomó un cuadro de la Virgen de Guadalupe, la Madre de Dios de los indígenas, lo declaró lábaro de su estupenda empresa, y las multitudes rurales, abandonando sus arados y sus cabañas, lo siguieron como a un mesías; al grito de: "¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe y muera el mal gobierno!" (mueran los gachupines, como decían las turbas), la conjuración de Querétaro se había tornado inmenso levantamiento popular: era la insurrección.

Hidalgo se esforzaba en mantener su ascendiente sobre aquellas masas indisciplinables, que como sucede con todas las multitudes humanas, comprimidas de generación en generación, se dilataba repentinamente, al cesar la presión, en efervescencias salvajes; la libertad, para aquellos grupos, no era un derecho, era una embriaguez; no era una actitud normal, era una explosión de odio y de alegría; aquélla era indisciplinable, incontenible; tenía el aspecto de una fuerza de la naturaleza en toda su violencia: tromba, huracán, inundación. Allende se empeñaba en crear un núcleo militar dentro de aquella horda y luego desprenderse de ella, empresa imposible. La del cura podía realizarse a fuerza de complacencias, que fueron tristísimas y crueles algunas veces, como las matanzas de españoles en Guanajuato, en Morelia, en Guadalajara; abominaciones que duelen, porque quisiéramos ver inmaculada la figura del mexicano supremo en la historia, pero que tuvieron por resultado tender un infranqueable mar de sangre entre insurgentes y dominadores; así toda transacción resultó imposible.

Los caudillos recorrieron en triunfo el Bajío; se apoderaron de Guanajuato, en donde el honrado intendente Riaño improvisó una brava defensa en el macizo edificio llamado "Alhóndiga de Granaditas", a cuyas puertas murió. Abundaron los desmanes y crímenes de aquellas hordas frenéticas, que luego tomaron el rumbo de la capital por Valladolid; en esta ciudad no tropezaron con otra resistencia que la que les opuso con sus edictos de excomunión el obispo Abad y Queipo, hombre eminente por su saber y su espíritu observador y recto, y personal amigo del caudillo de la insurrección; el edicto, refutado de un modo irrefragable por Hidalgo (no es cierto, decía el cura, que para ser buen católico sea necesario ser buen español), mostraba el estupor y la ira que la sorprendente tentativa de Hidalgo había causado aun en los españoles de alto valer intelectual. Los insurgentes pasaron por encima de las excomuniones, que el jefe del cabildo de Valladolid se apresuró a levantar, y el gran cura decretó la

abolición de la esclavitud y la supresión del tributo que pabagan los indios; las multitudes que Allende era impotente para disciplinar, tomaron el rumbo del valle de México por Toluca; vencieron, casi en las puertas de la capital, a su escasa guarnición, y retrocedieron sin intentar apoderarse de México, a pesar de que recibieron invitaciones para ello.

Hidalgo no había tenido tiempo de organizar plan ninguno: sus disposiciones se referían a asuntos del momento y las ideas generales que contenían podían resumirse así: "acabar con el elemento español en la Nueva España, para que ésta, dueña de sí misma, pudiera conservarse intacta para Fernando VII, rey legítimo (que, naturalmente, se esperaba que nunca saliese del cautiverio)." Qué clase de gobierno se establecería en la nueva nación americana? Algo pensó Hidalgo sobre esto: un congreso, un sufragio municipal, era la base. Mas sea como fuere, el movimiento había cundido; por dondequiera se levantaban grupos en armas; multitud de hombres, devotos de las ideas nuevas, aceptaban bravamente el puesto de peligro en estos levantamientos parciales: algunos militares, más abogados, muchos clérigos; ellos eran los más resentidos contra el alto clero, eran los más conocedores de las teorías nuevas, enseñadas por sus mismos refutadores, ellos palpaban el mal social, la inmovilidad de la masa indígena y, sintiendo mejor el mal de la dominación española, se horrizaban de que ya no tuviera por contrapeso la autoridad siempre moderada y humanitaria del monarca y, por ello, eran más patriotas.

Mientras que el edicto del obispo electo de Michoacán despertaba sendos ecos en todas las sedes episcopales del reino y se reagravaba la excomunión de Hidalgo y sus secuaces, "los protervos", como les llamaba la Iglesia, el flamante virrey Venegas, que precisamente en esos días se había hecho cargo del gobierno, organizaba la escasa guarnición de México, que ya lo dijimos, fue vencida no tanto por las temerarias chusmas de Hidalgo cuanto por la bravura de los soldados de Allende, y llamaba en su auxilio al brigadier Calleja, que salió de San Luis Potosí, se reforzó con las tropas del conde de la Cadena, en Querétaro, alcanzó en los primeros días de noviembre al ejército insurgente en plena retirada y lo venció y casi desarmó; por fortuna, en los mismos días la insurrección obtenía señalados triunfos en el interior y se adueñaba de Guadalajara, Zacatecas y Tepic.

Los caudillos principales, que consideraban la lucha bajo dos aspectos distintos (como un levantamiento popular Hidalgo, como un problema militar Allende), se separaron poco acordes; el primero fue a Guadalajara, después de permitir horribles asesinatos en Valladolid, y es el segundo marchó a Guanajuato. Hidalgo comenzó a regularizar el insólito e informe poder que las circunstancias le habían conferido, desde que llegó, en medio de la alegría delirante de la multitud, a Guadalajara, y repitió los decretos redentores de Valladolid sobre tributos y esclavos. Calleja, con temible

actividad, había arrebatado a Allende, Guanajuato, ensangrentada a porfía por la ferocidad de insurgentes y realistas, y avanzó a Guadalajara. Después de la reñida batalla del Puente de Calderón, en que cuarenta mil insurgentes, armados muchos de ellos con picas, hondas y flechas, fueron completamente vencidos, Hidalgo tomó fugitivo el camino de Zacatecas, en unión de Allende y los promotores principales de la insurrección, que acordaron que éste reasumiera toda la dirección militar del movimiento. Parece que el intento de los fugitivos era dirigirse por Texas a los Estados Unidos, en donde podían allegar recursos suficientes para armar la insurrección. Entre el Saltillo y Monclova fueron sorprendidos por un oficial traidor (inútil es manchar con su nombre estas rápidas hojas), y conducidos a Monclova primero, y de allí a Durango los clérigos, con excepción de Hidalgo, y a Chihuahua éste y los demás. Desde su captura hasta su muerte estos hombres atravesaron un verdadero *vía crucis;* la exaltación frenética de las multitudes, a quienes se había dicho que estaban los caudillos en connivencia con Napoleón, y la fría crueldad de sus guardianes, hicieron de ellos unos mártires; no se quejaron. Parece que durante el remedio de proceso que se les instruyó en Chihuahua (no hay mas dato que las constancias del mismo proceso, hecho a gusto de los jueces) hubo mutuas y dolorosas recriminaciones: aquellos hombres habían vivido en un estado de excitación febril sólo comparable a la gigantesca temeridad de su empresa; no es extraño, es profundamente humano, que al venir el período de depresión causado por la certeza absoluta de una muerte próxima, hayan revivido en ellos las creencias y estados de ánimo de toda su vida anterior y haya habido debilidades y retractaciones; pero ninguna, absolutamente ninguna, tuvo por objeto salvar su vida: al contrario, apechugaron, sobre todo Hidalgo, con las más tremendas responsabilidades. La patria, nacida de su heroica sangre, los reconcilia en su gratitud inmensa y los absuelve en su gloria. Unos en Monclova, otros en Durango, Hidalgo y sus compañeros en Chihuahua, fueron sacrificados al mediar el año de 1811.

En esos mismos días, Morelos y López Rayón habían conflagrado los distritos montañosos del sur del virreinato, extendían el radio de su acción por las serranías que separan la altiplanicie central del océano Pacífico, y Rayón había constituído una Junta de Gobierno en Zitácuaro. Los padres de la independencia habían sido, pues, capturados en plena derrota, pero en plena insurrección; la marcha de Rayón y del heroico Torres, el insurgidor de Jalisco, desde el Saltillo al corazón de Michoacán por Zacatecas, de batalla en batalla, había demostrado que el poder español, a pesar de sus victorias, estaba desquiciado. La reconquista de las ciudades principales estaba hecha, pero no la del país, que ardía en guerrillas, ni la de la sociedad, que ardía en conspiraciones. Y como la represión iba siendo indeciblemente cruel, al anhelo infinito de la emancipación se unía el deseo fiero de la venganza; el duelo fue a muerte.

El cura don José María Morelos y Pavón, que había pasado su juventud entera recorriendo como arriero las sierras del sur y que, ya hombre de gran ascendiente entre los montañeseses y resuelto a buscar, sin duda, una posición que sirviera de égida contra el despotismo profundamente despectivo de los españoles o criollos, había estudiado en el colegio de San Nicolás de Valladolid, guiado por los consejos de Hidalgo, que ejerció desde entonces sobre él el irresistible prestigio de su inteligencia penetrante y de su voluntad de buscar a todo trance los caminos de la reforma social, logró obtener las órdenes y un curato de Michoacán. De allí partió a reunirse con el gran cura, cuando pasó por la provincia con el ejército insurrecto; recibió la comisión de levantar las poblaciones del sur y de hacerse de algún puerto que pudiera comunicar a la insurrección con el exterior. Cuando el general insurgente Rayón, ex secretario de Hidalgo, logró establecer un núcleo de organización política en Zitácuaro, Morelos no había podido apoderarse de Acapulco, pero sí había improvisado, fogueado y disciplinado un ejército rural con el que tenía en jaque a los realistas en una zona inmensa; en su estado mayor, digámoslo así, descollaban las nobles figuras de Galeana, los Bravo, Guerrero, y luego el audaz e infatigable cura Matamoros.

El gobierno virreinal hacía esfuerzos para impedir al nuevo caudillo salir de los montañosos distritos surianos, en donde creía poderlo destruir después; entretanto, la tentativa de crear un centro político y gubernamental había atraído sobre Rayón todo el esfuerzo de la represión, y el general Calleja se encargó de esta campaña; a haber logrado Rayón prolongarla, el triunfo de los realistas habría quedado nulificado por la importancia de las comarcas que Morelos, aprovechando la concentración de las tropas españolas en Michoacán, habría logrado dominar; mas apenas éste comenzaba a ejecutar sus planes, cuando supo el aniquilamiento de los insurgentes por Calleja en Zitácuaro y su regreso triunfal a México. Morelos se movió rápidamente en medio de las fuerzas realistas, obteniendo ventajas con frecuencia y adoptando, por fin, el plan de atraer sobre sí el grueso del ejército de Calleja, dando campo a la insurrección para adquirir vigor en toda la zona meridional. El sitio de Cuautla por el ejército realista fue el resultado de este plan; constituyó ésta la operación militar más seria y mejor organizada durante la guerra de insurrección, y Calleja, que la llevó a cabo, no omitió medio alguno estratégico ni recurso táctico de ninguna especie para rendir a Morelos. Cuando, después de una serie de heroicos episodios, consideró éste su situación insostenible, rompió el cerco, frustrando admirablemente los planes del general español, y reapareció más brioso y más temible que nunca en el sur de Puebla, en las comarcas veracruzanas, logrando desconcertar todos los planes de campaña de los realistas por la celeridad de sus marchas y lo inesperado de sus golpes. Después de salvar al impertérrito Trujano que, hacía largo tiempo cercado, estaba a punto de sucumbir en Huajuapan, y de sorprender a Orizaba, cuando nadie lo esperaba, se recibió en México la noticia de la toma de Oaxaca por Morelos. Enton-

ces fue cuando trató de dar cima a su programa de organización política; era preciso que la nación insurrecta se unificase ante la nación sometida y tomase la palabra ante el mundo; esto y buscar un puerto por donde comunicarse con el exterior y solicitar auxilios de los otros americanos independientes, de los Estados Unidos, para poder armar a los ejércitos insurrectos, que casi no contaban con armas de fuego, le indujeron a hacer la campaña coronada con la toma de Acapulco, que tanto ha sido censurada al genial cura.

Con los restos de la Junta de Zitácuaro, con algún resultado de elecciones parciales y con nombramientos hechos por Morelos, como investido de supremas facultades por las aspiraciones casi unánimes del pueblo mexicano, se organizó en Chilpancingo una asamblea, que tomó la voz ante el país y fue el vehículo de un pensamiento tenaz y perfectamente justo del caudillo. El general don Félix María Calleja, ascendido después a teniente general y al fin condecorado con el título de conde de Calderón, se había encargado del virreinato en principios de 1813, y esto indicaba bien que la guerra de exterminio iba a sistematizarse mejor. Morelos estaba resuelto a usar de las más terribles represalias, y ya había demostrado que sabía llevar este propósito a los más crueles extremos; para ello necesitaba tener una investidura legal, que sólo los representantes de la insurrección podían darle; mas no fue esta su mira principal al organizar el Congreso de Chipancingo; quería que, sin ambages ni reservas, se viera claro que el pensamiento de la nación, rebelada contra el gobierno español, era la independencia absoluta. Las noticias de España mostraban al ojo perspicaz del cura que la Península, libre ya casi al mediar 1813, de la ocupación francesa, era inminente la vuelta de Fernando VII, y entonces dejaba de tener razón de ser la insurrección, que siempre había proclamado la obediencia al rey cautivo. No sin trabajo logró Morelos realizar su deseo, y la declaración de independencia, de noviembre de 1813, fue tan clara y terminante que no dejaba lugar a duda; nada podía cambiar en ella el entronizamiento de Fernando.

Investido Morelos de la plenitud del Poder Ejecutivo, pero debilitado por la ingerencia que en todo se atribuía la Asamblea, a la cual jamás intentó imponerse, ni pretendió doblegar, dando así un supremo ejemplo de civismo, emprendió una nueva gran campaña, para la que allegó todos sus recursos y que debía de hacerlo dueño de Michoacán. Pero fracasó en el ataque a Valladolid, defendido por Llano e Iturbide, y pasando de la defensiva a la ofensiva, estos enérgicos jefes realistas emprendieron una serie de operaciones victoriosas que terminaron en la sangrienta batalla de Puruarán, que disolvió casi al ejército independiente; Morelos ya no logró reunir el que necesitaba para tentar de nuevo en grande, como gustaba hacerlo, la fortuna de las armas; sus mejores tenientes morían o eran reducidos a la impotencia; Oaxaca y Acapulco eran reocupados por los realistas, y el Congreso mexicano y el Poder Ejecutivo trashumaban en las agrias sierras del sur, a riesgo de ser capturados; el período de eclipse y depresión, que

siempre sucede en las grandes revoluciones al de iniciación y expansión, comenzó en la lucha de independencia el año de 1814; iba a durar seis años.

La liberación definitiva del territorio peninsular la vuelta de Fernando VII al trono, la caída de Napoleón y la derogación de la teórica y generosa Constitución de 1812 más bien fórmula de los grandes ideales de un grupo de hombres, núcleo del pueblo español por venir, que condensación de las aspiracoines y de las necesidades reales de la España de principios del siglo, se sucedieron rápidamente; el noble Código de Cádiz desapareció allá, entre los aplausos imbéciles de las multitudes y el odio de los privilegiados; aquí, en donde apenas había sido puesto en vigor, y había dado lugar a la persecución de quienes, como Fernández de Lizardi (el "Pensador Mexicano"), habían querido hacer uso por medio de la prensa de las libertades que otorgaba, entre el júbilo cínico de las autoridades y del partido español, la indiferencia de los independientes y la calma ignara del pueblo, atrofiado sistemáticamente en su voluntad y su pensamiento. El Congreso mexicano, desde el fondo de Michoacán, respondió a la desaparición de la Constitución española con una Constitución, en parte trasunto de la que había asesinado el rey de todos los perjurios y de todas las ignominias; la Constitución mexicana de Apatzingán o, para darle su título histórico, el *Decreto constitucional para la libertad de la América mexicana* (octubre de 1814), no fue promulgada como definitiva, sino como provisional, "mientras que la nación, libre de los enemigos que la oprimen dicta su Constitución". Como la Constitución española, comprendía una ley electoral, una de administración de justicia y organización de tribunales, indicio todo ello de inexperiencia, pero de profunda convicción de la necesidad de innovar el régimen antiguo; la Constitución de Apatzingán se distingue de la 1812 por su carácter netamente republicano (hasta llegar al error estupendo, en aquella época de lucha por la vida, de distribuir el Poder Ejecutivo en un triunvirato incesantemente renovable) y por una importancia mayor dada al predominio exclusivo del catolicismo: ya había decretado el Congreso el restablecimiento de los jesuístas, y en la ley constitucional se declaró que los herejes, los apóstatas, los extranjeros no católicos no podían ser ciudadanos. Como los marinos que a punto de naufragar invocan al cielo con todo el ímpetu de sus almas indomables aquellos primeros padres de la República se asían de sus creencias religiosas como de una tabla de salvación; cuando ellos decían Dios y patria, traducían toda la fe de su conciencia y todo el amor de su corazón: hijos de este siglo que muere escéptico, desilusionado y frío hasta en su medula, sepamos respetar y admirar a los que identificaron su fe y su esperanza en una religión sola, hasta en las gradas del cadalso.

Cuando después de algunos meses, ya en el otoño de 1815, el Congreso quiso situarse en donde su acción pudiera hacer sentir mejor en medio de los grupos independientes, por todas partes vencidos, y acordó trasladarse de las sierras michoacanas a un punto cercano a Puebla, Oaxaca y Veracruz

(Tehuacán) Morelos se propuso escoltar y defender a los diputados sus compañeros. Atacados por los realistas, los diputados lograron ponerse en salvo, gracias al sacrificio de su heroico defensor, que fue capturado conducido a México, degradado por la Iglesia y sacrificado por Calleja; esto era fatal. En Morelos era preciso ejecutar a la insurgencia en su encarnación más enérgica, más implacable, más bravía, más dueña de sí misma, más *grande*.

Con Morelos concluyó el año de 1815 y comenzó la disgregación de la nación insurgente: el Congreso fue disuelto por un jefe insurrecto, primer golpe de Estado en la historia de la República apenas en el período de gestación, y aunque podía calcularse que cerca de treinta mil hombres luchaban todavía por la causa de la independencia, diseminados entre el Istmo y la Mesa central, ya no podían dominar sino efímeramente comarcas de importancia. En el otoño de 1819 el virrey Calleja fue llamado a España: él simboliza y personifica la política de represión ilimitada; él como muchos agentes de la dominación española en América y Europa, han creído que aterrando se vence, sin ver que el inextinguible rencor que pasa del alma de los muertos a la de los sometidos, suele asegurar para después el suceso de todo movimiento emancipador; la política de Calleja convirtió la insurrección en una guerra en los corazones de los mexicanos: esto se vio claro en 1821. El mismo Calleja pronunciaba el juicio de su política en documentos publicados después: "Seis millones de habitantes decididos a la independencia, decía, no tienen necesidad de acordarse ni convenirse".

CAPITULO VIII

LA INDEPENDENCIA

II

El nuevo virrey y la nueva política. Un episodio histórico: Mina. La pacificación. Guerrero en el sur. La independencia.

El ejercito que Calleja dejó a su sucesor constaba de cuarenta mil hombres bien organizados y de otros tantos distribuídos en cuerpos locales; podía decirse que unos ochenta mil hombres se ocupaban en la tarea laboriosa de la represión, que adelantó sin cesar. La Hacienda no carecía de recursos, gracias a los nuevos impuestos y a pesar de las dilapidaciones de Calleja y sus favoritos; pero dos circunstancias fueron, sobre todo, de funesta trascendencia para los insurgentes devorados por las disensiones e incapaces de reconocer un centro de gobierno y acción: primero, las instrucciones de observar una política de perdón y olvido, hasta donde fuese posible, dadas al nuevo virrey Apodaca, que hacía contraste con su antecesor Calleja por su bondadosa índole; y segundo la facilidad de enviar fuerzas de la Península, en donde estaba casi desocupado el ejército que había hecho la guerra y que no había sido licenciado. La gravedad de esta última circunstancia se atenuaba, para los mexicanos, por la necesidad que tenía España de diseminar su atención y sus recursos en toda la América española que, idénticamente a nosotros, ardía en levantamientos y combates desde el istmo de Panamá hasta el sur de Buenos Aires y Chile.

Obrando sin unidad ni concierto y a pesar de la superioridad que la disciplina, el armamento y los recursos daban a los realistas, verdaderamente sorprende y admira lo que los insurgentes logran hacer. Habían construído, en lugares casi inaccesibles, fuertes en donde depositaban cuanto podían allegar en materia de armas y municiones; los más célebres de estos cerros fortificados, algunas veces con maravilloso instinto militar, fueron Córporo, en Michoacán, el Sombrero y los Remedios en las sierras que dominan el

Bajío, y Jaujilla, en medio de la laguna pantanosa de Zacapu (Michoacán), que servía de refugio a los últimos vestigios del Congreso de Apatzingán, constituídos en junta gubernativa que difícilmente podía extender su radio de acción hasta el Bajío Terán y Victoria, en las sierras orientales, entre Puebla y Veracruz; Guerrero, Ascencio, Bravo, los Rayón en el macizo orográfico que une las dos cordilleras, y Torres, Moreno y otros, en los límites de la Nueva Galicia y el Bajío; en las llamadas orientales de la Mesa central Osorno, los Villagrán y otros, recorrían infantigablemente el país. En el lago de Chapala un puñado de héroes, adueñado de los islotes principales desafió años enteros todos los esfuerzos del gobierno español.

Los insurgentes vivían sobre el país y esquilmaban las haciendas, destruídas casi siempre cuando eran de españoles; además de las contribuciones y rescates que exigían de los pueblos, frecuentemente incendiados por cabecillas feroces, como Osorno en los llanos de Apam o el segundo padre Torres en el Bajío, se proporcionaron recursos con los peajes que les pagaban las mercancías en su tránsito, con lo que solían producirles los asaltos a los convoyes, etc. Todos acudían a estos medios, pero eran necesariamente precarios e imposibles de concentrar dada la organización de los patriotas. A esto hay que añadir, para poder hacerse cargo del agotamiento del país, cinco años después de haber estallado la revolución, agotamiento que fue origen principal de la pacificación lograda por el nuevo virrey Apodaca la conducta de la mayor parte (hubo muy honrosas excepciones) de los jefes realistas. No nos referimos a sus crueldades: lo cierto es que compitieron unos y otros en ferocidad en la guerra, y Morelos nada tiene que envidiar a Calleja, ni la inhumanidad de Iturbide es superior a la de Hidalgo, por desgracia; por eso brilla tan alto y tan puro el acto de clemencia de Bravo, perdonando a los prisioneros españoles y dándoles libertad al saber el fusilamiento de su anciano padre; es una estrella divina en aquel infierno moral. Nos referimos a los abusos de los jefes realistas para enriquecerse; los brigadieres Cruz y Arredondo habían constituído en su provecho, en Nueva Galicia el primero, y en las provincias internas de oriente el segundo, unas verdaderas satrapías, en las que nada podía de hecho el virrey y en las que el comercio estaba absolutamente a merced de los gobernadores. En el sur Armijo; en el Bajío, Iturbide, y otros cien en todas partes, estaban empeñados en mantener viva una guerra que les producía pingües rentas y que extraía a torrentes la sangre y el oro de la exhausta Nueva España.

Apodaca tuvo la fortuna de modificar algo este estado de cosas, procurando a todo trance llegar al fin de la lucha y mezclando la fuerza y el perdón, los regimientos que llegaban de España y los indultos, aun a los más sanguinarios cabecillas insurrectos. Antes de la expedición de Mina, en 1817, la laguna de Chapala después de cinco años de resistir y combatir sin tregua, fue pacificada por Cruz, gracias a una capitulación honrosa del grupo de indígenas que se había adueñado de la isla de Mexcala; fue ésta la primera capitulación oficial en aquella terrible lucha. Lo mismo sucedió en Cóporo en cuyas faldas habían sido tan frecuentemente rechazados los

realistas, que capituló también; y Mier y Terán, el más ilustrado de los jefes militares de la insurrección, también se vio obligado a rendirse junto a Tehuacán. Gran número de cabecillas insurgentes, como Osorno, se acogieron a los indultos. Victoria, Bravo, Guerrero, Rayón, la junta de Jaujilla, los fuertes de los Remedios y el Sombrero, resistían; mas todo era ya cuestión de tiempo: la insurrección parecía tocar a su término.

Apareció entonces en las costas del Golfo un caudillo español que venía a renovar la lucha. Mina no tenía treinta años; escapado del colegio al estallar el levantamiento nacional contra Napoleón en España, había sublevado Navarra y el alto Aragón; capturado por los franceses, completó su educación al lado de un incansable conspirador contra Napoleón, el general Lahorie, en los calabozos de Vincennes. Regresó a España a la caída del Emperador, lleno de anhelos de libertad el corazón y de ideas de regeneración social y política el espíritu; la actitud de Fernando VII en el trono que su cobarde abyección debió haberle hecho perder para siempre, lo sorprendió, lo indignó, y protestó contra ella con las armas en la mano. Fue vencido, huyó a Inglaterra; allí, el padre Mier, un dominico que por sus ideas había sido víctima de las persecuciones de la Iglesia y del Estado, lo convenció de que, sirviendo la causa de la independencia en México, combatía contra Fernando y por sus ideales de libertad, y que era en la libertad y no en la guerra en donde España y sus libres colonias podían tornar a unirse en lo porvenir. Mina, que por su importancia en las logias masónicas podía ponerse en contacto con hombres dispuestos a sacrificar sus vidas en aras de sus propósitos de emancipación humana, pasó, con un puñado cosmopolita de aventureros ávidos y entusiastas, de Inglaterra a los Estados Unidos, a Haití, al puerto de Galveston, en donde organizó definitivamente su expedición, y abordando en Soto la Marina las costas mexicanas, dio principio al período heroico de su temeraria empresa en abril de 1817.

La marcha del nuevo caudillo mexicano desde Soto la Marina al fuerte del Sombrero, combatiendo, venciendo y sembrando el estupor en las autoridades españolas, es una epopeya: su resistencia a Liñán, el flamante oficial llegado de España con las tropas auxiliares; sus tentativas para salvar el fuerte del Sombrero, capturado al fin por el jefe, que tuvo oportunidad de ejercer con los prisioneros actos de crueldad abominable, asombran por la energía y el valor desplegados. Pocos y buenos quedaron a Mina de sus compañeros de expedición; convencido de que, para salvar el fuerte de los Remedios, sitiado también por Liñán, había que llamar la atención con un golpe certero sobre alguna de las poblaciones del Bajío, lo recorrió, organizando sobre la marcha los grupos que se le habían reunido; penetró en Michoacán, intentó sorprender a Guanajuato y, al fin, vencido y fugitivo, cayó en poder de los realistas y fue ejecutado. En aquella época, aurora de nuevas ideas y nuevas patrias, las causas santas, como la que en España y México sostuvo Mina, eran una suerte de patria común y más alta. Mina fue considerado por los españoles como un traidor; jamás lo fue, jamás creyó deservir a España, luchando contra el abominable tirano de Madrid;

hoy, viendo ya de lejos y serenamente las cosas, puede decirse que tenía razón, y que si no la hubiese tenido para España, sí la tuvo para México, que lo adoptó como hijo, que confundió su memoria con la de los heroicos padres de la independencia y que la glorifica y la bendice.

El cerro de los Remedios no cayó a consecuencia de la muerte de Mina, largo tiempo resistió; los combates que en él se libraron son hazañas de primer orden en que los oficiales extranjeros de Mina obtuvieron prodigios de valor de sus soldados mexicanos. Al fin sucumbió; el aliento que la revolución comenzaba a recobrar con la presencia de Mina, tornó a apagarse; los cabecillas morían, algunos bravísimamente; otros se indultaban, así lo hicieron casi todos los oficiales de Mina; otros, como Rayón y Bravo, eran capturados, perdonados y mantenidos en prisión. En 1820 el país estaba casi pacificado. El supremo esfuerzo hecho por los cien mil realistas, que combatían contra partidas sin armas, sin conexión y sin disciplina, produjo los resultados esperados; los que no estaban en las prisiones se acogieron al indulto, y muchos figuraron en las fuerzas realistas. Todos, menos Guerrero y Ascencio en el sur, que rechazaron la oferta de indulto y continuaron combatiendo sin tregua; otros esperaban ocultos, como Victoria, el día del triunfo indefectible; todos lo esperaban. El movimiento de independencia se transformaba en los espíritus en calor de esperanza, ¡que las fuerzas psicológicas se transforman las unas y en las otras como las fuerzas físicas! El país era una ruina inmensa; el Istmo al norte, llanos y montes habían sido empapados en sangre. Nuevas condiciones exteriores favorables, y el fenómeno de 1810 se reproduciría con fuerza incontrastable. Así fue.

La primera insurrección había podido estallar gracias a las circunstancias singulares por que atravesaba España entre 1808 y 1810; la reorganización del absolutismo, a la caída de Napoleón, había hecho posible la represión momentánea del movimiento; pero éste se había adueñado completamente de los espíritus, al grado de que, en la porción activa de la sociedad, la dominación española sólo tenía de su lado a las autoridades superiores, parte del alto clero, la mayoría de los españoles europeos, no todos, una minoría de criollos y unos cuantos entre los mestizos, como el coronel Armijo, y otros tantos entre los indios educados. En cambio, una buena fracción del clero superior, de la Audiencia, casi todo el clero bajo, casi todo el personal mexicano empleado en la justicia o la administración, la mayoría de los criollos, la inmensa mayoría de los mestizos, que habían soportado todo el peso de la lucha por la independencia desde 1811, y las masas indígenas, trabajadas por los curas, formaban el partido de la independencia y atisbaban en el correo de España el momento propicio para entrar en acción. El ejército, con excepción de pocos jefes y soldados, estaba completamente minado por la francmasonería, importada en España desde fines del siglo por los franceses, con un tremendo espíritu de proselitismo: todos los españoles masones eran enemigos del absolutismo y anhelaban el advenimiento del gobierno constitucional; los oficiales mexicanos eran, en su totalidad casi, independientes, aun los mismos que habían combatido a los insurgentes, y

todos los indultados; muchos de ellos eran también francmasones. Tal era la situación psicológica, digamos, del país en 1820; de esto se hablaba en todas las reuniones, corrillos y tertulias de españoles o mexicanos. Las noticias de España, que mostraban claramente la efervescencia precursora de una revolución, alarmaron a los absolutistas, no porque fueran radicalmente enemigos de un gobierno constitucional, sino de la Constitución de 1812, que les parecía una puerta abierta para la destrucción del catolicismo en España; de aquí que algunos clérigos y funcionarios prominentes se reunieran para departir sobre lo que convendría hacer en caso de que la Constitución fuese proclamada; e íntimamente convencidos de que el régimen constitucional tendría por consecuencia indeclinable la independencia, preferían promoverla ellos con exclusión de la Constitución española, haciendo algo derechamente contrario a lo que sostuvieron al derrocar a Iturrigaray.

Cuando se supo en México la noticia del triunfo de la revolución constitucionalista en España, los partidos se exaltaron y los contertulios anticonstitucionalistas del doctor Monteagudo, la persona de mayor prestigio quizás entre el clero, se dispusieron a pasar a la acción. Buscaron su hombre: era el coronel realista mexicano don Agustín de Iturbide.

Dotado de admirable valor, de ese atractivo indefinible que magnetiza a los soldados y a las multitudes, y de una vaga pero extraordinaria ambición, que en esa época tomaba, en los ánimos predispuestos, proporciones gigantescas, gracias a la leyenda real de Napoleón, Iturbide tenía detrás una negra historia de hechos sangrientos y de abusos y extorsiones, eran la historia de su ambición. Deseoso de la independencia, la combatió, porque no hallaba en el movimiento iniciado por Hidalgo, elementos de triunfo que le asegurasen el primer papel, y para llegar a un puesto eminente entre los realistas exageró su celo, lo calentó al rojo blanco, por lo mismo que no era sincero, y la espada de la represión se tiñó en sus manos de sangre insurgente hasta la empuñadura; cuando creyó desconocido su mérito y cerrado su camino por el lado español, puso todos sus conatos en abrirse paso por otro lado. Los absolutistas le ofrecieron una importante comisión militar, la única posible en aquellos momentos, la que acababa de dejar Armijo, que se había manifestado impotente para aniquilar a Guerrero en el sur; el virrey se la dio de buen grado; no que creyese que de allí iba a surgir una revolución, pero seguro de que un ejército en manos de Iturbide podría servirle para reducir a los constitucionalistas en caso de que el rey, a quien se consideraba prisionero de los liberales, lo mandase o él mismo se presentase a exigirlo, lo que no parecía muy remoto.

En esos momentos de caótica confusión en las ideas y de profunda indeterminación en los deberes, no era posible exigir de un soldado que seguía su bandera, la conducta que más hubiera cuadrado a sus enemigos. Cuando en enero de 1821, Guerrero, el indómito e inmaculado colaborador de Morelos, dio el famoso abrazo de reconciliación a Iturbide, no lo absolvió de la sangre derramada: lo perdonó en nombre de la patria, en virtud del supremo servicio que iba a hacerle; y la patria ha perdonado en el Iturbide

de 1821 al Iturbide de 1813; ha confirmado el indulto del gran corazón del general Guerrero. En cuanto a la traición hecha al virrey Apodaca, que la condenen los españoles, nosotros no. Nosotros creemos que en el espíritu capaz de alzarse de aquel ambicioso, tentado por el insuperable impulso de crear una nación, y de hacer a un tiempo un gran beneficio a España, la personalidad casi nula del virrey nada fue; nada era en verdad. El desenlace del drama fue rápido e incruento casi; más sangre se derramó en cualquier combate del período heroico de la insurgencia que en toda la revolución iniciada en Iguala. Allí reveló su idea Iturbide (febrero de 1821) por medio de su manifiesto y de un plan que juró su ejército, después que estuvo seguro de sus oficiales y de haberse puesto de acuerdo con los principales jefes militares del interior, mexicanos y españoles. Hubo, al conocerse el plan de Iguala, un movimiento de reacción: una parte del ejército abandonó a Iturbide, otra se agrupó en torno del virrey; pero esto fue pasajero y la revolución cobró rápidamente, en la zona cercana al Golfo, primero, luego en Michoacán y el Bajío, un impulso irresistible; el general Cruz, que nunca pensó resistirle seriamente, tuvo que entregar a su segundo, Negrete, el sultanato que había erigido para sí en la Nueva Galicia, y huyó; Arredondo entregó el de las provincias internas de oriente, y también huyó; todas las capitales de provincia cayeron en poder del ejército que se llamó trigarante, por sostener el plan de Iguala, basado en tres garantías: "religión, unión e independencia", materialmente simbolizadas en la bandera tricolor, adoptada por la patria y divinizada por el río de sangre heroica que ha corrido por ella.

En esta situación, Apodaca fue derrocado en México por la soldadeca española, y un nuevo gobernante, nombrado en España por los constitucionalistas, don Juan O'Donojú, se presentó en la Nueva España. Este hombre comprendió, con gran perspicacia, lo que pasaba, y con un patriotismo español que España no ha podido valorizar sino después de un siglo de tremendas lecciones, reconoció el hecho irreparable y firmó con Iturbide, en Córdoba, los tratados que fueron la ley suprema del flamante imperio. España reconocía y sancionaba el dercheo de los mexicanos, mayores de edad, como su energía en la lucha lo había demostrado, para emanciparse, y aprobada estas bases sobre que se había realizado la emancipación: creación de un imperio mexicano; designación de Fernando VII o de un príncipe de su casa para el trono; nombramiento inmediato de una Junta gubernativa o Consejo de legislación y administración para asistir en el gobierno del país a un Ejecutivo o Regencia compuesta de varios miembros; elección de unas Cortes o Congreso constituyente, que daría al país nuevo su ley fundamental, basada sobre las tres garantías, reservándose el derecho de designar, si el caso llegaba, al emperador.

El 27 de septiembre de 1821, el ejército trigarante, en medio del júbilo febril del pueblo, hacía su entrada triunfante en la capital del Imperio mexicano; la Nueva España había pasado a la historia.

Un capítulo de trescientos años de historia española quedó cerrado el 27 de septiembre de 1821; comenzaba la historia propia de un grupo nacido de la sangre y el alma de España, en un medio *sui generis* físico y social; ambos influyeron sobre la evolución de ese grupo: el primero, por el simple hecho de obligarlo a adaptarse a condiciones biológicas bastante, si no absolutamente, distintas de la ambiencia peninsular, y el otro, el social, la familia terrígena, transformándolo por la compenetración étnica lenta, pero segura, de que provino la familia mexicana. Es verdad que a su vez el grupo indígena fue transformado; admirablemente adaptado al medio en que se había desenvuelto, había adquirido un núcleo social que estaba en plena actividad en la época de la conquista: ésta, al mismo tiempo que le proporcionó, con nuevos medios de subsistencia, comunicación y cultura moral e intelectual, la facultad de ensanchar esa actividad indefinidamente, lo sumergió de golpe en una pasividad absoluta sistemáticamente mantenida durante tres siglos y que se extendió poco a poco a toda la sociedad nueva.

La evolución española, cuya última expresión fueron las nacionalidades hispanoamericanas, no tuvo por objetivo consciente (a pesar de que éste debe ser el de toda colonización bien atendida, y todo, menos eso, fue la dominación española en América) la creación de personalidades nacionales que acabaran por bastarse a sí mismas; al contrario, por medio del aislamiento interior (entre el español y el indio, abandonado a la servidumbre rural y a la religión, que fue pronto una superstición pura en su espíritu atrofiado), aislamiento concéntrico con el exterior, entre la Nueva España y el mundo no español, trató de impedir que el agrupamiento que se organizaba y crecía, por indeclinable ley, en la América conquistada, llegara a ser dueño de sí mismo.

Pero la energía de la raza española era tal, que el fenómeno se verificó, y al cabo de tres siglos, gracias a que la comunicación, como fenómeno osmótico, entre los grupos en el interior, y las ideas en el exterior, se encontró España con que había engendrado Españas americanas que podían vivir por sí solas, lo que ella se esforzó por impedir por medio de una lucha insensata. Esta violencia, que tanto ha influído en el porvenir de las nacionalidades nuevas, habría podido evitarse si el profundo patriotismo previsor de O'Donojú hubiese animado a los estadistas españoles al día siguiente de la Revolución francesa.

Las personalidades nuevas, que mostraban su deseo de emanciparse y su fuerza para lograrlo, no estaban educadas para gobernarse a sí mismas; no las podía educar para ello la nación en que el absolutismo de los Austrias y el despotismo administrativo de los Borbones habían ahogado todo germen político; y se encontraron con las mismas deficiencias de España cuando quisieron ensayar las instituciones libres, y México perdió su tiempo y su sangre, y estuvo a pique de perder su autonomía en el cenagal interminable de las luchas civiles, que no fueron más que la forma nueva del espíritu de aventura, propio de la raza de que provenía, y cuya explicación psicologógica consiste en la creencia de que toda dificultad individual y social se resuelve

por la intervención directa del cielo en forma de milagro. Otra creencia hereditaria domina desde entonces nuestra historia: así como el pueblo español había heredado de los judíos la creencia de que era el nuevo pueblo escogido de Dios, así el mexicano se creyó un pueblo escogido también, que tenía la marca de la predilección divina en las riquezas de su suelo: era el pueblo más rico del globo.

Afortunadamente, el instinto, cada vez más exacerbado en el grupo que había comenzado a formar el núcleo intelectual del país, desde los tiempos coloniales, comprendió pronto lo vano de este dogma y lo funesto de aquellas tendencias, y el problema económico, que yace en el fondo de toda evolución o toda regresión social, surgió claro a sus ojos y comprendió que era preciso ponerlo en camino de solución partiendo de estos axiomas: México, por la falta de medios de explotación de sus riquezas naturales, es uno de los países más pobres del globo; el espíritu aventurero es una energía que hay que encauzar por la fuerza hacia el trabajo. Planteado el problema así, había que adoptar, para resolverlo, una política absolutamente contraria a la de la España conquistadora y levantar todas las barreras interiores y exteriores. Vamos a trazar a grandes rasgos la historia dolorosa y viril de esta obra magna.

LIBRO TERCERO

LA REPUBLICA

PRIMERA PARTE: LA ANARQUIA (1825 - 1848)

CAPITULO I

EL IMPERIO (1821-1823)

El gobierno; el hombre providencial; las dificultades financieras, los partidos rudimentarios. Iturbide. El Congreso; la revolución republicana; abdicación y fin de Iturbide

Los PUEBLOS acostumbrados a esperarlo todo o a pedir en todo una intervención directa de la Providencia (¿y cuál pueblo no tiene esta inclinación?), ven en los triunfadores, geniales o afortunados, unos verdaderos mesías; ésta era la creencia ingenuamente expresada por la Junta gubernativa, instalada conforme al plan de Iguala y tratados de Córdoba (en ella figuraron O'Donojú y otros españoles conspicuos), en este párrafo del Acta de independencia del Imperio: "La Nación mexicana, que por trescientos años, ni ha tenido voluntad propia, ni libre uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido. Los heroicos esfuerzos de sus hijos han sido coronados, y está consumada la empresa eternamente memorable que un genio superior a toda admiración y a elogio, amor y gloria de su patria, principió en Iguala, prosiguió y llevó a cabo arrollando obstáculos casi insuperables".

No, la nación mexicana no tenía trescientos años de vida, sino de laboriosa y deficiente gestación; en los once años de la lucha había venido a la luz, como nacen las naciones, al adquirir conciencia de sí mismas; no, Iturbide no era un genio superior: fue un hombre afortunado que hizo a su país un incomparable, un supremo servicio, y entró después en la sombra del desacierto y el infortunio, que no bastó a disipar el efímero esplendor de una corona, pero que iluminó en su tumba la piedad y, la gratitud de la patria. Eso que decía la Junta lo pensaba el pueblo entero; sólo el grupo de españoles o mexicanos constitucionalistas callaba con cierta ironía y se disponía a romper los pies de arcilla del ídolo.

Como la forma de gobierno era el Imperio y el trono vacaba de hecho, mientras el emperador condicionalmente nombrado, don Fernando VII de España, dictaba su resolución, nombróse una regencia que presidió Iturbide

y de la que formó parte, momentáneamente, O'Donojú, muerto en esos mismos días y reemplazado por el obispo de Puebla, Pérez, reactor desapoderado en España, entusiasta por la independencia aquí, en odio a los liberales, y hombre de marcada inferioridad moral en todas partes. Organizóse así el gobierno, pero no la situación: la necesidad de pagar sus haberes al ejército trigarante, a los regimientos españoles capitulados, de sostener los gastos duplicados de la administración, cuando el país estaba absolutamente agotado y seguía esquilmado en detalle por los jefes preponderantes en las provincias; cuando, con la más generosa y absoluta de las imprevisiones, se habían suprimido los impuestos directos a los indígenas y otros importantes, y Veracruz, el principal puerto de importación posible, estaba dominado por los cañones del comandante español Dávila, que tenía su aduana en Ulúa, hacía realmente imposible la vida administrativa del Imperio. Recurrir a la venta de los bienes confiscados a los jesuítas, que no habría sido mal expediente para lograr un respiro y establecer algo normal, no podía ser, porque la opinión en favor del restablecimiento de la Compañía era casi unánime en el país y llovían las peticiones en este sentido. ¿Qué hacer?

Elecciones para el constituyente que exigía el plan de Iguala; eso iba a remediarlo todo. Reunióse el Congreso; la regencia le rindió parias, los ministros lo trataron como a una divinidad; se le llamó Vuestra Majestad, y la asamblea declaró que en ella residía la soberanía, que delegó parcialmente en un ejecutivo (la regencia) y en un poder judicial, conforme a los ritos de las nuevas escuelas políticas. Todo parecía indicar, en aquellos días de esperanzas, que los males eran pasajeros, que tocaban a su término. La situación económica era negra, pero la política parecía aclararse: los empleados, los magistrados, los oficiales españoles que no se consideraron capaces de pactar con el nuevo Imperio obediencia y adhesión, abandonaron sus puestos y el territorio, como muchos españoles ricos lo habían hecho y otros se disponían a hacerlo; los que habían seguido la nueva bandera, por falta de recursos unos o por interés personal otros, parecieron incapaces de deslealtad a su nueva patria y la mayor parte de ellos lo demostró así. El Imperio se redondeaba; la península de Yucatán que, políticamente independiente del virreinato, había tenido su historia propia, bien agitada y dramática por cierto, que se había mantenido apartada del movimiento de emancipación nacional, pero que, en cambio, había sido un foco de emancipación intelectual, a pesar de que sus intereses económicos eran opuestos a los del nuevo Imperio, se adhirió a él espontáneamente, facilitando la transición las mismas autoridades españolas. Chiapas, en donde la influencia del clero era absoluta, fue desde temprano un centro activísimo de propaganda anticonstitucional y, por ende, el plan de Iguala, interpretado por muchos en sentido exclusivamente contrarrevolucionario, tuvo allí mucho eco, lo mismo que en algunos pueblos de Guatemala; de aquí un movimiento irresistible en favor de la independencia y de la unión al Imperio mexicano; en las provincias centroamericanas este sentimiento, muy pronunciado en unas, era débil en otras, como Guatemala y El Salvador, en donde se formó un con-

siderable grupo de patriotas que obtuvo una declaración absoluta de independencia (15 de septiembre de 1822). Pero las tropas mexicanas fueron ocupando el país; las adhesiones a México se multiplicaron, publicáronse las convocatorias para elecciones al Congreso del Imperio, verificándose éstas, y Centro América formó parte de la nueva gran entidad hispanoamericana del septentrión, como solía decirse entonces.

En el Congreso se notaba cierta anarquía, propia de la edad de la nueva nación y de las instituciones parlamentarias en un país que hasta hacía poco no había soñado tenerlas; todo era sorpresa, curiosidad, interés, duda e inexperiencia; los que habían formado parte de las Cortes españolas, los que habían formado parte de las Cortes españolas, los que habían viajado por el extranjero, los que habían leído los libros políticos, eran los maestros y guías de la nueva asamblea. Pronto se esbozaron grupos de tendencias bien diversas: los que no perdonaban a Iturbide la independencia (a este grupo pertenecía el mismo presidente del Congreso, Odoardo); los que no le perdonaban haber frustrado en Iguala el ensayo de aclimatación de la constitución española en el virreinato (Fagoaga era el jefe de esta facción); unidos a éstos, que se llamaron españoles o borbonistas, es decir, que contaban con que un príncipe de la familia real de España aceptase el trono, los republicanos, es decir, los que consideraban el plan de Iguala como una transacción vergonzosa con España (como si hubiese podido hacerse otra cosa) y esperaban que, al ser rechazados los tratados de Córdoba en España, se estableciesen aquí gobiernos parecidos a los que en los otros países americanos existían; éstos odiaban a Iturbide por su antiguo odio a los insurgentes, a los luchadores de la época heroica; uno de los regentes secundaba estas miras; el grupo de adictos a Iturbide estaba en minoría, pero el ejército y las masas lo idolatraban.

Se veía claramente que Iturbide, fuerte con su popularidad, con su ejército y con la conciencia del inmenso servicio prestado a la patria de que se consideraba autor, sufría con marcada impaciencia la sorda hostilidad del Congreso, como había soportado la de la Junta gubernativa. La prensa, las logias masónicas, que habían tomado gran incremento, los viejos patriotas que habían quedado con sus grados en calidad de auxiliares o nacionales, se armaban para combatir al libertador. Este, en el colmo de la exasperación, por lo que él consideraba como injusticia e ingratitud insignes, se valió de una formal tentativa del gobernador español de Ulúa, que quiso, apoyado en las fuerzas coloniales que aún no salían del país y en los arrepentidos, hacer una contrarrevolución, para dirigir oficialmente, aunque con precipitación e incoherencia extraordinarias, una serie de acusaciones contra sus enemigos diputados y regentes. El resultado de todo ello fue un pequeño combate entre fuerzas mexicanas y españolas, al que se dio proporciones extraordinarias (el general Bustamante fue designado con el nombre de héroe de Juchi, lugar de la acción; como él hemos tenido por millares los héroes en México), y algunas escenas deplorables y conflictos personales entre el generalísimo y sus contrarios "en el seno mismo del Congreso",

según se decía ya; Congreso y Regencia resultaron disminuídos moralmente; mas los adversarios de Iturbide lograron ponerlo en minoría, en la Regencia misma, y menudearon los golpes.

Entonces llegó a México la noticia de la repulsa indignada e irracional con que habían sido acogidos los tratados de Córdoba por las Cortes españolas; los borbonistas quedaron desconcertados y se pegaron a los republicanos y antiguos insurgentes, que dirigidos y organizados por las logias masónicas, comenzaron a hacer llegar al Congreso peticiones en favor de una república como las de Colombia, el Perú y Buenos Aires. Mas no era ése el sentimiento público; la exaltación contra España, un sentimiento inmenso de júbilo porque la repulsa de las Cortes había dejado al Imperio dueño de sí mismo y le había dado un carácter nacional, rompiendo la última liga posible con la metrópoli; un deseo vehemente de retar al poder de Fernando VII, poniendo frente a él a un monarca nacido del movimiento mismo de la independencia, eran los caracteres de la opinión dominante y avasalladora. Iturbide aparecía más que nunca ante las multitudes como un guía y como un faro: era el orgullo nacional hecho carne. Esto explica el "imperialismo" de los Gómez Farías y los Zavala, los futuros jefes del partido radical, empeñado en extirpar del país hasta el último rastro de la preponderancia española.

El Congreso fue imprudente; empujado por los enemigos del generalísimo, que estaban gobernados por la masonería, en cuyas logias llegó a ser discutida la supresión de Iturbide, aun por medio del asesinato, propuso reglamentar la Regencia, prohibiendo a sus miembros tener mando de armas: el golpe iba derecho al generalísimo. Iturbide contestó con un pronunciamiento de la guarnición de la capital, que le proclamó emperador. Reunido el Congreso, en condiciones en que toda liberación era imposible por la exaltación delirante de las muchedumbres, de los soldados y de los frailes, sancionó el movimiento de un modo ilegal, que después fue legalizado, sin embargo. Y el Imperio nacido en Iguala, tuvo por jefe desde aquel momento (21 de mayo de 1822) al "Emperador constitucional del Imperio mexicano, señor don Agustín de Iturbide, primero de este nombre", como reza el decreto.

Es inútil la discusión sobre la conducta que debió haber observado Iturbide para evitar el escollo de un trono sobre arena cimentado; después de los acontecimientos y en vista de las consecuencias funestas de su ensayo, es sumamente fácil el papel de profetas retrospectivos, y ahora podemos darnos la satisfacción de una censura implacable, demostrando que más habría convenido a él y al país que, rompiendo los compromisos de Iguala, hubiese inaugurado una dictadura eminentemente ilustrada y organizadora, forma natural de los gobiernos de transición, hasta que las amenazas de España hubiesen terminado y la República, compacta y fuerte, se hubiese desprendido bien de la matriz colonial. En aquella situación el Imperio parecía una

forma superior, por su prestigio semidivino, a la dictadura; la ambición del que creía, no sin apariencia de razón, que todo se lo debía a la patria, quedaba satisfecha por este premio supremo a un supremo mérito, y el pueblo incapaz de comprender las ventajas de la República, constestó con tan vivas muestras en todos los ámbitos de la nación nueva a la exaltación al trono del victorioso caudillo, que un hombre superior a Iturbide por la inteligencia y el carácter se habría ofuscado completamente: un rey mexicano era, para las clases indígenas y de educación rudimentaria de una sociedad que había crecido en la región de la monarquía, el símbolo vivo de la independencia.

Pero si las ideas, cuando adquieren la forma de sentimientos, gobiernan el mundo, es con la condición de que se identifiquen con los intereses, que son sentimientos inferiores, pero avasalladores: el Imperio, a pesar de su popularidad, nació muerto, porque nació indigente y defraudó instantáneamente las esperanzas de cuantos en él veían una piedra filosofal, una receta para convertir en oro para los empleados, posición a que aspiraban todos los mexicanos, los inagotables tesoros naturales del país más rico de la tierra, lo que era un axioma por tal modo evidente, que quienes se atrevían a criticarlo eran tachados de malos patriotas. Las ceremonias de la coronación que, naturalmente, tuvo un aspecto lujoso y ridículo, una verdadera apoteosis de advenedizos, pecado imperdonable para la parte culta de la sociedad mexicana, dada al epigrama y que todo lo tolera menos la suficiencia; la organización de la casa imperial, a la que pertenecieron varios de los nobles de la aristocracia colonial; la composición del ministerio, del consejo de Estado, de la dirección del ejército, en todo lo que Iturbide fue pródigo y generoso, halagando a sus mismos enemigos; la fastuosa inauguración de la orden imperial de Guadalupe, los besamanos, las funciones religiosas, los festejos y las oraciones populares animaron y encantaron a la sociedad en los primeros días de la dinastía nacional.

Mas la situación financiera devoraba las entrañas de aquel régimen que, a pesar del desprendimiento de Iturbide, resultaba por todo extremo caro, y que fue frustráneo, precisamente porque fue insolvente; no podía comprenderse un Napoleón (este nombre y este ejemplo fueron la fatal obsesión de Iturbide) apoderándose del dinero ajeno. Ciertas o conjeturales, por posibles, las noticias sobre conspiraciones de borbonistas e insurgentes o republicanos menudeaban; la inquietud y el desasosiego, el temor de acontecimientos graves, ganaba a las provincias, partiendo de la capital; Iturbide, violando el fuero constitucional de los diputados, hizo prender a varios de los más conspicuos por sólo ser enemigos suyos, pues no había pruebas ningunas del crimen político que se les atribuía, y principió así a plantearse un gran proyecto de usurpación.

La guerra latente entre el emperador y el Congreso, que la inmensa explosión de entusiasmo de los días de la coronación habían amortiguado y apla-

zado, estallaba al fin más acerba que nunca. El Congreso había vivido de política; poco práctico había hecho en materia de administración; había dejado el erario vivir de expedientes, al día; el déficit era terrible, lo aumentaban el Imperio y la necesidad de mantener en pie de guerra un ejército, enorme en relación con los recursos (35.000 hombres), porque el emperador no quería ni podía tal vez prescindir de él. Iturbide promovió una reformba electoral, bien cuerda en sí misma, aunque impolítica en aquellos momentos, que tendía a reducir a la mitad poco más o menos el número de los diputados. Aconsejó esta medida don Lorenzo de Zavala, repúblico yucateco que se había distinguido cuando joven, en el grupo de intelectuales emancipados que formó el eminente profesor Moreno, quien padeció luego terribles penalidades por la exaltación de sus ideas políticas y que, después de figurar entre los representantes de la Nueva España en las Cortes de Madrid, había vuelto a su patria con ideas muy radicales, pero muy claras, con nociones fuertes y positivas en el arte de gobernar, al servicio de las que puso una extraordinaria y muy cultivada inteligencia y un carácter que solía apasionarse hasta la más terrible vehemencia, Zavala era un gran ambicioso y un gran audaz; todo su ideal político consistía en aclimatar en México las instituciones parlamentarias del tipo sajón, de que era entusiasta devoto; pero, para preparar el camino, juzgaba necesario acabar con la influencia del elemento español en la nueva nación, destruir los privilegios de las clases hasta entonces directoras; éste fue el programa del partido liberal en México, y es por esto Zavala uno de sus fundadores próceres. Iturbide era para él un instrumento admirable para realizar el propósito esencial: la independencia nacional y social respecto de España. El proyecto de Zavala, prohijado por el emperador, fue desatendido por el Congreso; una iniciativa para crear tribunales especiales que juzgasen a la vez de los delitos de conspiración, homicidio y robo, fue rechazada con justa razón por el Congreso. Iturbide hizo entonces prender a varios diputados, expulsó al resto por medio de la fuerza, del lugar de las sesiones, y declarando disuelto el Congreso constituyente, nombró una Junta instituyente, para atender a lo más preciso y convocar sobre nuevas bases electorales, un nuevo Congreso constituyente.

La Junta se encontró con el problema financiero en el momento de nacer; una solución sensata, aunque fue provisional, era negocio de vida o muerte. Pero ¿cómo asegurar la vida del día siguiente? En tal grado era precaria la situación, que se decretó un préstamo forzoso, forma de exacción muy parecida al robo oficial, y se autorizó al emperador para apoderarse de una conducta de más de un millón de pesos que iba rumbo a Veracruz, lo que se parecía a un salteamiento. Zavala trazó un plan de hacienda, en que para cubrir un deficiente de varios millones se decretó una capitación, se ordenó la acuñación de una fuerte cantidad de cobre y se creó un papel moneda, que, a pesar de la honradez con que el gobierno trató de amortizarlo rápidamente, nació entre el descrédito y la desconfianza, que lo depreciaron terriblemente.

En Veracruz, el brigadier Santa Anna había intentado algo sobre Ulúa, que salió contraproducente y que lo colocó en una situación equívoca que inspiró al emperador gran desconfianza; para asegurar el éxito de su plan de quitar el mando a Santa Anna y consolidar la situación en Veracruz, bajó a Jalapa, en donde creyó haber reducido a la impotencia al inquieto brigadier. No fue así; éste sublevó la guarnición de Veracruz, bajo los complacidos ojos del gobernador español de Ulúa, y proclamó una cosa que apenas podía figurarse lo que era. Uno de los políticos perseguidos de Iturbide, mexicano, pero que tenía la representación de Colombia en México, Santa María, le redactó un manifiesto y un plan en favor de la República.

Iturbide comprendió la gravedad de la situación y envió sobre Veracruz a sus mejores soldados y el general en quien más confianza tenía, Echávarri. Este comprendió que era imposible apoderarse de Veracruz por la fuerza, que su ejército se iba a disolver por la sola acción del clima, y creyó, sin duda, hacer un gran servicio a Iturbide, a quien juzgó perdido, celebrando con el pronunciamiento de Veracruz un pacto que se llamó Plan de Casa Mata (febrero de 1823). El de Veracruz desconocía a Iturbide y proclamaba la restauración del disuelto Congreso; el nuevo plan reconocía en apariencia la autoridad del emperador y exigía la pronta reunión de nuevas Cortes, bajo la salvaguardia del ejército libertador; comenzó así sus transformaciones el ejército, que había pasado de realista a trigarante y entonces era libertador.

Para no dejar a los insurgentes sin vela en el entierro, y apenas hay metáfora en esto, Guerrero y Bravo habían ido a sublevar al sur, y, aunque vencidos por Armijo, éste se les unió, al cabo, en vista del movimiento del ejército, que en todo el país aclamaba el nuevo plan, y de que el mismo comisionado de Iturbide, el segundo personaje militar del Imperio, el general español, Negrete, había aceptado el mando de la sublevación militar. Iturbide reunió el disuelto Congreso, y poco después, sin alientos para sostener una lucha civil, envió a la asamblea su abdicación. No la admitió al Congreso, sino que declaró con exageración rencorosa que el Imperio había sido un régimen ilegal, y nulo, lo que no era verdad. Iturbide marchó al destierro, y concluyó así su vida pública (marzo de 1823). Cuando, un año después, una reacción iturbidista apuntó en el país, lo cual dio esperanzas al proscrito de recobrar un papel de primera importancia, porque juzgaba inminente el peligro de una nueva invasión española en México, al mismo tiempo que el Congreso lo declaraba fuera de la ley, sentenciándolo a muerte si volvía a su patria, Iturbide abandonó su destierro y, sin conocer el terrible decreto, desembarcó en Tamaulipas. La legislatura, cumpliendo la sentencia política con implacable rapidez, lo hizo ejecutar en Padilla (julio 19 de 1824). Fue un acto político, no fue un acto justo. Iturbide había hecho a su patria un servicio supremo, que es inútil querer reducir a un acto de traición a España. No estuvo a la altura de su obra, pero jamás mereció el cadalso como recompensa; si la patria hubiese hablado, lo habría absuelto.

CAPITULO II

FEDERACION Y MILITARISMO (1823-1835)

La Constitución de 1824: presidencia de Victoria. El federalismo revolucionario: Guerrero. El militarismo: Bustamante. El programa reformista: Gómez Farías. La reacción: Santa Anna. Fin del régimen federal

La revolución iniciada en Veracruz desconocía la legalidad del Imperio; el pacto de Casa Mata sometía al emperador a la decisión del Congreso constituyente restablecido, y éste, en efecto, restablecido por el emperador bajo la presión revolucionaria, declaró al desechar la abdicación de Iturbide, que el Imperio había sido legítimo en su origen; y para no dejar esperanza alguna de restauración monárquica, declaró caduco el plan de Iguala en cuanto a los príncipes de la Casa de Borbón se refería, y de aquí resultaron dos partidos legalmente nulificados: el mexicano imperialista y el hispano-mexicano o borbonista, y un hecho incontrovertible, la República. ¿Qué clase de república? La parte más culta de la oligarquía triunfante, el alto clero, los principales jefes del ejército, los más ricos propietarios estaban por una república a la francesa, en que la capital predominase y subordinase a las provincias, lo que fluía naturalmente de los sistemas virreinal e imperial, lo que era probablemente más cuerdo, más político. El Congreso se inclinaba a este modo de ver las cosas; el partido borbonista, al desaparecer, se fundió en este grupo, que comenzó a llamarse centralista; políticos importantes como Alamán, el padre Mier, Santa María, se pusieron a su cabeza, sin precisar un programa, que más bien se infería de su hostilidad más o menos franca al partido federalista; a este grupo prestaron su apoyo todos los elementos conservadores del país y, entre ellos, el que era dueño de casi todo el comercio y de buena parte de la minería y la agricultura, el elemento español. De aquí resultó un fenómeno político curioso: el partido reformista, que comenzaba a dibujarse netamente por su incompatibilidad con los españoles y con los grupos privilegiados preponderantes en el Centro, a quienes consideraban como el principal obstáculo para realizar sus miras, los jacobinos (así les lla-

maban el padre Mier), en lugar de ser centralistas, como en Francia, fueron federalistas y proyectaban una república calcada sobre la norteamericana, cuya Constitución habían someramente estudiado: Ramos Arizpe, Zavala, Gómez Farías, Sánchez y otros, trataban de organizar este partido y contaban con un auxiliar poderoso, el iturbidismo, que atizaba en todos los ámbitos del país el espíritu localista.

Este había encontrado de antemano su expresión y su forma en las Juntas provinciales, verdaderos Congresos locales emanados de la elección aparente del pueblo, creados por la Constitución española y que, aclimatados rápidamente en el Imperio, eran el centro de todos los apetitos, codicias y anhelos de los grupos provinciales por disfrutar empleos y distribuirse los pequeños erarios locales; así se formaron en las más importantes ciudades del país sendas oligarquías políticas, resueltas a no dejarse arrebatar el poder conquistado y que no transigían más que con el sistema federal, que tenía un marcado color separatista. La antigua provincia de Nueva Galicia, que ya se llamaba Estado soberano de Jalisco y que había, en los últimos tiempos coloniales, formado una especie de virreinato por separado, bajo la dictadura de Cruz; las antiguas Provincias Internas de Oriente, que tendían a formar, impulsadas por un clérigo muy inteligente y muy liberal, Ramos Arizpe, antiguo diputado a las Cortes españolas, un nuevo Estado formidable al norte; Yucatán, que por su posición geográfica y por su historia administrativa, por sus intereses económicos y hasta por su autonomía étnica y lingüística, era una pequeña nacionalidad aparte, que casi nunca estuvo conforme con vivir unida a la República mexicana y cuya fusión íntima con la patria común no se ha realizado sino lentamente en la segunda mitad del siglo, eran las entidades que se habían puesto al frente del movimiento, y todas las otras antiguas provincias las seguían. Como era natural, por su posición enteramente excéntrica, por los recuerdos de su historia autonómica, porque no podían regirse por el mismo sistema financiero las regiones de nuestra altiplanicie y las centroamericanas, plenamente ístmicas, la tendencia federalista tomó en Guatemala un carácter marcadamente separatista y nacional. Llegó el momento en que el Congreso mexicano, con honradísima cordura, se creyó obligado a respetar este sentimiento; consultó legalmente la voluntad de los habitantes, que votaron por su independencia (con excepción de Chiapas, que empeñosa y firmemente manifestó su deseo de quedar incorporada a la República mexicana), retiró las guarniciones mexicanas y reconoció solemnemente la nacionalidad nueva.

El Congreso que había creado el Imperio comprendió que le era imposible subsistir, y después de algunas medidas urgentes en el orden financiero y militar, redujo su papel al oficio de convocante de un Congreso constituyente nuevo, cediendo a una presión durísima, y se retiró. Aquella asamblea de hombres inteligentes e inexpertos había hecho y deshecho su propia obra: creó el Imperio y lo derrocó; fuerte para destruir, fue impotente para construir; era el primer ensayo de parlamentarismo nacional. Fue infeliz; otros peores ha habido después.

En el nuevo Congreso, los elementos federalistas preponderaban de tal modo que se consideraba como investido de este mandato imperativo: legitimar la federación, que de hecho existía ya en forma anárquica. Un Poder Ejecutivo, compuesto de tres individuos, funcionaba desde la caída de Iturbide: Negrete, español de gran prestigio militar, pero profundamente odiado de los insurgentes; el integérrimo general Bravo, que se inclinaba a los federalistas moderados, y Michelena, hombre de intriga y ambición, que debía su puesto a la circunstancia de haber sido autor de un plan de independencia anterior al de Qurétaro, lo que le valió la persecución virreinal. Este Poder Ejecutivo se componía y descomponía incesantemente por las comisiones de que sus miembros eran investidos; pero los suplentes nombrados, siempre fueron de los antiguos insurgentes, y así pasaron por él, Guerrero, el ex corregidor Domínguez y Victoria. El ministro de Relaciones, Alamán, aliado entonces de Michelena, era el alma del gobierno; Alamán, que con tanta parcialidad a veces, y a veces con superior instinto político y siempre en noble estilo, había de ser luego el historiador, necesariamente discutido, pero justamente respetado de aquellas épocas confusas, había desempeñado un papel importante en el grupo americano de las Cortes de Madrid; allí llevó la voz de los partidarios de la independencia, y luego, en su patria, capaz de desear el restablecimiento del poder colonial, pero convencido de la imposibilidad de esta tentativa, se propuso poner sus vastos conocimientos y su notable inteligencia al servicio de un propósito que podía formularse así: "Los que a México conviene es volver al sistema español, ya que no a la dependencia de España, y no separarse de él sino en lo estrictamente necesario y lentamente". Este sofisma de observación provenía de la comparación entre las angustias y las obscuridades siniestras de lo presente, con la paz, la quietud y la resignación de los tiempos anteriores a la independencia. Con menos prejuicios y más perspectiva histórica los hombres que como Alamán pensaban, habrían comprendido que en la calma y en la inmovilidad mecánica de los tiempos coloniales estaba el germen de las borrascas deshechas que vinieron después. En su primer ministerio, Alamán era un federalista sumamente moderado y tenía plena razón; los sucesos posteriores lo convirtieron en el organizador del partido conservador, entonces incoherente todavía.

El Congreso pulsó bien el estado anárquico del país y trató de apresurar la promulgación de las bases de la federación, aun antes de la Constitución definitiva, con el objeto de apaciguar el ardor y la vehemencia de las reclamaciones del partido triunfante. El remedio resultó sólo un paliativo; el mal era profundo: síntoma de él fue la asonada militar en que tomó parte la guarnición de México, acaudillada por el coronel Lobato, que denunció luego como instigadores suyos a Michelena mismo, que intrigaba en el Poder Ejecutivo por desembarazar de obstáculos el camino de la ambición, y al brigadier Santa Anna, que se hallaba procesado por una tentativa de revolución federalista. El objeto principal de los pronunciados era disponer del poder y del dinero; el plan se resumía en esto: "separación de los españoles de los empleos públicos", lo cual era una medida violenta, perjudicial al buen servicio administra-

tivo y contraria al pacto trigarante de Iguala, pero sin duda política y, dadas las circunstancias, racional y necesaria. La exigía sin tregua el antiguo grupo insurgente que, o se había incorporado al ejército, y en unión de los oficiales iturbidistas difundían en él sus odios contra los españoles, que habían sido, por regla general; muy crueles con sus enemigos durante la guerra de independencia y disfrutaban buenos empleos después de ella, o formaba los núcleos de la opinión anticentralista en las provincias y mantenía una constante agitación, profundamente hostil al elemento español. La imbecilidad del comandante de Ulúa, que bombardeó a Veracruz cuando supo que el ejército francés había entrado en Madrid para derrocar la Constitución, y las noticias siniestras que de Europa venían, y que anunciaban una invasión española apoyada por la triunfante Santa Alianza, autorizaban indudablemente la exigencia, pero no la rebelión que, gracias al admirable civismo del Congreso, sucumbió por sí sola. Inútil es decir que la mayoría de los diputados pensaban lo mismo que los autores del motín.

Afectando un federalismo intransigente y casi separatista; explotando, lo repetimos, el antiespañolismo de las multitudes, que en cada alboroto repetían, como un grito de guerra social: "¡Mueran los gachupines!", con lo que expresaban el rencor profundo contra quienes sólo eran conocidos para el pueblo en forma de abarroteros, que explotaban, con implacable desprecio, sus vicios, fomentándolos; los antiguos partidarios de Iturbide habían formado, en Jalisco y en todo el occidente, un partido que predominaba ya, que tenía por corifeos al general Quintanar y al comandante militar Bustamante, y que, siguiendo una activa correspondencia con el emperador proscrito, le invitaban a presentarse en México como árbitro entre los partidos y lo empujaron a cometer este supremo desacierto. Las cartas que Iturbide envió al Congreso indicaron la inminencia del peligro: el Congreso dio el decreto atroz, dice Zavala, en que se ponía al libertador fuera de la ley, y que Iturbide no conoció sino cuando hubo desembarcado en México, y trató de desbaratar el foco imperialista de Jalisco, valiéndose para ello de los generales Negrete, Bravo, a quien los centralistas querían hacer dictador en aquellos días de peligro, y Herrera; estas personas lograron su intento: desterraron a los jefes principales y fusilaron a los subalternos.

El Congreso seguía elaborando la Constitución; en ella se pueden notar las transcripciones de la Constitución española y de la de los Estados Unidos del Norte, y estudiar el criterio eminentemente francés y, por ende, muy poco federal, que dominaba en sus autores. Desde la discusión del Acta constitutiva se apuró el debate sobre el régimen federal pleno, tal como lo proponía la comisión de Constitución; el padre Mier combatió el federalismo puro con incontrastables razones: "La federación era un medio de unir lo desunido, por eso la habían adoptado los Estados Unidos; allí toda la historia colonial exigía el pacto federal como única forma posible de la nacionalidad nueva; aquí era desunir lo unido, cuando todo urgía para hacer cada vez más compacta, más coherente a la flamante nación mexicana, cuya población, diseminada en un territorio inmenso, si quería una acción administrati-

va hasta cierto punto descentralizada, exigía, en cambio, una acción política que acelerase el movimiento de cohesión y reprimiese las tendencias centrífugas de las comarcas extremas, para poder contrarrestar los peligros nacionales: uno inminente, que venía de España, otro indefectible, que nos vendría de la vecindad con los Estados Unidos, que aumentaban sin cesar en codicia y en fuerza".

Era cierto todo esto, y la federación fue una obra de circunstancias profundamente facticias entonces; pero resultaba no menos cierto que la opinión dominante era de tal modo favorable a la federación, que si el Congreso no la hubiera decretado habría sido *incontinenti* derrocado; la Constitución promulgada en octubre de 1824, no podía ser otra cosa que lo que fue: la expresión pura de la opinión casi unánime del país político de entonces. Esta razón es la realmente incontestable en el manifiesto de Zavala que precede a nuestra primera Constitución; las otras, tomadas de las enormes diferencias entre las regiones que componían la Nueva España, tanto autorizaban el desmembramiento como la federación.

La Constitución estaba simple y cuerdamente distribuída: miembros componentes de la federación; organización del poder central, denominado, a la americana, federal; división clásica de este poder en otros tres independientes, aunque perfectamente conexos; composición y atribuciones de cada uno de ellos; límites de la soberanía de los Estados; condiciones para la reforma del pacto federal. Bajo este aspecto, la Constitución de 24 es un modelo de leyes bien hechas, pero además contiene disposiciones que comprueban el excelente criterio de sus autores: he aquí las esenciales: división del Legislativo en dos cámaras lo que era inherente al régimen federal; elección de los senadores por las legislaturas (lo que era el origen natural de sus poderes) y de los diputados por una lección de dos grados; Poder Ejecutivo depositado en una persona, y no en un colegio (como lo había sido, con mengua de su autoridad, desde la caída de Iturbide), y renovable cada cuatro años, lo que fue grave error; creación de un Poder Judicial soberano, formado por magistrados inamovibles, que equivalía a establecer un centro de estabilidad de la democracia que iba a formarse y una suprema garantía de la paz social, en constante actividad.

Apenas estuvieron listas las leyes electorales, aun antes de la promulgación del Código político, se hicieron las elecciones presidenciales; los políticos se proporcionaron mandatos electorales de las clases pasivas y mudas, y, con beneplático general, resultaron electos Victoria y Bravo para presidente y vicepresidente; las Cámaras se formaron de lo mejor que había entonces en los partidos; la Corte suprema se compuso de magistrados altamente probos y respetados, bajo la presidencia del anciano ex corregidor de Querétaro, Domínguez, y el país entró en la vida normal. Dos causas contribuían a ello en primer término: fusilado Iturbide en julio de ese mismo año de 24, en medio del estupor general, el partido imperialista recibió un golpe del que no pudo levantarse jamás y se fundió en el partido conservador, militar, que tendía a organizarse; desapareció, pues, un poderoso elemento de agitación. La

otra causa consistía en la situación financiera: el ejército y los empleados estaban pagados, el país yacía tranquilo, y desde entonces fue proverbial esta máxima de política práctica: cuando los sueldos se pagan, las revoluciones se apagan. Y era natural esto en una nación en que, por sus hábitos y su educación, las clases directoras sólo podían vivir del presupuesto; el gobierno no era más que un banco de empleados, custodiado por empleados armados que se llamaban el ejército. Esta situación financiera provenía del desahogo del erario a consecuencia de los empréstitos contratados con casas inglesas; estas operaciones, tachadas de inhábiles, y que lo fueron en efecto, son el origen principal de la deuda exterior de México; difícil era que, dadas las condiciones precarias de nuestra flamante república, hubiera podido hacerse algo mucho mejor: resultaba una obligación total de más de treinta millones de pesos al cinco y seis por ciento de interés y un beneficio neto para el gobierno, por el tipo a que los empréstitos habían sido tomados, de algo más de veinte millones, ocho de los cuales fueron gastados principalmente en malos buques, malas armas y equipos de guerra, pues todo anunciaba que pronto la tendríamos con España y era preciso apoderarse de Ulúa. Mas no era éste el resultado principal de nuestras relaciones financieras con el mercado inglés, sino estorbo de suprema importancia: a las relaciones financieras era necesario, indeclinable, que sucedieran las diplomáticas, y así fue; la declaración del gabinete inglés, al principiar el año de 24, de que reconocería la independencia de las repúblicas hispanoamericanas, paralizó por completo los empeños de la Santa Alianza en ayudar a España a recuperar sus colonias, y ésta ni pudo evitar la pérdida de San Juan de Ulúa, que destinaba a ser nuestro Gibraltar, ni tomar otro desquite que la ridícula tentativa de Barradas.

Victoria, que al principio mantuvo al ministerio conservador presidido por Alamán, lo transformó en otro de federalistas exaltados, como Ramos Arizpe, y liberales moderados, como Gómez Pedraza, pero el tono general del gobierno fue resueltamente antiespañol. Explotando la inminencia del peligro nacional, inflando ciertos conatos de conspiración de algunos españoles hasta convertirlos en horrendos crímenes, injustamente castigados con la muerte, el partido radical quería, no ya sólo la separación de los españoles de los empleos públicos, sino que, considerándolos como el obstáculo principal a la reforma social (abolición de los privilegios), en lo que, por cierto, no andaba enteramente descarriado, sostenía la necesidad de expulsarlos en masa y de confiscar sus bienes, lo que puso del lado del grupo radical todos los apetitos.

Los Estados Unidos, al mismo tiempo que Inglaterra y de un modo más explícito, habían recibido a nuestros plenipotenciarios y reconocido nuestra independencia; habían hecho más: ante las ostensibles combinaciones de España y la Santa Alianza para reconquistarnos, el presidente Monroe, en diciembre de 1823, había formulado en un célebre mensaje la declaración conocida con el nombre de doctrina Monroe, la que podía resumirse así: "Para el gobierno de los Estados Unidos es un principio conforme con sus

derechos e intereses, que la América continental no puede ser considerada como dominio propio para la colonización por una nación europea: toda tentativa europea con objeto de obtener la sumisión de alguno de los pueblos americanos que han realizado su independencia, o de ejercer alguna acción sobre sus destinos, será considerada como una manifestación de hostilidad a los Estados Unidos".

Ante las insensatas amenazas de España, y obedeciendo a la sugestión de las ideas federalistas, un considerable grupo de políticos mexicanos, seguro de que los americanos nunca tratarían por la fuerza de dilatar hasta nuestro territorio su movimiento de expansión (Zavala), se arrimaban a todo lo americano, y en las instituciones y las virtudes del gran pueblo sajón tenían sus irrealizables modelos. El plenipotenciario americano Poinsett, hombre de gran ilustración, amigo de hacer prosélitos e identificado con las ideas antiespañolas de los radicales, determinó a éstos a crear una asociación política, en la que no figuró naturalmente, pero de la que según parece era oráculo; tenía esta agrupación por objeto combatir a cuantos en el gobierno, en el Congreso y en la sociedad pretendían moderar o reprimir las tendencias de los exaltados, y para ello urgía coaligar otros elementos del Poder Ejecutivo y Legislativo y ponerlos con los primeros en competencia vigorosa. De aquí nació, bajo el patrocinio del ministro de Hacienda, Esteva, del de Justicia, Ramos Arizpe, del exaltado representante Alpuche Infante, de Zavala y otros, la logia yorquina, que aspiró a ser la "sociedad de jacobinos" de la revolución mexicana. Poinsett facilitó la organización; las logias escocesas quedaron casi desiertas; en todos los estados se establecieron sucursales del apostolado nuevo, en que se trataban todos los asuntos políticos, locales y federales; pronto fueron estas logias un gobierno de hecho que aspiraba a sojuzgar al gobierno complaciente de Victoria. Este, a pesar del desahogo que el empréstito había traído al erario y del prestigio que le dio la rendición de Ulúa, veía apuntar los días malos: no se había aprovechado, para organizar las rentas públicas, la situación bonancible del erario; se derrochaban lastimosamente los pocos millones de que el gobierno mexicano podía disponer y, con cortos meses de intervalo, las dos casas que habían contratado en Londres los empréstitos mexicanos se habían declarado en quiebra, cegándose la fuente momentáneamente de los recursos fiscales. A más de eso, una encíclica del Papa León XII condenando la independencia de las colonias, había venido a perturbar hondamente las conciencias; mas a pesar de la actitud de Roma, considerando que las facultades que, como se vio en la segunda parte de estos estudios, había concedido la Iglesia a los reyes de España, habían sido heredadas por el gobierno mexicano, que ejercía en consecuencia el Patronato, el ministro de Negocios eclesiástico intervenía en la administración de la Iglesia; la guerra civil estaba ya en la atmósfera.

Había una especie de ebullición política en todo el país; siguiendo el ejemplo de la capital, en donde dos periódicos, *El Sol,* órgano de los escoceses, y el *Correo de la Federación,* de los yorquinos, combatían encarnizadamente, se fundaban periódicos en los Estados y se improvisaban periodistas

y literatos; los Estados concluían sus Constituciones particulares, y la lucha entre yorquinos y escoceses traía por resultado que las elecciones removían profundamente a las masas, porque todos procuraban sacar de ellas elementos de triunfo; éste fue un germen de actividad democrática atrofiado después. Los congresos se ocupaban o en discutir las fases posibles de un concordato con Roma, como que en ellos abundaban los eclesiásticos y abogados canonistas, o por iniciativa del gobierno, en discutir un proyecto de auxilio armado a los cubanos, que según una junta de insulares proscritos, reunida en México, ansiaban por proclamar su independencia; además, suspendía las garantías para los ladrones y salteadores, que infestaban los caminos, para los facciosos, lo que era monstruoso. Pero lo que se imponía a todos, por la excitación sistemáticamente fomentada de la opinión, era la cuestión de los españoles; partidas armadas pedían su expulsión en distintos puntos del país; varias legislaturas la decretaron en sus Estados, y el Congreso (el segundo constitucional, en que dominaba el elemento yorquino) decretó la expulsión de cuantos militares españoles había en el país, de cuantos españoles hubiesen llegado desde 1821, y de cuantos juzgase sospechosos el gobierno, los demás debían renovar sus juramentos de fidelidad. Los generales Negrete y Echávarri salieron desterrados; grupos de misioneros abandonaron la República, y la consternación dominaba en las clases altas y en las inferiores; pero la burguesía yorquina seguía impávida su propósito. El decreto que se había dado era el extremo que parecían exigir las circunstancias.

Contra esta preponderancia de los yorquinos intentaron los elementos moderados y conservadores, los escoceses, una reacción armada (el plan de Montaño), que acaudilló el gran maestre don Nicolás Bravo y que el general Guerrero hizo fracasar; pedían los reactores la extinción de la masonería, la renovación del ministerio y la expulsión de Poinsett.

Este triunfo definitivo de los yorquinos, los dividió; los que entre ellos querían ir más allá de la cuestión de españoles y de reformas, se agruparon en derredor del general Guerrero; los que creían que era tiempo de detener la revolución, para no hacerla fracasar, proclamaron la candidatura de Gómez Pedraza, ministro de la Guerra, para la presidencia de la República. Era Gómez Pedraza un antiguo oficial realista, adicto luego a Iturbide, cuya caída había producido en él un odio terrible contra los españoles, muy ilustrado, orador notabilísimo y espíritu completamente emancipado; su carácter grave y su talento lo hacían, sólo bajo este concepto, muy superior al general Guerrero, cuyos méritos para con la patria eran inmensos, pero que por su absoluta falta de ilustración parecía destinado a la tutela de sus partidarios y, sobre todo, la del más activo, inteligente y temido de todos, Zavala. Fue cierto que la presión de los ministros, y aun la del presidente mismo, dieron por resultado que una mayoría de las legislaturas sufragase por Gómez Pedraza; al saber este resultado se promulgó Santa Anna por Guerrero, y éste ha sido el ejemplo que ha abierto en nuestra historia el surco más sangriento. Derrotado y acorralado Santa Anna en Oaxaca, no tenía salvación; pero la revolución había cundido en varios Estados; las milicias

locales, que se iban organizando con objeto de resistir a los comandantes militares nombrados por la Federación, se disponían a secundar el movimiento que estalló al fin en México (revolución de la Acordada), organizado por Zavala y acaudillado por Lobato y el mismo Guerrero. Gómez Pedraza y los otros ministros huyeron; Victoria se presentó a los rebeldes como suplicante para evitar desmanes; pero a los mismos jefes de la revolución, aun a Zavala a pesar de su energía, les fue imposible contener a las turbas desencadenadas, que saquearon el Palacio Nacional y la aglomeración de tiendas españolas que se llamaba el Parián, en la misma plaza de México. Victoria nombró a Guerrero ministro de la Guerra; el Congreso, violando el sufragio legal, lo declaró presidente y vicepresidente al general Bustamante. El sistema federal se había deshonrado, por desgracia.

Hemos sido prolijos quizás en esta puntualización de los hechos que fueron el origen de los partidos políticos que se disputaron luego el poder en interminables luchas civiles; lo hemos juzgado indispensable para comprender su evolución futura, que nos proponemos seguir rápidamente.

La administración del general Guerrero nació muerta; para poder legitimar su usurpación por medio del asentimiento del país y de la adhesión del ejército, se necesitaba tener un programa muy sencillo y marchar a su realización con una energía y cordura superiores; ni así probablemente habría logrado gran cosa: la transición entre el gobierno colonial y el gobierno propio había sido tan brusca, tan poco preparada por los hábitos políticos y sociales, que había removido tanto elemento de desorden y anarquía, había creado tantas energías facticias, sublevado a cada paso tal tumulto de descontentos y encendido tantos odios, que debían pasar años y años antes que el temblor de tierra cesase y la República adquiriese asiento por medio de la transformación radical de su modo de ser económico. El mal estaba en las cosas y era inevitable; para hacerse cargo de la relativa bondad de los gobiernos que se sucedieron en México después del funesto pronunciamiento de la Acordada, es preciso aplicarles este criterio: ¿hasta qué punto aumentaron o atenuaron y neutralizaron los males de una situación incurable?

La expulsión de los españoles decretada por el Congreso, atroz, innecesaria y absurda bajo el aspecto social (basta pensar en que, por graves defectos que se atribuyan con exageración enfermiza al grupo español, de él venía a la generación siguiente un grupo mexicano), era una suprema imprudencia política, porque se abandonaba un arma que podía contrarrestar todos los fantaseos de reconquista que pudiera acariciar el gobierno español. Después de esta medida, a que se creyó obligado el gobierno de Guerrero como al cumplimiento de un mandato imperativo, la guerra con España, que de hecho no existía, podía darse por segura; y era claro que no triunfaría una invasión, pero era evidente que, para resistirla, la situación financiera, ya desastrosa, se complicaría hasta un grado muy difícil de prever; cierto que el gobierno podría conjurarla por medio de la bancarrota y la quiebra fraudulenta, pero así naufragaría para siempre el crédito de la República y dejaría de ser una entidad apreciable en el progreso de la humanidad.

Zavala, ministro de Hacienda del Presidente Guerrero, trazó un plan de reorganización financiera bastante cuerdo, y lejos de engañar al país, como lo había hecho constantemente el ministro de Hacienda del general Victoria, puso de bulto las dificultades casi insuperables de la situación y planteó valientemente el problema; pero el problema financiero no se resuelve definitivamente sin poner en vía segura de solución el problema económico, y éste era una impenetrable tiniebla en que apenas respiraba una sociedad casi muerta. La expulsión de los españoles, una revolución guerrerista y los deplorables sucesos que señalaron su triunfo habían matado de golpe, en los centros mercantiles europeos, toda esperanza de que aquí llegase a organizarse una nación plenamente responsable, y el comercio comenzó a arrastrar una vida precaria entre la exacción famélica del agente fiscal y el contrabando organizado como una institución nacional. Los explotadores del hambre y la miseria del gobierno vieron el campo, y comenzaron su sencillísimo sistema de sangrías en un organismo anémico, que durante más de medio siglo impidieron andar a la República; la operación típica era ésta: se hacía al gobierno un préstamo de una cantidad pequeña, para el gasto del día siguiente; esta cantidad se entregaba parte (la menor) en numerario y parte (la mayor) en papel de la deuda pública, que se adquiría a ínfimo precio y que el gobierno aceptaba a la par; sobre el total se pactaba un fuerte interés y el reembolso se hacía por medio de órdenes sobre las aduanas, que se vendían a los importadores. El robo, el estrangulamiento eran visible, eran un escándalo que pronto dejó de serlo, porque sociedad y gobierno se habituaron a esto y se sometieron como esclavos: éste fue el imperio del agio, la verdadera forma de gobierno en que tuvo que vivir la nacionalidad nueva con diferentes etiquetas: federalismo, centralismo, dictadura.

Zavala quiso luchar por medidas arbitrarias, es cierto, pero necesarias; todo el dinero se escondió; quiso restablecer el crédito en el extranjero, asignando una parte de las entradas a pagar los intereses de la deuda exterior, que no se pagaban: no pudo sostener la medida; lo único bueno que pudo lograr fue la supresión del monopolio gubernamental del tabaco, el estanco, que asesinaba en germen uno de los ramos más ricos de nuestra incipiente agricultura. Pero la guerra se vino encima; un cortísimo cuerpo de ejército español desembarcó en la costa oriental, y la República, con mil sacrificios, pudo oponerle un ejército apenas superior; mas hizo un esfuerzo agotante para resistir a un ejército mucho mayor que se supondría vendría en seguimiento de la vanguardia, mandada por Barradas, y los agiotistas, risueños e irónicos, tomaron de nuevo posesión del ministerio de Hacienda; era preciso vivir, aunque fuera con el dogal al cuello. El aplomo, la inteligencia y el valor sereno y alto del general Mier y Terán, unidos a la temeridad del general Santa Anna, obligaron a capitular a los invasores en Tampico, después de reñidísimos combates en que los oficiales españoles vieron con sorpresa que el soldado mexicano, cuando tiene la convicción (adquirida con maravilloso instinto) de que sus jefes están decididos a pelear hasta morir y les dan el ejemplo, puede equipararse con el primer soldado del mundo.

La antipatía que inspiraba el ministro de Hacienda, a quien se atribuían las medidas violentas y los proyectos radicales, y cuya amistad con el plenipotenciario Poinsett era motivo de odio; el desprecio mal disimulado que inspiraba Guerrero en una sociedad que alardeaba de culta, sin tener de ello otra cosa que las buenas maneras; la irresolución de éste y la división entre los miembros del gabinete, imprimían tal sello de debilidad a la situación, que ni la victoria de Tampico fue parte bastante a remediarla, a pesar del entusiasmo que causó; pues ella, todos lo comprendieron, marcaba el fin de las tentativas de reconquista española.

Pero dos resultados habían producido en el interior la invasión frustrada: la necesidad de agrupar un ejército, en que se acumularon los restos del ejército veterano; la formación de cuerpos de milicias cívicas en los Estados, que daban a éstos pie para considerarse como naciones independientes casi; y en este hecho comenzó a originarse la rivalidad entre la guardia nacional y el ejército, que fatalmente había de llevar a la lucha entre los principios centralista y federalista. El gobierno de Guerrero sintió que la fuerza pública había pasado a otras manos y que hacían más figura en el país los generales Bustamante y Santa Anna que el presidente; para conjurar la tormenta sacrificó al ministro Zavala, dio al señor Bocanegra la cartera de Relaciones y pidió el retiro de Poinsett; mas el partido yorquino, vencido por la rebelión de la Acordada, unido al partido escocés y sostenido por todos los elementos conservadores, asfixiaba al gobierno, que no tenía un centavo y que se moría. A fines del 29 estalló una revolución militar en Campeche, que se adueñó pronto de la Península; esta rebelión, nacida del conflicto entre las tropas fedrales sin sueldo y el gobierno local, que no quería pagar por el gobierno de México, estalló en una orgía de oficiales y proclamó el centralismo, cosa singular en un Estado que aspiraba visiblemente a la autonomía, pero que se explica porque de esta manera se derrocaba al odiado gobernador constitucional (que era un ciudadano intachable) y porque, siendo federal la República, el modo de separarse de ella era ser centralista; y como las razones en favor de la separación provenían de la incompatibilidad de los intereses económicos, resultó popular, durante cierto tiempo, el rigoroso gobierno militar inaugurado por los centralistas, que duró tanto como la administración de Bustamante.

El ejército de reserva, al terminar el año de 29, se pronunció en Jalapa; se esperaba que Bustamante y Santa Anna se pusieran al frente del movimiento, pero el segundo se retrajo y quedó en disponibilidad para la próxima revolución, que así se llamaba cada asonada militar. El plan de Jalapa mantenía la Federación, hablaba de descontento, de violaciones de la ley, de ejército desatendido, es decir, no pagado; de abusos, de necesidad de impedir la anarquía, y exigía, en virtud del derecho de petición, que el gobierno abandonase las facultades extraordinarias y convocase "a las augustas Cámaras que deberían remediar los males de la patria". El plan era ridículo y, sin embargo, tal era el desprestigio social de la administración de Guerrero, que todo el mundo aplaudió. Guerrero marchó a combatir la rebelión, y se diri-

gió al sur con un pequeño ejército, del que al fin se separó. En México quedó subsituyendo a Guerrero el ministro Bocanegra, contra el cual se pronunció la guarnición; entraron interinamente a gobernar, el presidente de la Corte y dos consejeros. Bustamante ocupó la capital, y el ejército de reserva, hijo del trigarante, se denominó protector de la Constitución.

Cierto que había pretexto para un levantamiento: la autoridad de Guerrero era rigorosamente inconstitucional, mas de la misma fuente nacía la del vicepresidente Bustamante, y por eso las Cámaras, reunidas en enero de 1830, no declararon nula la elección de Guerrero, sino a éste moralmente inhábil para gobernar. Era una farsa legislativa aquélla; fue para el presidente depuesto el principio de una tragedia. El general Bustamante, el tremendo oficial realista, el héroe discutible de Juchi, el iturbidista recalcitrante y, por odio a los enemigos de Iturbide, exaltado federalista luego, era un hombre aficionado a las medidas enérgicas, aun cuando fuesen sangrientas, por convicción, no errónea acaso, de que para desalentar a los explotadores de la anarquía urgían terribles escarmientos (exceptuábase a sí mismo de ese grupo, porque confundía su ambición con el interés de la patria). Valiente, serio, reflexivo y probo, representaba una aspiración general a la estabilidad que las clases conservadoras, que naturalmente lo apoyaron, confundían con el estancamiento.

Su ministerio, presidido por Alamán (Relaciones), y en el que figuraban el intrigante y resuelto coronel Facio (Guerra) y el sesudo Mangino (Hacienda), era de un marcado tono reactor; las clases privilegiadas, los lastimados por la expulsión de los españoles, los asustados por las tendencias del gobierno anterior, se sentían representados en él y suponían que sus corifeos procurarían centralizar y conservar, bajo la máscara transparente del federalismo, todo cuanto en el México nuevo pudiera sobrevivir del México colonial.

El año entero de 1830 se invirtió en pacificar el país; algunos Estados formaban coaliciones para defenderse del gobierno central y del ejército, que comparaba, con despecho, su miseria, por la falta casi constante de sueldos, y la bienandanza de las guardias nacionales de los Estados, puntualmente pagadas; otros, como Yucatán y Tabasco, permanecían substraídos al pacto federal; Texas, completamente americanizado, gravitaba cada vez más hacia su centro natural en Washington; la parte meridional de los Estados de Michoacán, en donde el gobernador se había alzado en armas, de Puebla, México (el territorio del actual Estado de Guerrero) y Oaxaca, estaban incendiados por la insurrección guerrerista, y el ex presidente, aunque enfermo y retirado, era el centro de este vasto movimiento. Conforme a su propósito, muy explicable desde el punto de vista de los vencedores, se adoptó un sistema de terror militar, y la represión fue en todas partes sangrienta: casi todos los corifeos de la resistencia armada fueron ejecutados; la imprenta calló (dos periódicos políticos se publicaban solamente en México), algunos diputados fueron rabiosamente perseguidos, y todo aquel sistema duro y

brutal, y no nos atraveríamos a añadir innecesario, porque la guerra civil debía terminar a todo trance, pero frecuentemente injusto y ciego, acabó con un gran crimen, la ejecución del general Guerrero, padre de la patria y hombre de intachables sentimientos, representante genuino del patriotismo rural, candoroso, ardiente y probo, y jamás sanguinario bajo sus auspicios. Lo que indignó la conciencia del país fue la inicua perfidia con que Guerrero fue capturado en Acapulco por un abominable italiano, y el olvido estupendo en que los jueces militares pusieron los méritos del infortunado caudillo, de quien los partidos quisieron hacer un político cuando no era más que un gran mexicano.

La República, henchida de fermentos de revuelta, se sometió y quedó pacificada de hecho. Esta circunstancia había levantado algo el crédito nacional; aún no se perdía en el extranjero la convicción de que México poseía maravillosas riquezas, que la inseguridad, hija de las discordias civiles, impedía explotar; las empresas mineras, que habían sido en parte abandonadas, cobraron nuevo aliento, y el capital inglés que las alimentaba comenzó de nuevo a moverse en dirección de la República; el comercio exterior creció a compás del tráfico interior y las rentas subieron; el gobierno, que había encontrado al erario en plena bancarrota, y que con el sistema de los préstamos parciales (agio) apenas vivía angustiosamente de un día para otro, aumentando sin cesar la deuda interior, al grado de que el productor neto de las rentas, que no pasaba de trescientos mil pesos mensuales, apenas podía pagar las listas civil y militar del Distrito Federal, el gobierno pudo respirar, pudo comenzar un trabajo rudimentario de emancipación respecto de los agiotistas y volver a pagar los intereses de la deuda exterior.

En plena conformidad con las ideas que profesó toda su vida, Alamán hizo decretar medidas que prohibían la colonización de americanos en las fronteras septentrionales (acto imprudentísimo de hostilidad que nuestros vecinos no perdonaron), y organizó una protección profundamente artificial a la industria vernácula, no nacida aún. Se estableció un banco, que debía vivir con parte del producto de los derechos protectores que pagaba la importación y que debía proporcionar maquinaria y dinero a los futuros fabricantes. Las teorías de Alamán eran rutinarias y rancias, sus procedimientos eran prácticos y eficaces; cierto que no es posible negar que el libre cambio, es, como toda libertad, un ideal, el fin de una evolución, y cierto también que una nación amurallada con tarifas no puede ser sino una rémora a la solidaridad humana, pero jamás un político marchará de uno a otro extremo sino lentamente y por grados. Lo que es inadmisible es que, por medios arancelarios, se creen industrias que no tengan en la comarca protegida su materia prima; querer hacer de la República Mexicana un país manufacturero, sin vías de comunicación, sin combustible y sin fierro, sin población consumidora, era inútil. Vegetó y nada más la industria nacional; sólo cuando el estado económico comenzó su transformación orgánica, el problema del trabajo nacional pudo plantearse sobre bases definitivas.

La existencia de depósitos en numerario, en las aduanas del Golfo, y el

afán de los especuladores de obtener a bajo precio permisos de importación, que la administración de Bustamante había ido acercando a la par, determinó un pronunciamiento exclusivamente militar en Veracruz, bajo los auspicios de Santa Anna, que temía más una presidencia del general Mier y Terán (hombre de dotes superiores, que acababa de obtener el voto de las legislaturas y que poco después se suicidó en Padilla), o del general Bravo, que debía reemplazarlo, que la de Bustamante mismo.

La revolución veracruzana recibió un tremendo descalabro, infligido por las fuerzas del gobierno; pero el partido federalista avanzado, que tenía su ciudadela en Zacatecas, en donde el gobernador García había allegado cuantiosos recursos militares, determinó una conflgración en el interior. Bustamante salió a contener el avance de las milicias federalistas y las destruyó; mas todo se había complicado, la rebelión cundía y había enarbolado una bandera legal: la de la vuelta de las cosas al estado que tenían en el año de 28 y, por consecuencia, el advenimiento del señor Gómez Pedraza a la presidencia constitucional. En cuanto Bustamante se convenció de que la guerra civil podía continuar indefinidamente, pactó una transacción con Santa Anna (convenios de Zavaleta, diciembre de 1832), obligó a su ejército a reconocer el nuevo orden de cosas, y aunque el Congreso se resistió con altivo civismo a pasar por lo que los generales, sin autorización legal habían convenido, tuvo que ceder, y Santa Anna, con el ejército denominado libertador (tercera transformación del ejército trigarante en diez años), ocupó la capital.

La era de los pronunciamientos mexicanos comenzó, puede decirse en España, la tierra clásica de las rebeliones militares en nuestro siglo; en ninguna parte se ha considerado el ejército con derechos más claros para interpretar la voz de la nación, soliendo sólo interpretar la voz de las codicias y apetitos de sus jefes o de quienes los mueven, que en los países españoles. En México prendió a maravilla el ejemplo de la metrópoli en este punto; al motín burgués en Aranjuez contra Godoy, correspondió aquí el de los comerciantes contra Iturrigaray; al levantamiento popular contra los franceses, correspondió el nuestro de 1810 contra los españoles; al pronunciamiento de Riego contra el absolutismo, en 1820, hizo eco el de Iturbide contra la dominación española. Desde entonces, nuestros pronunciamientos siguieron como en España, pero por nuestra propia cuenta. Iturbide es derrocado por el elemento español, preponderante en el ejército y en el gobierno; pero esa reacción tenía que ser efímera, y México se constituyó en federación, como una especie de mecanismo armado contra el influjo español; consideróse el nuevo sistema como la consumación de la independencia, y los primeros años de nuestra historia política nacional están dominados por el temor de una invasión de España, por el deseo de arrancar de cuajo, hasta en sus raíces sociales, el predominio español en la joven República. El levantamiento, no diremos popular (pueblo es un nombre históricamente sagrado), sino demagógico de la Acordada, no tuvo sino muy poco de militar; los corifeos cayeron sobre el presupuesto para exprimirlo, los secuaces sobre el Parián para saquearlo; el ejército tomó su desquite con la sublevación de Bus-

tamante en Jalapa, y el régimen militar imperó plenamente por vez primera; no llegó a su apogeo, el apogeo fue Santa Anna, pero sí predominó y ensangrentó al país como suele. En países enfermos de anarquía crónica es a veces éste un remedio, con tal de que a la paz impuesta por el miedo suceda la paz consentida por el bienestar social, la paz económica que llamaremos; el gobierno de Bustamante no tuvo tiempo ni idea para aprovechar dos años de orden político y financiero; el problema económico y social, la existencia de clases privilegiadas y la distribución monstruosa de la riqueza pública, que detenían el progreso de las masas, haciéndolas tributarias de deficientísimos grupos industriales y dando aliciente al contrabando, que carcomía el ramo principal de nuestras rentas:

La reacción que arrojó a Bustamante del poder estaba dirigida por hombres exasperados por las ejecuciones políticas, que habían poblado de patíbulos el país, y por la sangre que había corrido a torrentes en la guerra civil; la administración derrocada era para ellos una negra trinidad: el presidente Bustamante y sus dos siniestros ministros, Facio y Alamán, delante de ellos surgiendo del infierno la satánica figura del Judas Picaluga y, entre esa sombra y esa sima, el cadáver de Guerrero acribillado de balas mexicanas.

La revolución había paliado su obra con el pretexto de reanudar la interrumpida legalidad constitucional: de ahí la jefatura del presidente legítimo del 28, Gómez Pedraza, que apareció con un programa sensato y frío, verdadero credo de doctrinario, que se encaminaba a hacer, por medio de definiciones jurídicas, imposibles las revoluciones, como si esto fuese factible mientras la evolución del estado social no hiciese prevalecer en el país el instinto de conservar en la paz la garantía suprema del trabajo productivo, sobre la esperanza de obtener, en cambios repentinos, mejoramientos indefinidos e indefinibles. Lo único que entendió la nación del programa de Pedraza, es que venía a elegir a Santa Anna, que después de una perpetua aventura, llegaba al fin al poder. A la sombra del ídolo, cuyos retratos elevaba en procesión la multitud de abigarrados carros triunfales, y en cuyo loor se entonaban himnos infantiles, con música y literatura rudimentarias, el partido nuevo, el radical, que había salido de las logias yorquinas a la calle, a la asonada, a la milicia cívica, a la prisión, a sangrienta derrota y al deseo bravío de venganza, exaltó a la vicepresidencia al doctor don Valentín Gómez Farías y pobló de obscuros rencores, de anhelos de reforma y de audiencias inexpertas las curules del nuevo Congreso, que sucedía al que tan virilmente había defendido la legitimidad de la presidencia de Bustamante y del interinato del general Múzquiz contra Santa Anna triunfante y contra Bustamante mismo, desalentado, rendido y desarmado.

El gobierno español, que como siempre mostraba en los negocios americanos una miopía sorprendente, a pesar de que durante el largo período de agonía de Fernando VII el ministerio había publicado un programa de despotismo ilustrado, a pesar de que todos estaban convencidos de la inutilidad de las tentativas de España en sus antiguos dominios coloniales, y de que la revolución de 1830 en Francia había echado por tierra la Santa Alianza, per-

sistía en no comprender que el único medio de transformar la situación de los españoles en la Nueva España era el reconocimiento de su independencia. Mientras esto no sucedía, un grupo político, considerable en México, se creía en el deber de seguir el programa de persecución contra los españoles, ya para libertarlos con el destierro de espantosos desmanes populares, ya para castigar en ellos el delito de haber ayudado, unos cuantos de hecho y todos con sus votos, a los gobiernos que, como el de Bustamante, dejaban de perseguirlos y convertían en letra muerta las bárbaras leyes de proscripción. Gómez Pedraza, hombre de carácter e ideas moderadas, era intransigente en la cuestión de españoles y casi su primer acto fue renovar el vigor de la expulsión.

El general Santa Anna dejó el poder a Gómez Farías y al partido yorquino extremo, a los puros, como se les llamaba para distinguirlos de quienes querían las reformas a medias. El partido que iba a gobernar era claramente una minoría en el país; la masa agrícola, indígena y mestiza, que servía con las armas al que disponía de mayor fuerza en un punto dado para deshacer a la familia rural y arrebatar con la leva al padre y a los hijos, no tenía más guía, ni más faro, ni más programa que sus curas y sus supersticiones; las masas urbanas populares obedecían a sus amos; ambas eran, pues, cantidades negativas; los trabajadores de cierta independencia, formaban la oligarquía con los empleados, el ejército y el clero.

Esta oligarquía estaba dividida: la aristocrática y privilegiada, que era la mayoría, se componía así: los ricos, casi todos retraídos de los asuntos públicos por pusilanimidad, por egoísmo, porque en la política sólo toman parte los que no tienen qué perder, según la máxima repetida sin cesar en el salón, en la casa de la hacienda, en la sacristía; esta clase, a haber podido, habría resucitado la quietud de los tiempos virreinales; los empleados, que eran conservadores casi en masa, y sobre todo, enemigos de cuanto pudiera comprometer su adhesión al clero y a la religión; en este grupo los individuos emancipados eran muy contados, restos de la expirante masonería; pero los empleados servían a quien les pagaba, y conspiraban, con sorda, tenaz y constante conspiración social, contra el que no les pagaba; el clero alto, que estaba cada vez más resuelto a defender sus privilegios, sus fueros, sobre todo desde que el Pontífice había dado nuevos jefes a la Iglesia mexicana (hombres de saber y virtudes eminentes), y había establecido que el patronato pleno sólo pudo pertenecer a los reyes de España, y no a sus herederos por la fuerza, los gobiernos americanos. En cambio, en el bajo clero hervían las ideas reformistas y liberales, y no pocos de ellos fueron, en las legislaturas de los Estados y en la prensa, los promotores de las medidas radicales encaminadas a la supresión de los fueros y al establecimiento de la tolerancia religiosa: eran los descendientes de Hidalgo y de Morelos. El ejército fluctuaba: servir al gobierno era su deber general, seguir a sus jefes era su deber concreto; desempeñó todos los papeles, su unión con el clero fue obra del centralismo. Estos eran los componentes de la fracción mayor de la oligarquía.

La pequeña burguesía que odiaba a los españoles, los jóvenes abogados y

hombres de ciencia, en su mayor parte, los políticos que codiciaban, los nuevos que ambicionaban, y a la cabeza de esta falange intelectual, apasionada de la igualdad, que se reclutaba principalmente en las capitales de los Estados, un grupo de patriotas pensadores que se anticipaban quizás a su tiempo, y de seguro al medio social que los rodeaba, eran los elementos que constituían la fracción de la oligarquía que se llamaba reformista; ésta tendió a crecer, a multiplicarse y a renovarse por medio de las fuerzas que, en lentos y pequeños grupos, de las clases inferiores subían a ella por medio de la escuela y de las asociaciones o reuniones políticas, en que ya se hacía constante propaganda; tal era ese grupo oligárquico en necesaria transformación democrática. En el año de 33 fue dueño del poder.

Su programa se encaminaba a la reforma económica y social; se trataba de una empresa de emancipación, consecuencia forzosa de la obra de los grandes insurgentes de 1810; veinte años después, la generación que les había sucedido trataba de destruir el régimen colonial en lo que más hondas raíces había echado en la sociedad, en la tutela indiscutida de la Iglesia; se trataba, en una palabra, de convertir en sociedad laica a la sociedad mexicana. Los primeros golpes los había dado el gobierno español; la expulsión y despojo de la Compañía de Jesús contenía en germen la nacionalización de los bienes eclesiásticos, y por la misma razón, la imposibilidad para el Estado de subsistir con otro Estado dentro, oficialmente reconocido, cuyo jefe era un príncipe extranjero, el Papa; las doctrinas reformistas de los Mora, de los Gómez Farías, de los Zavala, eran la ampliación filosófica y económica de las doctrinas regalistas, estrechas y autoritarias, de los Cano, los Macanaz y los ministros de Carlos III; las aspiraciones de los reformistas tenían su origen histórico en los votos de los municipios, que desde el primer siglo colonial pedían a los reyes que se prohibiese establecer más conventos e iglesias y se limitase el número de religiosos. La razón inmediata de los reformistas estaba en la cuestión del Patronato; el Papa había anatematizado la independencia e ignorado la nacionalidad nueva, luego había tratado con ella extraoficialmente y había provisto las sedes vacantes; el gobierno mexicano había creído poder proponer obispos e ingerirse en el gobierno de la Iglesia como herederos del rey de España; el Papa y los obispos, con sobrada razón, habían dicho: "No, el privilegio era personal de los reyes, y era intransmisible y perfectamente revocable por la Iglesia." Eso era evidente, y lo era un poco menos, pero de seguro controvertible, que habiendo el rey, en compensación de ese privilegio, colmado a las iglesias americanas de privilegios parciales, constituído sus fueros (exenciones de impuestos y derecho de los individuos de ambos cleros de sólo poder ser juzgados por los de su clase) y permitídoles adquirir una inmensa riqueza territorial, que se basaba en donaciones directas de la Corona, el gobierno nuevo, a quien se negaba el patronato, debía considerarse en el caso de retirar los privilegios parciales, de suprimir los fueros y de recobrar en buena parte la riqueza territorial de la Iglesia. Un acuerdo con el Pontífice, un concordato, habría aplazado por mucho tiempo el golpe; pero la curia romana se resistía, y lo evadía con la

política de moratorias y concesiones tardías, que la ha caracterizado frente a la irrupción irresistible de las ideas nuevas. Y de estas ideas eran apóstoles fervientes los reformistas del 33; no eran anticristianos, como se les dijo, eran hasta buenos católicos la mayor parte de ellos; pero, saturados de anhelos por la igualdad y de principios económicos-políticos, iban a tres fines que sólo la generación que tras ellos vino realizó: destruir los fueros eclesiásticos, hacer entrar los bienes de manos muertas (los que no podían enajenarse) en la circulación de la riqueza general, y transformar por medio de la educación el espíritu de las generaciones nuevas; sin eso no se podría llegar a la libertad religiosa o de conciencia, base de las demás. Jamás la Iglesia consentiría en ello; lo había proclamado, y con justicia: la negación de la libertad de conciencia era la razón misma de su autoridad.

El vicepresidente, de acuerdo con el presidente Santa Anna, lleno de temores y rencores, pensó primero en desarmar la resistencia privándola de sus caudillos, y de aquí la ley "del caso", ley de arbitrariedad y venganza, que proscribió *ad libitum* un grupo considerable de mexicanos, después de infligirles inicuos tratamientos; el ex presidente Bustamante fue el primer proscrito. Unos partieron; otros, estadistas, obispos, escritores, se ocultaron; los ministros de Bustamante fueron acusados por el asesinato político de Guerrero, del que no todos eran responsables, como lo demostró plenamente el proceso del señor Alamán.

La sociedad estaba profundamente conmovida; el clero denunciaba al gobierno como resuelto a destruir la religión, y las funciones religiosas, para pedir la protección divina, y los lamentos de los profetas y los misereres se unían al profundo espanto que causaba la invasión del cólera, que las autoridades combatían con mil medidas de reclusión, de aislamiento y de silencio social, que daban aspecto pavoroso a las ciudades, desiertas en el día, iluminadas en la noche por fogatas de brea, a cuyo resplandor se veían transitar las camillas de la muerte, o los sacerdotes que llevaban aquí y allí penosamente los auxilios de la religión: el castigo del cielo era evidente, aquel gobierno impío atraía sobre la República las calamidades supremas; clamaba así la Iglesia y la sociedad sufría. Y aquellos hombres, del temple de acero de los jacobinos de la gran revolución, no desmayaban: la prensa liberal se desataba en acerbas críticas contra el clero, no atacando la religión, sino al contrario, confrontando crudamente la conducta del clero con las máximas del Evangelio; en algunos Estados la prensa había exaltado furiosamente los ánimos, y alguna legislatura decretó la ocupación de los bienes eclesiásticos y la supresión de las comunidades religiosas, de la coacción para el pago de diezmos, etc. El Congreso discutía los más avanzados proyectos, capítulos previos del definitivo movimiento reformista que había de estallar veinte años más tarde. Llegaron a adoptarse medidas generales importantísimas, que una reacción inmediata convirtió en letra muerta, pero que indicaron la meta de sus futuros anhelos al grupo liberal, que los despotismos centralistas iban a enriquecer de experiencia, de hombres y de odios.

En ejercicio del derecho de patronato de que fingía creerse investido el

gobierno, proyectó curatos, puso en obra la facultad de excluir a ciertos candidatos para la provisión de los beneficios eclesiásticos, como lo hacían los virreyes, y derogó provisiones de canonjías; puntualizó los requisitos con que podían circular en la República las determinaciones (bulas) del Pontífice; suprimió la coacción civil en materia de votos eclesiásticos y la del pago de diezmos; en los Estados se prohibía a los curas exigir trabajos personales y establecer cofradías, y se procuraba extirpar la costumbre indígena de convertir en orgías y farsas ominosas las fiestas eclesiásticas lo que imposibilitaba el ahorro del trabajador rural y del artesano, y los mantenía en la idolatría, hábitos que, por su decoro propio, la Iglesia debió suprimir. Todas estas medidas miraban al presente; era preciso preparar lo porvenir: se suprimió la Universidad, por el espíritu de mejorar destruyendo, en lugar de transformar mejorando; habría sido bueno, en lugar de una universidad pontificia, haber creado una universidad nacional y eminentemente laica; las universidades fueron los focos medievales de la enseñanza, constantemente adulterada, pero constantemente nutrida de un espíritu laico de emancipación y de ciencia; ese nombre es hoy precisamente el que denomina los esfuerzos colectivos de la sociedad moderna para emanciparse integralmente del espíritu viejo, y sólo en nuestro país ha podido parecer, gracias a una medida política apenas pensada, que universidad y reacción científica eran sinónimos: el partido liberal mexicano, y en esto se muestra bien latino, ha tenido siempre la superstición de las palabras. Suprimida la Universidad, se organizaron los estudios sobre planes nuevos más racionales, se dio un gran papel a la enseñanza científica y se promovió con esfuerzo enorme la propagación de la enseñanza primaria, base forzosa de la selección gradual que había de constituir los grupos de la enseñanza preparatoria y profesional. Era un plan de educación de la democracia y de creación de un pueblo mexicano consciente de su derecho.

Los elementos reactores, heridos en el corazón, lucharon desesperadamente por la vida; el camino era natural: el gobierno reformista se apoyaba en México y, sobre todo, en los Estados, en las milicias nacionales, en los "civiles"; luegos pretendía eliminar y después suprimía el ejército, cuyos fueros estaban a discusión constantemente; luego, el interés de la Iglesia y del ejército eran idénticos; claro, como que eran las clases privilegiadas. Empezaron los pronunciamientos, con la particularidad de que todos reconocían la presidencia de Santa Anna, que llegó a ser algunas veces proclamado dictador. El presidente ocupaba de cuando en cuando el poder, suspendía de hecho la obra reformista y tomaba las armas para pacificar el país, dándose el caso de que alguna vez lo capturaran las fuerzas que se habían pronuncido por su ascensión al poder absoluto, lo que dio lugar a demostraciones eminentemente ridículas de adhesión del Congreso federal hacia el astuto general, que precisamente se había mantenido apartado del movimiento reformista para resultar como el verdadero autor, si triunfaba, o para aprovecharse de su fracaso, manteniéndose en su hacienda de Veracruz como un faro de esperanza para la mayoría social, hondamente conmovida, afligida e irritada.

Una asonada en la misma capital, reprimida con admirable entereza personal por el vicepresidente, la declaración del estado de sitio, el llamamiento a las armas de las milicias cívicas, determinaron al presidente Santa Anna a intervenir, simulando una fuga de manos de sus carceleros-partidarios; en llegando a México se declaró adicto a los reformistas, para inspirarles confianza mientras maduraba sus planes; hizo todavía algunas campañas contra los generales pronunciados y, en principios de 1834, el presidente había maniobrado con tal astucia, que los dos partidos en lucha contaban con él. En abril de este año Santa Anna ocupó repentinamente la presidencia, disolvió el Congreso, hizo salir del país a Gómez Farías, persiguió a los reformistas, derogó todas las leyes de reforma, llamó a gobernar a un gabinete conservador y recibió el inmenso aplauso de la sociedad, libertada de aquellos temerarios emancipados que, sintiéndose en minoría, habían acometido una obra fundamental, la cual había de ser proseguida algún día o México renunciaba a ocupar un puesto entre los representantes de la cultura moderna.

El general Santa Anna era un hombre que tenía la cantidad de inteligencia que se necesita para procurar todo su desarrollo a la facultad compuesta de disimulo, perfidia y perspicacia que se llama astucia. Sumamente ignorante, no carecía del don peregrino de devolver a sus consejeros, como suyos, los pensamientos que le habían comunicado; inmensamente ambicioso, con una ambición centuplicada por la convicción de que él era el fundador de la República y de que ejercía un derecho conquistándola; esa ambición era su religión única, amasada con un poco de superstición católica y de creencia ingenua en sí mismo y en el papel providencial. Vanidoso como un mulato, era sumamente accesible a la adulación, y el incienso lo mareaba y ensorbecía, hasta inflarlo como a un sultán africano; sin principios de ningún género, sin escrúpulos de ninguna especie, gozando de prestigio inmenso entre la tropa, que lo sentía suyo; ajeno a la ciencia militar, pero capaz de acometer cualquier empresa política o guerrera, sin tener para ello más cualidales que las de comunicar su fuego al soldado, arrostrar impávido el peligro y despreciar toda precaución. Este ídolo del ejército permanente no pudo ser nunca, como militar, más que un coronel de guardia nacional.

Santa Anna empleó el año de 34 en preparar la reacción centralista; el ejército desarmó en varias partes a las milicias cívicas, disolvió las legislaturas, sitió ciudades y ocupó militarmente algunos Estados, mientras otros, como Chiapas y Yucatán, se hallaban en la anarquía y estallaban dondequiera pronunciamientos. El predominio del ejército impuso una elección eminentemente favorable a los reactores, para el nuevo Congreso, que se reunió en enero del 35. Entonces, bajo la dirección del ministro de la Guerra, y mientras el presidente aparentaba retraerse en su hacienda, se multiplicaron los pronunciamientos en favor de la reforma de la Constitución de 1824. El Congreso se consideró (con falta absoluta de legalidad) autorizado para declararse constituyente.

El régimen federal había concluído de hecho; el gobierno de Zacatecas, a quien se quería desarmar por medio de una ley, se alzó en armas; pero Santa Anna lo venció, disolvió las milicias y redujo el Estado a la obediencia. Antes de terminar ese mismo año expidió el Congreso las bases del colegio centralista. La federación había vivido. Error político inevitable, como casi todos los que han hecho de nuestra historia una trama de gigantescas dificultades, sólo comprarables a las que la naturaleza ha colocado en el camino de nuestro progreso material y moral, la Federación, al convertirse en el blanco de todas las reacciones, preparaba su resurrección inevitable y definitiva en lo porvenir. Es un hecho histórico que nació de circunstancias transitorias, convertidas, por las resistencias al trabajo de emancipación social, en condiciones necesarias de nuestra existencia política.

CAPITULO III

EL CENTRALISMO Y EL CONFLICTO CON LOS ESTADOS UNIDOS (1835-1848)

Texas; Santa Anna. La primera Constitución centralista. Bustamante; la guerra con Francia. Guerra civil; la segunda Constitución centralista; Bustamante; Yucatán. La cuestión norteamericana; provocaciones e insultos. Las postrimerías del centralismo; guerra con los Estados Unidos. La reacción federalista; Santa Anna; los norteamericanos en el corazón del país. Fin de la guerra; la paz del cuarenta y ocho

Los TRES PRIMEROS lustros de nuestra historia nacional están dominados por la amenaza y el temor de un conflicto con España; la muerte de Fernando VII, la ascensión del partido reformista español al gobierno con la regente doña Cristina, la terrible lucha civil que en la Península se había desencadenado entre el carlismo absolutista y el cristianismo liberal, las medidas cada vez más violentas contra el predominio de la Iglesia y el clero, seguidas de sangrientas y espantables escenas populares, que volvían en comparación, anodinas y pálidas las tentativas de nuestros yorquinos para fundar en México un gobierno laico; todo constituía una situación tan profundamente distinta de aquella en que los conatos de reconquista americana habían nacido, que renovarlos resultaba imposible; de aquí al reconocimiento de la independencia de las antiguas colonias no había más que un paso; lo dio el ministro Calatrava en fines de 1836, y las relaciones entre España y México, que tantos males habrían evitado diez años antes, recibieron solemne sanción diplomática.

Puede decirse que el federalismo, que las complacencias con los Estados Unidos, que el deseo de aliarnos a ellos, acariciado por los próceres de nuestro primer liberalismo, fueron la forzosa consecuencia de la actitud de España. Cuando ésta comenzó a cambiar, nuestras miradas angustiosas convergieron hacia el norte, y la cuestión de Texas aparece en nuestro horizonte, cubriendo apenas el coloso de fuerza y de apetito que se delineaba tras ella; una lucha con Texas nada significaba para los mexicanos; lo que domina todo el período del centralismo es el temor de una guerra con los Estados Unidos. Este temor

era justo; los Estados Unidos podían cortar rápidamente nuestras comunicaciones con el mundo, apoderándose de nuestros puertos indefensos, cegar la fuente principal de nuestros escasos recursos y obligarnos a devorarnos a nosotros mismos en obscuras y espantosas reyertas civiles para disputarnos las llaves de las cajas públicas, desmembrarnos probablemente y regresar a la barbarie o naufragar en la anexión. Fue una buena fortuna para México que la guerra directa y la invasión armada, si bien desnudó en todo su horror nuestras íntimas debilidades, enardeciese nuestra sangre, suscitase el valor del pueblo más abnegado del mundo, porque no defendía ningún bien positivo, sino puramente subjetivo y abstracto, y diese un poco de cohesión al organismo disgregado de la patria.

El más temeroso legado que España pudo dejarnos fue la inmensa zona desierta, despoblada e impoblable, por su extensión, rica a grandes trechos y en otros incurablemente estéril, que se extendía a nuestro septentrión allende el curso del Gila y del Bravo. Tales distancias separaban de ella el centro de nuestra organización política, tan difícil nos era explotar sus riquezas apenas adivinadas, con nuestra población inamovible en su mayor parte y escasísima en la restante, tan claro era que la formidable expansión angloamericana había de rebosar en ella; la parte oriental de esa zona (Texas) caía tan naturalmente en la esfera de atracción de los Estados Unidos en indetenible marcha, que nuestros hombres de Estado no debían haber tenido otra mira que regalarla, literalmente, regalar aquella zona que no podía ser nuestra, a la colonización del mundo, a la rusa, a la francesa, a la inglesa, a la española, a la china, y dejar que allí se formara una Babel de pueblos que sirviera de rompeolas al ensanche americano. Pero esto, que hoy es fácil concebir y decidir con la punta de la pluma, era algo imposible para los prejuicios de las necesarias ignorancias de nuestros mayores; nosotros, con nuestro carácter más flojo que el de ellos, habríamos concebido mayores desaciertos; con sus errores está hecha nuestra experiencia.

La codicia de los Estados Unidos se manifestó con mil pequeñas tentativas de ensanche de límites desde que su movimiento expansivo los constituyó en vecinos de la comarca texana, fértil, bien regada y abundantísima en ganados. El gobierno español procuró ser muy firme en cuanto a sus derechos y muy parco y cauteloso en sus concesiones; la que dio origen a la colonización americana en Texas, fue la hecha a Austin, el padre, para establecer trescientas familias católicas en las provincias. La necesidad de contar con la simpatía de los Estados Unidos y nuestra casi impotencia para hacer valer nuestros derechos, nos obligaron a descuidar las restricciones y a consentir en el hecho fundamental; pronto Texas fue un grupo de pequeñas, pero activas colonias americanas; los terrenos cedidos allí a ciudadanos mexicanos como Mejía, Zavala y otros, eran vendidos a norteamericanos, que corrían a establecerse en el rico Estado. El peligro era tan claro y se juzgó tan inminente, que en la primera administración de Bustamante se dio una ley prohibitiva sobre propiedades raíces de extranjeros en los Estados limítrofes, ley enderezada contra los norteamericanos, que continuaron su lenta invasión colonizadora a pesar

de las medidas militares tomadas por el general Mier y Terán. El Estado, entonces unido a Coahuila, comenzó por tomar parte resuelta en la revolución que el comercio por tomar parte resuelta en la revolución que el comercio contrabandista de Veracruz inició contra la rigorosa administración de Bustamante en 1832, a cuya cabeza se puso el inevitable Santa Anna, luego, al siguiente año, se declaró *motu proprio* desligado de Coahuila. Zavala, propietario allí, a quien empujaban el interés, el odio intenso de jacobino y de sectario contra el catolicismo que, ciertamente, en la República Mexicana tenía entonces el triste aspecto de una superstición inmensa, la admiración incondicional por los Estados Unidos y su apego ingénito de yucateco por la federación y hasta por la autonomía y escisión de los Estados, llevó a Texas la noticia del advenimiento del centralismo. Los colonos, conmovidos profundamente por sus incitaciones elocuentes y por las de Austin, decidieron separarse de México y declararse independientes, seguros de apoyo eficaz de los Estados Unidos. Esto era triste e inevitable, todas las ligas de Texas estaban entre sus hermanos, ninguna íntima tenían con los mexicanos; por desgracia, la ruptura del pacto federal dio a la separación, que habría acontecido tarde o temprano, un estricto carácter legal. Si la Constitución del 24 hubiese sido legalmente reformada, claro es que nada habría podido obligar a los Estados federados a que siguieran unidos sin nuevo convenio que, pues contrato era, dependía de la voluntad de los que lo pactaban y podía no ser renovado. Si Texas no dio a su separación toda esa solemnidad, fue porque no hubo reforma de la Constitución en el sentido central, sino supresión revolucionaria de ella, proclamación del centralismo y convocación de una asamblea que sancionase el hecho.

Si nuestros políticos hubieran tenido la presencia de ánimo suficiente para ver así las cosas y, partiendo de la legitimidad de la escisión texana, hubiesen celebrado arreglos ventajosos con ella, la guerra de Texas con su séquito de vergüenza y de ruina se habría evitado y con ella la lucha con los Estados Unidos, que fue su ineludible consecuencia.

Dueños de San Antonio, armados incesantemente por los norteamericanos, los separatistas afrontaron la situación y esperaron a los ejércitos mexicanos. La formación de un ejército destinado a una guerra nacional (que así veían la lucha con Texas la mayoría de los mexicanos) era un negocio pingüe para Santa Anna y los ávidos que le seguían. El agio continuaba presidiendo nuestros destinos: imposibilitado el erario de subvenir a los gastos ordinarios, porque la lenta acumulación del derroche, del desorden, y el tremendo déficit que agregaba a los anteriores la liquidación de cada revolución triunfante, le obligaban a recurrir a los impacables mercaderes de Venecia, cuyas fortunas estaban hechas con nuestro infortunio. Las contribuciones nuevas venían una en pos de otra, pero la masa social era improductiva; producía trabajo para el dueño, que por medio del régimen rural "de la tienda, del vale, de la moneda propia de cada negociación agrícola", y a veces del alcoholismo practicado como sistema, mantenía en el embrutecimiento y en la servidumbre por deudas al peón del campo, es decir, a más de la mitad de la población,

que con todo esto pagaba indirectamente la contribución señalada a su amo; y si era libre, si tenía su pequeña negociación de qué vivir, pagaba el peaje y la alcabala, que devoraban las dos terceras partes de su ganancia y le hacían ver el contrabando como una emancipación natural. La capacitación en algunos Estados y las obvenciones exigidas por la Iglesia remataban aquella pesada máquina, trituradora de toda libertad, porque lo era de toda independencia económica, porque lo era del ahorro, que el mexicano no conoció jamás, no practicó nunca. La clase media, rural y urbana, el ranchero, el artesano acomodado, el tendero, ésa era la gran víctima del fisco, ése era el eterno suspirador por el triunfo de las revoluciones, para ver si el cambio traía un alivio, y era, también, el perpetuo explotado y despojado del guerrillero, del general, del prefecto y del gobernador. El comerciante, el propietario, luchaba a brazo partido con el gobierno, robaban a sus extorsionadores por cuantos medios podían, defraudaban la ley con devoción profunda, y abandonando poco a poco sus negociaciones en manos del extranjero (al español, que había vuelto ya, la hacienda, el rancho, la tienda de comestibles; al francés, las tiendas de ropas, de joyas; al inglés, la negociación minera), se refugieron poco a poco, en masa, en el empleo, maravillosa escuela normal de ociosidad y de abuso en que se ha educado la clase media de nuestro país. ¡Todo eso explica por qué solían expedir los congresos autorizaciones para contratar empréstitos de algunos centenares de miles de pesos, en los que no pasara del 45 por 100 la parte que se recibiera en créditos, con un interés que no fuera mayor del 4 por 100 mensual y un plazo de cuatro a seis meses, en que todo debía reembolsarse a la par! Con este régimen estábamos vencidos de antemano. Santa Anna, antes de entrar en campaña y desde San Luis Potosí, se proporcionó recursos, que el despilfarro jamás permitió hacer durar un mes, con el clero, con los arrendadores de casas de moneda, con particulares a quienes daba por un platillo de lentejas, valores nacionales de primer orden (las salinas del Peñón Blanco), y aun así no podía moverse sino con dificultades terribles; nadie estaba pagado.

La campaña de Texas puso de manifiesto la incapacidad del Estado separatista para resistir con sus solos recursos al ejército mexicano, que recorrió triunfante una parte del territorio entre el Bravo y el Sabinas, y la ineptitud política y militar del general de motín y de guerra civil que pasaba por el genio de la guerra entre las multitudes mexicanas: su política consistió en exasperar hasta el paroxismo a los texanos, fusilando a los prisioneros, asolando los campos e incendiando las poblaciones; política vandálica que puso, no sólo la codicia, sino la ira del pueblo norteamericano de parte de los texanos, que invocaron con razón los sentimientos humanitarios del mundo civilizado contra su feroz invasor, y su estrategia acabó por comprometer todo su avance victorioso en una aventura temeraria que lo llevó al desastre de San Jacinto; allí fue destruída la columna que con él marchaba y él hecho prisionero. El miedo de perder la vida obligó a Santa Anna a convertir su derrota parcial en un desastre general, y por su orden de presidente de la República y generalísimo, el ejército mandado por Filísola repasó el Bravo.

El Estado de Texas quedaba abandonado; la cuestión militar con el Estado rebelde estaba en realidad resuelta: una nueva tentativa para recuperarlo nos pondría frente a frente de los Estados Unidos.

Bajo la presidencia provisional de un abogado circunspecto y de buenas intenciones, don José Justo Corro, se recibió con estupor en México la noticia de lo que había pasado en Texas en los últimos días de abril de 1836, y mientras se tomaban las medidas necesarias para neutralizar los efectos del desastre y México se enfurecía contra Santa Anna, como un amante contra una querida infiel, a quien es incapaz de no seguir amando, los diputados, nombrados bajo la presión gubernamental y en momentos en que el partido reformista se hallaba en la inacción que sucede a la derrota, elaboraban un nuevo código político. La oligarquía conservadora organizó en él su poder y formuló sus aspiraciones; pero la mayoría de los diputados pertenecía a la parte moderada y, digásmolo así, liberal de esa oligarquía. Bajo la influencia directa de los doctrinarios que gobernaban la monarquía de Luis Felipe, nuestros repúblicos tenían fe en que los sistemas políticos, minuciosa e ingeniosamente organizados pueden evitar los abusos del poder y las convulsiones revolucionarias; enemigos cordiales de toda tiranía, de la de abajo y de la de arriba, y devotísimos del régimen parlamentario, basado, no en el sufragio universal que, no sin juicio, les parecía no corresponder a realidad alguna en nuestro país, sino en un régimen censitario, creyeron haber hecho una obra tal de equilibrio entre la autoridad y la libertad, dentro del centralismo político y de la descentralización administrativa, necesarios en su concepto para mantener unida una nación amenazada de muerte muy de cerca, que al retirarse, después de invocar a "Dios todopoderoso, trino y uno, por quien los hombres están destinados a formar sociedades y se conservan las que se forman", juzgaron haber hecho cuanto era posible por la felicidad de la patria.

No les neguemos el respeto ni la justicia que sus intenciones merecen de la historia; su obra estaba destinada a fracasar, por su complicación misma y porque el problema mexicano no era un problema del orden político, sino económico y social. Toda Constitución tenía que ser inobservada e inobservable; la misión de los constituyentes, con la seguridad de que compaginaban una obra necesariamente provisional, debiera haber consistido en unas cuantas reglas de organización representativa, no parlamentaria estrictamente, es decir, de organización de un gobierno efectivo y amplio del presidente y no del parlamento, reservado principalmente a la distribución de los impuestos y a la vigilancia de los gastos; de creación de la independencia judicial, destinada al resguardo de las garantías, y de promoción de la transformación de la sociedad mexicana, emancipándola por la supresión de los privilegios y por la difusión de la enseñanza, abriéndola ampliamente a las corrientes exteriores, y haciendo entrar en circulación la inmensa riqueza territorial estancada. Claro que de aquí habría nacido una revolución; claro que ésta era la revolución necesaria. Bajo este concepto, sólo el partido reformista preveía y estaba en lo justo.

La Constitución de las Siete Leyes era, por lo demás, muy liberal; rica en su inventario de garantías, hospitalaria al extranjero y, según el sistema norteamericano, invitándolo a nacionalizarse con el aliciente de la propiedad raíz; intolerante en materia religiosa, pero mantenedora de un resto del "patronato" en compensación de esa intolerancia; dotada de su clásica división y ordenamiento de poderes, con un Legislativo, bicamarista, con su cámara de representantes fundada en un estrecho régimen electoral, no desproporcionado a las exigencias cortísimas del país en materia de sufragio; con un Ejecutivo compuesto de un presidente, que duraba ocho años en su encargo, un ministerio y un consejo de gobierno; con un Poder Judicial inamovible y una división del territorio en departamentos, dotados de asambleas electivas con amplias facultades de administración. Pero la gran novedad de las Siete Leyes consistió en la compaginación de un poder conservador, destinado a mantener el equilibrio entre los poderes, autorizado para anular las determinaciones de éstos, para suspender sus funciones, para establecerlos cuando fuera necesario, nunca *motu proprio,* siempre instigado por otro poder, todo ello para evitar la tiranía, y facultado también para declarar cuál era la voluntad de la nación en casos extraordinarios; esto era para evitar revoluciones. El poder conservador fue una rueda de sobra en el mecanismo; que lo pudo todo para estorbar el movimiento, nada para facilitarlo, lucubración de gabinete trasplantada a la ley para hacerla ingeniosa, no para hacerla vividera. En las constituciones federales el verdadero poder moderador es el Judicial; pero, para hacerlo efectivo, se le ha quitado precisamente la facultad de hacer declaraciones generales que desquiciaran el mecanismo, limitándolo a las particulares que rectifican el movimiento.

El hombre de aquella situación de patriotas circunspectos, de políticos que no se creían ilusos porque su ilusión era retrospectiva, ansiosos de gobiernos fuertes, pero no tiránicos, y amigos sinceros, pero lentos y miedosos, del progreso, era el general Bustamante, que subió de nuevo a la presidencia en abril de 1837; dado el régimen centralista, ninguno era más apto para consolidarlo mientras no estuviese zanjado el conflicto con los Estados Unidos, que apuntaba ya claramente. Su ministerio fue de hombres de patriotismo, de ilustración y de orden; el país iba a respirar.

No tuvo tiempo; en el acto mismo, una humillación inferida por la marina americana a la nuestra, que cuidaba las costas de Texas obligó al gobierno a pedir autorizaciones para exigir una satisfacción o declarar la guerra a los Estados Unidos. Este era el lance supremo que se acercaba; todos nuestros recursos, todo nuestro poder de unión y de disciplina debían apurarse para permitirnos ocupar con la honra nuestro puesto ante el mundo. En esos mismos instantes estalló un pronunciamiento por la federación de San Luis Potosí; el objeto real era apoderarse de fondos y favorecer negocios; la revolución fue sofocada: su jefe, el bravo y temible general Moctezuma, pereció, pero había costado todo sangre y dinero; la punta de la bayoneta con que debíamos haber presentado al gobierno de los Estados Unidos nuestro *ultimatum,* se había quebrado en pechos mexicanos.

El pronunciamiento federalista de San Luis repercutió en diversas partes; Yucatán separado, Sonora alzado en armas, Nuevo México invadido, Michoacán incendiado, demostraban que ningún esfuerzo bastaba para pacificar el país; la tarea era inútil, el desaliento profundo. Alguna medida de protección a la industria galvanizaba aquí y allí el cuerpo social; pronto volvía todo a la inquietud, al temor, a la suprema angustia que produce la dificultad de vivir. Entonces tuvimos que apechugar con una guerra con Francia, injusto y absurdo alarde de fuerza del gobierno burgués de Luis Felipe, destinado a debilitarnos más ante el conflicto americano, que amenazaba con subalternarnos para siempre a una nación que, con merma de los intereses latinos, nos impondría su industria y su comercio. Mucha arrogancia dentro y muy poco horizonte fuera tenían los ministros del rey de los franceses que nos obligaron a hacer un cuarto de conversión y defender nuestro flanco cuando teníamos el enemigo al frente. La política *d'épiciers* del ministro que presidía M. de Molé, desvió de Francia el alma de una nación nueva, que iba toda hacia ella, e hizo un mal mayor: devolvió su prestigio al general Santa Anna, que impune, pero avergonzado, vivía en su hacienda veracruzana desde su vuelta de Texas.

Fue esta una triste historia diplomática, compuesta de reclamaciones ridículamente exageradas de algunos franceses, víctimas como los mexicanos de los desmanes cometidos en nuestras contiendas civiles, y de empeños racionales de libertar a los súbditos de Luis Felipe de préstamos forzosos y del efecto de leyes que pudieran prohibir a los extranjeros el comercio al menudeo. Moratorias del gobierno mexicano, que procuraba ganar tiempo, y notas altaneras y ultranjantes del ministro de Francia, llevaron la cuestión al terreno de la guerra, hecha inevitable por un *ultimatum* que estremeció de indignación a la República, que comentó ante las cámaras con noble y encendida elocuencia el ministro de Relaciones, Cuevas, y que refutó en sus lecciones ante la juventud forense la ciencia severa y recta del eminente magistrado Peña y Peña. El bombardeo y la capitulación de Ulúa, defendido heroicamente con cuarenta vetustos cañones contra ciento cuarenta de la escuadra de Baudin; la tentativa contra Veracruz, en que Santa Anna fue gravemente herido, peleando con su habitual denuedo y estimulado por su amor rudimentario al suelo de la patria y por su afán de borrar los recuerdos ominosos de Texas, lo que logró plenamente; luego la ocupación del pueblo y, más de dos meses después, la mediación de Inglaterra y el convenio con Francia, que produjo la paz, y en que tuvimos que pagar lo que no debíamos, lo que no hubo entre quiénes repartir, dejaron incólume nuestro honor. Lo que, en cambio, demostraba la casi imposibilidad de que la nación encontrase cohesión y vida, con el centralismo y todo, era la revuelta, los pronunciamientos de todos los puertos del Golfo, que provocados descaradamente por el comercio contrabandista, nos dejaba sin recursos y trataba con los franceses.

Es cierto que la historia que, en nuestro tiempo, aspira a ser científica, debe vedarse la emoción y concentrarse en la fijación de los hechos, en sus

análisis y en la coordinación de sus caracteres dominantes, para verificar la síntesis; pero abundan los períodos de nuestra historia en que las repeticiones de los mismos errores, de las mismas culpas, con su lúgubre motonía, comprimen el corazón de amargura y de pena. ¡Cuánta energía desperdiciada, cuánta fuerza derramada en la sangre de perennes contiendas, cuánto hogar pobre apagado, cuánta, cuán infinita cantidad de vejaciones individuales, preparando la definitiva humillación de la patria! El salteador que pululaba en todos los caminos se confundía con el guerrillero, que se transformaba en el coronel, ascendiéndose a general, de motín en motín, y aspirando a presidente, de revolución en revolución; todos traían un acta en la punta de su espada, un plan en la cartera de su consejero, clérigo, abogado o mercader; una constitución de su bandera, para hacer la felicidad del pueblo mexicano que, magullado y pisoteado en un lodazal sangriento, por todos y en todas partes, se levantaba para ir a ganar el jornal, trabajando como una acémila, o para ir a ganar el olvido batiéndose como un héroe. El período que de la guerra francesa viene a la guerra norteamericana, es uno de los más espantables de nuestra trágica historia. Se reprodujo después, mas una claridad apuntaba en el horizonte; pero antes, no; era de noche...

Bustamante, frío, escéptico, descorazonado, sin apego al poder, llama a Santa Anna y le deja el mando. ¿Cómo no, si era el ídolo, si era el trivial y eterno seductor de la República? Cuando la metralla francesa le destruyó una pierna en la playa veracruzana él mismo cantó su gloria, se recetó el martirio por la patria, y con el más sentido y teatral de los adioses reconquistó el corazón de su México; una actitud heroica, un requiebro romántico, y la nación estaba a los pies de aquel don Juan del pronunciamiento, del tedéum y del préstamo forzoso.

El gran comediante, en quien la ambición y la vanidad eran toda el alma, desempeñaba a maravilla, cuando le convenía así, el papel de fiel y desinteresado. Enfermo, aceptó la presidencia interina, y mientras Bustamante, llevando a sus órdenes a Arista y a Paredes, se dirigía a Tampico, foco principal de la revuelta que se apellidaba federalista, Santa Anna, con prodigiosa actividad y sin esperar el permiso del Congreso, lograba impedir el pronunciamiento de Puebla con su sola presencia y salía al encuentro de la fuerte columna que, con ánimo de apoderarse de esta ciudad, venía de la Huasteca, escapando a los generales de Bustamante. Mandábanla dos de los hombres de mayor audacia y bravura con que contaba el federalismo militar, Mejía y Urrea. Fueron vencidos; el primero, fusilado por orden de Santa Anna; el segundo, fugitivo, volvió a Tampico, que se rindió por fin; se refugió en Tuxpan, que cayó a su vez y, al fin, capturado y resguardado por una capitulación, fue traído a México, en donde conspiró tenazmente. Cuando vuelto Santa Anna a su hacienda y Bustamante a la presidencia, ensayaba éste con un ministerio moderado una política de apaciguamiento. Urrea logró realizar sus propósitos, sublevó una parte de la guarnición, alborotó al populacho, se apoderó del Palacio nacional, en

donde aprehendió al presidente, llamó al señor Gómez Farías, que compartía la vida entre su casa y la cárcel desde que había vuelto del destierro, y juntos proclamaron la federación. Aquel golpe de audacia inaudita quedó sin eco; pronto el gobierno aisló a los pronunciados, los cercó con fuerzas respetables, y después de varios días de combate en las calles, logró poner en libertad al presidente y restablecer el orden.

Aquella sociedad mutilada sin cesar, sin un rayo de sol que alumbrara su cima, sin esperanza de llegar a la solución de un problema que el tiempo no resolvía, sino complicaba, y con un pantano de sangre y cieno en su tronco, se sentía capaz de vivir, ávida de vivir, sentía su savia, sentía su alma. Al primer contacto oficial con España (que como debiera haber hecho siempre, nos envió, no sólo un representante de su gobierno, sino de su literatura, que era por donde la unión íntima con la madre podía rehacerse), el árbol de las letras mexicanas se cubrió de renuevos; los periódicos, los ensayos en todos los géneros vinieron a luz; en los libros, en la academias, en los teatros, en las fiestas, parecía que algo amanecía en los espíritus, ya que no en el cielo de la patria. En *Letras patrias, México. Su evolución social,* Sánchez Mármol explica lo que fue y valió ese renacimiento, que parecía querer inmovilizar con las floras del ingenio y la poesía las armas de las guerras fratricidas. ¡Ay, tanto no puede el arte! Uno de los que con más empeño había sido promotor ilustrado del movimiento literario, Gutiérrez Estrada, un yucateco, jefe del partido monarquista en México, como otro, Zavala, lo había sido de radical, propuso entonces, con una buena fe y un valor honrado que nadie ha puesto en duda, el remedio a nuestros males: la monarquía de un príncipe extranjero; nada podía haber más artificial, más facticio, más irrealizable en México que una monarquía; nada que fustigara más nuestro amor propio nacional que la monarquía de un extranjero. Pero ante nuestras incurables discordias, ante el tremendo peligro norteamericano, el error se comprende... El opúsculo de Gutiérrez Estrada sublevó la indignación del país, y el portavoz de esta indignación fue un general, hijo del ilustre Morelos y ministro entonces de Bustamante, que luego, en compañía de Gutiérrez Estrada, proscripto desde entonces de su país, había de traer coronada de flores, al altar del sacrificio, a la víctima en que lograron personificar, Almonte sus ambiciones y rencores, y el otro sus ensueños imposibles.

La impotencia del gobierno para organizar algo, para reducir a la obediencia a Yucatán, para presentar un ejército capaz de dictar en el territorio de Texas un pacto definitivo de respeto mutuo a los Estados Unidos, para hacerse obedecer de sus principales agentes, verdaderos sultancillos de los departamentos, se vio de bulto al mediar el año de 1841. En cambio, firme en sus propósitos de protección a la industria y necesitado, como siempre, de recursos para asegurarse un poco más de vida, recargó las tarifas de importación considerablemente; entonces de Veracruz a Guadalajara, pasando por México, fue un ir y venir de correspondencias y de agentes de las casas importadoras (contrabandistas, con honras, tan honrosas como

escasas excepciones) para remediar el mal. Los prudentes hablaron de manifestaciones al gobierno; los resueltos, de la gran panacea nacional, el pronunciamiento, la revolución, como se llamaba siempre a la revuelta, a lo que el populacho llamaba con un nombre muy gráfico: la bola. Los indicados para acaudillar el movimiento, eran Paredes en Guadalajara, Valencia en México, y el indispensable Santa Anna en Veracruz, en donde Bustamante que, con todos sus defectos, era un gigante de pundonor, desinterés y patriotismo al lado de sus competidores, le había dejado rehacer su antigua satrapía. La bola fue la solución: el gobierno de Jalisco arrojó el guante y modificó el decreto del Congreso general; Paredes apoyó con la guarnición de Guadalajara al atentado y lo amplificó; poco tiempo después ardía la República. Valencia y buena parte de las tropas en México secundaron el plan de Guadalajara; Veracruz se rebeló y Santa Anna, ofreciéndose como mediador, tendió los brazos a Bustamante para ahogarlo. El presidente rechazó con altivez la oferta, pero con profundo desaliento: quería renunciar; el Senado lo enderezó y lo sostuvo. Cuando todas las fuerzas de la revuelta se habían aglomerado en Tacubaya, el ministro de la guerra, Almonte, fraguó un plan que le pareció admirable: un pronunciamiento del Poder Ejecutivo, un pronunciamiento por la federación. Bustamante aceptó a la fuerza la idea, se alborotó la multitud en México, los jefes clásicos de las milicias cívicas improvisaron batallones de obreros, y Santa Anna se puso frenético. Hubo combates en las calles, uno bastante serio a las puertas de la capital, y por fin, en los momentos de la batalla suprema, Bustamante soltó la espada y el bastón, entregó su ejército a Santa Anna y tomó por segunda vez el camino del destierro. No debía volver sino para presenciar el espantoso desastre del 47 y para ayudar honradamente a repararlo. Fue una desgracia para México que Bustamante no hubiera sido el presidente durante la invasión americana; no era por cierto un gran general, pero la defensa hubiera sido, bajo sus auspicios, mucho más seria, mucho mejor organizada, y más caro el triunfo y menos humillante la paz. Considerémoslo muerto políticamente desde este instante y dejemos como inscripción en su tumba la consideración que acabamos de apuntar.

Las *Bases* del programa del ejército en Tacubaya son un curiosísimo monumento de la diplomacia hipócrita del pretorianismo puesto a las órdenes de los explotadores de las cajas públicas, mercaderes, agiotistas y generales, acaudillados por un ambicioso que creía que la patria era, no su madre, sino su concubina. La revolución era centralista contra el centralismo, con el pretexto de que el gobierno era malo y de que la Constitución debía ser reformada; al general en jefe tocaba nombrar una junta, compuesta de dos diputados por cada departamento, porque no se conocía otro modo, decía textualmente el plan, de suplir la voluntad de esos departamentos; esta junta nombrada al jefe del Ejecutivo provisional, que en cierto plazo debería convocar un congreso constituyente y que sería responsable ante un congreso constitucional. Entretanto, quedaba el presidente provisional revestido de todas las facultades necesarias para reorganizar la admi-

nistración, de todo el poder necesario para hacer el bien y evitar el mal. Esta fue la famosa séptima base; era la dictadura.

Hubo una tentativa de insurrección contra todo esto; Bravo en el sur, los federales en Guadalajara y en Durango, se alzaron en armas; Santa Anna estuvo muy hábil, era muy astuto. Nombró un ministerio de federalistas y reformistas, que, con la vaga esperanza de encarrilar aquel gobierno hacia su anhelo de concluir con el poder del clero, aceptaron. Gómez Pedraza, García, el constante e integérrimo ex gobernador zacatecano, formaron en él, parte con halagos y parte movilizando un ejército formidable en aquellos tiempos, logró Santa Anna pacificarlo todo. Así sucedía siempre con las situaciones nuevas, sino que la penuria, la miseria las hacía pronto viejas. ¡Oh, y las miserias de los tiempos en que gobernaba Santa Anna eran famosas, como que todo lo gastaba en el ejército, en los favoritos, en el fausto regio de que se rodeaba! El fin de la circulación de la moneda de cobre (la tercera parte por lo menos de la que circulaba era falsa) fue un bien; el modo desenvuelto y firme con que exigió del clero gruesas sumas y la cesión de edificios, llamó la atención; el clero refunfuñaba, pagaba poco a poco y lo perdonaba todo al dictador. ¡Quién no lo perdonaba! Además, las armas mexicanas se cubrían de gloria en el norte, aplastando en Nuevo México las invasiones filibusteras de los texanos; esto indicaba que el dictador estaba de buenas con su estrella, y se atrevió a todo: a rematar bienes que el clero reclamaba como suyos, a permitir a los extranjeros la adquisición de bienes raíces, medida justa que un candorosa estrechez de miras había visto como un terrible peligro y que era lo contrario. Al mismo tiempo se comenzaban a construir, para la ópera y la comedia, hermosos teatros; se embellecía la capital en lo que lo permitían los muros, de fortaleza y prisión a un tiempo, de los conventos, que cortaban y mataban las avenidas principales e impedían en todas direcciones el crecimiento de la población, a la que, en llegando las penumbras vespertinas, daban un siniestro aspecto medieval.

Las dictaduras de hombres progresistas, que sean al mismo tiempo administradores inteligentes y honrados de los fondos públicos, suelen ser eminentemente benéficas en los países que se forman, porque aseguran la paz y garantizan el trabajo, permitiendo almacenar fuerzas a los pueblos. Pueden ser detestables en teoría, pero las teorías pertenecen a la historia del pensamiento político, no a la historia política, que sólo puede generalizar científicamente sobre hechos. Mas cuando la dictadura pesa sobre la justicia, crea el desorden y hace de la paz un estado precario, entonces es una calamidad; esto fue en muy poco tiempo la dictadura santannista. Los agiotistas seguían acumulando fortunas, los favoritos recibían regalos espléndidos; hubo alguno a quien le tocara en el reparto una buena parte de la fortuna antaño secuestrada a los jesuístas; el clero gemía, y conmovía con su aflicción a las masas; el clero había adoptado, ante las exigencias incesantes del gobierno, la política de ceder en principio, de escatimar en los detalles, y de gemir y sollozar ponderando su ruina; trataba hábilmente, con esto, de

evitar el gran golpe de la desamortización que se cernía sobre su cabeza. Las contribuciones y los préstamos crecían y crecían; en el presupuesto vio, el país que podía ver, porque el otro, la mayoría, sólo podía sentir el látigo y la leva, algo que lo dejó estupefacto: una partida de ingresos de veintinueve millones, de los que sólo eran normales trece; diez y seis venían de recursos extraordinarios y precarios; y su sorpresa subió al espanto cuando observó que los gastos habían superado a los ingresos y quedaba un déficit. Es verdad que el sur andaba revuelto, que había sido necesario mandar un ejército sobre Yucatán, substraído a la nación mexicana, y preparar otro para reconquistar Texas; es verdad que, en esos momentos, enviados ingleses y americanos exigían en términos perentorios la entrega de gruesas sumas. Pero todo ello provenía de la misma pésima dirección política... Aquella no era una dictadura honrada y debía morir.

Verificáronse las elecciones para el nuevo constituyente: el pueblo urbano, que asediaba hambriento las tiendas de comestibles y amenazaba a cada instante con saquear los depósitos de granos, sin poder saber si la moneda de cobre, admirablemente falsificada, que tenía en sus manos, valía o no algo, no tomó parte como suele en la lucha; la inmensa masa rural permaneció muda en su mal disimulada servidumbre; pero en los grupos electorales de segundo grado, hecho *a fortiori* en los municipios, predominó el sentimiento reformista y federalista, que era el señuelo con que se estimulaba el espíritu local, siempre vivo; ni los conservadores, pocos amigos de exponer sus comodidades y la tranquilidad de sus familias a las agitaciones políticas, entraron en la contienda electoral, ni de una manera activa los agentes del gobierno indolentísimo de Santa Anna, del dictador, que entre uno y otro acceso febril de actividad, volvía a su vida de placer, a su amor por las peleas de gallos, por el lujo insultador de la miseria púbica de que se rodeaba, a la pasión por exhibir los uniformes de sus flamantes regimientos. El resultado fue favorable a los partidos avanzados, que siempre que ha habido un bosquejo de elecciones en nuestro país han sabido triunfar. El presidente se percató del caso cuando ya no tenía remedio legal; pero, llenas como estaban las cartucheras de sus pretorianos de remedios extralegales, se contentó con recomendar que la Constitución no fuese federalista y volvió a sus gallos, a sus paradas, a sus préstamos forzosos y a sus contribuciones; bajo sus complacientes miradas, sus propiedades en el Estado de Veracruz crecían como por ensalmo, y la adulación, absceso canceroso de toda tiranía, llegó al grado de erigir estatuas ridículas en honor del presidente y de dedicar suntuosísima fiesta cómico-fúnebre a la inhumación de la pierna momificada del héroe de Veracruz.

En nuestra historia parlamentaria ocupa un puesto culminante de honor cívico el Constituyente del año de 1842. Inmediatamente trataron los representantes de poner un hasta aquí a la dictadura y a su desenfrenado despotismo financiero; exigieron cuentas y responsabilidades, y entraron en lucha acerba con las resistencias del Ejecutivo; dos proyectos de Constitución estaban en pugna: el de los moderados, que proponía un centralismo

eminentemente liberal, combinado con la autonomía administrativa de los departamentos, y éste era el más racional y el más patriótico en vísperas de una gran guerra internacional, y el de los exaltados, que era la vuelta al federalismo puro; ambos espantaron al gobierno. En las discusiones, los reformistas trajeron a discusión sus ideas favoritas de supresión de privilegios, de nacionalización de la propiedad territorial de la Iglesia, de tolerancia de cultos, de libertad para los esclavos por solo el hecho de pisar territorio nacional, actitud de supremo valor humanitario ante los amagos brutales del esclavismo norteamericano que, en cierto modo, inició en México la solución del gran problema de la esclavitud en los Estados Unidos. Los violentos discursos contra las clases privilegiadas y la adopción del proyecto de Constitución federalista por el Congreso, dieron motivo al presidente para disponer una conspiración, según su viejo hábito, presentándose como defensor de los intereses sociales "contra los crueles e intolerantes demagogos del 28 y 33", como decía el ministro de la Guerra, Tornel, que había sido uno de ellos, acaso el único verdaderamente cruel. El dictador se marchó a su hacienda; era la señal de que la conspiración gubernamental estaba ya madura; el general Bravo, siempre temeroso de las reformas, porque no creía que respondieran al deseo del país, lo que era cierto, tan cierto como que sí respondían a sus más profundas necesidades, prestó su noble y majestuosa figura para decorar el atentado; Tornel hizo estallar la manifestación en cualquier parte, y el ejército se pronunció en todo el país contra el Constituyente. Obedeciendo a la voluntad nacional, los ministros y el presidente interino, Bravo, disolvieron el Constituyente, que protestó con admirable entereza en medio de la guarnición pronunciada de la capital; poco después se reunió una Junta de notables, es decir, de propietarios conservadores, de clérigos, militares y abogados, para fraguar una Constitución cualquiera; hicieron una Constitución antirreformista, porque mantenía expresamente los fueros, pero no antiliberal, porque garantizaba los derechos individuales, la independencia de los poderes, la responsabilidad de los gobernantes, y desembarazaba su centralismo, bastante mitigado, del complejo e inútil mecanismo de la Constitución de 1836. La nueva ley fundamental fue designada con el nombre de Bases Orgánicas. Y así promedió el año de 1843.

Mientras la Junta instituyente elaboraba el nuevo código, el presidente, que siempre ostentaba su título de "benemérito de la patria", volvía a su hacienda al solio, sin más ley a que sujetarse que la famosa séptima base del plan de Tacubaya, que precisamente le desligaba de toda sujeción a la ley; volvía de su hacienda a ocuparse en los tres objetos que se distribuyeron toda su vida política: hacer la guerra, sacar dinero y conspirar. Santa Anna conspiraba fuera del poder contra todos los poderes, y en el poder contra los otros poderes, pero conspiraba siempre. Cada vez que volvía de su finca

rural traía centuplicados sus bríos, y todas las bolsas temblaban, sollozaba de antemano el clero y los agiotistas se regocijaban: la situación era innegablemente difícil por todo extremo; cada faz nueva de la situación del país era más difícil que la precedente, como que todo era una acumulación uniformemente acelerada de dificultades; descendíamos por un plano inclinado, el abismo estaba abajo. La guerra continuaba en el Bravo, cuyas márgenes osaban violar los texanos, rudamente castigados por Ampudia; continuaba en el sur, perennemente revuelto, y en el departamento segregado de Yucatán.

Santa Anna tenía que hacer frente a esta situación militar gravísima, precisamente en los momentos en que los Estados Unidos le apremiaban con el cumplimiento de la convención que se había pactado cuando hubo terminado sus trabajos la comisión mixta de reclamaciones, que gravaron a México con una obligación perentoria de dos millones de pesos, por decisión del ministro de Prusia en Washington, quien fue el árbitro. Recargo a los derechos de importación, formidables préstamos exigidos al clero y a los particulares, la sociedad entera entregada a la inquisición despótica de los exactores, que todo lo invadían para embargarlo todo y organizar el saqueo oficial, aflicción de todos, tales eran los presentes que hacía a su patria el más desenfrenado de los dictadores. Pagó una parte de la deuda a los Estados Unidos, celebró con Texas un armisticio, al que hubiera debido suceder *incontinenti* el reconocimiento de su independencia, idea que, por rencor y amor propio humillado, rechazaba furiosamente Santa Anna, el antiguo prisionero de Houston.

Yucatán, ya lo dijimos, había sido apenas parte de la Nueva España; era un Estado excéntrico, cuyo centro de atracción no podía estar en México, con el que las comunicaciones eran difíciles y lentas, y no había comunión posible de intereses; tanto que, al reunirse el Constituyente el 24, Yucatán pactó un régimen excepcional para sí en materias aduaneras. Pertenecía a la patria nueva en tanto que favoreciese los intereses mercantiles e industriales de la patria local; pero ésta siempre fue lo primero en el corazón de los yucatecos: después han venido la reconciliación, la solidaridad, la comunión de ideales, la patria, en fin. Pero éste ha sido el resultado de toda nuestra historia, no la obra de un día. Yucatán, en donde el elemento militar, dominante en la plaza fuerte de Campeche, podía señorearse del Estado entero, se mantuvo separado con el pretexto absurdo de aspirar al centralismo, siendo aquella entidad federalista *a fortiori;* pero era la forma de la segregación. Algunos hombres buenos procuraron organizar aquella inconcebible anomalía, entre ellos un conspicuo marino, que había prestado notables servicios a la República y a su Estado natal, empleando su fortuna en la aclimatación de una gran industria en la Península; este hombre, todo pundonor caballeresco y alteza de miras era don Pedro Sainz de Baranda.

Sin embargo, la revolución que derrocó a Bustamante y restauró a Gómez Pedraza en el poder, acabó con el centralismo yucateco, y la obra reformista fue acogida con entusiasmo en la patria de Moreno, de Zavala, de Quintana

Roo. Cuando Santa Anna debilitó y deshizo la federación, los agentes del presidente obligaron a Yucatán a permanecer adicto; pero la malhadada guerra de Texas, y después la de Francia, trajeron toda suerte de vejámenes para la Península: derechos de importación altos, que encarecían el pan para los yucatecos; alcabalas que herían profundamente su comercio interior, disposiciones en el orden marítimo que eran un terrible amago para la marina campechana, y más que todo, la exigencia del contingente de sangre para el ejército, que era intolerable por todo extremo para los yucatecos. El concierto de las voluntades se operó rápidamente; la rebelión, varias veces vencida al iniciarse, acabó por triunfar, y Yucatán quedó segregado de la República centralista en uso de su derecho. Un prócer de gran carácter, de alta inteligencia, de superiores dotes administrativas y de indiscutida probidad, personificó el movimiento y subió, por el voto unánime de sus conciudadanos, al gobierno del Estado: don Santiago Méndez e Ibarra.[1] El gobernador procuró fijar el carácter de los hechos: "escisión temporal, mientras la República vuelve a la federación". Las determinaciones del gobierno de Bustamante, poniendo a los yucatecos hasta fuera del Derecho Internacional, estimularon al partido que deseaba la separación absoluta y definitiva del Estado que, aunque gozaba de mayor popularidad, no llegó a la completa sanción de sus votos.

Yucatán se dio en 1841 una Constitución libérrima y reformista, obra en gran parte de don Manuel Crescencio Rejón, tan conocido luego en el país entero, y esperó que, a la caída de Bustamante, se le hiciese justicia y pudiese reincorporarse a la nación. Bien sabían los caudillos de la escisión que ésta no podía ser más que temporal: la antigua rivalidad, sin cesar renaciente entre Mérida y Campeche, la siempre inquietante actitud de la población indígena, bravía y cruel, en el oriente y a sur de la Península, lo exiguo de las rentas públicas, eran causas bastantes para producir en Yucatán aislado, al alcance de España y de los Estados Unidos, y hasta de Inglaterra, que mermaba su territorio incesantemente, un estado perpetuo de anarquía interior y de humillación exterior. La reincorporación era necesaria, mas era preciso que fuese en condiciones que permitiesen la vida del Estado, y todos creyeron que esto podía realizarse al subir Santa Anna al poder. Mas no fue así; después de inútiles tentativas, el dictador apeló a la guerra, que comenzó en la segunda mitad de 1842 con el envío de una división de seis mil hombres y una flotilla a Yucatán; después de una lucha tenaz, en el que el entusiasmo de los yucatecos llegó a una exaltación febril, que engendró actos de heroísmo y espantosos crímenes populares, terminó en fines del 43 con capitulaciones de una parte del ejército santannista, arreglos con la otra parte y abandono absoluto de la empresa mexicana, y des-

[1]El responsable de estas líneas es nieto del señor Méndez, lo que no abona su imparcialidad, ni a ella aspira por tratarse de un hombre a quien desde niño profesó, no sólo cariño, sino una devoción rayana en culto. Pero otros han escrito esta historia sobre fehacientes documentos; pueden consultarse.

pués con un pacto entre el gobierno general y el local, que aseguraba a Yucatán un régimen de excepción dentro del centralismo.

Como solía, Santa Anna no cumplió lo pactado, ni las exigencias de los mercaderes que dominaban a los gobiernos de aquellas épocas precarias permitieron remediar el mal a los gobiernos que al de Santa Anna sucedieron; Yucatán tornó a separarse, hasta que la federación volvió a ser, en 46, el régimen legal del país. Siguieron después mayores tristezas.

Los Estados Unidos habían intentado, desde los primeros días de la República, adquirir la zona comprendida entre la Luisiana y todo el curso del Bravo, de su fuente a su desembocadura; Poinsett propuso al gobierno de México su compraventa, y los representantes de la política democrática, que los Estados meridionales de la Unión apoyaron siempre, no perdieron jamás de vista esta adquisición de grado o por fuerza; pronto entró en estas miras la adquisición de toda la zona mexicana del Pacífico, al norte de la línea tropical, para evitar, se decía, que otra nación, Inglaterra por ejemplo, se adueñara de ella; en suma, la doctrina era ésta: todo el territorio vecino a los Estados Unidos que México no puede gobernar de hecho, debe ser norteamericano.

Los tratados, las prácticas de equidad internacional, el mal disimulado recelo de Inglatera y Francia respecto de la expansión territorial de la Unión, la oposición del partido *Whig*, que andando el tiempo había de fundirse en el partido republicano antiesclavista y que dirigía la gran palabra y la gran conciencia que se llamaba Henry Clay, contra el partido demócrata, de cuyas doctrinas antiproteccionistas y particularistas había de nacer, por la cuestión de la esclavitud, el grupo separatista y con él la guerra civil, habían retardado la usurpación y la conquista; pero la fuerza de las cosas la iba haciendo inevitable.

Si el patriotismo ciego e imprevisor, o mejor dicho, si las facciones en lucha en México no hubiesen convertido en arma política la cuestión de Texas para desprestigiarse mutuamente con el reproche de traidores, grandes males habrían podido evitarse, precisamente explotando las exigencias de los partidos norteamericanos y partiendo del derecho incontrovertible de Texas para separarse, una vez roto el pacto federal. Habríamos salvado la zona entre el Nueces y el Bravo, la California acaso; habríamos obtenido una indemnización superior a la del tratado del 48, y, sobre todo, habríamos sacudido la pesadilla de la guerra con los Estados Unidos, que, desde antes de estallar, con sólo su amenaza, había chupado hasta la sangre los recursos de nuestra hacienda, incapacitada de normalizarse.

No fue sí; Santa Anna se valía del espantajo de la guerra, necesaria con Texas y probable con los Estados Unidos, para tener un espectro de ejército hambriento y casi inerme apostado en el Bravo y servirse de él para pedir sin cesar dinero, que sin cesar despilfarraba, y para apremiar los anhelos

constantes de la República de Texas en favor de su anexión a los Estados Unidos.

Las convenciones celebradas entre esta nación y México para liquidar las reclamaciones, las notas perfectamente razonadas con que México demostraba la serie de atentados permitidos por el gobierno de Washington contra la dignidad de la República, pues que en algunas ciudades de la Unión se proclamaba, en *meetings* públicos, la necesidad de la guerra con México, de la anexión de Texas, y se organizaba una especie de emigración armadas hacia esta comarca, lo que todo el talento de Webster no bastaba, no digo a justificar, ni a explicar honradamente siquiera, muestran que en el terreno del derecho internacional nuestra diplomacia batió a la americana constantemente.

Mas los hechos seguían su curso. Tras los auxilios descarados a Texas, auxilios ilícitos, ya se le considerase como un Estado rebelde, ya como una entidad independiente en guerra con la nación amiga, llegó a formularse la cuestión de la anexión que, si en rigor podía sostenerse como un derecho de parte de los texanos, no lo podía ser de parte de los norteamericanos, sino previo un deslinde de deberes mutuos con nosotros. Calhum, el rígido sostenedor de los derechos de los Estados en contra de los federales, el Moisés del futuro decálogo separatista, arregló con los texanos, como ministro del presidente Tyler, un tratado de anexión, que el Senado de Washington no aprobó y que estimuló a Inglaterra y Francia, que habían reconocido la independencia de Texas, para ofrecernos su mediación y evitar el atentado. Santa Anna entretanto se disponía a continuar la guerra al expirar el armisticio, lo que nos valió una nota fulminante del plenipotenciario norteamericano, que con rudo candor desenmascaraba la conducta de su gobierno y declaraba que la invasión de Texas sería la guerra con su nación. Así lo sabía el gobierno de México, y con anticipación había declarado que, a la admisión de Texas en la Unión, contestaría México con una declaración de guerra. Todo dependía de la cuestión presidencial en los Estados Unidos; si Polk, el candidato de los demócratas y sudistas, era electo, con su programa de anexión, la lucha era inevitable; si triunfaba Clay, la paz era cierta. Por menos de cuarenta mil votos de diferencia sobre dos millones y seiscientos mil electores, triunfó el primero. Era nuestra mala estrella; mas una cosa quedó demostrada: que la anexión y la guerra no eran para los Estados Unidos una causa nacional, sino sudista.

Mientras se reñía la gran batalla electoral en los Estados Unidos, aquí se agitaba también la cuestión presidencial; mas aquí los comicios eran los campamentos, y las urnas electorales los cañones de la guerra civil. Había una nueva Constitución, un Congreso constitucional, en que, a pesar de los esfuerzos del gobierno, abundaban los elementos federalistas y reformistas, ante los cuales debía rendir cuentas al omnímodamente facultado presidente; mas no soltaba éste la dictadura: Santa Anna convertía sus cargos en propiedades, le parecía que se degradaba admitiendo responsabilidades, y como Escipión invitando el pueblo a dar gracias en el Capitolio, cuando

se le exigían cuentas, el presidente en igual caso recordaba también que había fundado la República en Veracruz y salvado la patria en Tampico. La protesta contra esta conducta era unánime; el hombre del agio, de los préstamos, de los impuestos y de las vejaciones, inspiraba repulsión y causaba fatiga inmensa; en Guadalajara, en Querétaro, se exigía el cumplimiento del plan de Tacubaya, que imponía al presidente la obligación de dar cuenta de su conducta ante el Congreso que, como lo dijimos, luchaba por atajar la dictadura.

El general Paredes y Arrillaga, hombre de probidad personal y de suprema impropiedad política, garantía viva de las aspiraciones del partido que pretendía que el país anclase en el centralismo y los privilegios, mientras una alianza con alguna nación europea nos ayudaba a salvarnos de los Estados Unidos, aun a cambio de erigir aquí un trono para un príncipe exótico; el general Paredes, carta que estaba en puerta en el naipe político, es decir, en la lucha incesantemente renovada por los honores y los emolumentos, apoyó con una parte del ejército, en Guadalajara, la actitud de la asamblea local, mientras la Cámara de diputados en México manifiestamente simpatizaba con el movimiento. Santa Anna sintió el peligro, y pasando, como solía, del sibaritismo indolente a la actividad febril, agrupó una o dos divisiones en el centro de la República, dejó al vicepresidente Canalizo, en cuya lealtad de can agradecido confiaba, la misión de vigilar al Congreso, que se empeñaba en someter a la ley al gobierno, y se lanzó por el Bajío, rumbo a los focos de la revuelta, para apagarlos a fuerza de astucia o a fuerza de sangre.

Sus desmanes en Querétaro provocaron una actitud tan resuelta en un grupo de diputados, que se impuso a la Cámara entera, y que bajo la dirección del representante Llaca, puso la mano en el freno del corcel desbocado de la dictadura, pues todos comprendieron que llegaba el momento agudo de la crisis. Honor de la todavía informe institución parlamentaria, honor de la tribuna mexicana y de la conciencia de un pueblo que erguía sus cimas en los primeros albores de la libertad política, Llaca encarnó con heroico civismo la protesta inmensa de la indignación, del desprecio, de la vergüenza pública; la Cámara lo siguió; apeló a la fuerza el gobierno y disolvió la asamblea, que se agarró estoica y rígida a su derecho; la sociedad parecía contener la respiración en presencia del duelo entre la palabra y la espada; fue muy rápido aquello: Valencia se pronunció en la Ciudadela por el plan de Paredes, y en una exposición de indecible entusiasmo, el pueblo, todas las clases que lo formaban, el magnate y el obrero, el clérigo y el guardia cívico, tributaron la más espontánea ovación que la capital presenció jamás a la asamblea, que reanudó con varonil y noble serenidad el curso de sus debates. El dictador tenía un ejército aún intacto; se dirigió a la capital, se corrió a Puebla, mientras avanzaba el ejército de Paredes y el suyo se disolvía; luego, fugitivo, cayó prisionero y tomó el camino del destierro. Por ministerio de la ley, como presidente del consejo de gobierno, y des-

pués por elección de la Cámara, el general don José J. Herrera tomó posesión de la presidencia. Y así concluyó el año de 44.

El Congreso volvió la cara a la cuestión americana, que se presentaba premiosa, solemne y terrible; era una mano calzada de hierro apretando el cuello de una nación flaca y exangüe, una rodilla brutal en el vientre, una boca ávida de morder, destrozar y devorar, hablando de humanidad, de justicia y de derecho. El gobierno del íntegro, del prudente, del patriota general Herrera, aconsejado por Peña y Peña, en quien se aunaban la ciencia y la conciencia, hizo los últimos esfuerzos; un ejército en la frontera, otro a la frontera; un llamamiento a la unión en nombre de la patria amenazada de muerte, una actitud admirable de dignidad y de corrección ante los norteamericanos, pero no hostil al avenimiento, a la transacción, al acuerdo sobre la base de la independencia de Texas; tal era el espectáculo. La sociedad que veía y que pensaba, febril, inquieta, exigente, removida sin cesar por estremecimientos de rabia guerrera, que hacían vacilar a los gobernantes pidiendo venganza y rehuyendo el sacrificio; el dinero escondiéndose, los militares husmeando nuevas revueltas, la clase rural inerte, ignara, sin afecto al amo que la explotaba, sin espíritu general, sin patria, tal era la realidad.

Apenas comenzaba a funcionar la adminitración de Herrera, cuando llegó el caso de guerra, señalado por nuestro gobierno; el Congreso y el Ejecutivo aceptaron y sancionaron en Washington la anexión de Texas. Nuestro ministro pidió sus pasaportes y quedaron rotas nuestras relaciones con los Estados Unidos, y como el apetito territorial, primera forma del imperialismo actual, se había desarrollado en los grupos del sur y el oeste de la Unión, la guerra con México era deseada allá y aceptada aquí por la opinión. El gobierno mexicano maniobró con tino: admitió los buenos oficios del ministro de Francia para intermediar con los texanos, que aún no habían llenado todos los trámites del protocolo de anexión; mas ya era tarde, la convención texana perfeccionó el acto, las fuerzas de los Estados Unidos penetraron en Texas y con el más insigne desprecio del derecho de gentes pasaron el Nueces, límite del nuevo Estado de la Unión, e invadieron el territorio de la nación con la cual no estaban en guerra aún, pretextando que Texas había considerado siempre que su límite era el Bravo. Con nuestras protestas, se pusieron en marcha nuestras mejores fuerzas; si llegaban a la frontera antes de que el jefe americano Taylor fuese reforzado, podíamos tomar con éxito la ofensiva.

Y no se rehusaba el gobierno, al mismo tiempo que rechazaba al enviado americano con su carácter oficial, a cambiar con él ideas que pudieran servir de base para un posible acuerdo futuro; bien se sabía que el hecho consumado de la anexión no tenía remedio: era ya historia, y había que partir de este punto para llegar a algo que salvase el resto de nuetro amenazado territorio. La presión de la opinión frustraba con su intervención brutal y apasionada las sutiles contemporizaciones de la diplomacia; se necesitaba aquí, no un pueblo enfermo de imaginación, de odio y de miseria, sino robusto y dueño de sí mismo, para dejar a nuestros ministros desmenuzar con

notas de cancillería el formidable peligro que nos amenazaba. Ya se había obtenido que para dar carácter oficial a nuestras conversaciones con el plenipotenciario americano, éste retirase la escuadrilla que amenazaba a Veracruz... Entonces, el general, que había sido enviado con nuestros mejores soldados, con nuestros últimos supremos recursos a repeler la invasión, pretextando que el gobierno de Herrera hacía traición a la patria, cometió la impiedad de volver al corazón de la República la punta de la espada que la confianza de esa patria había puesto en sus manos, y en unión de Valencia, el mejor de los discípulos de Santa Anna, que secundó el movimiento en la capital, derrocó a Herrera en diciembre de 1845. El gran ciudadano vencido salió del poder sencillamente como había entrado, con el alma llena de angustia patriótica y la frente limpia de manchas y de sombras.

Al saber la caída de Herrera, el gobierno de Washington reforzó sus escuadras; ordenó a Taylor avanzar sobre el Bravo, en donde lo esperaban nuestras fuerzas, que no veían llegar los auxilios de Paredes, y después de un nuevo ensayo diplomático de pura forma, pasó de la palabra a la fuerza. Entretanto, el hombre que se había hecho reo del crimen político y militar más grande de aquellos tiempos, trataba de organizar una administración equívoca, detrás de la cual todo el mundo adivinaba un complot monárquico, y para sostenerse mantenía a su ejército reunido bajo su mano, en lugar de dispararlo sobre el Bravo.

Paredes se hizo nombrar presidente con facultades discrecionales, por una asamblea de personas nombradas por él; como era del caso, trató en seguida de convocar un "constituyente", porque resultó inservible la Constitución centralista; lo que no servía era aquel ejército convertido en instrumento de ambiciones cínicas, era la burguesía, tímida o aduladora y egoísta, era aquel clero que se consideraba superior a la patria, que dedicaba todo su afán a conservar sus tesoros, que si podía mostrar hombres de excelsa virtud cristiana, era como antítesis de la multitud frailesca, ignorante, supersticiosa y corrompida; lo único que servía era el pueblo para ser rabiosamente explotado por todos.

Se formó un grupo ostensiblemente simpático al presidente nuevo, que dirigía con su habitual entereza y talento el señor Alamán, el grupo monárquico, cuyo órgano fue *El Tiempo.* Doctrinarios convencidos, aquellos hombres mostraron que los elementos más vivaces del partido conservador tendían a cristalizarse y a tomar forma regular, no ya en torno de la idea centralista, que para ellos había resultado deficiente, puesto que todos los conatos reformistas habían cabido dentro de ella, sino de la idea monarquista, que ellos mismos habían ayudado a matar en Iturbide, que resucitó con el valiente folleto de Gutiérrez Estrada y que iba a demostrar, quince años después, todo lo que encerraba de profundamente estéril, inaplicable y antipatriótico, cuando se realizase con el apoyo de la primera nación mi-

litar del mundo. El peligro americano era el generador del programa de una monarquía con un príncipe extranjero. ¿Qué iba a traer de fuerza un príncipe extranjero al trabajo de Sísifo de la organización del país? ¿Qué iba a ser sino un nuevo agente perturbador, añadido a los otros y más eficaz que ninguno para la discordia y para el mal? Si el príncipe venía solo, ¿qué sería de la monarquía? Si con un ejército extranjero, qué sería de la independencia? Pero todo era un sueño, que el día que pasó a los hechos fue una espantosa pesadilla.

La convocatoria para el Constituyente es un documento singular, obra del señor Alamán; dividía al pueblo elector, muy restringido, en clases, y señalaba a cada clase una representación proporcional; era la segunda vez que la oligarquía procuraba darse una forma constitucional, que podía ser más o menos aceptable en teoría, pero que, para la mayoría de la nación política, que en su amor puramente verbal a las ideas democráticas denunciaba la génesis latina de su espíritu, era un insigne atentado, era la constitución de una aristocracia preparatoria de la monarquía, y esto era efectivamente; era la eterna asamblea de notables, con que todas las revueltas militares procuraban sancionar sus triunfos y la ambición de sus caudillos, convertida en permanente por el voto de la clase media. La protesta fue imponente; la prensa pronto perseguida, y los hombres más importantes del partido liberal, pronto amordazados, encarcelados o desterrados, levantaron la voz y no hubo un solo pueblo de la República en que su eco no repercutiera; el gobierno se creyó obligado a declarar ostensiblemente su adhesión al credo republicano.

La guerra, entretanto, existía de hecho; las hostilidades, sin embargo, no habían comenzado. A pesar de que a fuerza de moralidad pecuniaria y de deseo de reparar su falta irreparable, Paredes allegaba recursos y enviaba lentamente auxilios a la frontera, nunca pudieron los jefes mexicanos superar considerablemente en número a las fuerzas americanas, para balancear la superioridad de armamento que tenían sobre nosotros. En los comienzos de mayo, Arista, general en jefe mexicano, resolvió arrojar al invasor del territorio de Tamaulipas al de Texas, obligándolo a repasar el Nueces. Cruzó el Bravo con fuerzas iguales a las del enemigo y, en dos días consecutivos, libró sendos combates, que lo forzaron a retrocedr en derrota a Matamoros, a desocupar esta plaza y a concentrarse en Linares. La falta de un estado mayor competente, la impericia de Arista y la artillería norteamericana causaron tamaño desastre.

Claro es que se necesitaba, como en los momentos de supremo peligro para la patria, un hombre o un grupo de hombres que se adueñaran del timón de la nave que zozobraba; claro es que no era Paredes, general de pacotilla; claro que los pusilánimes burgueses que formaban el Congreso no eran los convencionales de la Revolución francesa; faltaban el Cónsul y el Senado.

Al saber la noticia de los combates de mayo, el presidente norteamericano, Polk, declaró con un cinismo acaso único en la historia, que la guerra era un hecho por haber los mexicanos invadido el territorio de Texas, y que era

preciso proseguirla hasta obtener la paz; el gobierno mexicano hizo la declaración formal de la guerra en junio, apoyándola con tanta moderación y cordura en la justicia, que no hubo una sola conciencia honrada en los Estados Unidos y en Europa que no nos concediera la razón.

En el país, espantado al saber nuestras derrotas, rugía la tormenta. La revolución estalló en Guadalajara, esto era fatal, y llamó a Santa Anna, esto era fatal también: era el hombre visible por excelencia; el pueblo tenía en él, en cuanto se alejaba, una vaga confianza de que podía hacer milagros; era el hombre de las crisis, era nuestro *deux ex machina,* era un salvador que nunca salvó nada. ¿Qué hacer? Paredes necesitaba reservar fuerzas suficientes para combatir la revolución y necesitaba enviarlas todas al norte; mandaba algunas trabajosamente, mal provistas, mal armadas, rumbo a San Luis Potosí; una de estas brigadas, a punto de ponerse en marcha, se pronunció por la federación y por Santa Anna: el gobierno de Paredes, su Congreso, sus monarquistas, desaparecieron como por ensalmo; no debieron haber aparecido nunca.

La nueva revuelta militar se presentó como una reacción contra el monarquismo, y mientras llegaba Santa Anna, que estaba al tanto de lo que iba a pasar, y al primer aviso se puso en camino con el general Almonte, ardiente republicano entonces, y el insigne estadista yucateco Rejón, el general Salas, el pronunciado de la Ciudadela, convocó un Congreso y declaró provisionalmente vigente la Constitución del 24; suprimió en consecuencia las asambleas departamentales, y en prenda de su adhesión al federalismo neto, colocó al frente del ministerio al jefe del partido reformista don Valentín Gómez Farías.

Llegó Santa Anna; los americanos con profundo maquiavelismo lo dejaron pasar, como quien arroja un proyectil incendiario en el campo enemigo. Iba a terminar el mes de agosto de 1846; ¿qué traía este hombre, en quien las masas populares, que frecuentemente lo habían vilipendiado y arrastrado sus estatuas y enrolado sus trofeos, se empeñaban en ver un mesías? Qué traía este defraudador de todos las esperanzas, este defensor de todas las causas que sirvieron a su avidez y a su ambición, qué traía a aquella situación desesperada, a aquel ejército de antemano vencido por la desnudez y el hambre, sin confianza en sus oficiales y sin fe en el triunfo? Traía una intención: la de ser, rescatando todas sus faltas, un soldado, nada más que un soldado de la patria. Por desgracia, ese soldado jamás pudo ser un general, e iba a ser el generalísimo.

Más de medio millón de pesos había dejado en caja Paredes, y cuando llegó Santa Anna se habían gastado ya, lo que debió causarle profundo disgusto. Pero en esos momentos sólo se ocupó en aglomerar fuerzas en San Luis Potosí, para marchar en auxilio de Monterrey. Con tres mil hombres y haberes para ocho días salió, por fin, el que hasta entonces no era más que el jefe

de la revolución; no había sido otra cosa toda su vida. Dejó a México entregado a la agitación electoral; los elementos exaltados, protegidos por las autoridades, impidieron, según parece, la intervención de la parte moderada de la sociedad y *ad terrorem* se adueñaron del voto público; los mismos periódicos liberales deploraron esto; la hora de los hombres de cada acción había llegado, y el partido reformista se aprestaba a asestar al clero el golpe decisivo.

Santa Anna supo, no bien hubo emprendido su marcha, que Monterrey había capitulado y que la división de Ampudia, con los hombres de la guerra, se concentraba en el Saltillo. La imprevisión de costumbre dominó en este nuevo y sangriento episodio de la guerra; el soldado se había batido bien, algunos oficiales se distinguieron heroicamente de un lado a otro; la superioridad del estado mayor y de la artillería enemiga habíase manifestado una vez más. Así sería hasta el fin.

Santa Anna desplegó inmensa actividad en San Luis; pedía dinero sin cesar, lo tomaba en donde lo hallaba a mano. Con la tropa que llevaba, las incesantes levas que en las comarcas cercanas se hacían, algunos contingentes de los Estados y los restos de la división del norte, llegó a tener de quince a veinte mil hombres; a medida que su ejército crecía, sus exigencias tomaban proporciones gigantescas. Bloqueados nuestros puertos, paralizados la mayor parte de los Estados, perdidos los del norte, Yucatán amenazado de tremenda catástrofe interior y ajeno casi todavía al patriotismo general, siempre pospuesto al apremiantísimo patriotismo local, separándose de nuevo y neutralizándose para no caer en poder de los americanos, un déficit de siete a ocho millones, la prensa clamando contra el gobierno, que no sabía hacerse con recursos, la población de México armándose y formando batallones de milicianos, adictos unos a los reformistas que gobernaban, y otros, los burgueses, resueltos a impedir las medidas sacrílegas que se proyectaban contra el clero, que bajo la presión del miedo, más quizás que del patriotismo, se deshacía sollozando, de pequeñas fracciones de su fortuna; tal era la situación en lo que de más aparente tenía.

Reunióse el Congreso; su mayoría era de reformistas, pero escasa; de los noventa diputados que tomaban parte en las deliberaciones, cerca de la mitad se mostraban dispuestos a oponerse a las miras de los reformistas; todos eran liberales, sin embargo; en la minoría figuraban oradores eminentes, como Gómez Pedraza y Otero. En los últimos días del 46 fueron nombrados, para presidente, Santa Anna, y para vicepresidente, Gómez Farías; reaparecía la dualidad de los días aciagos para el clero y para la masa social, que liberal o reactora, reputaba como un institución intangible el poder económico de la Iglesia.

Gómez Farías y los innovadores se habían puesto en pleno acuerdo con Santa Anna; el ardiente reformista yucateco, Rejón, había sido el intermediario; se trataba de disponer de los bienes de manos muertas, administrados por el clero, ya para proporcionarse recursos directos, vendiéndolos hasta obtener quince millones de pesos, ya hipotecándolos como garantía de un

empréstito. La medida era grave por extremo, mas nadie ponía en duda el derecho que tenía el gobierno para decretarla; la doctrina regalista no tenía disidentes en las filas del partido liberal. Repitámosla reducida a breves fórmulas: los bienes del clero no eran de propiedad particular, sino corporativa; estaban, pues, sometidos a condiciones especiales que el Estado tenía derecho a dictar; los bienes del clero eran invendibles (manos muertas), no entraban directamente en la circulación; estaban, pues, en condiciones económicas que el Estado podía modificar o transformar en provecho de la comunidad; los bienes del clero se habían formado con donaciones, o recibidas del soberano, o con su permiso: todo ello era muy revocable. Siempre habían hecho los gobiernos uso de este derecho, siempre los monarcas españoles mantuvieron incólumes sus prerrogativas sobre este punto; cuando el muy católico don Carlos III confiscó todos los bienes de los jesuítas en sus dominios, nadie dudó del derecho; su aplicación fue la discutida.

Los reformistas tenían un fin político, un fin social, un fin nacional: consideraban la influencia del clero como perniciosa, porque era su derecho y casi su deber mantener a las clases en el *statu quo,* que tan favorable les era, y *statu quo* significaba la superstición religiosa abajo y el pavor de toda innovación arriba; consideraban, como profundamente igualitarias que eran, que los privilegios eclesiásticos constituían el obstáculo principal al advenimiento de una democracia, y creían que mientras el clero fuese una potencia financiera de primer orden, no habría modo de despojarlo de su privilegio, de sus fueros. Y éste era el fin político. El punto de vista social resultaba idéntico al económico: mientras la gran masa de la riqueza territorial (las manos muertas) no entrase en circulación, la fortuna pública no podía crecer, el grupo social no podía cambiar de suerte; gobiernos y particulares hacían el papel de parásitos de la Iglesia y todo progreso social resultaría imposible. Y el fin nacional era financiero, era la vida del día siguiente, era el ejército organizado y en movimiento, era la defensa, era la salvación de la patria; los agiotistas no prestaban, esperaban que la hacienda moribunda necesitase un peso para vendérselo en cien; el clero no prestaba sino cantidades que servían para el día siguiente apenas; los impuestos, el de rentas e inquilinatos, que acababan de decretarse, no rendían nada, no había modo en el estado del país de llevar a cabo una exacción sistemática. Era, pues, preciso tomar de golpe todo el dinero que se necesitaba para un año; no había otro tesoro que el eclesiástico.

En el Congreso la oposición estaba dirigida por los moderados, de quienes ya se había hecho un hábito distinguir a los liberales exaltados, bautizándolos con el nombre de rojos, o intransigentes, o puros; los puros les llamaba el pueblo. Los moderados estaban de acuerdo con los puros respecto a desarmar a la Iglesia de sus privilegios y riquezas territoriales; pero unos, los liberales de doctrina, no creían que la desamortización pudiera hacerse sin indemnización, y por consiguiente, sin transacción. A lo que los puros replicaban: jamás consentirá la Iglesia, sino cuando los hechos estén consumados; siempre lo ha hecho así; y todos, aun los que no creían necesaria

la indemnización, opinaban por aplazar la medida: en aquellos momentos era inútil, nadie compraría, y además era eminentemente perjudicial, porque el partido reformista no tenía la fuerza suficiente para imponerse y vendría indefectiblemente la guerra civil. Los reformistas sí creían poderse imponer, porque contaban con Santa Anna; y sí creían poder obtener recursos, porque comenzarían a regalar casi los bienes desamortizados y el clero mismo los rescataría. Se dio, pues, el decreto (enero de 1847), los ministros se previnieron a luchar contra los clericales; aquí y allí comenzaron a estallar protestas en forma de pronunciamientos; unas legislaturas apoyaron, otras no, y se negaron a promulgar la ley; las plebes, azuzadas por los frailes de baja estofa, gritaban por las calles de las principales ciudades: "viva la religión y mueran los puros"; la alarma era espantosa.

Nadie se presentó a adquirir lo que el gobierno vendía; era demasiado precaria la oferta para provocar demanda. Y Santa Anna pedía, pedía siempre; llegó a tal grado su exasperación ante los ataques de la prensa que, por un lado, criticaba furiosamente la nueva ley, y por otro, achacaba su inacción al general en jefe, que decidió salir al encuentro del ejército americano, al través de un espantoso desierto, sin tiendas ni provisiones suficientes, sin haber formado en sus hombres los rudimentos del soldado. Con diez y ocho mil hombres desfiló por las interminables estepas de aquel país de la desolación y de la sed, rumbo al Saltillo (febrero de 1847), y cuando entró en contacto con el enemigo estaba vencido; había perdido cuatro mil hombres en su batalla de veinte días con el desierto. El enemigo había escogido un admirable punto de defensa (la Angostura), y en él sostuvo dos asaltos formidables; si hubiese habido un general al frente del ejército mexicano y no un oficial que, aunque muy valiente, era muy vanidoso, inquieto e ignorante, el ataque habría sido concertado y no incoherente y sin plan fijo como fue, y Taylor se habría retirado al Saltillo. El soldado mexicano demostró en esta terrible lucha todas sus cualidades; era un soldado que se batía sin comer, que olvidaba el cansancio combatiendo, que con la pólvora mascaba a un tiempo el entusiasmo y el valor; pero sometido a súbitas depresiones como todos los mal nutridos, a pánicos, como todos los nerviosos, y que cuando pierde la confianza en su oficial o en su jefe, se va, deserta, recuerda que ha sido secuestrado por la leva y educado por la vara, y huye.

Santa Anna era como él; Santa Anna personificaba todos los defectos mexicanos y alguna de sus cualidades: el desprecio personal a la muerte. Deprimido por la lucha, la abandonó antes del momento supremo y retrocedió al desierto, en donde la enfermedad, la desnudez, el hambre y la deserción libraron el postrer combate con aquella columna ensangrentada y famélica que desfilaba bajo un cielo implacable, entre una perpetua tromba de polvo que la quemaba y que la devoró casi. Santa Anna huía de la victoria probable con rumbo a la derrota cierta. Huía hacia México, en donde su poder peligraba y a donde se había hecho preceder, irrisión suprema, por un boletín de victoria; cierto, no lo había vencido el enemigo; se había vencido a sí mismo.

Era precisamente lo que hacía en esos momentos México. A fines de febre-

ro, por los días en que fracasaba el ejército nacional en la Angostura, la situación, que parecía no poder ser peor, había empeorado: un nuevo ejército norteamericano se había hecho dueño de Tampico, de antemano abandonado, y desembarcaba en las costas veracruzanas; el movimiento de penetración cesaba por el norte y comenzaba por el este, mientras nuestro ejército se empeñaba en la aventura desesperada de que acabamos de hablar. Veracruz no tenía para defenderse más que un puñado de hombres; era preciso un nuevo, un supremo esfuerzo para contener al enemigo hasta la llegada del vómito y de un ejército de auxilio. El gobierno, que se esforzaba todavía en vano en ejecutar el decreto de desamortización, vivía en perpetua alarma; los batallones en que preponderaban individuos de las clases acomodadas, eran resueltamente contrarios a la reforma: el clero los acariciaba y prometía recursos, y cuando recibieron orden de partir a Veracruz, se concertaron y desobedecieron. La rebelión estalló en forma de una protesta armada contra la permanencia en el poder de Gómez Farías y contra la ley de enero y los legisladores; después todo se concretó al primer punto. Hubo luchas incesantes en la ciudad, muy poco sangrientas. Como en los batallones rebeldes preponderaban los jóvenes de la clase acomodada, a quienes se daba el nombre de polkos, así se llamó la facción, y con este nombre se contrapuso a los puros. Santa Anna, escogido como árbitro entre los contendientes, llegó a México, ocupó la presidencia de la República, y furioso al saber la capitulación de Veracruz, dejó el mando a un presidente interino (el general Anaya), después de derogar la ley, causa de tantos disturbios, y fue a cortar a los invasores el camino de la capital, más allá de Jalapa, en terrenos suyos.

Activamente, como solía, logró pronto reunir en la boca de la tierra caliente un ejército; allí él era el único que podía determinar el punto de la acción, entre muchos lugares estratégicos, en aquellos intrincados escalones de la subida a la altiplanicie; escogió el peor y se hizo batir completamente. La misma presunción vana, la misma petulancia de jarocho que había demostrado siempre, lo perdieron allí; su actividad, su ardor, le ayudaron a engendrar un nuevo ejército en las entrañas mismas de la derrota. El general Scott se pasmó al saberlo; avanzó hacia la capital, sembrando por doquiera proclamas conciliadoras y tranquilizadoras, diciendo que él como republicano, hacía la guerra a la facción monarquista, y que nadie como él respetaba la religión y la Iglesia católica. No, la facción monarquista, acaudillada por Paredes, no había hecho más que imposibilitar la defensa de la frontera; era el partido liberal, unido a una fracción del militar, el que dirigía y organizaba la defensa del país; el partido reactor figuró en ella por muchas de sus individualidades conspicuas; como partido, no. Scott fingía ignorar esto; la verdad es que había sido un desencanto para los invasores encontrarse frente a frente con los reformistas federales que, naturalmente, tenían numerosos contactos de ideas con el pueblo de los Estados Unidos, su admirado modelo.

Dueño de Puebla el ejército invasor, se decidió que la capital de la República se defendería, y se procedió a organizar para la lucha al Distrito Federal. Había entre la gente pensadora poca fe, ninguna quizás: "El resultado

era seguro: *imposible de aniquilar* al ejército invasor, que podía aumentarse sin cesar por el oriente y por el norte. Y luego, ¿qué significaba la pérdida de tierras que no habían sido nuestras sino de nombre: Texas, la California? Tal vez sería una ventaja; reducirse era condensarse, era adquirir mayor cohesión, mayor fuerza". El pueblo no; el pueblo creía que era indefectible vencer a los yankees; nunca; nunca el pueblo tuvo miedo al invasor; el terror vago que inspira a las masas una sucesión de reveses, no existía en este caso: "No eran los yankees lo que habían ganado, eran los mexicanos los que se habían derrotado a sí mismos, con sus discordias, sus desobediencias, sus torpezas; un esfuerzo, un poco de unión y aquel puñado de intrusos desaparecería". *Esto pensaba el pueblo con odio y con desprecio;* era la incompatibilidad de razas, de costumbres, de idioma, de religión, la que hablaba así dentro del sentimiento popular. Reconocer lo que había de admirable, valor y entereza en aquel puñado de intrusos, que, calculando la superioridad de su armamento y su cohesión sobre la impericia de los jefes mexicanos y las divisiones debilitantes de las luchas civiles, penetraban arrollándolo todo a su paso hasta el corazón del país, que si de veras se hubiera levantado en armas, apenas habría dejado el polvo de los invasores mezclado al del suelo profanado de la patria; reconocer esas verdades innegables, eso no, eso nunca.

Así es que, al presentarse el ejército de Scott en el valle de México, hubo algazara. ¿Cómo no triunfar? Allí estaba el resto de los héroes de la Angostura mandados por Valencia, que ya galleaba de rival posible de Santa Anna, formando una división de veteranos a quienes dirigía el presidente conmovedoras alocuciones; allí estaban las milicias cívicas, los polkos formando un campamento pintoresco, al que acudía lo más granado de la sociedad en alborozada romería, y recibiendo después del cañonazo de alarma, en presencia de las madres y de las novias, la comunión eucarística, que era como el viático supremo de la patria y de la gloria.

Los invasores desfilaron impávidos y fueron a situarse en los peldaños más bajos de la sierra meridional del Valle; desde allí podían escoger su rumbo y su ocasión, nadie los molestaba. El núcleo humano de la defensa era la división de Valencia, que fue a situarse al alcance de los invasores en una *mala posición* (Padierna). El general en jefe le ordenó abandonarla; el presuntuoso subalterno tergiversó y no obedeció; Santa Anna, a quien probablemente no pesaba la pérdida de Valencia, no se hizo obedecer y le dejó luchar primero a su vista, y sucumbir al día siguiente sin verlo; la defensa quedaba con la derrota de Padierna absolutamente desorganizada, y los invasores habrían penetrado en la ciudad en pos de los fugitivos, que habían comunicado el desorden a todo el ejército, si la severa defensa del puente y el convento de Churubusco no los detienen heroicamente y los hacen llegar maltrechos a una de las garitas del sur, que los rechazó. El ejército invasor no llegaba a diez mil combatientes, y otros tantos, menos quizás, pudo oponerles en las dos terribles jornadas de agosto el ejército mexicano, que perdió en ellas cinco o seis mil hombres, los mejores sin duda. La superioridad tác-

tica de los oficiales norteamericanos resulta del hecho de haber en toda la campaña del Valle, logrado batirnos en detalle, siempre con fuerzas superiores; Padierna, Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec demuestran este aserto. Singularidades: Scott decía en sus partes que había hecho prisioneros a dos expresidentes (Anaya y Salas); no hubiera llevado poca sorpresa si hubiese sabido que entre los oficiales americanos había dos futuros presidentes: Franklin Pierce y Ulises Grant.

Scott solicitó después un armisticio, que fue fácilmente arreglado; el objeto era poner en contacto a un enviado de los Estados Unidos con los comisionados de México, para hacer cesar lo que el general americano llamaba con justicia "una guerra desnaturalizada"; el enviado, Mr. Trist, pedía una faja de nuestra frontera septentrional que tocara al Bravo y comprendiera Nuevo México y las Californias; nuestros comisionados se negaron a ceder otra cosa que Texas, hasta el Nueces, y una parte de la Alta California; las negociaciones se interrumpieron, se acabó el armisticio, y en la primera quincena de septiembre quedó resuelta la suerte de México; la misma imposibilidad en que se halló siempre Santa Anna para concentrar la defensa, dejó en número menor de fuerza a los defensores de Casa Mata y Molino del Rey; gracias a esta falta absoluta de sagacidad, el victorioso combate defensivo que sostuvimos allí no pudo sostenerse como ofensivo, convirtiendo el rechazo de los invasores en derrota; lo mismo sucedió en Chapultepec, tomado pocos días después. En estas sangrientas luchas culminó un episodio: la defensa que hicieron en lo alto de Chapultepec los alumnos del Colegio Militar; algunos de ellos sucumbieron. Todas las glorias de los combatientes, las del ejército invasor y las del nuestro, quedaban por debajo de ese acto sencillo y sin par; es el vértice sublime de la pirámide roja.

El 15 de septiembre de ese mismo año de 47, el ejército vencedor ocupó la capital; aquí y allí hubo serios conatos de resistencia popular, presto desvanecidos; Santa Anna deshecho, impotente, se retiró por el oriente, dimitiendo la presidencia de la República y nombrando a sus substitutos mientras se reunía el Congreso. Pocos días después, el presidente de la Corte de Justicia, Peña y Peña, se hacía reconocer como presidente legal en buena parte del país, agrupaba algunos elementos de fuerza, llamaba a los gobernadores, trataba de reunir al Congreso, y quedaba constituído un gobierno nacional que podía abrir negociaciones con el jefe del ejército invasor. Las historias especiales abundan en detalles característicos que no podemos ni apuntar aquí. En un grupo exaltado del Congreso halló tenaz oposición la idea de la paz, de que eran encarnación viva los señores Peña y Peña, su ministro De la Rosa, y luego el presidente interino, el general Herrera; ellos y casi todo el partido moderado habían deseado esa paz desde el principio, previendo cuanto sucedió después; ahora estaban resueltos a llevarla a cabo, a pesar de las bravatas de los militares y del derroche de elocuencia teatral de algunos diputados. La paz era una necesidad antes de la anexión de Texas, una necesidad apremiante inmediatamente después; una salvación después de la guerra: la guerra nos había desarmado; ni teníamos soldados (nueve mil hombres dise-

minados en el país), ni artillería, ni fusiles (menos de 150 en los depósitos). ¡Oh!, era muy fácil declamar y tomar actitudes de augusta intransigencia en la tribuna y en la prensa; quienes supieron sacrificar su popularidad y sus dolores patrióticos a una obra indispensable y terrible, ésos fueron los beneméritos, ésos son los que merecen el respeto profundo de la historia. Sólo quien ignore cuál era la situación de anarquía del país, las tendencias al desmembramiento, ya claras en diversos Estados, la facilidad con que gran parte de la sociedad aceptaba la tutela americana por cansancio de desorden y ruina, las ideas de anexión que surgían en grupos compuestos de gente ilustrada, la actitud de la gente indígena, fácilmente explotable por los invasores; sólo quien todo esto ignore o lo ponga en olvido, puede condenar la obra de Peña y Peña y sus insignes colaboradores: un combate más, que habría sido un nuevo desastre y una humillación nueva, y una parte de Chihuahua, Sonora y Coahuila se habrían perdido; el principio de que no se puede ceder el territorio en ningún caso, es absurdo, y jamás ha podido sostenerlo una nación invadida y vencida; el verdadero principio es este otro: bajo el imperio de una necesidad suprema, puede y debe una nación ceder parte de su territorio para salvar el resto.

Con estas convicciones entraron en pláticas y fueron formulando las cláusulas de un convenio el comisionado americano Trist, hombre lleno de deferencia, y los eminentes jurisconsultos nuestros apoderados; hallaron éstos, no sin sorpresa, que las bases propuestas por el vencedor no habían cambiado substancialmente después de sus triunfos decisivos en el Valle; sobre ellas fue necesario tratar. De aquí el tratado de Guadalupe Hidalgo: un mes exactamente duraron las conferencias; los comisionados mexicanos disputaron la presa palmo a palmo, cediendo sólo ante la fuerza, mientras el gobierno nacional en Querétaro procuraba mantenerse en pie luchando con la anarquía, con la hostilidad de los principales Estados, con la insurrección latente en otros, con la miseria, con la impotencia; si cedía, si se desquiciaba, todo vendría por tierra y la República se hundía con él. El 2 de febrero se firmó por fin el tratado; perdíamos lo que estaba perdido de hecho: California, Nuevo México, Texas y la zona tamaulipeca de allende el Bravo; lo demás nos era devuelto en plazos breves, más una indemnización de quince millones de pesos. No fue esto el precio del territorio vendido; esto era imposible, porque no se dejó a los americanos nada que no tuvieran ya, y sí se obtuvo la devolución de mucho que creían haber ocupado definitivamente; se trataba de una indemnización de guerra, tan necesaria, que sin ella el gobierno no habría podido sostenerse y el caos del desmembramiento y de la anexión habrían sido la consecuencia forzosa de la catástrofe. Al lado de estas cláusulas de los límites, la devolución y la indemnización, las otras son secundarias. Resultó un convenio doloroso, no ignominioso; los tratados de paz ajustados entre Francia y Alemania, en Francfort, y entre España y los Estados Unidos, en París, nos obligan, por comparación, a ser más justos con esta obra inevitable de nuestros padres. Hicieron cuanto pudieron, hicieron cuanto debieron.

México país débil, por su escasa y diseminada población, sustraída aún en parte a la vida culta y a la plena noción de la patria, ha sido vencido en sus luchas internacionales, aunque nunca dominado. Pero hay en él una especie de elemento fatal, de influjo maligno sobre sus vencedores, que parece guardar una estrecha aunque misteriosa relación con la justicia de su causa: de la intervención francesa nació la guerra francoalemana; de la invasión americana nació la guerra de secesión. Los partidos se dislocaron en los Estados Unidos, surgió un grupo resueltamente antiesclavista que promovió la no admisión de la negra plaga social en los territorios nuevos, y ante ese grupo, el Sur, sintiéndose más fuerte, puesto que para fortalecerse hizo la guerra de México, se irguió amenazador y armado. Clay, el pacificador, el hombre a cuya rectitud, antes de abandonar este tremendo período de nuestra historia, cumple rendir homenaje en nombre de la justicia y del derecho, Clay procuró contener el torrente con una transacción; pero el antiguo pacto del silencio sobre la cuestión esclavista estaba roto, y de los amigos del suelo libre iba a nacer el partido republicano, y de esta agrupación la necesidad para el Sur de defenderse con las armas. La guerra de México fue la escuela de los futuros generales de la guerra civil.

SEGUNDA PARTE: LA REFORMA

CAPITULO I

REORGANIZACION Y REACCION (1848-1857)

Pacificación; Yucatán; probidad administrativa. Presidencia de Arista; los liberales de gobierno. Mercantilismo y militarismo. Santa Anna; el gobierno personal. Ayutla; fin de la dictadura; los reformistas. Presidencia de Comonfort; fracaso del Presidente constitucional

MEXICO no ha tenido más que dos revoluciones, es decir, dos aceleraciones violentas de su evolución, de ese movimiento interno originado por el medio, la raza y la historia, que impele a un grupo humano a realizar perennemente un ideal, un estado superior a aquel en que se encuentra; movimiento que, por el choque de causas externas, casi siempre se precipita, a riesgo de determinar formidables reacciones; entonces, lo repetimos, es una revolución. La primera fue la independencia, la emancipación de la metrópoli, nacida de la convicción, a que el grupo criollo había llegado, de la impotencia de España para gobernarlo y de su capacidad para gobernarse; esta primera revolución fue determinada por la tentativa de conquista napoleónica en la Península. La segunda revolución fue la Reforma, fue la necesidad profunda de hacer establecer una constitución política, es decir, un régimen de libertad, basándolo sobre una transformación social, sobre la supresión de las clases privilegiadas, sobre la distribución equitativa de la riqueza pública, en su mayor parte inmovilizada, sobre la regeneración del trabajo, sobre la creación plena de la conciencia nacional por medio de la educación popular; esta segunda revolución fue determinada por la invasión americana, que demostró la impotencia de las clases privilegiadas para salvar a la patria y la inconsistencia de un organismo que apenas si podía llamarse nación. En el fondo de la historia ambas revoluciones no son sino dos manifestaciones de un mismo trabajo social: emanciparse de España fue lo primero; fue lo segundo emanciparse del régimen colonial; dos etapas de una misma obra de creación en una persona nacional dueña de sí misma.

En ninguna parte se hacía sentir apenas la acción del gobierno; cada entidad federalista era dueña de sí misma, y al pacto federal se había substituído de hecho una especie de confederación de repúblicas insolventes. Constituir un centro, reorganizar un poder capaz de volver la cohesión al país, en mejores condiciones para ello, después de la guerra (que disminuyendo en más de la tercera parte el territorio, había facilitado al centro la tarea de fortificar su radio de acción), aprovechar el dinero de la indemnización americana, no sólo para vivir, sino para regenerar la hacienda pública, clave de la estabilidad política; tal era en sus rasgos más acentuados la misión que tocaba desempeñar al hombre de ideas progresistas, de probidad inmaculada y de energía demasiado desleída en benevolencia que era el general Herrera.

El 12 de junio de 1848 abandonaron la capital de la República los invasores y la ocupó el gobierno nacional, rodeado de los prohombres del partido liberal de gobierno, de los que creían que las reformas deberían de ser muy lentas y por medio de transacciones sucesivas para evitar la lucha civil; las resistencias mostraron que este programa era irrealizable. Este gobierno, facultado para disponer de los tres millones primeros de la indemnización (su solo recurso, porque nada producían ni las aduanas, cuyos escasos productos estaban consignados a pagar acreedores, ni los estancos, ni los Estados, que no mandaban sus contingentes pecuniarios), los distribuyó lo mejor que pudo: el fusil de cápsula nos había vencido; el gobierno dotó al ejército de esta arma, comprada al invasor; ayudó a los mexicanos que no quisieron seguir viviendo en los territorios cedidos, a establecerse en la patria mutilada; salvó a la hacienda de los resultados próximos de un contrato ruinoso, y auxilió en su lucha con los bárbaros a los Estados del norte y a Yucatán.

Yucatán, que para libertarse de la invasión y quizás de la dominación definitiva de los Estados Unidos, que no hubiera podido combatir, había renovado su segregación en los momentos mismos en que la guerra extranjera penetraba en el corazón de la República, expió de un modo terrible este crimen de leso patriotismo, con la sublevación de los indígenas, que formaban la mayoría de la población de la Península, sublevación largo tiempo hacía preparada, pero que estalló como consecuencia de la guerra civil originada por el movimiento separatista, que quiso contener primero y luego se resignó a dirigir, para evitar males supremos, el señor Méndez.

La sublevación de los indígenas deshizo socialmente la Península; arrolló las resistencias, se apoderó de casi todas las poblaciones principales; rompió, saqueó, incendió, atormentó, mató, sin cesar, sin un solo movimiento de cansancio o de piedad. Los yucatecos que no perecieron, huyeron a las costas o emigraron de la Península; cuando la crisis hubo pasado, la población, que se acercaba antes a seiscientos mil habitantes, no llegaba a la mitad. El indecible terror que inspiraban aquellos implacables asesinos, armados por los mercaderes de la colonia inglesa de Belice, fue tal, que los peninsulares buscaban auxilio y protección en el extranjero, resueltos a sa-

crificar hasta su precacia independencia con tal de salvar la vida y el hogar. Después de tristísimas e inútiles tentativas, México, al acabar la guerra con los Estados Unidos, acogió a aquel hijo pródigo y le envió dinero y soldados. Este día Yucatán, que sólo por conveniencia se había ligado a México, quedó unido por el corazón; ya no era a la federación a la que volvía, era a la patria y para siempre. Entretanto todos los hombres válidos habían empuñado las armas en la Península, y en una lucha de años, sembrada de actos de salvaje energía y episodios heroicos, dignos de romances épicos, los yucatecos reconquistaron palmo a palmo el suelo natal; una zona de desolación y de muerte, surcada frecuentemente de líneas de sangre, separó desde entonces al grupo civilizado, viviendo en poblaciones arruinadas, de los "kraales" de los indómitos y feroces mayas.

No era ésta, con todo, la parte más inquietante en el trabajo de pacificación; los bárbaros en Yucatán estaban contenidos, y por el artículo II del tratado de Guadalupe Hidalgo, los Estados Unidos habían contraído la santa *(sic)* obligación de impedir o castigar las incursiones de los nómades del norte; los bárbaros que amenazaban de cerca al gobierno eran los eternos fautores de pronunciamientos y guerras civiles, eran, *verbi gratia,* Paredes, el guerrillero español Jerauta, los pronunciamientos del sur y de la sierra de Querétaro, en que ya en un bando, ya en otro aparecen los nombres de los futuros campeones de la reacción, el incansable y noble Tomás Mejía, el terriblemente siniestro Leonardo Márquez. En toda esta lucha prestó al gobierno servicios de primer orden el general Bustamante, muerto poco después.

No podemos hacer la historia detallada de nada de esto. Para la pacificación todo era estorbo; la casi absoluta autonomía de los Estados, la imposibilidad de atender al ejército por falta total de recursos. Para la organización administrativa todo eran imposibilidades; la clave era la redención del ejército, que equivalía a formar con los cesantes uno en contra del gobierno, el ejército forzoso de Santa Anna, que, apenas se perdía en los horizontes del Golfo, readquiría su nimbo de salvador. Al concluir la administración del señor Herrera, el país, en lo posible, estaba pacificado y mostraban su cabeza redentora las mejoras materiales. A pesar de las terribles discordias políticas, la literatura y el arte dejaban oír su voz divina, había un anhelo indecible de ir hacia el porvenir, de conquistarlo, de seducirlo; pobre, pobre patria; la playa estaba lejana; entre ella y el siglo que mediaba, una generación entera iba a naufragar en deshecha borrasca.

La hacienda pública exhausta, sin más recurso efectivo que la indemnización, había dado un paso gigantesco, había entrado el orden en el caos; había clasificado su deuda, había convertido la mayor parte de ella, la deuda con los tenedores de bonos ingleses; había fijado definitivamente su monto y estipulado el pago de intereses menores (operación inmejorable en aquellas circunstancias, que hace honor a la gestión financiera del señor Payno); se había formado una junta de crédito público, compuesta de personas de alta honorabilidad; se habían introducido serias economías en los

presupuestos, y, lo que parecía imposible, el ministro de la Guerra, el general Arista, había logrado reducir, moralizar, consolidar al ejército, encaminándolo hacia la extinción del fuero que no fuese estrictamente militar.

El partido conservador existía en elementos dispersos que unas veces militaban con una administración, otras con otra; el ejército seguía a Santa Anna, que unas veces era federalista y puro, otras centralista y clerical; el clero, mal gobernado por sus obispos, se iba agrupando definitivamente en torno de quienes, resistiendo a las ideas nuevas, pretendían que la Iglesia gobernase a la sociedad aun por medio del gobierno, a quien exigían que desechase la tolerancia religiosa, propuesta ya por algunos, e impidiese la circulación de obras prohibidas.

Un hombre de gran inteligencia, pero que partía políticamente de un error fundamental, del que eran consecuencia lógica todas las teorías que con impaciencia juvenil ansiaba por reducir a la práctica, comenzó a dar una organización formal al partido conservador, don Lucas Alamán. Su impopularidad entre la burguesía liberal era formidable y descendía hasta las masas; su *Historia de México,* consagrada religiosamente a demoler el respeto a los padres de la independencia, y la guerra que en ese sentido hacían a la leyenda en que la gratitud popular había transformado, como suele, la historia de los días heroicos de la insurrección, los periódicos que el señor Alamán dirigía, lo habían convertido en una verdadera enseña de combate a muerte contra el credo reformista. El error fundamental del señor Alamán y de todo el partido que organizó durante las administraciones moderadas, consistía en creer en la bondad del régimen colonial, que había dado al país paz, orden, prosperidad; de donde inferían la necesidad de restablecerlo hasta renovar aquí la monarquía bajo el protectorado o tutela de una monarquía europea, de la española sobre todo. Para el inflexible doctrinario nada significaba el terrible fracaso del régimen colonial, que la misma explosión de la guerra de independencia había mostrado; no creía que la paz y el orden perfectamente mecánicos de los tiempos españoles habían tenido por indeclinable consecuencia la agitación y la anarquía de los tiempos mexicanos, precisamente por la absoluta falta de preparación para la vida propia que caracterizó la educación española en que se informó nuestro espíritu; para él nada significaba la variación de tiempos, la imposibilidad absoluta de restablecer el aislamiento mental y físico que fue la condición esencial del buen éxito del régimen antiguo. Y seguía impertérrito su marcha poniendo en contacto a todas las clases conservadoras entre sí, a todos los hombres importantes que se inclinaban a sus miras; a la Iglesia, que con sus nuevos jefes, los señores Garza en México, Munguía en Michoacán y luego Labastida en Puebla, entró de lleno en la batalla política; al ejército, que aspiraba sin cesar a la revuelta, para lo cual inició conversaciones epistolares con Santa Anna, que desde Turbaco seguía el hilo de los asuntos mexicanos; a los ricos, casi todos españoles; a los industriales, amargados por las doctrinas liberales de los reformistas. Y pocas veces se ha puesto en este país tanta energía, tanta voluntad, tanto talento al

servicio de una causa imposible: el pueblo mexicano no podía desandar la vida de una generación para colocarse en el punto en que Iturbide creó el Imperio y repetir el mismo camino de abismo en abismo. Las cuestiones municipales, en que el señor Alamán tuvo el derecho de su parte, logrando formar un ayuntamiento que la autoridad impidió moverse, le sirvieron para ensayar las fuerzas de su ejército, y la lucha que emprendió contra la administración de los liberales de gobierno fue tremenda e insensata; desprestigiando y haciendo fracasar a los moderados, llamando a la reacción contra ellos, hacía fatal la dominación de los reformistas revolucionarios, de los puros. Si todas las fuerzas conservadoras se hubiesen puesto del lado de los moderados, la Reforma habría sido obra de medio siglo más.

Cuando ese varón de Plutarco, tan modesto, tan íntegro, de conciencia tan serena y tan olvidado, don José Joaquín Herrera, dejó el poder a su ministro de la Guerra, don Mariano Arista, nombrado presidente por la mayoría de las legislaturas, pudo decir: "quien hace lo que puede hacer lo que debe". Pero bien poco era lo que se podía en la desorganización que la guerra extranjera, la federación mal practicada y mal regularizada, los elementos de anarquía y las resistencias a todo orden en los grupos de acción y a toda reforma en los grupos de conservación, habían hecho endémica en la República. A pesar de su deber santo de impedir las incursiones de los bárbaros en el norte, los americanos, lejos de impedir, impulsaban quizás las trágicas correrías de los apaches y sus congéneres, desde Sonora a Tamaulipas, que mantenían paralizado por el terror el movimiento mercantil y agrícola en la zona comprendida entre los nuevos límites y el trópico; y en Yucatán la guerra seguía monótona, tenaz e implacable, devorando la carne viva de la población yucateca, gracias a la ayuda constante que, en cambio de facilidades para extraer maderas del territorio mexicano, prestaba a los mayas el gobierno de Belice, seguro de los inútiles que serían nuestras reclamaciones y de la impotencia del gobierno para sancionarlas enérgicamente.

La situación, pues, era, en enero de 1851, al comenzar el general Arista el período presidencial que debía acabar de hecho antes de concluir el año siguiente, más grave que nunca. Mucho bueno se había iniciado; ¿cómo realizar estas iniciativas? La cuestión financiera, que era difícil resolver normalmente antes de resolver los problemas económicos de la colonización, de las vías de comunicación y de la movilización de la riqueza territorial, no admitía ya paliativos: los recursos de la indemnización americana estaban casi agotados; las entradas aduanales absolutamente mermadas por el contrabando, que tenía en Monterrey una plaza de depósito y que se hacía por todos los puertos y fronteras ostensiblemente; las economías en el presupuesto inundaban las ciudades principales de militares cesantes, prontos a pedir el sueldo y el ascenso a la futura revuelta, como lo habían hecho siempre, y atestaban las oficinas públicas de traidores y conspiradores de corrillo, pero muy obstinados, muy implacables, que lo minaban todo y

todo lo disolvían: ésta era la terrible conspiración, impalpable o irreprimible, de los empleados no pagados o mal pagados; conspiración eterna en México y que casi siempre fue eficaz.

A todo acudió el nuevo gobierno: a ayudar a los Estados fronteros; a reforzar los contrarresguardos para evitar el contrabando del norte; a reprimir movimientos revolucionarios, gravísimo alguno de ellos (Guanajuato), y sobre todo a crear recursos. Este era el escollo supremo. Los ministros de Hacienda pintaban valientemente la situación del tesoro; el presidente, en sus informes periódicos a las Cámaras, trazaba cuadros pavorosos de nuestras miserias. Resultaba que a pesar de las economías hechas en los sueldos de los empleados, a pesar de que no se atendía a la defensa de la frontera septentrional, que podía considerarse perdida (Sonora, Durango, Chihuahua), el déficit, computando todas nuestras obligaciones, pasaba de trece millones; haciendo a un lado la mayor parte de ellas, se acercaba todavía a cinco millones, y no había, al otro día de la conversión, con qué pagar los intereses de lo que se llamaba la deuda inglesa; la última tentativa para fundar nuestro crédito venía bochornosamente por tierra. Las exigencias diplomáticas nos obligaron a encontrar expedientes provisionales para detener una probable guerra exterior y acallar momentáneamente a nuestros acreedores; unos ministros proponían como único remedio la suspensión de pagos, otros hacer entrar en las arcas federales las rentas de los Estados, y todos el aumento de impuestos: alzas a los derechos de importación, contribuciones a los productos de la industria fabril, etc. Lo más claro de nuestros exiguos recursos estaba en las rentas aduanales, pero, ya lo hemos dicho, el contrabando casi las nulificaba, y cuando las medidas del gobierno lograban ponerle coto, los filibusteros mexicanos (Carbajal y Canales), seguidos por los filibusteros de Texas, se organizaban ostensiblemente del otro lado del Bravo y, subvencionados por el comercio de Matamaros y las aduanas fronterizas, invadían al frente de pequeños ejércitos el territorio nacional, amagaban a Matamoros, a Camargo, promovían la separación de aquellas comarcas para formar una república. El gobierno, exhausto, sacaba fuerzas de flaqueza y lograga rechazar la invasión, que iba a rehacerse al lado americano a ciencia y paciencia de las autoridades, que armaban las expediciones filibusteras en el Bravo, como armaban y empujaban a los bárbaros de la frontera noroeste, y las expediciones piráticas de Walker y Raousset, que, empeñado en ser el Hernán Cortés de Sonora, llegó a apoderarse de Hermosillo en 52, por poco tiempo, y volvió luego a sus preparativos de conquista, a sus ensueños de poeta aventurero, a sus insaciables ambiciones, como las de sus abuelos los barones feudales de los tiempos de las Cruzadas.

Un acontecimiento cuya trascendencia no pudo calcularse de pronto, vino a ser el anuncio del principio del desastre; el oficial superior que gobernaba a Matamoros, para allegar recursos y poder rechazar a los filibusteros, había *motu proprio* alterado las tarifas del arancel, bajado las cuotas de importación. El caso dio motivo a interpelaciones fulminantes de los ministros, a

reclamaciones desesperadas del comercio de importación (Tampico y Veracruz sobre todo), a las acusaciones apasionadas y a calurosos debates; difícil era remediar el mal. El Congreso no atendía, o muy poco, las iniciativas financieras del gobierno; éste apenas podía ocuparse en sofocar los pronunciamientos, incesantes en Veracruz, en Sinaloa, en Michoacán; el país se disolvía, como llegó a decir el ministro de la Guerra, Robles Pezuela.

Bajo estos tristes auspicios comenzó el año de 1852 con un nuevo Congreso, pero con una situación peor, que el presidente trazó con líneas sombrías en un discurso que parecía el *De profundis* de la federación y de la República. Como era natural, pedía recursos para colmar el formidable déficit, pedía disposiciones que obligasen a los Estados a cumplir con sus deberes, que olvidaban por completo, pedía tropas con que poder consolidar la labor de pacificación tan precaria del país e indicaba que se conciliasen los intereses de la industria y del comercio. Nada quería o nada podía hacer el Congreso. Las nuevas y espantosas incursiones de los bárbaros en Durango, hacían exclamar a los infelices habitantes de la frontera: "¡Llegó la hora suprema, vamos a desaparecer de la sociedad mexicana!" Y ni el Congreso ni el gobierno pudieron nada.

Corrieron así los meses; todo se repetía, bárbaros, filibusteros, pronunciamientos, escaseces infinitas; una federación convertida en confederación por la excesiva libertad de los Estados; el Ejecutivo que pedía, ya que el Congreso nada arreglaba, que lo facultase para arreglar algo, petición sin éxito, el país sano aplaudiendo los primeros telégrafos, sosteniendo las publicaciones literarias; la prensa de oposición hiriendo al gobernante hasta en su vida privada, y los conservadores cubriendo de sarcasmo a la federación, al gobierno representativo y al sistema republicano; tal era el cuadro. Cuanto pasaba parecía darles razón: la obra de la Reforma apenas aparecía aquí y allí, ahogada por necesidades premiosas; Ocampo en Michoacán la iniciaba con energía, sosteniendo la libertad religiosa, atacando las obvenciones parroquiales y preparando atrevidos sistemas de nacionalización de la propiedad estancada, lo que decía el señor Alamán, fue una de las causas más eficaces de la caída de Arista y decidió al clero a impulsar la revolución. Pero el presidente seguía firme su camino, sembrado de obstáculos, resistiéndose a separarse una sola línea de su deber constitucional.

A mediados del 52 estalló una revolución en Guadalajara contra el íntegro y progresista gobernador López Portillo, honor del foro jaliscience; dueña de la capital la revolución, pronto invadió todo el Estado; mientras el Ejecutivo federal se aprestaba a combatirla, los representantes de todos los enemigos de la situación acudían a Guadalajara, foco de la revuelta, y allí procuraban enderezarla contra el gobierno general. Halagando las codicias y resentimientos del ejército, los santannistas eran los más activos entre estos agentes del mal, y lograron que en septiembre la rebelión local se transformase en general, pidiendo la destitución de Arista; al fin, en octubre, todo aquel heterogéneo encuentro de apetitos, deseos famélicos y exasperados e instintos reaccionarios, todos los que temían las reformas (el clero movido

por don Antonio Haro, agente de Alamán) y los que querían vengar algo, los que querían robar algo, los que querían comer algo, y los apasionados de la bola y del indispensable taumaturgo de Tubarco, se pusieron de acuerdo y de aquí nació el plan del Hospicio (octubre del 52), que mantenía el sistema federal, desconocía a Arista, apelaba a un nuevo Congreso, que reformaría la Constitución y salvaría al país, y llamaba en términos encomiásticos al general Santa Anna. Cundió el movimiento por todas partes; el general Uraga, nombrado al principio para combatirlo y luego separado del mando, se puso al frente del nuevo ejército libertador; Tampico, entretanto, había hecho un pronunciamiento aduanal, bajando los aranceles, lo que dejaba exánime a Veracruz, que se pronunció también e hizo la misma combinación arancelaria.

Esto fue mortal para el gobierno del señor Arista, a quien el Congreso escatimaba facultades. Muchos, la fracción del elemento militar que le era adicta, y los políticos de acción, lo empujaban a disolver el parlamento. Nunca lo consintió. Hizo en enero del 53 una tentativa para lograr nuevas facultades eficaces; fue inútil, y entonces, noble y estoicamente, presentó su renuncia y dejó el poder. Así este hombre, que había penetrado en la historia por el pasadizo obscuro, resbaloso y equívoco de las asonadas militares, salía erguido, alta y limpia la frente, bajo el arco triunfal del deber cumplido.

El magistrado que presidía la Corte Suprema de Justicia de la Federación, a quien, por ministerio de la ley, tocaba desempeñar la presidencia de la República, era un juez íntegro, un jurisperito cabal, que estaba en el vigor de la edad, poco más de cuarenta años, de temperamento bilioso y de carácter enérgico. Se encargó el señor Ceballos de la presidencia para facilitar al Congreso el nombramiento de un interino, y este nombramiento recayó en él. Investido así de un interinato que podía considerarse indefinido, trató de plantear claramente el problema de la situación. La revolución se había hecho dueña de los elementos más activos del país, y la dimisión de Arista le daba una fuerza mayor todavía; nada podía contrarrestarla, su triunfo era seguro. Se trataba, pues, de transigir con ella para pacificar el país y evitar el derramamiento de sangre, en primer lugar, y en segundo, para impedir la presidencia del general Santa Anna, hacia quien gravitaba ya todo el movimiento y a quien Ceballos, como todos los liberales de gobierno, tenía una especie de horror, bien justificado por cierto.

Con el fragmento de ejército que tenía en su poder, y que podía darle alguna respetabilidad e importancia para imponer la transacción, apenas podía contar, sobre todo por la inmensa impopularidad del Congreso. Este cuerpo, que había precipitado con verdadera insensatez la caída de Arista, como si fuera cómplice de la reacción santannista, era odioso para muchos liberales por ese hecho, y por creerlo inepto para encontrar remedios a la situación financiera; había desprestigiado el régimen parlamentario, lo que los conservadores aprovechaban para demoler las instituciones.

Ceballos creyó necesario suprimir este estorbo, convidando al Congreso

a suicidarse expidiendo la convocatoria de una convención, que fuese la fórmula misma de la transacción con la revolución triunfante y de la que todo podría salir, menos una presidencia de Santa Anna; un ejército podía llamar a este hombre, un Congreso nunca.

Cuando los representantes conocieron las iniciativas del presidente, con verdadero estupor se dispusieron a sucumbir cumpliendo con su deber y en el acto asumieron una actitud augusta. Contestaron al empeño presidencial, consignando al presidente mismo al Gran Jurado Nacional; entonces el señor Ceballos hizo disolver las Cámaras; los diputados y los senadores, procuraron seguir reuniéndose, hasta que la policía los obligó a dispersarse, en medio de la indiferencia o la rechifla pública. Pero con su auto perfectamente ilegal el señor Ceballos había roto sus títulos, no era constitucionalmente presidente, y cuando la guarnición de México se pronunció por él, no era ya sino un revolucionario más. Pronto se convenció de esto y de que su fuerza moral estaba perdida; el jefe de las fuerzas del gobierno (Robles Pezuela) se unió a Uraga, jefe de la revolución, y ambos invitaron a Ceballos a cubrir con su autoridad interina un arreglo que creaba una dictadura de un año, como prefacio de la convención, y encargaba de ella a Santa Anna. Ceballos dejó el gobierno a un general cualquiera y se volvió a la Corte de Justicia; había fracasado su intento; para lograrlo, habría sido necesario un perfecto acuerdo con el Congreso y que éste le hubiera dado todas las facultades necesarias, dejándole el campo libre. No pudo ser así, y el desastre completo del gobierno de los moderados, que llegó con él a la reforma revolucionaria, dejaba el terreno expedito a la lucha de los elementos extremos; la crisis no podía terminar con una espantosa guerra civil: esto era fatal. Los moderados eran hombres de tiempos normales, y el mismo Ceballos, con el arreglo cuerdo y justo de la cuestión de Tehuantepec, que alejó indefinidamente del istmo el peligro americano, probó lo buen gobernante que habría sido en épocas de estabilidad y orden.

Los Estados Unidos, empujando a los bárbaros y a los filibusteros sobre toda la frontera del noroeste, y armando o dejando armar ejércitos de contrabandistas sobre el Bravo, habían sido la causa primordial de la ruina del federalismo, inutilizando al gobierno central para imponerse a los Estados dentro de la Constitución y creando las cuestiones arancelarias en los puertos, que lo desquiciaron todo e hicieron de los mercaderes los corredores de la revuelta y los árbitros de la situación. Así como enjambres de agentes comerciales iban y venían de Tampico a la frontera y de Veracruz a México y Guadalajara, para dar pábulo al movimiento de Jalisco, así enviaron comisionados al proscripto para obtener su favor. El proscripto llegó; nada había olvidado, nada había aprendido: sus mismas ineptitudes, su mismo patriotismo jactancioso, su misma vanidad, su mismo instintivo programa de gobierno, que consistía en hacer de la República un cuartel, de los

mexicanos un regimiento, y en pillar la caja del Cuerpo: eso era lo que traía del destierro. Aceptando que sólo podía gobernar sin Constitución, echó mano de los que, desde el instante que prescindían de su actitud constitucionalista y se volvían los voceadores de la dictadura, dejaban de ser conservadores para ser revolucionarios y reaccionarios. Alamán había formulado el credo del nuevo partido de amalgama de la clase rica, del clero y del ejército. En una carta muy firme y sin una sola lisonja (al contrario), dictó con entereza más bien que expuso a Santa Anna las condiciones únicas con que el partido reactor consentiría en gobernar con él: la revolución de Jalisco se convirtió en general, gracias a los trabajos del clero, "asustado por las tentativas reformistas de Ocampo", decía Alamán: "estamos, pues, en el caso de proponer un acuerdo: 1º, intolerancia religiosa absoluta, por ser la religión el único lazo que existe entre los mexicanos; nada de inquisición ni persecuciones, pero guerra a las obras impías; 2º, un gobierno fuerte, pero sujeto a ciertos principios y a ciertas responsabilidades; 3º, extinción completa del sistema federal y de todo lo que se llama elección popular (ya vimos cómo Alamán entendía la cuestión electoral en la famosa convocatoria del tiempo de Paredes); 4º, organización de un ejército competente para las necesidades del país; 5º, nada de Congresos; Santa Anna bien aconsejado, esa será toda la Constitución". Alamán fue el jefe del gabinete; Lares, Haro y Tamariz, Díez de Bonilla y Tornel fueron sus compañeros; la flor de la contrarreforma. Alamán no había dicho por escrito a Santa Anna todo su pensamiento, mas el dictador lo conocía y convenía en él; helo aquí: para conjurar el peligro americano, cada vez más evidente, era necesario establecer en México un protectorado español y la monarquía de un Borbón (era el medio seguro de precipitar el peligro americano). El enviado mexicano, Hidalgo, empezó a dar forma al pensamiento en una serie de conferencias con el jefe del gobierno español; la separación del ministerio de este personaje y la muerte de Alamán lo aplazaron todo, de lo que Santa Anna se alegró.

El gobierno reaccionario, complicado con el de la camarilla exclusivamente militarista de Santa Anna, publicó por todo estatuto una especie de reglamento administrativo muy lacónico y principió su obra. Fuera enemigos: comenzó con el destierro de Arista y siguió con el de todos los hombres de importancia del partido liberal; fuera censores: la ley Lares hizo imposible, no la libertad, sino la existencia de la prensa; fuera obstáculos: repartió los departamentos entre militares, varió la división territorial y constituyó a cada gobernador, a cada prefecto, a cada ayuntamiento, en agente directo del poder central, único elector y distribuidor de funciones, único reconcentrador de fondos; no era aquél un poder central, sino único en toda la fuerza de la palabra.

Pero, como siempre, el gobierno, que aumentaba sin cesar el ejército (el cáncer de los gobiernos centralistas), y que en paradas, procesiones y fiestas militares, delirio del dictador, gastaba lo más neto de las rentas públicas, se encontró aculado a la cuestión financiera, el callejón sin salida de to-

dos los gobiernos mexicanos. Haro, que era el ministro de Hacienda, hombre muy probo, muy fanático, muy excéntrico, había espantado a los agiotistas, había emprendido valientes economías y una lucha sin tregua contra los despilfarros del dictador: acabó por proponer un empréstito con hipoteca de todos los bienes del clero; Santa Anna, que no lo toleraba, le hizo entonces renunciar. Con la muerte de Alamán y la separación de Haro, cesa el gobierno del partido reaccionario; muchos reaccionarios quedan en la administración y por odio al federalismo la sirven, pero en segunda línea, a la cola de los militares, que son los dueños de la casa.

El señor Alamán, como la mayor parte de los políticos, era admirablemente práctico en sus censuras al régimen que detestaba, pero exclusivamente teórico y sin sentido profundo de la realidad en la práctica de los negocios. Organizó el partido conservador como un grupo de combate, intransigente con las ideas reformistas y con la influencia norteamericana en México, y arrastró a la Iglesia en pos de sí. La primera obra fue un error capital: combatir sin tregua a los liberales moderados, a quienes debía haber sostenido a todo trance si hubiese conocido de veras a su país; su segunda obra fue una falta inmensa: complicar al clero con el santannismo y la dictadura. Así no lo fortificaba, sino que lo sometía a todos los azares políticos y autorizaba la represalia suprema, la desamortización. Además, dejó por herencia a su partido la esperanza en una intervención extranjera y una monarquía, es decir, la muerte eterna.

La obra de la reación careció pronto de brújula; la idea del gran político reaccionario de hacer imposible la tiranía del dictador por medio de buenos consejos, era un sueño; el gobierno personal quedó fundado y el tirano recibió del ejército, puesto en acción política, mil títulos, aun el de emperador; Santa Anna se contentó con el de Alteza Serenísima; y todo, el boato y el esplendor desplegado sin cesar, la resurrección de creaciones monárquicas (la orden de Guadalupe) y de toda la indumentaria reglamentaria y aparato de los tiempos de la realeza, acusaba en el dictador la pasión de imitar al segundo Napoleón (Napoleón III), como Iturbide había pretendido parodiar al primero: la corona no estaba lejos; se iba a ella por medio del despotismo más minucioso, del despilfarro más cínico, del favoritismo más descarado, de los besamanos, las orgías y los bailes. Jamás habían lucido los soldados tan costosos y pintorescos uniformes; las iglesias, tan tentadores ornamentos; las señoras, alhajas tan espléndidas; jamás había estado la República con los pies más atascados en el fango de la miseria, de la ignorancia y del vicio; jamás había lucido un penacho más pomposo.

La vieja oligarquía criolla, que así abdicaba en manos del déspota, se contentaba con cierta seguridad en los caminos, con la esperanza de sacar un buen premio en la lotería del agio, con su terror a los reformistas. El que había de formular el pensamiento reformista próximamente, era un empleado que, haciendo abstracción de la situación política, presidía cierto movimiento de ascensión hacia las mejoras materiales: líneas telegráficas

realizadas, líneas férreas proyectadas, creación de la estadística, publicaciones útiles: se llamaba Miguel Lerdo de Tejada.

En marzo del 54, un obscuro jefe militar proclamó en Ayutla, en el departamento de Guerrero, que hacía meses inquietaba al gobierno por la actitud de los generales Alvarez y Moreno y del coronel Comonfort, un plan secundado por estos jefes, que lograron hacerse dueños de Acapulco. El plan se reducía a despojar del gobierno a Santa Anna, a protestar el respeto a las garantías individuales, al ejército y a los comerciantes. Ni una sola palabra de federalismo o de reformas; al contrario, parecía dominar en él una tendencia centralista: un general en jefe que, cuando la mayoría del país hubiese aceptado el plan, reuniría una pequeña asamblea de representantes de los departamentos por él nombrados, la que elegiría un presidente interino con facultades omnímodas, y convocaría en plazos perentorios un Congreso encargado de constituir a la nación bajo la forma republicana, representativa y popular; tal era el plan.

El gobierno, de antemano, había ocupado puntos importantes en el sur, y al tener noticia de la rebelión, lo invadió por diversas partes con mucha actividad; poco después, el presidente mismo fue a dirigir la campaña, que cuenta admirablemente en sus memorias (inéditas) el general Sóstenes Rocha, entonces oficial en el batallón de zapadores; fue un fracaso colosal: las tropas de línea se abrieron paso hasta Acapulco por entre las bandadas apenas disciplinadas de Alvarez; en Acapulco no pudieron vencer la noblemente obstinada resistencia del general Comonfort y volvieron a su punto de partida; pero la revolución quedó confinada en el sur (Guerrero y Michoacán) por mucho tiempo. Mientras Comonfort se eclipsaba, marchando a los Estados Unidos en busca de armamento, de que carecían casi completamente los insurrectos, el dictador se esforzaba en impedir por medio del terror que el incendio cundiera: la ley terrible de conspiradores, que no tenía más sanción que la muerte, fue frecuentemente aplicada: cárceles, destierros y confinamientos siguieron siendo el pan cotidiano; la soberbia, el boato y el derroche eran las únicas reglas de gobierno. Y parecía que jamás podría salirse de aquella situación: la lisonja elevada a un grado insensato, una especie de deificación incensante de Su Alteza, las apoteosis ridículas del héroe de Tampico, que se materializaban en sus fiestas onomásticas a tal grado, que las procesiones de su retrato o en su honor, eclipsaban la fiesta popular del *Corpus*, parecían indicar que el hombre providencial, el primero en la guerra y el primero en la paz, como le llamaban los únicos periódicos que compraban su derecho de vivir con la adulación sin límites, se perpetuaría en el poder.

Al mediar el año de 54, Raousset-Boulbon, creyendo que el momento era propicio para realizar su sueño de conquista y de riqueza, porque se creía que Sonora era una California inexplorada, cien veces más rica que la otra,

se puso al frente de un grupo de franceses y alemanes, de antemano recibidos como colonos, y pretendió apoderarse de Guaymas; después de una refriega sangrienta, fue capturado con los que sobrevivieron de sus compañeros; el general Yáñez, que había dirigido con superior entereza la defensa de la ciudad, perdonó a los aventureros, pero se vio obligado a ordenar la ejecución de su jefe, que por su valor, su arrogante prestancia y sus modales caballerescos, conquistó la simpatía y la piedad de todos; murió con la serenidad y la devoción de un paladín. Hombre de imaginación y de energía extraordinarias, quiso hacer de su vida una novela, y lo consiguió; no le faltó ni el epílogo, a un tiempo trágico y heroico.

Santa Anna, con una especie de envidia senil y torpe, mientras el país entero aclamaba a Yáñez, lo sometió a un consejo de guerra por toda recompensa. No toleraba nada, se aislaba; sólo su camarilla disfrutaba de sus intimidades y de sus regalos sin fin. Dos íntegros magistrados de la Suprema Corte de Justicia, los señores Ceballos y Castañeda, por haber rehusado la condecoración de Guadalupe, fueron destituidos y el primero tomó el camino del destierro, de donde no debía volver. Quedó así destruída la inamovilidad del Poder Judicial, única salvaguardia de la independencia de la magistratura, que era la sola barrera posible del despotismo.

La revolución, con la vuelta de Comonfort al país, recobró nuevo brío y empezaron a contrabalancearse las victorias del gobierno, con su epílogo obligado de ejecuciones militares, y las de la revolución, marcadas frecuentemente por los actos generosos de Comonfort. El país comenzó a fijarse en este caudillo: como la revolución se había presentado con un programa análogo al de todos los levantamientos y que nada quería decir para el pueblo sensato; como el ejército revolucionario se componía de guerrilleros acostumbrados a toda especie de desmanes, y como la dictadura amontonaba víctimas sobre víctimas, haciendo nacer por doquier un anhelo infinito de venganza, que se reflejaba en las publicaciones clandestinas de los revolucionarios o en las que imprimían en el extranjero, todo el mundo temía que los horrores de tiranía siguiese una tentativa de imitación de los terribles de la Revolución francesa, sólo explicables allá, bajo la amenaza de la desaparición de la patria, atacada por la Europa entera. Así es que los esfuerzos, frecuentemente eficaces, de Comonfort por humanizar la guerra civil y por organizar los ejércitos informes de la revolución, fueron vistos con profunda simpatía, que se tradujo, al día siguiente de la victoria, en una popularidad inmensa.

Santa Anna, para hacerse de recursos, hubo de consentir en vender una fracción del territorio nacional, lo que modificaba los límites fijados por el tratado de Guadalupe, haciéndonos perder una porción de terreno (la Mesilla), que de hecho dominaban los americanos, y suprimiendo la obligación contraída por ellos (y que jamás habían cumplido) de impedir las incursiones de las tribus bárbaras en nuestro territorio. Llevar la ostentación del poder hasta negociar una parte del territorio nacional, pareció una mons-

truosidad sin ejemplo, y era claro que, si en alguna cosa la nación debió haber tomado parte, era en esta cuestión, que no tuvo otro objeto que proporcionar siete millones al erario, que se tragaron instantáneamente la guerra y el agio. Mas para mostrar que la nación apoyaba su despotismo, inventó el ministerio, imitando lo que Napoleón III había hecho recientemente en Francia, un plebiscito, groseramente dispuesto para dar una cantidad de votos aparentes al dictador y la dictadura.

Sin embargo, el hombre estaba inquieto; su viejo instinto de revolucionario le hacía comprender que el levantamiento iba apoderándose de la voluntad de la nación, cansada horriblemente de la lucha y ansiosa de garantías y de paz. El dictador hizo un nuevo viaje al sur y otro a Michoacán, siempre en medio de ovaciones ruidosas y de procesiones triunfales; pero todos advertían que las cosas quedaban en el mismo estado; la revolución cundía de Michoacán a Jalisco, Colima caía en poder de Comonfort, que había logrado capturar una de las mejores brigadas del ejército y asegurarse la adhesión de su jefe (el general Zuloaga), y Vidaurri se adueñaba de Monterrey y proclamaba la autonomía de una fracción importante de la frontera.

Era preciso hacer algo que pareciese dar satisfacción a un sentimiento general; de aquí vino al dictador la idea de consultar a personas de opiniones conservadoras, aunque alejadas de la política, y de ilustración indudable, sobre la manera de transformar el gobierno personal en un gobierno nacional. El insigne jurisconsulto Couto redactó el dictamen, que condenaba, con razones perentorias, toda tentativa monárquica y que marcaba como objeto principal de la Constitución futura la garantía efectiva y práctica de los derechos individuales. El señor Couto, el jefe del cabildo eclesiástico, Moreno y Jove, y otros próceres de su talla, marcaban la línea en que los liberales de gobierno y los conservadores se confundían en un mismo odio a la tiranía y a la anarquía. Era aquel grupo enteramente distinto del que había guiado el señor Alamán; éste era reaccionario a todo trance, el otro era propiamente conservador, tan necesario como el reformista en el marcha normal de las instituciones libres.

Santa Anna no hizo caso del proyecto; cuando, a mediados del 55, supo que los levantamientos comenzaban en el Estado de Veracruz y temió que la revolución le cortase la retirada, huyó de México abandonó a sus ministros, que se escondieron, y lanzando un manifiesto en que ensalzaba su conducta y hacía llover toda serie de injurias sobre los autores de la "revolución infame" de Ayutla, se embarcó para el extranjero.

Todo un período de nuestra historia desaparecía con él, no sin dejar largos y sangrientos rastros, a manera de visos rojos de crepúsculo. La historia nacida de la militarización del país por la guerra de independencia y de la anarquía sin tregua a que nuestra educación nos condenaba, manifestaciones morbosas, pero fatales, de nuestra actividad personificadas en Santa Anna, iba a concluir; la tragedia perdía su protagonista, pero resuelta y de-

finitivamente, otro período histórico, otra generación, otra República iban a entrar en escena.

Pudo aquella situación caer en una sima más honda todavía; en México, a compás de furiosos tumultos populacheros, la guarnición se pronunciaba por el plan de Ayutla, su jefe convocaba una asamblea a su guisa, y ésta nombraba un presidente interino: los hombres de orden, amedrentados por el triunfo de los revolucionarios, y los héroes del día siguiente, peritos en el arte de escatimar en su provecho las consecuencias de las crisis políticas, pretendían de este modo, por un juego de cubiletes, convertir la revolución en una intriga; Haro y Tamariz lograba atraer el Estado de San Luis y la excelente tropa que allí había, y después a Doblado, en Guanajuato, hacia sus miras; Vidaurri campeaba por sus respetos; el ejército de Su Alteza Serenísima, derrotado sin ser vencido, estaba a punto de prolongar la resistencia con oficiales de hierro como Osollo, Márquez y Aljovín. Todo lo calmó la gran voz honrada de Comonfort; el ejército se sometió, el honorabilísimo general Carrera, presidente de la capital, dimitió; Haro y Doblado se pusieron de acuerdo con el iniciador de la rebelión de Ayutla, una asamblea se reunió en Cuernavaca y fue presidente interino el general Alvarez, el viejo soldado de Morelos y Guerrero, que a fuerza de astucia y de prestigio en las agrias serranías del sur, había sabido crearse un vasto cacicazgo patriarcal que nadie se atrevía a tocar.

Alvarez, dejando a Comonfort todo lo concerniente al ejército como ministro de la Guerra y generalísimo, puso el gobierno en manos de los reformistas: Ocampo en Relaciones, Juárez en Justicia, Prieto en Hacienda. Comonforte quería conservar el ejército reformándolo, la masa del partido reformista quería suprimirlo y reemplazarlo por la guardia nacional; el ministro de la Guerra sostuvo sus propósitos y logró neutralizar las resistencias, y por eso el ejército, que había llegado al apogeo de su preponderancia con la dictadura, veía con profunda hostilidad a los reformistas y consideraba a Comonfort como su arca de salvación. Los reformistas emprendieron su obra por grados, pero con entereza y decisión: se suprimieron los fueros eclesiásticos en materia civil y se excluyó del voto electoral a los clérigos. Los obispos protestaron: era tarde: ellos mismos habían creado su situación; no sólo habían resistido siempre a las tentativas reformistas, desde que este partido definió su programa con Zavala, Gómez Farías y el doctor Mora, en lo que estaban en su perfecto derecho, sino que, para combatir las tímidas empresas reformistas de los moderados, se afiliaron ostensiblemente en un bando político y tomaron parte con su influjo social, con las armas eclesiásticas y con el dinero de la lucha. Durante la dictadura, a la que los hombres pensadores del clero no eran afectos, los más intrépidos entre los jefes de la Iglesia habían hecho lo posible para recuperar la supremacía de los tiempos coloniales, y esto era la negación misma del progreso intelectual, inconcebible sin la libertad de creer y pensar; las libertades que la civilización ha ido haciendo necesarias, y que son los ideales en perenne

realización de la humanidad selecta, sin lo que se llama la libertad de conciencia no se explican, como no se explica el sistema planetario sin el sol.

No había, pues, remedio: la batalla iba a empeñarse; los contrarrevolucionarios iban a hacer el último esfuerzo en la lucha civil; ostensiblemente se preparaban a ella. ¡Ah, si pudieran complicar en su empeño a alguna gran nación latina! ¡España, una esperanza, Francia, un ensueño!

Comonfort era un hombre de intención recta y de gran corazón; él sintió venir el mar de sangre y se propuso evitar a su patria esta desgracia inmensa: no defraudar la revolución, no provocar la guerra civil, este fue todo su propósito. Con él, aceptó del general Alvarez la presidencia de la República en diciembre de 1855.

El primer capítulo de la crisis, cuyo prefacio fue el levantamiento de Ayutla y cuyos antecedentes corrían mezclados a toda nuestra historia, fue terrible, fue la presidencia de Comonfort. Todo era grave; en el exterior, es decir, en Europa (porque los Estados Unidos medían mejor nuestro esfuerzo y nos respetaban un poco más), Inglaterra, a quien más le debíamos, a quien menos le pagábamos, por ende, porque nuestros recursos apenas bastaban para el pan cotidiano, es decir, para impedir o combatir el motín, para medio pagar al ejército fiel y pagar, cuando se podía, a los empleados; Inglaterra nos veía con desdén, de vez en cuando mostraba los dientes y, sin cuidarse de la justicia, presentaba alguna exigencia que teníamos que obedecer; Francia, con cierta suavidad y cierta simpatía, y cierta incurable ineptitud de observación clara en sus envíos diplomáticos, y un gran tono protector, parecía buscar algo aquí o esperar algo; España, maternalmente, pretendía reducirnos a su dependencia diplomática, y aunque sus plenipotenciarios en México, pronto ligados con nuestra sociedad, solían ser deferentes por extremo, el gobierno era imperioso protector y duro en sus exigencias, para hacer cumplir convenciones más o menos injustas, o castigar crímenes cometidos contra españoles con procedimientos excepcionales. Así quedaba consolidada la tutela diplomática absoluta, cohonestada por el estado de perpetua anarquía en que vivíamos. Teníamos tres botas, no sobre el cuello, pero sí sobre el vientre. El interior estaba en perpetua efervescencia; desde que el programa reformista comenzó a desarrollarse, no hubo un día sin un pronunciamiento, sin una sedición, un motín, una revuelta en algún punto de la República; era un perpetuo movimiento trepidatorio; parecía que debajo había una erupción en preparación creciente; la situación política ocultaba un cráter. Al subir Comonfort a la presidencia, la obra de pacificación era por tal modo complicada y difícil, que se necesitaba una especie de heroísmo para acometer la empresa. Doblado y Uraga mantenían el Bajío en rebelión; Lozada, un cacique a sueldo de contrabandistas de alto vuelo, dominaba la región del Nayarit; Tepic y San Blas estaban destinados a ser sus tributarios, y Vidaurri continuaba señoreando de un gran sector

de nuestra frontera. Doblado se sometió, Uraga fue sometido; andando el tiempo, Vidauri se vio obligado a transigir con el gobierno y a ponerse a sus órdenes; pasaba por ser la espada del partido exaltado.

Pero en donde el ejército, amenazado en sus privilegios, logró constituir un peligroso centro de acción, fue en Puebla; en torno de un cura belicoso se formó el primer núcleo en Zacapoaxtla; todos los oficiales santannistas se dieron allí cita; allí se presentó fugitivo don Antonio Haro, especie de candidato a la presidencia de los conservadores; las fuerzas que mandó el gobierno se pasaron; el mejor general de que podía disponer, Del Castillo, traicionando a Comonfort, se unió con todas sus fuerzas a los pronunciados, que ya así pudieron apoderarse de Puebla. Allí permanecieron, esperando que se les reuniese el resto del viejo ejército, aquel que empezó por ser el trigarante, del ejército privilegiado, que se había ido, por decirlo así, engendrando a sí mismo, el que al través de todos los pronunciamientos y revueltas había venido del 21 al 47, en donde se extinguió su primera generación, comenzando la nueva, la que había de concluir en 69, dejando en pie al ejército nacional. Pero esperaron en vano. El Constituyente, reunido ya, daba alma legal a aquella situación hasta entonces revolucionaria, y al llamamiento de Comonfort se improvisaron recursos y brotaron legiones cívicas. Con el brillante núcleo permanente que consistía, sobre todo, en la brigada Zuloaga, personalmente fiel a Comonfort, la guardia nacional adquirió consistencia y se batió perfectamente. Contra los cuatro mil hombres escasos de la reacción, el presidente envió como quince mil, que los obligaron, después de la sangrienta jornada de Ocotlán, a encerrarse en Puebla, donde al cabo de un severo sitio, todos se rindieron y fueron castigados con una especie de degración militar: *humillación que no los inutilizaba, y sí los disponía a venganzas implacables.*

Por más que Comonfort tuviese un programa eminentemente conciliador y se nutriese con la esperanza de ir haciendo tragar lentamente la Reforma al país, los redactores hacían imposible su tarea. El honor de la verdad, el clero secular (el regular simpatizaba con la lucha civil, con excepciones marcadas) guardaba bien las apariencias, y los obispos procuraban cuidadosamente no dar pábulo ni a las protestas armadas ni a la guerra. Entre ellos se distinguía por sus bellas cualidades personales, por su talento y su "saber vivir", el obispo de Puebla, cuya diócesis era el centro de todos los conatos de rebelión. Cuando los soldados, llevando la bandera de la guerra de rebelión (religión y fueros), se apoderaron de Puebla, el obispo se declaró neutral y cedió a sus exigencias, dándoles recursos, porque eran el hecho organizado en forma de gobierno militar; hombre de temperamento ardiente y batallador, pero de alta sindéresis, el señor Labastida comprendió que vincular la suerte de la Iglesia, más que nunca amagada por los planes reformistas, al éxito de una asonada militar, era insensato y que la verdadera conveniencia del clero consistía en apoyar al débil, bondadoso y tímido estadista que ocupaba la presidencia; pero después del atentado militar que había costado tanta sangre, Comonfort se vio obligado a ponerse del lado de los

reformistas, procurando neutralizar en lo posible la severidad de las grandes determinaciones que fue preciso dictar. Los bienes del obispado de Puebla fueron secuestrados, para atender con su venta a los gastos de la guerra, y el obispo lanzó una protesta tras otra.

Los ministros se entretuvieron en defender con autoridades eclesiásticas la legitimidad del procedimiento; el obispo los refutó victoriosamente. Así se veían las cosas en aquel tiempo; nosotros las vemos bajo un ángulo distinto: la razón en que se apoyaba el gobierno y que lo justificaba era eminentemente política, no era jurídica; sus fundamentos no estaban en los cánones ni en los códigos: estaba en la necesidad de vivir del Estado. Las palabras del obispo de Puebla, que rechazó indignado los reproches de complicidad con los fautores de la asonada militar, y que decía la verdad probablemente, mostraban de una manera irrefutable que, en su concepto, había un dualismo en la constitución social, que debía trascender a la ley. El obispo de Puebla decía que había reconocido al gobierno o jefatura militar establecida por la rebelión en Puebla como un gobierno de hecho, y había tenido que obedecer las exigencias de este gobierno en materia de recursos. Es decir, la Iglesia de Puebla se declaraba neutra entre los beligerantes, porque se creía una institución que, en virtud de su constitución misma, estaba aun en lo puramente temporal (nada más temporal que la propiedad raíz), fuera del alcance de la autoridad del Estado; para que éste pudiera ser obedecido en cuanto a los bienes temporales de la Iglesia atañía, necesitaba ponerse de acuerdo con el rey de la sociedad eclesiástica, el teócrata de Roma. Esta doctrina era perfectamente ajustada a las enseñanzas de la Iglesia, y los teólogos del presidente Comonfort perdían lamentablemente su tiempo, sacando a relucir con este motivo las doctrinas regalistas. Se trataba, lo repetimos, de un dualismo, de la perpetuidad de un Estado eclesiástico excéntrico conviviendo con el Estado Político, que a su vez tendía con propensión irresistible a la unidad. Esta fue la razón suprema de cuanto hizo la Reforma y la irrefutable base del derecho de intervenir los bienes de la diócesis de Puebla; y como el obispo puso un ardiente celo (era su deber y su derecho) en defender los fueros de la Iglesia, y como era preciso descabezar la resistencia formidable que organizaba el clero contra los ensayos reformistas, el gobierno le obligó a salir del país. El obispo se creyó autorizado desde entonces para procurar desde el extranjero la conclusión de aquel estado de cosas y para buscar el remedio radical a los males de la Iglesia, en la transformación completa del régimen de su país; su celo no igualaba a su perspicacia.

Poco tiempo después del regreso triunfal de Comonfort a México y de las fiestas populares organizadas para celebrar el advenimiento de la paz, en aquella hora, que fue uno de tantos paréntesis de luz artificial en la noche, la dificilísima situación del gobierno tomó otro aspecto.

El Congreso, dominado casi siempre por la influencia de los reformistas radicales, se mostraba completamente refractario a la política conciliadora del presidente, que era como la lanza fabulosa que curaba las heridas que hacía, y que, a los grandes castigos en masa, hacía suceder perdones y amnistías

parciales. Comonfort, a pesar de la sangrienta experiencia reciente, no desistía en su empeño de favorecer al ejército antiguo, atrayéndose al grupo reaccionario a fuerza de lenidad, de tolerancia y halagos, casi siempre recompensados con perfidias, desprecios y rebeliones. La conducta de Comonfort con el coronel Osollo, hombre de gran valor y notable prestigio entre sus compañeros de armas, fue típica; siempre en lucha, conspirando siempre en su patria o en el extranjero, Osollo, vencido y rehecho sin cesar y perpetuamente en la brecha, tuvo que esquivar los favores y halagos del gobierno, que en la rebelión, en la derrota, en el extranjero, perseguía al joven oficial con ofertas y regalos, noblemente rechazados. La disidencia, cada vez más acentuada entre el Constituyente y el Jefe del Ejecutivo, cedía, por fortuna, siempre que el gobierno buscaba apoyo para sofocar una rebelión, para hacer frente a una crisis.

El gobierno creyó necesario mostrar enérgicamente su independencia de la mayoría demagógica (como decían los conservadores y pensaban los ministros), y promulgó *motu proprio* una especie de Constitución provisional que se llamó Estatuto, y que, obra principalmente de los señores Lafragua, Yáñez y Payno, organizaba la dictadura nacida del plan de Ayutla, consignaba serias garantías, limitaba el poder discrecional del presidente, que en ningún caso podía imponer la pena de muerte, creaba un estado excepcional para el clero dentro de la ciudadanía (prohibición de votar y ser votado), y daba la medida del programa de reformas que el partido moderado creía posible realizar en el estado del país. Vidaurri, en plena rebelión, protestó contra el Estatuto, que mantenía suspensa la vida de la Federación, y el Congreso manifestó su disgusto y siguió revisando los actos de la administración de Santa Anna.

A pesar de todo, el Ejecutivo pretendía probar que comprendía el deber de procurar las reformas radicales, aunque no antirreligiosas, que el partido puro ansiaba, y, bajo los auspicios del secretario de Hacienda, don Miguel Lerdo de Tejada, el progresista infatigable y el economista irrefutable, se expidió la ley de desamortización de bienes de corporaciones, y como las corporaciones eclesiásticas y sus accesorias poseían la mayor parte de la riqueza real de la República, la Iglesia levantó una protesta enérgica y unánime. Sin embargo, hacía tiempo que se sabía que esta medida iba a ser dictada, y el señor Lerdo tuvo cuidado de no insertar un solo concepto político en los considerandos de su ley (aprobada después por el Congreso); todos sus fundamentos eran económicos y financieros: movilizar la riqueza territorial, aliviar el estado del tesoro con los derechos que causarían las multiplicadas operaciones a que esta movilización daría lugar, este era el plan en la forma; en el fondo era una gigantesca revolución social, de efectos infinitamente más lentos de lo que esperaban sus autores, pero segura, como todos los cambios radicales en la forma de la propiedad. No se disminuía el valor de la propiedad eclesiástica; la propiedad pasaba, es cierto, a manos de los adjudicatarios, inquilinos o no, pero éstos quedaban reconociendo a la Iglesia el monto de la propiedad así transformada; si al frente de la Iglesia me-

xicana hubiese habido un gran estadista en aquellos momentos, y no un honrado y excelente sacerdote, pero tímido y rutinero por todo extremo (el arzobispo Garza), y si la cátedra de San Pedro no hubiese estado ocupada por un santo e inflexible apóstol, sino por un político de la talla de León XIII, la Iglesia habría aceptado la ley Lerdo y se habría encontrado con una cantidad considerable de documentos hipotecarios en sus arcas, y como nadie habría tenido inconveniente en negociarlos, habrían triplicado su valor; con esta riqueza circulante, consagrada a grandes empresas materiales, como la construcción de ferrocarriles (así llegó a proponerlo el obispo de Puebla), se habría evitado la guerra civil y unido el progreso del país a la fortuna de la Iglesia.

Ciegamente el episcopado protestó, y la guerra quedó definitivamente declarada entre el estado laico y el eclesiástico. Esto era fatal; era, lo hemos indicado ya, la consecuencia de toda nuestra historia. El clero, armado de sus inmensos privilegios y riquezas, en los tiempos coloniales, no fue un peligro para la unidad del Estado, porque, en virtud del patronato, el Estado lo tutoreaba y explotaba; cuando una fracción de ese clero, la Compañía de Jesús, pareció aspirar a compartir el dominio del Estado, fue implacablemente exterminada por el monarca. Hecha la independencia, nulificado casi el patronato, el clero se halló emancipado, dueño de sí mismo y minando la unidad, es decir, la existencia del Estado; éste reobró para vivir, y de aquí la Reforma. Apuntaba una guerra de religión; nuevo período de sangre y lágrimas.

Esto lo veía todo el mundo; el Congreso, creyendo, y acaso esto era lo más racional, que la lucha vendría con o sin las medidas de clemencia, continuaba su obra asentando golpes rudos al clero; revisando los decretos de Santa Anna, encontró el que restablecía a los jesuítas, y lo nulificó, obligándoles a salir del país, lo que dolió mucho a la mayoría católica de la sociedad; pedagogos hábiles por su destreza en estudiar inclinaciones y explotarlas, admirables para quebrantar caracteres y hacer de la disciplina una religión, capaces de obtener, a fuerza de artificio, una suma portentosa de erudición literaria de capacidad medianas, los padres de la Compañía son los educadores menos de acuerdo con los preceptos del verdadero arte pedagógico, basados todos en la conquista de la libertad y el crecimiento de la responsabilidad. En México eran unos cuantos, y bien inofensivos, en aquellos días; el partido radical hirió en ellos la historia semilegendaria de su querella con la sociedad moderna y sus doctrinas teocráticas.

La emoción intensa producida por estas medidas, crecía y se multiplicaba a medida que el proyecto de Constitución era conocido, comentado y discutido apasionadamente por la prensa en todas las esferas sociales. Los sucesos de Jalisco, que amenazaban con romper los vínculos federales, que de hecho existían a pesar de la dictadura; las reclamaciones de España contra la decisión del gobierno de innovar el tratado del 53, que había tenido deplorables resultados financieros por haberse introducido créditos dudosos al liquidarse nuestra deuda para convertirla, subrayaban con líneas negras en el horizonte

la marcha del Constituyente por un camino que el Ejecutivo no quería seguir. El Ejecutivo expresó, por boca de su conspicuo ministro don Luis de la Rosa, su inconformidad con el proyecto de Constitución, porque contenía innovaciones inaceptables, como la que se refería a la libertad religiosa, impolíticas, como cuanto tendía a maniatar al Ejecutivo y a suprimir la independencia del Poder Judicial, reemplazando la inamovilidad con la elección.

Hubo un paréntesis de calma, después de la tempestad, en el segundo tercio del año 56; gracias a la intervención del aquí conocido y profundamente simpático literato don Miguel de los Santos Alvarez, enviado de España, hubo un arreglo provisional, y perfectamente equitativo en el fondo, sobre la conversión; Jalisco quedó tranquilo; Vidaurri debía someterse al fin, y la extraordinaria excitación causada por el artículo referente a la tolerancia de cultos, que hizo que la sociedad mexicana, impulsada por el clero, se levantara y dirigiera al Congreso súplicas vehementísimas, había disminuido con la supresión del artículo y las protestas de ardiente catolicismo hechas en la tribuna de la Cámara por la mayor parte de los corifeos reformistas.

Rápido fue todo; el Congreso, después de celebrar la paz con el presidente, volvió a sus desconfianzas: bien se veía que el caudillo que necesitaba el partido reformista no era Comonfort, que no era un moderador, sino un moderado, incapaz de realizar las medidas supremas que la situación exigía por los medios prácticos, que no siempre los constituyentes tuvieron en cuenta; era un hombre que de cada determinación radical sacaba una serie de consecuencias destinadas a reducirlas al mínimo, así lo exigían su carácter indeciso, su temperamento benévolo, su inteligencia sin vuelo.

Al fin del 56 las conspiraciones hervían en todas partes; la lucha religiosa era general, aunque latente; conciencias y hogares estaban divididos; una nueva guerra civil, y el erario naufragaría sin remedio y el gobierno con él. La guera civil estalló en Puebla; los mismos oficiales que habían promovido la revuelta de principios del año, llevaron a cabo la segunda; tornó Comonfort a recobrar su extraordinaria actividad; batallones tras de batallones marcharon a Puebla, la ensangrentaron de nuevo y al fin la rebelión capituló; uno de los dos caudillos fue fusilado, el otro se eclipsó, era don Miguel Miramón. Y apenas se apagaba con sangre el foco reaccionario de Puebla, otros oficiales, otro trozo del ejército de los pronunciamientos, se sublevaba en San Luis Potosí; otra campaña larga, costosa y sangrienta puso en movimiento al Bajío, y en ella tomó parte del lado del gobierno el ya sometido Vidaurri. Nuevo cuidados premiosos vinieron a complicarlo todo: apenas acabábamos de zanjar con Inglaterra, no sin humillación, un asunto relativo al cónsul de Tepic, jefe de una casa de comercio que la voz pública designaba como la principal organizadora del contrabando y el fraude en las costas del Pacífico, los asesinatos proditorios cometidos por una banda de forajidos, de esas que pululan en los países que vegetan en la anarquía, en súbditos españoles, produjeron una nueva muestra de la arrogancia de nuestros tutores diplomáticos; pero fueron tan inusitadas las exigencias del gobierno español, presidido por Narváez, y que también allá significaba una reacción antirre-

formista, que hubo necesidad de rechazarlas, y el plenipotenciario español rompió sus relaciones con nuestro gobierno y ostensiblemente comenzaron en La Habana los preparativos de guerra. Francia e Inglaterra se ofrecieron como mediadoras; algún tiempo después la emperatriz Eugenia decía al diplomático mexicano, al reaccionario exasperado, Hidalgo, en Biarritz: "sería conveniente levantar un trono en México"; dentro de esta frase de la indiscreta señora, estaban en germen la intervención y Maximiliano, el cerro de las Campanas y Sedán; para sus interlocutores fue la dulce voz de la española, la voz del cielo. Al mismo tiempo que concluía el debate de la Constitución resonaba al oído de la sociedad católica mexicana la voz infalible del Papa, condenando toda la obra reformista y la Constitución que iba a promulgarse, y que era, decía Pío IX, un insulto a la religión; levantando su voz pontificia con libertad apostólica en pleno Consistorio condenó, reprobó, declaró írritas y sin valor las leyes y la Constitución, y fulminó su ira contra los que habían obedecido al gobierno; ni una sola luz de esperanza, ni una sola palabra de paz, ni una sola indicación para transigir con lo irreparable; nada más que el inflexible derecho de la Iglesia a sus bienes y a sus privilegios; ¿y el derecho de Dios no era la concordia, no era el amor? Jamás, ni cuando nos negó el derecho a ser independientes, había hecho resonar en nuestro país la Iglesia una voz más dura, más preñada de dolor y de muerte.

La Constitución fue promulgada en medio de una indecible efervescencia política; la juraron solemnemente el patriarca de la Reforma, Gómez Farías, y todos los diputados, luego el presidente de la República, después el país administrativo y político. El episcopado, fiel al precepto de Pío IX, fulminó sus excomuniones y exigió retractaciones a los juramentos. Era aquello la anarquía absoluta de las conciencias; los ataques a la Constitución surgían furiosos de todas partes, y la elocuencia del insigne literato don José Joaquín Pesado y la dialéctica seca y precisa del obispo Munguía levantaban terrible polémica; todos sabían, además, que el mismo presidente creía que el Código fundamental era impracticable. El partido reformista veía venir la guerra civil con amargura, y con terror suponía que el presidente mismo pudiera acaudillarla; para evitar esta desgracia inexpiable, invitó al partido contrarrevolucionario a luchar en los comicios y formar una mayoría en el primer Congreso constitucional; esta invitación, que, dada la complicidad de Comonfort, habría sido eficacísima para los enemigos de la ley nueva, fue desdeñada: la guerra era para ellos la única solución. Entonces, como prenda de conciliación, decidió el grupo constitucionalista elegir presidente a Comonfort; ni esto desarmó a los reactores.

Comonfort dejaba de ser el presidente discrecional, creado por la revolución de Ayutla, y comenzó, al reunirse el Congreso nuevo en septiembre del 57, su período constitucional. La situación del país era realmente espantable, nada podía volver a sus quicios; conciencias, hogares, pueblos, campos y ciudades, todo estaba profundamente removido. Como las inmensas polvaredas que anuncian en nuestras comarcas las tormentas próximas, así no había ni hacienda, ni aldea, ni ciudad que no estuvieran amagadas por la guerrilla,

por el pronunciamiento, por el salteador de caminos, por la horda indígena que se levantaba con la bandera roja del comunismo agrario: religión y fueros o Constitución y Reforma, eran los vocablos encontrados en que se descomponía la palabra muerte. El exactor, los adjudicatarios, en número no escaso (varios extranjeros y clérigos formaban en la mayoría de los que habían utilizado la desamortización), representaban al gobierno; también lo representaba la leva, apagando hogares, disolviendo familias, exterminando el trabajo segando en flor las generaciones mexicanas, entregándolas a la marihuana, al alcohol, al hospital y a la muerte. ¡Pobre país el nuestro, ha sufrido mucho; mucho merece!

El Presidente, absolutamente incapaz de gobernar con una Constitución que era todo límites al Ejecutivo, sin fe ninguna en la ley que había jurado, ansiando por ceder y transigir en la idea reformista para calmar la angustia social; sin confianza en el ejército, sin un peso en las arcas públicas, creyó preciso cortar de golpe aquella situación y desandar en una hora el camino recorrido, colocando a la República en el mismo estado en que se hallaba al día siguiente del triunfo de la revolución de Ayutla; y de este enorme error nació el caso más sugestivo de suicidio político de que hay memoria en los anales mexicanos.

Legalmente, el Congreso que emanó del triunfo de la revolución de Ayutla era la representación oficial de la nación; la realidad era otra: la nación rural no votaba, la urbana e industrial obedecía a la consigna de sus capataces o se abstenía también, y el partido conservador tampoco fue a los comicios; la nueva asamblea representaba, en realidad, una minoría, no sólo de los ciudadanos capaces de tener interés en los asuntos políticos, sino de la opinión; la opinión del grupo pensante se dividía entre los moderados, los militares y los clérigos; las nuevas generaciones eran, por lo general, apasionadas de la Reforma, y como ellas y los veteranos del federalismo puro formaban la parte más activa de la sociedad, ésta fue la que formó el Congreso: unos cuantos moderados, partidarios del restablecimiento de la Constitución del 24; un grupo de reformistas radicales, entre los cuales flotaban fragmentos del gran navío federal, náufrago en 34 y 53, y una mayoría oscilante, que generalmente votaba con los exaltados, sin escatimar sus votos al gobierno en los casos graves, tales eran los elementos que componían la asamblea constituyente: era muy joven. Era una selección, como todas las grandes asambleas revolucionarias; era una minoría, como todas las asambleas reformistas; era un conjunto de confesores de la fe nueva, como todos los concilios llamados a definir dogmas, si son eclesiásticos, o ideales si son laicos; no venían de la conciencia del pueblo; la conciencia del pueblo, al formarse, ha ido lentamente hacia ellos.

Su obra no fue impracticable, no fue puramente teórica; partía, es cierto, de la concepción metafísica de los derechos absolutos. "El hombre por su naturaleza es libre, la naturaleza ha hecho al hombre igual al hombre", eran los dogmas, como se decía, porque constituían las bases de una religión social; eran los artículos de fe, formulados por conspicuos filósofos del siglo

que precedió a la Revolución francesa y expuestos con magna elocuencia por J. J. Rousseau, el autor del evangelio revolucionario. No eran ciertos: el hombre no es libre en la naturaleza, sino sometido a la infinita complicación de leyes fatales; la naturaleza no conoce la igualdad: la desigualdad es su manifestación perenne, la diversidad es su norma, la fuerza suprema que la resume y unifica existe, pero en lo incognoscible; con el nombre de Dios la invocaban los constituyentes al comenzar su obra.

La libertad, la supresión de los grupos privilegiados y la equiparidad de derechos ante las urnas electorales, que es la democracia, que es la igualdad, no son obra de la naturaleza, son conquistas del hombre, son la civilización humana; provienen de nuestra facultad de intervenir por medio de la voluntad en la evolución de los fenómenos sociales como elemento componente de ellos; no son dogmas, no son principios, no son derechos naturales, son fines, son ideales que la parte selecta de la humanidad va realizando a medida que modifica el estado social, que es obra de la naturaleza y de la historia. Ningún pueblo, por superior que su cultura, sea, los ha realizado plenamente; todos, en diferentes grados de la escala, van ascendiendo hacia ellos y los van incorporando a su modo de ser. ¿Al consignar los derechos individuales el Constituyente dio cima a una vana empresa? No, por cierto, He aquí por qué: en primer lugar, esos derechos constituían nuestra carta de ciudadanía en el grupo de los pueblos civilizados; en segundo lugar, aun cuando fueran simples ideas que no correspondían al hecho social, las ideas son fuerzas que modifican los hechos y los informan; el tino consiste en colocarse precisamente en la línea de ascensión de un pueblo e infundirle la conciencia del ideal que le es forzoso realizar. Además, esos ideales componían por su carácter, por su altura, por el anhelo que encendían en el espíritu, por el esfuerzo que imponían para alcanzarlos, no se qué conjunto misterioso, religioso, divino, con admirable instinto encontrado, para poner frente a una bandera religiosa, otra; frente a unos dogmas santos, otros, santos también; frente a una fe, la fe nueva; frente a la necesidad de las almas de buscar el cielo, conducidas la luz de la Iglesia, la necesidad de los hombres de realizar el progreso y conquistar el porvenir. Tomados de otras constituciones, de la americana, insuficientemente conocida, de las mismas constituciones nuestras federalistas o centralistas, que siempre se habían empeñado en impedir la transformación de los gobiernos en despotismo con la frágil barrera de las garantías constitucionales, nunca los derechos del hombre se habían definido con tanta precisión y amplitud. Mas para hacerlos prácticos era preciso hacerlos relativos, y cada derecho tuvo una condición, que era lo que constituía en realidad la garantía, es decir, la ecuación entre el deber social y el derecho del individuo. El derecho a la vida, formulado en términos absolutos, quedó temporalmente condicionado; el deber social de la justicia (porque la Constitución reconoce que la sociedad es una entidad viva capaz de derechos y deberes), quedó minuciosamente definido en los artículos que, tanto en el acusado, como en el reo, protegían al hombre, esencialmente libre, según la teoría; incondicionalmente libre era el esclavo

refugiado en nuestro territorio, declaración que era la tradición más pura de nuestra historia, emanada del momento mismo en que se inició nuestra emancipación, y que frente a los Estados Unidos y Cuba, esclavistas, era serenamente heroica. Todo hombre es libre, esa era la fórmula; nadie le puede obligar a lo que no haya consentido; por tal modo libre, que ni siquiera puede enajenar su libertad; nadie puede obligarlo, sólo la sociedad, a respetar el derecho ajeno individual o social. La Constitución, tras esta teoría general, enumeraba las principales manifestaciones de la libertad (de enseñar, de trabajar, de emitir ideas, de imprimirlas, de pedir, de asociarse, etc.), para fijar dónde la acción del Estado limitaba la acción individual. Pero dos casos había en la ley fundamental que daban un carácter eminentemente práctico a estas concepciones, que podían pasar por abstractas: la organización de un cuerpo, que entre sus atribuciones tenía la de vigilar que la Constitución fuese respetada, y especialmente las garantías individuales, y este cuerpo fue la Suprema Corte de Justicia federal, que, desgraciadamente, dejó de ser inamovible, y la organización de un medio, cuya virtud consistía en poner a cada individuo, herido o amenazado en sus garantías por la autoridad, en contacto directo con esa Corte Suprema, cuyo deber primordial era ampararlo. Esta institución da a nuestro código fundamental su carácter profundamente original. Recursos análogos hay en las prácticas constitucionales de los anglosajones, de donde se inspiraron los autores de los artículos 101 y 102, así como de los que contenían, en otras de nuestras constituciones vernáculas, las disposiciones que fueron el germen del juicio de amparo; pero ninguno de esos recursos tenían los caracteres de precisión lógica de amplitud liberal que el instituido en el Código del 57.

Hija de una filosofía política especulativa, pero obligada a tener también en cuenta la filosofía de un hecho que se realizaba por la necesidad de las cosas, la Reforma, los constituyentes la incorporaron en la Constitución que suprimió los fueros, exigencia de la lógica igualitaria, que los autores de la Constitución habían solemnemente proclamado. "La igualdad es, dijeron, la gran ley en la República"; con esa supresión se extinguían legalmente las clases, y sin embargo, la necesidad revolucionaria exigió también la formación legal de una clase políticamente excomulgada, un grupo de parias excluidos del derecho electoral, que se llamaba el clero. La misma necesidad obligó al Constituyente a prohibir la adquisición de bienes raíces a las corporaciones, y estas contradicciones entre los principios y la ineludible fatalidad revolucionaria, dieron motivo a los enemigos de la Constitución para batirla en sus obras vivas; pero como estaba, precisamente por las disposiciones censuradas, en íntima conexión con la evolución real del país, ellas resultaron las vitales, las positivas, las perdurables.

El gobierno de Comonfort, insistiendo apenas sobre la parte social de la Constitución, la atacaba por su parte política: muy *pro formula* era federalista el presidente, mas se resignaba a esta exigencia de los grupos locales liberales; la verdad es que, hasta entonces, el único medio con que los gobiernos centrales habían impedido su completa nulificación por los de los

Estados, era el de recurrir a dictaduras parciales y provisionales por medio de "facultades extraordinarias"; tal era la constante disyuntiva en los períodos federales: o el gobierno supremo a merced de las exigencias locales o las disposiciones constitucionales suspensas; dada nuestra historia, nuestra geografía y nuestra verdadera constitución social, nuestro verdadero modo de ser político tenía que ser una dictadura, para no ser una anarquía; pero la dictadura era aborrecible, porque casi siempre había sido, no el motor central de las fuerzas vivas del país, en el sentido de su evolución, sino el despotismo explotador del país en provecho de un hombre, y este aborrecimiento informó todo el plan de organización del gobierno consignado en la Constitución.

Efectivamente, la Constitución hacía del Poder Ejecutivo un simple agente del Poder Legislativo. Exceptuando la facultad de nombrar y remover a los ministros y a los empleados de la Unión, con ciertas excepciones; la de disponer del ejército permanente de mar y tierra; la de habilitar puertos y establecer aduanas, y la de indultar, todas sus atribuciones estaban sometidas a la autorización o la ratificación del Congreso, que, en cambio, disponía de un amplísimo haz de facultades de todo género, quedando, reservadas a los Estados las no especificadas en la Constitución. Así lo disponía también la Constitución de los Estados Unidos, más copiada que comprendida; de donde resultaba el singularísimo fenómeno de una federación sin Cámara federal, sin Senado, con un Congreso unitario en el estilo francorrevolucionario.

La verdad es que, a pesar de esta subordinación del Ejecutivo al Legislativo, no era el nuestro un gobierno propiamente parlamentario, porque el parlamento no podía imponer al presidente un ministerio o gabinete; conservaba aquél su libertad plena en esta materia y todos los votos de confianza del Congreso no podían legalmente obligarlo a cambiar de secretarios; era un gobierno representativo nada más, con la circunstancia de que el presidente, que reunía en su persona el voto de la mayoría de la nación, de idéntico modo que el Congreso, debía considerarse, por la forma misma de su elección, como una potencia frente a otra; la Constitución creaba un César por el sufragio plesbicitario y luego lo desarmaba en detalle; sólo una cosa no había podido quitarle: la fuerza física, es decir, el ejército.

En el momento en que la Constitución se promulgó no era posible cumplirla; la formidable reacción que contra ella levantó el espíritu antirreformista, no permitía ni la libertad electoral ni la libertad individual, ni en la corta dosis que el estado social consentía; ni la prensa, ni la enseñanza del púlpito, ni el siervo rural, ni el hombre víctima de la leva, podían ser libres en 1857; ni podía suprimirse la pena de muerte por delitos políticos; nada o casi nada podía hacerse; resultó la ley un ideal y todavía lo es en gran parte; lo que era necesario salvar en ella era la Reforma, era el elemento que, transformando el modo de ser de la sociedad, permitiera la evolución nacional y la realización de los grandes principios del código nuevo.

El presidente de la República, al día siguiente de su elección, constitu-

cional y su solemne juramento, planteóse a sí mismo este dilema: o gobernar con la Constitución y provocar la guerra civil, desarmando absolutamente al poder ante ella, a considerarla como nula por impracticable y conjurar la guerra civil por medio de esta concesión a la sociedad, en plena protesta contra el nuevo código. La verdad es que la Constitución podía ser reformada desde el momento que funcionaran el Congreso y la mayoría de las legislaturas de los Estados, que componían el poder constituyente en permanencia, y ninguna nueva asamblea o convención extraordinaria era necesaria para llegar a tamaño fin; la verdad es que el primer Congreso constitucional dio a Comonfort las facultades extraordinarias que pidió si eran necesarias más para conjurar la anarquía, había que pedirlas, y si el Congreso las negaba, no había otro ejemplo que seguir que el noble de Arista; los diputados habrían retrocedido ante las consecuencias de este acto, que habría rehecho toda la popularidad del presidente. Pero éste, mal aconsejado, convencido de la necesidad de proclamar una dictadura de conciliación y de términos medios, empeñado en demostrar que su obra de unión de programas incompatibles era viable, y ésta era su ambición suprema, dejó establecerse en torno suyo una conspiración de censura y epigrama contra el orden constitucional. Esta "fronda", a que en México toda la sociedad hacía eco, preciso es confesarlo, no tenía por núcleo a los conservadores, sino a los moderados y aun a algunos prohombres del partido exaltado; de las conversaciones se pasó a los votos, a los deseos, a los propósitos de remediar aquel mal, provenido de una Constitución que era camisa de fuerza puesta al presidente; entonces hubo conferencias secretas; hubo puro, y de los más decididos, el señor don Juan José Baz, que creyendo que para salvar algo de la Reforma y hacer definitivo ese algo, era preciso sacrificar bastante temporalmente, tomó parte en estos preparativos de los que todo el mundo creía seguro: el golpe de Estado. El presidente, plenamente de acuerdo en que la situación era insostenible, tenía una especie de horror a separarse del camino legal y vacilaba como siempre.

Llegó el mes de diciembre del 57 y el complot estaba a punto de pasar al terreno de los hechos: la fuerza militar en México estaba lista para secundar al presidente, los gobernadores de los Estados habían sido solicitados para seguir el mismo camino; el de Veracruz, importantísimo, estaba de acuerdo, y la verdad es que casi todos tenían la convicción de que la nueva ley fundamental no era, en aquellos momentos practicable, y tenían grandísima confianza en la honradez, en el prestigio de Comonfort. Una denuncia, fundada en correspondencia auténtica, presentada ante el Congreso por un diputado, precipitó las cosas; los representantes ordenaron que se formase proceso al conspirador (el señor Manuel Payno), que asumió altivamente toda la responsabilidad del delito político. Entonces la brigada mandada por el general Zuloaga, el hombre de las confianzas de Comonfort, se "pronunció" en Tacubaya y ocupó la capital tranquilamente. El señor Juárez, presidente de la Suprema Corte de Justicia, fue reducido a prisión, en compañía de otros reformistas próceres, y el presidente se adhirió al

plan de Tacubaya, "cambiando por los de un miserable revolucionario los títulos de su investidura constitucional", como dijo él mismo. La mayoría del Congreso protestó con vehementísima energía contra aquella traición a la ley del supremo magistrado, y se disolvió.

El plan de Tacubaya era breve y claro: "Cesa de regir la Constitución, porque no satisface las aspiraciones del país; acatando el voto unánime de los pueblos, se reconoce a Comonfort como presidente con facultades omnímodas; se convocará un Congreso para que elabore una Constitución; habrá entretanto un Consejo de gobierno". El júbilo inmenso del clero y del partido reaccionario inquietaron a Conformt, resuelto a colocarse encima de los partidos para dominarlos, no al frente de uno, que le era odioso, para combatir al otro que era el de toda su vida. Formó con los moderados de las dos facciones su consejo, y esperó; esperó poco. Al principio vinieron adhesiones de Veracruz, Puebla, San Luis, Tampico. Pocos días después todo había cambiado manifiestamente; Zuloaga y la oficialidad reaccionaria, que anhelosa se agrupaba en torno de él, pretendían exigir de Comonfort la supresión de todas las medidas reformistas; fuertes con este apoyo, los consejeros conservadores apuraban los medios de persuadir al presidente rebelde que se uniese a ellos; en el interior se ponían de acuerdo los gobernadores de Querétaro, Michoacán, Jalisco, Guanajuato, formaban una coalición y negaban su adhesión al plan de Tacubaya; los reformistas volaban a juntarse en derredor de la bandera de la Constitución, poniendo un hecho frente a otro. Las vacilaciones de Comonfort subían de punto; estaba visiblemente arrepentido; la noticia de que Veracruz se había "despronunciado" acabó de decidirlo y trató de acercase a la coalición formada en el interior, creyéndose dueño de los elementos militares de la capital. No era así; antes de mediar enero (1858) la guarnición se pronunció de nuevo y directamente contra Comonfort, que se preparó a resistir; dando libertad al presidente de la Suprema Corte, que se dirigió al interior, la Constitución iba a tener su portaestandarte, y el derecho difuso, digámoslo así, en la coalición, iba a personificarse en Juárez. Comonfort luchaba en México, entretanto; convencido de que "con el plan de Tacubaya no quedaba ninguna esperanza de libertad, mientras que con la Constitución no era imposible que se asegurase el orden, supuesto que podía ser reformada en buen sentido", son sus palabras, se empeñó en persuadir a sus contrarios o en vencerlos; mas considerando esto imposible, dejó a México a fines de enero y pocos días después el país. En aquella temerosa crisis se necesitaba no un gran corazón, no un gran carácter; no un Comonfort, sino un Juárez; fue una fortuna que su enorme error lo eliminara; habría acabado por falsear, a fuerza de buena intención, toda la obra reformista. Cierto que, magnas razones, la República perdonó al patriota la falta del hombre de Estado; pero la historia, si tiene el derecho de juzgar y no sólo el de analizar y sintetizar, representa ante Comonfort el mismo papel que el pueblo de México, que lo saludó al entrar a la Constitución con un inmenso aplauso y lo vio salir vencido y solo, en medio de un triste y profundo silencio.

CAPITULO V

LA GUERRA DE TRES AÑOS (1858-1860)

1858. Expansión victoriosa de la reacción. Establecimiento del gobierno constitucional. 1859. Dictadura militar en México. Las leyes de Reforma. Equilibrio material entre los partidos contendientes. El auxilio extranjero. 1860. Supremos esfuerzos de la contrarrevolución. Disolución de la resistencia reaccionaria. Triunfo del gobierno constitucional

Con pertinaz empeño, la dictadura de Santa Anna se propuso renovar la savia y el esplendor del ejército, y un grupo selecto formado en el Colegio Militar, principalmente, o acrisolado en la escuela práctica de las guerras civiles, pero que compuesto de jóvenes ambiciosos y adoradores de los privilegios militares casi todos, se preparó en los lujosos y pintorescos cuerpos creados por el dictador, a reemplazar o a empujar a los veteranos de la guerra con los Estados Unidos y de las sublevaciones santannistas. A éstos pertenecían, en primer término, Zuloaga, Robles Pezuela, Echeagaray, Wool; a los nuevos, los flamantes generales Osollo y Miramón, protagonistas de la lucha militar contra Comonfort, y entre aquellos generales en la fuerza de la edad y éstos en la fuerza de la juventud marcaban la transición oficiales bravos, fanáticos, terribles, hombres de guerra en todo el alcance del vocablo, cuyos tipos eran Márquez, Tomás Mejías, los Cobos. Formando un haz apretado en la capital de la República, sin ideas políticas precisas, identificados todos en el odio desdeñoso de los gobiernos que se apoyaban en la guardia nacional, amantes de la guerra por la guerra, por hábito profesional, contando con los aplausos de la sociedad decente, de las familias ricas, en quienes el rencor a las ideas reformistas era religión, contando con las áreas del clero y seguros del éxito militar, se disponían a conquistar la República con la punta de la espada y a disputarse el poder; aquélla era una gigantesca aventura que acometían sin escrúpulo, con regocijado valor.

Empezaron por darse un presidente; reunieron a los próceres conservadores que había en la capital, hombres políticos importantes, jurisconsultos

culminantes, clérigos, literatos, generales, propietarios, la flor de la contrarrevolución, y de esa reunión salió presidente el autor del plan de Tacubaya, el que menos obstáculo podía ofrecer al juego de ambiciones en plena incubación, el general Zuloaga; y a seguida el ejército, el verdadero, se puso en movimiento hacia el interior. ¿Qué iba a hacer?

En el centro del Bajío, entre Querétaro, Guanajuato y Jalisco, se había organizado un núcleo de resistencia a la reacción anticonstitucional; ese núcleo tomó consistencia orgánica desde que Juárez se abrigó bajo la bandera de la coalición, y fue reconocido y proclamado jefe legítimo del gobierno; contra el hecho, que parecía indefectible, triunfante por la deserción y la fuga de Comonfort, puso el derecho, y como él era todo el derecho, porque ningún órgano de la soberanía constitucional estaba en aptitud de funcionar, reasumió todo el poder y fue a un tiempo pueblo, Ejecutivo, Legislativo y Judicial; esto no lo había previsto la Constitución, mas estaba en la fuerza incontrastable de las cosas. Las garantías individuales necesariamente quedaron suspensas, y la pena de muerte por delitos políticos, y la confiscación y el destierro sentaron sus espectros sobre el libro cerrado de una Constitución de que nada había quedado vivo, nada más que un hombre.

Era un hombre; no era una intelectualidad notable; bien inferior a sus dos principales colaboradores, a Ocampo, cuyo talento parecía saturado de pasión por la libertad, de amor a la naturaleza, en donde venía su aversión al cristianismo; verdadero pagado de la Enciclopedia, que a fuerza de optimismo fundamental, subía a la clarividencia de lo porvenir: a Lerdo de Tejada, un Turgot mexicano, menos filósofo, pero tan acertado como el otro en la definición del problema económico latente en el social y en el político, todo reflexión para diagnosticar el mal, todo voluntad para curarlo. Juárez tenía la gran cualidad de la raza indígena a que pertenecía, sin una gota de mezcla: la perseverancia. Los otros confesores de la Reforma tenían la fe en el triunfo infalible; Juárez creía también en él, pero secundariamente; de lo que tenía plena conciencia era de la necesidad de cumplir con el deber, aun cuando vinieran el desastre y la muerte. Al través de la Constitución y la Reforma veía la redención de la república indígena; ése era su verdadero ideal, a éste fue devoto siempre; emanciparla del clérigo, de la servidumbre rural, de la ignorancia, del retraimiento, del silencio, ése fue su recóndito y religioso anhelo; por eso fue liberal, por eso fue reformista, por eso fue grande; no es cierto que fuese un impasible, sufrió mucho y sintió mucho; no se removía su color, pero sí su corazón; moralmente es una entidad que forma vértice en la pirámide obscura de nuestras luchas civiles. En comparación suya parecen nada los talentos, las palabras, los actos de los próceres reactores: ellos eran lo que pasaba, lo que se iba; él era lo que quedaba, lo perdurable, la conciencia.

Cuando salieron los crucíferos de la reacción en busca de lauros y *tedéums* colmados de bendiciones por el arzobispo Garza, como instrumentos de la Providencia para remediar los males de la Iglesia, la coalición tenía

listo un ejército al mando del honorable y adocenado general Parrodi. El señor Juárez y sus ministros marcharon a situarse en Guadalajara; esperaron poco; antes que mediara marzo, la coalición, vencida completamente por Osollo, se había disuelto; el gobernador de Guanajuato, Doblado, capitulaba sin combatir, y en medio de un motín de la soldadesca el presidente, capturado, estuvo a punto de sucumbir si la elocuencia patética de Guillermo Prieto no sorprende primero, y hace levantar los fusiles después, al pelotón que iba a hacer fuego. La causa constitucional habría recibido un golpe de muerte y la historia patria habría tomado una senda distinta.

Ante el empuje formidable de los jóvenes caudillos reaccionarios todo parecía ceder. El presidente huía y se veía obligado a abandonar la República para atravesar el istmo de Panamá, y de los Estados Unidos dirigíase a Veracruz, en donde, por los cuidados del gobernador Zamora, se estableció con toda regla, y comenzó a funcionar el gobierno constitucional. Este simple hecho, un gobierno legítimo, que apoyaba su legitimidad, no en proclamas, sino en el texto mismo de la ley, y que funcionaba en el primer puerto de la República, resolvía la cuestión, la convertía en cuestiones de tiempo, fuesen cuales fueran los triunfos de los reactores. Y éstos eran señalados: un ejército constitucionalista, formado por Vidaurri y mandado por un hombre admirable de entereza y valor, Zuazua, disputaba el paso a Miramón, de Guadalajara a San Luis (Carretas); aunque obligado a ceder, Zuazua se apoderaba a Zacatecas y, después de la muerte de Osollo, con razón deplorada por los reactores, porque este oficial fue el hombre de más corazón y de mayor aptitud militar con que contó una causa imposible ya, reocupó a San Luis, Miramón, muerto Osollo, ocupaba el primer puesto; iba a consolidarlo con señaladas victorias. Miramón tenía veintincinco años, y es prodigioso cómo pudo imponerse al viejo ejército, cómo se hizo obedecer por todos, cómo colmó su inmensa ambición sin envanecerse, casi, y cómo se sirvió del admirable instrumento de guerra de que disponía, para organizar sus campañas con un golpe de vista casi infalible y una audacia de ejecución casi milagrosa.

Amenazado de ir y venir perpetuamente entre San Luis, amagado por Vidaurri, y Guadalajara, amenazada por Degollado, Miramón se propuso acabar primero con este último; no lo logró; vencido o no, siguió Degollado dominando el sur de Jalisco, mientras Miramón, después de una visita apremiante a México, para obtener recursos, concentraba lo mejor de las fuerzas conservadoras sobre Vidaurri y Zuazua, dueños otra vez de San Luis y a quienes infligió una terrible derrota (Ahualulco). El ejército constitucionalista del norte ya no volvería a figurar en primera línea, pero el gobierno de Zuloaga comenzaba a hacerse cargo, a raíz del triunfo de Ahualulco, de la vitalidad de la causa reformista, pues en los días que siguieron (octubre del 58), el general Blanco estuvo a punto de apoderarse, en una aventura arriesgadísima, de la capital de la República, y Degollado, el infatigable Degollado, que empezaba a ser la desesperación del ejército tacubayista, se apoderaba de Guadalajara. Cierto que este triunfo fue de corta

duración, porque en el mes de diciembre, obligado el general constitucionalista a volver a sur de Jalisco, en una batalla decisiva, cerca de Colima, lo deshizo completamente Miramón.

El año de 58 terminó en México con una comedia política importante. Dos generales próceres del campo reaccionario (Echegaray y Robles Pezuela) concertaron un movimiento militar, y con el pretexto de formar un tercer partido que reconciliase a los otros dos, se apoderaron de la capital, derrocaron a Zuloaga e hicieron nombrar presidente al victorioso Miramón, que lejos de aceptar el nombramiento, reprobó lo hecho y restauró a Zuloaga, quien, naturalmente, nombró a Miramón su substituto y le dejó el puesto.

El primer período de la guerra no pudo ser más grave para los reformistas, ni más triste para el país. El carácter religioso de la lucha la convertía en profundamente angustiosa para las familias; el clero no la fomentaba oficialmente, pero, como era natural en lo humano, ponía todas sus simpatías del lado de los tacubayistas, y sus recursos. Gracias a ellos, la reacción había podido organizar ejércitos que habían destruído los mejores elementos de la resistencia constitucionalista. Lo terrible era que los combates y las ejecuciones incesantes con que ensangrentaban su bandera ambos partidos, llevaban hasta el agotamiento la anemia del país. Bien se daban cuenta de ello las potencias con quienes estábamos en relaciones, y que solían hacer visitas por sus escuadras nuestros puertos, siempre con alguna exigencia perentoria, que no pasaba a las vías de hecho a fuerza de diplomacia y de condescendencia de parte del gobierno. Ya se dibujaba bien una escisión en nuestras amistades internacionales: todos los gobiernos representados en México habían reconocido a primera vista, digásmolo así, al gobierno de Zuloaga; pero en el curso del año, el gabinete de Washington estaba arrepentido de este paso y buscaba el modo de reconocer al gobierno constitucional; el de España, por lo contrario, se disponía a demostrar su eficaz simpatía a la reacción; Francia e Inglaterra observaban con más sangre fría, pero con el mismo anteojo que el gobierno de Su Majestad Católica.

El año de 59 se inauguró con el establecimiento de la autocracia del general Miramón; su carácter fue el de presidente susbtituto; la verdad era que mientras la reacción y su triunfante caudillo conviniesen, él sería dueño único del poder. Y lo dijo bien claro: la unión de los partidos es imposible; la reunión de un congreso sólo puede verificarse cuando los Estados hayan reconocido el plan de Tacubaya, es decir, nunca. Miramón parecía presumir modestamente que su nombramiento no tenía más objeto que el de allegar todos los elementos para apoderarse de Veracruz, y el baluarte de la Constitución; pero se sentía dueño absoluto del poder, y con su juvenil petulancia, en todas sus disposiciones, proclamas y manifiestos, predominaba la conciencia profunda de su misión personal, su "yo"; aquello era una autocracia. Era natural; el clero lo había designado como el hombre de la Providencia, y ambos partidos en diversos tonos le llamaban desde entonces el "joven Macabeo".

Iba a emprender la campaña de Veracruz: banquetes, revistas, funciones religiosas, nombramientos de nuevo ministerio, en que predominaba el elemento conservador moderado, y fuertes contribuciones, marcaron el principio de la campaña; el avance fue firme hasta Veracruz, desbaratando la resistencia que en uno de los pasos más difíciles de los gigantescos escalones por donde la cordillera desciende a la costa, opusieron las fuerzas del gobierno. El ejército reaccionario tomó sus posiciones frente a la plaza, y esperó unos días la llegada de un convoy de dinero y municiones indispensables para el ataque. El convoy no salió de México y Miramón retiró su ejército, emprendiendo en orden el ascenso a la Mesa central. A este gran fracaso militar se unió un fracaso moral terrible para la reacción: el 11 de abril.

Inmediatamente que tuvo noticia de que lo mejor del ejército tacubayista bajaba a Veracruz, el general Degollado, que en sus mismas derrotas cobraba fuerzas nuevas para la lucha, y que después de su aniquilamiento había recogido en el sur de Jalisco sus elementos militares en dispersión, reapareció en el Bajío, y dejando atrás a Márquez, que desde Guadalajara pretendía dominar el occidente, avanzó hacia la capital; su objeto era o dar una sorpresa o atraer sobre sí el rayo que iba a caer sobre Veracruz. El general Degollado era un insigne ciudadano, modelo de virtudes republicanas e infatigable improvisador de ejércitos, pero no era un hombre de guerra: dejó aglomerarse en la capital las mejores tropas de que la reacción disponía en el interior, y sufrió una espantosa derrota (11 de abril).

Tornó el ejército constitucionalista a desbandarse; casi sin elementos de guerra, tornó Degollado a buscar el modo de rehacerlo; inútil es decir que lo logró; era un fénix aquel ejército. El general Miramón, que llegó a México al terminar el combate, ordenó que fuesen ejecutados los oficiales prisioneros; el general Márquez, el vencedor flamante que había obtenido sobre el campo de batalla la banda de general de división, hizo ejecutar la orden, comprendiendo en ella a los médicos del ejército vencido y a algunos paisanos, que fueron impíamente fusilados.

Desde que comenzó la lucha, se estableció esta abominable costumbre de fusilar a los jefes prisioneros; los constitucionalistas la inauguraron (Zuazua en Zacatecas), considerando necesario el castigo de los que hacían armas contra la legalidad, para detener el contagio; por vía de represalias, los reactores mataron, no ya a los oficiales, sino a las personas tachadas de reformistas que caían en sus manos, manifestando una feroz aversión por los abogados sobre todo, que al mismo tiempo llevaban la pluma, la palabra y la espada en la lucha: los consideraban, no sin razón, como el alma de la rebelión reformista, y la guerra parecía como la lucha a muerte entre el clero y el ejército por un lado y los abogados por otro. Márquez hizo subir con su aliento, con su odio, la ola de sangre a donde no se hubiera creído posible que llegara: el fusilamiento de los médicos tuvo una resonancia inmensa en el país y aún más allá; la reacción, que se había colocado fuera del progreso, se puso por ese hecho fuera de la civilización humana: no

podía ser aquél un orden de cosas; era una sangrienta y homicida aventura; el 11 de abril la facción antirreformista hizo su confesión ante el mundo, y la defensora de la religión y las garantías cayó sin máscara en un charco de sangre.

El fracaso de Miramón en Veracruz y el desastre de Degollado en Tacubaya, hacían ver claro que aquella lucha, que desbarataba todos los elementos de trabajo en el país, lo desangraba sin cesar, y obligaba a las poblaciones rurales a huir de los campos o a explotar sistemáticamente, hasta convertirlos en profesión, el bandolerismo y el guerrillerismo, que solían ser la misma cosa, e hicieron nacer en todas las conciencias en que un rescoldo de patriotismo quedaba, un anhelo infinito y doloroso de paz; sólo el clero y el ejército profesional, identificados profundamente, resistían por un lado a toda transacción que no contuviera en primer término el sacrificio de la Reforma; sólo el grupo cuyas ideas personificaba Juárez, resistía a toda transacción cuya primera cláusula no contuviera la aceptación del pacto del 57. La conciliación era imposible: los particulares comenzaban a desinteresarse de sus votos por el triunfo de determinado partido; el interés hablaba más alto que los sentimientos religiosos, explotados hasta en sus más recónditas raíces por el clero, y ante la perspectiva de las exacciones, de la contribución a la guerrilla en la hacienda, el saqueo o el plagio y el préstamo forzoso en la ciudad, y el embargo y la prisión en todas partes, una exasperación profunda se adueñaba de cuantos pensaban y no estaban personalmente interesados en la contienda.

Mientras que se escuchaba el golpeo monstruoso del martillo de la guerra civil machacando los huesos del país, ambos partidos buscaban el modo de poner de su parte un elemento que rompiese el equilibrio de la balanza y le diese la victoria; las fuerzas reaccionarias reconquistaban el eterno campo de batalla del Bajío, pero la reacción era definitivamente vencida en Sonora y Sinaloa, y nuevos jefes liberales saltaban a la arena o se acercaban al primer término del teatro en aquel sombrío drama, como González Ortega, que por medio de leyes de terror ahuyentó al clero de los Estados que lograba sujetar alternativamente, como Zacatecas y Durango. El ejército reaccionario estaba sentenciado a la victoria; el primer gran desastre que sufriese, lo condenaba a muerte; el constitucionalista, por el contrario, se iba formando de derrota en derrota, se iba enseñando a combatir, iba sintiendo la necesidad de la disciplina y del arte, se iba la milicia cívica transformando en tropa de línea; el viejo ejército formaba al nuevo combatiéndolo sin tregua y venciéndolo; era aquella lucha una educación.

Como los recursos normales estaban agotados, y apenas exprimiendo mucho se podía encontrar el modo de vivir del día siguiente; como los bienes del clero se habían reducido extraordinariamente, porque las fincas o estaban a merced de las fuerzas liberales o adjudicadas ya en virtud de la ley Lerdo u ocupadas por jefes constitucionalistas, que despojaban las catedrales de su argentería y de sus joyas, y de sus riquezas a cuantas iglesias podían; como todo esto sentenciaba a una especie de inanición a los

partidos, y sólo permitía vivir a las innúmeras partidas de salteadores, capitaneadas por bandidos de que eran tipos Rojas y Carbajal con la bandera constitucionalista, y Cobos y Lozada con la bandera de la cruz, era claro que ambos grupos directores iban a recurrir a los empréstitos ruinosos, a los tratados vergonzosos, a la captura de conductas, etc.

Importantísimo fue el reconocimiento, muy explícito y muy cordial, que el gobierno de Washington hizo del de Veracruz y que, aunque no inesperado, produjo una especie de estupor entre los conservadores: la ayuda norteamericana en forma de armas y de dinero (otra cosa era imposible) podía serles fatal. El general Miramón lanzó, al mediar el año, un manifiesto en que su "yo" dominaba todo un programa más administrativo, en el sentido puramente concreto de la frase, que político, y eso que confesaba la fuerza incontrastable de la revolución y sus incurables vacilaciones de caudillo. En la tremenda crisis que la República atravesaba, estos programas salían sobrando; los directores de la política estaban absolutamente a merced de las circunstancias; ellas eran todo el programa real; sólo podían subsistir una *tendencia* general, no una regla. El *impetuoso substituto* sobrecogió de secreto terror a los representantes de la Iglesia, envolviendo entre protestas de consagración "a la causa de la religión", como en la jerga de entonces se decía, la idea de que sería preciso respetar los intereses creados por la ley Lerdo de amortización. Pero a todo se decía "amén" cuando el invicto portacruz hablaba.

Coincidió con el del señor Miramón el manifiesto-programa del presidente Juárez; probablemente el primero fue una respuesta al segundo. Juárez y sus ministros ofrecían plantear la reforma basada sobre la separación del Estado y de la Iglesia, y se planteó inmediatamente: fundándose en que la conducta del clero durante la guerra civil había sido absolutamente hostil a la causa reformista, se le privaba de sus bienes; esta confiscación, medida eminentemente revolucionaria, porque la Constitución la prohibía, se llamó nacionalización de los bienes eclesiásticos. A ella, y como su consecuencia natural, se añadió la supresión de las órdenes monásticas, la institución del registro civil y varias prohibiciones del orden gubernativo. El manifiesto de Miramón respondía a una premiosa exigencia de las circunstancias, y no acertaba a mirar de frente a lo porvenir; el del presidente y su gobierno lo veía con serena confianza, y hablando de la transformación segura del país por medio del progreso material e intelectual, transformación que tendría por punto de partida el triunfo de la causa reformista, aquellos apóstoles subían a la altísima cima de su fe, y desde allí contemplaban la salida del sol tras las lejanas cimas opuestas; abajo, sobre los valles de Anáhuac, se acumulaban las nubes de temerosas borrascas que debían obscurecerlo todo; aquellos apóstoles profetizaban con suprema clarividencia la indefectible llegada del día: visto desde el punto en que nuestro siglo termina, el manifiesto reaccionario parece un adiós balbuceado en la sombra; el de los reformistas es la bienvenida a un mundo nuevo.

Las leyes de Reforma causaron, aunque por todos esperadas, una indeci-

ble impresión: el grupo de los interesados en el triunfo creció a compás del espanto mostrado por los que, ya no tanto por consideraciones religiosas que eran terriblemente falaces, como lo ha demostrado con incontrastable evidencia el hecho que todos presenciamos hoy, sino por otras del orden positivo y financiero, tenían que perderlo todo con la nueva legislación. El episcopado habló; formuló, como era su derecho y su deber, una protesta solemne basada sobre este concepto; el gobierno de Veracruz no puede decretar nada porque no es el legítimo; el gobierno legítimo era el emanado del plan de Tacubaya. Esta confesión era bastante para autorizar la nacionalización como pena; suponiendo que el episcopado tuviese razón en el terreno del derecho puro, y no podía tenerla, el gobierno constitucionalista no podía concederle esta razón: habría sido una concesión suicida; de consiguiente, tenía que considerar a la iglesia como rebelde; de aquí la necesidad de la pena.

El jefe del episcopado mexicano sostenía que la Iglesia no había hecho nada excepcional para favorecer la guerra civil, sino que simplemente había facilitado al gobierno establecido en México los recursos que había pedido, como solía hacerlo. Hagamos a un lado las extraordinarias muestras de naturalísima simpatía en favor de la rección, y póngase en olvido que no hubo victoria reaccionaria de esas que empapaban la tierra en sangre mexicana, que no tuviese su eco en *tédeums* y aleluyas; recordemos solamente que la Iglesia excomulgando a quienes obedeciesen la Constitución y la ley, autorizaba toda resistencia y le daba un carácter formidablemente mortífero, el carácter religioso; éste es el hecho plenamente cierto e irrefutablemente documentado, ignoramos si la Iglesia hizo bien o mal; creyó que hacía bien, los otros creyeron lo contrario y procedieron.

Pero todas estas consideraciones son secundarias: la evolución de la República hacia el completo dominio de sí misma, hacia la plena institución del Estado laico, tenía un obstáculo insuperable: la Iglesia constituída en potencia territorial y espiritual al mismo tiempo: sobre lo espiritual nada podía el Estado, sobre lo material sí; desarmó a su gran adversario de su poder territorial y pasó. Esto era fatal; era necesario: en política la necesidad es la ley, es el criterio de lo justo y de lo injusto. Un individuo puede y debe a veces sacrificarse; un pueblo no. Y lo que estorbaba la evolución del Estado, era también un embarazo para la de la Iglesia: de la Reforma a nuestros días el catolicismo consciente ha ganado más terreno en México del que poseía cuando era dueño absoluto del poder.

Los resultados de la política del gobierno constitucional, que a la larga había de agrupar, que agrupaba ya en torno suyo, con el cebo de los bienes del clero, tantos derechos, tantos intereses y tamaños apetitos, no eran inmediatos, y el país, profundamente agotado, no soportaba, sino por milagro, la prolongación de la crisis. El fin del terrible año de 59 se aproximaba; los reaccionarios, convencidos de la imposibilidad de las transacciones después de las leyes de Reforma, se encontraron forzados a cifrar su única esperanza en la guerra, y, como antes, los dos polos de las combinaciones es-

tratégicas fueron Márquez en occidente y Miramón en el oriente. Aniquilar, temporalmente siquiera, los indestructibles ejércitos de Degollado, barrer con los demás, llegar al Pacífico y volver sobre Veracruz y fulminarla, era el plan natural; ése siguió el substituto Miramón; es verdad que corría el riesgo, no ya de la derrota (en su juvenil arrogancia estaba seguro de dominar a la fortuna), sino, de que Márquez, el verdadero héroe de los reactores intransigentes, surgiera entre el humo de una nueva victoria y le arrebatase el poder. Precisamente en esos días el formidable procónsul se había adueñado de una conducta de caudales que iban a exportarse, con pretexto de vestir y armar su ejército, en la miseria; Miramón ordenó la devolución de lo robado y marchó a Guadalajara; tenía que pasar por encima del ejército de Degollado, que había estado a punto de desorganizarse por la retirada de la división del norte y la escandalosa defección de Vidaurri, que reasumía en su persona la soberanía de una parte de la frontera.

Miramón hizo una admirable campaña en el Bajío; en la Estancia de las Vacas aniquiló a Degollado y continuó su marcha triunfal a la capital de Jalisco; en Colina infligió a los constitucionalistas una nueva derrota, y fuerte con el prestigio inmenso de sus victorias, destituyó a Márquez y lo hizo venir a México, a responder de su conducta. Así, libre, confiado y audaz volvió a la capital aquel caudillo, visiblemente protegido por la Providencia, como hacían notar sus adeptos, y preparó la segunda expedición, la decisiva sobre Veracruz.

La verdad es que todo afligía en el espectáculo que presentaba la República, que todo era desastroso. Una idea llegó a dominar en los jefes de los grupos contendientes: urge apresurarlo todo; la lucha no puede continuar mucho tiempo sin provocar una intervención extranjera; pero, para darle fin, ya que una transacción es imposible, es indispensable una gruesa suma de dinero que haga segura la superioridad final de un ejército sobre otro. Ante esta necesidad de la categoría del instinto de la propia conservación, con sus exigencias puramente animales, toda otra noción cedía y se ofuscaba; esta disolución de los sentimientos morales para obedecer a la sugestión de uno solo, es efecto ineludible de las crisis políticas que se prolongan indefinidamente. Los dos partidos estuvieron sujetos a ella; Miramón contrató con la casa de banca dirigida por el negociante suizo Jecker, la emisión de un empréstito de quince millones de pesos, cuyos bonos deberían ser admitidos, en una quinta parte en todo pago al erario y devengarían intereses garantizados a medias por el gobierno y el banquero; éstos fueron los famosos bonos Jecker, que por menos de un millón gravaban al fisco con quince. El gobierno constitucional celebró otro contrato terrible: el tratado Mac-Lane.

Los Estados Unidos se disponían a intervenir en México, y con motivo de la inseguridad de nuestras fronteras, el presidente Buchanan, en un mensaje, había consultado al Congreso la intervención armada, para ayudar al gobierno constitucional. Con objeto, sin duda, de impedirla, el gobierno, que había estado hacía tiempo procurando encontrar recursos pecuniarios en los

Estados Unidos, pero que estaba resuelto a evitar la intervención, negoció por cuatro millones de pesos, que en efectivo se reducían a dos, un convenio que cedía a la Unión Norteamericana tales franquicias en Tehuantepec y en una zona de la frontera del norte, que equivalían al condominio, a la cesión de una parte de la soberanía de la República sobre el territorio nacional. Que un pacto semejante haya parecido hacedero siquiera a hombres del temple patriótico de Juárez y Ocampo, es un hecho pasmoso, y nadie vacilaría en calificarlo de crimen político, si la alucinación producida por la fiebre política en su período crítico no atenuara las responsabilidades. Poco antes el comisionado del gobierno de Zuloaga había celebrado en París, con España, el más humillante de los tratados (el Mon-Almonte). De España no se obtenía en cambio dinero, pero sí simpatías eficaces y complicidades trascendentales.

El interior quedaba por muchos meses a cubierto, no de guerrillas, que pululaban en todas partes y zumbaban en torno de las poblaciones de importancia como las abejas en derredor del colmenar, pero sí de importantes agrupaciones o cuerpos de ejércitos; González Ortega era una nube en el horizonte del Bajío; pero éste era un tribuno, un poeta, un exaltado por el estilo de los comisarios de la Convención en los ejércitos; lo demás no se veía o se veía poco.

Los repiques, los cánticos sagrados, los votos de lo que aquí se llamaba aristocracia, los vítores del pueblo de que dispone la policía, saludaron la partida hacia Veracruz (febrero de 1860) del ejército cruzado. En Puebla el invicto substituto recibió una inmensa ovación popular. En los primeros días de marzo, con su ejército perfectamente organizado, estaba frente a Veracruz. Como el puerto era inexpugnable mientras no se le cerrase el mar, Miramón preparaba una sorpresa al gobierno; contando con las complacencias de las autoridades españolas, habíase organizado, por cuenta del gobierno reaccionario, una escuadrilla en La Habana, que apareció al mismo tiempo que los sitiadores frente a Veracruz. El gobierno había tenido noticia de que iba a cometerse este atentado, y había, como era su derecho, negado a los jefes de la escuadrilla rebelde el de usar la bandera nacional, declarándolos piratas y haciéndolo saber así a los buques extranjeros, que quedaban así en aptitud de hacer presa en ellos; así sucedió; los dos buques piratas fueron atacados y capturados en Antón Lizardo, el día mismo que se presentaron, por una fragata de guerra americana. Este era un fracaso serio para Miramón; intentó un avenimiento, una transacción con el gobierno, que se mostró resuelto a tratar solamente sobre el terreno constitucional, y en seguida se retiró. Todo el mundo comprendió que el descenso iba a comenzar para los reactores; Miramón estaba convencido de ello, pero su amor propio le obligaba a procurar la continuación de la lucha.

Un momento pareció sonreírle de nuevo la suerte: había levantado en el interior la bandera constitucional un viejo veterano de las guerras civiles, sin

convicciones, aunque, en tesis general, desafecto al clero; ambicioso y hábil, de gran reputación en el ejército como oficial técnico, el general López Uraga traía a los grupos constitucionalistas lo que les faltaba, la ciencia; entró en escena obteniendo una victoria que fue un golpe maestro; en seguida marchó sobre Guadalajara; Miramón salió de México en busca suya. El general Uraga, forzando las marchas, quiso apoderarse de Guadalajara antes de que Miramón se pusiera en contacto con él; pero en esta ciudad, muy bien defendida por Woll, oficial francés, también avezado a nuestras discordias, se estrelló y fue puesto fuera de combate.

Miramón había salido de México llevando en sus equipajes al presidente tabucayista Zuloaga, que había querido reasumir el mando y a quien, con una frase latigueadora, había dicho: "Voy a enseñar a usted cómo se ganan las presidencias". El presidente cautivo logró al fin evadirse, lo que dio motivo, poco después, para que una junta, compuesta de lo que tenía la reacción de más recalcitrante, nombrase al joven substituto presidente interino. Pasó por Guadalajara, libertada por Woll, y siguió rumbo al sur de Jalisco tras otro joven general neolonés, que no había querido seguir en su dirección a Vidaurri y que mandaba la retirada del ejército que había fracasado en Guadalajara; este general se llamaba Ignacio Zaragoza, y con tanta discreción movió su ejército, haciéndolo crecer en la derrota misma, y tan hábilmente lo situó frente a Miramón, que éste retrocedió a Guadalajara. Al mediar el año, el aspecto militar del país era ya favorable a los reformistas. Miramón, situado en el centro del interior para atender a los diversos cuerpos del ejército, que tendían manifiestamente a ponerse en contacto, no pudo evitar la reunión de éstos; Zaragoza, González Ortega y otros caudillos (Degollado conservaba su investidura de general en jefe) le cerraron el paso para la capital; Miramón marchó sobre ellos rápidamente y fue hecho pedazos en Silao; llegó casi solo a la capital. Allí aceptó su investidura nueva de presidente; con este título recibió al embajador de España, Pacheco, notable jurisconsulto y desacertado diplomático, que en los momentos en que la reacción se hundía, ponía de su lado el prestigio y las simpatías de España. Demasiado debía haber pesado en el ánimo del embajador, ya que no el conocimiento de una situación que manifiestamente dependía del buen suceso en una o dos batallas, la súplica que casi todos los hombres importantes por su situación pecuniaria en el país habían levantado en favor de la paz. "La dignidad de la nación, su independencia, las propiedades, la libertad y la vida de los mexicanos, todo, todo está a merced de los atentados de la fuerza ciega, todo peligra o perece, todo es víctima de los furores de la guerra civil, que desgarra a la sociedad." Los reaccionarios intransigentes naturalmente rechazaron con altivez esta depreciación; o reacción o muerte, era su divisa, y muchos de los que esto decían supieron sellar con su sangre su fe política noble y ciega.

El desenlace se acercaba a paso veloz; los vencedores en Silao, después de dirigirse a la capital, retrocedieron sobre Guadalajara, defendida por el sesudo general Castillo; el ejército reformista carecía de recursos para sus grandes movimientos; allí estaban los bienes del clero para responder de las deudas

que pudieran contraer para dar fin a la guerra; pero en aquellos instantes esto no proporcionaba los recursos que se necesitaban con urgencia creciente: Doblado entonces se apoderó de una conducta de caudales, y el general en jefe, Degollado, que encarnaba la más escrupulosa probidad de la revolución, tomó sobre sí toda la responsabilidad del hecho: el gobierno, que no tenía fondos para resarcir *incontinenti* a los despojados, otorgó garantía suficiente sobre los bienes nacionalizados.

Y mientras el último acto del drama se preparaba, aterrador y sangriento, el trabajo doloroso que se había operado en la conciencia de Degollado lo condujo a buscar, de acuerdo con el representante de Inglaterra, un medio de zanjar inmediatamente la guerra civil; medio peregrino que tenía por punto de partida la reunión en México de los representantes diplomáticos y de los gobiernos de los Estados, para declarar la adopción de los principios reformistas y convocar un Congreso que diese al país una nueva Constitución. El proyecto del señor Degollado fue rechazado en México y condenado terminantemente en Veracruz; el señor Juárez privó al benemérito caudillo, con dolor, pero con justicia, de su puesto en el ejército. Encargóse del mando González Ortega, y comenzó el asedio de Gudalajara. Miramón envió a Márquez en auxilio de lo sitiados, y hubo necesidad de apretar a sangre y fuego el cerco de la infortunada ciudad, sobre la que vomitaban la muerte 125 cañones. El sitio de Guadalajara, que fue una serie de asaltos hasta el que determinó la capitulación de Castillo en los momentos en que Márquez se aproximaba, es una página épica; Guadalajara fue durante varios días un infierno de exterminio y de valor. En manos de Zaragoza y Leandro Valle, dos generales de treinta años, el ejército reformista llegó a ser un instrumento llevado al rojo blanco, por la aspiración que exaltaba las almas y la pasión que animaba los corazones. Apenas había capitulado Guadalajara, el ejército liberal ponía a Márquez en fuga, casi sin combatir, y emprendía lentamente, desde los primeros días de noviembre, el camino de la capital.

Los jefes reaccionarios habían protestado siempre que no deponían las armas porque casi todas las ciudades eran suyas y el país estaba de su lado; en aquellos momentos era todo lo contrario: fuera de México y Puebla, la República entera estaba dominada por la legalidad. Deponer las armas era su deber, pero en una junta de militares y obispos se decidió continuar la lucha a todo trance. "Si la revolución no limita sus pretensiones a la política y el ejercicio del poder, si no respeta a la Iglesia, si no deja incólumes los principios eternos de nuestra religión, si no se detiene ante el sagrario de la familia, combatamos a la revolución, sostengamos la guerra, aun cuando se desplome sobre nuestras cabezas el edificio social." Estas eran las palabras supremas del jefe del ejército reaccionario; nada significaban, nada querían decir; eran frases de teatro, eran una actitud trágica tomada valientemente ante el peligro; los constitucionalistas no se metían con los dogmas de la religión; la Constitución era la égida de la familia y del derecho humano.

Era necesario hacer un ejército; en la población mexicana hay siempre un ejército latente; la guerra civil había organizado inconscientemente el ser-

vicio obligatorio de la inmensa mayoría del pueblo mexicano; la leva lo sacaba del seno sagrado de la familia y lo llevaba al campo de batalla. Esto hizo Miramón con buen éxito, y para hacer vivir aquella nueva multitud armada, se apoderó de los fondos destinados a los tenedores de bonos de la deuda inglesa y depositados en la legación de S. M. B., con un lujo de ultraje internacional que indicaba la desesperación y el "Sálvese quien pueda" de la reacción en agonía. Ese ejército fue completamente vencido en Calpulalpan, en dos horas de combate reñidísimo, el 22 de diciembre. El 25, las fuerzas constitucionalistas ocuparon la capital de la República. La reacción había sucumbido para siempre; para resucitarla, la primera nación militar del mundo, arrastrando en pos suya a un príncipe austríaco y a una parte de la sociedad mexicana, había de gastar todo su prestigio y todo su poder, sin conseguirlo. En el mundo de las ideas había muerto ya; en el de los hechos acababa de entrar definitivamente en la historia. Lo que de ella figuró en nuestra gran tragedia nacional fue un espectro, un aparecido; idealmente, socialmente, militarmente, había concluído. Sobre el programa reformista se iba a informar el nuevo mundo mexicano.

Para defender sus propiedades, el clero había convertido la última guerra civil en una contienda religiosa, y toda la organización eclesiástica, con el supremo jerarca a su cabeza, y todos los dogmas, hasta el fundamental de la existencia de Dios, y todos los temores, desde el temor del infierno hasta el del patíbulo, fueron hacinados en formidable bastilla para reparo del tesoro de la Iglesia. Todo esto lo abandonó la Providencia, invocada sin cesar en auxilio de los campeones reaccionarios, en mano de un puñado de improvisados generales de treinta años. Y la imprudencia indecible de vincular los bienes terrenales a los espirituales había hecho de la revolución un cataclismo, y de una victoria política una catástrofe religiosa y un estimulante para que el grupo reformista joven, que tenía su Rousseau en Ocampo, su Diderot en Ignacio Ramírez, su Danton en Altamirano y su Tirteo en Guillermo Prieto, acometiese la empresa de descatolizar al pueblo.

La verdad es que en tres años de lucha espantosa se había verificado una transformación. En el mismo campo de batalla en que la República se transformó, casi no había habido un rincón en que no se hubiese escuchado la prédica exaltada, furibunda, pero emancipadora, del abogado reformista convertido en apóstol y del oficial reformista transformado en tribuno; la iglesia saqueada, el fraile fusilado o afiliado en los desnudos batallones de la chinaca, las imágenes de los santos quemadas en públicos autos de fe por aquellos iconoclastas exasperados, eran espectáculos que habían espantado, conmovido y removido todas las almas. ¿Y por qué aquellos santos no se defendían con milagros, se decían los indígenas llenos de estupor, como en los días de la conquista, cuando habían visto rodar sus ídolos por las gradas de sus teocalis incendiados? ¿Y por qué Dios protegía con la victoria a los impíos?, se preguntaba pensativo el artesano, el doméstico de las agrupaciones urbanas. Y estos son los argumentos de hecho que siembran en la razón del pueblo la semilla de las grandes transformaciones. Furtivamente, ese pue-

blo informe y apenas consciente levantaba los ojos a los ideales nuevos, y la Igualdad, la Libertad, la Solidaridad, que saturaban todos los artículos constitucionales, encendían en muchos corazones un nuevo espíritu religioso, el culto de otros dioses. Pero a quien se debió el triunfo reformista fue a la clase media de los Estados, a la que había pasado por los colegios, a la que tenía lleno de ensueños el cerebro, de ambiciones el corazón y de apetitos el estómago; la burguesía dio oficiales, generales, periodistas, tribunos, ministros mártires y vencedores a la nueva causa. Recórranse las nomenclaturas de los directores del movimiento en las inteligencias, en los campos de batalla, y se notará esa verdad. La ola reformista fue un reflujo hacia el centro. Y fue el resultado total, que el rico por amor a la paz, el colono extranjero por amor a las riquezas del clero, las clases educadas por amor a las ideas nuevas, las clases populares por vago anhelo de mejorar y porque la señal de la protección divina la veían instintivamente en el triunfo, compusieron una mayoría o neutral o netamente reformista. Lo que era una minoría al día siguiente de la invasión americana, era la mayoría del país la víspera de la invasión francesa.

CAPITULO VI

LA INTERVENCION (1861-1867)

Interior: tentativas de organizaciones frustradas; la bancarrota. Exterior; la guerra de secesión; la convención de Londres. Transformación de la intervención europea en intervención francesa; la guerra; el 5 de mayo; organízase la invasión. La invasión triunfante; Puebla; México; los invasores establecen una monarquía; absoluta inanimidad de la empresa; las capitales en poder del ejército invasor; el príncipe Maximiliano; el gobierno imperial y el gobierno nacional; conflicto fatal entre el imperio y la intervención. El imperio liberal; fin del partido reaccionario. Los Estados Unidos. La tentativa final de consolidación del imperio. Juárez, dictador legítimo. Reconquista del país en 1866; retroceso definitivo de la invasión; desorganización del gobierno imperial. El último acto del drama; Puebla; Querétaro; México. Identificación de la patria, la República y la Reforma.

MÉXICO, la ciudad reactora y clerical por excelencia, la que había aplaudido desde sus balcones y azoteas todas las victorias de Miramón y Márquez, la que, en cada una de las fiestas impías de la guerra civil, había lanzado a las calles céntricas para arrastrar las carrozas del triunfador y gritar y silbar de entusiasmo, y robar pañuelos y relojes, agitando cañas y banderas, a los artesanos y los léperos de sus barrios mugrientos y hediondos, tendidos a la sombra colosal de los conventos, México saludó con una especie de delirio la entrada del ejército reformista de González Ortega. Y es que no era una ciudad clerical, era nada más católica, y es que la guerra civil había acabado por hacer a todos indiferentes a lo que no fuera la paz, porque era la exacción cruel, el producto mezquino del trabajo, no ya exigido brutalmente, sino literalmente robado por el agente del fisco, y la leva chupadora de sangre plagiando incesantemente al hombre válido en la familia y el taller, para lanzarlo al banco de palos en el cuartel y a la carnicería de campo de batalla. Paz, clamaban todos, el populacho en la plaza y el burgués en el balcón y en la azotea; la paz los enardecía, y no sé qué sentimiento de clemencia y con-

cordia que creían ver en la sonrisa bondadosa que llevaba estereotipada en los labios sensuales el atildado general en jefe, que con sus palabras, sus ademanes, sus saludos, su entusiasmo, electrizaba a todo y trazaba en el cielo azul de aquella mañana tibia de invierno el paréntesis de esperanza y de gloria que iba a unir los dos dramas sombríos de la gran tragedia de nuestra historia nacional.

Flotaba en la atmósfera una pálida luz de ensueño; cuantos tomaban parte en aquella ovación, ricos y pobres (los ricos, tentadores de la ambición del joven general victorioso, a quien querían inducir a negar al presidente las llaves de la República, porque para ellos Juárez, el indio Juárez, era la Reforma sistemática, intransigente, implacable, fría, antipática; los pobres, azuzados por los jóvenes estudiantes y oficiales, que les predicaban en las encrucijadas las más calientes doctrinas socialistas de Proudhon y Lamennais y les mostraban en toda su grotesca repugnancia al fraile francisco conspirando y esgrimiendo el puñal, el mercedario arremangándose el hábito blanco maculado de pulque y mole y bailando el jarabe en los fandangos del barrio, y al obispo tramando la destrucción de la independencia), ricos y pobres creían vagamente que una era paradisíaca de libertad, de fraternidad y de bienestar podía abrirse. "¡Quién quita que la Constitución sea verdad!", decían muchos en el español peculiar de nuestro país.

Pronto pasó aquel espléndido acto de ópera heroica. Juárez llegó, y agradable o desagradable, poética o prosaica, aquel indio de pórfido y bronce traía la realidad en sus manos; con él era preciso pasar de la ilusión a la verdad. A las primeras horas, saturadas de ideas de concordia y perdón, siguieron, con la presencia de los hombres de Veracruz, las necesidades prácticas del programa reformista. La guerra civil no había concluido; los caudillos reaccionarios estaban en el país; de los sesenta o setenta mil hombres armados que señoreaban de un extremo al otro del país, campos, caminos y poblaciones, el grupo que había servido al triunfo era excesivo para los recursos del gobierno, y o se le licenciaba o se dejaba en manos de los gobiernos de los Estados, que se servirían de sus contingentes para imponer la ley a la Federación, como siempre había sucedido; las numerosas partidas sueltas seguirían amenazando en todas partes la propiedad y la seguridad, o engrosarían las filas reaccionarias, como sucedió inmediatamente. La prensa de la capital y los Estados, haciéndose eco, con exaltación apasionada, de los resentimientos y dolores y odios del partido victorioso, casi limitaba sus exigencias políticas a una obra de justicia y de venganza, y se hablaba seriamente de levantar cadalsos en las plazas y de transformar al gobierno en un tribunal revolucionario. El gobierno tenía otros fines: desembarazar su camino de los hombres que sirvieran de pretexto para pedirle incesantemente venganza y mantener en estado de perenne incandescencia a la porción joven del partido reformista, llevando de prisa, con energía y firmeza, la obra económica de la Reforma, para hacerla irreparable. La realización de la primera parte del programa fue dirigida por Ocampo; mientras el ministro de la Guerra (González Ortega) tomaba las medidas necesarias para acabar con los

restos armados de la reacción, Ocampo daba sus pasaportes al ministro de España, Pacheco, al nuncio apostólico y a otros dos ministros extranjeros que hicieron cuanto estuvo de su parte para retardar la caída de la dictadura reaccionaria. Lo grave en esta medida era la expulsión del ministro de España; tras la protesta contra el tratado Mon-Almonte, este nuevo acto parecía un reto; España, a pesar de las concienzudas explicaciones del gobierno de México al de doña Isabel II, lo consideró como un agravio, no como un acto de guerra. Y fue justo; Pacheco no sólo era enemigo decidido del gobierno reformista y de todo gobierno democrático, sino que consideraba que México, "donde se había perdido toda noción de derecho y todo principio de bien, necesitaba que Europa, por medio de una intervención armada, le impusiese la libertad y el orden, sin lo cual no tendría fin su vergonzosa historia, escándalo y baldón de la humanidad civilizada" (*sic*). Si esta medida fue justa, la expulsión de los obispos fue prudente; eran merecedores de castigo, en el orden político, quienes habían desconocido explícita y públicamente los títulos del gobierno nacional, y era necesario, para evitar que la justicia se volviese venganza contra ellos, sacarlos del país; de otra manera habrían tenido que ir a la cárcel, al banquillo, al ultraje y a las penas atroces...

Los hombres de Veracruz no querían el poder; Ocampo renunció, dejando a los nuevos la tarea: Zarco, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto... La Reforma siguió su curso: hubo un momento en que la sociedad sufrió intensamente; los ministros consideraban la Reforma como una medicina enérgica de que dependía la salvación de la patria enferma y que urgía hacerla tomar, y mucho de verdad había en esta consideración. Pero el aparato, los procedimientos públicos de aquella obra magna, encomendada, por fuerza, a los más exaltados o a los más inhumanos, herían tanto los hábitos seculares, los respetos, las ternuras, la santidad de las tradiciones y de los recuerdos, las supersticiones, sedimento de más de tres centurias de devoción incondicional, depositado en el fondo del organismo mexicano, que en lo más íntimo de ese organismo, en la familia, aun en la del reformista, en dondequiera que presidía la marcha normal de la vida la mujer mexicana, hecha toda de piedad y de dulzura, sin más energía que la del amor, ni más reflexión que la fe circunscribe y estrecha, se sentía el doloroso latido del corazón de la sociedad. Los obispos lapidados en Veracruz por el populacho, conducido por un demagogo que se embriagaba con sus propias frases, los muros de los conventos viniéndose ruidosamente abajo al golpe rabioso de la piqueta, los claustros desmantelados, las iglesias despojadas de sus sagradas joyas con irreverencia brutal, violado el retiro sacrosanto de las pobres mujeres que rezaban por sus sacrificadores, entrados a saco los archivos, las bibilotecas, los depósitos artísticos de la Iglesia, que, en verdad, ni los estimaba apenas y solía ignorarlos, todo contribuía a crear un indefinible malestar.

Todo eso lo esperaban, lo sabían los hombres de la Reforma, y precisamente por ello se daban prisa; era preciso poner entre la revolución triunfante y la reacción posible, un muro enorme hecho de escombros y ruinas, un foso incolmable de actos irreparables. Y así se hizo lo que había de hacer.

Pero detrás de estos telones del siniestro aparato de la ejecución de la Reforma, el drama verdadero se desenvolvía en la sombra de las oficinas: el drama financiero, el programa de reducir a realidad súbita la confiscación y venta de los bienes eclesiásticos, la nacionalización. Lo inseguro de estas adquisiciones, lo precario de las ventas, que en un cambio de gobierno podían ser nulificadas, la guerra civil, que continuaba y hacía inexplotables las propiedades rústicas, y gravosas las urbanas, sometidas a exacciones sin fin, habían depreciado extraordinariamente la propiedad del clero; las adjudicaciones hechas conforme a la ley Lerdo, las ruinosas hechas en Veracruz, verdaderos regalos, como que en muchos años no podrían hacerse efectivas según los cálculos más optimistas, la habían reducido. La solución del problema financiero, la amortización de nuestra deuda extranjera, el sistema de subvención de vías de comunicación y de empresas colonizadoras, todo lo que se soñaba hacer con la fortuna de la Iglesia, resultó un mito. Y como la guerra civil continuaba en pie, y como se sentía el esfuerzo del militarismo reaccionario en todas partes para tomar el desquite, y era preciso o pagar los ejércitos de la revolución o batirlos, y como urgía cubrir los compromisos de los días críticos, y los impuestos no producían casi nada, hubo necesidad de vender de cualquier modo, pero de prisa y dando ciento por cinco; los reformistas adivinaron con admirable clarividencia que sólo así podía operarse la gigantesca traslación de dominio que premditaban, que sólo así la harían irremediable, creando en torno del programa reformista un infranqueable reparo de derechos nuevos, de derechos de particulares que se defenderían furiosamente contra las tentativas de restitución; lo adivinaron. Si la intervención francesa y su monarquía no sirvieron en último resultado más que para consolidar la Reforma, fue precisamente por esta política, que parecía llevada a cabo a ciegas y por gala de despilfarro. Lo hubo, cierto; pudo hacerse más ordenadamente todo, pero la consecuencia habría sido la misma: era preciso sacrificar lo presente a lo porvenir, la solución financiera a la solución económica, y la que se creyó una masa formidable de bienes, resultó convertida en seis millones escasos, devorados de antemano, y que no fueron parte a evitar siquiera la bancarrota. Esto no lo entendía, ni lo entendió el público jamás; el gobierno había enriquecido a un grupo de especuladores, a quienes luego pedía limosna y se la negaba. Los pocos millones de pesos que en efectivo produjeron las adjudicaciones, habían sido una molécula perdida en la vorágine; sin el recurso de los bienes del clero, el gobierno sólo podía marchar por medio de préstamos, operaciones ruinosas y expedientes de un día para otro, al abismo, porque las entradas de las aduanas estaban empeñadas en su mayor parte a los acreedores extranjeros, en su menor a los agiotistas; la renta interior era nula, de ella disponían los Estados; el gobierno vivía con las entradas del Distrito Federal. Y la guerra civil recobraba mayores proporciones día a día y las crisis ministeriales se sucedían y nada remediaban; sobre todas ellas dominaba la palabra fatídica "bancarrota", un déficit que se acercaba a cinco millones anuales; la imposibilidad de gobernar.

El Congreso, muy joven, muy apasionado, saturado de exaltación política

y de ensueños de instantánea transformación social, se dividió, casi desde sus primeros días, en dos partidos que se equilibraban: juaristas y antijuaristas. Sin embargo, la elección presidencial se había hecho; fuera del partido reaccionario, que, naturalmente, se abstuvo, el país capaz de votar en colegios electorales de segundo grado (sistema sabiamente adoptado por la Constitución y único posible en pueblos de mayoría analfabética) había votado, primero por Lerdo de Tejada (Miguel), luego por Juárez, después por González Ortega. En Lerdo veía el país que había aceptado la Reforma, el solo hombre apto para organizarla y encontrar una solución al problema financiero; en Juárez un hombre capaz, por su carácter, de sobreponerse a las tremendas situaciones que se vislumbraban; en González Ortega un programa posible de ensueños revolucionarios y de actos generosos. Muerto Lerdo, la mayoría de los votos era de Juárez, que fue declarado presidente constitucional; algún tiempo después González Ortega, investido de la presidencia de la Corte Suprema de Justicia, fue el vicepresidente de la República. La oposición antijuarista no pudo impedir en el Congreso, ni lo quiso de veras, la adopción de medidas que atribuían toda clase de facultades al Ejecutivo para salvar la situación; llegaron las cosas hasta decretar, en el mes de julio, "que el gobierno federal entraba en el dominio y disfrute de todas sus rentas y suspendía por dos años todos los servicios de la deuda"; era la consecuencia forzosa de la bancarrota. Y si los acreedores extranjeros hubiesen pasado por ello, era la única posibilidad de organizar la hacienda y de pacificar el país. Pero ese consentimiento no vino; y entonces el problema financiero se complicó con un pavoroso problema internacional.

Hubo días en que la situación del país tomó un carácter atroz; la guerra civil asumió un aspecto de rabia y exasperación indecibles. En poco tiempo desaparecieron los principales caudillos de la Reforma, Lerdo de Tejada y Gutiérrez Zamora, primero; luego, asesinados con la salvaje crueldad que denunciaba la presencia o la proximidad del hombre que en nuestras contiendas ha personificado más totalmente el implacable furor homicida del fanatismo frío, perecieron Ocampo, Degollado y un joven todo esperanza, sonrisa, entusiasmo y generoso valor, Leandro Valle; la entereza de Ocampo ante la muerte, la abnegación admirable de Degollado, constituyen una perdurable enseñanza de moral en acción para los mexicanos. El partido reformista, herido en el corazón, contestó a la muerte con la muerte, y el Congreso aprobó tremendas leyes de proscripción y de sangre; enterró piadosamente a sus muertos y se apresuró a echar la culpa de cuanto pasaba, al gobierno. Los cambios de gabinete eran frecuentes, las discusiones en las Cámaras tumultuosas como las de una asamblea del tiempo de la Revolución; la nueva generación reformita tuvo su más vibrante, su más elocuente vocero, su aspecto más resueltamente fiero y bravío en Ignacio M. Altamirano, joven poeta y tribuno del sur, y la curul presidencial del señor Juárez parecía próxima a quebrarse por las irreverentes sacudidas de la oposición parlamentaria. Pero, entretanto, la represión se había organizado mejor y fueron batidas casi constantemente las fuerzas reaccionarias, que amenazaron un momento la

capital de la República y habían intentado dar ser a un gobierno trashumante presidido por don Félix Zuloaga y que nadie obedecía, a pesar de que en sus pujos de energía llegó en cierta ocasión a destituir a Márquez e investir al español Cobos de la dirección militar de la guerra; más terror que los pseudoejércitos de Zuloaga causaban las innumerables partidas de salteadores capitaneadas por Gálvez, Brutón, Cajigal, etc., que robaban, mataban y plagiaban en todas partes.

El alejamiento del peligro militar inminente permitió al gobierno y a los grupos políticos, y pronto a la nación pensadora, fijarse en el exterior; hacía tiempo que se aglomeraba una tempestad en nuestro horizonte. Durante nuestra última lucha civil se habían familiarizado los gabinetes de Inglaterra, España y Francia con la posibilidad de intervenir en nuestros asuntos para ponernos en paz por la fuerza, apoderarse de nuestros recursos y pagarse, Inglaterra sus enormes créditos por nosotros reconocidos, España sus discutibles derechos, y Francia los insignificantes suyos; la actitud de los Estados Unidos había impedido a los europeos pasar del deseo al acto. La repulsa al tratado Mon-Almonte, que formulaba la tutela de España sobre México, y la expulsión del plenipotenciario Pacheco, el robo de los fondos de los tenedores de bonos de la deuda inglesa, perpetrado por la reacción en agonía, habían llevado al estado agudo la impaciencia de los gabinetes de Londres y Madrid. Pero no era posible soñar en una acción colectiva por la incompatibilidad de miras entre ambos gobiernos; el británico se inclinaba ostensiblemente a apoyar a los elementos reformistas; al otro era simpático cuanto a reacción y clericalismo trascendía. Hubo un intermediario, Francia; las quejas de esta nación contra México eran nulas; los franceses en México habían sacado inmensas ventajas pecuniarias de la Reforma, los mexicanos los trataban con afecto, sus créditos eran poca cosa; sufrían lo mismo que los mexicanos las consecuencias de nuestra situación política; los dos partidos en lucha, pero sobre todo el reformista, se educaba en los libros franceses, y de ellos le venía la aspiración intensa a la igualdad y su saña contra los privilegiados; los mexicanos instruidos conocían cien veces mejor la historia de Francia que la historia patria.

Pero Francia estaba gobernada por un hombre que, bajo el aspecto dulce y soñador del iluso, ocultaba, no la voluntad, signo de los grandes caracteres, sino la obstinación secreta, síntoma de los temperamentos fatalistas; éste tenía talento, tuvo suerte; Francia, victoriosa y próspera, ejerciendo una especie de hegemonía continental en Europa, parecía obra suya, y pasó por un político de primer orden; los franceses llegaron a tener fe ciega en su genio y en su estrella, y al par de los franceses, todos cuantos leían francés en ambos mundos. Este hombre, Napoleón el tercero (nadie sabe por que era tercero, porque el segundo no había reinado un solo minuto), acariciaba el vago ensueño, grandioso y sin contornos, de llegar a establecer una especie de solidaridad entre los latinos (no de sangre, por cierto, sino de espíritu) en Europa y América y de ser el árbitro de esa federación amorfa.

Claro es que México era el punto de apoyo para esta palanca en América;

aquí era donde debía organizarse el dique a la tendencia a la dominación universal de la raza anglosajona. Los emigrados mexicanos en Europa, que representaban a la sociedad mexicana del mismo modo que los guijarros abandonados en las márgenes representan a un río, guiados por uno de ellos, que había logrado insinuarse en la intimidad de la familia de la emperatriz Eugenia, pudieron darse maña para saturar la atmósfera doméstica de Napoleón, con datos y súplicas que hicieron creer al fantaseador coronado que esa empresa era posible, que el pueblo mexicano, agradecido, colaboraría en ella de rodillas. La emperatriz, que quería rescatar con su ardiente catolicismo la política del emperador, que, queriendo o no queriendo, había desencadenado la revolución unitaria en Italia, entraba en las miras de los reactores por odio a los perseguidores de la Iglesia, y como se dejaba llamar descendiente de Moctezuma, sentía un insólito afán de erigir un trono en México; porque ésa era la necesidad suprema de la pacificación del país: la monarquía. Y a tal punto habían llegado las cosas, que los emigrados habíanse fijado en un candidato: el archiduque Maximiliano de Austria. Para realizar un sueño, ¿qué mejor que un soñador? Napoleón había indolentemente asentido y el príncipe austríaco no había dicho que no; se conocía que ardía en deseos de decir que sí.

Un nuevo personaje entró en campaña por su lado y por su cuenta; no era, por cierto, ni del círculo ni de la devoción de la emperatriz, pero sí de gran ascendiente en el emperador; era su hermano el duque de Morny, hijo adulterino del conde de Flahaut y de la reina Hortensia, mundano de alto vuelo, de la raza de los grandes señores a un tiempo libertinos y hombres de Estado, que no han faltado en Francia, vorágine insaciable de dinero, de placer y de honores, bajo las maneras exquisitas de un príncipe muy correcto, muy indiferente y muy elegante. El duque de Morny se había puesto en contacto con Jecker, y el enorme crédito de este banquero contra México, aunque falso e insensato, le pareció una mina que podía ponerse en bonanza mediante una intervención francesa.

Los Estados Unidos también habían tomado, durante toda la administración de Buchanan, una actitud, si favorable al gobierno constitucional, manifiestamente inclinada a intervenir en nuestras cuestiones, y hasta sus ofertas de hacerse responsables de nuestra deuda exterior mediante la hipoteca de una parte de nuestro territorio, oferta rígidamente rechazada por nuestro gobierno, bien indicaba cuál era la tendencia general y explicable por el estado de perpetua guerra civil en que nos hallábamos. Pero ya en el año de 61 se vio bien claro que los Estados Unidos eran un personaje obligado a retirarse temporalmente de nuestro drama, y como su sola presencia había impedido hasta entonces tomar cuerpo a la intrusión europea, ésta pudo verificarse.

La guerra de secesión, determinada por la coalición de doce Estados de la Federación norteamericana que decidieron separarse de los otros constituyendo una república aparte, tuvo por causa eficiente una cuestión económica y social por ende; se trataba de fijar las condiciones del trabajo hu-

mano en las regiones meridionales de la Unión. Desde el sur del Potomac al norte del Bravo, era, no una opinión, sino un dogma, que sin el trabajo servil, sin la esclavitud, era imposible la explotación lucrativa de la tierra. Y esto, que los hechos posteriores demostraron que era un formidable error, estaba demostrado en concepto de los sudistas por la tradición que huía de los fundadores de la esclavitud en aquellas comarcas, tradición respetada y sancionada por los autores de la Constitución, a pesar de sus ideas humanitarias, y por Washington mismo. En los Estados disidentes se atribuía la actitud del norte, resueltamente hostil a la esclavitud, a miras puramente económicas; se trataba de poner al sur, privándolo del trabajo servil, en un estado de inferioridad completa respecto del norte, que en su afán de convertirse en potencia industrial, exigía medidas arancelarias proteccionistas que mataban las condiciones favorables al desarrollo de la agricultura en el sur. El problema de la extinción de la esclavitud en la Unión norteamericana, había ascendido a ser problema político, precisamente a consecuencia de la guerra con México, que provocó la apasionante cuestión de la extensión de la esclavitud en los Estados nuevos, cuestión que Henry Clay aplazó por medio de sabios y patrióticos compromisos, que eran treguas en realidad. El gobierno del presidente Buchanan, jefe del partido demócrata, inclinado a mantener el *statu quo* constitucional y a dar a los derechos de los Estados una importancia exagerada, vio formarse la tempestad por el auge mismo de las ideas antiesclavistas en el norte y la resolución de resistir en el sur. Después de la elección de Lincoln, triunfo señalado de los del norte, dejó a los Estados meridionales confederarse y formar el pacto de escisión, sin tratar de sofocar la rebelión naciente, sino de orillar a los contendientes a un nuevo compromiso. La toma de posesión del nuevo presidente fue la señal de la lucha, y el año de 61 puso muy claro ante los ojos de los gabinetes europeos este hecho: que la guerra civil, dadas las enormes fuerzas de lucha, se prolongaría por muchos años, inutilizando a los Estados Unidos para toda grave empresa en el exterior; que aquella era la oportunidad de paralizar para siempre el movimiento de expansión y absorción de los Estados Unidos en la América Latina, y en la Iglesia, quizás, cooperando eficazmente a la escisión definitiva; esta cooperación tenía su camino marcado: apoyar a los del sur, proprocionándoles la superioridad marítima, que manifiestamente no podían conquistar. Este pensamiento y el de la hegemonía latina se avenían perfectamente y se armonizaron en el cerebro de Napoleón, y como los ingleses creían que su interés consistía en detener por un siglo siquiera el desenvolvimiento industrial de la Unión, resultaba todo conforme a los proyectos grandiosos del emperador.

La suspensión de pagos decretada por el Congreso mexicano e iniciada por el gobierno en julio del 61, fue el acto que ocasionó, digámoslo así, la primera cristalización del designio napoleónico. No sin ciertas dificultades, más bien de forma que de fondo, la diplomacia francesa logró un acuerdo entre Inglaterra y España con Francia, que se formuló en el célebre documento llamado "la Convención de Londres" (octubre del 61). Con el pre-

texto de asegurar garantías más eficaces para las obligaciones contraídas por la República con los súbditos de las naciones contratantes, se decidía que se enviarían fuerzas suficientes a México para realizar este designio, protestando que este empleo de la fuerza no envolvía el propósito de adquirir territorio ni el de influir en el derecho del pueblo mexicano de constituirse libremente.

Había aquí una farsa que rápidamente iba a convertirse en tragedia, porque los tres contratantes sabían bien que Napoleón había resuelto de antemano sacar avante en México el establecimiento de una monarquía, lo que indicaba la falta estupenda de datos con que procedía en la ejecución de sus designios, por lo que jamás acertó en ellos sino en la proporción necesaria a complicar por extremo la cuestión que se proponía resolver. España lo sabía con profunda inquietud e interés, resuelta a no oponerse, pero sí a jugar hábilmente en su provecho llegado el caso; Inglaterra veía el proyecto con indiferencia y escepticismo: con tal que sus intereses saliesen bien librados, pasaba por todo. Y precisamente poco después de firmado el Convenio de Londres, su ministro celebraba con México un arreglo que, de haber sido aprobado por nuestro Congreso, le habría obligado a retirar su firma de la Convención.

En México no se creyó en la intervención hasta que en diciembre del 61 se supo la llegada de los españoles y los ingleses a Veracruz, que no se juzgó conveniente defender, que fue ocupada por la vanguardia de aquel singular ejército de ocupación, que constaba de unos cuantos marinos ingleses, y franceses poco después, y de algunos batallones españoles. El señor Juárez había encomendado la cartera de Relaciones al gobernador de Guanajuato, don Manuel Doblado, hombre de un talento *ad hoc* para enredar o desenmarañar a su guisa una madeja política y que marcó desde sus primeros pasos en este terreno la superioridad de nuestra diplomacia sobre la europea, superioridad que no se desmintió un solo instante durante la lucha con la intervención; los Doblado, los De la Fuente, los Lerdo de Tejada, mantuvieron ante el mundo, a fuerza de habilidad, de lógica y de patriotismo, a la invasión francesa y al imperio, dentro del círculo de hierro de un hecho en conflicto con un derecho; el círculo pudo ensancharse, no fue roto jamás. El gobierno explotaba contra la intervención la inveterada hostilidad a España, que existía desde los tiempos coloniales, que no había muerto en el corazón del pueblo y que el partido reformista puso sin cesar en juego en su lucha con el partido conservador, con quien la inmensa mayoría de los españoles simpatizó activamente. De aquí no venía el rencor instintivo de la clase popular: esta clase se dejaba llevar por los partidos de la una a la otra bandera; le eran indiferentes; entrambas significan exacciones, vejaciones sin fin; significaban el peaje, la alcabala, la leva, el azote y la muerte. Pero, en realidad, a la repugnancia de la masa por todo lo que tendía a menoscabar el prestigio del cato-

licismo, hacía contrapeso la hostilidad hacia el español; creemos haber dicho ya de qué provenía esto; era una cuestión social, no histórica; el pueblo ignoraba al español profundamente bondadoso y honrado, que solía surgir del grupo de quienes aquí venían sin más recurso que su avidez y el apoyo de sus compatriotas, porque se lo ocultaban el español de la hacienda, que solía verlo con lástima, pero siempre con desprecio, y que por medio del fomento de los vicios, sabía reducirlo a la servidumbre de la deuda, y el español de la tienda, que no era más que una casa de empeño en que el lépero de la ciudad lo dejaba todo en cambio de aguardiente y de pan algunas veces, sin rescatarlo casi nunca. Impotentes para sacudir esta tutela, que los más elocuentes artículos de la Constitución no habían podido ni conmover siquiera, transmutaban su impotencia en odio, y todavía el grito pavoroso de las turbas que sublevó Hidalgo, encontraba un eco inmenso en las fiestas cívicas al cabo de medio siglo.

Este sentimiento lo exaltó hasta el paroxismo el gobierno, secundado por la prensa reformista, y mientras así agitaba al país, acertaba a ponerse en contacto con los comisarios de las tres potencias; pronto se notó que sobre ellos predominaba el español: era don Juan Prim, conde de Reus. Rápidamente comprendió nuestro gobierno el inmenso partido que de esta circunstancia podía sacarse. Prim, aventurero político de extraordinario arranque, se había transformado en un héroe en la guerra de Africa y era una especie de divinidad épica para los catalanes, sus paisanos. Tenía su carácter la perenne tensión heroica de los conquistadores del siglo XVI, pero, como en ellos, la ambición indefinible, que ensanchaba su horizonte a medida que avanzaba, no ofuscaba un vivísimo sentimiento de la realidad y una pasmosa penetración política, que iba hasta la clarividencia rayana en don profético. Ahora bien, este Cid Campeador a la moderna conocía los asuntos de México, pertenecía al partido liberal progresista en su patria, había censurado la conducta de los enviados españoles, favorables a los reaccionarios aquí, y estaba, por su esposa, íntimamente ligado con una de las pocas familias de la alta burguesía mexicana (la aristocracia, que aquí llamábamos un poco ridículamente), que no se habían manifestado hostiles al movimiento reformista. A pesar de la sorda oposición del ministerio de Francia, Saligny, que conocía el objeto secreto de la participación de Francia en la intervención y las combinaciones de M. de Morny, y que personifica en esta lúgubre historia uno de los casos más francos de bandidismo diplomático de que hay memoria, Prim hizo ir a los comisarios ingleses, de muy buena voluntad, y al cándido comisario francés Jurien, rendido a la razón, por un camino que lo llevaba derecho a dar fin a la intervención por medio de un tratado con Juárez; no existía, afirmaba Prim con justicia, más gobierno que éste, puesto que el reaccionario era un grupo siniestro que trashumaba, escoltado por una guerrilla, de aldea en aldea y de asesinato en asesinato. Así lo reconoció explícitamente Almonte, el representante de la emigración mexicana en las cortes europeas, cuando vino a su país, y libre ya de Inglaterra y de España, se hizo proclamar, por un cabecilla reaccionario, Jefe supremo de la nación;

el jefe era Zuloaga, y así lo manifestó éste; tanto lo era el uno como el otro; Forey barrió todo esto brutalmente con la punta del bastón.

Tratar con Juárez, arreglar con Doblado los preliminares de un gran pacto futuro, mejor dicho, las condiciones en que debía verificarse ese pacto (preliminares de la Soledad), y conquistar la benevolencia y al fin la gratitud de los mexicanos que tenían en algo la dignidad de la patria, fue obra de corto tiempo para el conde de Reus. En Europa no se veía con buenos ojos el camino que los comisarios habían emprendido; pero Prim y los ingleses, que veían las cosas de cerca, siguieron firmes en su propósito; la llegada de considerables fuerzas francesas y de los emigrados políticos, hizo comprender la necesidad de apresurarlo todo. Almonte traía la autorización de hacer llegar la interveción al establecimiento de una monarquía; Prim, juzgando esto un acto de locura trágica, persistía en hacerla llegar al reconocimiento pleno de la situación reformista. Todo lo esperaba de las conferencias de Orizaba; Almonte y Saligny se prospusieron hacerlas abortar. La insistencia del gobierno mexicano en exigir que fueran expulsados Almonte y sus socios, dado el carácter neutral de que había alardeado la intervención, dio pretexto a los franceses para romper sus relaciones con el gobierno; Prim y los comisarios ingleses decidieron entonces retirarse, y la intervención europea quedó convertida en intervención francesa.

Fue ésta una obra patriótica de Prim; alejó por muchos años de su país, con esta conducta, una gran catástrofe que, a haber vivido, hubiera sabido siempre neutralizar cuando ciertos acontecimientos fatales, inevitables, hubiesen tomado forma en las Antillas. Con esta conducta en México dio Prim ejemplo de honradez caballeresca internacional, de esos que no estaba acostumbrado a ver el mundo. En México se sintió el efecto de ese proceder instáneamente: calló en la exposición de sus quejas contra España, calló la prensa, durmió el rencor en el ánimo popular. Una España nueva se nos había revelado y venía hacia nosotros: la España del porvenir. ¿Por qué don Juan Prim no tiene todavía un bronce en nuestros paseos públicos, cuando es de bronce la gratitud de nuestra patria hacia él?

Será siempre injusto hacer responsable a un pueblo entero de las faltas de sus gobernantes; y aunque precisa confesar que el reinado de Napoleón III no fue un accidente, sino el resultado duradero de una grave dolencia social, y aunque contó, hasta en sus postrimerías, con los sufragios de la mayoría de la nación, porque le había dado dos de las tres cosas que el francés ama más: el orden, que permita el trabajo y el ahorro, y la gloria militar, que es la que halaga más la vanidad (la tercera es la libertad, que permite satisfacer la pasión por la palabra); aunque el burgués y el rústico tenían plena confianza en la estrella napoleónica, es indudable que la noticia de que la intervención en México quedaba por cuenta exclusiva de Francia, causó allá inquietud y sorpresa; era, manifiestamente, una aventura y fue antipática

desde que nació; el pueblo es infalible en sus presentimientos. Durante la lucha de intervención pudo la noticia de los triunfos excitar pasajeros entusiasmos y causar en los débiles alucinaciones febriles, pero la opinión volvía pronto a la inquietud, y la amargura final fue consecuencia de más de cinco años de sordo disgusto.

La obra magna del reinado de Napoleón III, así lo decía, quedó encomendada al plenipotenciario Dubois de Saligny, que obraba de acuerdo con Almonte y disponía a su antojo del jefe militar de la expedición francesa, Lorencez; ahora bien, el primero era un bellaco de importancia que olfateaba en todo aquello un *tripotage* de que podía sacar su fortuna; Almonte (hijo del gran Morelos), era un ambicioso que había aspirado a desempeñar el primer papel en su país, ya en una facción, ya en la opuesta, y a quien sus desengaños personales habían convencido de que sólo por la fuerza se podía hacer la felicidad de su patria, imponiéndosela y sometiéndola a otra nación militar, de la que se constituía en incondicional instrumento; Lorencez era un correcto oficial cualquiera. Entre los tres fraguaron la ruptura de los convenios de la Soledad (que Almonte aseguraba, con razón, que serían reprobados por los gobiernos aliados), y luego, con un pretexto que por su insubstancialidad espanta, decidieron que los franceses (a quienes el gobierno nacional había permitido subir a las tierras templadas, mientras se ajustaban los tratados, con la explícita condición de que volverían a la costa si no se llegaba a un acuerdo) quedaron dueños de Córdoba y Orizaba; el ejército de Lorencez con este hecho no bajó a la costa; lo que descendió mucho más abajo fue la honra de su bandera, que no era digno de llevar en la mano. Las tropas mexicanas, a la vista de Prim, se iban concentrando en Orizaba; al verlas llegar, casi desnudas unas e irregularmente armadas muchas, el general español las comparaba, sofocado de emoción, a las tropas que habían luchado por la independencia contra el otro Napoleón en España, y al saber la determinación de Lorencez, atónito el caballeresco paladín, se dirigió a preparar el reembarque de la expedición española en Veracruz. El gobierno español aprobó su conducta; la habría aclamado con entusiasmo si hubiese podido ver claro en lo porvenir.

Era Zaragoza un joven general formado en la guerra reformista, fuerte y activo como sus coterráneos de la frontera septentrional; ni un estratega genial; ni un conocedor de todos los ápices del arte de la guerra europea, pero que sabía admirablemente al soldado mexicano y el inmenso coeficiente de resistencia que había en él, y ésa era su táctica, y que tenía una fe de primitivo, infinita y simple, no sólo en el derecho, sino en el triunfo de la patria, y ésa era su estrategia. Había reemplazado al frente del ejército al general Uraga (que había estudiado sobre el terreno a los ejércitos europeos y que tenía en los nuestros una desconfianza invencible), y desde que se encargó del mando, Zaragoza ni vaciló ni dudó; habló, no de vencer o morir como los generales desesperados, sino de vencer; dio su palabra fría, calculada, tranquila, de que triunfaría; como bueno, cumplió con ella.

Retrocedió escalón por escalón hasta la altiplanicie central en los últimos

días de abril, con una fuerza poco mayor que la francesa que le seguía, y que forzó, en un combate sangriento, las rampas vertiginosas de Acultzingo; se reconcentró en Puebla, y decidiendo hacer allí, alto, improvisó fortificaciones en los puntos que dominan y hacen indefendible la plaza, y esperó. El 5 de mayo atacaron los franceses precisamente los puntos en que la defensa podía ser más eficaz (las pequeñas eminencias de Guadalupe y Loreto), y después de redoblados asaltos en que el valor temerario y la habilidad de marchar y trepar fueron infructuosos para los soldados poco numerosos, pero selectos, de Lorencez, los franceses, mermados, ensangrentados y estupefactos, tornaron a su campamento de ataque y poco después a Orizaba, humillados y furiosos, no contra los mexicanos, sino contra Almonte, que, *motu proprio* (él mismo había preparado los supuestos movimientos de Orizaba y Córdoba en su favor), se intitulaba pomposamente "Jefe de la nación". Por cierto que el presidente Zuloaga, que andaba con una guerrilla al mando de Cobos por el sur, había protestado contra tamaña usurpación; él, Zuloaga, sí era el Jefe supremo de la nación; pronto los franceses vieron claro en toda esta miseria.

El Cinco de Mayo, por el número de los combatientes y por el resultado puramente militar de la acción (una retirada en orden estricto para esperar refuerzos), no es una batalla de primer orden, ni de segundo; no es Platea, es Maratón. Es Maratón, por sus inmensos resultados morales y políticos: la nación entera vibró de entusiasmo; ignoramos si hubo mexicanos a quienes entristeciera el triunfo; creemos que no, en ningún partido; ni odio, ni ambición, ni desesperación, pudo tener la facultad de apagar los latidos de ningún corazón movido por sangre mexicana. Unos callarían, otros clamaron en todos los rincones, en todos los ámbitos del país; no hubo aldea de indígenas en que no relampagueara la electricidad del patriotismo; aquella chispa súbita puso en contacto muchas conciencias dormidas para la patria, y a todas las despertó. Hubo una nación que resintiera el choque; esa nación se sintió capaz de supremos esfuerzos. En ese minuto admirable de nuestra historia, el partido reformista, que era la mayoría, comenzó a ser la totalidad política del país, comenzó su transformación en entidad nacional: la Reforma, la República y la Patria, comenzaron juntas en esa hora de mayo el víacrucis que las había de llevar a la identificación, a la unificación plena en el día indefectible de la resurrección del derecho. Fuera de esa nueva y definitiva personalidad de la patria, nada había... átomos errantes, reliquias centrífugas del período genésico de nuestra nacionalidad.

El Cinco de Mayo, conteniendo al ejército francés por un año, permitió al país organizar la resistencia; podría ésta ser parcialmente vencida por la evidente superioridad militar de los invasores, pero totalmente vencida no, sino con un inmenso ejército de ocupación, y temporalmente: con el esfuerzo que la Francia imperial podía hacer, no era realizable ni bosquejar siquiera la ocupación plena; era segura una lucha decorada de victorias, pero cuyo resultado tendría que ser un gasto moral y material irreparable, que colocarían a la nación invasora en un estado de palpable inferioridad en Europa.

El Cinco de Mayo hizo perder un año a los designios de Napoleón, clara-

mente indicados en su famosa carta a Forey, respecto de los Estados Unidos; precisamente en los momentos en que Zaragoza defendía a Puebla, aparecía en primer término en la guerra separatista, Edmundo Lee, el soldado genial que había de dar un carácter científicamente grandioso a la guerra; el emperador, dueño de México y debelador momentáneo de la República, en aquellos momentos desarmada, habría tenido un punto de apoyo admirable para aliarse con los sudistas y, con la ayuda, segura en aquellos días, de Inglaterra, reconquistar puertos y limpiar de estorbos marítimos la comunicación entre los Estados rebeldes y el océano. Y esto era, quizás, la secesión definitiva. El Cinco de Mayo defendió Zaragoza en Puebla la integridad de la patria mexicana y de la federación norteamericana. Servicio involuntario, pero inestimable, que otros servicios de parte de los Estados Unidos (ninguno desinteresado), pudieron compensar, mas nunca superar.

Después de su victoria el general Zaragoza, con su ejército reforzado considerablmente y llevando a sus órdenes al popular entusiasta caudillo del último período de tres años, a González Ortega, se empeñó en recoger los frutos del Cinco de Mayo, obligando a los franceses, que se habían hecho fuertes en Orizaba, a bajar a la costa y embarcarse antes de que les llegaran refuerzos. La combinación para dominar Orizaba era atrevida y excelente; la fatiga inmensa de las tropas de González Ortega, la imprevisión estupenda de algunos oficiales, proporcionaron a los franceses, ansiosos de recobrar su prestigio, el modo de sorprender toda una ala de nuestro ejército, desalojarla de su posición inexpugnable (el Borrego), y hacer fracasar el plan de Zaragoza, que abandonó su empresa sobre Orizaba.

La fiebre de la defensa se iba apoderando del país entero; pero sólo la masa pasiva que constituía el fondo de nuestra nacionalidad (mestizos e indígenas), masa sin espontaneidad alguna, gracias a tres siglos y medio de minoría y dura tutela, se depaba llevar al ejército y aglomerar en el cuartel; no faltaba en ella el deseo de combatir; pero ese deseo no era capaz de traducirse en iniciativa: era necesario el modo tradicional, la leva. Con ella venía la extorsión en todas sus formas y bajo todas sus fases; cada Estado tenía que resolver su problema económico y militar interior, darse seguridad, para hacer el trabajo productivo y dar algún valor real al impuesto, del que destinaba una parte al tesoro federal. Las bandas de forajidos pululaban, proclamando todos los planes y enarbolando todas las banderas, desde los grupos considerables que capitaneaba Lozada en Tepic, hasta los plagiarios y salteadores, que se multiplicaban en el mismo Distrito Federal y sus cercanías, y que se rehacían sin cesar al pie de las horcas de sus capitancillos. Al pago de las contribuciones, que recorrían rápidamente una vertiginosa escala ascendente relacionada con el peligro día a día acumulado de la invasión, se resistían todos los burgueses, hasta las adjudicatarias; y cierto que eran desiguales, arbitrarias, sin base posible, y evidente que para recoger un peso se dejaban perder cuatro, y palpable que para esas exacciones desplegaban los agentes un lujo de vejación y de brutalidad comparable sólo al de los agentes de la Convención en los días de peligro para la patria; más difícil es decir si de otra

manera se hubiese recogido el dinero que se gastaba en fortificar Puebla y México y en hacer venir al centro los contingentes de los Estados.

En plena preparación de la defensa dejó la vida Zaragoza, fue la única deserción del joven mestizo de la frontera, que pasó, en el cariño del pueblo, del triunfo a la apoteosis; de un héroe hizo la leyenda un dios; la República le tributó honores magníficos: su carro funeral fue una pirámide de incienso, de flores y de palmas, sobre la cual fulguraba el ataúd envuelto en la bandera de la patria; la muerte propicia se encargó de eternizar el laurel de su victoria; verde y lozano está aún.

La invasión francesa se organizaba en Orizaba con Forey y en Jalapa con Bazaine; los refuerzos llegaban sin cesar, los convoyes, frecuentemente desarticulados por las guerrillas, subían en larguísimas líneas las escalinatas de la Mesa central; las escuadras francesas, se acercaban a nuestros puertos en ambos mares, y el oro llovía; los militares sin empleo, de la reacción vencida, los que no se habían acogido a la amnistía de la Repúbica, Márquez, cuerpo diminuto que proyecta una sombra enorme sobre la historia de aquel período final de nuestras grandes luchas, se movían en derredor de los franceses y trataban de formar cuerpos mexicanos contra la patria. Forey, militar mediocre, imperialista furibundo, hombre solemnemente imbécil, candoroso y decorativo, había venido a dirigir el movimiento, provisto de una carta de Napoleón, en que hablaba de la necesidad de poner un hasta aquí a la preponderancia angloamericana en nuestro continente, de su decisión de respetar la libertad del pueblo mexicano para constituirse y de mantener incólumes los derechos de cuantos legalmente hubiesen adquirido bienes nacionalizados. Este propósito era la sentencia de muerte del partido reaccionario y hacía inútil la intervención; esa especie de concentración esencial entre la decisión de respetar la Reforma y la de destruir al gobierno, cuya razón de ser era la Reforma, bastaba para hacer de la tentativa napoleónica un aborto.

Después de asegurar sus líneas de comunicación entre la Mesa central y Veracruz, encomendando a un cuerpo de egipcios alquilado por Napoleón y al espantable coronel Dupin y su contraguerrilla cosmopolita de forajidos sin fe ni ley, la seguridad de los caminos, Forey avanzó sobre Puebla con más de treinta mil franceses y un grupo de oficiales, viejas reliquias del naufragio reaccionario, que, tragando humillaciones y desprecios a diario, se habían puesto a sueldo de los franceses, así como Márquez y sus chusmas. Puebla no era una plaza fuerte; las fortificaciones se habían improvisado, sobre todo en los vetustos y macizos edificios religiosos en que abundaba la angelopolitana ciudad y que, dado el alcance y la fuerza de la artillería rayada, eran más peligrosos para sus defensores que para los asaltantes. El ejército que defendía Puebla era una especie de asamblea nacional compuesta de contingentes militares diputados por la mayoría de las entidades federativas y que rivalizaban en entusiasmo y valor. La defensa, que duró dos meses, fue heroica, según las confesiones unánimes de los oficiales franceses que han declarado ante la historia; sus episodios enorgullecen y conmueven; con ellos pue-

de formarse un devocionario de mexicanismo épico para preparar a las generaciones nuevas a la comunión cívica en la República y la patria.

González Ortega, general improvisado, imprevisor, derrochador y fastuoso, comunicaba con su ardoroso lirismo un tono muy alto de poema en acción, a aquel suceso singular en la historia de nuestras guerras. Puebla se iba rodeando de un muro de escombros empapados en sangre, y a pesar de su intrepidez admirable, el ejército sitiador, en principios de mayo, estropeado y nervioso, pensaba en levantar el cerco; pero las provisiones y las municiones de los sitiados tocaban a su fin; un ejército de auxilio, mandado por el ex presidente Comonfort, se aglomeraba lenta y prudentemente a espaldas del francés; cuando fue necesario introducir en la plaza sitiada el inmenso convoy que se había preparado, fracasó la tentativa y el ejército auxiliar fue derrotado y desbandado. Puebla tuvo que rendirse, y lo hizo rompiendo sus armas el ejército, declarándolo sus jefes disuelto y dándole cita para continuar la defensa de la patria, y entregándose toda la oficialidad a merced del vencedor sin pedir garantías ni aceptarlas, ni contraer compromiso alguno, reservándose entera para el deber. Este acto fue analizado y censurado de mil modos; el juicio definitivo lo pronunciaron los generales franceses que, ante la rendición de Metz, gritaron a Bazaine: "¿Por qué no hicistes como los mexicanos en Puebla?"

Se había apurado el esfuerzo para poner a México en estado de defensa; se había maltratado de un modo indecible a la población por los agentes de la autoridad militar, para obligarla a contribuir a la defensa; se había hecho gala de llevar a todos sus extremos el cumplimiento de las leyes de Reforma, no serena y fríamente, si se juzgaba necesario, sino con cierto alarde brutal que lastimaba hondamente el sentimiento religioso de la masa social, lo que era insensato. Pues a pesar de esto, las peripecias del sitio de Puebla habían calentado de tal modo el patriotismo, que, ante la necesidad de defender a México, hubo una explosión unánime; todo el mundo pidió armas; las disensiones se ocultaban avergonzadas en la sombra, y fue un golpe de muerte la noticia que circuló de que el Congreso iba a cerrar sus sesiones, que el presidente y su gobierno abandonaban a México y que San Luis Potosí estaba declarada capital de la República. Fue mala inspiración ésta; México se habría defendido un mes; un mes habría gastado Forey en venir de Puebla sobre la capital, y el resto del año en reorganizar su ejército, mientras el gobierno concentraba nuevamente en el interior los elementos de la resistencia, que, con su retirada, iba a diseminar por fuerza.

La necesidad de hacer crecer día a día el ejército de ocupación, la seguridad de no poder conservar una población sino ocupándola militarmente, el inmenso rumor que llenaba la atmósfera del país, que se resistía, se defendía y protestaba en todas partes, con el conciliábulo en el salón, la conspiración en la ciudad y la guerrilla en todas partes, caracterizaban la empresa de Francia; era una invasión para establecer un protectorado, según una fórmula de antemano convenida; no era un arbitraje entre los contendientes, no era una intervención.

Para recibir a los invasores en Puebla, en México, se vistió el clero sus ropas de gala y entonó, con la voz destartalada de sus dignatarios decrépitos, temblones e impíos tedéums; el Dios que invocaba el clero lo iba a castigar, lo iba a obligar, en plena intervención bendecida e incensada, a suspirar por Juárez. De quién sabe dónde, al saber que los franceses se aproximaban a México, salieron por las calles, raídas las levitas y saturados de un descorazonador relente de accesoria, de sacristía, de archivo, unos cuantos grupos; eran los ex empleados del gobierno reaccionario, era el partido conservador; no hacía tres años que aquellos hombres pululaban en las iglesias y ministerios y, sin embargo, hicieron el efecto de espectros; parecían de otro siglo, eran fantasmas que, bajo el ojo desdeñoso de los batallones de extranjeros armados para cuidar de la seguridad urbana, se reunieron en el zaguán de un edificio público para arrojarse en el regazo de Francia y dormir en los brazos de Forey.

Este penetró en la capital con su pintoresco y gallardo ejército, al son de sus alegres y sonoras fanfarrias, precedido por el fúnebre ejército de Márquez, en junio del 63. Millares de curiosos, muy silenciosos, muy interesados en no perder una sola de las escenas abigarradas de la gran tragedia que adivinaban todos, se amontonaban en las calles, silbando y disolviendo clandestinamente los vítores que la policía había organizado en los barrios con dos o tres centenares de pilluelos y sacristanes. Los balcones veían, también callados casi todos, aunque en su mayor parte engalanados por orden superior; de cuando en cuando un grupo de mochos, como el pueblo decía, gritaba y agitaba los pañuelos en alguna casa rica; algunos catrines, como decía el pueblo, procuraban embullar aquella recepción y bosquejar una ovación que abortaba a empellones; y el viejo Forey, importante y macizo como un *imperator* de la decadencia romana, creyó que la nación entera se había arrodillado agradecida ante él; las coronas y las flores que las damas y la policía habían fabricado para arrojarlas a los pies del caballo del que iba a México, no a destruir como Cortés, sino a construir, según decía en sus pomposas proclamas, ofuscaban al futuro mariscal; para él no había ya partidos: la nación se había reconciliado al oir gritar al ejército que desfilaba ante el palacio: *¡Vive l'Empereur!*, y en su entusiasmo dijo a los mexicanos: "Los propietarios de bienes nacionales quedarán en posesión de sus bienes"; "el Emperador verá con gusto que se proclame la libertad de cultos". Los hosannas del cabildo eclesiástico acabaron en un balbuceamiento de sorpresa y de ira. ¡Para eso venía la Intervención! Claro, a eso vino; a hacer definitiva y perenne la Reforma.

El ministro de Francia, el famoso Saligny, nombró una junta de gobierno compuesta de conservadores rancios, quienes nombraron un ejecutivo (el arzobispo de México y Almonte, y Salas), compuesto del jefe del clero, de un desterrado que ignoraba su país de un militar cualquiera a quien su país ignoraba. Tras eso y las proclamas en sentido católico, que parecían contraproclamas con relación a las de Forey, se nombró una asamblea de notables, como hacían antaño los Santa Anna y los Paredes. Muerto Alamán, los hombres de Estado del partido reactor eran los señores Lares, Aguilar y Marocho; fueron ellos con Almonte, el alma de la Junta de notables. Hubo

sus deseos de anexión a Francia, pero prevaleció la idea de proclamar la monarquía, y como la consigna era escoger al archiduque Fernando Maximiliano, que casi nadie conocía y que había sido inventado por Hidalgo, prohijado por Gutiérrez Estrada y aceptado por Napoleón, este infortunado príncipe fue votado. ¡Quién hubiera dicho a aquellos doscientos burgueses, que eran casi todo el partido reaccionario en México, que componían un tribunal terrible, que con la inconsciencia de la fatalidad pronunciaba una sentencia de muerte!

¡La monarquía en México! A todo el dictamen presentado ante la asamblea de notables por Aguilar y Marocho, hombre inteligente y honrado, en quien se unían en peregrina amalgama un fanatismo implacable y frío, una vasta ilustración y un punzante humorismo; a todo su laborioso estudio, que más que a defender la realeza parecía enderezado a resucitar el régimen colonial, puede oponerse, para disolverlo instantáneamente ante la historia, otro dictamen presentado a Santa Anna por los más concienzudos próceres del partido conservador y que es obra del eminente jurisconsulto don Bernardo Couto. De él extraemos estos conceptos literales: "A los que suscriben parece fuera de controversia que México no puede ser sino una república: sus circunstancias actuales y las que ha habido siempre desde la caída del libertador Iturbide; la opinión universal y constante que sobre la materia hay ahora y ha habido siempre entre nosotros; la ausencia completa de los elementos constitutivos de cualquiera otra forma de gobierno; finalmente, el estado mismo de los pueblos que nos cercan, todo hace que la sola forma de organización posible en México sea la republicana". (Julio de 1855).

Esto era lo sensato, lo justo, lo cierto; los notables imaginaban que, bajo la protección del emperador de los franceses, que los fascinaba, se invertiría el orden social, político y de las ideas en México; por eso creyeron azorados en la posibilidad de un imperio; pidieron inspiración casi todos ellos a su sentimiento religioso herido y creyeron que Forey, a pesar de su proclama, era un Godofredo de Bouillon y su ejército una cruzada. Nada más efímero y más ficticio que todo aquello.

De la asamblea de notables había resultado la monarquía y una regencia, compuesta de los señores Almonte, Salas y Labastida; una comisión fue enviada a presentar a Napoleón un voto de gracias y a Maximiliano la corona imperial. Desde los los primeros momentos se vio claro en aquella comedia gigantesca: no había intervención desinteresada de Francia entre los partidos, había un hecho brutal: la invasión del país, secundada por los restos de un partido absolutamente impotente para imponerse a la nación y que consentía en ser instrumento de los invasores, que comenzaron por burlar sus ideales y quitarle su razón de ser. El fin de esa invasión era convertir el insignificante crédito de Francia contra México en una suma enorme por la deuda Jecker y los gastos de guerra, suma impagable que mantuviese al flamante imperio bajo la tutela forzosa de Francia, que permitiese a los franceses explotar las riquezas del suelo invadido y apoderarse de una parte del territorio (Sonora). No había habido voto ninguno en favor de la monarquía; el de la asamblea de notables (que lo eran en lo particular, no para la nación, que

los ignoraba profundamente y con la que no tenían contacto alguno) había sido acordado de antemano en las Tullerías; no existió. Con objeto de no dar base a la oposición del cuerpo legislativo en Francia, que clamaba contra el gobierno no nacido del sufragio que aquí se implantaba, Napoleón ordenó al jefe de la expedición francesa que procurase que los ayuntamientos nombrados por los franceses en las poblaciones que ocuparen, expresaran sus votos libremente; ya se sabía qué clase de farsa colosal iba a nacer de esta instrucción. No había nada; nada más que esta verdad: la invasión iba resucitando al partido reactor, muerto ya, y le daba armas y le facilitaba señorear de nuevo al país, y esto ni era viable ni era lo que Napoleón quería. En cuanto a la cuestión norteamericana, estaba resuelta ya; el año perdido después del Cinco de Mayo, la dificultad formidable de dominar al país derrotado, mas no vencido, había impedido a Francia auxiliar a los sudistas y permitido a los federales sobreponérseles a tal grado, que la resistencia del sur, para cuantos veían bien, no era más que una cuestión de tiempo y era seguro el triunfo del norte; lo que iba a complicar terriblemente el problema que Napoleón creía haber resuelto con un ejército y una carta. De todo ello resultaba un embrollo indescifrable.

La verdad pura era ésta: el gobierno engendrado por el ejército invasor en la derrota de la República, había nacido muerto, era contradictorio consigo mismo; no era un gobierno nacional, porque dependía exclusiva y totalmente de un ejército extranjero, ¡y se llamaba soberano! No era un gobierno de partido, porque sus palabras eran reaccionarias y sus actos tenían por cartabón el manifisto de Forey, en que declaraba que la nacionalización era sagrada y sería agradable a su amo la libertad de cultos. El honrado obispo Ormaechea quiso protestar; se pasó adelante. El manifiesto era la constitución del imperio mexicano; y lo que añadía a todo obscuridad, incertidumbre e impotencia suprema era que Napoleón, ilustrado por las cartas de los oficiales franceses y por la intensidad creciente del primer año de resistencia, indicaba su deseo de tratar, de retirarse, de prescindir de la empresa, y tomaba la voluntad nacional, expresada por la Junta de notables, como un simple indicio de la opinión del país, como la opinión capital. Forey, hecho mariscal, y Saligny, que, con las secretas miras de negociante, habían dirigido toda la política francesa en México, fueron imperiosamente llamados a Francia; esto aterró a los reaccionarios. Sin embargo, comprendían que Francia no podía retroceder y que la lógica inflexible de su primer error le llevaría a intentar la conquista del país, que, de antemano, había Forey declarado imposible.

Retirado Forey y encargado Bazaine de la dirección del ejército francés, comenzaron en el invierno de 63 las grandes operaciones. Hasta entonces los invasores se habían limitado a dominar un sector importante en las costas del Golfo, la zona de ascensión de la tierra caliente a la Mesa central, el camino entre Puebla y México y un radio lentamente prolongado en derredor de la capital. En toda esta región ocupada, la invasión manifestó desde sus comienzos de qué medios se valdría hasta el fin: desarmar la resistencia por el terror, pacificar por medio de la muerte, limpiar caminos y ciudades por

medio de la sangre; la justicia militar se encargó de todo este programa como si no hubiese tal gobierno mexicano, y fue una justicia espantosamente acelerada: las simples sospechas, el haber sido guerrillero o amigo de guerrilleros, la fisonomía, una acusación vaga, muy poco comprendida generalmente por quienes no hablaban una palabra de español, bastaban para acarrear la muerte. Era el sistema de los cruzados antialbigenses: matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos, decían sus caudillos; así aquí, era seguro que de cada cien ejecutados había un treinta y tres por ciento de bandidos; eso bastaba para justificar las cortes marciales: ¿ante quién? ¿ante la conciencia humana, ante la justicia divina? El régimen del látigo, frecuentemente aplicado a los disidentes en las ciudades, el de las vejaciones infinitas en las casas de los liberales, sobre todo, con la cuestión de alojamientos, algo semejante a "las dragonadas" de Louvois, eran las supremas ventajas traídas a la sociedad distinguida de México por la invasión; la sociedad se sometía a todo; iba temblando de miedo o de placer a los bailes que la obsequiaba la oficialidad francesa, que muchachas y viejas encontraban muy elegante y simpática hasta en su brutalidad; ¡no todos eran duques, ni todos *gentlemen*, pero eran franceses!

La campaña del invierno de 63 a 64 fue rápida y mortal para el gobierno legítimo. El ejército francés, por sí mismo o sirviendo de apoyo a los grupos infidentes, que, como ha sucedido casi siempre en los países invadidos, habían podido organizarse y que estaban humillados, pero armados y pagados perfectamente, logró dominar toda la Mesa central, ocupó todas las ciudades importantes del interior; el ejército republicano mutilado, ensangrentado, cortado en fragmentos en desorganización rápida, se refugiaba en las montañas de Michoacán, de Jalisco, de Zacatecas o se retiraba, casi disuelto, por las grandes pendientes de la altiplanicie septentrional; los generales republicanos en quienes más se esperaba, eran vencidos, y Juárez y su gobierno, núcleo y centro de la resistencia nacional, que sin ellos habría desaparecido, se encontraban moralmente amagados por las peticiones de algunos próceres republicanos, que exigían la separación de la presidencia a Juárez como única solución posible del conflicto con Francia, y materialmente amenazados de muerte por Vidaurri en Coahuila y Nuevo León. Lo único que infundía aliento, que daba alma a la causa republicana herida de muerte, era la grande alma de Juárez, su serenidad estoica, la incontrastable fuerza de su fe, pero no de la fe ciega de los hombres sometidos de su raza, sino de la fe clarividente de los de su raza que ascienden a la civilización y a la conciencia libre. Aquel hombre pesaba todas las dificultades, analizaba con pasmoso buen sentido político las condiciones en lo porvenir: aquel hombre no dudó ni se engañó. Todo estaba mutilado, mermado, disminuído en la nación; sólo él permanecía intacto; en él la República era incólume.

Mientras los franceses recorrían el país victoriosos y terribles, venciendo sin cesar y ejecutando sin piedad a los republicanos, exactamente lo mismo que habían hecho los Santa Anna, los Márquez y los Miramón, en la capital vencían al partido reaccionario, que no tenía otra razón de ser que su clericalismo, que su apego a la Iglesia, que no era reformista, porque era católico. Empeñado

el gobierno fraguado por el ejército francés, como una especie de agente u oficina política, con el nombre de Regencia del Imperio, en realizar el manifiesto de Forey en lo que se refería a los bienes nacionalizados, los obispos, dirigidos por el supremo jerarca de la Iglesia mexicana, el inteligente y batallador Labastida, protestaron, el supremo tribunal se negó a marchar en el sentido que deseaba la Regencia, y de todo ello resultó una especie de golpe de Estado: el arzobispo dejó de formar parte de la Regencia, el tribunal supremo fue disuelto y al compás de esta batalla se confesaron ante la historia los contrincantes. El episcopado dijo: que la defensa de los intereses de la Iglesia era la única razón de ser del partido reaccionario, autor de la intervención; que las condiciones de la Iglesia eran mejores en tiempos de la República. La intervención dijo: que los *desiderata* del partido clerical pertenecían al pasado y no resucitarían jamás; que ese partido era mínimo en el país. La causa de la República ante la razón y la historia no necesitaba ya defensa.

El príncipe Maximiliano, hermano del emperador de Austria, heredero posible del Imperio, candidato efímero al trono de Grecia, casado con la hija del rey más respetado de Europa por la superioridad de su carácter y por su firme constitucionalismo, y de una princesa de la familia de Orleans, de donde le venía su odio secreto contra Napoleón y su devoción por el ejército francés, había aceptado el trono desde que al iniciarse la intervención le fue ofrecido, a pesar de que fingió la resolución de no aceptarlo sino con ciertas condiciones. A la comisión que fue a ofrecerle a su castillo de Miramar la corona de México en nombre de la nación, representada por sus notables, contestó que el voto de los notables era el de la capital, desaire inmenso que aceptó risueña y doblada la comisión mexicana; el príncipe esperó un plebiscito que manifestase claramente el voto de la nación, lo cual no fue difícil obtener al ejército francés de ocupación. La infortunada víctima escogida por los emigrados, por ser el candidato que suscitaría menos objeciones en las cortes, había sido un gobernante casi popular en la Lombardía, bajo la dominación de Austria, por actitud más que por convicción, manifestaba ideas liberales, desagradables a su hermano, cuantas veces podía; su hermano, por ende, veía con gusto su alejamiento de Europa. Napoleón, que conocía las ideas anticlericales infundidas o consolidadas en Maximiliano por su esposa la princesa Carlota, que adoraba y admiraba a su padre protestante, y su debilidad de carácter, supuso que sería el nuevo emperador un simple instrumento en sus manos, un mero agente de la intervención; Carlota, que le indujo seguramente a aceptar, era una mujer orgullosa a quien todo papel secundario incomodaba y aburría, pero que amaba a su marido y era ambiciosa por los dos; excesivamente inteligente y nerviosa, su espíritu adquirió una excitabilidad tan profunda desde que comenzó la terrible aventura mexicana, que su demencia final no fue más que el resultado de cuatro años de tensión neuropsíquica.

Maximiliano era, en toda la acepción del término, un aventurero, un hombre nacido para las aventuras y a quien no arredraban las empresas temerarias, si al fin de ellas vislumbraba un gran resultado en consonancia con su ambición; era un segundón, como la mayor parte de los aventureros, que soñaba con des-

empeñar un primer papel; lo buscaba en Austria en el mundo de las ideas, y por eso era liberal como su suegro; México era lo desconocido, era una arcilla intacta aunque maculada por las guerras civiles, con la que se proponía hacer un pueblo a su imagen: se sentía para eso con valor, con entusiasmo, con inspiración, con el don divino de gobernar. Pero lo que iba a hacer era una novela que el destino transmutó en tragedia; porque ni era un político ni un administrador, ni un soldado; era un soñador, un artista; toda su vida y todas sus inclinaciones lo denuncian; era un poeta; su sentido práctico era Carlota, él veía en todo el golpe teatral, la decoración; siempre pensó en el escenario. Excesivamente compasivo, pero (esto está perfectamnte comprobado) dotado de una duplicidad fundamental, no tenía escrúpulo en engañar. Viene a la memoria, cuando se analiza la vida de Maximiliano, la rápida psicología de Carlos I trazada por Macaulay: "Sería injusto negar a este príncipe algunas de las cualidades de un buen, de un gran príncipe; escribía y hablaba como los caballeros inteligentes y bien educados; su gusto en literatura y arte era excelente, sus maneras dignas, aunque no graciosas, su vida doméstica sin reproche. La duplicidad *(faithlessness)* fue la causa capital de sus infortunios y es la mancha principal de su memoria; a ella era impelido, es cierto, por una incurable propensión a lo obscuro y lo tortuoso. Parecerá extraño que una conciencia, que en ocasiones de poca importancia era suficientemente delicada, no le reprobase tamaño defecto"

Mientras recibía de los pueblos dominados por la invasión sendos cartapacios atestados de las actas del plebiscito, Maximiliano convenía con su hermano en la renuncia completa del trono imperial de Austria para él y sus descendientes, a no ser que se extinguiera toda la semilla archiducal; renuncia que dio lugar a escenas desagradables y que el renunciante no hizo sin reservas mentales; visitó las cortes europeas y recibió frases de estímulo de Napoleón, que ya había dicho que "la expedición de México era la página más brillante de su reinado", y que, al prometer a Maximiliano la ayuda de Francia mientras permaneciese en México, "os doy un trono sobre un montón de oro", le dijo. Hubo además un tratado con cláusulas secretas y un empréstito por extremo oneroso para el nuevo imperio. Maximiliano, después de recibir la bendición de Pío IX y su promesa de que enviaría un plenipotenciario para zanjar inmediatamente la cuestión eclesiástica, partió para México, dejando a los reaccionarios, que habían inventado para él un trono, contentos, despreciados y engañados. Después de las dolorosas y solemnes ceremonias de la renuncia y de la coronación, pareció medir el abismo donde iba a precipitar su juventud y su vida, y en los tres días de soledad en que no quiso ver a nadie, el poeta dejó oír este lamento:

¡Preciso es separarme por siempre de mi patria,
del cielo de mis dulces primeras alegrías;
preciso es que abandone con mi dorada cuna,
ya rotas, las que a ella me unen santas ligas!
La tierra en que los años rieron de mi infancia,
y del amor primero sentí el ansia infinita,

voy a dejar a impulsos de la ambición, que, gracias
a vuestro anhelo, el fondo del corazón abriga.
Queréis con el señuelo de un trono seducirme
mostrándome las locas quimeras que fascinan.
¿Debo escuchar el dulce cantar de las sirenas?
Triste del que en el encanto de las sirenas fía.
Me habláis de cetros áureos, alcázares, potencia;
la senda que a mis ojos abrís nada limita.
¡Preciso me es seguiros allende el océano,
de un mundo que yo ignoro a la lejana orilla!
Queréis tejer con hilos de oro y con diamantes
la urdimbre ya tan frágil de mi callada vida.
Pero ¿podéis, en cambio, darme la paz del alma,
o son, para vosotros, oro y poder la dicha?
Dejadme ir descuidado por mi sendero obscuro;
en paz, entre los mirtos, dejad que alegre siga:
la ciencia me es más dulce y el culto de las Musas
que el esplendor del oro que en la diadema brilla.

La fragata *Novara* lo trajo a Veracruz; en el viaje se ocupó en hacer un reglamento económico de gobierno (poseemos el original), y llegó muy contento; recibiólo la población con curiosidad, los conservadores muy alborozados, y mirados fría y burlonamente por el pueblo; los oficiales franceses y el lugarteniente del Imperio, don Juan Almonte, le presentaron su homenaje. El príncipe pasó rápidamente, saludando mucho con su sombrero alto gris, que se hizo popular, y ostentando su gran barba rubia, artísticamente rizada y partida bajo *la mandíbula corta* y la *boca enferma*; su esbeltez, su mirada benévola y clara, gustaron mucho; era un simpático en toda la extensión de la palabra, y las multitudes sentían esta electricidad. Carlota, muy alta, muy rígida, de mirada inteligente y penetrante, parecía más varonil que su esposo; no era simpática; era una intelectual, su marido un sentimental. Córdoba, Orizaba, Puebla, fueron los nudos de una cadena sin fin de ovaciones; la curiosidad estupenda, el deseo de aplaudir lo que halaga los ojos, cierta necesidad de quedar bien ante un príncipe extranjero, la devoción de las multitudes indígenas, que vivían todavía a un siglo de distancia de la conquista y para quienes ver a un rey era una maravilla, todo dio una expresión extraordinaria a aquellas recepciones en que la clase alta lo dirigió y lo compuso todo con una adhesión tan ingenua y tan cursi, que la historia desarruga ante ella su faz severa y olvida que la noción de patria se perdía en esas conciencias, confiadas en el milagro de concordia, de olvido y de paz que iba a realizar aquel hombre rubio.

En México el espectáculo fue soberbio; la municipalidad apuró en arcos y cortinajes todo su lujo y sus fondos; la ciudad entera tomó parte en la fiesta. La aristocracia, que se atavió espléndidamente con un entusiasmo batallador y delicioso, diputó a una gran señora para que levese a la emperatriz un verdadero discurso (obra del señor Arango y Escandón), que era un programa de política religiosa; el pueblo, en quien la policía había vertido una dosis de

delirio extraordinario en las pulquerías, gritaba frenético; la clase media, fría, observadora, miedosa, no creía que durase aquella ópera. Un centenar de estudiantes gritábamos a grito herido, en la plaza principal, "mueran los mochos", sin que nadie nos reclamase. Todo se perdía en un rumor inmenso de clamor humano, de repiques, cañonazos, músicas...

Pasaron los meses; las medidas del emperador eran nulas o de poca importancia; parecía recogerse, meditar, estudiar. He aquí alguno de sus actos: suspensión del bloqueo de las costas mexicanas, que desorganizó bastante el plan de la marina francesa; nombramiento de un liberal moderado para ministro de relaciones exteriores. La exclusión cortés de Almonte de toda dirección política y la de Gutiérrez Estrada, tipo absolutamente antiguo y caballeresco de la devoción hacia un ideal de ocaso y de sepulcro, impresionaron mucho: eran el autor de la intervención francesa el uno, y de la candidatura de Maximiliano el otro. También proyectó muchos reglamentos y muchos gastos inútiles; añádase la desaparición rápida de los diez millones que del empréstito francés habían quedado a disposición del Imperio y tendremos resumida la vida oficial de la monarquía... ¿Qué hacía Maximiliano: se recogía, estudiaba, meditaba?

Sin embargo, la situación del gobierno imperial, respecto del gobierno nacional, era incomparablemente mejor: el primero contaba con la adhesión angustiosa pero íntima de la mayoría de las clases acomodadas las que ponían sobre la patria sus creencias religiosas, sus intereses positivos o sus vanidades pueriles; con la indiferencia de la masa, que servía a uno y a otros indistintamente; con la disgregación del partido reformista, que iba reconociendo un nuevo centro de gravedad, que no era el gobierno de Juárez, apenas sentido, casi olvidado; y con la inmensa superioridad militar que el ejército francés le proporcionaba. El gobierno nacional trashumante, retirándose, casi fugándose hacia el norte, amenazado de cerca por las columnas francesas; los Estados excéntricos, Yucatán, Campeche, Tabasco, Chiapas, dominados o a punto de serlo; el foco firme y sólido de resistencia, lentamente organizado en Oaxaca por el más serio de los jóvenes, caudillos republicanos, el general Díaz, esperando aislado la formidable tormenta que se le venía encima; el principal ejército republicano a punto de disolverse en el occidente por la defección de su general en jefe, Uraga, y salvado de la vergüenza y la disolución por el patriotismo simple y puro de Arteaga, que en aquella crisis formidable dejaba oír estas palabras al recibir de Juárez el mando en jefe del ejército acéfalo: "Para aceptar el poder no consulté mi vanidad, sino mi abnegación, proponiéndome sacrificar mi persona en aras de vuestro porvenir. La época es aciaga, mas, mi honra en rehenes, jamás permitiré, no sólo depredaciones, pero ni sacrificios estériles. Si la República toda estuviera bajo mi aliento, en este instante estallaría una insurrección universal; mas comprendo perfectamente esas sorpresas que el espíritu humano sufre por sociedades enteras y en las que necesita tiempo para respirar. Su silencio no es la aquiescencia, porque cuando la reacción viene, es como un torrente de fuego que lo abrasa todo; por eso espero mucho y muy pronto de vosotros; mas, mientras llega vuestro día, estad seguro que este ejército que

se halla a vuestra vanguardia mantendrá el fuego sagrado de la independencia". Pronunciadas en la hora de agonía de la República, a la cabeza de un ejército desorganizado, desnudo, hambriento, rodeado de todas las defecciones, de todas las traiciones, viendo venir una tromba de derrotas, de exterminio y de muerte, estas palabras son de las más altas, de las más grandes que han resonado en la historia humana.

Tres meses después de su llegada, gracias a que le habían abierto y limpiado el campo treinta mil franceses y veinte mil infidentes, pudo Maximiliano recorrer triunfalmente el interior; todos los tibios se volvieron a él, cuantos habían perdido la esperanza se le acercaban; cuantos se le acercaban, quedaban seducidos por su liberalismo, por su risueña benevolencia. Celebró el 16 de septiembre en Dolores, rindiendo tan profundo homenaje a los padres de la patria, que muchos buenos mexicanos quedaron fascinados...

Volvió a México, y bajo la influencia antifrancesa de su secretario Eloin, el problema quedó planteado ante él sin solución posible: ¿era un emperador de burlas? ¿gobernaba él o el mariscal Bazaine? ¿quién era el monarca, Maximiliano o Napoleón? ¿podía durar esto? ¿había medio de transformar esta ominosa situación; ¿eran compatibles la absoluta supremacía militar de Francia y un gobierno libre?

La solución del problema imperial parecía ser ésta: apoyar al imperio sobre un partido nuevo, bastante fuerte para hacer inútil la ocupación francesa. ¿Qué elementos debían formar ese partido? El príncipe había observado y meditado; para él, y con justicia, fuera del grupo reformista no había elementos políticos vitales en el país. Los nombramientos de Ramírez, y luego de un moderado juicioso e inteligente, Escudero y Echanove, y de un radical, Cortés Esparza, para componer el nuevo gabinete; la presidencia del Consejo de Estado, dada al señor Lacunza, y un grupo de liberales jóvenes y reformistas exaltados, llamados a formar parte de ese consejo, fueron la señal clara de la nueva orientación.

¿Por qué esos buenos republicanos y reformistas de honradez y de talento prestaron su adhesión al imperio? Su educación de abogados, de ingenieros, de estadistas, la habían hecho o en Francia o en libros franceses: como buenos franceses mentales, su fe en la infalibilidad filosófica de Francia y en la inmortalidad del poder militar de Francia era inmensa; y como buenos franceses actuales, su ciega confianza en el talento y en la autoridad de Napoleón corría parejas con la de casi todos los hombres de Estado europeos en aquellos días. Así dispuesto su ánimo, creyeron que la República de Juárez había muerto o que, si resucitar pudiera, sería únicamente por la acción directa de los Estados Unidos, lo que les espantaba profundamente. De esta creencia pasaron a la necesidad de aceptar la situación con este fin: salvar del naufragio de la República la reforma primero, la Reforma a todo trance; Maximiliano estaba resuelto a ello, precisaba ayudarle. A seguida era conveniente acabar con la necesidad de la ocupación francesa una vez salvada la Reforma. Para ello era indispensable consolidar el imperio, y Maximiliano les demostraba elocuentemente esta necesidad Y como ninguno de ellos (to-

dos conocían bien la historia de su país) creía posible la duración de la monarquía, reservaban para el fin de la intervención un arreglo nacional que produjese la resurrección de la República sobre amplias bases definitivas, y Maximiliano estaba perfectamente de acuerdo con este programa; tampoco él creía en la monarquía, sino como un régimen provisional. A todo esto hay que añadir el ascendiente personal que el príncipe ejercía sobre sus interlocutores. Esta es la explicación racional de la aglutinación de una buena fracción del partido reformista en derredor del trono; es algo parecido a lo que sucedió con los revolucionarios y Napoleón a principios del siglo.

El que esto escribe, por personalísimas razones, siente grave pena al confesar que, cuando se compara la conducta de quienes así se engañaron, con la de los que resistieron a todos los halagos, exponiéndose a todos los peligros y sometiéndose a todos los sacrificios, permaneciendo sencillamente fieles a su bandera y a su religión política, resulta ésta tan superior moralmente a aquélla, como lo es en el orden intelectual la verdad respecto del error.

Los hechos vinieron a reafirmar en sus propósitos a cuantos habían contribuido a la formación del imperio liberal, de "la monarquía democrática", como solía decir Maximiliano. La victoria, con las alas empapadas, ¡ay!, en sangre mexicana, retiraba casi por todo el ámbito del país el círculo de acción del imperio; perdidos Tamaulipas, que Dupin martirizaba con sus ordas vandálicas; Coahuila y Nuevo León, en donde Juárez y el gobierno se retiraban; deshecho en Majoma, en una triste batalla, el ejército que servía de égida al trashumante presidente; desbaratada en el sur de Jalisco la fuerza de Arteaga, y extinguida en apariencia la resistencia allí y en Michoacán; en Oaxaca, debelado, más por la presión de las divisiones francesas sobre el grupo republicano, casi moralmente disuelto, que por efecto de los combates, el último gran baluarte de la República armada, parecía que el año de 65 sería el de la consolidación del imperio y el fin forzoso de la intervención, que los funcionarios reformistas hostilizaban cuanto podían, con poca cordura acaso. Y al compás de estos señalados triunfos el emperador desenvolvía su programa reformista; comprometido a hacerlo con Napoleón, no habría necesitado que esta promesa lo estimulara; Maximiliano, ya lo hemos dicho, era tenido por liberal y aun afiliado en las logias francmasónicas, poco devotas a la preponderancia de la Iglesia. Los reaccionarios, con todo, esperaban de él un acuerdo con el Papa y suponían que nada se haría sino mediante un concordato; sólo un viejo veterano intransigente de las revueltas clericales, el padre Miranda, no se engañó: Maximiliano es peor que Juárez, solía decir. El inflexible Pío IX, bajo el influjo insensato de los obispos mexicanos, encontró el medio de precipitarlo todo, enviando al emperador un nuncio sin facultades de ninguna especie para transigir respecto de la nacionalización de los bienes eclesiásticos y con una lista de exigencias que colocaban al nuevo imperio en muy inferior condición respecto de la Iglesia que la de los virreyes. Maximiliano tomó una actitud resuelta, aplaudida al unísono por los reformistas y los franceses; después de una breve y

terrible lucha diplomática con el nuncio, declaró que tenía derecho al patronado eclesiástico como los reyes de España, que la religión católica era la del Estado, pero que los cultos serían tolerados amplia y francamente, y encomendó al Consejo de Estado la revisión de todas las operaciones de desamortización y nacionalización practicadas desde 56, con objeto de invalidar las ilegales. Esto, que era la sanción definitiva de la Reforma, pero que inquietó profundamente a los adjudicatarios, como lo observaba juiciosamente la emperatriz, fue la sentencia de muerte del partido reaccionario. No considerándose capaz de impedir por sí solo que la Reforma se consumase, había acudido al auxilio de Francia y había transformado radicalmente las instituciones del país, a costa de un mar de sangre mexicana. Y Francia y el imperio de consumo habían declarado legalmente consumada la Reforma; ya no podría jamás volverse sobre ella; la nación la había fundado en medio siglo de incesantes luchas, la intervención la consolidaba, reconociendo completamente su identificación con las necesidades y los intereses del pueblo mexicano; como que era el corolario forzoso de la independencia, como que era, en el orden social, el fin del régimen colonial.

El partido que luchó con la Revolución desde que se inició en España en 1813, desde antes quizás, desde los tiempos de Carlos III; el que fue en México, primero colonial, conservador intransigente luego, después conservador constitucional y, cuando el partido reformista conquistó definitivamente el poder, a seguida de la invasión americana, que mostró la disolución íntima del clero y el ejército, reaccionario absoluto, este partido cesaba su vida política en la historia de nuestro país; el germen de muerte que llevaba en su incompatibilidad con la atmósfera de su siglo, produjo su resultado postrero; cayó muerto para siempre a los pies del hombre a quien había casi divinizado, a pesar de que remarcaba con sorpresa que su corona no estaba rematada por la cruz, sino por la piña, el fruto simbólico de la riqueza tropical. El error inmenso de la entidad política que moría consistió en creer que, porque la masa social era en México católica, había de consentir en hacer del catolicismo un instrumento de dominación política; mientras la Reforma respetase la libertad de conciencia y no se inmiscuyese ni en el dogma ni en el santuario, lo demás podía no serle indiferente, pero resueltamente lo posponía a la paz y al fin de las guerras civiles. Esto jamás lo supieron ver los reaccionarios, y por eso merecieron que, al caer mortalmente heridos más allá del muro de la traición a la patria, el hombre de quien esperaban un milagro les diese el tiro de gracia.

Pero al morir los reaccionarios arrastraron consigo al que fue a un tiempo su verdugo y su víctima. Porque entonces se vio claro el estupendo contrasentido de la intervención y el imperio; este régimen se había inventado para hacer cesar la guerra civil, y había matado más, incendiado más y amontonado más ruinas en tres años de guerra que los combatientes de medio siglo de discordias intestinas; se había inventado para crear una hacienda pública que respondiese a Europa de la deuda con ella contraída, y la deuda había subido a una suma vertiginosa y Napoleón insistía en recoger en pren-

da, no en pago, el monopolio de la explotación de Sonora; se había inventado para apoyar a un verdadero partido nacional, como si un ejército extranjero hubiese servido nunca para esto, y Maximiliano trató de formar ese partido precisamente para desembarazarse de ese ejército. Ahora bien, ese partido estaba formado ya con un grupo militar, incapaz de mantenerse dueño del país una vez retirados los franceses; con la mayoría de los propietarios, cada vez menos creyentes en la consolidación del imperio; con los reformistas, que habían cambiado, no de bandera, pero sí de águila; este grupo ni era de acción ni tenía raíces en las masas, en donde salen los ejércitos y los triunfos; servía para legislar, era inútil para luchar; tal era el nuevo partido, el partido imperialista; muchos reaccionarios quedaron dentro de él por hábito de sumisión, por fanatismo monárquico o por adhesión profunda y personal a Maximiliano.

Entonces se supo que la guerra de secesión en los Estados Unidos, que se juzgaba que podría prolongarse uno o dos años más, había terminado con la rendición de Lee, de Johnston, la toma de Richmond y la captura del presidente rebelde; súpose que Lincoln había sido impíamente asesinado, pero que el que entraba en su lugar en la presidencia era, tanto o más que el gran presidente mártir, un amigo activísimo de los republicanos en México, y, con un poco de perspicacia, se veía surgir la dificultad suprema; alguien dijo que al saber Maximiliano la noticia del fin de la guerra de secesión, exclamó: "Es el fin del imperio".

Era el fin del imperio; porque si la resistencia quebrantada, desarmada, aniquilada, casi obligaba a Francia a mantener un ejército en México. ¿Qué sería en caso de guerra con los Estados Unidos, que tenían en aquel momento centenares de miles de hombres sobre las armas? ¿En dónde encontraría recursos Francia para hacer frente a tamaña emergencia cuando necesitaba toda su fuerza en Europa, en donde la desorganización de la antigua confederación germánica amenazaba ya con una de las crisis más temerosas y sangrientas del siglo? Sin la complicación europea, Francia no habría temido una guerra con los Estados Unidos, segura de tener como aliada a Inglaterra; pero con esta complicación todo se volvía difícil por extremo, imposible en realidad.

El año de 65, que había comenzado con la pacificación del centro del país, con la adhesión al imperio de cuantos creyeron en su consolidación, de cuantos ponían la garantía de sus intereses materiales por encima del interés de la patria, de cuantos el prestigio militar de Francia y el terror de la intervención americana ofuscaba, fue el año de prueba; quedó comprobado, en el apogeo del triunfo y de la fuerza, que el imperio era imposible. La resistencia, persistente en todos los ángulos del país y que millares de ejecuciones no bastaban a dominar, tomaba repentinamente en Michoacán, en Sonora y Sinaloa, en el este de la frontera septentrional, proporciones de incendio que sólo se sofocaba en apariencia con nueva sangre, con nuevos gastos. Y he aquí cómo se presentaban las cosas al mediar el año: el país seguía inundado de guerrillas, la resistencia pulverizada lo llenaba todo; la

resistencia del espíritu público se reorganizaba y crecía gigantesca; los ex reaccionarios descontentos, aunque encadenados al imperio; los intereses creados por la Reforma, profundamente hostiles a la revisión general; los propietarios, pasando rápidamente de la desconfianza a la seguridad de que Francia no acabaría su obra, procurando salirse de la casa en ruinas de Maximiliano, y el partido de acción alistándose para volver a la lucha, contando, casi siempre, con la tolerancia benévola de las autoridades nombradas por los ministros reformistas del imperio. El general Douay, el más respetable de los oficiales franceses que vinieron a México, resumía la situación así: "La organización política establecida por el gobierno imperial, no ha producido hasta hoy resultado alguno. La tranquilidad que reina en ciertos departamentos no es sino aparente y solamente debida a la ocupación francesa. Los partidarios sinceros del gobierno son muy pocos. En el estado actual de los ánimos, es inútil esperar ayuda de nadie, cualquiera que sea el partido a que pertenezca" (agosto de 65).

Maximiliano tenía que contentarse con ser un emperador decorativo, un emperador que hacía leyes, códigos, discursos, y decretaba condecoraciones y fiestas; seguía su obra reformista, y en las instrucciones dadas a la comisión encargada de negociar un concordato con el Papa, se exigía de éste la sanción de toda la Reforma, supresión de fueros, secularización de estado civil, etc. Su empeño en manifestar su gratitud a los indígenas, cuya pasiva adhesión a sus curas y a cuantos les ofrecían redimirlos del tributo y de la leva confundía Maximiliano con la adhesión a su persona, lo llevó al socialismo de Estado, y decretó la redención de los siervos de las haciendas, de los peones, en una ley inejecutable, por desgracia, pero animada de un admirable espíritu de equidad. En todo lo demás era un simple tutoreado de Bazaine; dueño éste del ejército y dueño de la hacienda (que había sido imposible organizar, a pesar de los financieros que enviaba Francia), puesto que a cada momento el imperio recurría al tesoro francés para vivir; sin más esperanza que el producto de los empréstitos franceses, hechos en condiciones formidablemente onerosas y que hubieran matado con el hambre al imperio si la República no lo hubiese matado con el rifle, el tutor exigía sin cesar a Maximiliano que economizase, que organizase un ejército, porque la retirada de Francia se acercaba, y que cambiase su gobierno, cuyo personal creía Bazaine profundamente hostil a los franceses, y no sin razón. Este *maire du palais* del pobre emperador *fainéant* obraba por órdenes expresas de Napoleón, pero estas órdenes las ejecutaba con un espíritu tal que la humillación del monarca mexicano no conocía límites.

Empeñada Francia en ofrecer de los Estados Unidos el reconocimiento del imperio antes de retirarse, una columna francesa ahuyentó al gobierno nacional de Chihuahua y lo obligó a situarse en la frontera (Paso del Norte); el objeto era demostrar en Washington que nuestro gobierno republicano no existía, y, dando por cierta la desaparición de Juárez del territorio nacional, Bazaine obligó, puede decirse, a Maximiliano a dar la famosa ley draconiana, como él mismo la llamaba, del 3 de octubre, que inicuamente aplicada en

Michoacán, hizo sus primeras víctimas en Arteaga, un espartano puro, y en sus heroicos compañeros; de ese modo pensaba el incurable iluso de Miramar establecer las bases de un convenio con Juárez, que era su obsesión.

Juárez, que había procurado, sobreponiéndose a dificultades inmensas, guardar el contacto con todos los jefes republicanos del país, acabó en los últimos meses del 65 su período constitucional; sus facultades omnímodas no podían llegar al extremo de prorrogar legalmente lo que no existía legalmente una vez terminado el mes de noviembre, fueran las que fueran las deficiencias legales y personales del vicepresidente de la República (González Ortega, presidente de la Corte de Justicia, que vivía en los Estados Unidos). Los momentos eran críticos, la separación de Juárez en ellos equivalía a deshacer el núcleo de la resistencia; era el suicidio de la República; entonces salió de la ley el presidente y entró en el derecho; sacrificó la Constitución a la patria, e hizo bien; la gran mayoría de los republicanos aplaudió este acto de energía que transmutaba al presidente en dictador, en nombre de los más sagrados intereses de la República.

He aquí los hechos generales que dominaban y dirigían la situación en los comienzos del 66: 1º La incomprimible y creciente resistencia moral de la mayoría de la sociedad al régimen nacido de la invasión francesa, que para muchos apareció como una solución, que para todos resultaba una complicación; la indomable y creciente resistencia armada de la mayoría de los hombres de acción, resistencia que había sobrevivido a un programa de represión verdaderamente aterrador, llevado a cabo por los invasores, y que surgía de los Estados de la periferia del país, más templada y vigorosa que nunca. 2º La actitud de los Estados Unidos: el ejército triunfante pedía la guerra contra Francia en México; el general Grant sostenía la necesidad de venir inmediatamente en auxilio de la Repúblic ; la parte del ejército licenciado quería invadir nuestro territorio por su propia cuenta, peligro más terrible que el de la invasión francesa. El gobierno americano contenía estos pujos de conquista sajona y se valía de los medios diplomáticos para obtener la desocupación pronta de nuestro territorio por el ejército francés; servía así el magno interés económico de que dimana la doctrina Monroe, no permitir la preponderancia de una nación europea en América, para permitir a la Unión ser dueña de los mercados latinoamericanos. Con la contra-intervención diplomática del gabinete de Washington, los Estados Unidos nos pagaban el inmenso servicio que les habíamos hecho impidiendo con nuestra resistencia, en 62 y 63, que Francia, y probablemente Inglaterra, se aliasen con los confederados e hiciesen indefinida la guerra de secesión. 3º La actitud de Napoleón. La oposición que la minoría disidente en el cuerpo legislativo hizo siempre a la expedición de México, preocupaba mucho al emperador, no porque aquel ínfimo grupo de elocuentísimos liberales pudiese estorbar la marcha de su política, cambiando algún voto al parlamento, sino

porque la sentía apoyada en la opinión imperial. Así es que, a pesar de ponderar los voceros del gobierno en las cámaras las ventajas de la intervención, las promesas de retirar el ejército francés, en breve término, solían acentuarse más y más con aplauso de todos los representantes, lo que era muy significativo. Pero lo que no permitía a Napoleón tergiversar sobre este punto era la combinación, trágicamente fatal para el facticio imperio mexicano, de la actitud de los Estados Unidos y la crisis europea. El gabinete de Washington siempre había reconocido al gobierno del señor Juárez como el solo legítimo; el parlamento federal siempre había manifestado con sus declaraciones sus simpatías por los republicanos de México, y la pretensión del gabinete de las Tullerías de que la Casa Blanca reconociese al imperio como condición previa a la desocupación, pareció una verdadera locura. Las órdenes del gobierno de Johnson permitiendo a los republicanos de México proveerse de elementos de guerra en los Estados Unidos, comenzaron a producir el armamento de la resistencia nacional, hasta entonces casi inerme, y las notas diplomáticas de Mr. Seward, el secretario del Exterior de Lincoln, heredado por Johnson, fueron pasando, desde el siguiente día de la conclusión de la guerra civil hasta el embarque de los franceses, por un diapasón tal de indicaciones, exigencias puras y exigencias conminatorias para obtener *la promesa de la desocupación, para señalar sus plazos, para abreviarlos,* para impedir que, disimuladamente, una parte del ejército francés quedara al servicio del imperio, que puede decirse que Mr. Seward gobernó los movimientos de la intervención de México durante el año de 66. Y es que sus reclamaciones coincidían con las peripecias angustiosas de la cuestión austroprusiana. Embargado Napoleón por su odio a los tratados antinapoleónicos de 1815, resuelto a destruir esta base del equilibrio europeo, permitiendo a los elementos nacionales disgregados unirse en naciones por medio de la alianza con Francia y del sistema plebiscitario, a pesar de las advertencias clarividentes de Thiers, nunca consintió en creer que la unidad italiana, y su consecuencia la unidad alemana, forzosamente se organizarían a expensas de Francia y contra ella. Al contrario, seducido por los proyectos de Bismarck, a quien, sin embargo, tenía por un iluso, permitió la unión de Prusia e Italia contra el Austria, la disolución de la confederación germánica, y, como estaba resuelto a hacer el papel de árbitro, necesitaba concentrar sus fuerzas. Desde octubre del 65, quedó irrevocablemente decidida la desocupación de México; a medida que los acontecimientos de Europa se desenvolvían, esta decisión tomó el aspecto de un apremio. Cuando estalló la guerra entre Austria y Prusia, que en julio del 66 terminó con la fulminante sorpresa de Sadowa (*todos esperaban que la guerra se prolongaría mucho*), Napoleón, que quiso tomar el papel de mediador, se encontró con una declaración de su ministro de la Guerra, Randon, que afirmaba que "por haber desorganizado la guerra en México al ejército francés, no se podían movilizar sobre el Rhin cincuenta mil hombres". El primer resultado general de la expedición de México fue una Francia burlada.

Entonces comenzaron las comunicaciones premiosas de Napoleón a Ba-

zaine. "Termine usted de un modo o de otro los negocios de México. He dicho a la emperatriz Carlota que me era imposible dar a México ni un escudo ni un hombre más". ¿Y qué hacer con Maximiliano? La idea capital de Napoleón era ésta: hacerlo abdicar, y hacia ella orientó toda la política de la invasión en pleno retroceso: ¡llevarse a Maximiliano entre los bagajes del ejército francés! En realidad, así había venido.

Preciso es convenir en que una guerra con los Estados Unidos no fue nunca motivo de temor serio para Francia, porque ni creyó en ella, ni su ciega confianza en su poderío militar le permitía darle excesiva importancia; los documentos publicados lo prueban. Esta complicación fue para los franceses motivo de aprensiones, de inquietudes y de apuros cuando la crisis europea les demostró que sería insensato un conflicto que los obligaría a distraer la mayor parte de sus recursos aquí: Bismarck, más bien que Seward, tenía la clave de la cuestión mexicana.

Y era de ver cómo, cuando la desocupación fue irrevocable decreto de la voluntad del César francés, las explicaciones sobre la actitud de Francia en México menudearon; nunca se había querido imponer aquí un gobierno; los mexicanos, espontáneamente, habían escogido la monarquía y Maximiliano, etc. Menudeaban también los proyectos: convertir al imperio mexicano en una federación de cuatro o cinco grandes entidades, bajo la hegemonía de Maximiliano; hacer abdicar a éste y convocar una asamblea, ante la cual se demostraría que las intenciones de Francia habían sido puras, que el pueblo mexicano volvía a la plenitud de su derecho, etc. Todo esto resulta de las cartas que Napoleón escribía a Bazaine.

Mientras así se desenvolvía la comedia de enredo de la diplomacia y la política, los acontecimientos seguían su ineluctable curso.

En los primeros meses del 66, el norte estaba incendiado ya; en Tamaulipas las guerrillas, reuniéndose y formando fragmentos considerables de futuros ejércitos, amagaban Tampico y las comunicaciones con San Luis; en la línea del Bravo, y teniendo por objetivo principal la reocupación de Saltillo, Monterrey, y sobre todo Matamoros, infructuosamente atacado, se constituía un grupo considerable a las órdenes de Escobedo; una fracción de este núcleo del futuro ejército del norte, obtuvo una brillantísima victoria sobre los franceses en Santa Isabel, y aunque tuvo luego que retroceder a la línea fluvial de la frontera, aquel combate había marcado la nueva faz de la lucha. Ya mejor armados los republicanos, la brega con los invasores comenzaba a ser menos desigual y su atrevimiento crecía; en junio, en Santa Gertrudis, logró Escobedo desbaratar completamente una columna que salía de Matamoros para Monterrey custodiando un importantísimo convoy; Mejía, el famoso general indígena de la reacción, el más convencido, el más leal y el más bravo de los capitanes con que contaba el imperialismo en México, capituló en Matamoros, y en julio y agosto los republicanos, pisando los talones de la invasión, ocuparon Tampico, Monterrey y Saltillo, amagando San Luis; desde antes el señor Juárez se instalaba definitivamente en Chihuahua, valientemente reconquistada por Terrazas y Sóstenes Rocha; en el Es-

tado de Durango se rehacían considerables masas de combatientes, que dominaron la capital cuando los franceses se vieron obligados a abandonarla. En Sinaloa y Sonora, la campaña, comenzada en 64, había sido terrible; desde que se inició con la primera tentativa de los invasores para apoderarse de Mazatlán, intrépidamente rechazados por Sánchez Ochoa (mayo del 64), hasta la derrota de los franceses e imperialistas en la batalla de San Pedro (diciembre del 64), que puso de relieve ante la República la noble y grande figura espartana de Rosales, los empeños de ocupación se habían limitado a un corto radio; con los auxilios que las numerosas hordas de Lozada proporcionaron a los franceses, y los restos que las antiguas facciones reaccionarias pusieron a sus órdenes, la campaña fue activísima; el general Corona fue en ella infatigable; los franceses le imprimieron un carácter de ferocidad indecible, sacrificando sin piedad prisioneros, incendiando poblaciones enteras y cometiendo los incontables desmanes que marcaron su paso en la República; en esta obra "civilizadora" resaltan cuatro nombres de exterminación: Castagny al norte, De Pottier al sur, Dupin en el oriente, y en el occidente Berthelin; muchos hay que agregar a esta lista de verdugos; los jefes de las tropas de Africa, sobre todo, se complacían en la muerte. Hubo, es verdad, entre los invasores un grupo respetable que repugnó incesantemente, sin poderla modificar, esta abominable conducta, que partía de la doctrina siguiente: existiendo en México un gobierno constituído por la voluntad nacional, todos los disidentes son bandidos, están fuera de la ley, hay que fusilarlos, y los fusilaban. Los jefes republicanos ejercían espantables represalias a veces; a veces, al contrario, como sucedió con los belgas en Michoacán, mostraban una magnanimidad admirable.

En Sinaloa y Sonora, en donde los franceses ocuparon Guaymas y se extendieron a algunas poblaciones principales, la guerra fue siempre cruel e implacable. Allí, lo mismo que en todo el país, día a día eran derrotadas las guerrillas, y no acababan nunca; tanta victoria denotaba el combate sin tregua. A mediados del 66 el Estado de Sonora cayó entero bajo el dominio de los republicanos, una vez desocupado Guaymas, y luego Sinaloa, cuyo puerto principal se vieron obligados a abandonar los franceses. Organizados los elementos de guerra laboriosamente, aquel grupo de luchadores, que recibió el nombre oficial de "Ejército de Occidente", y quedó a las órdenes del general Corona, penetró en Jalisco casi enteramente sublevado a mediar el 66, y vencidos los últimos restos del ejército francés e imperialista, el magnánimo general republicano Parra ocupó a Guadalajara en las postrimerías del año. En Michoacán, el despiadado e infatigable imperialista Méndez mantenía a raya a los patriotas, que se habían batido sin cesar, como lo narra en su épica y romancesca historia Eduardo Ruiz, y en Oaxaca la bandera de la patria tremolaba en manos de la victoria. Allí, el general Porfirio Díaz, que se había fugado audaz y novelescamente del cautiverio de Puebla y refugiado en las comarcas inaccesibles de Guerrero, había organizado un núcleo de reconquista, en torno al cual se aglutinaron las bandas que mantenían viva la protesta del Estado. Hombre hecho para ordenar, administrar

y dirigir, tanto como para escoger lo más prudente y seguro y ejecutar con osadía extraordinaria un plan maduramente concebido, el general Díaz pudo, en los últimos meses del 66, sentirse bastante fuerte para ordenar el asedio de Oaxaca; la batalla de Miahuatlán primero le permitió organizar el cerco, la de la Carbonera después, en que quedó destruida la columna de auxilio, puso a merced suya la ciudad sitiada, que capituló; así devolvía con creces a la República, en el momento del supremo esfuerzo, el ejército, los elementos y la plaza perdidos en 65.

Si a esto se agrega toda la costa en armas, las sierras veracruzanas y las huastecas surcadas por cuerpos ya medianamente organizados, que iban a clasificarse bajo la dirección superior del vencedor de Oaxaca, se comprenderá cómo la región central, única dominada por los invasores, rodeada de esta inmensa zona de conflagración que devoraba la altiplanicie por todo su perímetro, estaba sentenciada a sucumbir a la presión circundante.

Dominando las líneas de retirada de la invasión que convergían hacia la capital y la que de ésta lleva a Veracruz, precisa confesar que el ejército francés dio pruebas de una intrepidez, de una actividad, de una elasticidad realmente sorprendentes. Pronto se vio que ni los invasores eran capaces de contener la reorganización y el avance de los ejércitos republicanos, que crecían andando como el gigante del mito, ni éstos podían dar un golpe mortal a la invasión, que se retraía y contraía tan enérgicamente; de donde dimanó una especie de pacto tácito entre los beligerantes: los franceses economizaban los combates, los republicanos no los provocaban. Y así marchaba todo a su fin.

Así lo veía marchar Maximiliano; confiado en la palabra de honor que de caballero a caballero le había dado Napoleón, en París, de retener a su ejército durante cinco años en México, todos los anuncios de desocupación los interpretó como amagos para apremiar a su actividad, como efectos de los informes siempre hostiles de Bazaine, impaciente de los conatos de rebelión de su pupilo imperial, o como aparentes satisfacciones diplomáticas a los Estados Unidos. Sin embargo, los emisarios se cruzaban entre París y México; Eloin hizo un viaje inútil, Almonte vio rechazados sus proyectos basados en la permanencia del ejército; Saillard y, por último, el mariscal hablaron claro, y presentaron el *ultimatum*, que se podía condensar así: retirada-abdicación; ni intervención ni imperio. Maximiliano comenzó contra su voluntad a ver claro; la emperatriz Carlota, más viril, más inteligente, más orgullosa que su esposo, aterrada ante la perspectiva, insoportable para su amor propio, de desempeñar el papel de reina sin corona, recibiendo una pensión austríaca, quiso ir personalmente a recordar a Napoleón su palabra, y a evitar la catástrofe, que para ella era inevitable con la retirada de los franceses. Iba terriblemente excitada; la fiebre de inquietud y de ambición, más humillada que satisfecha, en que había vivido hacía cinco años, llegaba a sus períodos altos; cuando a la luz de las antorchas, y en medio de lluvias y torrentes desencadenados, desfilaba a caballo por los vertiginosos vericuetos del Chiquihuite, con su séquito transido y pasmado, resucitaba para

muchos el recuerdo de su antiquísima abuela doña Juana la Loca, acompañando el cadáver de su esposo al través de las noches de Castilla. Llegó a París, habló con Napoleón, éste le negó rotundamente su palabra, oyó de los labios implacables de aquel soñador exasperado la sentencia capital del imperio y salió herida de muerte mental; la tragedia empezaba como trazada por un Esquilo capaz de remover en gigantescos escenarios acontecimientos, pueblos y humanidades.

Maximiliano sintió sobre sí la garra de la fatalidad antigua y se debatió dolorosamente bajo ella, con intervalos de indolencia y abandono. Bazaine y los emisarios de Napoleón, que no querían contraer ante la historia la responsabilidad de una catástrofe sangrienta, lo apremiaban sin tregua para que abandonase el trono; la acción de los Estados Unidos había impedido la organización con elementos extranjeros de un ejército imperial; las finanzas eran nulas; una buena parte de los fondos del segundo empréstito francés había sido destinada, por un bochornoso convenio, al pago de parte del crédito Jecker, especie de cuervo siniestro que apareció en las ruinas de la reacción y de los imperios, el mexicano y el francés, hasta que lo abatieron entre escombros las balas de la Comuna; los franceses se habían incautado de las aduanas: no había, pues, modo de vivir. Por una especie de capricho de artista político, hizo Maximiliano un pacto con la muerte y recurrió a la reacción; esto era dar traspiés al borde de la tumba; unos cuantos hombres probos, sin duda, serenos aunque desesperados, aceptaron la misión de entrar en aquella casa sin cimientos y sin puntales en medio de un temblor de tierra: Maximiliano veía bien que todo era irremediable; lo que buscaba no era la salvación del trono, era una actitud digna: debió haber abdicado o dado un manifiesto, exponiendo al mundo cómo había sido engañado y cuál había sido la conducta de Francia, abreviando la lucha postrera, dando posesión al gobierno nacional de las ciudades no reconquistadas, y cerrado así sin brillo, pero no sin dignidad, el efímero sueño de su imposible grandeza. Decidió hacerlo así, oyendo los consejos de sus mejores amigos; mas el espectro reaccionario, desesperado, prendía al manto nupcial sus manos de esqueleto; la reacción, muerta por Maximiliano, parecía la estatua del Comendador que venía a arrastrar al sepulcro a su matador. ¿Qué pasó? ¿Es cierto que recibió Maximiliano una carta de su madre hablándole del honor, preferible a la vida, de los hombres de su nombre y de su estirpe? ¿Es verdad que Eloin escribió la famosa carta decisiva en que conjuraba a Maximiliano a no abdicar, sino cuando los franceses hubiesen partido y el pueblo mexicano hubiese manifestado su deseo de volver a la República, porque de otro modo tornaría a Europa desprestigiado e inutilizado para el papel que debía desempeñar en Austria vencida, pues que Francisco José estaba a punto de abdicar? ¡Quién sabe! El resultado fue que Maximiliano, convertido en el último caudillo de lo que aún vivía en el reaccionarismo militar, y acompañado de Lares, de Miramón, de Márquez, volvió a Orizaba; en el camino de la abdicación, a México, en los primeros días de 1867.

En marzo se embarcó el último batallón francés en Veracruz; la bandera francesa, ennegrecida, iba de la tragedia de aquí a la tragedia de allá.

Cada cual creyó cumplir con sus deberes personales; del lado de los republicanos, el deber era sencillo y claro; el tremendo reproche de alianza con los norteamericanos, de enajenación del territorio, se iba desvaneciendo como humo; de él surgía altísima y pura la imagen de la patria; ni tergiversación, ni vacilación cabía; ésa era la enseña, el *in hoc signo vinces* de los ejércitos que del oriente, del norte, del occidente, convergían hacia el campamento imperial. La República, desde los primeros anuncios de la intervención, se había armado de leyes inflexibles, de esas que obligan a todos los ciudadanos a afiliarse bajo la bandera de la nación invadida; no había, no podía haber neutrales: o mexicanos o traidores, decía la ley; el traidor entrega su vida al patíbulo y su fortuna a la confiscación. Y para que no se creyera que ésa era una ley de espanto y no de justicia, se había rubricado su promulgación con la sangre del general Robles Pezuela. A medida que la República avanzaba, castigaba a los infidentes: multas, confiscaciones, ejecuciones, marcaban el camino de la Nemesis implacable; cuantos hicieron armas contra ella, cuantos habían usurpado el poder, los extranjeros que sirvieron en el ejército enemigo estaban sentenciados a la última pena. Una buena parte de la sociedad sentía el corazón comprimido de angustia.

El partido imperialista quedó disuelto en Orizaba cuando su jefe empuñó la espada fratricida de la reacción; este cadáver se irguió galvanizado, no por un ideal, que nunca dejó de rechazar Maximiliano, sino por un odio. Los miembros del partido imperialista se retrajeron a la sombra o huyeron al extranjero; sin la menor esperanza de triunfo, seguros del de la República y contentos de él en el fondo de sus conciencias adoloridas, pero guardando una profunda adhesión personal al infortunado príncipe, esperaron el castigo con dignidad estoica. Los restos de la reacción militante, los excomulgados *vitandos* de la República se apretaron en derredor del emperador, que habían obligado a quedarse y que iban a arrastrar por las etapas siniestras de la derrota y de la muerte. Resueltos, valientes, sin ilusiones, buscaban, como los gladiadores del circo imperial, una actitud para sucumbir ante el mundo; casi todos ellos supieron luchar y muchos supieron morir. La justicia y la historia los han ejecutado; paz a sus sombras, respeto a la tierra en que yacen; es la tierra bendita de la patria; su muerte los reconcilió con su madre; son mexicanos.

Lo que hubiera servido al desgraciado artista, que una oleada de la suerte había depositado en un trono (esquife roto del que sólo quedaba una tabla), para rechazar a cuantos le decían que su honor consistía en permanecer y sucumbir, era esta simple verdad: "Para sucumbir yo es preciso que perezcan millares de hombres; yo no puedo llevar a la historia mi honor convertido en un cáliz de sangre". Pero, preciso es confesar que el joven emperador,

gracias a su temperamento por todo extremo impresionable, pasaba de un polo a otro con una volubilidad extraordinaria. Cuando salió de México para dirigir la campaña del interior, concentrando todas las guarniciones imperialistas y conservando sólo Veracruz, Puebla, México y Yucatán, en donde la clase acomodada, en su mayoría, aceptó el imperio y le fue caballerescamente fiel, parecía seguro del triunfo. Miramón, con temerario arrojo, había marchado hacia Zacatecas para sorprender a Juárez y a su gobieno y traerlo en rehenes a Querétaro; a punto de lograrlo estuvo, pero habiendo fracasado su intento, claro está que la vuelta iba a ser un desastre. Una buena parte del ejército del norte salió al paso del audaz capitán, rompió y deshizo su columna y aplicó la ley a los prisioneros extranjeros (San Jacinto); los jefes vencidos se incorporaron a Maximiliano, quien, seguido de Márquez, de Mejía y Méndez, en primera línea, se estableció en Querétaro, precisamente en el punto desde donde podía caer sobre los ejércitos republicanos que venían, del occidente uno por Michoacán, del norte el otro por San Luis, procurando batirlos sucesivamente con sus fuerzas aguerridas y desesperadas, y por ende más terribles. Se pasó el tiempo en discusiones y rivalidades, reuniéronse los ejércitos republicanos; Escobedo, caracterizado por su prudencia, su constancia y su adhesión infinita a la República, tomó el mando en jefe e inmovilizó en el acto al emperador en Querétaro. Buscar un ejército de auxilio para salir de allí, quebrantando la fuerza incesantemente creciente de los republicanos, era elemental; Márquez salió para México con ese objeto, y comenzaron en torno de Querétaro los terribles combates de abril, en que los sitiados mostraron su bravura y su impotencia; las fuerzas irregulares de la República solían mostrar su inferioridad táctica en la lucha, que otra parte del ejército, admirablemente organizada y armada, necesitaba constantemente restablecer; pero el hecho era la imposibilidad, bien clara en mayo, de no hacer levantar el cerco, sino de romperlo.

Márquez no podía venir; al mismo tiempo que el gran ejército de la República fijaba a Maximiliano en Querétaro para siempre, Díaz subía al valle de Puebla, y mientras una parte de sus tropas sitiaba a Veracruz, él trataba de apoderarse de la ciudad angelopolitana; la guarnición se defendía muy bien, y el logro de su intento parecía para el general republicano cuestión de mucho tiempo, sobre todo, porque las fuerzas de su ejército venían de todas partes indisciplinadas, autonómicas, digámoslo así, y que sólo por grados podían irse sometiendo y regularizando sobre el mismo campo de batalla. El general en jefe sólo podía contar de un modo absoluto con un grupo que le obedecía como un solo hombre. Márquez determinó redimir a todo trance la guarnición de Puebla, y salió de México al frente de una brillante columna perfectamente armada, aunque seguida de cerca por una división de caballería, destacada desde Querétaro por el general Escobedo. Pocas veces, ninguna quizás, en nuestros anales militares, se había visto un ejército sitiador en posición más crítica; el general republicano lo midió todo, lo pesó todo, comprendió su inmensa responsabilidad, vio bien que la suerte de Puebla y Querétaro dependían de su resolución; tomó una, es-

cogió sus colaboradores, distribuyó su ejército y, sintiendo casi a sus espaldas el paso acelerado de la columna de auxilio, lanzó toda su fuerza sobre los fuertes enemigos; rápida, terriblemente sangrienta fue esa tragedia, sembrada de heroicos episodios; sangrando, mutilado como el admirable oficial que cayó en la calle de la Siempreviva, el ejército republicano se agrupó en torno de un caudillo en quien tenía, desde aquel momento, una especie de fe supersticiosa, en el centro de Puebla, debelada el 2 de abril. Esta, que fue la más notable de las acciones de la guerra contra el imperio, fue sólo un primer acto: la columna de Márquez, batida, quebrantada, vencida, poco tiempo después recoge en México sus anillos de acero, rotos a pesar de la bizarría de los caballeros húngaros en Kövenhuller, y antes de que pudiera darse cuenta del desastre, las fuerzas republicanas circunvalaban a México y fijaban aquí a Márquez, a quien se ha atribuido, sin razón, el intento de traicionar a Maximiliano; no pudo ejecutar el plan que se le encomendó porque los sucesos lo aplastaron, y ése fue el segundo acto.

Entretanto, cada nuevo combate agotaba a los sitiados en Querétaro; la República en pie hacía afluir al cerco batallones tras batallones; si hubiese tenido recursos y armas, así como en aquellos momentos contaba, en todo el ámbito del país, con cien mil hombres quizás, hubiera podido disponer de doscientos mil combatientes. Querétaro vivía de fuerza nerviosa, de instinto de la propia conservación; luchaba ya con desesperación sombría; el desenlace era inevitable, era inmutable como el destino; iba a morir. Una salida desesperada, en que una quinta parte del ejército se habría escapado por algún tiempo, dejando matar el resto, fue la resolución suprema de los sitiados. A la sangre derramada iba a agregarse un nuevo río de sangre; Maximiliano, en aquella tentativa insensata, sería seguramente muerto o capturado...

El comandante del puesto de La Cruz, amigo muy íntimo del emperador, llamado Miguel López (a quien jamás debe confundirse con el heroico artesano que murió envuelto en la bandera de la República en mayo del 63, luchando con los franceses), tuvo una conferencia con el general Escobedo y entregó su puesto; y, por este hecho, la plaza quedó inmediatamente dominada, y pocas horas después rendida (15 de mayo del 67). El mejor ejército del imperio, casi todos sus guerreros de importancia y Maximiliano, quedaron en poder del ejército republicano. Esto apresuró un resultado que ningún poder humano habría podido evitar: virtualmente Querétaro estaba, desde los últimos días de abril, en poder de Escobedo.

Maximiliano, juzgado conforme a una ley anterior a su aceptación a la corona, debía legalmente morir, sus jueces militares, llamados a aplicar una ley terminante a un caso evidente, no podían hacer otra cosa que lo que hicieron; tocaba al gobierno de Juárez el acto político supremo: el indulto. Lo negó: hizo bien; fue justo. Es terriblemente triste decir esto cuando se trata de un hombre que se creyó destinado a regenerar a México y de los valientes que fueron sus compañeros de calvario. La paz futura de México, su absoluta independencia de la tutela diplomática, su entrada en la plena

mayoría de edad internacional, la imposibilidad de atenuar el rigor de la ley si no se descalzaba para siempre al partido infidente, obligaron al gobierno de Juárez a ser, no inhumano, pero inflexible, como, a pesar de su bondad, se creyó obligado a serlo Maximiliano con las víctimas de su decreto del 3 de octubre del 65. Se consumó el acto solemne de justicia republicana en Querétaro, el 19 de junio del 67. Maximiliano, después de haber escrito una noble carta a Juárez, fue ejecutado con sus compañeros Miramón y Mejía en el cerro de Las Campanas; cedió el puesto de honor para morir al siempre intrépido Miramón, y los tres rivalizaron en entereza. Quien moralmente descuella sobre los otros dos es el indígena; Tomás Mejía fue perennemente fiel a su idea, combatió y murió por una causa que identificaba con su inconmovible fe religiosa y se creó un soldado de Cristo cuando luchaba por la reacción y el imperio; para él no hubo nunca posiblidad de diversificar el catolicismo y la patria; era del temple de los cruzados y los mártires; pudo salvar su vida: no lo quiso sino con la condición de que sus compañeros se salvasen con él; cualquier mexicano, sea cual fuere su campo, debe saludar esa tumba con orgullo y con respeto.

El general Díaz, que, después de su espléndida victoria de Puebla, había obligado a Márquez a hacerse fuerte en México, le puso apretado cerco con un ejército que, a seguida de la captura de Querétaro, llegó a ser probablemente el mayor que en toda nuestra historia se ha visto. Veinte veces habría podido ser tomada la capital por asalto; jamás pensó en este aterrador extremo el general republicano; bien sabía que era presa segura, y este gran ahorrador realizó un ahorro inmenso de sangre. El lugarteniente del imperio, con un sistema inaudito de engaño y astucia, logró hacer sobrevivir su resistencia un mes a la de Querétaro, mientras preparaba su escondite y su fuga; de improviso desapareció, y México se rindió al general Díaz el 21 de junio.

Con el imperio, con la guerra que oficialmente fue llamada "guerra de la segunda independencia", concluye el gran período de la revolución mexicana, en realidad iniciado en 1810, pero renovado definitivamente en 1857. En la gran fase postrera de esta brega de más de medio siglo, México había perdido en los campos de batalla, y por las consecuencias de la guerra, más seguramente de trescientas mil almas, pero había adquirido un alma, la unidad nacional; en todas partes se había luchado; si se hubiera podido pulverizar la sangre vertida, todo el ámbito del país, palmo por palmo, habría quedado cubierto de un rocío de sangre; habría sido fecunda. Destrozando furiosa un trono, apelando perennemente de la fuerza al derecho, hiriendo mortalmente el poder militar de Francia y el imperio de Napoleón III, encarnando en Juárez la resistencia intransigente y tenaz a toda ingerencia del extranjero en nuestra soberanía, no sólo en forma de intervención europea, sino de alianza americana, México había salvado su independencia, conquistando la plena conciencia de sí misma y avasallando a la historia.

La suprema indestructibilidad de este hecho entró por tal modo en el ánimo de todos, que la República, viendo ante ella, en sus enemigos, indi-

viduos más o menos culpables, pero todos resignados y conformes, puesto que los partidos habían muerto, sin esperanzas de resurrección, pudo ser clemente y hacerse intérprete de un deseo infinito de olvido de paz, que predominaba en el corazón del pueblo, y comprendió que la justicia, ante tanto error, ante tanta culpa voluntaria e involuntaria, era la clemencia, era la equidad.

La República fue entonces la nación; con excepciones ignoradas, todos asistieron al triunfo, todos comprendieron que había un hecho definitivamente consumado, que se habían realizado conquistas que serían eternas en la historia, que la Reforma, la República y la patria resultaban, desde aquel instante, la misma cosa y que no había más que una bandera nacional, la Constitución de Cincuenta y Siete; bajo ella todos volvieron a ser ciudadanos, a ser mexicanos, a ser libres. Vencedores y vencidos tenían, por la fuerza incontrastable de una idea que encerraba todo el porvenir de México, que unificase en un anhelo común: realizar la ley, realizar el derecho, entronizar la justicia. La Constitución, que había dividido al país como divide una espada, lo unía al fin en un ideal supremo; se vio claro el camino: hacer verdad la Constitución en la sociedad, cimentando todos los derechos en la organización nacional por medio de la educación, del trabajo, es decir, del progreso material e intelectual, y partir de allí para hacer vivir esa Constitución en el orden político, modificándola en todo lo que su forma tenía de incompatible con la necesidad soberana de libertad y orden. Esto era lento, ésta era labor de varias generaciones; las sacudidas revolucionarias, los estremecimientos profundos que marcan el período de extinción de los volcanes no faltarían, no podían faltar: el pasado no concluye en un siglo, va concluyendo al través de toda la historia. Pero una nueva era comenzada, el día que el mayor ciudadano que la República ha engendrado pronunciaba esta sentencia, que está grabada sobre la puerta del porvenir: "Que el pueblo y el gobierno respeten los derechos de todos. Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz".

TERCERA PARTE: LA ERA ACTUAL

HEMOS llegado al fin de nuestra larga tarea; temimos, al emprenderla, que fuera superior a nuestras fuerzas, y sólo por esa suerte de fascinación que ejerce sobre los hombres de estudio la magnitud y dificultad casi insuperable de una empresa intelectual, tuvimos arrestos para acometerla; al terminar, nos confesamos vencidos. Era, efectivamente, mayor que nuestro aliento. No podía menos en un país en que apenas van tomando cuerpo los trabajos *estadísticos; en donde no ha existido,* sino por modo muy individual y deficiente, la devoción por los datos coleccionados y clasificados; en donde nuestros archivos, todavía sin organización, sin católogos, sin facilidades de trabajo, son inmensos hacinamientos de papeles viejos que el tiempo y la incuria van reduciendo a polvo; en donde nuestros escritores han hecho de sus obras armas de partido, como era ineludible, basando sólo sobre hechos muy aparentes y muy rápidamente explicados sus apreciaciones, y consolidado las teorías con que han interpretado nuestra historia y los prejuicios con que la han falseado. Y descuidamos adrede el contingente de los documentos oficiales, también incompletísimo, porque éstos nunca tienen valor de probanza, puesto que obedecen a *miras especialísimas,* sino cuando están minuciosamente confrontados con otros orígenes distintos.

En suma, el hecho, el fenómeno, o político o administrativo, o económico, o jurídico o moral, algunas veces diminuto y de todos modos oculto o velado por los acontecimientos de primer término, pero que, determinado por las condiciones de medio y de heredismo, es a su vez el determinante de la historia ostensible, el hecho social, en sus elementos constitutivos, nos huye casi siempre, porque, o no dejó huellas, o sus huellas se han perdido. Y sin él todo estudio resulta frustráneo, efímero, provisional cuando menos.

Y esto hemos hecho: una labor provisional; con mayor copia de datos más científicamente depurados, otros reharán lo que hemos intentado hacer, y con mejor suceso. Pero nuestro empeño no habrá sido inútil, sin embargo. En primer lugar, si hemos procurado estudiar sin prejuicios las con-

diciones dinámicas de nuestra sociedad, no la hemos estudiado sin sistema. No nos toca exponerlo aquí en estilo de escuela; pero el título solo de nuestro libro indicaba que, aun cuando pudiéramos disentir en la fórmula de las leyes sociales, y unos, siguiendo la escuela spenceriana, las asimilasen profundamente a las leyes biológicas, y otros las considerasen, de acuerdo con Giddings, esencialmente psicológicas, y la mayor parte acaso fundamentalmente históricas, en consonancia con Augusto Comte y Littré, todos hemos partido de este concepto: la sociedad es un ser vivo, por tanto, crece, se desenvuelve y se transforma; esta transformación perpetua es más intensa a compás de la energía interior con que el organismo social reacciona sobre los elementos exteriores para asimilárselos y hacerlos servir a su progresión.

La ciencia, convertida en un instrumento prodigiosamente complejo y eficaz de trabajo, ha acelerado por centuplicaciones sucesivas la evolución de ciertos grupos humanos; los otros, o se subordinan incondicionalmente a los principales y pierden la conciencia de sí mismos y su personalidad, o precisamente apoyándose en ideales que son fuerzas morales, de tan perfecta realidad como las fuerzas físicas, tienden a aprovechar todo elemento exterior para consolidar su ecuación personal, y logran por resultante imprimir a su evolución una marcha, si no igual a la de quienes por condiciones peculiares llevan la vanguardia del movimiento humano, sí al nivel de sus necesidades de conservación y de bienestar.

Con este criterio hemos expuesto los fenómenos sociales mexicanos, que libros y documentos y observaciones propias ponían a nuestro alcance; y lógicamente hemos inferido que, si todos los hechos de cuya certeza teníamos conciencia, acusaban, aunque en bien distintos grados, un movimiento creciente que resultaba del impulso interior conjugado con otros exteriores, ese movimiento es la evolución social mexicana. A este resultado total nos hemos atenido, aun cuando las condiciones y razones íntimas y profundamente reales de esta evolución sean, por escasez de datos y de estudios, más conjeturales que verdaderamente conocidas.

I

Definitivamente libre de la presión exterior que, iniciada al día siguiente de la independencia, había de concluir en una intervención resuelta en nuestra vida interior para marcarle e imponerle determinados senderos, la República en el año de 67 había aquistado el derecho indiscutible e indiscutido de llamarse una nación. Fuerte en el exterior, gracias al prestigio que había logrado por su energía en la lucha contra Francia y el Imperio, prestigio que crecía en razón directa del descrédito que había forjado sobre el gobierno de Napoleón III el triple inmenso error diplomático, político y militar que se llamó "la cuestión de México", firme con el apoyo de los Estados Unidos, interesado o no, pero real y seguro, el país no tenía que pensar más que en

su problema interior. ¿Cómo se organizaría la República rediviva? Las condiciones políticas parecían inmejorables: el partido reformista, heredero del liberal, era dueño incondicional del país político; tenía su pograma en la ley suprema, la Constitución del 57, a la que se incorporarían pronto las leyes de Reforma; tenía por jefe al hombre que había encarnado ante el mundo la causa triunfante, y ese jefe era el Presidente mismo de la República, era Juárez; sus individuos poblaban casi exclusivamente los puestos públicos federales y los gobiernos de los Estados, y no tenía enemigos; el partido contrarrevolucionario, que había identificado su suerte con la invasión francesa y el Imperio, había muerto con ellos y sólo con ellos podía resucitar: no resucitaría jamás. El ejército nacional reducido, pero seleccionado después de la lucha, se agrupaba, ardiente de admiración por el gran ciudadano que con su incontrastable fe le había permitido rehacerse y triunfar, vibrante de heroísmo y de odio a los enemigos de la patria, en torno del gobierno y de la ley.

Factores eran éstos de primera importancia para producir un estado social caracterizado por la entrada definitiva del pueblo mexicano en le período de la disciplina diplomática, del orden, de la paz, si no total, sí predominante y progresiva, y para acercarse así a la solución de los problemas económicos que preceden, condicionan y consolidan la realización de los ideales supremos: la libertad, la patria.

Colonización, brazos y capitales para explotar nuestra gran riqueza, vías de comunicación para hacerla circular, tal era el *desideratum* social; se trataba de que la República (gracias principalmente a la acción del gobierno, porque nuestra educación, nuestro carácter, nuestro estado social así lo exigían) pasase de la era militar a la industrial; y pasase aceleradamente, porque el gigante que crecía a nuestro lado y que cada vez se aproximaba más a nosotros, a consecuencia del auge fabril y agrícola de sus Estados fronterizos y al incremento de sus vías férreas, tendería a absorbernos y disolvernos si nos encontraba débiles.

Para poner en vía de realización el *disideratum,* Juárez y sus ministros concibieron el único programa posible: reforzar a todo trance el poder central dentro del respeto a las formas constitucionales, de que Juárez, por su historia y su educación jurídica, era devoto sin llevar esa devoción hasta el fetichismo, como lo demostró siempre que creyó ver en peligro la *salus populi;* reforzarlo porque el poder central era el responsable ante el mundo, a quien íbamos a pedir los elementos activos de nuestra transformación económica, del orden, de la paz, de la justicia, es decir, de la solvencia de nuestro erario, del poder del gobierno en todos los ámbitos del país, del respeto al derecho, de todo cuanto fuese indicio de organización y progreso.

Temerosa, inmensurable era la tarea; se trataba de volver a su cauce un río desbordado y poner diques perpetuos a las inundaciones futuras. Toda la gente de acción del país había tomado parte en la lucha, por patriotismo los menos, por espíritu de aventura y de revuelta los más, no pocos por

miras interesadas y para explotar, expoliar y defender los abusos a cuya sombra medraban y exprimían al pueblo.

No era ésta labor de un día, y Juárez jamás pensó en poder darle cima, pero decidido a crearla cimientos de granito. Un ejército, un instrumento de hierro, capaz de imponer respeto y miedo, era lo urgente; el ministro de la Guerra era el hombre *ad hoc*: conocedor penetrante de las personalidades importantes en la enorme masa armada que había triunfado, afable y persuasivo, accesible a la adulación, aunque inflexible y duro en el fondo, comenzó inmediatamente su labor de selección, agrupando, casi siempre con acierto, los elementos de verdadera fuerza en derredor del gobierno y disponiéndose, porque era capaz de decisiones, pero no de ilusiones, a combatir y a vencer; sabía que la guerra civil era inevitable y no la temía; lo que deseaba era vencer a la revuelta rápidamente y dar esa prueba de fuerza.

Para lograr tener en la mano y hacer suyo el ejército, había un obstáculo casi insuperable: los generales vencedores, los héroes de la guerra reciente. Todos ellos aspiraban a situaciones privilegiadas, a especies de autonomías militares de honor, de consideración y de poder, no sólo para ellos, sino para los grupos guerreros que se habían formado a su sombra. La masa armada, la que no era propiamente un elemento militar, vuelta a sus hogares o a sus guaridas, había quedado licenciada o dispersa, lista para las futuras revueltas o disuelta en gavillas de bandoleros que mantenían en toda la extensión del país la alarma, la inquietud y la desconfianza; de lo que se originaba un estado nervioso que indicaba que la República no volvería a la salud sino en tiempos indefinidamente lejanos.

La habilidad del ministro de Juárez consistió en desarmar a los elementos hostiles, cuando eran inútiles, halagándolos, colmándolos de consideraciones y esperanzas; y en donde las primeras personalidades eran de un temple bastante fuerte para resistir a estos halagos, entonces las otras, los generales de segunda fila, los coroneles —y entre ellos había magníficos soldados—, eran solicitados, atraídos, afiliados, desligados de sus jefes: el gran prestigio de Juárez hacía lo demás.

El jefe más conspicuo del ejército, el que gozaba lo mismo entre las legiones del norte que del occidente o del centro, de gran simpatía e incontrastable ascendiente en el antiguo ejército de oriente, que se mantenía a sus órdenes personalmente adicto, y huraño, casi hostil al gobierno, que desconocía sus méritos y despreciaba sus servicios —hemos nombrado al general Porfirio Díaz—, era el peligro, la preocupación y el obstáculo; aconsejado por un patriotismo extraviado, pero intensamente enérgico, era apto para provocar una revolución, pero incapaz de dirigir un pronunciameinto. Entretanto el jefe de la segunda división, desprendido y rígido ante el halago, se retiró tranquilo, descontento y fuerte.

Con él perdió su escudo de acero la resistencia a la acción niveladora del gobierno, y la transformación fue rápida: el ejército normal de la República, bravo, disciplinado, leal, nació de allí; el ejército no volvió a pronunciarse; pudo dejar caer en el abismo de las revueltas algunos de sus fragmentos, pu-

do en horas de desorganización del gobierno quedar sin brújula y diseminarse, siguiendo pasivamente diversas banderas; pero tomar en masa la iniciativa de la guerra civil como los Echávarri, los Bustamante, los Santa Anna, los Paredes, los Zuloaga, ya esto no volvió a ser; ¡no volverá a ser nunca!

La obra gubernamental era, empero, irrealizable sin finanzas, y la creación de ellas parecía más irrealizable aún, por la dificultad tremenda de la reorganización del país y nuestra falta abosluta de crédito en el exterior, producida no sólo por la inmensa desconfianza y el invencible recelo con que se veía nuestra tentativa de fundar un verdadero gobierno, indiscutido en sus principios, consentido en sus medios y nacionalmente aceptado en sus fines (cosa que, puede decirse, era insólita en nuestra historia), sino por la entera y legítima actitud que habíamos tomado frente a nuestros acreedores extranjeros, considerando unos créditos como nulos de origen y otros sujetos a revisión y a pactos nuevos. La considerable merma de la riqueza pública, consecuencia de once o doce años de guerra no interrumpida; la imposibilidad de definir sin estadística, ni incipiente siquiera, el asiento del impuesto; la seguridad de encontrar obstáculos en dondequiera que se intentara reintegrar a la Federación en el aprovechamiento de sus recursos legales, retenidos por las administraciones locales, que necesitaban vivir y que, en realidad, administraban la bancarrota y capitulaban con la anarquía, autorizaban todos los pronósticos pesimistas y mostraban el punto negro que pronto se convirtiría en el final desastre de nuestra nacionalidad: nuestro pueblo, que, como decía por entonces un preclaro poeta mexicano, "mandar no sabe, obedecer no quiere", iba fatalmente a la impotencia y a la absorción norteamericana.

Los ministros de Juárez formularon un programa financiero que, sin excluir en la práctica (lo que era imposible por la brega cerrada con las necesidades de la vida cotidiana) el expediente premioso y el llamamiento al agio, el cáncer de nuestro erario, el parásito invasor que nos había impedido vivir, y las transacciones ruinosas con las avideces de los partidarios, trazaba el plan racional de las reformas viables de nuestro sistema hacendario, plan que todavía es, en sus líneas directrices, el que nos ha permitido aprovechar y fomentar, cada vez más normalmente, nuestra transformación económica: recoger y concentrar la recaudación y administración de los impuestos; hacer uso de una política de transacciones perennemente revisables en materia de tarifas; crear el "timbre" con la tendencia de transformar la base de nuestras rentas haciéndola interior principalmente; buscar una nivelación posible del presupuesto (sin lograrlo nunca, aunque en la práctica emparejaba los ingresos con los egresos el implacable nivel de la necesidad), organizar la cuenta del tesoro y perseguir el peculado y el fraude hasta donde fuera posible; tal fue, substancialmente, el programa. Un hombre dotado de paciente energía, de increíble laboriosidad y de honradez intachable, *más bien gran oficinista que gran financiero*, tuvo principalmente a su cargo la realización de una obra que sólo profundas modificaciones económicas han podido sacar con el transcurso del tiempo de la órbita de lo ideal.

La situación política facilitaba cada día menos tamaña empresa. Desde la víspera del triunfo, los estadistas que formaban el Consejo oficial de Juárez, todos resueltos a aplicar la Constitución, pero decididos a sobreponer a ella (así lo habían hecho en Paso del Norte) la salud de la República, comprendieron que urgía modificarla para hacerla viable. Y perfectamente seguros de que estas modificaciones no se obtendrían de los congresos exaltados que debían preverse, sino muy tarde y muy deficientemente, creyeron que debían, dado el carácter profundamente anormal de aquel momento histórico, llamar al país votante a una manifestación plebiscitaria que reformase la ley fundamental desde los colegios electorales: tratábase de reforzar el Poder Ejecutivo por medio del veto; de impedir el despotismo neurótico de la Cámara popular obligándola a compartir su poder con un Senado, y, seguros de que el partido liberal triunfante, al encontrarse sólo con el cadáver del partido retrógado a los pies, se dividiría en banderías personalistas, trataron de dar vida legal a un partido conservador sometido a las instituciones, pero aspirando a modificarlas por los medios legales, y para ello creyóse lo más eficaz devolver el voto al clero, excluído por la Constitución.

La idea que informaba este audacísimo plan, menos en lo relativo al clero, era acertada en conjunto; el procedimiento plebiscitario fue un funesto error. Los descontentos, los antiguos adversarios de Juárez, los más o menos disimuladamente enemigos de Lerdo (a quien se atribuía toda la tentativa), levantaron el guante, lo convirtieron en una bandera costitucional y el plebiscito fracasó lastimosamente; tuvo ya razón de ser una oposición que se reclutó entre los más florido y elocuente del partido constitucionalista, y hasta la candidatura de Juárez, que era una necesidad de honra nacional, halló opositores en todos los grupos que acababan de obtener la victoria.

En la formación de la Cámara aseguró el gobierno una mayoría; pero una mayoría poco sumisa y asaz indisciplinada, que hizo gala de repudiar solemnemente la frustránea política plebiscitaria, y que más bien hallaba ocasiones de aplaudir que de combatir la ardiente y algunas veces la grandilocuente y soberbia tribuna de la oposición. Todo el prestigio de Juárez, toda la influencia que daba a Lerdo su talento, que se comparaba al del gran canciller Bismarck, todo el respeto que inspiraba Iglesias con su palabra formidablemente armada de cifras y datos, todo el crédito de la infatigable laboriosidad de Romero y el temor por la acción cada vez más firme de Mejía sobre el elemento armado, se aplicó a disciplinar y a gobernar plenamente la mayoría parlamentaria, y así comenzó a vivir la República en su segunda era.

No la seguiremos paso a paso. Pero sí haremos constar que, a pesar de los obstáculos que hemos apuntado y de la sorda resistencia que oponía a la evolución gubernativa una buena parte de la sociedad mexicana en los grandes centros, sobre todo en México, Puebla, Guadalajara, San Luis, Mérida —resistencia compuesta de retraimiento de los ricos desconfiados y recelosos, de resentimiento de los grupos conspicuos que habían quedado heridos

y ensangrentados a la caída del Imperio, y de miedo de los que veían en la Reforma, encarnada en Juárez, una empresa antirreligiosa, en vez de una arma anticlerical—; a pesar de todo ello, el gobierno marchó y la República se sintió gobernada; una garantía superior para el trabajo apareció en la firme voluntad del Presidente de hacer respetar su autoridad y de mantener a todo trance el orden, y el país volvió a la vida normal.

Como por ensalmo, los ánimos comenzaron a serenarse, los capitales a entrar en circulación, y la solvencia del erario y el pago casi siempre regular del ejército de empleados, que constituye importantísimo elemento social y mercantil, dieron cohesión creciente al poder. Este estado de cosas se reflejó en el exterior; los intereses extranjeros aquí radicados, ejercieron su fuerza de atracción sobre los que fuera de aquí estaban en conexión con ellos, y el gran problema de las vías de comunicación tuvo un principio de solución al organizarse definitivamente los trabajos que iban a unir con un gran ferrocarril la capital, no sólo política sino mercantil de la República, con el principal de nuestros puertos.

En otro orden de actividades puso el gobierno la mano con impulsadora energía: Juárez creía de su deber, deber de raza y de creencia, sacar a la familia indígena de su postración moral, la superstición; de la abyección religiosa, el fanatismo; de la abyección mental, la ignorancia; de la abyección fisiológica, el alcoholismo, a un estado mejor, aun cuando fuese lentamente mejor, y el principal instrumento de esta regeneración, la escuela, fue su anhelo y su devoción; todo debía basarse allí. Un día dijo al autor de estas líneas, estudiante impaciente de la realización repentina de ideales y ensueños: "Desearía que el protestantismo se mexicanizara conquistando a los indios; éstos necesitan una religión que les obligue a leer y no les obligue a gastar sus ahorros en cirios para los santos". Y comprendiendo que las burguesías, en que forzosamente se recluta la dirección política y social del país, por la estructura misma de la sociedad moderna, necesitaban realmente una educación preparadora del porvenir, confió a dos eximios hombres de ciencia (uno de los cuales tenía toda la magnitud de un fundador) la reforma de las escuelas superiores; la secundaria, o "preparatoria", resultó una creación imperecedera animada por el alma de Gabino Barreda.

Flor de aquellas horas de esperanza y de reposo, cuyo perfume era el espíritu mismo de la patria resucitada, la literatura tuvo su epifanía triunfal. Tornó la República a oir las voces amadas de sus grandes oradores, de sus grandes poetas: Ramírez, Altamirano, Prieto, Zamacona, Zarco, y, a su sombra refrigerante y fecunda, las de los dioses menores y del enjambre sonoro de los nuevos, de los que tenían veinte años. A ellos vinieron los vencidos, y parecía que al son de la lira una nueva república de concordia y de amor iba a levantarse en la aurora de la era nueva.

II

Por desgracia, las nubes malas se alzaban en el horizonte; ya lo hemos dicho, jamás había habido en la República, a pesar de haberse sucedido sin interrupción las guerras civiles y los estados anárquicos, una masa de gente armada semejante a la que estaba en pie en todos los ámbitos del país, de Yucatán a Sonora, al día siguiente del triunfo; los Estados, al reabsorber una gran mayoría de esas fuerzas, cuando hubo sido hecha la selección del ejército nacional, se encontraron con que aquellos hombres hechos a la aventura, al merodeo, al pillaje, al combate, desdeñaban el trabajo industrial o agrícola, tan poco remuneratorio que parecía irrisorio ofrecérselo; les era más ventajosa la guerrilla por cuenta de cualquier plan político, o gavilla por cuenta propia, y no era fácil distinguir los matices que diferenciaban unos grupos de otros. Esta era la substancia, el plasma que debía aglutinarse en torno de núcleos que a toda prisa se constituían a la vista del gobierno, que los vigilaba y se preparaba a deshacerlos. Los oficiales excluídos del ejército, injustamente no pocos, por necesidad muchos, otros por razones claras de dignidad y conveniencia; los que, aunque republicanos, resultaban excomulgados políticos, porque estuvieron a punto de desintegrar en las horas más rudas de la prueba al partido republicano, y los excomulgados de la patria como traidores, que aunque estaban bien penetrados de la imposibilidad de restaurar el Imperio, eran víctimas de la imposibilidad de llevar otra vida que la militar, éstos eran los elementos irreductibles de los focos de la revuelta futura. Y como con ellos confinaba el ejército mismo, resultaba éste accesible a la tentación, al soborno, a la idisciplina y a la rebelión, no en su cuerpo mismo, pero sí en muchos de sus componentes viciados, aquellos, sobre todo, que intentaban, bajo la influencia de las tendencias locales, resistir la acción cada vez más concentradora del gobierno federal.

A raíz de la elección de Juárez, que fue, como hemos dicho, un gran acto de honra nacional, las manifestaciones esporádicas de la anarquía latente comenzaron; pero a todas se sobreponía un gran esfuerzo del país para vivir en paz y un gran esfuerzo del gobierno por mantenerla. Desde entonces esta idea entró en lo más hondo del cerebro nacional, fue una obsesión: la paz en nuestra condición primaria de vida; sin la paz marchamos al estancamiento definitivo de nuestro desenvolvimiento interior y a una irremediable catástrofe internacional.

Pero el gobierno agotaba sus recursos a medida que hacía sentir su acción a mayor distancia: ya en Sonora y Sinaloa, en donde las enconosas rencillas locales encendían la lucha; ya en Yucatán, en donde el imperialismo había tenido gran séquito, y en donde, si ya había muerto como programa, vivía como rencor, y ya en el centro mismo, en Puebla, de que estuvo a punto de adueñarse un voluble y quimérico *condotier* de nuestras reyertas fratricidas, aquel que tuvo la suerte de retener un día, en los bordados de su *kepí* de general, un destello del sol de mayo de 62 y que fraguó el asalto

de una "conducta de caudales" con el mismo desplante con que tramaba un plan político. Todo ello era sintomático de un agudo que precisaba transformar a todo trance: las medidas conducentes a precipitar la evolución mental del pueblo mexicano por medio de la escuela, y la evolución económica por medio de la vía férrea, no se descuidaron, sin embargo, un momento; pero eran de resultados muy lentos y hervían los elementos malos.

El ejército mismo, mal retribuído con frecuencia, resistente a todo trabajo severo de reorganización, minado por las ambiciones de los jefes, tradicionalmente habituados a encontrar el premio del ascenso en la lotería del procedimiento, y complicado en las contiendas políticas de los Estados, en que había un grupo siempre dispuesto a arrancar por la violencia del poder y de la caja del erario al grupo gobernante, el ejército mismo comenzó a ser una amenaza. Pero esto sirvió para probarlo, rehacerlo y disciplinarlo mejor; por dondequiera el gobierno se sobreponía y castigaba rudamente a los rebeldes, y eso que alguna vez la asonada fue formidable y envolvió a los Estados más importantes del interior, como San Luis, Zacatecas, Jalisco. La represión solía ser muy sangrienta; mas ella indujo a la masa social a comenzar a creer que el gobierno se sobrepondría a toda revuelta; era una esperanza.

Pero llegó la época electoral en pleno trabajo de reconstitución, en lo más delicado y difícil de una labor penosísima; ni en la Cámara, ni en la prensa, ni en la opinión aparecía un caudillo capaz de hacer contrapeso a Juárez; Lerdo, a pesar del gran prestigio de su inteligencia y del grupo de hombres importantes que le rodeaba, no era popular y no podía aspirar a la suprema magistratura sin el apoyo de Juárez; el general Porfirio Díaz, que con sus laureles inmarchitos y gloriosos había pasado de la victoria al retraimiento, era el centro de los anhelos, de los despechos, de los resentimientos del elemento militar excluido del presupuesto o excomulgado de la vida pública; su ascendiente, su entereza, su probidad lo habían transformado de caudillo militar en caudillo político, y era temible, y era popular, como lo son siempre los hombres de espada cuando se les cree capaces de acometer una gran empresa y triunfar; mas había gran desconfianza de sus aptitudes de estadista y su popularidad propia no se transmitía a sus amigos civiles, que todos señalaban y a quienes parecía irremediablemente subalternado.

La brevedad del período presidencial, copiada de la Constitución de los Estados Unidos, pueblo en que los factores de estabilidad tienen incalculable potencia, nos condenaba o a obras gubernativas diminutas y fragmentarias, o a renovar periódicamente, con las relaciones, el argumento de la violación del sufragio, bastante ridículo en un país cuya inmensa mayoría no votaba, pero que tenía que producir gran efecto, porque precisamente por nuestros hábitos y nuestra educación, será siempre quizás un argumento jurídicamente irrefutable. ¿Cómo probará nunca un gobernante que se hace reelegir, que no ha violado clandestinamente el voto público? Y como las violaciones del sufragio en los pueblos latinos, aun cuando sean sancionadas por el juicio del poder constitucional a ello destinado, no tienen por co-

rolario, como en los pueblos sajones, un aplazamiento para la nueva lucha electoral, sino la protesta a mano armada y la revuelta, era claro que la decisión de Juárez de hacerse reelegir (decisión acertada, porque, de lo contrario, habría sido irremediable la anarquía) sería el prefacio de la guerra civil.

La actitud del general Díaz, la escisión entre Juárez y Lerdo, cosa tenida como imposible, tanto así parecían unimismados en propósitos estos hombres, y, a consecuencia de esto, la formación de una oposición parlamentaria que se acercaba a la mayoría, sostenida en la prensa con un talento, una pasión y un exceso de lenguaje temibles, señalaron muy a las claras la importancia de la crisis. El Presidente, firme en su propósito, resolvió afrontarlo todo; estimulado por una ambición, perfectamente humana, de conservar el poder, del que creía que podría hacer buen uso en favor de la consolidación de las instituciones y de la paz, a costa ciertamente de una guerra interior, que, lo repetimos, consideraba como la prueba suprema de la fortaleza del poder central, convencido de que su renuncia a la candidatura, único modo acaso de evitar la reelección, parecería una retractación de sus miras o una deserción de sus deberes, cuando en realidad ninguna de las otras candidaturas podía aspirar al triunfo sino por el peso del grupo juarista yuxtapuesto a ellas, asumió a la cara de la tormenta deshecha que amenazaba, su ya clásica imperturbabilidad; volvió a mostrarse el bronce que los huracanes llegan a hacer vibrar, pero que no alcanzan a conmover.

Y vino la tormenta, y furiosa, mayor sin duda de lo que se creía; en vísperas del período electoral, una asonada militar se hizo dueña de uno de los más importantes puertos del Golfo; el gobierno pasó sobre la resistencia de la liga parlamentaria a concederle facultades extraordinarias, y ahogó en sangre la asonada. Las elecciones se verificaron; el pueblo, socialmente considerado, se abstuvo, como de costumbre, u obedeció en pasivos rebaños a los comités políticos que lo encaminaban a las urnas; el país político, el interesado en la gran batalla del presupuesto, mostró inusitada actividad, pero los elementos de sedición y revuelta lo complicaban todo con su levadura de sangre y desolación. En la Cámara, por la voz de elocuentísimos tribunos, con el tono de los grandes días de los conflictos patrios, en los despachos mismos de algunos gobernadores, se anunciaba la apelación indefectible a la revolución. La sociedad burguesa de algunas capitales, a quien era profundamente antipático Juárez, que personificaba la Reforma y el desenlace trágico del Imperio, o que, en su parte reflexiva, veía con incertidumbre y espanto la guerra civil, era secretamente hostil; y eso fue muy grave, pero estaba hasta cierto punto compensado con la devolución y la fidelidad casi total del elemento burocrático, que, por interés y miedo a la enorme turba de despojantes que militaba en las filas de los contrarios, o por adhesión real al presidente, a pesar de la falta frecuentísima de los sueldos, no extremó esta vez, por ventura, el trabajo terrible de disgregación y disolución que opera en los cimientos de todo gobierno insolvente. Detrás, como formando el telón de fondo de esta escena en que empezaban a desenvolverse

anhelosos los episodios primeros del drama fratricida, los viejos cacicazgos tradicionales, a donde no podía llegar aún la acción del gobierno y que se declaraban neutrales, pero que en realidad servían de reparo a la revuelta, los viejos cacicazgos de las sierras del Nayarit, de Guerrero, de Querétaro, de Tamaulipas, de Puebla, semejantes a enormes monolitos de granito embadurnados de sangre, que recordaban las piedras de los sacrificios...

El resultado de la elección, en que el elemento oficial tomó parte descaradamente, era ineludible; el presidente Juárez obtuvo mayoría absoluta, Díaz y Lerdo compartieron con él, en proporciones distintas, el sufragio. No se había hecho la declaración cuando estalló en México mismo un motín que, si como fue desacertadamente combinado, hubiera sido dirigido por una cabeza medianamente previsora, habría tenido consecuencias decisivas y terribles. Por fortuna, nada supieron organizar los amotinados, y la represión fue fulminante. Todo era, en suma, un tristísimo pródromo de la lucha encarnizada que se anunciaba.

Después de la elección, la insurrección de todos los elementos militares y políticos de descontento tomó temerosa importancia; de Oaxaca a la frontera del norte todas las sierras se pusieron en pie, todas obedecieron a un plan concertado de antemano; muchos de los hombres más conspicuos de la guerra de Intervención saltaron a la palestra, y, no sin vacilaciones ni escisiones, el Estado natal de Juárez vio formarse en su seno el núcleo principal de la protesta armada. Como en Oaxaca, el general Díaz vaciló mucho en poner en la balanza su autoridad moral sobre sus conciudadanos, sólo inferior a la de Juárez, y el inmaculado prestigio de su vida de soldado y de patriota, al servicio de la revuelta: creyó, sin duda, que el país necesitaba renovaciones profundas que sólo podía obtener por la fuerza; sus desilusiones, sus amargos resentimientos con el receloso gabinete de Juárez, que había cerrado fría e indefinidamente la puerta al ascendiente a que tenía derecho quien había prestado los servicios que él, la sugestión perenne de las ambiciones y rencores inextinguibles que lo rodeaban premiosos, arrastrándolo a compromisos irreparables, todo ello, probablemente, constituyó el elemento primordial de su decisión, que una vez tomada, fue irrevocable. Desde entonces, en su conciencia de republicano y de hombre de gobierno se incrustó con dolorosa y persistente tenacidad esta idea, que podía parecer un delirio entonces, que ahora vemos bien que lo era: "Sólo puedo compensar el deservicio inmenso que hago a mi país al arrojarlo a una guerra civil, poniéndolo alguna vez en condiciones que hagan definitivamente imposible la guerra civil".

Esta fue empeñadísima; una red roja podía marcar, sobre la carta de la República, los itinerarios de la revuelta en torno de los grandes centros militares, hábilmente escogidos por el gobierno; en todas partes la resistencia fue desorganizada, yugulada, vencida. Cuando mediaba 1872, no quedaban más que jirones de la tormenta enredados en los picos de las más lejanas serranías: la revolución, herida de muerte y fugitiva, buscaba refugios, ya no reparos para apoyar nuevos ataques.

La autoridad y la fuerza moral del gobierno habían cobrado energías nuevas en la brega: obligar al país político, educado en la revuelta perpetua, a la paz a todo trance, ahogar en sangre el bandolerismo y la inseguridad, empujar la gran mejora material de que dependían las otras, entrar en relaciones diplomáticas con las naciones europeas para dar pábulo y seguridad al comercio internacional, poner en estudio todas las grandes soluciones prácticas posibles de nuestro estado económico: la colonización, la irrigación sistemática del país agrícola, la libertad interior de comercio, y conjurar con esto el avance constante en la reorganización de nuestro régimen hacendario; aumentar los elementos de educación para transmutar al indígena y al mestizo inferior en valores sociales: tal era el programa de la paz con tan cruenta labor reconquistada. Pero no por eso descuidaba Juárez la mejora política: sus dos miras finales, ansiosas, persistentes, convertidas en hierro por su voluntad, eran la creación de un Senado para equilibrar la acción legislativa, sin contrapeso alguno en nuestra ley fundamental, y la constitucionalización de los principios de Reforma, para hacer de ésta la regla normal de nuestra vida política y social...

En los primeros capítulos de este grandioso programa, la sorpresa traidora de la muerte truncó la nueva labor.... Fue una gran desgracia... Había elementos eternos en su obra, que él ansiaba transformar de pasiva en activa; logró mucho, habría logrado más; cuando Juárez murió, un soplo de clemencia y de concordia oreaba ya todos los campos de batalla, los antiguos, los recientes... Eran las ráfagas precursoras de la primavera, el renacimiento; con la era nueva, la era actual; la República, bajo sus auspicios, tuvo conciencia plena de la necesidad de transformar la revolución en evolución y el esfuerzo era perceptible. Hidalgo y Juárez son las más altas, las más grandes columnas militares de nuestra historia; sus tumbas son altares de la patria...

La muerte de Juárez, que en el conjunto de nuestra historia puede considerarse como una calamidad nacional, en los momentos en que se produjo pareció un bien, porque desarmó *incontinenti* a la guerra civil.

En medio de una paz por todos honradamente anhelada, subió a la presidencia interina el presidente de la Suprema Corte Federal, y poco después este mismo ciudadano fue electo Presidente constitucional de la República, sin competidor ni obstáculo. La renovación tranquila y normal del gobierno, el desenlace definitivo del drama militar y la confianza absoluta de todos en el talento superior del señor Lerdo de Tejada, fueron los factores principales de una situación bonancible por extremo, la primera que aparecía sin nubes desde los tiempos en que inauguraba su período constitucional el presidente Victoria. Cerca de medio siglo hacía que no veía el país una situación semejante.

La elección había sido unánime; el pueblo elector, no el analfabético, a quien los agentes de la autoridad arrastran a la elección primaria o le suplantan en ella, sino el grupo de electores secundarios que, cualquiera que sea su origen, es muy considerable, sabe leer, tiene personalidad, suele estar

en contacto con las pasiones o necesidades locales y a veces con la política general; ese pueblo, en donde residen más o menos latentes los elementos genésicos de la democracia nacional, había estado en acuerdo perfecto con la opinión. De aquí en el organismo social entero una sensación de descanso, de reposo y de bienestar plenamente perceptible; de aquí, o sólo una esperanza, es decir, una especie de deseo inactivo, sino una aspiración, que es el deseo *unido al esfuerzo*, una aspiración inmensa, no sólo a la paz, sino al afianzamiento de esa paz por medio de cambios profundos en las condiciones económicas del país; ambas cosas en la conciencia nacional no constituían un círculo vicioso, sino ua interdependencia de componentes necesarios que obraban alternativamente como causas y efectos.

El nuevo presidente se dio cuenta clara de su misión, y cuando inauguró su gobierno con la obra que había sido uno de los grandes empeños de Juárez, la línea férrea entre México y Veracruz, todo el mundo creyó que la transformación económica había pasado del largo y laborioso proemio a su capítulo primero. Pocos meses después, estaban bien delineados los grandes propósitos del programa presidencial, a cual más patriótico: incorporar la Reforma a la Constitución y crear en ésta mayores elementos de conservación y estabilidad; integrar el territorio nacional, disgregado de hecho por la existencia de cacicazgos que vivían substraídos a la ley; confiar la inmensa tarea de las vías de comunicación en el interior de la República, sin la cual las consecuencias de apertura de la línea de Veracruz no podrían ser generales, al capital europeo y nacional combinados. Todo ello era grave. La opinión liberal y reformista se puso entera y armada con sus razonamientos, sus exaltaciones y sus anhelos, como en los días de lucha épica, del lado del presidente. La prensa clerical, guiada por algunos de sus más avezados veteranos, daba tono a la batalla con el acento irreverente y cruelmente sarcástico de su resistencia apasionada. Parecía la víspera de una nueva guerra de religión.

Los resultados fueron previstos con inteligencia certera por el presidente y llevados a su fin con tranquila firmeza para dar su carácter definitivo a la conquista legal, para marcar bien su significación: convertidos en fórmulas claras y precisas lo que se llamaba "los dogmas liberales"; la separación de la Iglesia y el Estado; la supresión de las comunidades religiosas como asociaciones absolutamente ilegales; la prohibición de adquirir bienes raíces a todas las corporaciones, y las consecuencias de todo esto en el estado civil de las personas, en las manifestaciones externas del culto, formaron el cuerpo de derecho de la nueva sociedad nacional mexicana. La discusión de esas leyes, su promulgación, produjeron una sacudida temerosa en las conciencias.

Ese estremecimiento no fue una conmoción, fue una emoción social; la Iglesia, desacertadamente, porque nadie como ella ha aprovechado moral y materialmente quizás la situación creada por la Reforma, pero inspirada por el estrecho criterio intransigente de Pío IX, hogaño como antes, fulminó

sus rayos, aunque con la cortesía y ductilidad propias del que era entonces el primado mexicano, y todo el elemento femenino de la sociedad, que había aplaudido en el advenimiento del señor Lerdo el reinado de la gente decente, volvió la espalda al presidente y comenzó con implacable tenacidad esa guerra sorda de los salones y las cocinas, que ataca y enmohece los más íntimos resortes gubernamentales. Lo que se ha llamado, no sabemos por qué, la expulsión de las hermanas de la caridad y la expulsión de algunos individuos de la Compañía de Jesús, puso el sello a este profundo malestar doméstico, colocando del lado de los perseguidos la conmiseración y la ternura.

Una intentona de guerra civil, bajo pretexto religioso, organizada en Michoacán con elementos rurales de ínfima especie, ensangrentó al Estado y parecía que iba a ser incoercible, convirtiendo aquella comarca, cuna de eminentes reformistas, en una *Vendée* mexicana. No fue así, y aislado prontamente el foco de la revuelta, pudo la conflagración ser extinguida.

El peligro de aquella situación era psicológico, estaba en el señor Lerdo mismo; estaba en un defecto intelectual que suele ser propio de los talentos extraordinarios, como el suyo indudablemente lo era: no creía necesitar de nadie para la acción; todos los hombres le eran iguales, todos eran para él instrumentos fácilmente manejables con el señuelo del interés; no preveía el caso de que el interés precisamente los volviera resistentes a su impulso; no creía necesitar de consejo, no deliberaba, se informaba negligentemente y decidía sin elementos suficientes muchas veces. El orgullo, factor de los grandes aislamientos, no estaba blindado en el presidente por una de esas voluntades enérgicas que se sobreponen a todo y se imponen a todos, y este defecto de carácter se complicaba con cierta tendencia a retardar indefinidamente el estudio de las cuestiones más importantes, a desempeñar su cargo en una especie de perpetua conversación en que ofuscaba a sus interlocutores con su penetración y su ingenio y los desconcertaba con su pereza fatalista para resolver y su incurable escepticismo. De temperamento profundamente conservador y autoritario, irónicamente ajeno a toda creencia, aunque tenía la religión de la grandeza de la patria, que consideraba en buena parte como obra suya, el presidente Lerdo era un gran señor, capaz de hacer cosas admirables arrimado a un gobernante de carácter soberano, incapaz de transigir con ningún temor cuando se trataba del decoro de su país y capaz de transigir con la libertad por desprecio a los hombres.

En dos años rápidos, 74 y 75, se le vio pasar del prestigio al desprestigio, de la popularidad sin sombras perceptibles a una impopularidad que pudo al fin llamarse absoluta. Soberbiamente aislado, con mucho más amor propio que ambición de poder, no había tenido inconveniente en perder a sus antiguos amigos, en cuyas dotes administrativas no tenía confianza alguna y que le parecían alardear de un derecho a compartir con él un poder que en puridad no los debía, y sostuvo en el gabinete a los amigos de Juárez, por no verse obligado a colocar a los suyos, y los amigos de Juárez no llegaron a

tener con él, *sin embargo, más vínculo* que el del interés de su forma más deleznable.

Siguiendo el programa del gran presidente, que no descuidó medio legal para fortificar en los Estados la acción del poder central, prohijó con laudable empeño y obtuvo la reforma constitucional que daba en la representación nacional un papel de suprema importancia a la representación de las entidades federadas: la erección de un Senado, en que, más que un contrapeso a las tendencias absorbentes de la Cámara popular, vieron los gubernamentales un medio de amar al poder para impedir que los conflictos interiores de los Estados pudieran convertirse en conflagraciones generales. Ya antes, la cruzada contra los cacicazgos de las sierras, que tenía que ser muy lenta en sus efectos, pero que era indispensable, y no sólo a la cohesión nacional sino al lustre de nuestra dignidad, había comenzado con éxito brillantísimo en Jalisco y Tepic con la exterminación del jefe Lozada, un feroz patriarca de tribus montañesas organizadas en forma de gobierno primitivo.

Todo parecía salir al señor Lerdo a medida de sus deseos, si el prurito de sostener gobernadores impopulares en los Estados o de imponerlos haciendo alarde de la fuerza federal, no hubiese producido pronto una situación especialísima en que llegó a encontrar forma la protesta vaga de un indefinible, pero profundo malestar, y la antipatía violenta que inspiraba, en grupos cada vez más numerosos de la sociedad, no el hombre, sino el gobernante. De este sentimiento, que tenía en la prensa de oposición ecos popularísimos, llegó a ser como la encarnación genuina un semanario de caricaturas que se *propuso ridiculizar implacablemente* a los individuos del gobierno, y lo logró, aliando el incomparable talento del general Riva Palacio con el lápiz diabólicamente travieso de Villasana.

Aquella hostilidad inmensa, pero difusa, no se cristalizó en cuerpos de resistencia invencible hasta que la Suprema Corte de Justicia habló. Recientemente se había hecho cargo de la dirección de aquel cuerpo, a un tiempo judicial y político, según la Constitución, el más conspicuo de los ministros de Juárez, después del señor Lerdo. Repúblico de temperamento estoico, preconizador y observador escrupuloso de la religión del deber, poseedor de una vasta inteligencia nutrida por pasmosa erudición filosófica y literaria, el licenciado Iglesias subió a la presidencia de la Corte, que era al mismo tiempo la vicepresidencia de la República, resuelto a facilitar la cada vez menos feliz labor administrativa del presidente Lerdo, de quien era amigo excelente, hasta donde sus funciones se lo permitieran, hasta donde no lo atajara el infranqueable muro de granito de su conciencia.

Y sucedió que los desmanes de los gobernadores de los Estados, obligaron a la Corte a intervenir por medio de las formas constitucionales del recurso de amparo en la política local; y sucedió que en las peripecias de esas tremendas batallas jurídicas, que excitaron por extremo la atención del país, la mayoría del supremo tribunal definió la famosa teoría de la competencia de origen, es decir, la de las facultades de la Corte autorizada por el texto del artículo 16 de la ley fundamental, para investigar si los títulos de cualquiera

autoridad, contra la que se interponía el recurso de amparo, eran legítimos, pues que sin esa legitimidad la competencia era originariamente nula. Por esta teoría, que no es el caso de analizar, el papel de la Corte tomaba tal importancia que podía decirse que se constituía en árbitro infalible (jurídicamente este vocablo equivalente a inapelable) de la política del país. El señor Lerdo resistió sin suceso apreciable a este ensanche de facultades que destruía realmente el equilibrio de los poderes; pero la Corte se mantuvo firme, guiada por su presidente. Cuando por una mera cuestión de carácter local estalló en Oaxaca el movimiento de Tuxtepec, el país, en su inmensa mayoría, abrigaba esta opinión: el señor Lerdo no puede continuar en el poder.

Por orgullo, por desdén a quienes se creían intérpretes de la opinión, por reacción contra un estado de ánimo que se había generalizado y que él creía soberanamente injusto, porque le negaba el derecho y la aptitud de gobernar a un pueblo a quien creía haber prestado innegables servicios, el Presidente admitió su candidatura para un nuevo período, y entonces el grito de "no reelección", lanzado al comenzar el año de 76 en el Estado de Oaxaca, repercutió en todos los ámbitos de la República; los amigos del Presidente, en secreto, sus enemigos, ostensiblemente, todos estaban de acuerdo con el *desideratum* revolucionario.

Una vigorosa política de mejoras materiales habría conjurado la tormenta, mas la porción total que, explotadora o no de la política, hacía gala de serle ajena, había secundado tibiamente la idea que el presidente con plena fe creyó siempre patriótica, pero que era irrealizable: la de encargar al capital europeo, sumado hasta donde fuera posible con el capital nacional, las magnas obras materiales que debían transformar nuestro ser económico, verdadera causa de la periodicidad de las guerras civiles. De esto infería la masa pensante que, por recelo de los americanos, las mejoras materiales se aplazarían indefinidamente, y que el peligro de que se huía acabaría por tomar tremendas proporciones cuando no fuese ya tiempo de conjurarlo.

La revuelta, que se llamó "revolución de Tuxtepec", no pudo ser vencida, y el gobierno logró sólo aislarla en Oaxaca, no sin cruentísimos lances. Sabíase que el ministro de la Guerra tenía entre los rebeldes amigos y partidarios, y esto hacía sospechar que su acción para contener la revuelta era floja, acaso desleal. Y la verdad era que el ministro estaba más convencido que nadie de que la reelección era imposible.

Cuando, con la ocupación de Matamoros, entró el general Díaz en escena, la revuelta tomó el carácter de una insurrección del país; más o menos ostensiblemente la secundaban algunos gobernadores, la favorecían grandes empresas particulares, la aplaudían los infinitos devotos de la "bola", simpatizaba con ella la sociedad. Sin embargo, la ya excelente constitución del ejército federal se sobrepuso a todo, por lo pronto, y la insurrección, completamente vencida en el norte y el interior, se encontró en las serranías de Puebla, Veracruz y Oaxaca. Sobre ella podía el gobierno hacer converger casi todo el ejército. Pero el país seguía estremecido, impaciente; el incendio domi-

nado parecía pronto a renacer en cualquier parte. Algo extraordinario y decisivo se esperaba.

El presidente de la Suprema Corte de Justicia, después de una larga deliberación con su conciencia de hombre, de magistrado, de funcionario político, decidió desconocer la elección presidencial verificada ya, y que exclusivamente hecha por el elemento burocrático, había resultado favorable al señor Lerdo, cuando buena parte de los Estados votantes se hallaba oficialmente en estado de sitio, es decir, legalmente tutoreados por la autoridad militar e incapacitados de ejercer libremente sus funciones políticas. Ese desconocimiento, si bien era extraconstitucional, fluía directamente de la doble función de magistrado y vicepresidente que en el señor Iglesias se reunían y no era por ningún concepto una rebelión contra la ley, sino una medida de salvación pública en un estado perfectamente anárquico; el probo funcionario creyó necesario allegar todos los elementos de resistencia y de respeto en torno de su actitud, que de otro modo habría terminado obscura y ridículamente en una prisión. El vicepresidente aceptó el apoyo del gobierno y Estado de Guanajuato, se trasladó a él, y en cuanto la reelección fue proclamada en México, expidió un manifiesto asumiendo el poder, cuyos títulos legales habían abandonado, al infringir la Constitución, el presidente y la Cámara de representantes. Esto era inusitado, singular en supremo grado, y respondía con un hecho —obra de un magistrado que por él no perdía su investidura—, a otro hecho autorizado por otro magistrado que no podía renovar sus funciones sino dentro de la Constitución y que había salido de ella. Al concluir el período legal del presidente Lerdo, nada podía quedar del Poder Ejecutivo sino un título intacto, el del Vicepresidente de la República.

La actitud del presidente de la Corte produjo un inmenso desconcierto, de donde surgió el triunfo de la revolución. Para el señor Iglesias era esto seguro, nunca dudó de él y sabía y decía que no contaba con el éxito personal; al contrario, presentía que su obra sería absolutamente adversa a su interés, que su actitud sería discutida con rabia y pasión indesarmables, que era un calvario, así decía, el que para él empezaba; lo que no era capaz de hacerlo desistir de un propósito. Pretendía, y esto sí fue vano empeño, poner un puente a la revolución para constitucionalizarla; la revolución logró el éxito gracias a la actitud del señor Iglesias, que paralizó la acción del gobierno central, y luego se desembarazó de su involuntario, pero formidable colaborador. Era otro orden de cosas, era otro orden de ideas.

Desde la aparición del señor Iglesias en Guanajuato, todo fue muy rápido. El ejército del interior, destinado a reforzar al que estaba llamado a exterminar la rebelión en las sierras, se detuvo en torno del nuevo Estado en armas y se fue desmoronando en todas sus vanguardias, que se unían a las fuerzas de Guanajuato. Y no sólo esa fracción del ejército, sino todo él, desorientado por el manifiesto de Salamanca y mimado por la opinión, vacilaba; la mayor parte de sus jefes resolvieron que, pasado el último día del período legal del señor Lerdo, se agruparían en torno del vicepresidente.

En vano con los cambios de gabinete y la promoción de medidas de alta

energía en México se trató de conjurar el peligro. Las dos grandes porciones armadas de la revolución se reunieron en los campos de Tecoac, por encima de las tropas del gobierno, deshechas en sangrientos pedazos, y pronto se adueñaron de la capital, de donde salió para el extranjero el señor Lerdo. Entonces la marcha victoriosa del ejército revolucionario, acaudillado por el general Díaz, fue incontenible: un instante pareció detenerse ante el derecho claro del vicepresidente, pero dictando condiciones que no pudo aceptar la estoica entereza del señor Iglesias; luego, arrollándolo todo a su paso, continuó su marcha hasta el Pacífico. Al amanecer el año de 1877, la revolución tuxtepecana era dueña del país.

III

El país estaba desquiciado; la guerra civil había, entre grandes charcos de sangre, amontonado escombros y miserias por todas partes; todo había venido por tierra; abajo, para el pueblo rural, se había recrudecido la leva, una de las enfermedades endémicas del trabajo mexicano (las otras son el alcohol y la ignorancia), que dispersaba al pueblo de los campos en el ejército, como carne de cañón; en la guerrilla, como elemento de regresión a la vida de la horda salvaje, y en la gavilla, la escuela nómada de todos los vicios antisociales. El pueblo urbano o en las fábricas, paradas por el miedo a la guerra o por la inutilidad de producir para mercados atestados, o en los talleres sin ocupación, de las ciudades, se entregaba a la holganza o se escapaba rumbo a la bola o se dejaba llevar en cuerda al cuartel. La burguesía, exprimida sin piedad o por los régulos locales o por los gobiernos en lucha, escondía su dinero y retraía sus simpatías; había visto la caída del gobierno central con gusto (exceptuando en dos o tres Estados en que el lerdismo significaba la emancipación de odiadas tiranías locales); pero había sido indiferente a la tentativa del señor Iglesias, que le parecía una sutileza constitucional con todas las apariencias de un pronunciamiento de abogados y literatos, y se sentía asaltada de recelos y temores hondos ante aquella masa heterogénea de apetitos insaciables, de resentimientos implacables y de intereses inconfesables, señoreada de la República con el nombre de revolución tuxtepecana, en que se habían resumido todos los elementos de desorden removidos por la guerra civil. Creía en la buena fe del jefe de la revolución, creía en su probidad, pero lo suponía, entonces como antes, irremediablemente subalternado a las ambiciones muy enérgicas, pero muy estrechas, de un grupo de sus consejeros; y si le concedía dotes administrativas, persistía en negarle dotes políticas; este hombre, se repetía en los grupos urbanos, en nuestra guisa familiar de condensar las opiniones, este hombre "no sacará al buey de la barranca".

Eso era la sociedad. Los factores oficiales eran pésimos: el ejército federal que, desorientado, perplejo, descontento de sí mismo, se había dividido entre las dos banderas que se apellidaban constitucionales, pero que en su

inmensa mayoría se había mantenido fiel al deber, ahora ingresaba en masa en el ejército de la victoriosa revolución y se sentía humillado, comprimido, impaciente, pronto a sacudir lo que reputaba una cadena y un yugo; sus principales jefes, o lo habían abandonado, o veían desdeñosos la turba que los rodeaba con el secreto deseo del desquite. El tropel revolucionario se disponía a despojar al ejército legal de todos sus grados y prerrogativas y lanzarlo a la calle desarmado, desnudo y castigado, y exigía del jefe de la revolución este botín de guerra.

En cuanto a la falange burocrática, mínimamente pagada, cuando lo estaba, apenas cumplía con su deber; hacía la censura despiadada de las costumbres y la ignorancia de los vencedores, organizaba la gran conspiración inferior de los servidores infieles, o desertaba; los jefes improvisados del gobierno efímero que había surgido de la revuelta, solicitaban públicamente empleados para los puestos administrativos y solían recibir despectivas repulsas.

En el exterior, las peripecias y el final de la guerra civil habían causado una penosa impresión. Estaba probado; México era una país ingobernable, los Estados Unidos debían poner coto a tanto desmán, ya que Europa era impotente para renovar la tentativa. Los sociologistas nos tomaban como ejemplo de la incapacidad orgánica de los grupos nacionales que se habían formado en América con los despojos del dominio colonial de España, y el ministro de los Estados Unidos asumía una actitud de tutor altivo y descontento ante el Ejecutivo revolucionario.

La Constitución había quedado sepultada bajo los escombros de la legalidad: las reformas que la revolución había proclamado eran netamente jacobinas: ni Senado ni reelección, es decir, omnipotencia de la Cámara popular, debilitación del Poder Ejecutivo por la forzosa renovación incesante de su jefe. Quedaba la Corte para proteger el derecho individual. Pero ¿cuándo un tribunal ha servido de valladar positivo al despotismo del poder político, si ese tribunal está también sometido a la elección popular, perennemente suplantada en México por los prestidigitadores oficiales?

Y para colmo de inconvenientes, la prensa, o hacía cruelmente la oposición, o regañaba y aleccionaba incesantemente al gobierno cuando le era adicta, convergiendo ambas en la exigencia del cumplimiento estricto de las promesas de los planes revolucionarios, entre las que dos descollaban como supremas aspiraciones del país: el respeto al sufragio libre, es decir, el abandono de las elecciones locales y generales a los gobernadores y sus agentes, y la abolición del impuesto de "timbre", promesa popularísima, cuyo cumplimiento equivaldría a suicidio financiero de la administración.

El deseo verdadero del país, el rumor que escapaba de todas las hendiduras de aquel enorme hacinamiento de ruinas legales, políticas y sociales, el anhelo infinito del pueblo mexicano que se manifestaba por todos los órganos de expresión pública y privada de un extremo a otro de la República, en el taller, en la fábrica, en la hacienda, en la escuela, en el templo, era el de la paz. Ese sentimiento fue en realidad el que desarmó la resistencia del Vicepresidente de la República, a pesar de su autoridad constitucio-

nal. Nadie quería la continuación de la guerra, con excepción de los que sólo podían vivir del desorden, de los incalificables en cualquier situación normal. Todo se sacrificaba a la paz: la Constitución, las ambiciones políticas, todo, la paz sobre todo. Pocas veces se habrá visto en la historia de un pueblo una aspiración más premiosa, más unánime, más resuelta.

Sobre ese sentimiento bien percibido, bien analizado por el jefe de la revolución triunfante, fundó éste su autoridad; ese sentimiento coincidía con un propósito tan hondo y tan firme como la aspiración nacional: hacer imposible otra revuelta general. Con la consecución de este propósito, que consideraba, ya lo dijimos antes, como un servicio y un deber supremo a un tiempo, pensaba rescatar ante la historia la terrible responsabilidad contraída en dos tremendas luchas fratricidas: la sangre de sus hermanos le sería perdonada si en ella y de ella hacía brotar el árbol de la paz definitiva.

Complicar en esa obra, que parecía irrealizable ensueño, todos los intereses superiores e inferiores, era el camino para lograrla; el caudillo creía que para eso era preciso que se tuviera fe en él y que se le temiera. La fe y el temor, dos sentimientos que, por ser profundamente humanos, han sido el fundamento de todas las religiones, tenían que ser los resortes de la política nueva. Sin desperdiciar un día ni descuidar una oportunidad, hacia allá ha marchado durante veinticinco años el presidente Díaz; ha fundado la religión política de la paz.

A raíz de la desaparición del estado legal, parecía imposible la vuelta a un régimen normal; todos, lo repetimos, fiaban en la energía, en el ascendiente, en la rectitud del caudillo triunfante; nadie le suponía verdaderas aptitudes políticas y de gobierno; sí se seguía con interés la marcha de tres de sus consejeros, los tres oráculos del gobierno nuevo (los señores Vallarta, Benítez y Tagle); a éstos se concedía mucho talento pero mucha pasión. La vuelta al orden constitucional era el primer paso político; urgía para ello reconstruir los órganos legales del gobierno. Sólo un poder había respetado a medias, la Suprema Corte de Justicia; para l s demás era precisa la renovación.

Una elección hecha bajo los auspicios de las autoridades revolucionarias y en medio de la abstención real del país político, dio, si no legitimidad, sí legalidad al caudillo; fue Presidente de la República: su acción fue más desembarazada y más firme. Pero al mismo tiempo se dibujó bien el peligro; los partidarios del presidente derrocado, explotando el prestigio de nombres venerados en el ejército, promovieron, fuera y dentro del país, conspiraciones que en todas partes chispeaban conatos de incendio, para el cual había en todas ellas inmenso combustible acumulado. Los amagos exteriores en la frontera americana fueron neutralizados a fuerza de buena suerte: todos se condensaron dentro, y, a punto de estallar en terrible conflagración, fueron apagados en sangre: el siniestro estaba conjurado. La emoción fue extraordinaria: hubo protestas y dolor; muchos inocentes perecieron sacrificados, pero la actitud del presidente sorprendió; el temor, gran resorte de gobierno, que no es lícito confundir con el terror, instrumento de des-

potismo puro, se generalizó en el país. La paz era un hecho; ¿sería duradera?

En este país, ya lo dijimos, propiamente no hay clases cerradas, porque las que así se llaman sólo están separadas entre sí por los móviles aledaños del dinero y la buena educación; aquí no hay más clase en marcha que la burguesía; ella absorbe todos los elementos activos de los grupos inferiores. En éstos comprendemos lo que podría llamarse una plebe intelectual. Esta plebe, desde el triunfo definitivo de la Reforma, quedó formada: con buen número de descendientes de las antiguas familias criollas, que no se han desarmonizado mentalmente, sino que viven en lo pasado y vienen con pasmosa lentitud hacia el mundo actual; y segundo, con los analfabetos. Ambos grupos están sometidos al imperio de las supersticiones, y, además, el segundo, al del alcohol; pero en ambos la burguesía hace todos los días prosélitos, asimilándose a unos por medio del presupuesto, y a otros por medio de la escuela. La división de razas, que parece compilar esta clasificación, en realidad va neutralizando su influencia sobre el retardo de la evolución social, porque se ha formado entre la raza conquistada y la indígena una zona cada día más amplia de proporciones mezcladas que, como hemos solido afirmar, son la verdadera familia nacional; en ella tiene su centro y sus raíces la burguesía dominante. No es inútil consignar, sin embargo, que todas estas consideraciones sobre la distribución de la masa social serían totalmente ficticias y constituirían verdaderas mentiras sociológicas, si se tomaran en un sentido absoluto; no, hay una filtración constante entre las separaciones sociales, una ósmosis, diría un físico; así, por ejemplo, la burguesía no ha logrado emanciparse ni del alcohol ni de la superstición. Son estos microbios sociopatógenicos que pululan por colonias en donde el medio de cultivo les es propicio.

Esta burguesía que ha absorbido a las antiguas oligarquías, la reformista y la reaccionaria, cuya génesis hemos estudiado en otra parte, esta burguesía tomó conciencia de su ser, comprendió a dónde debía ir y por qué camino, para llegar a ser dueña de sí misma, el día en que se sintió gobernada por un carácter que lo nivelaría todo para llegar a un resultado: la paz. Ejército, clero, reliquias reaccionarias; liberales, reformistas, sociólogos, jacobinos, y, bajo el aspecto social, capitalistas y obreros, tanto en el orden intelectual como en el económico, formaron el núcleo de un partido que, como era natural, como sucederá siempre, tomó por común denominador un nombre, una personalidad: Porfirio Díaz. La burguesía mexicana, bajo su aspecto actual, es obra de este repúblico, porque él determinó la condición esencial de su organización: un gobierno resuelto a no dejarse discutir, es, a su vez, la creadora del general Díaz; la inmensa autoridad de este gobernante, esa autoridad de árbitro, no sólo político, sino social, que le ha permitido desarrollar y le permitirá asegurar su obra, no contra la crisis, pero sí acaso contra los siniestros, es obra de la burguesía mexicana.

Nunca la paz ha revestido con mayor claridad, que al día siguiente del triunfo de la revuelta tuxtepecana, el carácter de una primordial necesidad nacional. He aquí por qué el desenvolvimiento industrial de los Estados Uni-

dos, que era ya colosal hace veinticinco años, exigía como condición obligatoria el desenvolvimiento concomitante de la industria ferroviaria, a riesgo de paralizarse. El *go ahead* americano no consentiría esto, y por una complejidad de fenómenos económicos que huelga analizar aquí, entraba necesariamente en el cálculo de los empresarios de los grandes sistemas de comunicación que se habían acercado a nuestras fronteras, completarlos en México, que, desde el punto de vista de las comunicaciones, era considerado como formando una región sola con el suroeste de los Estados Unidos. El resultado financiero de este englobamiento de nuestro país en la inmensa red férrea americana, se confiaba a la esperanza de dominar industrialmente nuestros mercados.

Esta ingente necesidad norteamericana podía satisfacerse, o declarando ingobernable e impacificable al país y penertando en él en son de protección para realizar las miras de los ferrocarriles, o pacífica y normalmente si se llegaba a adquirir la convicción de que existía en México un gobierno con quien tratar y contratar, cuya acción pudiera hacerse sentir en forma de garatía al trabajador y a la empresa en el país entero y cuya viabilidad fuera bastante a empeñar la palabra de varias generaciones. La guerra civil era, pues, desde aquel momento, no sólo un grave, el más grave de los males nacionales, sino un peligro, el mayor y más inmediato de los peligros internacionales. El señor Lerdo trató de conjurarlo acudiendo a la concurrencia del capital europeo; era inútil, fue inútil; el capital europeo sólo vendría a México en largos años, endosando a la empresa americana. La virtud política del Presidente Díaz consistió en comprender esta situación y, convencido de que nuestras condiciones sociales nos ponían en el caso de dejarnos enganchar por la formidable locomotora *yankee* y partir rumbo al porvenir, en preferir hacerlo bajo los auspicios, la vigilancia, la policía y la acción del gobierno mexicano, para que así fuésemos unos asociados libres obligados al orden y la paz y para hacernos respetar y para mantener nuestra nacionalidad íntegra y realizar el progreso.

Muchos de los que han intentado llevar a cabo el análisis psicológico del Presidente Díaz, que sin ser ni el arcángel apocalíptico que esfuma Tolstoi, ni el tirano de melodramática grandeza del cuento fantástico de Bunge, es un hombre extraordinario en la genuina acepción del vocablo, encuentran en su espíritu una grave deficiencia, en el proceso de sus voliciones, como se dice en la escuela, de sus determinaciones, hay una perceptible inversión lógica: la resolución es rápida, la deliberación sucede a este primer acto de voluntad, y esta deliberación interior es lenta y laboriosa, y suele atenuar, modificar, nulificar a veces la resolución primera. De las consecuencias de esta conformación de espíritu, que es propia quizás de todos los individuos de la familia mezclada a que pertenecemos la mayoría de los mexicanos, provienen las imputaciones de maquiavelismo o perfidia política (engañar para persuadir, dividir para gobernar) que se le han dirigido. Y mucho habría que decir, y no lo diremos ahora, sobre estas imputaciones que, nada menos por ser contrarias directamente a las cualidades que todos reconocen en el hom-

bre privado, no significan, en lo que de verdad tuvieren, otra cosa que recursos reflexivos de defensa y reparo respecto de exigencias y solicitaciones multiplicadas. Por medio de ellas, en efecto, se ponen en contacto con el poder los individuos de esta sociedad mexicana que de la idiosincrasia de la raza indígena y de la educación colonial y de la anarquía perenne de las épocas de revuelta, ha heredado el recelo, el disimulo, la desconfianza infinita con que mira a los gobernantes y recibe sus determinaciones; lo que criticamos es, probable, el reflejo de nosotros mismos en el criticado.

Sea de eso lo que se quiera, será siempre una verdad que la primitiva resolución del caudillo revolucionario en el asunto de los ferrocarriles internacionales, fue pronta, fue segura, no se desnaturalizó luego, fue el primer día lo que ahora es; y se necesitaba por cierto sobreponerse a la angustia del porvenir con ánimo inmensamente audaz y sereno y tener inquebrantable fe en el destino de la patria, y pedir con singular energía moral una fuente de fuerza y de grandeza a lo que parecía el camino obligado de nuestra servidumbre económica, para haber abierto nuestras fronteras al riel y a la industria americana. ¡Y en qué momentos! Uno de los invencibles temores del señor Lerdo, y justificado y racional a fe, era el semillero de peligrosísimos conflictos con los Estados Unidos que acaso surgirían del compromiso de pagar subvenciones que el estado de nuestro erario jamás podría cumplir. El señor Díaz, fiando la seguridad de evitar esos conflictos precisamente a la transformación económica, por ende financiera, que el país sufriría a consecuencia de la realización de los ferrocarriles proyectados, se atrevió a contraer obligaciones nacionales que importaban muchos millones de pesos, en momentos en que nuestro erario estaba exhausto y no había dinero en las arcas para pagar los haberes del ejército.

Efectivamente, la cuestión financiera amenazaba paralizar todo el impulso del presidente hacia las mejoras materiales de carácter nacional; desorganizada completamente la frontera del norte por la complacencia o debilidad de las autoridades locales para con los reyes del contrabando, éste tomaba proporciones colosales; las plazas del interior de la República se inundaban de efectos mercantiles fraudulentamente importados, y el *krac* de las rentas aduanales había producido una especie de pavoroso malestar, porque se juzgaba irremediable. Vino a complicarlo todo la lucha política, no la que buscaba el favor del país elector, ni alfabeta ni inteligente, que vota en segundo grado, sino la que disputaba la preponderancia en el ánimo del presidente, que tenía ya suficiente autoridad moral para que una indicación suya fuese acatada por los colegios electorales. Pero el término presidencial se acercaba; el general Díaz tiró entonces las muletas de Sixto V, rompió resueltamente con sus consejeros íntimos que querían imponerle un candidato; escogió el suyo, lo puso de hecho a la cabeza del ejército, y en medio de una situación preñada de amenazas, pero no exenta de esperanzas, dejó el poder a uno de los más audaces, de los más bravos, de los más leales de sus colaboradores revolucionarios. La nación estaba perpleja ante el nuevo presidente. El general González era todo un soldado. ¿Era un hombre de gobierno?

Hubo una gran esperanza; el nuevo ministerio se componía de ciudadanos probos, el ex presidente Díaz formaba parte de él; hubo claramente un movimiento de ascensión. Las grandes empresas ferroviarias internacionales parecían sembradoras de *dollars* en el surco inmenso que acotaban los rieles desde la frontera al centro del país; la cosecha inmediata consistía en el trabajo remuneratorio como jamás lo había sido para el bracero y el obrero mexicano; obsérvese, a compás de la plenitud de las arcas fiscales, a los empleados contentos, al ejército mimado y al espíritu de empresa subido al rojo-blanco por el foco de calor, de patriotismo, de amor a la fortuna y amor al progreso que el nuevo ministro de Fomento Pacheco, llevaba en el alma. Al arrimo de esa situación se proyectó todo: colonizaciones, irrigaciones, canalizaciones, quiméricos ferrocarriles interoceánicos en Tehuantepec, formación artificial de puertos que no existían en el Golfo, esbozos de marinas nacionales, creadas de golpe, y poderosas instituciones bancarias en que parecía que el capital mexicano debía afluir para abrir paso a la industria y al comercio en el nuevo período que apuntaba en el horizonte. Por desgracia, al hecho positivo de la construcción de las vías férreas, que, para ser productivas, exigían otras y otras, y una red entera que fuese cubriendo el suelo nacional, se adunaba lo precario, por transitorio, del auge creado por el dinero americano invertido en las construcciones, auge que a algunos financieros pareció indefinido A la sombra de esa engañosa bonanza, el desorden y la imprevisión administrativa se hicieron habituales; el interés del país fue, en manos de los especuladores, un instrumento de medro personal; un vértigo de negocios se apoderó de muchos y hubo más de un funcionario público que realizase, como por ensalmo, pingüe fortuna, poniendo al servicio de los negociantes sus influencias y sus codicias.

A nada de esto era extraño el presidente nuevo: hombre de perfecto buen sentido, incapaz ni de temor ni de duplicidad, se sobreponía en él, a todo, no sé qué espíritu de aventura y de conquista que llevaba incorporado en su sangre española y que se había educado y formado en más de veinte años de incesante brega militar en que había derrochado su sangre y su bravura. El general González es, en el sentir del que esto escribe, aunque todos estos juicios sobre acontecimientos de ayer son revisables, un ejemplar de atavismo: así debieron ser los compañeros de Cortés y Pizarro y Almagro; física y moralmente así. De temple heroico, capaces de altas acciones y de concupiscencias soberbias, lo que habían conquistado era suyo y se erizaban altivos y sañudos ante el monarca, así fuese Carlos V o Felipe II, para disputar su derecho y el precio de su sangre. El presidente creía haber conquistado a ese precio, en los campos de Tecoac, el puesto en que se hallaba; era suyo y lo explotaba a su guisa.

Concluyó el período de gastos de las construcciones ferroviarias, cesó el pactolo de correr, vino la escasez del erario y luego su impotencia para pagar los más necesarios servicios administrativos; crecieron las tergiversaciones, los expedientes, el recurso cotidiano a maniobras inconfesables; y los negocios, sin embargo, no cesaban. La protesta de que se hacía la prensa eco,

bien reflexivo y victorioso, o frenético y desmandado más allá de todo límite de pudor y de equidad, partía del fondo de esa especie de irreductible honradez y amor a la justicia que constituye la substancia primitiva de la conciencia social mexicana. No cabía negarlo; cuando se abrió el período electoral ya no fue posible tomar medida alguna; una moneda nueva que acaso tenía sus ventajas, fue considerada como moneda falsa, y en rabiosa asonada popular, que parecía más bien un arqueo, una náusea social, fue regurgitada y tornada imposible; un contrato necesarísimo en principio, aunque censurable en sus cláusulas, pero que era condición *sine qua non* del restablecimiento de nuestro crédito exterior, el reconocimiento de la deuda inglesa, fue juzgado como indenominable atentado; supusiéronse, con evidente exageración, negocios fabulosos hechos a la sombra del convenio, y como era en las postrimerías administrativas de aquella situación, y como el presidente electo era el general Díaz, y todos consideraban rotos los compromisos con los que se iban y no volverían, porque efectivamente no podían volver, una oposición parlamentaria nació y creció como el mar al soplo del huracán, la sociedad se aremolinó encrespada en torno de los tribunos parlamentarios, ahogó las explicaciones de los defensores del gobierno con la elocuencia de los oradores, que a veces fue admirable, con los gritos sin término de imberbes energúmenos que arrastraban a las masas estudiantiles y populares, y con el ruido de los aplausos y las exclamaciones de entusiasmo de las señoras y los hombres de orden.

En medio de esta lección dada al gobierno que salía y al que iba a entrar, que mostraba cuán rápidamente podía alejarse el poder de la conciencia pública y cuán lejos estaba todavía el pueblo de la educación política, comenzó la nueva administración del general Díaz, desde entonces indefinidamente refrenada, más que por el voto, por la voluntad nacional.

Algo así como una colérica unanimidad había vuelto al antiguo caudillo de la revolución al poder; los acontecimientos de la capital parecían indicio cierto del estado precario de la paz y de la facilidad con que podría caerse en las viejas rodadas de la guerra civil; la anarquía administrativa y la penuria financiera daban a la situación visos de semejanza con la del período final de la legalidad en 76, y a todos parecía que se habían perdido ocho años y que habría que recomenzarlo todo; la opinión imponía el poder al presidente Díaz como quien exige el cumplimiento de un deber, como una responsabilidad que se hacía efectiva.

En la enorme bancarrota política de ochenta y cuatro, el pasivo era abrumador; había que rehacer nuestro crédito en el exterior, sin el cual no habríamos podido encontrar las sumas necesarias para llevar a cabo las grandes obras del porvenir, haciendo recaer la obligación principal sobre el porvenir así favorecido, y esa obra parecía imposible vista la impopularidad ciega del reconocimiento de la deuda inglesa, clave de ese crédito; había que rehacer la desor-

ganizada Hacienda y era preciso comenzar por una suspensión parcial de pagos; había que prestigiar la justicia, que imponer el respeto a la ley, que deshacer ciertas vagas coaliciones de los gobiernos locales, señal segura de debilidad morbosa en la autoridad del centro; había que dar garantías serias, tangibles, constantes al trabajo en su forma industrial, agrícola, mercantil... tal era el pasivo. En su activo contaba la nueva administración con los grandes ferrocarriles hechos y con el nombre del general Díaz. Pero para que el presidente pudiera llevar a cabo la gran tarea que se imponía, necesitaba una máxima suma de autoridad entre las manos, no sólo de autoridad legal, sino de autoridad política que le permitiera asumir la dirección efectiva de los cuerpos políticos; cámaras legisladoras y gobiernos de los Estados; de autoridad social, constituyéndose en supremo juez de paz de la sociedad mexicana con el asentimiento general, ése que no se ordena, sino que sólo puede fluir de la fe de todos en la rectitud arbitral del ciudadano a quien se confía la facultad de dirimir los conflictos; y de autoridad moral, ese poder indenifible, íntimamente ligado con eso que equivale a lo que los astrónomos llaman la ecuación personal, el modo de ser característico de un individuo que se exterioriza por la claridad absoluta de la vida del hogar (y el del general Díaz ha estado siempre iluminado por virtudes profundas y dulces, capaces de servir de mira y ejemplo) y por la condición singularísima de no llegar jamás al envanecimiento ni al orgullo a pesar del poder, de la lisonja y de la suerte; tales fueron los elementos inestimables de esa autoridad moral.

Con estos factores, la obra marchó no sin graves tropiezos; la exigencia general en el país y fuera del país, en cuantos habían entrado en contacto con los asuntos nuestros, en los tenedores de obligaciones mexicanas, en los anticipadores del ya enorme capital invertido en las vías férreas, era clara, apremiante, impotente; exigíase la seguridad plena de que el general Díaz habría de continuar su obra hasta dejarla a salvo de accidentes fatales. A esta seguridad dio satisfacción, dentro de lo humanamente previsible, el establecimiento, primero parcial y luego total y absoluto del primitivo texto de la Constitución, que permitía indefinidamente la reelección del Presidente de la República.

Con esta medida había quedado extinguido el programa de la revolución tuxtepecana: sus dogmas que, bajo la apariencia de principios democráticos, envolvían, como todos los credos jacobinos, la satisfacción de una pasión momentánea, satisfacción propicia a calentar la lucha y precipitar el triunfo, y el desconocimiento absoluto de las necesidades normales de la nación, habían muerto uno por uno: era un programa negativo fundamentalmente compuesto de tres aboliciones: el Senado, el timbre, la reelección; ninguna había podido quedar en pie. Ni siquiera había suscitado un grupo dominante de hombres nuevos, sino muy a medias: vencidos y vencedores se distribuían en paz el presupuesto. No había resultado de aquella honda y sangrienta conmoción, más que una situación nueva; pero esta situación nueva era una transformación: era el advenimiento normal del capital extranjero a la explotación de las riquezas amortizadas del país; y era ésta, no huelga decirlo aquí, la úl-

tima de las tres grandes desamortizaciones de nuestra historia: la de la Independencia, que dio vida a nuestra personalidad nacional; la de la Reforma, que dio vida a nuestra personalidad social, y a la de la Paz, que dio vida a nuestra personalidad internacional; son ellas las tres etapas de nuestra evolución total. Para realizar la última, que dio todo su valor a las anteriores, hubimos de necesitar, lo repetiremos siempre, como todos los pueblos en las horas de las crisis supremas, como los pueblos de Cromwell y Napoleón, es cierto, pero también como los pueblos de Washington y Lincoln y de Bismark, de Cavour y de Juárez, un hombre, una conciencia, una voluntad que unificase las fuerzas morales y las transmutase en impulso normal; este hombre fue el presidente Díaz.

Una ambición, es verdad, ¿capaz de subalternarlo todo a la conservación del poder? Juzgará la posteridad. Pero ese poder que ha sido y será en todos los tiempos el imán irresistible, no de los superhombres del pensamiento quizás, pero sí de los superhombres de la acción, ese poder era un *desideratum* de la nación; no hay en México un solo ciudadano que lo niegue ni lo dude siquiera. Y esa nación que en masa aclama al hombre, ha compuesto el poder de este hombre con una serie de delegaciones, de abdicaciones si se quiere, extralegales, pues pertenecen al orden social, sin que él lo solicitase, pero sin que equivocase esta formidable responsabilidad ni un momento; y ¿eso es peligroso? Terriblemente peligroso para lo porvenir, porque imprime hábitos contrarios al gobierno de sí mismos, sin los cuales puede haber grandes hombres, pero no grandes pueblos. Pero México tiene confianza en ese porvenir, como en su estrella el presidente; y cree que, realizada sin temor posible de que se altere y desvanezca la condición suprema de la paz, todo vendrá luego, vendrá a su hora. ¡Que no se equivoque!...

Sin violar, pues, una sola fórmula legal, el presidente Díaz ha sido investido, por la voluntad de sus conciudadanos y por el aplauso de los extraños, de una magistratura vitalicia de hecho; hasta hoy por su conjunto de circunstancias que no nos es lícito analizar aquí, no ha sido posible a él mismo poner en planta su programa de transición entre un estado de cosas y otro que sea continuación en cierto orden de hechos. Esta investidura, la sumisión del pueblo en todos sus órganos oficiales, de la sociedad en todos sus elementos vivos, a la voluntad del presidente, puede bautizársele con el nombre de dictadura social, de cesarismo espontáneo, de lo que se quiera; la verdad es que tiene caracteres singulares que no permiten clasificarla lógicamente en las formas clásicas del despotismo. Es un gobierno personal que amplía, defiende y robustece al gobierno legal; no se trata de un poder que se ve alto por la creciente depresión del país, como parecen afirmar los fantaseadores de sociología hispanoamericana, sino de un poder que se ha elevado en un país que se ha elevado proporcionalmente también, y elevado, no sólo en el orden material, sino en el moral, porque ese fenómeno es hijo de la voluntad nacional de salir definitivamente de la anarquía. Por eso si el gobierno nuestro es eminentemente autoritario, no puede, a riesgo de perecer, dejar de ser constitucional, y se ha atribuido a un hombre, no sólo para realizar la paz y

dirigir la transformación económica, sino para ponerlo en condiciones de neutralizar los despotismos de los otros poderes, extinguir los cacicazgos y desarmar las tiranías locales. Para justificar la omnímoda autoridad del jefe actual de la República, habrá que aplicarle, como metro, la diferencia entre lo que se ha exigido de ella y lo que se ha obtenido.

En suma, la evolución política de México ha sido sacrificada a las otras fases de su evolución social; basta para demostrarlo este hecho palmario, irrecusable: no existe un solo partido político, agrupación viviente organizada, no en derredor de un hombre, sino en torno de un programa. Cuantos pasos se han dado por estos derroteros, se han detenido al entrar en contacto con el recelo de gobierno y la apatía general: eran, pues, tentativas facticias. El día que un partido llegara a mantenerse organizado, la evolución política reemprendería su marcha, y el hombre, necesario en las democracias más que en las aristocracias, vendría luego; la función crearía un órgano.

Pero si comparamos la situación de México precisamente en el instante en que se abrió el paréntesis de su evolución política y el momento actual, habrá que convenir, y en esto nos anticipamos con firme seguridad al fallo de nuestros pósteros, en que la transformación ha sido sorprendente. Sólo para los que hemos presenciado los sucesos y hemos sido testigos del cambio, tiene todo su valor: las páginas del gran libro que hoy cerramos lo demuestran copiosamente: era un ensueño, —al que los más optimistas asignaban un siglo para pasar a la realidad—, una paz de diez a veinte años; la nuestra lleva largo un cuarto de siglo; era un ensueño cubrir al país con un sistema ferroviario que uniera los puertos y el centro con el interior y lo ligara con el mundo, que sirviera de surco infinito de fierro en donde arrojado como simiente el capital extraño, produjese mieses opimas de riqueza propia; era un ensueño la aparición de una industria nacional en condiciones de crecimiento rápido, y todo se ha realizado, y todo se mueve, y todo está en marcha y *México: Su Evolución Social* se ha escrito para demostrar así, y queda demostrado.

La obra innegable de la administración, por severamente que se juzgue, no consiste en haber hecho el cambio, que acaso un conjunto de fenómenos exteriores hacían forzoso y fatal, sino en haberlo aprovechado admirablemente y haberlo facilitado concienzudamente. En esta obra nada ha sido más fecundo para el país — y la historia lo consignará en bronce—, que la íntima colaboración de los inquebrantables propósitos del presidente y de las convicciones y aptitudes singulares del que en la gestión de las finanzas mexicanas representa los anhelos por aplicar a la administración los procedimientos de la ciencia. A esa colaboración se debe la organización de nuestro crédito, el equilibrio de nuestros presupuestos, la libertad de nuestro comercio interior y el progreso concomitante de las rentas públicas. A ella se deberá, se debe ya quizás, que se neutralicen, y por ventura se tornen favorables para noso-

tros, los resultados del fenómeno perturbador de la depreciación del metal blanco, que fue el más rico de nuestros productos consumibles y exportables, fenómeno que si por un lado ha sido, con la facilidad de las comunicaciones y la explotación de las fuerzas naturales, un factor soberanamente enérgico de nuestra vida industrial, por otro amenazaba, por las fluctuaciones del cambio, aislar, circunscribir y asfixiar nuestra evolución mercantil. El haber es, pues, imponderable en el balance que se haga de las pérdidas y ganancias al fin de la era actual.

Existe, lo repetimos, una evolución social mexicana; nuestro progreso, compuesto de elementos exteriores, revela, al análisis, una reacción del elemento social sobre esos elementos para asimilárselos, para aprovecharlos en desenvolvimiento e intensidad de vida. Así nuestra personalidad nacional, al ponerse en relación directa con el mundo, se ha fortificado, ha crecido. Esa evolución es incipiente sin duda: en comparación de nuestro estado anterior al último tercio del pasado siglo, el camino recorrido es inmenso; y aun en comparación del camino recorrido en el mismo lapso por nuestros vecinos, y ese debe ser virilmente nuestro punto de mira y referencia perpetua, sin ilusiones, que serían mortales, pero sin desalientos, que serían cobardes, nuestro progreso ha dejado de ser insignificante.

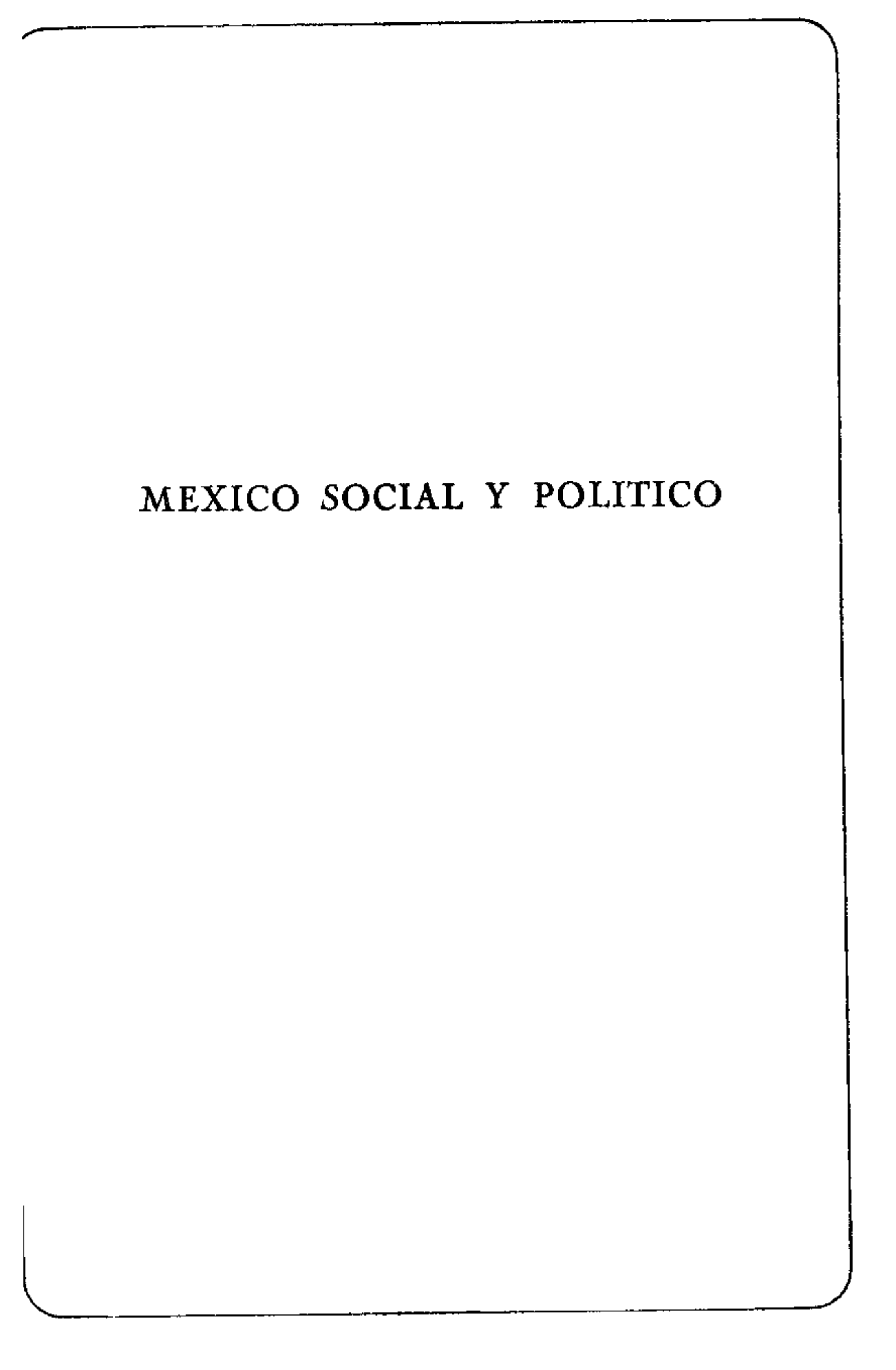
Nos falta devolver la vida a la tierra, la madre de las razas fuertes que han sabido fecundarla, por medio de la irrigación; nos falta, por este medio con más seguridad que por otro alguno, atraer al inmigrante de sangre europea, que es el único con quien debemos procurar el cruzamiento de nuestros grupos indígenas, si no queremos pasar del medio de civilización, en que nuestra nacionalidad ha crecido, a otro medio inferior, lo que no sería una evolución, sino una regresión. Nos falta producir un cambio completo en la mentalidad del indígena por medio de la escuela educativa. Esta, desde el punto de vista mexicano, es la obra suprema que se presenta a un tiempo con caracteres de urgente e ingente. Obra magna y rápida, porque o ella, o la muerte.

Convertir al terrígena en un valor social (y sólo por nuestra apatía no lo es), convertirlo en el principal colono de una tierra intensivamente cultivada; identificar su espíritu y el nuestro por medio de la unidad de idioma, de aspiraciones, de amores y de odios, de criterio mental y de criterio moral; encender ante él el ideal divino de una patria para todos, de una patria grande y feliz; crear, en suma, el alma nacional, ésta es la meta asignada al esfuerzo del porvenir, ése es el programa de la educación nacional. Todo cuanto conspire a realizarlo, y sólo eso, es lo patriótico; todo obstáculo que tienda a retardarlo o desvirtuarlo, es casi una infidencia, es una obra mala, es el enemigo.

El enemigo es íntimo; es la probabilidad de pasar del idioma indígena al idioma extranjero en nuestras fronteras, obstruyendo el paso a la lengua nacional; es la superstición que sólo la escuela laica, con su espíritu humano y científico, puede combatir con éxito; es la irreligiosidad cívica de los impíos que, abusando del sentimiento religioso inextirpable en los mexicanos, persisten en oponer a los principios, que son la base de nuestra vida moderna, los que han sido la base religiosa de nuestro ser moral; es el escepticismo de los

que, al dudar de que lleguemos a ser aptos para la libertad, nos condenan a muerte.

Y así queda definido el deber; educar, quiere decir fortificar; la libertad, médula de leones, sólo ha sido, individual y colectivamente, el patriotismo de los fuertes; los débiles jamás han sido libres. Toda la evolución social mexicana habrá sido abortiva y frustránea si no llega a ese fin total: la libertad.



MEXICO SOCIAL Y POLITICO

APUNTES PARA UN LIBRO

CAPITULO I

Etnografía y demografía

La unidad original de las diversas familias que componen el grupo americano es uno de los más considerables problemas etnológicos. Con él va aparejado otro de lejanísima, valdría decir, de imposible solución: el de la procedencia del grupo primitivo. ¿Fue la América en el período de transición de la edad terciaria a la cuaternaria un centro de creación? ¿Las familias americanas constituyen una especie humana en el género o una variedad de alguna gran raza asiática, o hay datos para creer que, en nuestro continente, a un grupo terrígena se ha mezclado otro exótico, asiático o atlántico? Preciso es confesar que entre los mexicanistas tienen más séquito las doctrinas que consideran como emigradas del Asia, si no las familias, sí las civilizaciones americanas. Cierto, graves dificultades suscita esta hipótesis; mas acaso no tantas como las que acarrearía la necesidad de comparecer la doctrina de la unidad primordial con la innegable variedad de tipos que ya los conquistadores observaban entre los distintos grupos sociales que representaban las sendas civilizaciones americanas.

Concretándonos a México, esta variedad consiste en la diversidad de caracteres antropológicos, lingüísticos, etc., que se manifiesta entre los maya-zapotecas, v. g., y los nohoas; entre estos pueblos de idioma casi flexivo, y los monosilábicos otomíes y quizá los chichimecas, reputados por algunos como grupos vueltos a la barbarie después de atravesar, en los valles americanos de más allá del trópico de Cáncer, el período de cultura de los *mound builders*.

La conquista y la dominación española, si no acabaron con las lenguas y la fisonomía de los pueblos sometidos, sí los nivelaron por medio de una política que oscilaba indefinidamente entre la opresión y la tutela, entre la explotación del indígena como animal y su protección como menor perpetuo, y que los sumergió en pasividad incurable, en donde aun en nuestra época viven, sin horizonte, sin ninguna comunidad de aspiraciones con los hombres de otras procedencias, conservando tenazmente, como en todas las razas primitivas sucede, los hábitos, las creencias y las inclinaciones de sus progenitores étnicos.

Suele alguna individualidad poderosa surgir de improvisto de esta inactiva y uniforme masa social, como para demostrar de qué vigor en los resortes morales es capaz todavía; pero esa individualidad vive y progresa en otro medio: el mundo indígena permanece quieto, monótono, mudo.

Los misioneros y los reyes de España que procuraron que la raza indígena no desapareciera, sustrayéndola a la esclavitud a que querían reducirla los conquistadores, y cercándola con una tutela patriarcal, hicieron bien sin embargo, y redundará en eterno honor de España la comparación de esta conducta con la destrucción sistemática de las tribus en las colonias inglesas.

No que la gran familia americana no haya disminuido en México desde la conquista; la guerra, aun en la época posterior a nuestra emancipación; el maltrato, ese terrible maltrato con que el español del siglo XVI despobló las Antillas; las epidemias asoladoras en los siglos coloniales; cierta declinación general de la vitalidad en toda la población indígena de América, la han mermado considerablemente. Pero el indígena americano no practica el maltusianismo; es incapaz de poner voluntariamente un límite al crecimiento de su familia, y ésta es una virtud. Más tarde quizás sea un bien en todos sentidos.

I

El problema social para la raza indígena es un problema de nutrición y educación; su pasividad ilimitada la hace muy duradera, y el cambio que se marca en el modo de ser del país, la transformación de sus condiciones económicas, tienen que ser la piedra de toque del porvenir de los indígenas, que aún son tres millones poco más o menos. Concentrada en la Mesa Central y en los peldaños que suben a ella, dominando la zona caliente de las costas, la familia indígena vive sumergida en un medio debilitante: la atmósfera de las alturas insuficientemente pesada para las necesidades normales de la economía animal. No son raros entre los indios los casos de longevidad, gracias a la antiquísima apropiación de sus organismos al medio de las alturas; pero, en cambio la mortalidad de la infancia es extraordinaria; así es que ascienden difícilmente los primeros escalones de la vida, pero una vez a media pendiente, marchan mejor y en mayor número.

El indígena se alimenta con maíz, chile y algunas frutas; bebe cuando puede y cuanto puede: en algunos distritos de la Mesa Central, el pulque, que en cierto límite ayuda a su nutrición, y que frecuentemente aniquila, por la embriaguez, todas sus energías morales; y en otros distritos, diversos aguardientes extraídos del maguey.

Con esta alimentación puede el indio ser un buen sufridor, que es por donde el hombre se acerca más al animal doméstico; pero jamás un iniciador, es decir, un agente activo de civilización. Copia y se asimila la cultura ambiente (ya los primeros misioneros admiraban su aptitud para imitar), mas no procura mejorarla: el pueblo terrígena es un pueblo sentado; hay que ponerlo en pie.

Lo repetimos, el problema es fisiológico y pedagógico: que coman más car-

ne y menos chile, que aprendan los resultados útiles y prácticos de la ciencia, y los indios se transformarán: he aquí toda la cuestión.

II

Se han transformado en nosotros, en los mestizos. La familia mestiza ha ido creciendo incesantemente: los elementos del cruzamiento han sido el español (que pertenece a una raza mezclada en grado superlativo de elementos arianos y africanos) y el indio, de sangre mucho menos mezclada; en las costas el elemento negro puro, importado directamente de Africa, representa un papel importante; después vienen los cruzamientos secundarios y terciarios; hoy, la mestiza constituye la familia mexicana, propiamente dicha, con un tipo especial y general a un tiempo, cada día más marcado; la población mestiza confina por un extremo con los indígenas, cuyas costumbres y hábitos conserva, y por otro con los elementos exóticos, blancos sobre todo.

En el día, la absorción de las otras razas por la mestiza es tal, que pudiera calcularse el tiempo no muy lejano en que el mexicano (en el sentido social de la palabra) formará la casi totalidad de los habitantes.

He aquí las proporciones de las distintas fracciones de la población a principios del siglo (1810):

1.097.998 europeos y criollos.
3.676.281 indígenas.
1.338.706 mestizos (datos Noriega-Humboldt).

He aquí las actuales (1885):

1.985.117 europeos y criollos.
3.970.234 indígenas.
4.492.633 mestizos (datos García Cubas).

Mucho se ha dicho en pro y en contra de las familias mezcladas o mestizas. Ha tiempo que los sabios extranjeros nos han acostumbrado a declaraciones dogmáticas respecto de los antecedentes y consecuentes de nuestro estado político y social, y esas sentencias son por tal modo desconsoladoras, que si ellas fueran conclusiones realmente científicas, desesperaríamos de nosotros mismos; las energías para el bien que en nosotros sentimos, nos parecerían facticias, y de aquí el pesimismo nacional, que es un síntoma precursor de la agonía de los pueblos. Pero no, apoyándonos en el mismo método que pretenden seguir los condenadores infalibles de nuestro porvenir, protestamos contra sus inducciones, que no son científicas porque dimanan de observaciones deficientes de los hechos; que no son legítimas porque de nuestra corta vida nacional no puede inferirse a manera de ley sociológica la profecía de nuestra impotencia.

Uno de los etnologistas que cometen este pecado lógico, el doctor Gustavo Le Bon, autor de libros, uno bastante hiperbólico y otro abuntante en lagunas considerables *(La Civilisation de Arabes y Les Civilisations de l'Inde),*

ha formulado así su opinión sobre la familia mestiza en un flamante estudio intitulado *La influencia de la raza en la historia (Revue scientifique.* Abril, 1888):

"Los mestizos —dice— jamás han hecho progresar una sociedad; el solo papel que pueden hacer es degradar, abajándolas a su nivel, las civilizaciones de que los hizo herederos el azar. De esto tenemos un ejemplo que dura todavía en las actuales poblaciones hispanoamericanas. La mezcla de la ardiente râza española del siglo XVI con razas inferiores ha dado origen a poblaciones bastardas, sin energía, sin porvenir, y completamente incapaces de contribuir con el más débil contingente al progreso de la civilización".

La inferencia tiene por fundamento una observación incompleta, lo dijimos ya; toda ella puede resumirse en este hecho general: los países hispanoamericanos viven en medio de incesantes convulsiones políticas; luego, están mortalmente enfermos, no tienen porvenir, perecerán. ¿Es legítimo este razonamiento? ¿Puede probarse que esas convulsiones son síntomas de incurable enfermedad, a manera de epilepsia social? El epiléptico cesa pronto en su salud física y mental, en su desarrollo: ¿puede decirse esto de nosotros? ¿puede alguno que no nos haya estudiado desde el fondo de Arabia o de la India, o recorriendo de prisa las gacetas para tomar apuntes etnológicos, negar que esta República nuestra haya andado con pasos de gigante, en relación con su edad y los obstáculos acumulados en su camino, la senda del progreso material e intelectual? Hace veinte años había 8.600 escuelas primarias; hoy pueden calcularse 13.000, en datos bajos. Hace veinte años había 280 kilómetros de ferrocarriles, y hoy 8.000 ilómetros, y más de 31.000 de telégrafos.

Doce años de paz han sido la causa determinante de este estado social. Cierto, no hemos logrado aclimatar aquí la libertad política por completo, aunque gozamos de gran libertad social, por el contrario de los norteamericanos; pero ¿lo habían logrado hasta hace veinte años los franceses? ¿La conciliación de la libertad y el orden, no es el gran problema político de nuestro tiempo? ¿no es el problema por excelencia del mundo latino, enamorado de igualdad y oscilando, en sus periódicas crisis, entre la dictadura y la anarquía? Si se estudiase nuestra historia, se vería que su explicación no consiste sólo en el carácter de las mayorías mestizas, sino en nuestra educación colonial. Si se estudiase nuestra historia se vería que la Independencia y la Reforma no son más que actos de inmensa energía de la "raza bastarda" de México. El hombre más enérgico que haya aparecido en nuestros breves y trágicos anales, es José María Morelos, el gran mestizo.

Los descendientes de los colonos españoles, conocidos antes de la Independencia con el nombre de criollos, hicieron un papel interesante en la iniciación del levantamiento de 1810. El grupo de hombres ilustrados que habían recibido una educación literaria (la del tiempo, por todo extremo deficiente), es decir, los clérigos y los abogados, siguió de cerca o de lejos, en un sentido o en otro, el movimiento revolucionario, y luego ha continuado (dirigiendo a veces, dirigido las más) figurando en los episodios de nuestras revueltas interiores. Preferentemente ha hecho su papel en las filas del partido conserva-

dor. Los criollos ricos, con marcadas excepciones, apenas educados intelectualmente, criados en el despego del trabajo, encontrando en todos los vicios que facilita el servismo, desde tiempo inmemorial establecido en las haciendas, con diversos nombres, una satisfacción suficiente para su vida animal, y en las prácticas minuciosas del culto católico el ideal de sus aspiraciones morales, los criollos ricos han constituido una clase pasiva, en donde el dogma político ha sido la incapacidad radical del pueblo mexicano para gobernarse a sí mismo y la necesidad de una intervención, y en donde el amor por la patria mexicana es, cuando existe, un sentimiento de vanidad, no un afecto activo y profundo. Esta clase contribuyó a mantener a la indígena en esa especie de servidumbre de la gleba, que es aún hoy el estado social de la mayoría de nuestras poblaciones rurales, y que el día que se transforme, traerá consigo la fuerza y la grandeza para nuestro país, porque una raza entera habrá ascendido entonces a la civilización. Esta clase fue el obstáculo (no el contrapeso) de las tendencias innovadoras, que perturbaban su quietud y la amagaban con el terrible amago de hacerla pensar y discernir en materias religiosas. Hoy, disminuida por la mezcla, desmembrada por las nuevas necesidades sociales, reemplazada por elementos blancos de otra procedencia y de otras aspiraciones, alejada ya del agio, de la usura practicada en una escala colosal con los gobiernos en perpetua bancarrota desde la Independencia hasta ayer; alejada, decimos, por temor y por antipatía hacia los gobiernos definitivamente democráticos, constituye una pseudoaristocracia sin raíces en el pasado, sin tradición, sin historia, sin sangre, sin porvenir, y se va aclimatando en los grandes centros de placer en Europa; allí, aumentando el valor de sus bienes a consecuencia del adelantamiento social del país, en que ninguna parte ha tomado, gasta sus rentas en tierra extraña, sin que, con respetables excepciones, le deba su país ni una sola grande obra de utilidad común, ni una institución benéfica, ni un edificio siquiera que contribuya al ornato de una ciudad.

La familia mestiza, llamada a absorber en su seno a los elementos que la engendraron, a pesar de errores y vicios que su juventud y su falta de educación explican de sobra, ha constituido el factor dinámico en nuestra historia; ella, revolucionando unas veces y organizando otras, ha movido o comenzado a mover las riquezas estancadas en nuestro suelo; ha quebrantado el poder de castas privilegiadas, como el clero, que se obstinaba en impedir la constitución de nuestra nacionalidad sobre la base de las ideas nuevas, hoy comunes a la sociedad civilizada; ha cambiado en parte, por medio de la desamortización, el ser económico de nuestro país. Ella ha opuesto una barrera a las intentonas de aclimatar en México gobiernos monárquicos; ella ha facilitado por medio de la paz el advenimiento del capital extranjero y las colosales mejoras del orden material que en estos últimos tiempos se han realizado; ella, propagando las escuelas y la enseñanza obligatoria, fecunda los gérmenes de nuestro progreso intelectual; ella ha fundado en la ley, y a vuelta de una generación habrá fundado en los hechos, la libertad política. Por ella, la nacionalidad mexicana *farà da se,* como dijo de su patria recién nacida a la unificación, el gran estadista italiano.

CAPITULO II

Geografía, economía, educación y colonización

LAS CIENCIAS naturales —y la de la sociedad es de ellas, y con la de la sociedad las que hacia ella gravitan, como la historia, la economía política, etc.— resultan cada vez más sobrias en generalizaciones. El período juvenil y brillante de las grandes teorías absolutas fundadas sobre un corto número de hechos insuficientemente observados, ha desaparecido, y sólo de vez en cuando algún rezagado adorador de los procedimientos añejos publica su sistema histórico y social, especie de cosmos, sin más valor que el literario; obra de arte, que no de ciencia, en suma. A ese que llamaríamos el período romaántico de las ciencias sociales, ha sucedido el realista, si vale decirlo así; el positivo, para darle su nombre legítimo. De aquí la creciente importancia de la estadística, que proporciona el indispensable material para estudiar en concreto el desenvolvimiento social, para pasar de una en otra inducción hasta uno de esos hechos suficientemente generales que llamamos leyes. Muy en moda está entre nosotros preconizar la importancia de la estadística; muy en mantillas se encuentra en realidad, por la sorda y tradicional resistencia de la masa social a toda ingerencia de la autoridad en estos recuentos y clasificaciones, que hasta ayer sólo han aparecido frente a los habitantes de nuestro país con el siniestro séquito de la contribución de sangre o del impuesto.

La demografía, rama principal, a no dudarlo, de la estadística, se halla en estado tan incipiente, que las diferencias de censo probable entre nuestros flamantes geógrafos, suelen subir a uno o dos millones.

Sin embargo, en el ejercicio de esta capital función administrativa, algo se ha avanzado, y sobre todo, se avanza ya con método, que es la mejor garantía de acierto. Muchas, pues, de nuestras afirmaciones, tienen que ser provisionales, y poco nos ayudará lo exiguo de nuestros datos para salir del campo de lo probable.

I

Parece un hecho comprobado que la familia propiamente mexicana, es decir, la mezclada, ha aumentado, en lo que del siglo va corrido, en cerca de dos millones de individuos. Nos ocupamos ya en las respectivas aptitudes de los grandes grupos que forman nuestra heterogénea sociedad; ahora nos toca exponer someramente el estado social y moral de la fracción mayor de la población nacional y de las que con ella confinan.

Los blancos, criollos puros o descendientes sin mezcla de los españoles coloniales (cada vez menos numerosos, cada vez más confundidos con la población mestiza), y los inmigrantes (que por regla general forman familias mexicanas, en que la mezcla es evidente), pertenecen en su inmensa mayoría a la explotación agrícola; y, como no sea en los escasos núcleos de la colonización oficial, los trabajadores o peones del campo no se reclutan entre ellos.

Los indígenas, que hacia las extremidades del país (Sonora y Yucatán) están en parte sustraídos al orden social y en parte sometidos por la fuerza, forman la mayoría de la población rural en la Mesa Central y en sus vertientes occidentales, meridionales y orientales, teniendo por límite a su expansión en las graderías orientales de la Mesa, el principio de la zona climatérica conocida con la denominación de tierra caliente. La mayoría de esta población indígena rural es de procedencia azteca; los zapotecos (Oaxaca, Guerrero, Veracruz); los tarascos (Michoacán, Guerrero, Jalisco); los mayas (península yucateca), y los otomíes (Hidalgo, Querétaro), constituyen las fracciones en importancia numérica descendente que concurren a la formación de la familia indígena agrícola.

La población mezclada constituye la mayoría absoluta de la población rural en las costas, en la tierra caliente oriental sobre todo. Sólo en la península yucateca los indígenas (y eso que van disminuyendo paulatinamente en proporción del avance de los elementos mezclados) forman la sustancia de la masa agrícola, a pesar del clima tórrido. Tomando esta distribución en su conjunto, puede asegurarse que los descendientes de las antiguas castas, que el mundo mestizo, que el grupo nacional que llamaremos neomexicano, está en minoría en la población cultivadora del campo, y constituye, en cambio, la mayoría de la urbana e industrial, más ilustrada, más activa y más transformable que la rural; y en esta clasificación queda comprendida la población minera, que forma, a su vez, la mayoría de la población industrial de la República.

II

El estado moral y social de los grandes grupos humanos depende de su estado económico. Verdad es ésta que no requiere ya demostración. Conocida la constitución etnológica en determinada fracción nacional, el modo y la intensidad de acción de los tres factores económicos por excelencia, la naturaleza, el trabajo, el capital; las relaciones sociales entre el propietario y el trabaja-

dor; la proporción entre el salario real y la productividad de trabajo del obrero o jornalero, se tendrá un conjunto de datos de donde podrá inferirse con plena seguridad cuál es la fisonomía neta de un pueblo bajo la máscara de sus instituciones, generalmente copiadas, y de sus derechos escritos; cuál el valor de los elementos de sociabilidad, es decir, de civilización, que en él existen; qué grado de firmeza tienen sus instituciones domésticas; cuál es su coeficiente de actividad individual, es decir, de libertad, base de la responsabilidad y sustancia de la moral.

En Europa y en parte de los Estados norteamericanos, la densidad de la población, el aumento de las necesidades del trabajador, la viciosa organización de la propiedad territorial y la combatividad de grupos cada vez mayores de la población asalariada, agravan por extremo el problema social. Lejos estamos aún en México de este estado de cosas, quizás no tanto como gustamos de imaginarlo; pero nuestro problema social, no por tener elementos distintos, es de menos difícil, de menos temerosa solución.

Ya lo dijimos, los factores que resumen las múltiples actividades que concurren a determinar un estado económico son, según las enseñanzas de la escuela economista liberal, la naturaleza, el trabajo y el capital. Analicemos brevemente las condiciones de su acción sobre nuestra sociedad.

La naturaleza ha hecho tanto y tan poco por nuestro país, ha compensado por tal suerte las ventajas con los inconvenientes, que todo ello acaba por parecer al pensador una ironía del Creador. Su situación geográfica es admirable; es una vasta región ístmica, cuya doble línea de costas toca a los dos principales mares del globo. Un espléndido Mediterráneo al oriente, entrecerrado por un archipiélago de primera clase, cuyas islas acompañan en distintas direcciones con sus hospitalarias escalas marítimas a las naves que van o vienen por el Atlántico; al norte del Golfo, el delta del primer río del mundo que merma al mar con sus perpetuos aluviones, y cuya arteria gigantesca sirve de corriente central a la vida del pueblo más activo de la tierra; otro río marítimo, el *Gulf Stream,* que introduce al seno mexicano sus aguas calentadas en la inmensa caldera ecuatorial, y de él las saca en dirección de las costas boreales de Europa, trazando en pleno océano la ruta y el vínculo de forzosa unión entre el Nuevo y el Viejo Continente; tales son en esbozo las ventajas de nuestra geografía oriental. Gracias a ella, la civilización toca sin cesar a nuestras puertas; por ellas ha entrado en forma de conquista o de idea; pero no de corriente normal de inmigración de hombres o capitales, sino trabajosamente, porque nuestros puertos apenas lo son; las radas están erizadas de arrecifes y las entradas fluviales cerradas con barras movibles. Detrás de estos puertos vela la fiebre amarilla, el dragón de las hespérides mexicanas.

Nuestros puertos están al occidente; poco nos sirven allí por su lejanía del Asia; están destinados a complicar terriblemente en lo porvenir nuestro problema nacional. Pensamos, al decir esto, en las reservas inagotables de hombres, por herencia de remotísimo origen dotados del instinto industrial; centenares de millones de trabajodores establecidos entre el mar Indico y el mar

de Corea, que antes de un cuarto de siglo estarán plenamente provistos de todos los útiles, máquinas y capitales que posee la moderna industria. Ellos trabajan sin fatiga doce horas diarias, mientras el obrero europeo y americano se resiste a trabajar más de ocho; por eso de sus centros de producción indefinida, partirán forzosamente corrientes de artefactos y emigrantes hacia nuestros litorales del Pacífico, que sumergirán entre las olas de una raza, cuyos hábitos y cuyos ideales son profundamente antipáticos a los que nuestro temperamento y nuestra historia nos han dado, pero que tiene inquietantes afinidades con nuestra raza terrígena, que queremos y debemos transformar a todo trance y a toda costa.

Entre los dos océanos se alzan dos murallas de montañas que suben de la playa en gigantesca gradería hacia la región de las nieves eternas, revelada en el azul profundo de los cielos de Anáhuac por los vértices de cristal del Popocatépetl, el Orizaba y el Ixtaccíhuatl. Mas ese doble muro que parte divergiendo del intrincado nudo orográfico de Oaxaca, no encierra un abismo, sino que está colmado por depósitos geológicos, que forman vastísima altiplanicie, en que acá y allá se levantan circos volcánicos espléndidos como el valle de México, pero cuyo plano general se desarrolla en una área inmensa que viaja lentamente hacia el norte hasta morir en las sabanas desiertas de la zona ultratropical. Poetas y viajeros han descrito maravillados los paisajes de nuestras serranías, en que la realidad está por encima del ensueño, y las metáforas más audaces y pintorescas son incoloras traducciones de los aspectos de la naturaleza. Las zonas climéricas se acopian, condensan y compenetran invertidas, pues gracias a las alturas, toman la dirección de los meridianos en vez de la de los paralelos. Esto hace de nuestro país un breve y admirable cosmos terráqueo, en donde a todos los grados del clima sigue por las escalinatas de nuestras cordilleras, todos los matices de la produción. A pocas horas de distancia, la palmera y la conífera; entre ellas tiende su manto de infinitos colores toda la flora del globo. ¡Riqueza incomparable! Para explotarla, para darle movimiento y valor, tenemos en la región tórrida una población mermada por las fiebres, debilitada por el calor, y cuyo coeficiente de actividad productora está a enorme distancia de la cantidad de trabajo humano que la organización de la yacente exuberancia natural exige. Sería necesario renovar y aumentar esta población; ¿cómo? La fiebre aleja al indígena y al europeo. Sólo el africano, sólo la planta negra prospera vigorosa allí. He aquí una solución, que es más bien una complicación; el negro oscurece toda cuestión social.

Al extremo oriente, en Tabasco, las tierras bajas y feraces cruzadas por una red fluvial magnífica, son difícilmente habitables; más allá, la península yucateca presenta un fenómeno económico bastante singular; un suelo calcáreo y sin agua superficial, de donde la prosperidad ha brotado en forma de henequén (textil precioso que sirve de materia prima a la cordelería norteamericana), y en donde esta riqueza ha podido ser explotada gracias al ingenio, al vigor nervioso más bien que muscular de la nueva familia yucateca, y a la aptitud del maya indígena para trabajar bajo una temperatura abrasadora. Sin

embargo, allí mismo, a pesar del alza constante del salario, termómetro seguro de actividad y fortuna, el problema de la población es cada vez más difícil.

Arriba, en la Mesa Central, la facultad productora del suelo es limitada; las condiciones meteorológicas no le son propicias; la irregularidad pasmosa de su régimen pluvial, la ausencia en sus extensas llanadas de nieves invernales que tan favorables son en California y Rusia a la producción del trigo rico; la esterilización sistemática, por un desmonte secular, de comarcas enteras, parecería condenar la altiplanicie mexicana a la vida pastoril, a la explotación de la ganadería, si esta regresión no tuviera inconvenientes de gravedad suma para nuestro progreso económico. Hay más, por desgracia.

El más interesante de los agentes de la producción natural, el hombre, sujeto al nivel del mar a la acción malsana del clima, diseminado en grupos relativamente pequeños de población rural en la región templada, gracias a la intrincada orografía de las pendientes de nuestras cordilleras, que distribuye en mil fragmentos difícilmente comunicables entre sí las tierras de cultivo, es en la Mesa Central un ser cuya actividad está irremediablemente limitada por la anemia barométrica, el empobrecimiento de la sangre por la falta de oxigenación suficiente en las alturas, que está en relación directa con la presión atmosférica; el esfuerzo, el trabajo fisiológico es mayor para el organismo y el gasto de fuerza que es como uno al nivel del mar, es en la altiplanicie mexicana doble quizás, para la misma tarea.

A todas estas causas de pobreza general, hay que sumar una trascendental por extremo: la falta de vías de comunicación naturales entre las diversas zonas productoras de nuestro país, aquellas que por la diversidad de sus frutos parecerían obligar al trueque constante, al comercio. La espléndida red fluvial, encerrada entre la más importante zona lacustre del planeta, por la colosal corriente del Mississippi y por el Atlántico, explica la prosperidad de la República norteamericana, que de esa base admirable para el establecimiento de su riqueza agrícola, industrial y mercantil, partió a la conquista del territorio que hoy ocupa, enviando en pos del *squatter* al colono, y con el colono el capital. La naturaleza, negándonos ríos navegables, nos ha sentenciado a gravar un larguísimo período de nuestro porvenir económico para compensar lentamente, secularmente tal vez, esta condición de pobreza y de inferioridad, que puede modificarse, no eliminarse.

Proverbial es la riqueza del subsuelo mexicano, poco explorado y menos explotado todavía; excusaremos repetir aquí las ya triviales citaciones clásicas respecto de los rendimientos de nuestros grandes centros mineros en la época colonial. Puede asegurarse que aún es México, por la extensión de sus yacimientos metálicos y por la diversidad de sus productos en este género, diversidad que crece en relación con el adelantamiento de las exploraciones, el país más característicamente minero del globo. Pero el costo de la producción por falta de motores naturales, de combustible, de vías de comunicación baratas, de población, y el progresivo descenso del valor de la plata, artículo principal de nuestra producción minera (descenso que podrán los legisladores detener mayor o menor tiempo con paliativos, pero que acercará más cada día

el valor de la plata al del cobre, a no ser que una gran invención industrial encuentre un empleo ventajoso para el metal depreciado), resulta una compensación tan grave de esa natural riqueza, que si no la neutraliza, sí la reduce considerablemente; pudiera asegurarse que teniendo todo esto en cuenta, la fracción de nuestra República que está entre el istmo de Tehuantepec y el paralelo 32 es un vasto mineral de tercer orden, abundante en metales pobres.

Se ve pues, que la naturaleza ha hecho en suma poco por nosotros, y que sobre el particular, salvo los ignorantes o los que creen incompatible el patriotismo con la verdad, que es una categoría más perjudicial de ignorantes, no nos hacemos ilusiones los mexicanos. Cada día tratamos, al contrario, de darnos cuenta más exacta de los hechos; prueba de virilidad que deberá computarse en nuestro activo moral.

III

En las condiciones naturales antes apuntadas, el factor trabajo tiene que ser aún muy débil en su acción.

¿Pueden los rendimientos de un mineral de tercera clase, por la baratura del jornal y por otras circunstancias, constituir un empleo del dinero algo más lucrativo que el que encuentra en Europa? El favor si no extraordinario, sí creciente, de que goza hoy en los mercados de capitales la explotación de las minas mexicanas, es la respuesta mejor a esta cuestión. Las industrias extractivas (explotación de minas, canteras, etc.) van pues, a la sombra de la paz, reentrando en un período progresivo; la transformación que las explotaciones mineras han sufrido en su organización económica, que tiende a alejar, en lo posible, de esta clase de negociaciones el elemento aleatorio, da un carácter más normal, más definitivo a ese progreso. El jornal del trabajador de las minas es el más alto que existe en la República; y como por un fenómeno curioso la depreciación de la plata apenas ha influído en el valor de los artículos de primera necesidad, resulta ésta la más seria economía para las empresas en el país. Pero esta condición limita y mantiene en un estado inferior estas necesidades, lo que es un mal considerable; desde el momento en que crezcan las necesidades del jornalero, necesidades de vestido, de habitación, de alimentación, sobre todo, y tal será el verdadero, el forzoso signo de nuestra ascensión social, el problema quedará planteado en toda su siniestra precisión; el trabajador, para satisfacer esas necesidades, se pondrá al alcance de la depreciación de la moneda nacional, y el alza del salario deberá verificarse sobre un tipo en que la diferencia entre el valor local y el general de nuestra unidad monetaria quede computada, y el interés del capital invertido pueda abatirse de un golpe. Por fortuna antes de que esto sea una realidad, otros hechos habrán de atenuar para nosotros los resultados de una inmensa bancarrota minera, y la agricultura, *puissante mamelle de l'Etat,* como decía Sully, corrigiendo los defectos de la baratura de la plata, multiplicando la materia exportable, nos salvará en la crisis.

No es éste el momento de hacer la historia de nuestra propiedad rural; pero es evidente que ella ha influído directamente en el estado de la industria agrícola mexicana. Su primitiva constitución feudal y religiosa (repartimientos, encomiendas) emanada de la conquista y del supremo dominio del rey de España, su consecuencia inmediata, hacen de ella un hecho puramente social. Este origen será disputable en abstracto o en concreto, por lo que a otros países toca; aquí, en Nueva España, no. Extinguida la propiedad feudal desde fines del siglo XVII, resultó constituida la propiedad absoluta, o por las mercedes del rey, o por las adquisiciones de los ricos mineros, sobre todo, que invertían los productos de la industria extractiva en haciendas inmensas semiexplotadas apenas, verdaderos *latifundia*, hechos adrede para perder a las provincias, según la famosa expresión de Plinio. La venta de baldíos (realengos) por la Corona fue otro de los orígenes de la propiedad territorial, que pasó rápidamente en buena parte, por medio de los legados piadosos, a las "manos muertas".[1] Las antiguas propiedades de los indígenas, entre quienes la evolución de la propiedad había alcanzado la forma del derecho individual sobre la tierra, naufragaron casi en esta total liquidación y distribución de la conquista.

El bracero (entonces la máquina por excelencia) disputado a la rapacidad del encomendero, que había comenzado reduciéndolo a la esclavitud, por el celo religioso del fraile, que lo mantuvo para libertarlo en una absoluta tutela, en una minoría perpetua, con todo el poder de la ley que se puso de su lado, fue un ser mutilado, emasculado de toda aspiración hacia el progreso, y muy pronto explotado y exprimido por el mismo que lo había protegido y salvado probablemente de la desaparición, al día siguiente de la conquista: por el fraile. Resultó, de hecho, un siervo del terruño: lo es todavía; lo miserable del jornal (25 centavos es el promedio, según cálculo del señor Bulnes), mermado por mil artificios, hacen de él un verdadero *nexus*, obligado perpetuamente al amo por una deuda sin fin. Es verdad, la Constitución lo protege; ya legalmente no es el "menor" creado por la legislación de Indias; es un ciudadano, no uno de esos orangutanes pobladores de las Américas, como llamaban a los indios el Tribunal del Consulado de México, en su célebre informe de mayo de 1811, documento tan odioso e injusto, como notablemente bien escrito. Pero los neomexicanos, los antiguos "castas", que en la época colonial padecimos como los indios; más que ellos, porque teníamos más conciencia de nuestros sufrimientos, y que ahora gobernamos el país, poco hemos hecho por nuestros hermanos de infortunio de hace un siglo. Los hemos emancipado por grupos, trasladándolos de la choza al cuartel, y del cuartel al campo de batalla por medio de la leva; pero la leva ha apagado millares, muchos millares de hogares, y ha roto y dispersado y disuelto innumerables familias

[1]Véase, sin embargo, lo que respecto de la inmovilidad de la propiedad territorial de "manos muertas" dice el obispo Abad y Queipo, que afirma que la mayor parte de la riqueza eclesiástica en América consistía en capitales que en calidad de depósito irregular, circulaba en manos de seculares, fomentando la riqueza y el comercio.— *Representación sobre la inmunidad del clero* (1799).

indígenas. Los hemos emancipado por individuos, interponiendo entre ellos y sus explotadores el amparo de la ley; pero el indio amparado y libre no puede volver a formar parte de la familia rural; o queda excomulgado, o se somete a la servidumbre.

El mal es tan grave, influye por tan terrible modo en todos nuestros desalientos y nuestras desesperanzas, cuando convencidos de la necesidad suprema y urgente de ser fuertes, dirigimos una mirada ansiosa a lo porvenir, que los remedios extremos se vienen a las mientes. Las clases directoras, como dicen los franceses, están a bordo del gran *steamer* del moderno progreso; pero la máquina calentada a alta presión no puede mover al bajel: una masa inmensa lo tiene anclado en el mar de lo pasado; cortar lar amarras, imposible; subir a bordo aquella inmensa mole y convertirla en actividad, en combustible, he aquí el problema. El gran prelado español Abad y Queipo proponía en el siglo pasado distribuir entre los castas e indígenas los terrenos realengos (baldíos) y permitirles abrir y cultivar los terrenos eriazos de las haciendas, obligando a los popietarios a contratos especiales. Esto sería muy grave. ¿Sería una injusticia? La teoría de Ricardo sobre la renta territorial, tan combatida por la Escuela francesa, y entre nosotros por el jefe venerable de la Escuela economista mexicana, don Guillermo Prieto, contiene una parte de verdad cuando se trata de propiedad rústica en México, por lo menos el alza de la renta, sin esfuerzo niguno del propietario, en virtud de hechos sociales como las vías férreas, etc., que han decuplicado el valor de la tierra; este fenó meno que hace tamaño papel en las teorías de Stuart Mill sobre la propiedad, es aquí una verdad innegable. Y ante esta verdad, cesan de ser máximas incondicionales respecto de nuestro país, las que se fundan en el dejar hacer y dejar pasar, de los doctrinarios de Manchester; cesa de ser un axioma el spenceriano de la inacción benévola del Estado.

Más aplicables las creeríamos tratándose de la industria manufacturera, eminentemente artificial, que progresa lentamente a la sombra de las tarifas proteccionistas, que cuenta con muy poca materia prima y que, dueña casi del consumo de ciertos artículos (mantas, estampados, papel), no acierta a progresar en regla, ni a vivir una vida vigorosa y grande, a pesar de lo seguro de la demanda y de la baratura comparativa de la mano de obra.[2]

Los empresarios en la industria manufacturera son en su casi totalidad extranjeros; la población fabril está formada en su casi totalidad por mestizos. Su estado es inferior al de la fabril europea o norteamericana, porque disfruta de menor salario aun relacionándolo con el precio de los artículos de primera necesidad; pero en cambio es más sobria; el pauperismo, es decir, la miseria creciente en proporción directa con el aumento de la maquinaria y de la prole, aún no llaga y exaspera y enloquece al organismo obrero. Sus tendencias son levantadas, busca la escuela y la esfera superior para el hijo: multiplica sus asociaciones, marcha.

[2]Véase sobre el alza supuesta de salarios, gracias a los derechos protectores, el admirable catecismo del profesor Graham Summer, del Yale College (E. U.), sobre proteccionismo.

La pequeña industria, esencialmente nacional, recorre una grande escala, desde la alfarería, a que se dedican numerosos grupos de indígenas, y que es hoy lo que fue al siguiente día de la conquista, hasta la sostenida en las ciudades por los neomexicanos, que imitan a maravilla el artefacto europeo, o producen el consagrado de abolengo por nuestras costumbres, como el equipo del ranchero, y en diversos centros, el objeto de arte en cera, en barro, en trapo. La facultad de imitar, el esmero industrioso y paciente en la reproducción de la muestra europea, y aun cierto gusto artístico, desgraciadamente no educado, caracterizan la pequeña industria en México. Hay ciudades completamente formadas por esta reunión de innumerables industrias aisladas y microscópicas, como León, que tiene más de cien mil habitantes. Pero la carestía de la materia prima, la usura y los hábitos poco económicos del artesano mexicano, la mantienen en un estado precario, y al menor asomo de competencia extranjera periclita y amenaza extinguirse. Aquí, como en todas partes, la pequeña industria está destinada aser abosrbida o dominada por la grande: el artesano está destinado a ser obrero.

La industria de transportes, de primera importancia ya, está en manos de extranjeros, y lo estará cada vez más; su personal, relativamente limitado, en comparación con los enormes capitales en ella empleados, no se recluta sino en una pequeña parte entre los mexicanos.

Otra industria productiva, a no dudarlo, el comercio, sigue los pasos de la industria fabril con la que tan estrecha conexión tiene. El comercio mínimo está casi en su totalidad en poder de mexicanos, ya indígenas que son industriales y mercaderes a un tiempo, ya neomexicanos que se dedican en crecido número al tráfico de objetos, por regla general importados, de valor ínfimo. El pequeño comercio está distribuído entre mexicanos y extranjeros; el grande está en poder de extranjeros, y, como todo, en realidad, depende de él, se puede decir que los extranjeros gobiernan el comercio entero del país; sin embargo, el mexicano posee en su ingenio y en su palabra tales aptitudes mercantiles, que todo deberá ser provecho para él en la competencia que va a establecerse, que está establecida ya entre el artefacto norteamericano y el europeo en los mercados nacionales. Yucatán, que es, gracias a su industria agrícola, el Estado que realiza con su tráfico mayor ganancia entre todos los de la República, debe, a cualidades excepcionales de industriosidad y de instinto mercantil, tener su comercio en manos de sus hijos.

Mas la gran industria, la industria mexicana, por excelencia, es la que se designa con una palabra definitivamente aclimatada en los vocabularios hispanoamericanos: la burocracia. Era éste, hasta cierto punto, un mal latino; es hoy un mal universal, democrático.

La industrial República norteamericana adolece de él tanto como nosotros. Pero allí otras formas de trabajo solicitan y emplean con mayor lucro al ciudadano; aquí, no, todavía. El derecho a los empleos fue el gran estímulo de nuestros padres los criollos para promover la Independencia; el monopolio industrial, la pobreza de la agricultura, la carencia casi completa de empresas mexicanas, han hecho de la administración la industria más productiva

para las clases medias, como suele decirse en nuestro país. Cierto, es una industria productora la burocracia, produce el orden y regulariza la marcha social; pero crea hábitos pasivos dañosos y priva de una enorme cantidad de inteligencia y actividad al trabajo nacional creador y progresivo. Es este un mal que tendrá que disminuir como han disminuido todos los males mexicanos; porque hemos sabido darnos cuenta de ellos, y porque hemos sabido querer remediarlos; el resultado va siendo palpable. El indicará que este pueblo juzgado incurablemente inmoral, por incapaz de voluntad alguna, y que siempre ha demostrado una tenaz voluntad pasiva,[3] sube a grandes pasos hacia la plena conciencia de sus actos, hacia la voluntad y la libertad, en el sentido social y práctico de la palabra.

IV

¿En qué forma concurre el capital a la determinación de nuestro estado económico? Es innegable que la inmigración de capitales, necesidad suprema de los países nuevos, tiende a acelerarse. El abastecimiento de útiles e instrumentos destinados a la producción industrial es más considerable hoy; ayer era raquítico y mezquino; es de presumirse, en vista del crecimiento de nuestras necesidades, de la plétora de la industria de maquinaria entre nuestros vecinos y de la áspera competencia que se inicia entre ella y la europea en los mercados hispanoamericanos, que este abastecimiento superará mañana a nuestras aptitudes productoras cuyo aumento tiene que ser más lento.

Asciende a algunos millones de esterlinas el capital extranjero en las industrias de transporte invertido. La falta de vías naturales de comunicación es causa de la importancia capitalísima que tiene en nuestro territorio esta industria, con cuyo establecimiento soñaron cerca de medio siglo nuestros gobiernos: es el eje de todo el progreso material mexicano.[4]

Después de los que *alimentan las industrias extractivas y de transporte*, son los más considerables, entre los capitales importados, los que han pro-

[3]Cuantos conocen nuestra historia saben a qué atenerse respecto de ciertos notables actos de resistencia moral, invencible y unánime del pueblo mexicano, que han hecho fracasar algunas empresas de los gobiernos y de los partidos. La explicación del fenómeno está en los elementos indígenas de nuestra sangre, y por ende, de nuestro temperamento nacional.

[4]Parecía un problema insoluble el establecimiento de una red férrea que ligara las zonas productoras mexicanas, entre sí y con las regiones a la vez productoras y consumidoras de la nación vecina. La audacia y las apremiantes necesidades de la industria norteamericana lo han resuelto (valiéndose de capitales europeos). Mas todo habría sido inútil sin el programa de orden enérgicamente desarrollado por las últimas administraciones nacionales y secundado con admirable instinto por la sociedad entera. En un país aún despoblado y pobre, medianísimamente productor todavía, sin combustible, y sembrado de dificultades topográficas, el capital empleado en la industria transportiva arriesgaba permanecer estéril largo tiempo. Para atenuar el mal, el erario mexicano se ha impuesto graves sacrificios. Este precio del rescate de nuestro atraso material ha sido, por fortuna, tan hábilmente distribuido y graduado, que en parte será compensado con el aumento de las rentas públicas que el tráfico trae consigo, en parte por las generaciones futuras, que justísimo es que paguen una obra tan de porvenir.

vocado el nacimiento y sostienen la industria fabril, a la sombra de tarifas proteccionistas. Cierto, creemos que este sistema fue un mal; creemos que las industrias minera y agrícola, sumadas hoy con la de vías férreas, moviéndose más libre y rápidamente bajo el régimen de un arancel puramente fiscal, habrían llegado tiempo hace a crear condiciones favorables a la aparición de industrias fabriles más naturales, cuya materia prima estuviera dentro de nuestro territorio en abundancia. No fue así por desgracia. Como era natural, algunos capitales han contribuido a la creación de estas industrias aún hoy precarias, pero destinadas unas a ser más vigorosas con el tiempo, como la de los tejidos, y otras, como la del papel, a ser siempre artificiales, siempre opresoras, siempre privilegiadas.

El capital nacional, el extraído de los negocios de agio (con pocas excepciones), ha buscado en estas industrias una remuneración superior que la que nuestra rutinera o malsana agricultura podría proporcionarle, y ahora forma una barrera insuperable contra toda tentativa de reforma liberal en las tarifas. La administración, posponiendo las teorías librecambistas a intereses por el momento mayores, ha hecho bien. Ni puede nunca dar buenos resultados una transformación violenta del régimen actual al librecambista relativo, ni hay buena política económica que proceda sino por una serie de transiciones estudiadas, ni en este tiempo en que aun los tratados de reciprocidad mercantil van desapareciendo y las naciones se encastillan en sus murallas de China aduanales, una innovación radical y repentina sería otra cosa que un trastorno, una catástrofe hacendaria quizás. Encaminarse hacia un ideal de libertad económica interior y exterior, con estaciones, pero no con regresiones, es la sabia política adoptada por las administraciones nacionales en estos últimos tiempos: es la única prudente y provechosa.

¿Y el pueblo, en general, capitaliza? ¿Es un pueblo de ahorro como el francés? ¿Es previsor como el inglés? Dice Taine, en sus notas eminentemente sugestivas sobre Inglaterra, que el francés ahorra y el inglés se asegura; nosotros agregaríamos que el español toma un número en la lotería. Esta negligencia ante lo porvenir, esta confianza en el azar, en la fatalidad, característica de los islamitas, es la que de los moros heredaron los españoles del mediodía, y que nos trasmitieron, por ser ellos, los andaluces, sobre todo, quienes dejaron, en las colonias americanas de España, huellas más hondas. El indígena, lo mismo que el criollo rico, atesoraban, forma improductiva del ahorro improductivo, que no es por cierto la que da origen al capital. Hoy los dineros del mexicano rico obedecen lentamente a la atracción de los grandes negocios industriales, pero buscando condiciones en que el riesgo sea mínimo o colocándose en negocios segurísimos como los de fincas urbanas en las grandes capitales. El indígena no atesora ya; el salario no le permitiría ahorro alguno; tan mezquino así es, tan inferior a las necesidades rudimentarias de una vida fuerte e higiénica. Sin embargo, esta es la condición suprema de su transformación: alimentarse bien, y esa condición, que depende del alza del jornal y de la educación por el contacto con los grupos mejor alimentados de otras razas, va realizándose aunque con demasiada

lentitud. Porque entretanto el indio merma de su exiguo sustento una parte que consagra a sus dos goces supremos, en que todavía se condensan sus aspiraciones materiales y espirituales: la embriaguez y el culto. El pulque, los aguardientes extraídos del maguey y los cirios para los santos, he aquí lo que tiene encadenado al indígena y aun al mestizo rural a un estado de inferioridad desesperante; en la población industrial existen hábitos análogos, pero tienden a mezclarse ya con otras ideas, con otras aspiraciones; una levadura nueva empieza a hacer fermentar la masa social.

Nadie podrá tacharnos de poco respetuosos con las creencias; nos juzgamos suficientemente emancipados para que no sólo no nos cueste trabajo aceptar este deber, sino para encontrar en su cumplimiento un exquisito placer moral. Tratándose del cristianismo, que ha prestado servicios incomparables a la civilización humana; y del catolicismo, a quien debe la vida la familia indígena —aun prescindiendo de otras consideraciones exclusivamente personales y que caen bajo la jurisdicción del sentimiento y la conciencia—, ese respeto se convierte en devoción filial. Por consiguiente, al afirmar que la primera consecuencia sacada por el monaquismo en México de sus deberes religiosos de protección hacia el indígena, que fue la de considerarlo un "menor" perpetuo, sobre quien de derecho ejercía la Iglesia una tutela eterna, fue funesta en alto grado; y al afirmar que los medios elegidos para mantener esa minoría y sostener esa tutela, medios que en resumen consistieron y consisten, por desgracia, en fomentar una idolatría ciega, capaz de cerrar todo horizonte moral para el espíritu humano, han sido la causa de nuestra triste inferioridad social, formulamos, ante todo criterio desapasionado y justo, una simple e indiscutible verdad histórica.

Suponemos que donde ha estado el mal, puede estar el remedio; y tal vez la Iglesia católica, que tamaños bienes hizo antaño a la sociedad colonial, que tan graves y trascendentales daños ha podido causar después, tiene en sus manos la redención de nuestras clases rurales, si comprende sus intereses, si se desprende de hábitos y preocupaciones inveteradas: aún necesita el misionero arrancar de cuajo las supersticiones idolátricas de la raza indígena, que no ha sido, que en rigor no es cristiana. Un Martín Valencia, un Gante encontrarían el campo virgen todavía. La religión es la sola palanca capaz de remover los hábitos, porque se apoya en lo más profundo del alma humana; ¿el siglo próximo la verá consagrada a esta obra redentora en América?[5]

Otra forma de capitalización es la educación; es convertir los capitales intelectuales inertes en las *manos muertas* de la *ignorancia*, en capitales activos y productores. ¿Cuál es el estado de esta movilización del capital intelectual en México? No diremos que se ha hecho todo lo que se podía hacer en materia de educación pública; no afirmaremos que se han establecido cuantas escuelas era posible establecer, ni que en las establecidas se haya

[5]En un capítulo de este libro consagrado a las religiones en México, trataremos de exponer todo nuestro pensamiento.

generalizado la adopción del método educativo, único verdaderamente fecundo, con el empeño que la importancia de tamaña innovación requería. Todo capital implica el sacrificio de una parte de satisfacciones presentes en consideración de lo porvenir; este carácter resalta en la educación, y hablando en puridad, los gobiernos y la sociedad mexicana no han osado levantar los ojos de las premiosas necesidades del momento actual, y con la conciencia del enorme gasto de energía y de recursos que el presente demandaba, no se han atrevido a gastar una parte considerable de su fuerza en aras de las generaciones venideras. Pero las condiciones han cambiado; la paz y la actividad social son hechos que ya no retrocederán; habrá momentos de alto, no los habrá de vuelta, y la educación pública entra en una nueva era, teniendo como punto de partida una innovación constitucional que hace obligatoria en toda la República la instrucción primaria. Y nótese que no negamos que haya habido progresos de consideración en la escolaridad nacional; afirmamos, por el contrario, que estos progresos han sido continuos, como en nuestro primer capítulo lo indicamos; pero en este punto no podemos conformarnos con poco, ni con mucho; "todo" es lo necesario, es lo indispensable.

No creemos que se trata de una panacea ni social ni moral. Los vicios que se achacan al mexicano, como la indolencia y la inclinación al robo, ambos bastantes conexos, están sujetos a modificarse y a desaparecer no sólo por la acción de la escuela —ésta sería ineficaz funcionando aisladamente—, sino por la transformación coincidente de las condiciones del trabajo nacional. Consideramos, pues, a la instrucción como un factor de mejoramiento, no de perfección, no de transformación absoluta; debe por tanto estar condicionado por otros factores que con ella concurran a formar no un pueblo feliz —esta es una lastimosa utopía—, sino mejor armado para la lucha por la vida, y dichoso o desventurado, con plena conciencia de su estado social, que es lo que para nosotros quiere decir un pueblo libre.

V

Por respeto a nuestro país y a nuestra propia dignidad nos hemos creído obligados a ser sinceros, a no ocultar nada, a no engañar a nadie. Por otra parte, con la civilización misma se han puesto tan de resalto los vicios y resabios de los pueblos reputados con justicia como los primeros entre los cultos, y esos defectos aparecen tan arraigados, tan hondos, que la comparación puede resultarnos favorable acaso.

Mas no nos hacemos ilusiones; nuestro estado económico es grave, se resume en una serie de problemas de laboriosísima solución, en el orden natural y humano. De él depende nuestra constitución social y moral que, lo confesamos paladinamente, es inferior. La ascensión se verifica por grupos sociales cada vez más numerosos, a medida que las condiciones económicas cambian; pero es mucho, pero es inmenso lo que queda por hacer.

El remedio radical no es nuevo, ni podía serlo; ha sido la esperanza instintiva del pueblo mexicano, la eterna pesadilla de nuestros estadistas; es un tópico, pero una verdad: la colonización. Quiere decir que, puesto que el fenómeno social de la formación de una familia mexicana, derivada de las razas que han poblado el país, ha llegado a la nacionalidad, a la paz y progreso, todo nuestro porvenir estriba en fomentar el crecimiento de esa familia, en activar la mezcla, en crear un pueblo. El único medio es la aclimatación de elementos de procedencia europea más o menos directa entre nosotros; es la colonización.

El perspicaz obispo de Michoacán cuyas opiniones hemos citado ya, refería el profundo malestar de la sociedad mexicana en los tiempos finales de la época colonial [debido] a la repartición de la riqueza. Había un grupo de empleados españoles, ávido, explotador y odiado mortalmente por los criollos; otro grupo lo poseía todo, decía Abad y Queipo; el tercero no poseía nada. Faltaba un grupo intermediario, el de la clase de pequeños propietarios, esta clase "columna del Estado", según una frase clásica, que se recluta en la inferior y que toca a la superior, con la que se confunde lentamente por uno de sus extremos. Pues bien, esta diferencia es, precisamente, la que va reparando paulatinamente el grupo mezclado, ésta la que colmará definitivamente la inmigración colonizadora.

Es dolorosa la historia de los ensayos de colonización en México; pero fecunda en enseñanza. Hubo tiempo en que se creyó que un solo artículo constitucional (el de la tolerancia de cultos) iba a ser el imán de las corrientes de población europea que confluían en las regiones norteamericanas, y que desviaríamos como por arte mágica, en nuestro provecho. A fuerza de leyes, de facilidades de todo género, hemos solicitado después la inmigración; hemos hecho más, la hemos ido a buscar a Europa y conducido a nuestro suelo, a nuestras expensas. Todo ha sido inútil; si la afluencia de capital, en forma de dinero, se va pronunciando en dirección de nuestro inexplorado suelo, la afluencia de capital en forma de población no está en relación directa con el primer movimiento; pero lo uno arrastrará a lo otro en pos suya.

No somos de los que desearíamos que la colonización se produjera en México en las proporciones gigantescas y en la forma casi súbita que se verifica en los Estados Unidos; la desearíamos en constante y paulatino crecimiento, para evitarnos el obligado séquito del pauperismo europeo con sus apetitos insaciables, con sus masas enfermas de deseo y de fiebre, que delira con soluciones violentas y medios trágicos; esto, dado nuestro estado social, sería una plaga. Lo es para organismos diez veces más robustos que el nuestro, como el norteamericano. Afortunadamente nuestro territorio nunca consentirá aglomeraciones excesivas de población en centros determinados, ni podrá adecuarse a aumentos enormes de brazos, de productores y de consumidores; México llegará en el siglo próximo a veinticinco millones de habitantes; no necesita más para ser fuerte y próspero, sin aspirar a ser el país más próspero y más fuerte del globo. Bastantes amarguras y humillaciones nos han proporcionado las decepciones involuntarias del patriotismo de nues-

tros abuelos, que soñaron con un México incomparable por su riqueza latente y su poder.

Cuando la paz se presentó con caracteres definitivos, menudearon las soluciones del problema de la inmigración. Para realizarlos tropezábase con una dificultad magna, para muchos insuperable. En los países americanos en donde ya la colonización es un gran hecho práctico, en los Estados norteamericanos, sobre todo, el tesoro público ha contribuido directamente y en escala vastísima al establecimiento de colonos, proporcionándoles una parte extensísima del fondo público. En México era la opinión común que no existían terrenos de propiedad nacional. Ni hay baldíos, se repetía, ni es posible privar a los poseedores del terreno que casi todos han usurpado, porque esta medida agraria traería, como indeclinable consecuencia, una conmoción social.

Una administración sobre la que ha caído una montaña de reproches, y que siempre podrá alegar en su abono —cuando el día del juicio histórico llegue, que no ha llegado, para ella— su ardimiento en trasladar al terreno de los hechos prácticos el salvador programa de progreso material trazado durante el primer período presidencial del señor [don Porfirio] Díaz, se apercibió a abordar el problema con resolución y acierto, encomendándolo al interés individual. Se trataba de encontrar terrenos de propiedad nacional, de deslindarlos y de recuperar los usurpados o legalizar, en condiciones por extremo equitativas, su posesión. En algunos años esta obra [continúa], no sin grandes dificultades, no sin graves abusos, pero avanzando, a pesar de todo, y teniendo por resultado de incalculable trascendencia el proporcionar una base normal a la solución del problema a que está ligado el destino de la República. No es hiperbólico afirmar que el movimiento de fijación de la propiedad territorial que desde hace ocho años se realiza en México es el de mayores consecuencias que en nuestra moderna historia se ha verificado, después del de desamortización de bienes eclesiásticos. Algunas cifras pondrán al cabo, a nuestros lectores, de la importancia del hecho. Se han deslindado 33.811.524 hectáreas de terrenos; de ellas han pasado a ser propiedad particular más de veintitrés millones, y el resto (10.132.671) son de propiedad nacional todavía.

O nunca, u hoy, por este medio, la colonización entrará en su período de realización práctica. El desarrollo de las vías de comunicación, el sostenimiento de la paz, son las circunstancias coadyuvantes. En buena parte, dependen ya de nuestra voluntad; ellas serán la piedra de toque de la aptitud para vivir de la nueva familia mexicana. Sería un crimen para los mexicanos dudar del resultado final; no lo será menos el no procurar aunar todas nuestras fuerzas, imprimiéndoles esa dirección. Amamantados con la desoladora doctrina de la maldición sobre la labor humana, el porvenir nos guarda, de seguro, la demostración de esta obra, de un poeta pagano: "El cielo nos vende todos los bienes al precio del trabajo".

CAPITULO III

Gobierno e historia política

Todos los pueblos de civilización europea se desenvuelven en el sentido d la democracia. *¿Es un mal?* Un bien indiscutido sería si las democracias fuesen organismos políticos cuya función consistiera en operar a selección en los organismos sociales. Así las consideraba, en su estado ideal, el filósofo estagirita (*Política*); así las resume en su célebre definición Littré: aristocracias abiertas. Ante el inquietante espectáculo que ofrecen las democracias modernas, a medida que van siendo más concisas y más activas, es difícil acertar con la solución del problema; baste consignar el hecho: el mundo civilizado se democratiza irremisiblemente; los países hispanoamericanos no constituyen una excepción, sino una comprobación de esa verdad. Un gran jurista, un gran pensador, Summer-Maine, en su obra postrera *El Gobierno Popular*, tomaba a los pueblos de la América española como tipo de la inestabilidad esencial, y por ende de lo poco duradero de la forma democrática, dando esta instabilidad por cierta (y cada vez va siéndolo menos), la inferencia es ilegítima; primero, porque la historia demuestra que puede un gobierno ser instable y duradero (por ejemplo, el imperio bizantino); segundo, porque esa instabilidad prolongada demuestra precisamente la acción constante de la corriente democrática. Lejos de poder servir los anales de nuestra América latina, como quiere el sabio inglés, para comprobar lo pasajero del establecimiento democrático en este continente, sirven para enseñar cómo las democracias transitan lentamente del estado precario al estado normal.

He aquí una objeción más concreta y más seria: "La clase indígena será un obstáculo perpetuo a la normalización de la democracia, porque sus tendencias hereditarias y sus tradiciones la condenan a vivir bajo un régimen oligárquico y patriarcal a un tiempo, único medio político que les permite vivir en paz, único que existe bajo el disfraz de lo principios constitucionales y liberales, único que aspiran a conservar y al que vuelven siempre y a la latga, cuando de él han salido; en suma, el instinto igualitario, base de la forma democrática, poderoso en el neomexicano, es nulo en el indígena". No negamos ni la verdad

relativa, ni la fuerza de la observación; pero hay que convenir en que si todo progreso puede definirse: un esfuerzo hecho por el hombre para modificar y adaptar el medio a sus necesidades, el medio moral que resulta del heredismo y de la tradición es en mayor grado modificable todavía; el gran agente modificador deberá ser, en este caso, la escuela, no ya por la enseñanza de tal o cual principio constitucional, enseñanza de acción lenta por extremo, sino por el contacto del indígena con individuos en quienes el progreso se realiza plenamente. En estos individuos, que forman el grupo mayor, creciente y absorbente en nuestra patria, es rasgo característico la indisciplina, que con la sangre española corre por nuestras venas; y con el espíritu de indisciplina, el orgullo nativo, enemigo capital del respeto. No discutiremos si éste es un bien o un mal; de ambas cosas tiene un poco; apuntamos simplemente el resultado de la psicología del neomexicano, considerándolo como elemento propicio al desarrollo por contacto de la democracia entre los indígenas, aún hoy sometidos a una serie infinita de cacicazgos, como antes de la conquista. Pudo decir verdad el orador que en el cuerpo legislativo francés, en tiempo del Imperio, pintaba a los indígenas adorando y bendiciendo al joven austríaco de mirada azul y flotante barba rubia, como un nuevo Quetzalcóalt; pero en el vericueto de la próxima montaña, espiaba, con el rifle listo, el guerrillero: éste era el mestizo; para éste, Maximiliano nunca fue una divinidad, sino el enemigo.

I

Los hados adversos, como decir solían los poetas antiguos en elegías menos melancólicas que nuestra historia, nos negaron la buena fortuna de ser educados en las prácticas vigorizantes de la libertad (como lo fueron nuestros vecinos) por el pueblo, que al iniciar la organización de la América conquistada, perdía a manos de la casa de Austria los restos últimos de sus privilegios comunales, de sus añejos fueros y, a poco, hasta de sus hábitos representativos, consecuencia fatal de la unificación española y del papel que por ella pudo hacer España en la sombría y magnífica tragedia del siglo XVI. El catolicismo religioso y político de Carlos y Felipe, empujando y obedeciendo el aventurerismo desalmado y fanático de los soldados que hacía cinco siglos, cruzados contra el Islam, seguían siéndolo contra la Reforma, no dejaba lugar en la tierra clásica de los enérgicos y bravíos autonomismos locales sino para concentraciones violentas, despiadadas, engendradoras indefectibles de inquisiciones y despotismos. Otra época, otra generación, otras circunstancias: el siglo XV en su plenitud, en vez del XVI en su aurora de incendio y de sangre, y la organización municipal esbozada en América por los conquistadores, con sus amplias (por vagas) atribuciones administrativas y sociales, con sus periódicos parlamentos comunales, habría vivido; habríase multiplicado y cambiado quizá el destino de la Nueva España, a trueque, es cierto, de que la acción del misionero no hubiera podido vencer, como lo pudo, auxiliada por el rey absoluto, la resistencia del colono, y de que, por ende, la raza indígena, que pudo vegetar

en la tutela monástica, hubiese perecido en la esclavitud, bajo el dolor de la marca y del azote, como en la América insular.

El marqués de Croix sintetizaba enérgicamente toda la Constitución política de Nueva España en aquella frase memorable: "Obedecer y callar es el deber del vasallo". (1776) Y cuenta con que el virrey decía esto a raíz de la expulsión de los jesuítas, que pudo influir al cabo en la emancipación de los espíritus; pero que no fue en su época, por cierto, una muestra de devoción de Carlos III y sus ministros por las ideas liberales, que apenas empezaban a emigrar de Inglaterra a los cerebros de algunos publicistas del continente, sino un acto de franco despotismo regalista, de supremacía absoluta del Estado, que era doctrina identificada de abolengo con la política de la casa de Borbón

El amor por la libertad y la igualdad son, en su fuente, una sola cosa; divergen y se diferencian, y hasta se contraponen en la práctica política. Amor por la libertad no faltaba a nuestros abuelos; sus reclamaciones incesantes contra la ingerencia exclusiva de los españoles en la administración colonial era la forma que tomaba ese espíritu. Los acontecimientos de 1808 revelaron súbitamente cuán sorda, pero obstinadamente se habían aclimatado en las aspiraciones criollas las abstractas teorías de las flamantes escuelas liberales de ultramar. Deseo inmenso de libertad, sí; pero experiencia, pero instinto práctico, pero procedimientos positivos y observación justa de nuestras necesidades para traducir lenta y normalmente los principios en hechos, de esto nada; nada aquí y nada tampoco en España.

Las masas, sumidas en inverosímil ignorancia, tenían algunos *desiderata,* más bien locales que nacionales; tenían odios, sobre todo, que es la pasión de los oprimidos: el mestizo o casta aborrecía al amo criollo o peninsular; el indio odiaba silenciosamente a todos, pero especialmente al hacendado, que le había usurpado su tierra, mermado su agua, y con quien tres siglos había pleiteado ante los jueces coloniales sin obtener casi nunca justicia; humilde, pero impasible y tenaz. La Independencia fue una conflagración social; lo que explotó Hidalgo, principalmente, fue el odio de las multitudes, para darles una conciencia nacional y separarlas de España, por incolmable abismo. Esto fue la insurrección para las masas; para las clases superiores, para el criollo, para el mestizo, clérigo o abogado, fue la puerta abierta al empleo, al gobierno, a la igualdad. Estos elementos caracterizan la expresión genuina y espontánea de nuestra nacionalidad al nacer.

Entre un tumulto de teorías, de dogmas arrancados a jirones de las constituciones casi metafísicas que la Revolución francesa había puesto en moda, todo ello sumado con hábitos, preocupaciones y supersticiones coloniales y con vagas nociones de derecho constitucional inglés o norteamericano, hervían ambiciones nobles o viles, pero desapoderadas casi todas. Los ambiciosos, en los grandes centros y en la capital de la nueva nación, formaron, al siguiente día del triunfo de Iturbide, dos o tres núcleos de superior importancia: unos querían rehacer la unión con España, no por odio a la Independencia, sentimiento inconfesable ya, sino por apego a las formas constitucionales que predominaban pasajeramente en la metrópoli (1821) y por incurable escep-

ticismo respecto de la vitalidad de la nueva patria; el medio preconizado por éstos tenía en su favor el ejemplo del Imperio del Brasil, y había sido consagrado en el plan de Iguala: el advenimiento de un Borbón al trono mexicano; este grupo se llamó borbonista. Otros veían en esto un peligro magno para la Independencia, se indicaba de malos patriotas a los borbonistas, y si pretendían mantener los antiguos elementos de gobierno de la colonia, era con total exclusión de la ingerencia dinástica o política de España; éstos formaron el partido imperialista o iturbidista; la mayoría de los neoinsurgentes estaba afiliada en él. Los más conspicuos de los insurgentes, restos de la primera época, estaban designados por la opinión como jefes naturales del partido de los descontentos, apenas organizado con un vago e indeterminado programa que se formó gracias a la lucha entre los otros dos, y que se llamaba republicano. El contraste entre un deplorable estado financiero y una corte fastuosa y ridícula, como lo es toda aristocracia de advenedizos, desconcertó a la opinión monarquista de la mayoría del país, obligó a Iturbide a precipitarse de uno en otro desacierto, abrió ancho campo a las intrigas borbonistas (que el solemne repudio de los tratados de Córdoba por las Cortes españolas había totalmente desautorizado, pero no desesperanzado) y permitió salir a luz a los elementos nuevos, que sin orientación la víspera se encontraron de repente organizados por las necesidades de una revolución militar.

La República fue en 1823 un hecho consumado; el fracaso del borbonismo y la ejecución de Iturbide, las necesidades de defensa de la nueva nacionalidad contra España, que no renunciaba a sus derechos históricos, extinguieron rápidamente a los partidos monárquicos, y sus elementos se distribuyeron en la masa nacional definitivamente republicana. Estos elementos reforzaron, al confundirse en el partido nuevo, los gérmenes de división que en él tenían forzosamente que aparecer, a raíz misma del triunfo.

II

Un partido conservador, dotado de bastante sentido histórico para aceptar serenamente las ideas que informan la sociedad moderna, emancipado suficientemente de las aspiraciones teocráticas del clero para obrar como grupo político plenamente dueño de sí mismo y no como grupo católico subordinado, aunque sus miembros todos o en gran mayoría profesasen el catolicismo;[1] un

[1] A los hombres de la generación naciente parecerá un anacronismo lo de las aspiraciones teocráticas del clero; el anacronismo no está, sin embargo, de nuestra parte; aun después del fracaso de la grandiosa tentativa teocrática de la Edad Media, el programa eclesiástico es el mismo, lo decimos no en tono de censura, sino con el fin de testificar un hecho; la supremacía de la Iglesia sobre el poder civil es una idea que yace en el fondo de la lucha entre el clero y el Estado todavía en nuestra época; esto puede comprobarse absolutamente con la historia nacional. (Véase la notabilísima introducción al v volumen de *México a través de los siglos,* del señor Vigil). Hasta en la última alocución del venerable León XIII se puede observar que libertad de la Iglesia y dominio de la Iglesia sobre la sociedad civil, son sinónimos.

partido conservador que, profesando sistemático respeto a la tradiciones y creencias, se propusiera aclimatar en un país las instituciones libres, producto de toda la civilización, transformando normalmente las instituciones históricas, es, sin duda, un factor de progreso eminentemente benéfico; personificaría la doctrina que considera al progreso como la evolución del orden, y estaría más autorizado por la ciencia que el partido de los innovadores a todo trance, que parten teórica y prácticamente de la destrucción de todo lo existente, y profesan que en sociología debe prevalecer la doctrina de las revoluciones sucesivas, expulsada definitivamente de las ciencias naturales. Pero este partido conservador ideal es totalmente distinto del que, o por interés o por error, enamorado de lo pasado, niega toda bondad a las ideas nuevas, o subordina su acción política a las necesidades de la Iglesia, convirtiéndose en agente de regresiones imposibles, complicando los intereses religiosos y los laicales, y poniéndose en el caso, para prestar o resistir a lo que llama la revolución, de apelar a la contrarrevolución, que es la violencia en sentido contrario a la corriente. Entonces se trata (por buena fe y patriotismo que se suponga en los caudillos, y estas cualidades no siempre les han faltado) de una facción reactora, de un elemento perturbador, de esos que las sociedades eliminan en su marcha, indefectiblemente. Las líneas que anteceden resumen, en sentir nuestro, toda la filosofía de la historia del partido reaccionario en general, y del reaccionario mexicano en particular.

La arraigadísima fe católica de nuestros padres, su intransigencia con todo aquello que de las ideas liberales trascendía a heterodoxia o disidencia religiosa,[2] hubieran colocado al partido liberal mexicano en un estado de prolongada inferioridad respecto del que tenía en su favor la tradición y la Iglesia, si un elemento nuevo no lo hubiese separado, en el terreno netamente político, de los principios sostenidos por los reactores. Hubo un grupo de liberales en quienes, por hijos de la filosofía del siglo pasado, dominaba cierto sentido práctico y el amor a los programas claros: en primer término figuraba, entre ellos, el eminente repúblico yucateco don Lorenzo Zavala, hombre que, tanto la energía de sus pasiones políticas como cierto estado de espíritu proveniente de la dificultad con que se precisaba en las conciencias la idea de una patria superior a los fines de los partidos, condujeron, hacia el fin de su vida, hasta la infidencia. Aclimatar la Constitución americana entre nosotros fue el ideal de este grupo, de donde tomó su origen el partido que luego se llamó "puro"; el innovador. Muchos intereses, facticios la mayor parte, pero tenaces ya, favorecían en diversas fracciones del país esta tendencia. Lo que se prefería de la Constitución de los Estados Unidos del Norte, poco bien comprendida, fuera de lo más saliente de su régimen gubernamental, era el sistema de Federación. Poco tiempo después de la caída de Iturbide, resultó (gracias al

[2]Tal fue el tipo de liberalismo que resultó del odio a los excesos de la Revolución francesa y al despotismo imperial, combinado con el renacimiento sentimental del espíritu religioso, de que fue portavoz el autor del *Genio del Cristianismo*. Este partido liberal es el verdadero organizador del parlamentarismo en la Europa continental.

eclipse del poder central que se había verificado en el último trastorno) que los grupos provinciales se juzgaron bastante fuertes para imponer su voluntad, y que los políticos probos se creyeron obligados a favorecer esta tendencia en vista del éxito admirable de la Constitución norteamericana; de todo ello resultó la irresistible corriente de que fluyó la Constitución de 1824. Desde entonces conservatismo y centralismo quedaron contrapuestos a liberalismo y federalismo.

El ensayo de Federación fue sincero; mas eran demasiado graves sus deficiencias para que tuviera el éxito que se esperaba. Las revueltas sucedieron a las revueltas; los días de paz parecían, según la expresiva frase de Holtzendorff, intervalos entre dos terremotos, y a la sombra de la Federación misma florecieron gobiernos puramente militares, como el de Bustamante.

Como era natural, los federalistas querían una realización positiva del sistema; los centralistas querían ver francamente realizado el suyo, para acabar con los despotismos militares, dando al país el gobierno que sus tradiciones y sus necesidades de concentración exigían, sobre todo desde la aparición de la invasión americana en nuestro horizonte, detrás de la bandera de emancipación de los tejanos. Los innovadores pretendían cambiar las condiciones económicas del país, creyendo acertadamente que ésta era la condición *sine qua non* de su fuerza; pero esto hería tal cúmulo de privilegios y de abusos, y amenazaba tantas creencias y preocupaciones, que determinó la coalición formidable de intereses militares y clericales, que sumados al elemento centralista, acarrearon, en horas bien tristes para la República, la ruina de la Constitución federalista.

Las amenazas exteriores, el peligro inminente y cada vez más claro en que se hallaba nuestra integridad nacional, imprimían un carácter de insensatez siniestra a nuestras luchas civiles. En realidad todo era confusión de ideas, de intereses, de ambiciones; contra el sistema centralista luchaba el federalista, acusándolo del desmembramiento que nuestro territorio sufría en sus extremos (Texas y Yucatán); contra el poder establecido (constituciones centralistas) luchaban los elementos de perturbación, que tendían al entronizamiento de las dictaduras militares, únicas francamente favorables a los privilegiados. Legiones de militares y empleados servían a estas ambiciones encontradas, indiferentemente; unos para vivir del abuso, otros del presupuesto; parasitismo inmenso que extraía toda la vitalidad del país.

La guerra americana clasificó mejor a los partidos, deslindándolos definitivamente; el partido innovador dejó de marchar entre los bagajes del federalismo y tomó resueltamente su dirección. Instruir al pueblo con absoluta independencia de la Iglesia; colonizar el país rompiendo las barreras de la intolerancia religiosa; desestancando toda la propiedad raíz, en su mayor parte amortizada por el clero; tal era su programa. Se proponía así poner en circulación una masa de riqueza que permitiera al gobierno vivir nomalmente y ejercer la policía social, por tal suerte, que la seguridad y el respeto a las garantías atrajera al inmigrante y al capital europeo, condiciones primordiales

de nuestro futuro progreso. Este programa fue acertado, aun cuando mucho influyeran en él los apetitos y las ambiciones de los eternos explotadores de las ideas. Tal fue (haciendo a un lado medios y detalles) la base proporcionada, con perfecta intuición de las necesidades mexicanas, a nuestra regeneración social.

Fiar a nuestro desenvolvimiento interior nuestra futura fuerza; encargar a él la producción de una conciencia nacional, que había parecido ausente durante la guerra con los Estados Unidos, en una enorme fracción de nuestra sociedad, compuesta de individuos sin apego por la tierra en que eran semisiervos, sin comunicación con sus compatriotas, ni material, por falta de caminos, ni intelectual, por falta de instrucción, esto era lo bueno, lo verdadero y lo justo. Por un lamentable error, el patriotismo de los grupos privilegiados (mal aconsejado por el temor y el odio a las innovaciones que ellos debieran haber realizado y normalizado) creyó que todo consistía, para salvar la nacionalidad, en reforzar el sentimiento religioso como factor de unificación interior y en fiar nuestra salvación material al apoyo de los europeos; apoyo militar y político, es decir, a una intervención, cuyo precio forzoso era el cambio de nuestras instituciones republicanas por las monárquicas. Así a la vez se obtenía la restauración de la religión y de elementos que a ese fin concurrían (propiedades eclesiásticas, intolerancia, etc.), la concentración vigorosa del gobierno en manos de un emperador, y el respeto profundo de los americanos, cuando entre ellos y nosotros se levantasen dos o tres monarquías europeas.

La coincidencia de la guerra civil en los Estados Unidos y de la bancarrota del gobierno liberal triunfante en 1861, presentó la oportunidad a los reactores para realizar estos fines. El trágico fracaso de la intervención francesa quitó al partido malamente llamado conservador toda probabilidad de disputar el poder al reformista, que la guerra extranjera había definitivamente convertido en nacional.

III

Era evidente consecuencia de toda nuestra historia política, que el partido contrarrevolucionario necesitaba someterse a las condiciones del vencedor y reconocer: 1º, que debía renunciar por siempre a todo auxilio exterior para adueñarse del poder o para compartirlo, y por consiguiente, a todo cambio fundamental en las instituciones: mexicano y republicano son ya, históricamente, vocablos sinónimos; puede asegurarse que tal renuncia es ya irrevocable por forzosa e ineludible; con excepción de uno que otro insensato o farsante, el grupo reaccionario es republicano, sin reserva. 2º, que debía tener por definitiva la situación legal del país producida por el movimiento reformista; esto también ha sucedido. La obra capital de la Reforma, la desamortización de los bienes eclesiásticos, ha recibido una indirecta pero eficacísima sanción con el sistema de composiciones pecuniarias entre los adjudicatarios y la Iglesia. La política

prudentemente iniciada por el Primado de la Iglesia mexicana ha contribuido no poco a la pacificación social en este país católico, pero en cuyos grupos principales existe gran devoción por las ideas liberales. Es verdad que no quedaba otro camino, no sólo por el triunfo del partido reformista en los campos de batalla, sino por la severa lección que a los reactores había dado el Imperio, obra suya, respetando la legislación reformista como adecuada a intereses y necesidades sociales de suprema importancia. Pero poniendo de acuerdo con la conciencia católica estos intereses mundanos, la Iglesia ha mostrado una vez más lo que, por otra parte, revela su historia entera: que la firmeza inconmovible de los dogmas y principios morales se compadece sin grave esfuerzo con una ilimitada flexibilidad en las transacciones con el poder civil y con las opiniones que han mostrado su vitalidad sobreviviendo a los anatemas de la Iglesia misma. Basta comparar la conducta que su conciencia y su deber dictaron al arzobispo Garza ante la Reforma en sus comienzos, y la que el deber y la conciencia imponen al arzobispo actual, para comprender cuánta elasticidad encierra la institución eclesiástica bajo su aparente rigidez. Lejos de nuestra mente está reprochar este proceder: al contrario.

Si el partido que un día se llamó conservador se bate aún sobre puntos secundarios de las leyes de Reforma, como los referentes al culto público, al traje sacerdotal, a las comunidades religiosas, nótese que se apoya este combate en los principios de la Constitución de 57, en los dogmas liberales. El histórico blanco de sus iras es hoy su escudo; la bandera constelada por todas las excomuniones de la Iglesia es hoy su lábaro: así debía suceder.

En suma, el antiguo bando reaccionario ha aceptado el nuevo régimen, y para una agrupación política tales sumisiones equivalen al suicidio. Casi todos sus antiguos hombres de acción supervivientes subsisten del presupuesto, y considerado colectivamente reconoce la Constitución como ley suprema, y como hecho consumado la Reforma. Ha quedado, pues, extiguido como grupo político; no existe. Es este uno de esos aniquilamientos totales que suelen registrarse en la marcha de las ideas modernas, a cuyo paso han desaparecido capítulos enteros de los programas conservadores, al grado de parecer a los pocos años como separados por siglos de lo presente; así la supresión de los derechos feudales en Francia hace cien años, la emancipación católica en el Reino Unido al nacer el siglo actual, la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos, etc.

Por desgracia existen, fuera del terreno político del combate o la negación de los principios fundamentales de la Constitución, una prensa y ciertas entidades sociales, que en la censura violentísima de los puntos del programa reformista que antes indicamos, apuran la diatriba contra las personas con esa monótona persistencia que convence a todo observador sagaz de que se carece de otros recursos polémicos. Nada más propio para encender los ánimos, para provocar represalias implacables, para dar todo el aspecto de una lucha sin tregua posible, a lo que mantenido en la esfera del puro interés o conveniencia social, pudiera ser motivo de estudios serenos que forzosamente ate-

nuarían lo que hay en las leyes reformistas de opuesto a las libertades que la escuela metafísica, dueña todavía de la opinión, considera como absolutas. Nada más peligroso que trasladar al acmpo religioso, para defenderlo acaloradamente en la batalla apasionada del periodismo diario, un conjunto de derechos, si se quiere, pero no de dogmas o artículos de fe. Ese conjunto de derechos suprimidos con perfecta razón y con plena justicia desde el punto de vista sociológico, pero con enorme inconsecuencia desde el punto de vista filosófico, de que emanaron los derechos del hombre, están sujetos a renacer más tarde: no se trata de una extinción, sino de una suspensión, destinada a desaparecer cuando las causas complejas que la motivaron hayan desaparecido. Tratar de obtener esta reaparición del derecho, en nombre de la libertad de asociarse, para la comunidad religiosa; en nombre de la libertad de transitar, para los hábitos sacerdotales; en nombre de la libertad de conciencia, para las manifestaciones del culto; en nombre del mismo credo liberal, en suma, era lo hábil. Combatir las supresiones haciéndolas inútiles a fuerza de respetarlas sin reticencias, porque son la ley; ampliar, a fuerza de abrir las almas al espíritu de concordia, una corriente perenne de tolerancia, a que por benevolencia o por escepticismo se inclinan tan fácilmente los grupos ilustrados en nuestro siglo, era, sin duda, el plan de conducta bueno y patriótico para el partido católico militante.

Verdad es que liberalismo y catolicismo resultan antagónicos por las declaraciones de la Iglesia misma; pero a pesar de esto han encontrado el modo de vivir en paz en los Estados Unidos, por ejemplo; este *modus vivendi* (y todo es en las modernas sociedades una transacción para vivir, un *modus vivendi*) concluirá acaso en el próximo siglo, en que a las inmensas crisis sociales se mezclarán probablemente grandes luchas religiosas. Pero aquí sería un acto de patriotismo evitarlas, hacerlas imposibles quizás en lo porvenir, si los grupos católicos supieran someterse al yugo impersonal de la ley, aun cuando porcurasen ganar terreno en las escuelas, simplemente reforzando y propagando la enseñanza religiosa; en ello los liberales no verían tentativas de formar enemistades irreconciliables entre los mexicanos futuros, sino la creación saludable de centros de instrucción y de fe religiosa, sólo temibles para la impiedad desalmada y brutal, nunca para el pensamiento libre o para las creencias de la minoría. Esto hubiera obligado al Estado a competir en la enseñanza con la Iglesia, mejorando sin cesar sus planteles, sus métodos, sus maestros, y condición sería de la educación el respeto profundo a la religión en general y a la religión de la mayoría en particular. De todo esto pudiera resultar a la vuelta de dos generaciones un pueblo, un gran pueblo quizás.

Pero este ideal superior yace oculto en unos cuantos espíritus verdaderamente religiosos. El hecho es que el combate aquí, como en Europa, y por espíritu de imitación, cuando no por odio o por interés personal y hasta ingenuamente financiero, ha tomado por bien agrios derroteros. Sabemos que de la Cétedra de Pedro es de donde bajará algún día la palabra de paz y la fórmula de concordia; pero esa palabra se hará esperar, pasarán algunas generaciones

antes de que resuene, se oirá en medio de alguna de las espantosas convulsiones sociales que lo porvenir nos guarda, cuando el catolicismo se limite a su papel de elemento supremo de conservación social; entretanto, todo es error, todo es lucha y conflicto. Y conflicto y lucha sin salida y sin solución; porque si es verdad que el sentimiento religioso es imperecedero en la humanidad, es verdad también que tendrá que amoldarse a todo aquello que constituye una de esas ideas fundamentales que han informado al mundo moderno; cuando se ataca en nombre de la religión, por ejemplo, la legítima e independiente intervención del Estado en la formación de la familia, se propone a las almas religiosas un problema insoluble, se pretende hacer retroceder a su fuente el río de la civilización social, se quiere un imposible.

Pero éste que tiene la apariencia de un gravísimo mal, no lo es en realidad para el partido triunfante: los ataques al matrimonio civil, a la escuela laical, al respeto a la ley, impedirán de hoy en más que a la sombra de una bandera religiosa se rehaga el antiguo bando reactor; porque al renacer como entidad política se hallaría encadenado a un programa por tal extremo irrealizable ya, que llevaría en su esencia misma una irremediable contradicción entre los principios de orden, que sólo podrían autorizarlo, y las tendencias al trastorno más radical, que sería su único fin práctico; esto bastaría, esto ha bastado para hacerlo imposible. En pos de la muerte ha sobrevenido la disolución. Por enérgica que se suponga la acción de los factores religiosos, no bastará entre nosotros para restaurar una entidad política radicalmente distinta de la liberal; puede crear accidentes, obstáculos, hasta revoluciones, pero un partido, nunca.

IV

El partido liberal innovador no había adquirido plena conciencia de sí mismo, sino en la guerra; no había llegado al triunfo, sino por medio de la revolución. Se encontró dueño del poder sin conocer prácticamente otros procedimientos de gobierno que los revolucionarios; pero las grandes guerras populares no son más que anarquías contenidas por dictaduras intermitentes. La victoria pone de resalto la contraposición entre los procedimientos dictatoriales exigidos por la lucha y los principios de amplísima libertad que constituyen el dogma, el símbolo por que se ha combatido; y una de dos, o la dictadura cede y la anarquía latente reaparece al realizarse los principios, por la nulificación de los elementos de gobierno, o la dictadura se mantiene más o menos disimulada por las formas constitucionales, y entonces los elementos revolucionarios readquieren todo su vigor y se reorganizan con los mismos símbolos y la misma bandera que en la batalla de la víspera. Este fue el problema que los jefes de la República trataron de resolver de un golpe por la célebre Convocatoria del año de 67. Dar vida a los elementos conservadores, extinguiendo las resistencias religiosas con el voto pasivo del clero; enfrenar las tendencias a la absorción del poder por una asamblea única, creando un Sena-

do; reforzar el Poder Ejecutivo por medio del veto, tales fueron los elementos de solución; la reforma de la Constitución era la forma legítima de tal programa; el medio de llegar a ello prontamente fue el plebiscito.

El ensayo era, si no desacertado como pensamiento, sí completamente erróneo en el procedimiento eminentemente revolucionario. La Convocatoria fue entonces abandonada y los jefes de la República se propusieron convertir al partido innovador en un partido de gobierno, constitucionalizando la Reforma, allegando por medio del interés político (creación de un partido personal del Jefe del Estado, el señor Juárez), o social (reapertura de las fuentes de riqueza del país cegadas en la lucha), o patriótico (necesidad de demostrar al mundo que podíamos gobernarnos a nosotros mismos), o simplemente personal (empleados, contratistas, adjudicatarios), allegando, decíamos, una buena parte de la sociedad en derredor del gobierno de la República y organizándolo como un partido conservador, es decir, adicto al orden nuevo y capaz de realizar las instituciones libres por medios normales, frente a frente del partido revolucionario.

No haremos la historia de este conflicto que llegó a tomar grandiosas proporciones. Derivada de máximas absolutas, elaboradas en un período en que privaba la escuela liberal metafísica, la Constitución, su espíritu cuando menos, autorizaba todo lo que consistiera en romper una regla, en debelar una barrera legal, en nulificar una condición creada a la realización de los principios, que siempre podía presentarse como restricción; del principio del sufragio popular, presentado como derecho absoluto, podía derivarse la desobediencia obligatoria a toda ley que emanase de un poder no genuinamente derivado del sufragio: como el gobernador N., como el Senado (cuerpo antipopular que debía suprimirse), como el Congreso entero, como el Presidente reelecto, etc., etc.; toda consecuencia rectamente derivada de un principio metafísico de libertad es lícita, aun cuando sea perjudicial a la evolución social: este era el gran axioma revolucionario.

Su victoria podía ser una catástrofe nacional, y presentábase tan clara perspectiva de despotismo y anarquía alternativos, que un sentimiento de patriótica angustia, sumado con una idea superior del deber, determinaron la política de los ciudadanos que agrupados en derredor del jefe de la justicia federal en 1876, pretendieron hallar en la ley misma una solución que mantuviera viva e inviolada la transmisión constitucional del poder y diese satisfacción a las justas exigencias de la opinión, que habían hecho toda la fuerza de la revolución.

Afortunadamente para el país, cuando triunfó ésta, sus directores, hombres de civismo y de real instinto político, repudieron de un golpe todo lo que había de anárquico en el programa revolucionario, se consideraron como representando las exigencias de tolerancia, de reformas económicas y de mejoras materiales que eran el supremo voto nacional, y continuaron la misma política de conservación, de orden, autoritaria, en una palabra, iniciada por Juárez.

Esto era lo justo y, el resultado lo comprueba, esto era lo práctico.

"Si queréis tener un ejército bien organizado, dice Spencer en sus *Ensayos políticos,* si queréis tener servicios de salubridad, de educación y de beneficencia administrados concienzudamente; si es vuestro ideal una sociedad activamente dirigida por Estados-mayores de funcionarios, escoged entonces por cuantos medios tengáis a vuestro alcance ese sistema de centralización completa que llamáis despotismo". La argumentación del eminente sociólogo, que profesa la teoría de la reducción al *minimum* de la acción del Estado, se encamina a demostrar que el sistema de justicia social que tocan al Estado, pero enteramente inhábil para todas aquellas que el Estado usurpa habitualmente sobre la acción individual: educación, beneficencia, higiene, etc. El error de esta teoría se demuestra con hechos, con la impotencia de las monarquías absolutas, despotismos típicos, para realizar las inmensas mejoras sociales que han llevado a cabo los gobiernos libre en Inglaterra, Francia, Bélgica, Italia, etc. Compárese lo que pasa en estos países representativos con lo que pasa en Turquía. Pero esto no significa que sea posible negar que los gobiernos representativos hayan concentrado, para dar cima a tamañas empresas una suma proporcional de autoridad que, creciendo en razón directa de las cada vez más complejas atribuciones del Estado, suelen sobrepujar a las del soberano en el régimen absolutista. Se ha dicho, no sin razón, que el Presidente de la República norteamericana, en unos casos, en otros el Senado, y las comisiones de la Cámara en otros, suelen asumir un poder de mayor importancia que el del Zar de Rusia. Puede demostrarse científicamente la necesidad de este fenómeno en la nación vecina: en los países nuevos, en donde todo elemento de representación es embrionario o no ha llegado normalmente a la existencia, en donde faltan la educación política y la instrucción escolar: de territorio vasto, de población corta, animada de grandes, pero vagas aspiraciones al bienestar, la institución del sufragio universal, que es un artificio constitucional aun en los países históricamente parlamentarios, se convierte forzosamente en mera fórmula por la abstención completa del cuerpo electoral, por la necesidad de concentración del poder encargado de hacer la paz y el progreso material; una asamblea en este caso, más que el voto popular, representa la conciencia nacional difusa en la sociedad entera y es su manifestación suprema la voluntad de cooperar a cuanto tienda a conservar la paz del momento y a fomentar la paz futura por medio de la creación del crédito nacional, de la transformación de las condiciones económicas debida al progreso material. Tal ha sido el papel de las asambleas mexicanas en los últimos quince años, atribuido a pequeñísimos móviles cuya existencia no negamos, por supuesto, pero que no han excluido el superior y patriótico de dejar expedita la acción del poder administrativo para conducir a buen término la obra gigantesca que había acometido, con la condición de vigilarla y con la de preparar por este camino y por el de la organización universal y obligatoria de la instrucción primera, el medio vital del futuro *self government.*

El resultado innegable ha sido uno de esos males que siempre compensan

los bienes en este mundo: la depresión de la vida parlamentaria, la fe popular en que la acción de un poder administrativo bien organizado y enérgicamente dirigido como el actual, bastaría para el progreso nacional y la inanición de los grupos políticos. Así ha sucedido siempre en los países que han atravesado las crisis convulsivas que el nuestro y que se han encontrado, repentinamente, en la necesidad premiosa de resolver rápidamente dos o tres problemas capitales, como condiciones *sine qua non* del problema supremo de la nacionalidad.

V

Una generación heroica fundó en México las instituciones libres; otra ha fundado la paz sin la que esas instituciones no eran viables. ¿La que nos ha de suceder encontrará un pueblo definitivamente familiarizado con una sana alimentación del cuerpo y el espíritu, y ésa organizará la práctica de la libertad en un medio ya difícilmente accesible a la influencia duradera de una revolución militar? El camino de esta generación es el que precisa preparar, para ello el partido liberal, su fracción adicta a la conservación social, por lo menos, necesita llegar a un acuerdo sobre un programa, si cree, como nosotros creemos, que es necesario fundar la política sobre la ciencia social; si cree, como nosotros creemos, que la libertad política es la condición precisa de todo derecho racional y de toda actividad normal.

Hay que partir de esta base: en pueblos de tan incoherente estado social, de tan peligrosa situación geográfica, de tan dividida organización constitucional como el nuestro, el poder administrativo, es decir, el órgano esencialmente activo del Estado, necesita, a trueque de convertirse en puramente pasivo e invertir su función y perecer, de una suma de facultades superiores a las que la Constitución le otorga: de aquí proviene que la necesidad de vivir lo condena a disponer de los parlamentos y a procurarse delegaciones constantes de facultades legislativas. Es necesario, si queremos que el gobierno parlamentario sea un hecho, aumentar las atribuciones legales del Ejecutivo en la Constitución, para que no las busque en la práctica, aun fuera de la Constitución. Pero es preciso pensar en que este gobierno legalmente fuerte no se cambie en tiranía, y en que encuentre límites infranqueables. Uno de ellos debe ser el Poder Legislativo, si es éste un producto cada vez más genuino del sufragio: grandes medidas hay que tomar para ello; una de las más eficaces es, en nuestro concepto, la sanción penal que falta en el Pacto federativo a la fracción III del artículo 36, a la obligación de votar que tienen los ciudadanos. La instrucción obligatoria y el voto obligatorio son dos necesidades magnas de las democracias hispanoamericanas: todo adulto debe saber leer y escribir, todo ciudadano que sepa leer y escribir debe votar.

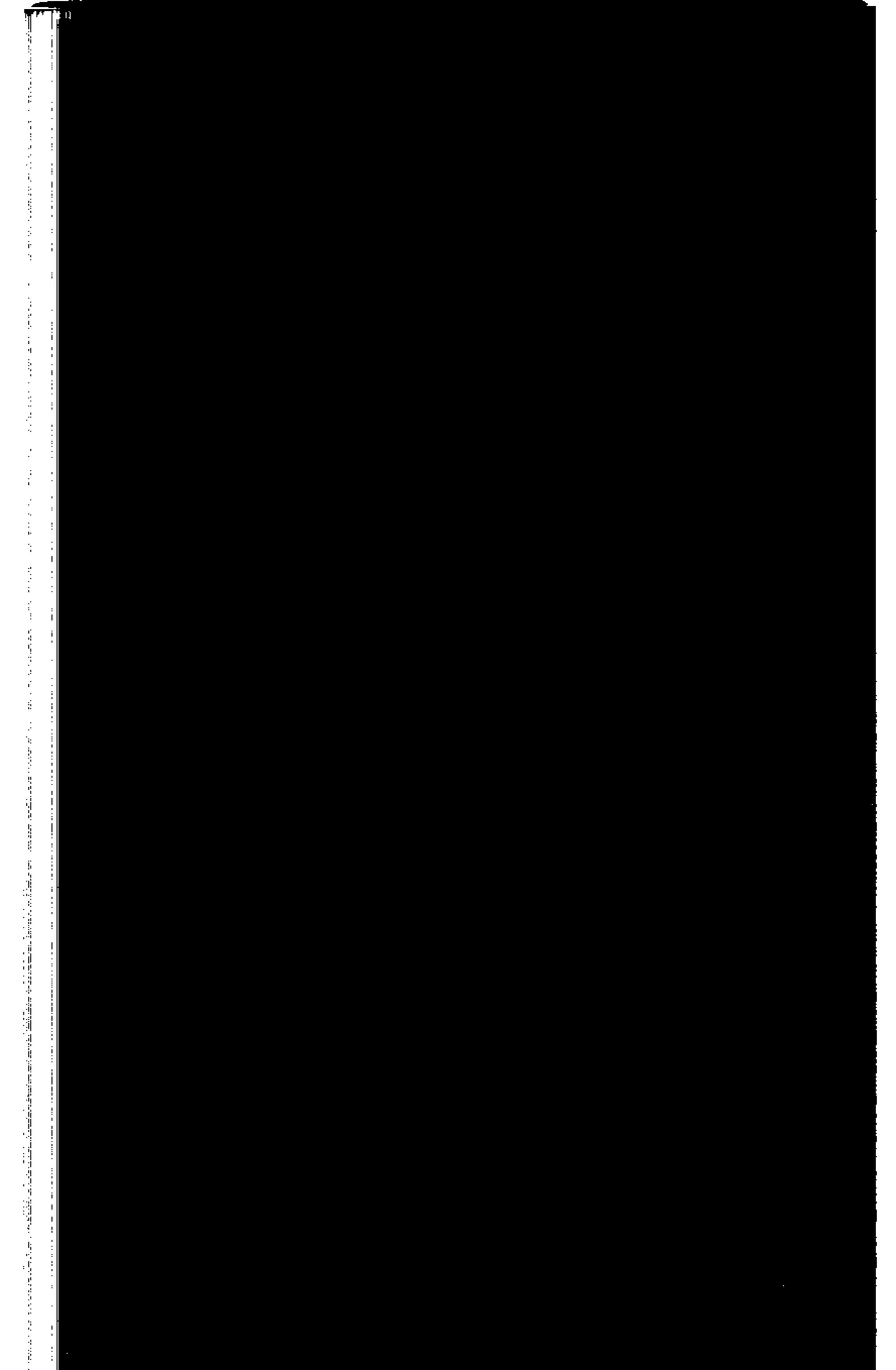
Si creemos radicalmente falsa la teoría de las autonomías de los tres poderes, tal como las formula, en términos absolutos, nuestra constitución, siguiendo a la Constitución norteamericana que se inspiró en Montesquieu; si tene-

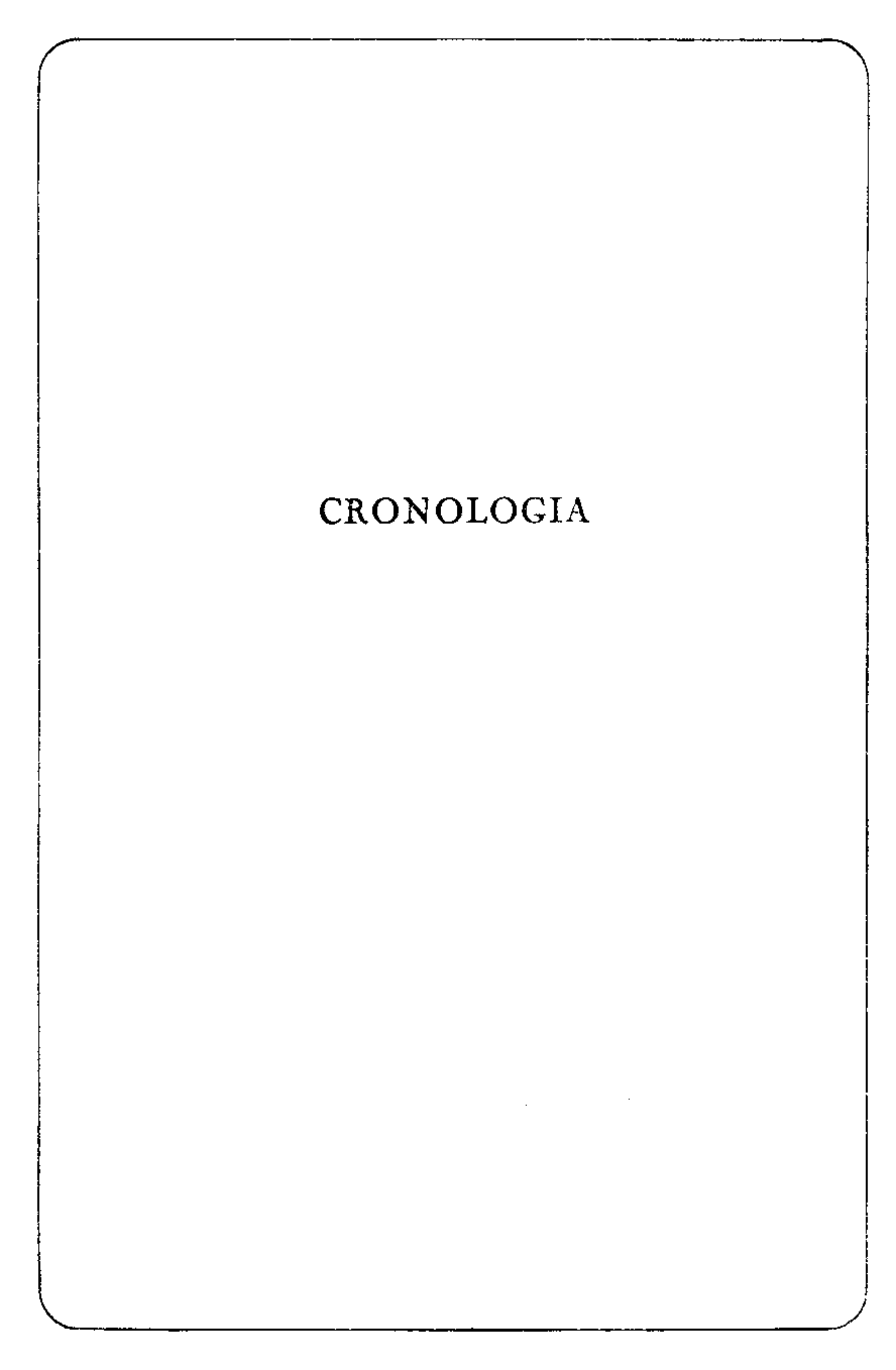
mos por evidentemente justa esta reflexión de Holtzendorff: "Si se entiende la teoría de los tres poderes en el sentido de que cada uno de ellos es independiente de los otros, está al abrigo de toda ingerencia de los otros dos y en la imposibilidad de encargarse de un acto fuera de su competencia propia, no sólo se rompe la unidad ideal del Estado, sino que se crea teóricamente la base de un conflicto de Estado en permanencia";[3] si sociológicamente hablando, esta división debe ser puramente relativa, y si, aunque parezca inconsecuencia, tiene este carácter aun en las Constituciones de México y los Estados Unidos (véase Vallarta, *Cuestiones constitucionales,* y Boutmy, *Etudes de droit constitutionel),* es innegable que en esta esfera relativa la acción de cada poder es independiente. El Poder Judicial debe tener este carácter para llenar su fin de garantir el derecho social o individual, de definirlo, de realizarlo. Mientras el organismo judicial dependa del cuerpo electoral y no sea inamovible, ese fin, y no hay otro que le sea superior, no se podrá cumplir. La inamovilidad de los jueces y magistrados federales o comunes debe ser una cláusula obligatoria en el programa de un partido liberal de gobierno.

No hemos querido ni podido hacer aquí otra cosa que un esbozo tenue de las consideraciones en que un plan de conducta conservador, para hacer práctica la política liberal, se funda. Adivinamos que cuando un partdio con tal base se organice (y alguna vez se organizará, o la vitalidad de la democracia mexicana habrá sido un mito), tendrá enfrente una fración radical que, probablemente de buena fe y para realizar los artículos igualitarios del credo democrático, pretendería la omnipotencia absoluta del Poder Legislativo, a riesgo de contentarse con una sombra; la movilidad absoluta del Poder Judicial y su dependencia del sufragio, a riesgo de hacer de la justicia un sueño y, sobre todo —que extremando, con un espíritu de completa intolerancia las prohibiciones de la legislación reformista, y olvidando esta máxima fundamental y sapientísima de la política de los partidos en la nación vecina: nunca se debe apurar el derecho—, trataría de convertir la ley en un instrumento de persecución religiosa. En esta obra el radicalismo será secundado con idéntico espíritu, aunque con dogmas distintos, por el clericalismo revolucionario que injuria, fanatiza y maldice.

Estas luchas informan a los partidos de gobierno, depuran los programas científicos de libertad y de justicia. Ellas demostrarán en lo porvenir que el partido liberal no ha abdicado, sino que ha esperado, colaborando en la consolidación de la paz, en la plenitud de la conciencia de su obra y de su responsabilidad.

[3] *La Política,* por F. Holtzendorff, eminente profesor en la Universidad de Munich.





CRONOLOGIA

1848	Nace el 26 de enero en Campeche, México; sus padres fueron Justo Sierra O'Reilly y Concepción Méndez Echezarreta. Su padre se encontraba en los Estados Unidos pidiendo ayuda al gobierno norteamericano contra el levantamiento de los indígenas en la Península de Yucatán. No lo obtiene.
1849	

México y América Latina	Mundo exterior
M: Tratado de Guadalupe Hidalgo con EE. UU.: a cambio de 15 millones de dólares, México pierde Texas, Arizona, Nuevo México y Alta California (más de la mitad de su territorio). Se retira el ejército norteamericano. Yucatán, separada anteriormente, se reincorpora a México. Campechanos y merideños enfrentan una rebelión maya. Comunidad cabetiana en Icaria. J. Sierra O'Reilly: *La hija del judío* (-49). *AL:* Abolición del ejército en Costa Rica. Constitución de Honduras. Inglaterra se apodera del puerto nicaragüense de San Juan. Castilla convoca en Perú un Congreso Internacional. Monagas disuelve el Congreso venezolano. Belzú, presidente de Bolivia, inicia era de "caudillos bárbaros". Revuelta *praieira* en Pernambuco, cierra el ciclo de los movimientos campesinos del norte del Brasil. Aréstegui: *El padre Horán*. J. A. Saco: *Ideas sobre la incorporación de Cuba a los Estados Unidos*. De Paula Vigil: *Sobre la autoridad de los gobiernos*. José de la Luz y Caballero funda en Cuba el colegio *El Salvador*. Sarmiento: *De la educación popular*.	Revolución de Febrero en Francia. Caída de Luis Felipe. Proclamación de la Segunda República. Insurrecciones proletarias de Julio. Represión de Cavaignac. Luis Bonaparte presidente. República húngara de Kossuth. Caída de Metternich. Asamblea de Francfort por un Reich alemán. Alzamientos contra los Habsburgo en Italia. República de Venecia. Guerra anglo-boer. Primera Constitución danesa. S. Mill: *Principios de economía política*. J. Grimm: *Historia de la lengua alemana*. A. Dumas (h): *La dama de las camelias*. T. B. Macauly: *Historia de Inglaterra* (-61). Marx y Engels: *Manifiesto Comunista*.
M: Continúa la guerra racial en Yucatán. L. Alamán: *Historia de México* (-52). M. Carpio: *Poesías*. *AL:* Primer acuerdo canalero entre Nicaragua y EE.UU. Reinstauración del Imperio en Haití, hasta 1859. Insurrección de Páez contra Monagas, en Venezuela y exilio de Monagas. Perú acrecienta ventas de guano a Europa. Márquez: *La bandera de Ayacucho* y *Pablo o la familia del mendigo*. Fundación de la Universidad de la República, en Montevideo. Nace Enrique José Varona (-1933).	Mazzini y Garibaldi derrotados por los austríacos. Actuación de Luis Bonaparte y la "*Montaña*". Ministerio extra-parlamentario de L. Bonaparte. Alianza austro-rusa contra los húngaros. República de Roma. Invasión francesa. Alianza de los tres Emperadores. Taylor presidente de EE.UU. Experiencias de Fizeau sobre la velocidad de la luz. Dickens: *D. Copperfield* (-50). Ruskin: *Las siete lámparas de la arquitectura*. Courbet: *Los peones*.

1850	
1851	

México y América Latina	*Mundo exterior*
M: Intentos del presidente Herrera de reorganizar el país y negociar el pago de la deuda interna y externa. Se estiman en 7.600.000 los habitantes del país; Ciudad de México: algo más de 100.000. José María Chávez intenta un falansterio fourierista en Aguascalientes. *AL:* Tratado Bulwer-Clayton entre Inglaterra y EE.UU. estableciendo zonas de influencia en América Central. Los jesuitas expulsados de Colombia y reincorporados en Ecuador. Guerra Grande: Tratado Lépredour-Arana entre la Confederación y Francia. Muere Artigas en el Paraguay y San Martín en Francia. Abolición del tráfico de esclavos en Brasil; inversiones orientadas hacia la industria y la banca; Tratado con Paraguay contra Rosas. *Población total de AL:* 30 millones. Brasil: 8; México: 7.600; Colombia: 1.490; Perú: 1.888; Cuba: 1.186. 52% en los países tropicales; 32% en México y América Central; 4,1% en Argentina y Uruguay. *Las diez ciudades más pobladas:* Río: 188.156 habitantes; El Salvador: 150; La Habana: 100; Lima, Buenos Aires y Santiago: entre 80 y 90; Recife: entre 70 y 80; Caracas y Montevideo: entre 50 y 60 mil. M. Cervantes: *Caramurú*. Bello: *Compendio de la historia de la literatura*. Sarmiento: *Recuerdos de provincia*.	Crece poder político de L. Bonaparte. Ley Falloux sobre enseñanza y ley electoral Thiers. Nueva Constitución prusiana. Acuerdo austro-ruso contra Prusia. Regreso del Papa a Roma. Ministerio de Cavour. Compromiso Clay sobre la esclavitud en California. Ley sobre colonización en Argelia. Expedición de Barth a Africa Central. Primer cable submarino entre Douvres y Calais. Fundación de la Agencia Reuter. Hawthorne: *La letra escarlata*. Schopenhauer: *Parerga y Paralipomena*. Wagner: *Lohengrin*. Goya: *Los proverbios*. Muere Balzac.
M: Mariano Arista presidente. Intentos en Chihuahua de formar la República de Sierra Gorda. Fundación del Liceo Hidalgo. (-82). *AL:* Ultima expedición anexionista del gral. Narciso López en Cuba, que es fusilado por el gobierno español. Abolición de la esclavitud en Colombia y Ecuador; en éste, gral. Urbina se proclama Jefe	Golpe de estado de Louis Bonaparte. Supresión de la libertad de prensa. Bismarck representante de Prusia en la Dieta germánica. Federación de mecánicos en Inglaterra. Revuelta de Saldanha en Portugal y toma de Lisboa. Revuelta de los Tai-ping en China. Primera Exposición Internacional en Londres. Invención de la prensa rotativa. Melville: *Moby Dick*. Beecher Stowe: *La*

1852	Regresa O'Reilly como funcionario del Estado de Yucatán.
1853	

México y América Latina	*Mundo exterior*
Supremo. Primer ferrocarril entre Lima y Callao y entre Caldera y Copiapó. Fracasa revolución liberal en Chile; Montt gobernará por un decenio. Concluye Sitio Grande de Montevideo; alianza antirosista en el Plata: Urquiza prepara el Ejército Grande. Lastarria: *Diario político*. García Moreno: *Defensa de los jesuitas*. Gonçalves Dias: *Ultimos cantos*.	*cabaña del tío Tom*. Nerval: *Viaje a Oriente*. Hermanos Goncourt: *Diarios* (-84). Longfellow: *La leyenda dorada*. Macaulay: *Ensayos biográficos*. Murger: *Escenas de la vida de bohemia*. Ruskin: *Las piedras de Venecia*. Verdi: *Rigoletto*.
M: Rebelión contra Arista. *AL:* Destierro de los jesuitas en Ecuador. Código civil peruano. Batalla de Caseros y caída de Rosas; gobierno provisional de Urquiza. Política de fusión en Uruguay; Giró presidente. Telégrafo en Brasil. M. Bilbao: *El inquisidor mayor*. Alberdi: *Bases*. J. F. Lisboa: *Diario de Timón*.	Restablecimiento del Imperio en Francia. Proyectos de Haussman de remodelación de París. Cavour preside consejo piamontés. Negociaciones de Austria con Alemania del sur para unión aduanera. Coalición de Darmstadt. Prusia denuncia el Zollverein. Independencia de Montenegro. Inglaterra reconoce independencia de Transvaal. Se funda el primer "gran magazin" en París: el *Bon Marché*. Los Grimm inician el *Diccionario alemán*. Gautier: *Esmaltes y camafeos*. Leconte De Lisle: *Poemas antiguos*. Turgueniev: *Relatos de un cazador*. Comte: *Catecismo positivista*. Cánovas del Castillo: *Historia de la decadencia de España*. Baltard construye los Halles centrales de París (-58).
M: Renuncia Arista; Antonio López de Santa Anna, llamado del destierro, asume el poder como dictador y Alteza Serenísima. Forma gabinete presidido por Lucas Alamán, suprime legislaturas provinciales, funda la Secretaría de Fomento, Colonización, Industria y Comercio, prohíbe, con la Ley Lares, impresión de escritores subversivos, destituye y destierra a liberales. Muere Alamán. Santa Anna vende el territorio de Mesilla (103.000 kms. cuadrados) a EE.UU. por 10 millones de pesos. M. Orozco y Berra: *Diccionario universal de historia y geografía* (-56) 10 vol.	Rusia propone a Inglaterra el reparto de Turquía. Flotas franco-inglesas en los Dardanelos. Ocupación rusa de principados danubianos. Rusos y americanos reclaman acceso al Japón. Pierce, presidente de EE.UU. Los Tai-pong se apoderan de Nankin. Gobineau: *Ensayos sobre la desigualdad de las razas* (-55). Hugo: *Los castigos*. Gogol: *Taras Bulba*. Verdi: *La Traviata*.

1854	

México y América Latina	*Mundo exterior*
AL: Primera proposición de EE.UU. a España para comprar Cuba y Puerto Rico. Insurrección de Castilla en Perú contra el presidente Echenique. Nueva Constitución en Colombia, anticlerical y federalista. Urquiza presidente de Argentina, Venancio Flores de Uruguay. Primera Constitución argentina, inspirada en las *Bases* de Alberdi. Gabinete de Conciliación en Brasil. Primera asociación obrera chilena. Corpancho: *Brisas de mar* y *La lira patriótica.* Blest Gana: *Una escena social.* Alberdi: *Cartas quillotanas.* A. de Azevedo: *Poesías.* Teixeira de Freitas: *Recopilación de las leyes civiles.* Nace José Martí. Mueren J. E. Caro y D. del Monte.	
M: El Coronel Villarreal y Juan Alvarez proclaman el Plan de Ayutla, que desconoce a Santa Anna. Alvarez nombrado presidente interino gobierna con gabinete formado por cinco "puros": Melchor Ocampo, Ponciano Arriaga, Guillermo Prieto, Benito Juárez y Miguel Lerdo de Tejada. F. Calderón: *A ninguna de las tres.* *AL:* Establecimiento de la Compañía del tránsito en Nicaragua. William Walker intenta la secesión de la Baja California en favor de EE.UU. Abolición de la esclavitud en Perú y Venezuela. Dictadura de Melo en Colombia. Buenos Aires formaliza su segregación. Muere Rivera en Uruguay. Iluminación a gas en Río de Janeiro y primera vía férrea (Petrópolis). V. F. López: *La novia del hereje.* M. A. de Almeida: *Memorias de un sargento de milicias* (-55). Varnhagen: *Historia general del Brasil,* Tomo I.	Guerra de Crimea entre Rusia y alianza anglo-francesa. Revuelta de O'Donnell en Madrid. Se inicia el conflicto Kansas en EE.UU. Fundación de la primera hilandería de algodón en Bombay. Berthelot y los principios de la termodinámica. Mommsen: *Historia de Roma.* Nerval: *Las quimeras* y *Silvia.* Tennyson: *La carga de la brigada ligera.* Viollet-le-Duc: *Diccionario razonado de la arquitectura francesa.* Ch. Renouvier: *Ensayos de crítica general* (-75). Tiutchev: *Poesía.* Nace A. Rimbaud.

1855	El Presidente Juan Alvarez nombra a Don Santiago Méndez, abuelo de Justo, Gobernador de Yucatán. El señor Méndez era la figura política de más relieve en la Ciudad de Campeche.
1856	

México y América Latina	*Mundo exterior*
M: Santa Anna deja furtivamente el país. Promulgación de la *Ley Juárez* que suprime los fueros eclesiásticos y militares. Renuncia Alvarez y asume Ignacio Comonfort. Sublevación de Doblado en Puebla bajo el lema de "religión y fueros". M. Ocampo: *Mis quince años de ministro.* *AL.* Ferrocarril transoceánico de Panamá, de propiedad norteamericana. Fracasa expedición haitiana contra Dominicana. R. Carrera nombrado presidente vitalicio de Guatemala. Segunda presidencia de Castilla en Perú: "era de los millones de guano" y de Monagas en Venezuela. Derrocamiento de Flores en Uruguay, acercamiento entre blancos y colorados. Código civil chileno, obra de Andrés Bello. Cisneros: *El pabellón peruano.* J. M. Paz: *Memorias.* Baralt: *Diccionario de galicismos.* J. I. de Abreu e Lima: *El Socialismo.*	Atentados contra Napoleón III. Leyes sobre trabajos y propiedad industrial. Batalla de Sebastopol y derrota aliada. Autorización a Lesseps para construir canal de Suez. Masacre de mulsumanes en Yunnan. Exposición Internacional en París. Los Rotschild fundan el Kreditanstalt de Viena. Le Play: *Los obreros europeos.* Spencer: *Principios de psicología.* Whitman: *Hojas de hierba* (-91). Browning: *Hombres y mujeres.* Baudelaire: *El Spleen de París.* Nerval: *Aurelia.* H. Barnard: *Revista Americana de Educación.* Courbet: *El taller.* Muere Kierkegaard.
M: El obispo Haro y Tamariz encabeza rebelión, derrotada por Comonfort. *Ley Lerdo* de desamortización de bienes eclesiásticos. Se inicia la redacción de la Constitución liberal. *AL:* William Walker "presidente" de Nicaragua y alianza centroamericana para combatirlo. Muere en La Habana Georg Weerth, miembro de la Liga de los Comunistas Alemanes. Se fijan fronteras entre Ecuador y Colombia. Decreto de amnistía en Ecuador. Constitución liberal en Perú. Pacto de la Unión en Uruguay. Construcción en Brasil de la primera carretera pavimentada (Petrópolis-Juiz de Fora). Compañía Central de Colonización. Vélez de Herrera: *Romancero cubano.* C. Acosta: *Cosas sabidas y cosas por saberse.* Alberdi: *Organización política y*	Ley sobre sociedades anónimas en Inglaterra. Caída de O'Donnell en España. Tratado de París. Memorándum de Cavour sobre Italia. Convención internacional sobre la guerra naval. Guerra anglo-persa. Nueva era del acero: horno de oxidación de Bessemer. Taine: *Ensayo sobre Tito Livio.* Barret Browning: *Aurora Leigh.* Aksakov: *Crónica familiar.* Wagner: *La Walkiria.*

1857

Con motivo del cambio de gobierno hay un pronunciamiento armado en la Ciudad de Campeche contra la facción de Méndez. Los conjurados asaltan su casa y destruyen la biblioteca de O'Reilly. La familia se traslada a Mérida, ciudad cercana y hoy capital de Yucatán. Justo ingresa al Liceo Científico y Comercial de Mérida.

1858

México y América Latina	Mundo exterior
económica de la Confederación. Polémica Gonçalves de Magalhaes-José de Alencar.	
M: Se proclama la nueva Constitución: forma federal de Estado y forma democrática, representativa y republicana de gobierno; institución del registro civil, secularización de cementerios, libertad de pensamiento, imprenta y enseñanza. El gral Félix Zuloaga se rebela contra la Constitución y el Congreso. Comonfort lo apoya y convierte la rebelión en un golpe de Estado. Primera Orquesta Sinfónica de México. *AL:* Primera plantación de café en Guatemala (Escuintla). Walker expulsado de América Central. Confederación Granadina (-61). Ospina presidente de Colombia. J. Linares primer presidente civil de Bolivia. Colonización inglesa de una zona del Amazonas en Ecuador; García Moreno Rector de la Universidad Central. Nueva Constitución en Venezuela. Rosas, exilado en Inglaterra, reo de "lesa patria" en Argentina. Primera línea férrea argentina entre Buenos Aires y La Florida. Desaparecen en Chile los mayorazgos creados en 1833. E. del Campo: *Carta de Anastasio el Pollo.* Salaverry: *Abel.* J. de Alencar: *El guaraní.* Souândrade: *Harpas salvajes.* Gonçalves Dias: *Diccionario de la lengua tupí.*	Grave crisis financiera en Inglaterra. Aumenta lucha por los mercados y expansión colonial. Entrevista entre Napoleón y el Zar. Constitución esclavista en Kansas. Revuelta de los cipayos en la India. Los franco-ingleses ocupan Cantón. Flaubert: *Madame Bovary.* Baudelaire: *Las flores del mal* y traducción de las *Historias extraordinarias,* de Poe. Eliot: *Escenas de la vida clerical.* Champfleury: Manifiesto *El realismo.* Ibsen: *Olav Liljekrans.* O. Feuillet: *La novela de un joven pobre.* Courbet: *Muchachas a la orilla del Sena.*
M: Huída de Comonfort y presidencia de Juárez, presidente de la Suprema Corte de Justicia. En la capital los conservadores nombran presidente a Zuloaga. Se inicia la guerra de los Tres Años: Juárez y su gabinete se instalan en Veracruz. J. Díaz Covarrubias: *Gil Gómez el in-*	Atentado de Orsini contra Napoleón III. Supresión de la Compañía de las Indias. Liberación de siervos del dominio imperial ruso. Europa reconoce la independencia de Montenegro. Campaña electoral de Illinois: Douglas contra Lincoln. Derrota final de los cipayos. Los franco-ingleses toman Tien Tsin.

1859	O'Reilly escribe un informe sobre las Rentas Eclesiásticas vigorizando su prestigio literario y político.

México y América Latina	*Mundo exterior*
surgente o la hija del médico. J. N. Adorno: *Los males de México y sus remedios practicables.* *AL:* Insurrección de Julián Castro en Valencia contra la Constitución del 57: presidencia y nueva Constitución. Exilio de Guzmán Blanco. Guerra civil entre federalistas y centralistas, hasta el 63. Segunda presidencia de Castilla y bloqueo a los puertos ecuatorianos. Abolición de la República unitaria y reconstitución de la República federativa de los Estados Unidos de Colombia. Segunda y fracasada revolución liberal en Chile. California y Australia se cierran como mercados cerealeros de Chile. Ramón de la Sagra, Cónsul del Uruguay en Francia. J. L. Mera: *Poesías.* J. M. Heredia, J. A. Quintero. J. C. Zenea: *El laúd del desterrado.*	Polémicas entre Pasteur y Pouchet sobre generación espontánea. H. Taine: *Ensayos de crítica y de historia* (-94). Carlyle: *Historia de Federico II.* Offenbach: *Orfeo en el infierno.* Proudhon: *La justicia en la revolución y en la iglesia.*
M: El gral. Miguel Miramón sustituye a Zuloaga. Desde Veracruz, Juárez expide las *Leyes de Reforma:* nacionalización de los bienes eclesiásticos, cierre de conventos, matrimonio y registro civiles; secularización de cementerios y supresión de fiestas religiosas. Los conservadores efectúan tratados con Francia (tratado Mon-Almonote) y los liberales con EE.UU. (tratado McLane-Ocampo sobre istmo de Tehuantepec.) *AL:* Fabbre Geffrard, presidente de Haití. Tratado de Napasingue entre Ecuador y Perú. Guerra entre la Confederación y el Estado de Buenos Aires; Urquiza derrota a los porteños. Primera huelga obrera en Perú. Orgaz: *Las tropicales.* J. V. González: *Biografía de J. F. Ribas. La Revista de Lima* y *Revista Popular* brasileña.	Guerra italiana por la unidad: Francia y Cerdeña contra Austria. Austria ataca Reino de Cerdeña. Batallas de Magenta y Solferino. Garibaldi inicia campaña libertadora en Italia. Fortalecimiento del ejército prusiano bajo Guillermo Hohenzollern. Parma y Modena anexadas. Los franceses en Saigón. Primer empleo de la sonda para búsqueda de petróleo en EE.UU. Darwin: *El origen de las especies.* Marx: *Crítica de la economía política.* A. Bain: *Las emociones y la voluntad.* E. Castelar: *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo* (-62). Ingres: *El baño turco.* Gounod. *Fausto.* Muere Horace Mann.

1860	Por encargo de Benito Juárez escribe un proyecto de Código Civil.
1861	El proyecto de O'Reilly es publicado y asumido por el Estado de Veracruz; después servirá de base a otros códigos semejantes. Quebrantada su salud, muere. Viaja a Ciudad de México para vivir con su tío, Luis Méndez Echezarreta, y continuar sus estudios en el Liceo Franco Mexicano.

México y América Latina	*Mundo exterior*
M: González Ortega y Zaragoza derrotan a Miramón y Márquez. Fin de la guerra y huida de Miramón a Francia. M. Ocampo traduce a Proudhon. *AL:* William Walker ejecutado. Inglaterra devuelve a Honduras las islas Bray. El Vaticano reanuda relaciones con Haití. Guerra civil en Colombia. Constitución conservadora en Perú. García Moreno, Jefe Supremo de Ecuador. Presidencia de Derqui en Argentina; guerra de policía contra el Chacho Peñaloza en el interior. Primer censo uruguayo: 221.243 habitantes. Primera línea de telégrafos en Argentina. El café en Brasil: 48,8% de las exportaciones. Vicuña Mackenna: *Historia de la independencia en el Perú.* Blest Gana: *La aritmética en el amor.*	Garibaldi en Calabria. Nápoles y Sicilia se unen al reino de Italia. Saqueo de Pekín por fuerzas europeas. Crémieux funda la Alianza Israelita Universal. Lincoln presidente de EE.UU. Secesión de Carolina del Sur. Speke y Grant descubren las fuentes del Nilo. Lenoir inventa el motor a explosión. Baudelaire: *Los paraísos artificiales.* Taine: *La Fontaine y sus fábulas.* P. A. de Alarcón: *Diario de un testigo de la guerra de Africa.* Saint-Saëns: *Oratorio de Navidad.*
M: Juárez entra en Ciudad de México y es proclamado presidente constitucional. Suspensión del pago de la deuda externa y protesta y coalición de Inglaterra, España y Francia (Convención de Londres) para invadir México y cobrarla. Los conservadores demandan en Europa la ayuda de Napoleón III. Juárez expulsa a los representantes de España, la Santa Sede, Guatemala y Ecuador, que habían apoyado a sus enemigos. Asesinado M. Ocampo. M. Payno: *El hombre de la situación.* P. C. Rhodakanaty: *Cartilla Socialista.* Muere J. J. Pesado. *AL:* República Dominicana reincorporada al Imperio Hispánico. Dictadura de Páez en Venezuela. Toma de Bogotá por el gral. Mosquera, liberal. Nuevo conflicto armado entre la Confederación y Buenos Aires; batalla de Pavón y victoria de Mitre.	Parlamento italiano. Muerte de Cavour. Estatuto de campesinos liberados de la esclavitud en Rusia. Principado de Rumania. Formación de los Estados Confederados de América. Secesión de Virginia; bloque de estados sudistas. S. Mill: *Sobre el utilitarismo.* Proudhon: *Teoría del impuesto.* Eliot: *Silas Marner.* Dostoievski: *Recuerdos de la casa de los muertos.* Garnier inicia la construcción de la Opera de París.

1862

1863

México y América Latina	Mundo exterior
L. B. Cisneros: *Julia o escenas de la vida de Lima.* F. Varela: *Nocturnas.* Primera Exposición Nacional, en Brasil. Juan María Gutiérrez, Rector de la Universidad de Buenos Aires. Nace José Rizal.	
M: Desembarcan los aliados en Vecruz; negociaciones con Juárez, firma del tratado de La Soledad y retirada de España e Inglaterra. Francia prosigue la guerra; derrotas francesas en Puebla. F. Pimentel: *Cuadro descriptivo y comparativo de las lengas indígenas de México.* (-65) J. M. Roa Bárcena: *Leyendas mexicanas.* *AL:* Privilegios para la iglesia en Ecuador. Muere el presidente López en Paraguay, lo sucede su hijo Solano. San Román presidente de Perú, Mitre de Argentina. Sarmiento gobernador de la provincia de San Juan. Segunda vía férrea argentina (Buenos Aires-San Fernando). Fundación de la colonia judía Moisésville, en Entre Ríos. Amnistía en Chile para los liberales del 59. El ferrocarril brasileño llega hasta Vassouras, en el centro de la zona cafetalera. Segura: *Las tres viudas.* Blest Gana: *Martín Rivas.* F. Bilbao: *América en peligro.* Muere J. de la Cruz y Caballero.	Intento de Garibaldi contra Roma. Batalla de Aspromonte. Bismarck primer ministro prusiano. Negativa de Prusia al acceso de Austria al Zollverein. Batalla de Antietam en EE.UU. Lincoln libera a los esclavos en los estados rebeldes. Los franceses en Cochinchina y Obock. Foucault mide la velocidad de la luz. Bernard descubre el rol de los nervios vaso-motores. Spencer: *Primeros principios.* Hugo: *Los miserables.* Thiers: *Historia del consulado y el imperio.* Flaubert: *Salammbò.* De Lisle: *Poemas bárbaros.* Manet: *Lola de Valencia.*
M: Los franceses reorganizados toman Puebla. El gobierno de Juárez abandona Ciudad de México y se asienta en el Norte. El gral. Bazaine entra a la capital: Junta de notables y Regencia del Imperio, que ofrece el trono a Maximiliano de Habsburgo, hermano del Emperador austríaco Francisco José. Ley de fraccionamiento de los baldíos. *AL:* Nueva sublevación proclama la República en Santo Domingo. Escuadra	Impacto de la guerra de secesión sobre la industria textil inglesa. Lasalle funda la asociación de trabajadores alemanes. Bismarck disuelve el Landtag. Revolución en Polonia. Creación de bancos nacionales por los nordistas en EE.UU. Batalla de Gettysburgh. Lincoln inicia "reconstrucción" del Sur. Protectorado francés en Camboya. Fundación del Crédit Lyonnais en Francia. Renan: *Vida de Jesús.* Proudhon:

1864	Sierra y otros estudiantes hacen una protesta callejera por la entrada a la Ciudad de México del emperador Maximiliano y la emperatriz Carlota.
1865	Estudia Derecho en el Colegio de San Ildefonso. Escribe su primera disertación, sobre El Matrimonio, la cual es leída en la Academia de Derecho Natural del mismo Colegio. Su enfoque acerca de cuestiones como el divorcio y el matrimonio civil es laicista. Escribe también sus primeras poesías entre las que destaca "Playera". Su tío Luis forma parte del consejo Imperial; Sierra discrepa con él.

México y América Latina	Mundo exterior
española en el Callao. Gobierno federal de Falcón en Venezuela. Constitución liberal en Colombia. Concordato entre Ecuador y el Vaticano. España reconoce independencia de Argentina. Asesinado el Chacho Peñaloza, último de los caudillos del interior argentino. Ferrocarril Santiago-Valparaíso. Ruptura de relaciones entre Brasil e Inglaterra. Palma: *Anales de la Inquisición de Lima.* Arona: *Ruinas.* Hostos: *La peregrinación de Bayoán.* Hernández: *Vida del Chacho.* Vicuña Mackenna: *Don Diego Portales.* Barros Arana Rector del Instituto Nacional de Santiago de Chile.	*Sobre el principio federativo.* Ibsen: *Los pretendientes.* Littré: *Diccionario de la lengua francesa* (-68). Dostoievski: *Memorias del subsuelo.* Manet: *Almuerzo en la hierba.* Sainte-Beuve: *Nuevos lunes* (-70). R. de Castro: *Cantares gallegos.* J. Verne: *Cinco semanas en globo.* Salón de los Rechazados, en París. Primer número del *Petit Journal.*
M: Maximiliano acepta el trono. Firma del tratado de Miramar y reconocimiento de la deuda con Francia (260 millones de francos). Bazaine derrota a Porfirio Díaz. M. Orozco y Borra: *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México.* Víctor Considérant visita el país. *AL:* Congreso de Naciones Americanas, en Lima. Ocupación española de las islas Chincha. Chile apoya a Perú, Ecuador se abstiene. Melgarejo gobierna Bolivia. Constitución estableciendo los Estados Unidos de Venezuela. Pacto entre Brasil y Argentina contra Uruguay; Brasil bombardea Paysandú. Sarmiento, Ministro Plenipotenciario ante Chile y Perú. Cisneros: *Edgardo.* F. Bilbao: *El Evangelio Americano.* Machado de Assis: *Crisálidas.*	Fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores. Primera Internacional, en Londres. Cruz Roja Internacional, en Ginebra. Encíclicas papales contra el libre pensamiento. Tratado de Viena austro-pruso-danés. Conflicto entre Lincoln y el Congreso. Sherman ocupa Atlanta y Georgia. Reelección de Lincoln. Rohls explora el Sahara. Fustel de Coulanges: *La ciudad antigua.* Spencer: *Principios de biología.* Le Play: *La reforma social.* Los Goncourt: *Renée Maupertius.* Tennyson: *Enoch Anden.* Taine: *Historia de la literatura inglesa.* (-72). Rodin: *El hombre de la nariz rota.* Degas: *Retrato de Manet.*
M: Juárez se refugia en Paso del Norte; guerra de guerrillas de los liberales. Maximiliano reconoce las *Leyes de Reforma;* enemistad con los conservadores que lo trajeron. EE.UU. exige a Francia el retiro de las tropas. Maximiliano propone al Papa un concordato que no se firma; la Iglesia se resiente por su actitud liberal. González Ortega (desde EE.UU.) y	Reconocimiento legal del valor cheque en Francia. Ministerio Russell en Inglaterra. Congreso norteamericano vota abolición esclavitud. Capitulación de Lee en Appomatox. Asesinato de Lincoln. Negativa del Congreso a admitir estados sudistas reconstruidos. C. Bernard: *Introducción a la medicina*

1866

México y América Latina	*Mundo exterior*
Juárez, en conflicto por la presidencia. Academia Imperial de Ciencias y Literatura. Considérant: primera de las *Cartas al Mariscal Bazaine*. Rhodakanaty: Club Socialista de Estudiantes de Ciudad México. *AL:* Abolición de la esclavitud en las colonias holandesas de América. Las Cortes españolas reconocen la independencia dominicana. Muere el dictador Carrera: restauración conservadora: la "teocracia medieval"; comienza la explotación del café en Guatemala. Primer mensaje telegráfico despachado en Bogotá. Tratado Vivanco-Pareja pone fin defectuosamente al conflicto de Perú con España. Fin del mandato constitucional de García Moreno; lo sucede J. Carrión en Ecuador. Triple Alianza: Argentina, Brasil y Uruguay contra Paraguay; impopularidad de la guerra en el interior. Código civil argentino. Libertad de cultos en Chile. Conflicto entre Brasil y el Pontificado. Palma: *La lira americana*. J. M. Gutiérrez: *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos del siglo XIX*. J. Zaldumbide: *El Congreso, don Gabriel García Moreno y la República*. F. Bilbao: *Obras completas*. Muere Andrés Bello. Nace José Asunción Silva.	*experimental*. Proudhon: *Sobre el principio del arte*. Carroll: *Alicia en el país de las maravillas*. Tolstoi: *Guerra y Paz* (-69). Los Goncourt: *Germinie Lacerteux*. M. Arnold: *Ensayos críticos* (-88). Taine: *Filosofía del arte en Italia*. Manet: *Olympia*.
M: Tras la derrota austríaca ante Prusia, aliada de Francia, Napoleón III retira las tropas de México. La Emperatriz Carlota pide en Europa ayuda a Napoleón y al Papa. Los liberales mexicanos comienzan a ganar las batallas. F. Pimentel: *La economía aplicada a la propiedad territorial en México*. *AL:* Bombardeo del Callao y derrota española. Tratado de límites entre Chile y Bolivia y acuerdo para dividir exportaciones de guano. Derrotas de Solano	Polémica en la Internacional entre proudhonianos y marxistas. Confederación del Norte de Alemania. Conflicto entre Austria y Prusia. Batalla de Sadowa: fusiles de retrocarga y ferrocarriles para movilización. Venecia se une al reino de Italia. *Black friday* londinense. El Congreso de EE.UU. asegura la igualdad civil a los negros. Fundación del Ku-Klux-Klan. Nobel inventa la dinamita. Inauguración del primer cable trasatlántico. Dostoievski: *Crimen y castigo*. Verlaine: *Poemas*

1867	*El Globo* (Manuel M. de Zamacona y Rafael Dondé) publica su primera poesía. Participa con éxito de las veladas literarias y entabla profunda amistad con Ignacio Manuel Altamirano. "Prieto me llamó su hijo con olímpica ternura; Ramírez me dio un consejo o una broma; Payno brindó conmigo; Riva Palacio me habló del porvenir; Gonzaga Ortiz se informó de mis aficiones literarias en un tono un poco 'marqués', es cierto, y Portilla, nuestro siempre llorado don Anselmo de la Portilla, me comunicó instantáneamente su fervor por el ideal y por el arte. Y Altamirano, que era allí el niño mimado, me tomaba con tanto ardor bajo sus auspicios, que cuando conté esto, exagerándolo un poco, a mis compañeros de colegio, les pareció que yo había crecido y algunos me dijeron 'adiós' como si fuéramos a separarnos para siempre" *(Obras Completas,* III-384).
1868	"Tras *El Globo, El Monitor Republicano* (1846-1890), uno de los periódicos más importantes de la época, acoge al joven poeta y le confía el folletín, en el cual, a partir del 5 de abril y hasta el 20 de setiembre de 1868, publica las *Conversaciones del domingo* (II-67 a 194), saludadas por Altamirano con entusiasmo desbordante" (A. Yáñez: *Don Justo Sierra, su vida, sus ideas y su obra).* En estas *Conversaciones* aparecen los relatos que formarán los *Cuentos románticos.* En veladas literarias, lee "El canto de las hadas", "Playera", "Dios", consagrándose.

México y América Latina	*Mundo exterior*
López en la guerra de la Triple Alianza: Tuyutí y Curuzú. J. Montalvo: *El Cosmopolita* (-68) Gutiérrez González: *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*. Del Campo: *Fausto*.	*saturnianos*. Antología *Parnaso Contemporáneo*. Swinburne: *Poemas y baladas*. Corot: *La iglesia de Marissel*. Offenbach: *La vida parisiense*.
M: Maximiliano planea abdicar; presión de los conservadores para que continúe hasta el final. Fortificado en Querétaro, y sin la ayuda del ejército imperial, es vencido y fusilado junto con Miramón y Mejía. Entrada de Juárez a la capital. Oración Cívica del médico Gabino Barreda en Guanajuato en la que interpreta la historia mexicana a la luz del positivismo de Comte. Juárez lo llama para que funde la Escuela Nacional Preparatoria. Porfirio Díaz se retira del ejército. Llamado a elecciones generales. I. M. Altamirano, I. Ramírez y G. Prieto: *El Correo de México*. *AL:* Tomás Martínez concluye período presidencial en Nicaragua. Tratado Dickenson-Ayón para comunicación interoceánica. Guerra civil en Haití. Mosquera prisionero, asume Santos Acosta en Colombia. Se abre el Amazonas a la navegación internacional. Isaacs: *María*. Cuervo: *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (-72). Caro y Cuervo: *Gramática de la lengua latina*. Sousândrade: *Güesa* (-88) Lastarria: *La América*.	Imperio ultramarino de Inglaterra: 200 millones de habitantes. Etapa de fortalecimiento de los estados nacionales. Conspiración de los fenianos en Inglaterra. Compromiso austro-húngaro, constitución de la Doble Monarquía. Garibaldi invade estado pontificio. Comienzo del reino de "carpetbaggers" en el sur de EE.UU. Constitución federal de Canadá. EE.UU. compra Alaska a Rusia. Invención de la prensa rotativa de Marinoni. Exposición Internacional de París. Marx: *El Capital* (T. I.). J. Michelet: *Historia de Francia* (último tomo). Ibsen: *Peer Gynt* y *Brand*. B. Harte: *Papeles vagabundos*. Millet: *El Angelus*. Gounod: *Romeo y Julieta*. Manet: *Fusilamiento del Emperador Maximiliano de México*.
M: Juárez electo por un nuevo período presidencial: la "República Restaurada"; oposición entre los propios liberales (Porfirio Díaz obtiene el 42% de los votos como candidato a la presidencia de la Suprema Corte y la tercera parte del voto total). Inicia obras el Ferrocarril Mexicano (renovada concesión a compañía inglesa); Ignacio Vallarta secretario de	Disolución de la sección francesa de la Internacional. Primer congreso de Trade-Unions. Primer Ministerio Gladstone: los liberales en el poder. Revolución en España, huida de Isabel, Prim dictador. Derecho de voto garantido a los negros en EE.UU. Comienza "occidentalización" de Japón.

	Ignacio Manuel Altamirano edita *El Renacimiento*, figurando JS entre Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Francisco Pimentel y Manuel Orozco y Berra.
1869	"Corría el año 69; Gonzalo Esteva y yo éramos muchachos, acabábamos de salvar los veinte; Altamirano era joven, y comunicaba juventud con el ardor y la luz de su palabra. Fundamos un semanario de literatura: *El Renacimiento*. Altamirano era el director, Gonzalo el editor, lo que prueba su juventud sin necesidad de recurrir a su fe de bautismo. Bastante honrosa acogida tuvo el periódico, ni siquiera censores e insultadores nos faltaron para asegurar el buen éxito; gustó mucho su imparcialidad, su tolerancia, su entusiasmo por lo bello, su fe en el porvenir" (Carta a Urbina, marzo 1901). Allí publicó la novela *El ángel del porvenir* ("El tema era éste: la mujer mexicana será el ángel del porvenir, ella nos salvará socialmente, pero se regenerará por el senti··ento religioso, sustituyente de la devoción y la superstición") que queda inconclusa al clausurarse el semanario.
1870	Altamirano y su círculo fundan la *Sociedad de Libres Pensadores*, que cumple campaña anticlerical: "en esa sociedad, bajo la dirección de hombres como los señores Altamirano y Baz, fuimos todos los jóvenes a esgrimir nuestras primeras armas de polemistas heterodoxos: Sánchez Mármol, Joaquín Baranda, Nicoli, Bulnes y muchos otros" (Ca U, marzo 1901). Se estrena su primera obra teatral, *Piedad*, escrita en 1868, y escribe

México y América Latina	*Mundo exterior*
Gobernación. V. Riva Palacio: *Monja y casada, virgen y mártir,* y *Martín Garatuza.* I. M. Altamirano: *Revistas literarias,* folletín de *La Iberia.* Albert Owen visita México. *AL:* F. Guzmán presidente de Nicaragua: primer presidente civil de los "30 años conservadores". Grito de Yara en Cuba y de Lares en Puerto Rico. Tratado de Colombia con EE.UU. sobre construcción del canal de Panamá queda incompleto. Presidencia de Balta en Perú y concesión única del guano a la Casa Dreyfus. Sarmiento presidente de Argentina. J. M. Gutiérrez: *Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires.* "Escuela de Recife": Tobías Barreto, Silvio Romero C. Calvo: *Derecho Internacional y práctico.*	Restos del Hombre del Cromagnon. Fundación de la Escuela Práctica de Altos Estudios en París. Dostoievski: *El idiota.* Lautréamont: *Los Cantos de Maldoror.* Browing: *El anillo y el libro.* Wagner: *Los maestros cantores.*
M: Varias sublevaciones sofocadas por el gobierno; manifiesto *A todos los oprimidos y pobres de México y del Universo,* de J. C. Chávez, desde Chalco. I. M. Altamirano: *Clemencia.* Altamirano y G. Esteva: revista *El Renacimiento.* *AL:* Alzamiento de Las Villas en Cuba y de Jérez y Martínez en Nicaragua. Segundo tratado sobre el canal de Panamá, también incompleto. Golpe de Estado en Ecuador, García Moreno Jefe Supremo. Primer censo nacional argentino. Ley brasileña que limita la venta de esclavos. G. G. de Avellaneda: *Obras literarias* (-71). *El cubano libre. La Prensa,* en Buenos Aires.	Concilio del Vaticano. Constitución del partido social-demócrata en el congreso de Eisenach. Tensiones diplomáticas entre Francia y Prusia por la cuestión española. Grant presidente de EE.UU. Inauguración del canal de Suez. Mendeleiev: ley periódica de los elementos. Flaubert: *La educación sentimental.* Verlaine: *Fiestas galantes.* Verne: *Veinte mil leguas de viaje submarino.* Franck: *Las Beatitudes.*
M: El gral. Sóstenes Rocha, fiel al gobierno, contiene las sublevaciones. Gran Círculo de Obreros de México. *AL:* Fin de la guerra del Paraguay, muerte de Solano López, destrucción del desarrollo económico y de la población	Guerra franco-prusiana. Capitulación de Napoleón III en Sedán. Caída del Segundo Imperio. Gambetta proclama en París gobierno de defensa nacional. Alemanes sitian París. Agitación en Irlanda. Dogma de la infalibilidad papal en el Concilio Vaticano. Asesinato de Prim, Amadeo de

	sobre asuntos dramáticos. Entrevista a Benito Juárez para pedir perdón para el Gral. Miguel Negrete. Escribe a Víctor Hugo con motivo de la guerra franco-prusiana: "Berlín el libro y París la palabra; Francia el corazón y Alemania el pensamiento, no pueden destruirse. La humanidad estaría ebria".
1871	Concluye sus estudios de abogado, instala un escritorio bajo los auspicios de su tío Luis Méndez, pero ejerce escasamente. Escribe en *El Federalista,* donde comienza publicaciones ideológicas y políticas. Participa de una nueva sublevación del Gral. Negrete. Es elegido suplente a la Cámara de Diputados por el distrito Chicontepec, Veracruz. Trae a su hermano Santiago y encara traer a su madre a la capital.

México y América Latina	*Mundo exterior*
del país, principalmente masculina. Caída de Melgarejo en Bolivia. Gobierno liberal de Salgar en Colombia. Primera presidencia de Guzmán Blanco en Venezuela. Revolución de las Lanzas en Uruguay. España reconoce independencia uruguaya. Formación del Partido Republicano brasileño. Torroella: *El mulato.* L. V. Mansilla: *Una excursión a los indios ranqueles. La Nación* en Buenos Aires, *La República* en Río de Janeiro.	Saboya rey de España. Primera hilandería mecánica en Japón. Extracción de petróleo inicia nueva revolución industrial. Rockefeller funda la Standard Oil Co. Schliemann: primeros descubrimientos de Troya. Taine: *De la inteligencia.* Pérez Galdós: *La fontana de oro.* Cézanne: *Naturaleza muerta con péndulo.* Delibes: *Coppelia.*
M: Juárez se reelige; Porfirio Díaz y Lerdo de Tejada como opositores. Levantamientos en Tampico, Monterrey y Capital. Sublevación de P. Díaz que postula el Plan de la Noria, contra la reelección. J. T. de Cuellar: *La linterna mágica* (-72) 1ª serie. I. M. Altamirano y M. Payno: *El Federalista.* I. M. Altamirano: *La Navidad en las montañas.* A. Ortega: *Guatimotzín.* *AL:* Cuadra presidente de Nicaragua. Estudiantes fusilados en Cuba. Constitución liberal en Costa Rica (hasta 1949). Conflicto de Guzmán Blanco con la iglesia venezolana. Malgarejo asesinado en Lima. Ferrocarril Barranquilla-Salgar y Pisco-Yca. Fiebre amarilla en Buenos Aires. Asociación Rural del Uruguay. Errázuriz Zañartu, presidente de Chile. Ley de libertad de vientres en Brasil. R. Villavicencio: *Captura y prisión.* J. D. Cortés: *El Parnaso Peruano.* Martí: *El presidio político en Cuba.* M. Gutiérrez, V. F. López y A. Lamas: *Revista del Río de la Plata.* Muere fusilado Juan Clemente Zenea. Nace José E. Rodó.	Armisticio franco-prusiano. Creación del Imperio de Alemania en Versalles. Revolución de París: la Semana Sangrienta de la Comuna. Estatuto legal de los Trade-Unions en Inglaterra. Escándalo de Tammany-Hall en N. York. Abolición de los clanes y reorganización administrativa en Japón. Darwin: *El origen del hombre.* Renan: *La reforma intelectual y moral.* Bakunin: *Dios y el Estado.* Zola: *Los Rougon-Macquart* (-93). Carroll: *A través del espejo.* Nietzsche: *El origen de la tragedia.* Verdi: *Aída.* G. A. Bécquer: *Rimas.* Inauguración de la Opera de París. Nace Proust.

1872	Conoce a Luz Mayora y Carpio, descendiente del poeta veracruzano Manuel Carpio. Luis acababa de obtener su título de normalista. "Más que una mujer —escribe JS— parece un perfume, una idealidad, cuyo tipo es de las vírgenes rafaélicas, y cuya instrucción es excepcional, cuyo talento se refleja en todas sus conversaciones". Integra la Comisión redactora del nuevo reglamento de teatros (con Altamirano y Chavarri). Consternado por la muerte de Juárez, escribe a Castelar: "el que ha muerto encarnó en México el advenimiento de las ideas redentoras de nuestro siglo... Juárez tuvo la suerte de representar el principio de las nacionalidades, reconquistadas por el derecho y conservadas por la libertad".
1873	Visita a su familia, viajando a Veracruz y Campeche, pasando a Mérida y Uxmal. "Guardaré toda la vida en mis recuerdos la impresión de desolación y de tristeza infinitas que me causó el aspecto de Uxmal" (*OC*, III, 382). Habla en el funeral de Manuel Acuña, cuyo suicidio conmueve el medio intelectual mexicano: "el poeta de más corazón, de vuelo más poderoso que ha tenido México" (*OC*, III, 236). Es nombrado secretario interino de la Tercera Sala de la Suprema Corte de Justicia.
1874	Participa de otra efímera empresa periodística de Altamirano: *La Tribuna*, con Julio Zárate, Eduardo Ruiz, Jorge Hammeken Mexía, iniciando su atención por los problemas educativos. Continúa escribiendo en *El Federalista*. Casa con Luz Mayora y Carpio, la que lo acompañará toda su vida.

México y América Latina	Mundo exterior
M: Muere Juárez de un ataque cardíaco. Lerdo de Tejada presidente. *AL:* Rebelión conservadora en Honduras. Levantamiento campesino en El Salvador; decreto para inmigración china. Unión Centroamericana (Honduras, Salvador, Costa Rica, Guatemala). Reprimida en Carite, Filipinas, revuelta de nativos contra España. M. Pardo, primer presidente civil del Perú. Tratado de límites entre Brasil y Paraguay, a beneficio del primero. R. Palma: *Tradiciones peruanas* (-91). J. Hernández: *Martín Fierro.* M. A. Caro: *La religión y las escuelas* y *La libertad liberal.* Academia Francesa, en Recife (Capistrano de Abreu, Rocha Lima, Araripe Jr.).	Congreso de la Internacional en La Haya. Don Carlos se proclama rey de España: nuevas guerras carlistas. La "Kulturkampf" en Alemania. Amnistía de los sudistas en EE.UU. Fundación de la Oficina Internacional de Pesas y Medidas. Butler: *Erewhon.* Dauder: *Tartarín de Tarascón.* Brandes: *Grandes corrientes de la literatura europea del siglo XIX.* Daumier: *La Monarquía.* Renoir: *Los remeros de Chatou.*
M: Sublevaciones contra Lerdo; derrota de Díaz. Enmiendas liberales a la Constitución. Ferrocarril Veracruz-México. *AL:* España ejecuta a los revolucionarios cubanos del "Virginius". Barrios en Guatemala: la "dictadura plebeya", confisca iglesias y expulsa congregaciones. Ley aboliendo esclavitud en Puerto Rico. Matrimonio civil en Venezuela. Muere Páez en Nueva York. Tratado secreto entre Perú y Bolivia contra Chile. El Congreso ecuatoriano consagra su país "al Sagrado Corazón de Jesús". Carrera naval armamentista de Chile. Monopolio inglés sobre telégrafos brasileños. Crece la corriente inmigratoria hacia el Plata. Martí: *La República española ante la Revolución cubana.* J. E. Caro: *Obras escogidas en prosa y verso.*	Crisis económica mundial. El ejército alemán evacua Francia. Abdicación de Amadeo I en España y proclamación de la República. Alianza de los tres emperadores europeos. Monometalismo-oro en Europa y EE.UU. Primera máquina de escribir. Marx: edición definitiva de *El Capital.* Rimbaud: *Una temporada en el infierno.* Barbey d'Aurevilly: *Las diabólicas.* Verne: *La vuelta al mundo en ochenta días.* Pérez Galdós comienza los *Episodios Nacionales.* Guizot: *Historia de Francia.* Brahms: *Requiem alemán.*
M: Enemistad de Lerdo con los conservadores (política anticlerical) y con los liberales (voluntad de reelegirse). M. Acuña: *Versos.* M. M. Flores: *Pasio-*	Ministerio Disraeli a la caída de Gladstone en Inglaterra. Alfonso XII rey de España. Demócratas reconquistan mayoría en el Congreso norteamericano. Ley contra la prensa socialista en Alemania.

1875 En la Cámara de Diputados se opone al plan de estudios propuesto por los viejos liberales encabezados por Guillermo Prieto, defiende el *Opúsculo sobre la instrucción primaria* que publica Gabino Barreda, pero también señala sus discrepancias alejándose del maestro positivista y de la ortodoxia comtiana para transitar hacia el evolucionismo.

Polemiza con Gabino Barreda: "entre los organizadores Robespierre y Rousseau por un lado y los organizadores Augusto Comte y Barreda por el otro, hay mucha menos diferencia de la que se cree. Los cuatro son utilitarios de la especie socialista" (*OC*, IX, 58).

México y América Latina	*Mundo exterior*
narias. *AL:* Comité Revolucionario Cubano. Nueva Constitución en Venezuela y ruptura con la Santa Sede. Primera locomotora llega al Titicaca, atravesando los Andes. García Moreno carga la cruz por las calles de Quito en una procesión de Semana Santa. Vencida en Argentina revolución mitrista; Avellaneda presidente. Segunda Guerra del Desierto. Enmienda del tratado de Chile con Bolivia: impuestos a Chile por las industrias de Atacama. Movimiento campesino de los "quebra-quilos" en Paraíba. Primer cable submarino entre Europa y América. (Brasil). Cuervo: *Notas a la Gramática de Bello.* J. P. Varela: *La educación del pueblo.* J. C. Zenea: *Poesías completas* (póstumo).	Stanley atraviesa Africa. Fundación de la Unión Postal Internacional en Berna. Valera: *Pepita Jiménez.* P. A. de Alarcón: *El sombrero de tres picos.* Grieg: *Peer Gynt.* Primera exposición impresionista (Sala del fotógrafo Nadar). Monet: *La impresión.*
M: Continúan los ataques contra Lerdo. Rebelión de los yaquis en Sonora. Leyes de colonización. Academia Mexicana de la Lengua. *AL:* Elección para la presidencia de Tomás Estrada Palma en Cuba y de Pedro J. Chamorro en Nicaragua. Disidencias dentro de los insurrectos cubanos: el regionalismo villareño. Creación de la Universidad de Guatemala. Auge de las exportaciones cafetaleras en Costa Rica. García Moreno asesinado en Quito. Salitre en Antofagasta. Fracasa revolución de Piérola contra Pardo en Perú. Se agudiza la crisis financiera argentina. Destierro de principistas en Uruguay; Revolución Tricolor. Escuela de Minas de Ouro Preto. Alencar: *El sertanero.* T. Barreto: *Estudios de filosofía y crítica.* J. A. Saco: *Historia de la esclavitud.* Montalvo: *La dictadura perpetua.* Nacen Julio Herrera y Reissig y Florencio Sánchez.	Las congregaciones expulsadas en Alemania. Congreso de Götha que reúne a los partidos obreros alemanes. Parnell en la Cámara de los Comunes. Conflicto de Bismarck con Francia. Fundación del *Petit Parisien.* Mme. Blavatsky funda la Sociedad Teosófica. M. Berthelot: *La síntesis química.* Tolstoi: *Ana Karenina* (-77). Meredith: *La carrera de Beau-champ.* Tennyson: *La Reina María.* Núñez de Arce: *Gritos de combate.* Bizet: *Carmen.* Saint-Saëns: *Danza macabra.* Manet: *Los remeros de Argenteuil.*

1876 Se separa de *El Federalista* y funda *El Bien Público* (con J.M. Castillo Velasco, F. G. Cosmes, E. de Garay, J. Hammeken Mexía, F. Sosa y S. Sierra) oponiéndose al proyecto reeleccionista de Sebastián Lerdo de Tejada, y también a la insurrección del general Porfirio Díaz en Tuxtepec, y afirmando los derechos del presidente de la Suprema Corte, José María Iglesias. Este se rebela contra la reelección y JS lo acompaña, redactando el *Boletín Oficial del Gobierno interino de los Estados Unidos Mexicanos* (Guanajuato, Querétaro, Celaya) hasta la derrota de Iglesias: "La defección, el cansancio del país y el miedo a la fuerza brutal nos ha hecho perder la partida; pero dentro de un año la guerra civil estará en su punto" (Carta a Luz, 1 enero 1877).

1877 Enfermo retorna a su casa en México. Ingresa a la Escuela Nacional Preparatoria como profesor, sucediendo a Altamirano en la cátedra de historia y cronología. Año de estudio, de maduración y en que comienza a planificar, con Francisco Cosme, Eduardo Garay, Telésforo García y su hermano Santiago, el "diario liberal conservador" *La Libertad.* Redacta para la cátedra de la Escuela el *Compendio de Historia de la Antigüedad* que se publicará por entregas de 1878 a 1880, en que aparece la edición completa. *La Voz de México* impugnó la publicación desde el punto de vista católico (1878) por cuanto la teoría postivista spenceriana de la historia se adopta allí "en un texto de la enseñanza oficial y por primera vez en México" (E. O.'Gorman).

México y América Latina	*Mundo exterior*
M: P. Díaz se rebela contra Lerdo y proclama el Plan de Tuxtepec; Lerdo huye a EE.UU. Muere Santa Anna. Primer Congreso Obrero Mexicano. *AL:* Continúan divisiones en el campo insurrecto cubano. Enseñanza primaria gratuita y obligatoria en Nicaragua. Primer ingenio azucarero con máquinas de vapor en Santo Domingo. Rebelión liberal en Honduras: M. A. Soto. Hilarión Daza, dictador de Bolivia. Revolución liberal de Veintemilla en Ecuador. Tercer levantamiento de López Jordán en Argentina. Vapor "Frigorifique" hace su primer viaje llevando carne argentina a Europa. Ley de inmigración y colonización. Latorre inicia en el Uruguay la década de dictadura militarista. Aníbal Pinto presidente de Chile. Montalvo: *El Regenerador.* B. Mitre: *Historia de Belgrano y de la independencia argentina.*	Disolución de la primera Intenacional. Guerra de Turquía en los Balcanes. Movimiento "Tierra y Libertad" en Rusia. Creación de la Asociación Internacional Africana. Koch descubre el bacilo del ántrax. Bell inventa el teléfono. Primer motor a explosión construido por Otto. Inauguración del Festival wagneriano de Bayreuth: *El anillo de los nibelungos.* Taine: *Orígenes de la Francia contemporánea.* (-93) Mallarmé: *La tarde de un fauno.* Twain: *Las aventuras de Tom Sawyer.* Pérez Galdós: *Doña Perfecta.* Zola: *La taberna.* Lombroso: *El hombre delicuente.* Emerson: *Literatura y objetivos sociales.* Renoir: *El molino de la Galette.*
M: Díaz electo presidente. EE.UU. no lo reconoce. Díaz se declara partidario de la no reelección, del progreso material, y de la Constitución del 57. Se inicia período de obras públicas y mejoras económicas: comunicaciones postales, telegráficas y telefónicas; vías férreas (contrato con J. Sullivan), obras portuarias en Veracruz, Tampico y Salina Cruz; explotación minera; Ley de Timbres, fundación de Bancos y extensión del crédito exterior; reorganización del Ejército, policía rural y urbana; leyes para la instrucción laica gratuita. La síntesis del porfiriato: "poca política y mucha administración". Sublevación de los campesinos de los Planes de la Barranca y Sierra Gorda. Chihuahua: dos colonias mormonas. Huelga textil en Tlalpan. *AL:* Estrada Palma prisionero en Cuba; V. García presidente; pacificación de	Guerra ruso-turca. Muere Thiers. Hayes, presidente de EE.UU., retira las tropas del sur. Victoria, emperatriz de la India. Reorganización del partido liberal en Inglaterra. Edison inventa el micrófono y el fonógrafo. Empleo de vagones frigoríficos en EE.UU. Flaubert: *Tres cuentos.* Mommsen: *El sistema militar de César.* Traducción al francés de la *Filosofía del inconsciente* de Hartmann. Spencer: *Principios de sociología.* Carducci: *Odas bárbaras.* Rodin: *La edad de bronce.*

1878 El 5 de enero aparece el primer número de *La Libertad,* diario con el cual pretende superar la pugna del siglo terciando entre los dos extremos con un positivismo de tipo evolucionista, "orden y progreso", que conducirá a la política de Porfirio Díaz. JS mantiene polémicas con los viejos liberales (José María Vigil) y se distingue de los conservadores y del antiguo partido moderado.

En "El programa de *La Libertad*" hace la crítica de la Constitución del 57; "una generosa utopía liberal, pero destinada, por la prodigiosa dosis de *lirismo* político que encierra, a no poder realizarse sino lenta y dolorosamente" (23/II/78).

México y América Latina	*Mundo exterior*
Las Villas. P. Chamorro presidente de Nicaragua. Decreto de Barrios que reconoce trabajo forzoso del indígena guatemalteco. Motines en Quito contra Veintemilla. Crisis financiera en Perú y Chile. Unión Tipográfica, primer sindicato argentino. Muere Rosas en Inglaterra. Reforma educativa de J. P. Varela en Uruguay; ley de educación común. Llega a San Pablo primer gran grupo de inmigrantes italianos. Squier: *Perú, viaje y exploración en la tierra de los Incas.* Zorrilla de San Martín: *Notas de un himno.* O. V. Andrade: *Nido de cóndores.* R. Barbosa: *El Papa y el Concilio.* Fundación del Ateneo de Montevideo. *Revista de Cuba* (-84) y Sociedad Antropológica. Colegio Nacional Paraguayo. Martí profesor de Literatura en la Universidad de Guatemala.	
M: Rebelión frustrada de Escobedo. Enmienda constitucional prohíbe reelección. Alberto Santa Fe funda el Partido Comunista Mexicano. *AL:* Pacto del Zanjón y fin de la Guerra de los Diez Años en Cuba. España concede representación en Cortes. Primeras locomotoras adquiridas por el Estado nicaragüense. Gobierno liberal independiente de J. Trujillo en Colombia; obras de construcción del ferrocarril del Pacífico y excavaciones del Canal de Panamá por compañía francesa. Asesinado el ex-presidente Pardo; tensión en Perú por los problemas entre Chile y Bolivia (éste viola enmienda del 74 e impone impuestos a las exportaciones de Antofagasta). Veintemilla presidente constitucional con facultades extraordinarias, en Ecuador. Gabinete liberal en Brasil, hasta 1885; la exportación brasileña del caucho equivale al 100% del comercio mundial. Martí: *Guatemala.* F. Medina: *Lira nica-*	Humberto I rey de Italia. León XIII Papa. Armisticio de Andrinópolis y tratado de San Stefano: los turcos entregan Chipre a Inglaterra. Disolución del Reichstag y leyes antisociales en Alemania. Booth funda el Ejército de Salvación. Edison y Swan inventan la lámpara eléctrica. Utilización de la hulla blanca. J. Neruda: *Cuentos de la Mala Strana.* Sully-Prudhomme: *La justicia.* Engels: *El Anti-Duhring.* Queiroz: *El primo Basilio.* Nietzsche: *Humano, demasiado humano.*

1879 Desde Chile, Santiago Sierra declara su disidencia con la línea de *La Libertad*. Se aleja del periódico Carlos Olaguíbel y Arista objetando las posiciones sobre protección a la industria nacional. JS contesta: "Son para nosotros intereses nacionales los que están arraigados en nuestro suelo, los que lo hacen producir, los que ponen este producto en movimiento, haciéndolo entrar en la masa de la riqueza nacional. La razón, el buen sentido, nos vedan tener en cuenta la procedencia del capital o la nacionalidad de los que lo aplican a la explotación de nuestros recursos naturales" (26/VI/79).

México y América Latina	Mundo exterior
ragüense. G. Rossi: *La Comuna Socialista.* Galván: *Enriquillo* (-82). Medina: *Historia de la literatura colonial de Chile.* Lastarria: *Recuerdos literarios.* Wilde: *Tiempo perdido.* F. Távora: *O Matuto.* E. Guzmán: *La Prensa* nicaragüense. Muere J. M. Gutiérrez.	
M: Sublevación de marinos en Veracruz. Orden de Díaz al gobernador Mier y Terán: "Mátalos en caliente". J. M. Vigil reorganiza la Biblioteca Nacional (-1909). *AL:* La "guerra chiquita" en Cuba. J. Zavala presidente de Nicaragua; obras del ferrocarril del Pacífico y concesión a empresarios norteamericanos para canal de Nicaragua. Constitución liberal y positivista en Guatemala (-1945). Leyes antiejidales en El Salvador y proceso de concentración de la riqueza: las "catorce familias". I. Salomón presidente de Haití (-88). Guzmán Blanco presidente de Venezuela. Rebeliones en Antioquía; levantamiento del ejército en Bogotá. Se frustra conspiración de Alfaro en Guayaquil. Guerra del Pacífico o "salitrera": Chile contra Bolivia y Perú; ocupación de Antofagasta y Atacama; Prado abandona presidencia, asume Piérola; muerte del capitán Grau y cuantiosas pérdidas peruanas. Campaña del Desierto al mando de Roca; incremento de líneas férreas y de la educación pública. Latorre, presidente constitucional del Uruguay. Partido Republicano Riograndense. Varona, Borrero, Tejera y otros: *Arpas cubanas.* J. Rizal: *A la juventud filipina.* J. L. Mera: *Cumandá.* J. Hernández: *La vuelta de Martín Fierro.* E. Gutiérrez: folletín de *Juan Moreira.* Zorrilla de San Martín: *La leyenda patria.* F. Távora y N. Midosi: *Revista Brasileña.* Primera Exposición general de Bellas Artes en Río de Janeiro. Liceo artístico-literario en Filipinas.	Alianza austro-alemana. Fin de la "Kulturkampf". Atentados contra Alejandro II. Consolidación de la Tercera República francesa. Fortalecimiento militar e industrial del Reich germano. Se inicia difusión de sistemas de enseñanza laica y común. Pasteur descubre el principio de las vacunas. Wundt: laboratorio de psicología experimental. A. Bain: *Ciencia de la educación.* Ibsen: *Casa de muñecas.* Dostoievski: *Los hermanos Karamazov* (-80). Zola: *Nana.* H. James: *Daisy Miller.* Meredith: *El egoísta.* Chaicovski: *Eugenio Oneguin.* Nace Einstein.

1880	En un duelo muere Santiago Sierra ("¡Mi pobre hermano, que se llevó a la tumba lo mejor de mí!"). JS decide abandonar el periodismo y aun se aisla de sus amigos, consagrándose a la vida familiar (nace su tercera hija, Concha). Es electo diputado por Sinaloa y desde allí ataca al Secretario de Justicia e Instrucción Pública por apoyar como texto de la Preparatoria la *Lógica* del krausista Tiberghien, en contra del *Sistema de Lógica* del positivista Bain. Propone: una emienda constitucional para hacer obligatoria la instrucción primaria; la erección de un Panteón nacional y la autonomía de la enseñanza pública, para oponerse a los designios de Ezequiel Montes, nuevo Secretario de Instrucción del presidente Gral. Manuel González.
1881	Presenta su proyecto de Universidad Nacional, incluyendo la Preparatoria y una Escuela de Altos estudios, defendiéndolo en una serie de artículos en *La Libertad*, enfrentando el proyecto de ley orgánica de la Instrución Pública de Montes. Obtiene que al menos la Cámara de Diputados apruebe el establecimiento de la instrucción primaria, gratuita y obligatoria para que se exija título oficial de las profesiones. En el funeral de Gabino Barreda pronuncia una oración: "Mientras la Escuela Preparatoria viva —y vivirá, lo juramos en esta hora solemne— no llegará a apagarse la lámpara que hoy encendemos sobre su tumba".

México y América Latina	*Mundo exterior*
M: Manuel González, compadre de Díaz, electo presidente. Primeros contratos aplicados para construcción de líneas férreas con EE.UU. I. M. Altamirano: *Rimas* y *Cuentos de invierno.* M. J. Othón: *Poesías.* *AL:* Primer cargamento bananero de Costa Rica a Nueva York. Abolición gradual de la esclavitud en Cuba. Constitución liberal de Honduras (-93). Región de Alta Verapaz gran productora del café guatemalteco (plantadores alemanes); Barrios presidente constitucional. Gobierno de R. Núñez en Colombia: ley de Instrucción Pública, se levanta destierro a obispos y se deroga la Ley de Inspección de Cultos; el poeta J. Isaacs encabeza levantamiento en Antioquía; empieza la época del café. Chile controla todo el Pacífico; las acciones de la guerra se extienden a Lima. Presidencia de Roca en Argentina: "Paz y Administración". Renuncia Latorre en Uruguay: "los uruguayos son ingobernables". "Guerra del Vintén" en Río de Janeiro. Varona: *Conferencias filosóficas* (-88). Montalvo: *Las Catilinarias* (-81). Isaacs: *La Revolución Radical en Antioquia.* F. Ameghino: *La antigüedad del hombre en el Plata.* E. M. de Hostos funda la Escuela Normal en Puerto Rico. *Gaceta de la tarde,* primer diario abolicionista en Brasil. *El Centroamericano* en Nicaragua (2ª época).	Guerra anglo-boer. Fundación de la Compañía del canal de Panamá. Elecciones liberales en Inglaterra: Gladstone reemplaza a Disraeli. Decreto contra las congregaciones en Francia. J. Ferry presidente del Consejo. Ebert descubre el bacilo de la tifoidea. Invención de la bicicleta. Maupassant: *Bola de sebo.* Swinburne: *Cantos de primavera.* Tennyson: *Balada.* Menéndez Pelayo: *Historia de los heterodoxos españoles* (-82). A. Daudet: *Numa Rumestán.* Rodin: *El pensador.*
M: Problemas fronterizos con Guatemala por las regiones de Chiapas y Soconusco. Contactos entre el gobierno y A. Owen para instalar la colonia utópica de Topolobampo. Nathan Ganz representa a México en la Conferencia Internacional Libertaria de Londres. *AL:* En Cuba, Constitución española de "los notables". El presidente Zavala or-	Muere Disraeli. Salisbury, líder conservador. Alejandro II asesinado, asciende Alejandro III. Garfield, presidente de EE. UU., pero muere en setiembre. Se renueva la alianza de los Tres Emperadores europeos. Ribot: *Las enfermedades de la memoria.* H. James: *Washington Square.* France: *El crimen de Sylvestre Bonnard.* Verlai-

1882 Se reincorpora a *La Libertad,* con una sección, "La Semana" que anuncia como "notas de viaje del pueblo mexicano hacia su ideal de paz política y de prosperidad social" (28/II). Temas políticos, educativos, polémicas de "científicos" y "metafísicos" se suceden. JS fija su posición filosófica: "quisiéramos que los ardientes apóstoles del positivismo mexicano se convencieran de que así como el campo les está abierto para propagar su sistema, como filosofía, fuera de las instituciones escolares sostenidas por la nación, dentro de éstas les está vedado presentar la cuestión con otro carácter que el de un método superior, de un método verdadero, científico en una palabra, sin espíritu estrecho de proselitismo, de polémica y de exclusivismo".

México y América Latina	*Mundo exterior*
dena la expulsión de los jesuitas de Nicaragua, tras motines en Matagalpa. Constitución venezolana, inspirada en la suiza; arbitraje español por litigios fronterizos con Colombia; telégrafo Bogotá-Caracas. Deterioro de la educación pública en Ecuador. Batalla de Chorrillos y Miraflores y ocupación chilena de Lima, con destrucción de la Biblioteca Nacional. Presidencia de Santa María en Chile abre etapa de auge económico, colonización y fomento de la educación. Incremento de los latifundios en Argentina: venta por ley de territorios conquistados al indio; tratado de límites con Chile. Ley de reforma electoral en Brasil; comienza la instalación de las "capillas de la religión de la Humanidad" de inspiración comteana. A. Bello: *Filosofía del entendimiento.* López Prieto: *Parnaso cubano.* A. Azevedo: *El mulato.* Machado de Assís: *Memorias póstumas de Bras Cubas.* Cambaceres: *Potpourri.* Martí funda la *Revista Venezolana;* en León, Nicaragua, fundación del *Ateneo* e inauguración del *Instituto Nacional de Occidente; Anales,* del Ateneo de Montevideo; debate Bartolomé Mitre-Vicente Fidel López; muere Cecilio Acosta.	ne: *Cordura.* Verga: *Los Malavoglia.* I. Ranke: *Historia del mundo* (-88). Offenbach: *Los cuentos de Hoffmann.* Renoir: *El almuerzo de los remeros.* F. de Saussure enseña lingüística en la Escuela Práctica de Altos Estudios de París (-91). Muere Carlyle.
M: F. Gamboa: *Apariencias.* P. Castrera: *Carmen.* *AL:* Heureaux presidente de Santo Domingo (-99). La "república aristocrática" en Costa Rica: P. Fernández Oreamuno presidente. Veintemilla se proclama una vez más Jefe Supremo de Ecuador; se inicia movimiento "restaurador". Comienza unificación y reconstrucción del Perú tras la derrota ante Chile. Fundación de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires. Gral. Santos presidente del Uruguay. Martí: *Ismaelillo.* Ayón: *Historia de Ni-*	Triple Alianza: Austria, Alemania, Italia. Leyes sobre enseñanza primaria en Francia. Muere Gambetta. Expulsión de los judíos de Rusia. Intervención inglesa en Egipto e italiana en Eritrea. Primeras leyes restringiendo la emigración a EE.UU. Chinos y japoneses ocupan Seul. Koch descubre el bacilo de la tuberculosis. Charcot: experiencia en la Salpetrière. Carducci: *Confesiones y batallas.* J. M. Pereda: *El sabor de la tierruca.* Manet: *El bar del Folies-Bergère.* Wargner: *Parsifal.* F. Giner de los Ríos: Institución

1883 Reclama la creación de un Ministerio de Instrucción. Aboga asimismo por la creación de la Escuela Normal, pidiendo que la instrucción sea obligatoria en el Distrito Federal, incluso para los indígenas cuya transformación en "clase progresiva" es "condición *sine qua non* de la conservación de nuestra personalidad social".

Luis Urbina lo retrata entonces: "Grande, robusto, atlético, con carnes mal contenidas dentro de la ajustada ropa; en los brazos y piernas, los músculos visiblemente protestaban de su estrecho encierro; cuerpo sin ángulos, todo él formado de curvas que entraban o salían con armónica desenvoltura; y por coronamiento, una soberbia testa de dimensiones extraordinarias, amplificada, sobria de líneas, escultural, de escasos cabellos emblanquecidos, a los lados de las sienes" *(Nombres y libros).*

México y América Latina	Mundo exterior
caragua (-89). Villaverde: *Cecilia Valdés* (ed. definitiva). Montalvo: *Siete tratados.* Pérez Rosales: *Recuerdos del pasado* (-86) Medina: *Los aborígenes de Chile.* R. Núñez: *La paz científica. La Nación* nombra a Martí su corresponsal en Nueva York. Biblioteca Nacional en Managua. Polémica histórica Carlos María Ramírez-Francisco Berro.	Libre de Enseñanza. Nacen Joyce y Stravinski. Muere Emerson.
M: Leyes de colonización: límites enajenable de 2.500 hectáreas. G. Prieto: *Musa callejera.* M. Gutiérrez Nájera: *Cuentos frágiles.* *AL:* A. Cárdenas presidente de Nicaragua. Concesión venezolana a Cía. Hamiltón para explotar "bosques y asfaltos". Triunfo del movimiento nacional ecuatoriano de la "Restauración", J. M. P. Caamaño, presidente. Tratado de Ancón y fin de la ocupación de Lima; Chile se anexa Tarapacá y ocupa Tacna y Arica por diez años; las riquezas salitreras chilenas pasarán a inversionistas británicos. Gobierno de Iglesias en Perú. Campañas de ocupación de territorios indios en el Chaco argentino; se inicia fuerte proceso de devaluación monetaria. Expropiación de los territorios araucanos del sur de Chile, tras la última gran sublevación india. En Brasil, la "Cuestión militar": divisiones entre políticos y militares. Varona: *Estudios literarios y filosóficos.* J. Calcaño: *Cuentos fantásticos.* Sarmiento: *Conflicto y armonías de las razas en América.* V. F. López: *Historia de la República Argentina.* Castro Alves: *Los esclavos.* Capistrano de Abreu: *El descubrimiento del Brasil y su desarrollo en el siglo XVI.* I. De María: *Anales de la Defensa de Montevideo* (-87). Zorrilla de San Martín: primera cátedra de Literatura.	Fundación de la *Fabian Society* en Londres. Plejanov y Akselrod fundan el partido marxista ruso. Los franceses en Indochina y guerra franco-china. Ocupación de Madagascar. Segundo Ministerio Ferry. Dépez realiza el primer transporte de energía eléctrica a distancia. Nietzsche: *Así hablaba Zaratrusta* (-91). Stevenson: *La isla del tesoro.* Maupassant: *Una vida.* Bourget: *Ensayos de psicología contemporánea.* Dilthey: *Introducción a las ciencias del espíritu.* Amiel: *Diario íntimo.* Delibes: *Lakmé.* C. Franck: *El cazador furtivo.* Muere Marx.

1884 El Presidente lo nombra director interino de la Escuela Preparatoria, designación combatida por los enemigos del positivismo.
En la Cámara resuelve apoyar la impopular deuda inglesa por considerarla indispensable para mantener el crédito de la nación y evitar la dependencia de los empréstitos norteamericanos. Se enfrenta a Salvador Díaz Mirón. Es duramente combatido y los estudiantes de la Preparatoria manifiestan contra él.

1885 Se retira del periodismo y renuncia a la dirección de la Preparatoria, iniciando otro período de estudio. Escribe y publica los *Elementos de historia general para las escuelas primarias.*

México y América Latina	*Mundo exterior*
M: J. D. Peza: *Cantos del hogar.* V. Riva Palacio: *México a través de los siglos* (-89). *AL:* Crisis económica cubana; Gómez y Maceo dirigen movimiento revolucionario desde el exilio. Tratado Keith-Soto instala las empresas bananeras en Honduras. J. Crespo presidente electo de Venezuela. Segundo gobierno de R. Núñez en Colombia; constitución del Partido Nacional. Alzamiento y derrota de Eloy Alfaro en Ecuador. Pacto de Truce: Bolivia pierde costa de la provincia de Atacama. Ferrocarril trasandino argentino-chileno. Ley Avellaneda argentina de enseñanza primaria laica, obligatoria y gratuita. Sufragio universal en Chile para alfabetizados mayores de 25 años. Abolición de la esclavitud en Ceará, Brasil. Matto de Turner: *Tradiciones cuzqueñas.* Gavidia: *Versos.* Barros Arana: *Historia general de Chile.* L. V. López: *La Gran Aldea.* M. Cané: *Juvenilia.* P. Groussac: *Fruto vedado.* Acevedo Díaz: *Brenda.* Bilac: *Poesías.* Machado de Assís: *Cuentos sin fecha.* A. de Oliveira: *Meridionales. El país,* dirigido por Ruy Barbosa (después por Quintino Bocaiuva). Muere Juan Bautista Alberdi. Nace Rómulo Gallegos.	Crack bursátil en N. York. Convocatoria de la Conferencia Colonial Internacional en Berlín. Los ingleses en Sudán, colonia alemana del sudoeste africano. Ley de seguro social en accidentes de trabajo en Alemania. Minas de oro en Transvaal. Ley Waldech-Rousseau sobre sindicatos. Los hermanos Renard construyen un globo dirigible. Engels: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.* Huysmans: *Al revés.* Daudet: *Safo.* Leconte De Lisle: *Poemas trágicos.* Strindberg: *Casados* (1ª serie). E. Castelar: *Retratos históricos.* Bruckner: *Séptima Sinfonía.* A. Gaudí: *La Sagrada Familia.*
M: Nuevamente presidente, Díaz se apresta a luchar contra el gobierno guatemalteco de Rufino Barrios, pero no llega a haber conflicto. G. Prieto: *Romancero nacional.* J. Contreras: monumento a Cuauthémoc. *AL:* El presidente Barrios proclama la Unión Centroamericana; oposición de Costa Rica, Nicaragua y El Salvador; invasión guatemalteca al Salvador; muerte de Barrios; la Asamblea revoca el decreto presidencial. Concesión venezolana Hamilton transferida a N. York y Bermúdez Co. Los marines ocupan Colón,	Guerra servio-búlgara. Alfonso XIII rey de España: regencia de María Cristina de Habsburgo. Gabinete Salisbury en Inglaterra. Presidencia de Cleveland en EE. UU. Creación en Berlín del estado independiente del Congo. Los italianos ocupan Massau y los ingleses Nigeria. Pasteur: vacuna contra la rabia. Maxim inventa la ametralladora. H. Richardson: almacenes Marshall, Field & Co., en Chicago. Zola: *Germinal.* Laforgue: *Las lamentaciones.* Guyau: *Esbozo de una moral sin obligación ni sanción.* W. Pater: *Mario el epicúreo.* Becque: *La parisiense.*

1886

México y América Latina	Mundo exterior
Panamá. Fracción del liberalismo colombiano contra el gobierno federal; fuerte repercusión en la economía del país. Pena de muerte en Ecuador. Renuncia de Iglesias en Perú; Cáceres entra a Lima. Gabinete conservador en Brasil. C. Calvo: *Diccionario de derecho internacional público y privado.* Martí: *Amistad funesta.* Darío: *Epístolas y poemas.* Lastarria: *Antaño y hogaño.* W. H. Hudson: *La tierra purpúrea.* Varona: *Revista Cubana* (-95).	J. M. Pereda: *Sotileza.* L. Alas (Clarín): *La Regenta.* Muere Víctor Hugo.
M: Se integra el grupo de científicos que constituirá el apoyo político de Díaz. S. Díaz Mirón: *Poesías.* J. García Icazbalceta: *Bibliografía mexicana del siglo XVI.* *AL:* Definitiva abolición de la esclavitud en Cuba. Ley de educación en Costa Rica. Constitución liberal en El Salvador (-1945); fuerza pública armada para controlar la vagancia en el campo. Cuarta y última elección de Guzmán Blanco en Venezuela. Cáceres presidente de Perú, Balmaceda de Chile, Juárez Celman de Argentina, Núñez reelecto en Colombia y nueva Constitución centralista: la República de Colombia. Sociedad Promotora de la inmigración, en San Pablo. R. Meza: *Mi tío el empleado.* R.J. Cuervo: *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* (-93). Rubén Darío en Chile. Discurso de Manuel González Prada en el Ateneo de Lima. Escuela Nacional de Bellas Artes en Bogotá. J. Batlle y Ordóñez: *El Día* en Montevideo. Sara Bernhard por primera vez en el Río de la Plata.	Tratado de Bucarest sobre la cuestión servio-búlgara. Crecimiento del socialismo brítanico. Se concluye el Canadian Pacific. Manifestación obrera en Chicago. Se funda la Federación de Obreros Americanos. Hertz descubre las ondas electromagnéticas. Rimbaud: *Las iluminaciones.* Moréas: *Manifiesto simbolista.* D'Amicis: *Corazón.* L. Bloy: *El desesperado.* E. Pardo Bazán: *Los pazos de Ulloa.* Kraft-Ebing: *Psicopatología sexual.* Bartholdi: *La libertad, iluminando el mundo.* Stevenson: *El extraño caso del doctor Jekil y míster Hyde.* P. Loti: *Pescador de Islandia.* Giner de los Ríos: *Estudios sobre educación.* H. Sullivan: *Auditorium* (Chicago).

1887	Participa activamente en la discusión del "Proyecto de ley que da bases para la organización de la enseñanza primaria obligatoria" que servirá de base a la Ley de Educación Primaria de 1908. "El pueblo mexicano necesita como medida de propia conservación mejorar sus elementos de trabajo para hacerlo más fecundo: mas de éstos, el elemento generador y principal es el trabajador mismo, y si el modo de mejorarlo es hacerlo más inteligente, la instrucción es la que debe transformarlo; poniendo entre sus manos los medios de tomar parte con alguna ventaja en la lucha por la existencia. Así, pues, la difusión forzosa de la instrución científica elemental es no sólo un deber filosófico y político: es, antes y sobre todo, un gran deber de patriotismo".
1888	

México y América Latina	Mundo exterior
M: Telégrafo con Guatemala. Proyectos de Ley de Educación. E. Rabasa: *La bola.* Nace M. L. Guzmán. J. Guadalupe Posada se instala en Ciudad de México. Adelina Patti y Sara Bernhard actúan en la Capital. *AL:* Primera zafra azucarera cubana con mano de obra asalariada. E. Carazo presidente de Guatemala. Primer concordato entre Colombia y la iglesia. Tratado de límites Ecuador-Perú. Proceso chileno de debilitamiento del poder presidencial y predominio del Parlamento. Restauración del principismo en el Uruguay, tras una década de gobierno militar. Formación del Partido Democrático en Chile. Primer censo en Buenos Aires: 433.375 habitantes. Crece movimiento por el abolicionismo en Brasil; se acentúa agitación entre los militares. Darío: *Abrojos.* J. Rizal: *Noli me tangere.* Palma: *La bohemia de mi tiempo.* B. Mitre: *Historia de San Martín y de la emancipación americana* (-88). A. Owen: *El sueño de una ciudad ideal.*	Primera conferencia imperial inglesa. Condominio franco-inglés sobre las Nuevas Hébridas. Elección de Sadi Carnot en Francia. Invención de la linotipo y del neumático. I. Zamenhof: el esperanto. Kipling: *Cuentos simples de las colinas.* D'Annunzio: *Las elegías romanas.* Strindberg: *Hijo de sirvienta.* Pérez Galdós: *Fortunata y Jacinta.* Van Gogh: *El padre Tanguay.* Debussy: *La doncella elegida.* Antoine inaugura el Teatro Libre. Nace Le Corbusier.
M: Nueva reelección de Díaz I. M. Altamirano: *El zarco.* F. Gamboa: *Del natural.* M. Puga y Acal: *Los poetas mexicanos contemporáneos.* J. Rosas: *Sobre las olas.* Nace R. López Velarde. *AL:* Línea férrea entre Managua y Granada. Predominio político-económico de la burguesía cafetalera en Costa Rica. Suspendidos trabajos del Canal de Panamá. Rebelión de J. Crespo; Rojas Paúl presidente de Venezuela. Desarrollo industrial en Uruguay; fuerte desvalorización de la moneda en Argentina. Ley áurea de abolición de la esclavitud en Brasil; retracción de la producción cafetelera a consecuencia de la liberación. García Salas: *El Parnaso centroamericano* Darío: *Azul.* Hostos: *Moral social.* Sanín	Ascensión de Guillermo II. Conflicto germano-norteamericano por las islas Samoa. Expedición de Nansen a Groenlandia. Forest: primer motor de gasolina. Nietzsche: *El Anticristo.* Maupassant: *Pedro y Juan.* Strindberg: *La señorita Julia.* Ribot: *Psicología de la atención.* Gauguin: *El Cristo amarillo.* Debussy: *Dos arabescos.* Rimsky-Korsakov: *Shéhérézade.*

1889 Funda la *Revista Nacional de Letras y Ciencias,* con Francisco Sosa, Manuel Gutiérrez Nájera, Jesús E. Valenzuela y Manuel Puga y Acal. En ella publica los cinco ensayos "México social y político", directo antecedente de la *Evolución política del pueblo mexicano.*

Participa con una carta en el homenaje a Altamirano, que parte a España como cónsul, cuyo puesto magisterial pasa a ocupar ante la juventud mexicana.

Comentando el último tomo de *México a través de los siglos,* expresa: "representa el estado actual de nuestros conocimientos respecto de la historia de nuestro país; marca el fin de un período de trabajos; en muchos años nada igual podrá intentarse siquiera". "Después de un cuarto de siglo de monografías y biografías fundadas en documentos libre y profundamente estudiados, pudiera rehacerse una obra que resultaría no mejor, tal vez, pero de seguro diferente".

México y América Latina	*Mundo exterior*
Cano: *Colombia hace sesenta años.* Acevedo Díaz: *Ismael.* Zorrilla de San Martín: *Tabaré.* Medina: *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile.* (-1912). S. Romero: *Historia de la literatura brasileña.* R. Pompeia: *El Ateneo.* Discurso de Manuel González Prada en el Politeama de Lima. Belmiro de Almeida: *Arrufos.* Muere Sarmiento.	
M: Ramón Corona, presunto candidato a la presidencia, es asesinado. Muere Lerdo de Tejada en Nueva York; repatriación de sus restos. M. Payno: *Los bandidos de Río Frío* (-91). I. Ramírez: *Obras* (2 T.). M. Noreña: *Cuauhtemoc.* T. de Cuéllar: *La linterna mágica* (-92, 2ª serie). *AL:* Código civil español en Filipinas. Pacto provisorio de unión entre El Salvador, Honduras y Guatemala. Primera conferencia de los Estados americanos en Washington. Convención Cubana en Cayo Hueso. R. Sacasa gana las elecciones nicaragüenses: último presidente de los "30 años conservadores". Fundación del Partido Demócrata Venezolano. Campaña de represión periodística lanzada por Holguín en Colombia. Contrato Grace en Perú para exploración por 66 años del guano y los ferrocarriles. Primera sección del puerto de Buenos Aires. Representación argentina en el congreso de París que funda la Segunda Internacional. Proclamación de la República en Brasil; la familia imperial abandona el país; gobierno provisorio inicia el período de la "República de Espada", hasta 1894. Martí: *La edad de oro* y *Vindicación de Cuba.* Matto de Turner: *Aves sin nido.* J. Veríssimo: *Estudios brasileños* (1ª serie). Muere Montalvo. Gómez Carrillo llega a Europa.	Fundación de la Segunda Internacional en París: el 1º de mayo, día de los trabajadores. Conferencia colonial de Bruselas. Huelgas mineras en Alemania y leyes de protección social. Huelga de los *dockers* en Inglaterra. Harrison presidente de EE.UU. Conferencia Panamericana de Washington. Muere Luis I de Portugal. Cecil Rhodes recibe las concesiones africanas. Exposición Internacional de París: la torre Eiffel. Eastman: fotografía en celuloide. Bergson: *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia.* Yeats: *Peregrinaciones de Oisen.* Hauptmann: *Antes de amanecer.* P. Bourget: *El discípulo.* Van Gogh: *Paisaje con ciprés.*

1890 Participa activamente en los congresos nacionales de instrucción pública (instalados el 1/XII/89) presentando en la sesión de clausura (31/III/90) su informe conocido como *Bases de la educación nacional*. Insiste en la obligatoriedad de la enseñanza, gratuidad y laicidad, en las responsabilidades educativas del Estado, en nuevos métodos, en sistemas especiales adaptados a las áreas rurales, en la enseñanza de párvulos y de obreros, en la educación primaria superior. Asimismo defiende la enseñanza superior en un nivel moderno y científico, proponiendo la exclusión del latín y de la metafísica.

Muere su madre: "No ha habido mujer a quien sus hijos hayan hecho sufrir más, ni a quien hayan querido más sus hijos". (Carta a su hermano Manuel: 25/II).

1891 Publica el *Manual escolar de historia general:* "Generaciones de mexicanos han entrado a la historia por esta puerta, guiados por el pulso de una prosa que ha sido para muchos la más honda influencia estilística" (A. Yáñez). Inicia la redacción de *Elementos de historia patria* y el *Catecismo de historia patria,* que ponen en práctica las ideas pedagógicas sustentadas en los Congresos de 89-90.

México y América Latina	*Mundo exterior*
M: Enmienda constitucional permitiendo reelección presidencial. Formación de clubes antirreeleccionistas. M. J. Othón: *Poemas rústicos* (-1902). L. G. Urbina: *Versos*. A. del Campo: *La rumba* (-91). Hermenegildo Bustos y su pintura popular. *AL:* Perjuicios económicos para Cuba por la reforma arancelaria norteamericana. Discrepancias entre el partido conservador nicaragüense y el presidente electo. Golpe de Estado de C. Ezeta en El Salvador. R. Andueza Palacio presidente. Reclamaciones de EE.UU. contra Venezuela. Morales Bermúdez, adicto a Cáceres, presidente de Perú. Leyes colombianas regulando la actividad comercial. Crisis económica en Chile y nuevo gabinete de Balmaceda en oposición al Congreso. Quiebra la Baring Brothers; grave crisis financiera en el Río de la Plata. J. Herrera y Obes presidente del Uruguay: el civilismo; leyes inmigratorias. Unión Cívica, primer partido político argentino de corte moderno; revuelta contra Juárez Celmal, renuncia y ascenso de Carlos Pellegrini. Por primera vez se celebra en el Río de la Plata el 1º de Mayo. Primera revolución separatista en Río Grande do Sul; grave crisis inflacionaria (Ruy Barbosa Ministro de Hacienda); surge el Partido Obrero en Río de Janeiro. Creación de la Unión Panamericana, en Washington, a iniciativa de EE.UU. Del Casal: *Hojas al viento*. Romerogarcía: *Peonía*. T. Carrasquilla: *Simón el Mago*. A. Azevedo: *O cortico*. A. Morga: *Sucesos de las Islas Filipinas*.	Conferencia de Berlín de protección al trabajo. Convenciones coloniales anglo-alemana y anglo-francesa. Ley Sherman en EE.UU. Tarifas aduaneras MacKinley. Quiebra Banco Baring (Londres). W. James: *Principios de psicología*. Wundt: *Sistema de filosofía*. Zola: *La bestia humana*. Wilde: *El retrato de Dorian Gray*. Frazer: *La rama dorada*. Hamsun: *Hambre*. Valéry: *Narciso habla*. E. Dickinson: *Poemas*. Borodin: *El príncipe* Igor. Suicidio de Van Gogh.
M: L. González Obregón: *México viejo*. *AL:* Malestar económico y político en Cuba. Sentencia arbitral dictada por España sobre límites entre Colombia y Venezuela. Crisis financiera argentina, sus-	Acuerdo anglo-italiano sobre Abisinia. Acuerdo colonial anglo-lusitano. Construcción del Transiberiano. Encíclica *Rerum Novarum*. Fundación del Bureau internacional de la paz en Berna.

1892	Participa en la redacción de un manifiesto de la Convención Nacional Liberal, apoyando la reelección del general Porfirio Díaz. A los que suscribieron ese manifiesto, el pueblo les llamó "los científicos" porque decían poder solucionar los problemas nacionales sobre la base de la ciencia. Este grupo se constituiría en el principal apoyo político del Gral. Díaz en los años posteriores. JS propone en el Congreso la inamovilidad del Poder Judicial, pero no lo consigue.

pensión de pagos, creación del Banco de la Nación Argentina, regreso del Gral. Mitre. Primer congreso de la Federación de Trabajadores de la Región Argentina. El Congreso contra Balmaceda en Chile, batalla de Concón, renuncia, asilo y suicidio de Balmaceda en la embajada argentina; almirante Montt presidente. Primera Constitución Republicana de Brasil; (inspirada por Benjamín Constant Botelho de Magalhaes); primer Congreso de la República.

Martí: *Versos sencillos* y *Los pinos nuevos*. Martell: *La Bolsa*. Machado de Assis: *Quincas Borba*. Lamas: *Génesis de la revolución*. *La Habana Literaria* (-92). Joaquín Torres García en Cataluña.

Se descubre el Pitecantropo de Java. C. Doyle: *Las aventuras de Sherlock Holmes*. Ibsen: *Hedda Gabler*. S. Lagërlof: *Saga de Gösta Berling*. Cézanne: *Los jugadores de cartas*. Hardy: *Teresa de Ubervilles*.

M: Sublevación de los Taraumaras en el poblado norteño de Tomóchic; la tropa arrasa al poblado. Ley minera: "la propiedad minera legalmente adquirida será irrevocable y perpetua".

H. Frías: *Tomóchic*. Escuela de Música Sacra en Querétaro (J. Guadalupe Velázquez).

AL: Rizal organiza en Manila la sociedad secreta "La Liga Filipina"; A. Bonifacio, "Katipunan". Revolución liberal en Honduras proclama presidente a Bonilla. Constitución liberal en Nicaragua (-1939). Estrada Cabrera en el poder en Guatemala. J. Crespo se proclama dictador en Caracas. Batalla Cururuyuqui contra indios en Bolivia. Núñez reelecto en Colombia con M. A. Caro de vice. Sáenz Peña presidente de Argentina; L. Alem prisionero, radicales abstencionistas. Fundación del Partido Obrero Argentino. Batlle y Ordóñez propone organización política uruguaya basada en clubes populares. Mato Grosso se declara República Transatlántica; insurrección de Río Grande dirigida por Gumersindo Saravia;

Convención militar franco-prusiana. Tarifas proteccionistas en Francia. Escándalo de Panamá en Francia. Constitución definitiva del Partido Socialista italiano.

Lorentz descubre los electrones, Schleich la anestesia local. E. Haeckel: *El monismo*. Poincaré: *Nuevos métodos de la mecánica celeste*. Wilde: *El abanico de Lady Windermere*. Hauptmann: *Los tejedores*. Toulouse-Lautrec: *Jane Avril ante el Moulin Rouge*. Leoncavallo: *Los payasos*.

1893

1894 Son editados sus libros *Elementos de historia patria* y el *Catecismo de Historia patria.* Afirmando que los pueblos más civilizados son los que tienen más escuelas con niños educándose y más ferrocarriles y telégrafos, agrega: "Pero todo esto vale muy poco, si en un pueblo no hay libertad, es decir, si los habitantes de una nación no tienen el derecho o facultad de hacer cuanto gusten, con tal de no impedir a los de

México y América Latina	*Mundo exterior*
primer Congreso Socialista en Río. Del Casal: *Nieve. El Cojo Ilustrado,* en Caracas. Lafone Quevedo: investigaciones arqueológicas en el norte argentino. Guido Spano preside El Ateneo de Buenos Aires. Darío en España (Celebración de los 400 años del descubrimiento de América y Exposición Hispanoamericana de Madrid). Nace César Vallejo.	
M: José Yves Limantour Ministro de Hacienda y artífice del "milagro económico" del porfirismo. Muere I. M. Altamirano. *AL:* Aumenta campaña autonomista en Cuba; división del partido Unión Constitucional y formación del Partido Reformista. Alzamiento liberal encabezado por el gral. J. S. Zelaya derroca a Sacasa en Nicaragua; iniciación de la revolución liberal; nueva Constitución: "la libérrima"; expropiaciones a la iglesia. Reconocimiento de la soberanía británica sobre Belice, Guatemala. Año de grave agitación política en Colombia. Manifiesto a la Nación del Partido Liberal venezolano. Vía férrea Lima-La Oroya. Conflicto con los radicales en Argentina: Roca captura Rosario. Influencia "directriz" presidencial en Uruguay. Almirante Mello bombardea Río y se une a Río Grande do Sul; lo reemplaza Da Gama. Del Casal: *Bustos y Rimas.* Cruz e Souza: *Broqueis* y *Misal.* Acevedo Díaz: *Grito de gloria.* Darío y Martí se encuentran en Nueva York. Darío en Buenos Aires. Muerte de Del Casal. Nace V. Huidobro.	Congreso del Independant Labour Party. Insurrección de los jóvenes checos en Praga. Masacres en Armenia. Segunda presidencia de Cleveland en EE.UU.: crack bursátil y abolición de la Ley de Sherman. Protectorado francés en Dahomey y norteamericano en Hawai. Los franceses en Siam. Morey: primer proyector cinematográfico. Heredia: *Los trofeos.* Mallarmé: *Verso y prosa.* Menéndez Pelayo: *Antología de poetas hispanoamericanos* (-95). Beardsley: *Salomé,* en el número 1 de *Studio.* Munch: *El grito.* Chaicovski: *Sinfonía patética.*
M: Reforma legal que suprime el límite fijado por la Ley de 1863 a las adquisiciones de baldíos. Gutiérrez Nájera y Díaz Dufoo: *Revista Azul* (-96). F. A. de Icaza: *Examen de*	Asesinato de Sadi Carnot. Proceso Dreyfus. Nicolás II zar de Rusia. Guerra en el Lejano Oriente: los japoneses ocupan Port Arthur. Los italianos invaden Abisinia.

	más hacer lo mismo, y si no hay justicia, es decir, si el gobierno o autoridad no tiene cuidado de proteger esos derechos y esos deberes". Es designado magistrado de la Suprema Corte de Justicia (2/X) desde donde tendrá especial vinculación con la gestión porfirista.
1895	Realiza un viaje por Estados Unidos durante 37 días, invitado por su tío Pedro Méndez. Sus apuntaciones, *En tierra yankee*, se publicarán por entregas en la revista *El Mundo* (1897-8) y en libro en 1898. Visita Nueva Orleans, Nueva York y Washington, aparte de los pueblos que atraviesa el ferrocarril. Prevé la guerra de Estados Unidos contra España por la posesión de Cuba. Escribe un soneto dedicado a José Martí, —a quien había tratado en México—, con motivo de su muerte: "En la lira de América pondremos / tu cadáver; así lo llevaremos / en nuestros propios hombros a la historia". Aunque no habla inglés y no escatima las críticas políticas, concluye: "yo no vi bien, entreví un gran pueblo y adquirí una convicción: que la libertad es un aire respirable".

México y América Latina	Mundo exterior
críticos. J. M. Velasco: *El valle de México visto desde el cerro Guadalupe.* *AL:* Bonilla presidente de Honduras. Tratado con Nicaragua, que incorpora la Mosquitía. Terremoto en Venezuela; Crespo presidente y conflicto con la Guayana Británica. Muere R. Núñez. Producción cafetalera colombiana alcanza por primera vez los veinte mil kilos. Tacna y Arica pasan a poder de Chile, sin que ningún plebiscito sea convocado. J. I. Borda presidente de Uruguay. J. A. Silva: *Nocturno.* M. González. Prada: *Páginas libres.* E. Acevedo Díaz: *Soledad.* Revista *Cosmópolis* en Caracas. Nace J. C. Mariátegui.	Yersin: bacilo de la peste. Roux: suero antidiftérico. Durkheim: *Reglas del método sociológico.* Kipling: *El libro de la jungla.* S. y B. Webb: *Historia del "tradeunionismo".* Debussy: *Preludio a la tarde de un fauno.* Rodin: *Los burgueses de Calais.* Massenet: *Thaïs.*
M: Reprimida rebelión de los campesinos veracruzanos de Papantla. Hay 2.114 títulos entregados a extranjeros para explotación minera. W. L. Orozco: *Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos.* Muere Gutiérrez Nájera. *AL:* Segunda guerra de independencia cubana; José Martí muerto en Dos Ríos. Pacto de Amapala para política exterior común de Honduras, Nicaragua y Salvador. Eloy Alfaro entra en Quito. Revuelta liberal en Colombia, dirigida por Santos Acosta. Reclamaciones extranjeras a Venezuela y ultimátum Richard Olney a Gran Bretaña. Piérola entra en Lima: presidente. Renuncia Sáenz Peña en Argentina; asume Uriburu. Batalla decisiva contra rebeldes brasileños, Da Gama se suicida. Nacen Augusto Sandino y Víctor R. Haya de la Torre. M. Zeno Gandía: *La charca.* S. Chocano: *En la aldea.* E. Prado: *La ilusión americana.* Muere J. Isaacs.	Fundación de la CGT en Francia. Convención sino-japonesa de Pekín. Inauguración del canal de Kiel. Fundación del Premio Nobel de la Paz. Roentgen: los rayos X. Lumière: primer aparato cinematográfico. Expedición polar de Nansen. Hertzl: *El estado judío.* Valéry: *La tarde con el Sr. Teste.* Wells: *La máquina de explorar el tiempo.* Verhaeren: *Las ciudades tentaculares.* Crane: *La roja insignia del coraje.* Bourget: *Ultra-mar.* Unamuno: *En torno al casticismo.* Sienkiewics: *Quo Vadis?* Gauguin se instala en Tahití. Muere Engels.

1896	Aparecen en volumen sus *Cuentos románticos*, que escribiera en 1868, en versiones corregidas y ampliadas. Reúne y prologa las poesías de Manuel Gutiérrez Nájera (muerto el 3/II/95) con un ensayo que Alfonso Reyes estimó ejemplar en la historia de la crítica méxicana.
1897	

México y América Latina	Mundo exterior
M: Cuarta reelección de Díaz. A. Nervo: *Perlas negras.* M. Gutiérrez Nájera: *Poesías.* *AL:* Primera campaña conservadora contra Zelaya en Nicaragua. Muere Maceo en Cuba. Intentos de asesinar al presidente Crespo. Se oficializa división del partido conservador colombiano. Batalla de Huanta en Perú y muerte de 500 campesinos. Suicidio de Leandro Alem en Argentina; aprestos bélicos por la cuestión de fronteras con Chile. Errázuriz presidente. Darío: *Prosas profanas* y *Los Raros.* T. Carrasquilla: *Frutos de mi tierra.* R. Barbosa: *Cartas de Inglaterra.* Paul Grossac funda *La Biblioteca.* C. Reyles: *Academias.* J. de Viana: *Campo.* Se suicida J. A. Silva.	Los ingleses en Sudán, los franceses en Madagascar. Acuerdo austro-ruso sobre los balcanes. Fundación del *Daily Mail.* Primeros Juegos Olímpicos en Atenas. Marconi: la telegrafía sin hilos. Becquerel: la radiactividad. M. Schwob: *Vidas imaginarias.* Kropotkin: *La anarquía.* Bergson: *Materia y memoria.* Renouvier: *Filosofía analítica de la historia.* Bjornson: *Más allá de nuestros poderes.* Puccini: *La Bohemia.* Gauguin: *Nacimiento de Cristo.* Muere Verlaine. Nace Breton.
AL: Nueva proclamación de la República de Yara en Cuba. Gobierno autónomo en Puerto Rico. Eloy Alfaro incorpora indios a la ciudadanía ecuatoriana. Gran Bretaña somete a arbitraje su disputa con Venezuela. Auge de la explotación del caucho en el oriente peruano. Segunda insurrección nacionalista de A. Saravia en Uruguay. El Gral. Oscar al frente de 5.500 soldados vence en Canudos a Antonio Conselheiro, quien muere. R. Jaimes Freyre: *Castalia bárbara.* L. Lugones: *Las montañas de oro.* P. Groussac: *Del Plata al Niágara.* J. Nabuco: *Un estadista del Imperio.* Rodó: *La vida nueva.* Blest Gana: *Durante la Reconquista.*	Conflicto greco-turco al unirse Creta a Grecia. MacKinley presidente de Estados Unidos. Fundación del sionismo en Basilea. Minas de oro en Klondyke. Fundación del comité para la representación del trabajo en Inglaterra. Polémica en París entre F. Brunetière y M. Berthelot sobre "el fracaso de la ciencia". Adler: primer vuelo en aeroplano. Gide: *Los alimentos terrestres.* Wells: *El hombre invisible.* Gavinet: *Idearium español.* Ellis: *Estudios sobre psicología sexual.* V. Horta: *Casa del Pueblo* (Bruselas).

1898 Aparecen en volumen sus apuntes *En tierra yankee*. Comienza una nueva serie de evocaciones, *Estampas viejas*, que no proseguirá.

La guerra hispanoamericana revive su vieja fidelidad a la causa de la independencia de Cuba, su temor de que la expansión norteamericana implique el vasallaje mercantil y la dependencia económica de México respecto a Estados Unidos, su reclamación contra la miopía de los políticos españoles (incluyendo a Emilio Castelar) que dificultaron la autonomía cubana. Opina: "La guerra de Cuba fue el duelo trágico entre la civilización industrial y la romántica; ésta había muerto; aquélla no durará mucho o se transformará".

1899 No acompaña la nueva reelección de Porfirio Díaz y le expresa que "cuando redacté hace algunos años el manifiesto de lo que se llamó la Convención Liberal asenté, con el beneplácito de todos mis compañeros, que la reelección que recomendábamos era la última, que una democracia que se forma o se transforma vive de renovaciones como todos los organismos" (carta XI/99). Inicia en el semanario *El Mundo (Ilustrado)* una sección sobre asuntos exteriores ("Revistas políticas y literarias" del 9/IV al 11/IX) por primera vez reunidas en el T. VII de las *Obras Completas*: *El Exterior* (edición de José Luis Martínez), 1948. En ellas analiza la política mundial y especialmente el desastre español del 98.

Es designado nuevamente magistrado de la Suprema Corte de Justicia el 2/X y el 3/X parte a España como delegado al Congreso Social y Económico Hispanoamericano.

México y América Latina	*Mundo exterior*
M: Valenzuela y Nervo: *Revista Moderna* (-1911). J. López Portillo y Rojas: *La parcela.* *AL:* Explosión del "Maine" en La Habana; guerra hispanoamericana. Desembarco en Puerto Rico; gobierno de J. Brooke en San Juan. Tratado de París: España renuncia a la soberanía sobre Cuba. Consejo de los Estados Unidos de Centro América en Amapala. J. A. Roca nuevamente presidente de Argentina, Campos Salles de Brasil, Andrade de Venezuela, Sanclemente de Colombia, Zelaya por segunda vez en Nicaragua. Nace J. E. Gaitán. Primer automóvil en Lima; primer ascensor en Buenos Aires. G. Valencia: *Ritos.* Chocano: *La selva virgen.* A. Arinos: *Por el sertón.* Visconti: *Juventud* (premio Exposición de París 1900). Darío en Europa. L. A. de Herrera: *Por la patria.*	Guerra hispanoamericana. Muerte de Bismarck y de Gladstone. EE.UU. se anexa Hawai. Filipinas proclama su independencia. Caso Dreyfus: *J'accuse* de Zola. Los esposos Curie descubren el radio. Le Bon: *Psicología de las muchedumbres.* Wilde: *Balada de la cárcel de Reading.* D'Annunzio: *El fuego.* Rodin: *Balzac.* Puvis de Chavannes: *Genoveva velando sobre Lutecia.*
M: Sublevaciones indígenas en Sonora y Quintana Roo, aplastadas por el ejército porfirista. Fundación del círculo liberal Ponciano Arriaga. Producción agrícola: 226.035.606 pesos. J. J. Tablada: *El florilegio.* Nace J. Torri. *AL:* Protectorado norteamericano sobre Cuba. Presidente dominicano Heureaux asesinado y jefe revolucionario Jiménez presidente. Primera aparición de Emiliano Chamorro (segunda campaña conservadora contra Zelaya). Gobierno de T. Regalado en El Salvador. Guerra civil en Colombia "los mil días"; Uribe Uribe y B. Herrera contra el gobierno conservador. C. Castro entra en Caracas; presidente; fallo de la Comisión de Límites de París entre Venezuela y Gran Bretaña. Romaña presidente de Perú. Atacama, territorio favorable a Chile y no a Argentina. Peste bubónica en Santos; rebelión de	Conferencia de la Paz en La Haya. Acuerdo anglo-ruso para dividirse China y principio norteamericano de "puerta abierta" en China. Convención franco-inglesa sobre el Sudán. Los boers derrotan a los ingleses. Revuelta en Filipinas contra los norteamericanos. Segundo proceso Dreyfus. V. Guinard: entradas al Metro de París. Sibelius: *Sinfonía Nº 1.* Veblen: *Teoría de la clase ociosa.* Haeckel: *Enigmas del Universo.* Maurras: *Tres ideas políticas.* Zola: *Fecundidad.* Blasco Ibáñez: *La barraca.* R. de Maeztu: *Hacia otra España.* Ravel: *Pavana para una infanta difunta.*

1900	Se inicia la publicación de *México, su evolución social,* (-02), plan y dirección de JS, quien escribe los capítulos "Historia política" y "La era actual", que serán reeditados separadamente, en 1940, bajo el título *Evolución política del pueblo mexicano* "documento capital para saber cuál fue la manera más aguda a que pudo llegarse a principios de este siglo en la comprensión del pasado mexicano" (E. O'Gorman). En Europa actúa brillantemente en el Congreso Social y Económico, conoce diversas personalidades (Núñez de Arce, Pérez Galdós, Valera, etc.) visita el sur y Barcelona, va a París (que lo defrauda) y a Roma, registrando su viaje en notas, recogidas póstumamente en *En la Europa latina* (*OC.* VI, 1948).
1901	Estando en París recibe su nombramiento para la recién creada Subsecretaría de Educación del Ministerio de Justicia e Instrucción. Escribe a su mujer: "Acepté, ¡adiós tranquilidad, adiós estómago, adiós libros en proyecto! Horror. Pero te aseguro que si lograse realizar dos o tres proyectos soltaba luego luego el pandero y a casa" (27/IV). Regresa y el 14/VI inicia su década de conductor educativo de la nación mexicana. Publica la circular "Bases para la organización del profesorado" y precisa la norma del laicismo escolar para todos los institutos educativos.

México y América Latina	Mundo exterior
caucheros en Acre, Brasil. G. Valencia: *Anarkos*. Chocano: *La epopeya del morro*. C. Zumeta: *El continente enfermo*. Picón Febres: *El sargento Felipe*. M. Díaz Rodríguez: *Cuentos de color*.	
M: Quinta reelección de Díaz. Doheny & Co. organiza Mexican Petroleum Co. con una primera extracción en Ebano. Ciudad de México: 541.000 habitantes. Flores Magón: *Regeneración*. J. J. Tablada en el Japón. *AL:* Francia exige con su flota indemnización dominicana. Nicaragua firma tratado con EE.UU. para construcción de canal interoceánico. Castro presidente constitucional de Venezuela; Marroquín de Colombia por golpe de Estado. Tratado de límites argentino-chilenos por zona de los Andes. Censo uruguayo: 936.000 habitantes; brasileño: 17.384.340; disputa de límites con Guayana francesa; peste bubónica en Río. García Monge: *El Moto* y *Las hijas del campo*. Vargas Vila: *Ibis*. Rodó: *Ariel*. Orrego Luco: *Un idilio nuevo*. Machado de Assis: *Don Casmurro*. S. Romero: *Ensayos de sociología y literatura*.	Fundación del Labour-Party y de la Federación General de Trade-Unions en Inglaterra. Fund. de la Unión general de sindicatos cristianos en Alemania. V Congreso internacional socialista en París. Fund. de su *Bureau* permanente (moción Kautsky). Ley Millerand sobre duración jornada de trabajo. Fund. Asociación Internacional para la protección legal de los obreros. Asesinato de Humberto I y ascensión de Víctor Manuel III. Expedición internacional contra Pekín. Los franceses en el Tchad. Los ingleses en Pretoria y Transvaal. Max Planck: teoría de los *quanta*. Zeppelin: su primer dirigible. Evans: la civilización minoica. Freud: *La interpretación de los sueños*. Croce: *Materialismo histórico y economía marxista*. Ellen Key: *El siglo de los niños*. Azorín: *Alma castellana*. Husserl: *Investigaciones lógicas*. Spitteler: *Primavera olímpica*. Harnack: *Naturaleza del cristianismo*. Dreiser: *Hermana Carrie*. Chejov: *Tío Vania*. Puccini: *Tosca*. A. Gaudí *Parque Güell*. Mueren Ruskin, Nietzsche, Wilde, H. Barnard.
M: Primer Congreso Liberal Mexicano en San Luis Potosí. Segundo Congreso Panamericano en Ciudad de México. Revuelta maya en Yucatán. Díaz Mirón: *Lascas*. F. A. de Icaza: *Novelas ejemplares*. *AL:* Constitución de Cuba, enmienda Platt y presidencia de T. Estrada Palma. Batalla de La Hacha y derrota de las	A la muerte de Victoria es coronado Eduardo VII en Inglaterra. Asesinado el presidente MacKinley en EE.UU. Le sucede Theodore Roosevelt. Tratado Hay-Pauncefote sobre el canal de Panamá. Formación de la United States Steel Corp. Paz en Pekín. Freud: *Psicopatología de la vida cotidiana*. Maeterlinck: *La vida de las abejas*.

1902	Establece el Consejo Superior de Educación, organismo asesor de la Subsecretaría y redacta su llamado "Plan de la Escuela Mexicana" (13/IX) que fija las líneas teóricas de la reforma educativa.

México y América Latina	*Mundo exterior*
fuerzas liberales y venezolanas en la guerra civil colombiana. Tratado Perú-Bolivia, de arbitraje por diez años. Servicio militar obligatorio en Argentina; Congreso Nacional Obrero. Depósito de guano en Huanillos, Punta Lobos y Pabellón de Pica revertidos a Chile. Intensiva industrialización de San Pablo. González Prada: *Minúsculas*. Díaz Rodríguez: *Idolos rotos*. P. E. Coll: *El castillo de Elsinor*. H. Quiroga: *Los arrecifes de coral*.	Th. Mann: *Los Buddenbrook*. B. Shaw: *Tres piezas para puritanos*. Strindberg: *Danza macabra*. Primer Premio Nobel de Literatura: Sully-Prudhomme.
M: El ejército liquida la insurrección yaqui en el norte, y la maya en el sur. Se calculan en 500 millones de dólares las inversiones norteamericanas en el país (117 compañías). Ganadería: 5.304.165 vacunos; 3.458.124 lanares; 641.074 porcinos. Tratado de arbitraje obligatorio con países latinoamericanos. L. G. Urbina: *Ingenuas*. Leopoldo Batres descubre las ruinas de Montealbán. *AL:* Tercera reelección de Zelaya en Nicaragua y atentado en el cuartel principal. Convención de arbitraje obligatorio entre Nicaragua, El Salvador, Honduras, Costa Rica y Guatemala y Corte de Arbitraje. Convención dominicana con EE.UU. por reclamaciones económicas. Compañía francesa vende acciones del Canal de Panamá a EE.UU.; fin de la guerra de "los mil días". Ultimátum de Gran Bretaña y Alemania y bloqueo de puertos venezolanos; bombardeo de Puerto Cabello; Roosevelt árbitro. Doctrina Drago y ley de residencia en Argentina. Creciente influencia de Batlle y Ordóñez en Uruguay. Chile y Argentina: tratado general de paz y limitación de armamentos navales. De Paula Rodrigues presidente de Brasil; iniciación del movimiento de Plácido de Castro para incorporación del territorio de Acre.	Paz entre Inglaterra y los boers. Fin de la resistencia filipina a EE.UU. Alianza anglo-japonesa. Se concluye la construcción del Transiberiano. Rutherford: estudios sobre la radiactividad. Fundación del Carnegie Institution. Loisy: *El Evangelio y la Iglesia*. Gide: *El inmoralista*. C. Doyle: *El sabueso de los Baskerville*. Croce: *Estética*. Meliès: *viaje a la luna*. Debussy: *Pelléas y Mellisande*.

1903

Se inicia la publicación del *Boletín de Instrucción Pública,* órgano de la Secretaría del ramo, que hasta 1911 publicará dieciséis tomos con informes, planes, programas, estadísticas y diversos materiales educativos Se establecen pensiones en el extranjero para artistas mexicanos. Entre otros fueron becados Julio Ruelas, Alfredo Uruchurtu, Roberto Montenegro, Diego Rivera, Manuel C. Ponce, Gustavo Campo.

1904

Año de intensa labor educativa, para organizar y desarrollar el sistema escolar primario, las escuelas de párvulos y planificar los estudios superiores. Formula sus primeras ideas sobre educación rural. En el informe de este año insiste en "el envío de profesores al extranjero a fin de que se familiaricen con los métodos y procedimientos escolares".

México y América Latina	Mundo exterior
Chocano: *Poesías completas*. Vargas Vila: *Ante los bárbaros*. Díaz Rodríguez: *Sangre patricia*. G. Aranha: *Canaan*. Da Cunha: *Los sertones*. D'Halmar: *Juana Lucero*. Fundación de la Universidad de La Plata.	
M: F. Gamboa: *Santa*. J. J. Gamboa: *La carne*. E. González Martínez: *Preludios*. Dibujos de Julio Ruelas en la *Revista Moderna*. *AL:* Cuba cede bases a EE.UU. (Guantánamo). Revolución del Lago en Nicaragua. P. J. Escalón presidente de El Salvador. Senado colombiano rehúsa ratificar tratado Hay-Herran con EE.UU. sobre el Canal; insurrección de Panamá y declaración de independencia reconocida por EE.UU., que impide envío tropas colombianas; tratado cediendo Zona del Canal. Protocolos de pagos de Venezuela con EE.UU., México, Francia, Holanda y Bélgica; debates en el Tribunal de La Haya por las reclamaciones. Tratado de Petrópolis: Bolivia cede Acre a Brasil. Creciente desarrollo agropecuario en Argentina. Batlle y Ordóñez presidente del Uruguay; Revolución Nacionalista de A. Saravia y Pacto de Nico Pérez. Iluminación eléctrica en Río y Managua. Matanza de obreros salitreros en Iquique, Chile. Darío Herrera: *Horas lejanas*. G. Zaldumbide: *Del Ariel*. Bunge: *Nuestra América*. F. Sánchez: *M'hijo el dotor*. Portinari: *Cargadores de café*.	Muere León XIII ascendiendo Pío X al Pontificado. Condena de la obra de Loisy. Tratado Bunau-Varilla para construir el canal de Panamá. Escisión entre bolcheviques y mencheviques en el Congreso de los socialistas rusos en Londres. Ford: construcción de fábrica de automóviles. Hnos. Wright: vuelo en aeroplano. Gorki: *Los bajos fondos*. R. Rolland: *El teatro del pueblo*. Conrad: *Tifón*. S. Butler: *El camino de toda carne*. O. Weininger: *Sexo y Carácter*. Hofmannsthal: *Electra*. Dewey: *Estudios de teoría lógica*. Se constituye la Academia Goncourt.
M: Sexta reelección de Díaz. Ramón Corral vicepresidente. El norteamericano Doheny se apodera de los yacimientos petrolíferos de Tampico. Se inician obras del Palacio de Bellas Artes (-34). Nace A. Yáñez.	Los japoneses hunden la flota rusa en Port Arthur y destruyen la flota rusa en Vladisvostock. Sun Yat-sen funda el Kuo Min-Tang. Ruptura entre Francia y el Papado. Congreso Socialista en Amsterdam. Sublevación de los boers en Transvaal.

1905	Se crea la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes cuya dirección ocupa Justo Sierra, dotándolo del necesario instrumental par acometer todos los aspectos de la educación pública en México.

México y América Latina	*Mundo exterior*
AL: Asamblea de Puerto Rico vota por la "estadidad". Rey de España árbitro en cuestiones limítrofes Nicaragua-Honduras. Revuelta del gral. Toledo en Guatemala con tropas venidas desde El Salvador. Presidencia de R. Reyes en Colombia. Bolivia: tratado de paz con Perú y tratado con Chile cediendo provincias marítimas a cambio del ferrocarril Arica-La Paz. José Pardo presidente de Perú. Resolucion del Tribunal de La Haya sobre reclamaciones europeas contra Venezuela. M. Quintana presidente de Argentina. Revolución de Aparacio Saravia en Uruguay; muerte de Saravia; tratado de paz y amnistía. F. García Calderón: *De Litteris*. B. Lillo: *Sub terra*. Blest Gana: *Los transplantados*. A Santa María expone en Bogotá: polémica sobre impresionismo (Sanín Cano-Grillo).	London: *El lobo de mar*. Pirandello: *El difunto Matías Pascal*. Reymont: *Los campesinos*. Palamas: *La vida eterna*. R. Rolland: *Juan Cristóbal* (-12). Picasso se instala en el Bateau-Lavoir. Puccini: *Madame Butterfly*.
M: M. J. Othón: *Idilio salvaje*. A. Nervo: *Jardines interiores*. J. García Icazbalceta: *Vocabulario de mexicanismos*. J. Clausell: *Paisajes mexicanos*. *AL:* Aduana dominicana en manos de EE.UU. Relección de Estrada Cabrera en Guatemala (candidato único). Estrada Palma reelecto en Cuba. Construcción del Canal de Panamá. Acuerdo de pagos venezolano con Gran Bretaña y Alemania; reclamaciones francesa y norteamericana; Castro reelecto presidente. R. Reyes dictador en Colombia. Atentado anarquista contra el presidente argentino Quintana. Creación de Liceos departamentales en Uruguay. Campañas de L. E. Recabarren en la pampa salitrera y prisión. Ley de vacuna obligatoria en Brasil; tratado de límites con Argentina y Venezuela. F. Ortiz: *Los negros brujos*. Darío: *Cantos de vida y esperanza*. Henríquez Ureña: *Ensayos críticos*. A. J. Echeverría:	Los japoneses ocupan Port Arthur. Batallas de Mukden y Tsu-shima. Segunda presidencia de Th. Roosevelt. Constitución de la Central obrera socialista. "Domingo rojo" en San Petersburgo. Ley de 9 horas en Francia. Lorentz, Einstein, Minkowski: la relatividad restringida. Freud: *Teoría de la sexualidad*. Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho*. Azorín: *Los Pueblos*. Rilke: *Libro de horas*. Dilthey: *Experiencia y poesía*. Falla: *La vida breve*. Los *fauves* en Francia; *Die Brücke* en Alemania. Matisse: *La alegría de vivir*. Max Linder en la Pathé.

1906	La publicación del libro crítico de Francisco Bulnes, *El verdadero Juárez,* lo impulsa a acometer, como respuesta, su obra monumental *Juárez: su obra y su tiempo.* No pudiendo concluirlo por sus múltiples tareas oficiales, encarga la redacción de algunos capítulos al joven historiador Carlos Pereyra y no satisfecho, él mismo redacta el capítulo final tomándolo de una obra anterior.

México y América Latina	*Mundo exterior*
Concherías. Riva-Agüero: *Carácter de la literatura del Perú independiente.* L. Lugones: *La guera gaucha* y *Los crepúsculos del jardín.* F. Sánchez: *Barranca abajo* y *En familia.*	
M: Huelga de mineros en Cananea. Programa del Partido Liberal Mexicano en favor del reparto de la tierra, salario mínimo, jornada máxima, reglamentación del trabajo femenino e infantil; lo firma, entre otros, Ricardo Flores Magón, futuro líder del anarquismo mexicano. Llega a México Pedro Henríquez Ureña. *AL:* Estrada Cabrera sofoca invasión de guatemaltecos desde El Salvador; primera concesión obtenida por la United Fruit Co. Th. Rooevelt visita Puerto Rico. Insurrección liberal en Cuba; desembarco de marines y control americano sobre la isla con Ch. Magoon gobernador. Tercera presidencia de Zelaya en Nicaragua; laudo del rey de España sobre límites con Honduras. Modus vivendi entre Perú y Colombia sobre región de Putumayo. Personería jurídica para Sindicatos de Tipógrafos en Bogotá. Eloy Alfaro depone a L. García; Constitución liberal ecuatoriana. Figueroa Alcorta presidente de Argentina; ley de amnistía; se agudizan problemas de vivienda. Primeros tranvías eléctricos en Montevideo. Terremoto en Valparaíso; P. Montt presidente de Chile. Alianza de cafeteros de Minas y San Pablo para sustentar precio del café en mercado mundial. Primer vuelo público de Santos Dumont. Chocano: *Alma América.* E. Payró: *El casamiento de Laucha.* Fray Mocho: *Cuentos.*	Encíclica *Vehementer nos* y condena por Pío X de Murri y Tyrell. Rehabilitación de Dreyfus. Huelgas en Moscú, reunión y disolución de la Duma. Nerust: tercer principio de la termodinámica. Vuelos en aeroplanos de S. Dumont. Eijkman: sobre las vitaminas. Montessori: la "Casa de los Niños". Inauguración del túnel del Simplon. Descubrimiento de la reacción de Wasserman. Keyserling: *Sistema del mundo.* Sinclair: *La Jungla.* Galsworthy: *La saga de los Forsyte* (-28). E. D'Ors: "Glosario" (-19) en *La Veu de Catalunya.*

1907	Su programa educativo es atacado por el Secretario de Hacienda, José Yves Limantour. Sierra se defiende y le escribe: "los ferrocarriles, las fábricas, los empréstitos y la futura inmigración, y el actual comercio, todo nos liga y nos subordina en gran parte al extranjero. Si anegados así por esta situación de dependencia, no buscamos el modo de conservarnos a través de todo *nosotros mismos,* y de crecer y desarrollarnos por medio del cultivo del hombre en las generaciones que llegan, la planta mexicana desaparecerá a la sombra de otras infinitamente más vigorosas". "Sin la escuela... todo cuanto se ha hecho por el progreso material y económico resultaría un desastre para la autonomía nacional".
1908	Es promulgada la Ley de Educación Pública después de un año de estudios, consultas y debates en el Consejo Superior de Educación. Prevé una educación nacional, integral, laica, gratuita y obligatoria de seis a catorce años, donde se atenderá la cultura moral, la intelectual, la física y la artística. Se prevé la educación para niños anormales y la enseñanza para adultos. Pronuncia una oración fúnebre en el homenaje nacional a Gabino Barreda, en la cual pone en duda los fundamentos del positivismo.

México y América Latina	Mundo exterior
M: Huelga de obreros textiles en Río Blanco, Veracruz, y represión. M. Azuela: *María Luisa.* C. González Peña: *La chiquilla.* Sociedad de Conferencias. Se inaugura el Teatro Lírico. *AL:* Guerra entre Nicaragua y Honduras; batalla de Namasigüe: Nicaragua ocupa capital de Honduras, Bonilla renuncia. Conferencia Centro Americana en Washington; tratado de paz y amistad; Corte de Justicia; Instituto Pedagógico, Oficina Internacional. F. Figueroa presidente de El Salvador; amnistía política y suspensión de ley marcial. Tribunal de La Haya fija deudas venezolanas en 691.160 libras. Nueva presidencia de Alfaro en Ecuador. Tratado de amistad entre Perú y Chile, el primero desde la Guerra del Pacífico. Jornada de 8 horas para menores y mujeres en Argentina; datos oficiales: 231 huelgas en el año. Abolición de la pena de muerte en Uruguay. Comisión Rondón inicia obras telegráficas en Brasil (Río-Mato Grosso, Acre, Amazonas); Von Ihering, director del Museo Paulista, recomienda exterminio de los indios. Darío: *El canto errante.* F. García Calderón: *Le Pérou contémporain.* R. Blanco Fombona: *El hombre de hierro.* Ramos Mejía: *Rosas y su tiempo.* D. Agustini: *El libro blanco.* B. Lillo: *Sub sole.* Capistrano de Abreu: *Capítulos de historia colonial.* Revista *Nosotros* en Buenos Aires. Panamá: revista *Nuevos Ritos.* Lima: revista *Contemporánea.*	Encíclica *Pascendi* contra el modernismo. Segunda Conferencia de La Haya. Acuerdo anglo-ruso sobre Asia: la triple Entente. Gustavo V rey de Suecia. Fundación de la Compañía Shell. Terremoto destruye San Francisco. Willstatter: estudios sobre la clorofila. Lumière: la fotografía en colores. Bergson: *La evolución creadora.* S. George: *El séptimo anillo.* Gorki: *La madre.* W. James: *Pragmatismo.* Rousseau: *La encantadora de serpientes.* Albéniz: *Iberia.* Teatro Matynski: presentación de Nijinki, Karsavina, Pavlova y Dreobrajenskaya en *Don Giovanni.*
M: Díaz entrevistado por el periodista norteamericano Creelman en *el Pearson's* Magazine: el país está maduro para la democracia. Producción agrícola: 386.795.044. Ley de educación primaria. F. Madero: *La sucesión presidencial.* M. J. Othón: *El himno de los bosques.* F.	Bélgica se anexa el Congo. Creta se une a Grecia. Austria se anexa la Bosnia-Herzegovina. Asesinato de Carlos en Portugal y coronación de Manuel. La jornada de 8 horas es instituida en las minas británicas. Revolución de los "jóvenes turcos". Blériot atraviesa la Mancha en avión.

1909 Disposiciones complementarias de la Ley de Educación establecen programas e instrucciones metodológicas, listas de textos, formas de evaluación, adjudicación de premios. Se establece un plan de edificaciones escolares apropiadas.

Gamboa: *Reconquista*. D. Rivera: *La casa sobre el puente*.

AL: J. M. Gómez presidente de Cuba, A. Zayas vice. Primera Corte Centroamericana de Justicia en Costa Rica. Emigración a Nicaragua de El Salvador, Guatemala y Honduras. Leguía presidente constitucional de Perú; telégrafo inalámbrico en la zona amazónica. Castro anula concesiones americanas; conflicto con Holanda y bloqueo holandés; Gómez se proclama presidente de Venezuela. Agravamiento de la crisis en la pampa salitrera; Primer Congreso Científico Panamericano en Valparaíso. Jorge Chávez cruza los Andes en avión. Ruy Barbosa defiende tesis de igualdad de naciones menores en la Conferencia Internacional de La Haya.

González Prada: *Horas de lucha*. G. de Laferrère: *Las de Barranco*. C. Vaz Ferreira: *Moral para intelectuales*. Orrego Luco: *Casa grande*. F. Braga: Sociedad de Conciertos Sinfónicos del Brasil. Primeros films argentinos y brasileños. E. Fabini: *Campo*.

Sorel: *Reflexiones sobre la violencia*. Wasserman: *Gaspar Hauser*. Chesterton: *El hombre que fue Jueves*. France: *La isla de los pingüinos*. Pound: *A lume spento*. J. Romains: *La vida unánime*. Ravel: *Mi madre la oca*. Picasso: *Las muchachas de Avignon*. Galería Kahnweiler: exposición cubista.

M: Díaz se entrevista con el presidente norteamericano Taft. Terremoto en Acapulco. Tratado de paz con los yaquis. Nueva ley de minas declara los minerales de dominio directo de la nación. Inversiones norteamericanas: 1.000 millones de dólares y 60.000 inmigrantes. Francisco Madero y el gral. Bernardo Reyes, candidatos a la presidencia.

A. Molina Enríquez: *Los grandes problemas nacionales*. M. Azuela: *Mala yerba*. J. López Portillo y Rojas: *Los precursores*. A. Reyes, J. Vasconcelos, A. Caso, P. Henríquez Ureña, J. Torri: Ateneo de la Juventud (-14).

AL: Revolución conservadora en Nica-

Taft presidente de EE.UU. Semana trágica en Barcelona y fusilamiento de Ferrer. Acuerdo franco-alemán sobre Marruecos, austro-italiano sobre los Balcanes, ultimátum austríaco a Servia. Mohamed V, sultán de Turquía.

Peary en el Polo Norte. Ford fabrica tractores. J. Benavente: *Los intereses creados*. Lenin: *Materialismo y empiriocriticismo*. Maeterlinck: *El pájaro azul*. F. T. Marinetti: *Manifiesto futurista*. Bourdelle: *Herakles arquero*. Gide: *La puerta estrecha*. F. L. Wright: *Robie House*. Ballets rusos de Diaghilev en París.

1910 Inaugura la Escuela de Altos Estudios, que más adelante dará origen a la Facultad de Filosofía y Letras y a la Facultad de Ciencias. El 18/IX inaugura la Universidad Nacional de México. Con ese motivo pronuncia uno de sus más brillantes discursos anticipando el rumbo que va a tomar la cultura en los próximos años. Rechaza la idea de que se trata de una prolongción de la vieja, Real y Pontificia Universidad de México y propone la inauguración de nuevos estudios de Metafísica. Lo designan director de la Academia de la Lengua. Muere su hija Luz.

México y América Latina	Mundo exterior
ragua con apoyo de marines norteamericanos; Zelaya abandona presidencia; J. Madriz su sucesor. Retiro de tropas americanas de Cuba. Colombia reconoce la soberanía de Panamá en tratado Root-Cortez con EE. UU. Conflictos laborales encabezados por anarquistas en Argentina y asesinato del gral. Falcón. Uruguay y Brasil modifican fronteras. Supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas uruguayas. Campaña civilista de Ruy Barbosa en Brasil. Construcción del ferrocarril Arica-La Paz. Chile compra barcos de guerra a Inglaterra. A. Aguedas: *Pueblo enfermo.* Blest Gana: *El loco Estero.* Rodó: *Motivos de Proteo.* Lugones: *Lunario sentimental.* Arvelo Larriva: *Sones y canciones.* González Martínez: *Silenter.* Lima Barreto: *Recuerdos del escribiente Isaías Caminha.* Villa-Lobos: *Cantios sertanejos.* P. Figari: *Mercado viejo.*	
M: Censo: 15.160.369 habitantes; alfabetos: 2.992.026; analfabetos mayores de 12 años: 7.065.464. Hablantes castellanos: 13.143.372. Las propiedades petrolíferas de Pearson y Doheny representan el 58% y 42% respectivamente, de la producción nacional. Hay 3 millones de peones pobres frente a 834 grandes hacendados dueños de la tierra. Campaña de Madero para la presidencia. Nueva reelección de Díaz. Madero encarcelado, fuga y formula el Plan de San Luis contra Díaz y en favor del sufragio efectivo y la no reelección. Se descubre en Puebla armamento en casa de A. Serdán; la familia resiste hasta su aniquilación. 20/XI: levantamientos armados en varias zonas. Se inicia la Revolución Mexicana. L. G. Urbina: *Puestas de sol.* P. Henríquez Ureña, Urbina, N. Rangel: *Antología del Centenario.* P. Henríquez Ureña: *Horas de estudio.* Apertura de la Universi-	El Japón se anexa Corea. La Unión Sudafricana entra al Commonwealth. Jorge V asciende al trono a la muerte de Eduardo VII. Venizelos preside el Consejo en Creta. Caída de la monarquía en Portugal. Francia: huelga de ferroviarios y ley de pensiones a la vejez. Pavlov: reflejos condicionados. Rostand: *Chantecler.* N. Angell: *La gran ilusión.* Rilke: *Cuadernos de Malte Laurids Brigge.* B. Russell-Whitehead: *Principia Mathematica.* R. Tagore: *Gitanjali.* Claudel: *Cinco grandes odas.* Kafka inicia sus *Diarios.* Stravinski: *El pájaro de fuego.* Mack Sennet: la *Splastick comedy.* E. Atget: *Shop Window: Tailor Dummies.*

1911

Porfirio Díaz hace renunciar a todo su gabinete para enfrentar la situación política. Justo Sierra vuelve a sus clases en la Escuela Preparatoria. En un documento privado examina los intereses políticos que llevaron a su separación del cargo: "yo seguiré creyendo que todo programa de gobierno cuyo eje no descanse sobre estos dos polos: educación y justicia, no quiere decir nada ni para la humanidad ni para la patria".

dad Nacional de México. Dr. Atl: Centro Artístico.

AL: Nueva reelección de Estrada Cabrera en Guatemala. Revolución de la Costa Atlántica en Nicaragua: cae Madriz, J. J. Estrada presidente, intervención de EE. UU. Colombia concede la educación superior a los jesuitas. Sáenz Peña presidente de Argentina; festejos del Centenario en Buenos Aires. Ferrocarril trasandino Valparaíso-Mendoza. Suspensión de relaciones chileno-peruanas por expulsión de sacerdotes peruanos de Tacna y Arica. Conferencia Panamericana en Buenos Aires. Hermes da Fonseca presidente de Brasil. Revuelta de la Armada y la Marina, represión y masacre de 500 marineros.

Darío: *Poema de Otoño.* C. Torres: *Idola fori*. R. Barrett: *Lo que son los yerbales*. M. Ugarte: *El porvenir de América Latina*. Gerchunoff: *Los gauchos judíos*. Herrera y Reissig: *Los peregrinos de piedras*. C. Vaz Ferreira: *Lógica viva*. Magallanes Moure: *La jornada*. Rodin: *Sarmiento*.

M: Los hermanos Flores Magón encabezan movimiento anarquista para convertir a la Baja California; resistencia de la región y derrota anarquista. Emiliano Zapata se une a la Revolución y se subleva en Morelos. Díaz renuncia a la presidencia; destierro en Europa. Tratado de Ciudad Juárez: Madero da por terminada la lucha. León de la Barra presidente provisorio. Entrada de Madero a la capital y elección democrática como presidente; Pino Suárez vice. Rebelión de Zapata contra el gobierno maderista por no iniciar el reparto de tierra; Plan de Ayala: restitución de las tierras quitadas a los ejidos y fraccionamiento de algunas haciendas.

Taft disuelve la Standard Oil y la Tobbaco Co. Sun Yat-sen proclama la República de Nankín. Golpe de Agadir. Guerra ítalo-turca; Italia se anexa la Tripolitania. Seguros sociales en Inglaterra.

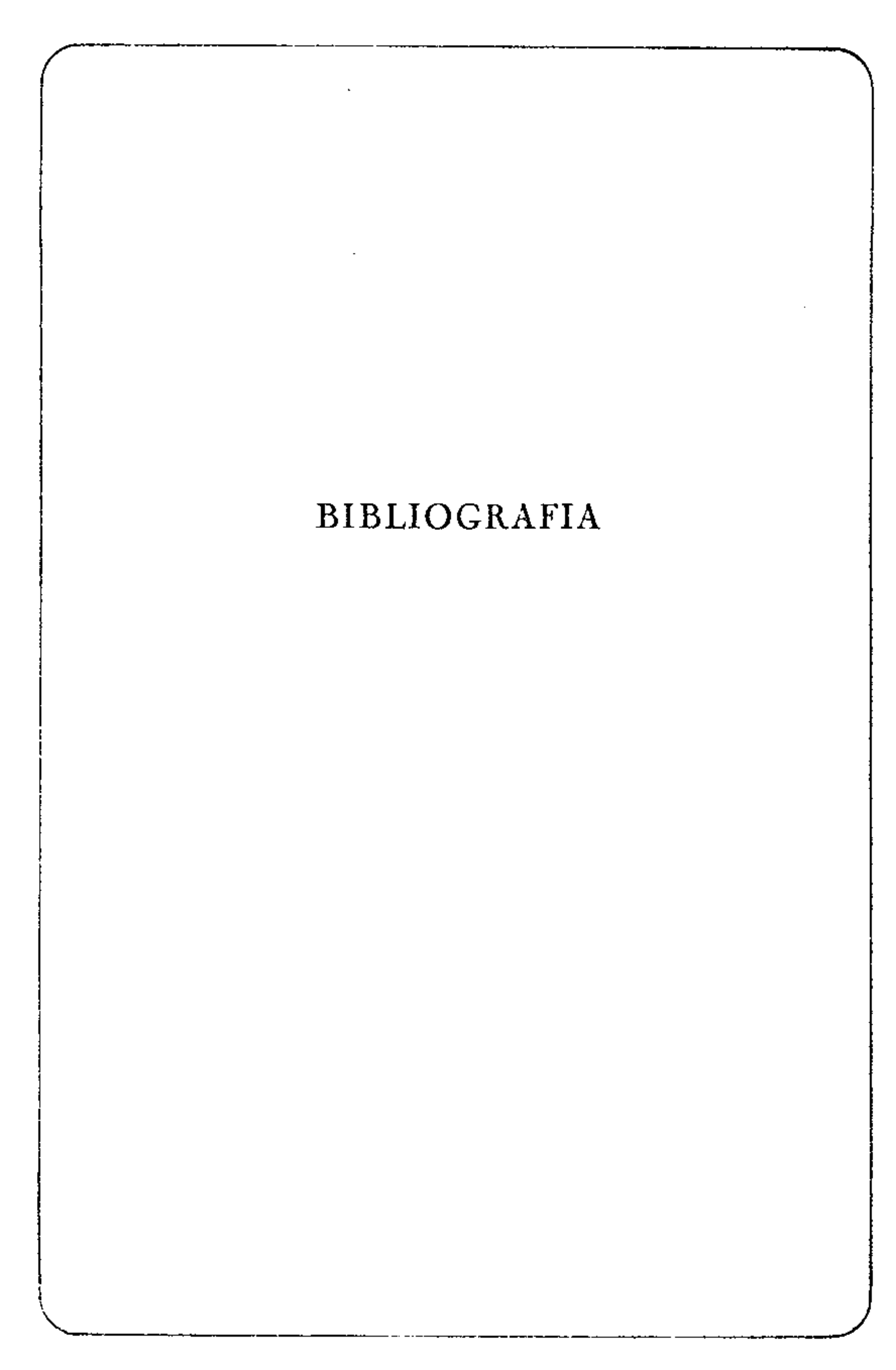
Amundsen en el Polo Sur. Rutherford: teoría atómica nuclear. D. H. Lawrence: *El pavo real blanco*. K. Mansfield: *Una pensión alemana* Claudel: *El rehén*. Strauss: *El caballero de la rosa*. Maillol: *Flora*. Debussy: *El martirio de San Sebastián*. Kandinki y P. Klee fundan *El jinete azul*. M. Duchamp: *Desnudo bajando una escalera Nº 1*.

1912 El nuevo presidente, Francisco Madero, designa a Justo Sierra Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México en España. En abril viaja a ese país y visita a Porfirio Díaz y a Limantour, exiliados en París. Enferma gravemente: va a Lourdes y se confiesa vagamente católico. Muere en Madrid el 13 de setiembre. Su cuerpo será enviado a México donde el presidente Madero encabezará un fastuoso funeral.

México y América Latina	*Mundo exterior*
E. González Martínez: *Los senderos ocultos*. A. Reyes: *Cuestiones estéticas*. M. Azuela: *Andrés Pérez, maderista*. *AL:* M. E. Araujo presidente de El Salvador; A. Díaz de Nicaragua. Graves conflictos fronterizos entre Colombia y Perú, y Perú y Chile. Segunda presidencia de Batlle y Ordóñez en Uruguay y etapa de amplias reformas sociales. Continúa carrera armamentista chilena. Primera fábrica de discos para gramófono en Brasil. R. Arévalo Martínez: *Juglerías* y *Maya*. Soto-Hall: *El problema*. Eguren: *Simbólicas*. E. Banchs: *La urna*. R. Barrett: *El dolor paraguayo*. E. Herrera: *El león ciego*. Lima Barreto: *Triste fin de Polycaro Quaresma*. Primer Congreso Universal de Razas y tesis anti-racista de J. Batista de Lacerda. H. Bingham descubre la ciudad incaica de Macchu Pichu. Darío: revista *Mundial* en París y artículos sobre los sueños.	
M: Orden de Madero de licenciar al ejército y sublevación de Pascual Orozco en el norte; lo derrota Victoriano Huerta, veterano del ejército porfirista. Félix Díaz, sobrino de Porfirio, encabeza otra rebelión en Veracruz; fracaso y cárcel. Capitales norteamericanos: 1.057.700.000 dólares; ingleses: 321.303.000; riqueza total del país: 2.434.341.422 dólares. E. Rabasa: *La Constitución y la Dictadura*. Universidad Popular de México (-20). *AL:* Intervención norteamericana en Nicaragua hasta 1933 (ocupación, administración de aduanas, ferrocarriles y bancos). Visita de Knox a América Central. Insurrección negra en Cuba, desembarco de marines, gral. Menocal presidente. Colombia: se sanea el crédito del Estado; escuelas, caminos, telégrafos. Informe del cónsul Casement sobre explotación de in-	Comienzos de la primera guerra balcánica. Triunfos servios, búlgaros y griegos. Protectorado francés sobre Marruecos. Convención horaria internacional. Trabajo en cadena en las fábricas Ford. Hundimiento del *Titanic*. Hopkins: las vitaminas. Troeltsch: *Doctrinas sociales de las iglesias cristianas*. F. W. Taylor: *Principios de administración científica*. Claudel: *La anunciación a María*. Shaw: *Pigmalión*. A. Machado: *Campos de Castilla*. W. James: *Ensayo sobre el empirismo radical*. E. D'Ors: *La bien plantada*. J. K. Turner: *México bárbaro*. Barres: *Greco o el secreto de Toledo*. Kandinski: *Lo espiritual en el arte*. Ravel: *Dafnis y Cloe*. A. Schoenberg: *Pierrot lunar*.

dios en Putumayo; reacción papal y arresto del director de la Brithish Rubber Co. Conflicto argentino-paraguayo; huelga agraria en el sur de Santa Fe. Nacionalización de bancos y monopolio estatal de la energía eléctrica en Uruguay. Partido Obrero Socialista (L. E. Recabarren) en Chile; ferrocarril Santiago-Puerto Montt. Muere el barón de Río Branco en Brasil.

J. Gálvez: *Jardín cerrado.* F. García Calderón: *Les démocraties latines de l'Amérique.* Pezoa Véliz: *Alma chilena.* A. dos Anjos: *Yo.* Hnos. García Calderón: *Revista de América* en París. Caracas: Círculo de Bellas Artes (Reverón, Monsalve, Gallegos, A. E. Blanco).



BIBLIOGRAFIA

OBRAS

—El Angel del Porvenir. México, Ed. del Renacimiento, 1873.

Elementos de historia general para las escuelas primarias. México, 1885.

Elementos de historia patria. México, 1894.

Catecismo de historia patria. México, 1894.

— Cuentos románticos. París, Vda. de Ch. Bouret, 1896.
id. México, Edit. Porrúa, 1946. (Ed. y prol. de Antonio Castro Leal).

—En tierra yankee. México, 1898.

—Prosas. México, Cultura t. III, Nº 5, 1917. (Selec. y Prol. de Agustín Loera y Chávez).

—Discursos. México, Herrero y Hnos., 1919.

—Poesías, 1848-1912. México, Ed. de la Universidad Nacional, 1937. (Coleccionadas y estudiadas por Dorothy Margaret Kress, prol. Julio Jiménez Rueda).

—Prosas. México, Biblioteca del Estudiante, 1939. (Prol. y selección de Antonio Caso).

—Evolución política del pueblo mexicano. México, La Casa de España en México, 1940. (Prol. de Alfonso Reyes).

—Obras completas del maestro Justo Sierra. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1948, 15 vols. bajo la dirección de Agustín Yáñez.

t. I: Poesías (Ed. y nota preliminar de José Luis Martínez).

t. II: Prosa literaria (Ed. ordenada y anotada por Francisco Monterde).

t. III: Crítica y artículos literarios (Ed. y notas de José Luis Martínez).

t. IV: Periodismo político (Ed. ordenada y anotada por Agustín Yáñez).

t. V: Discursos (Ed. preparada por Manuel Mestre Ghigliazza).

t. VI: Viajes (Ed. notas e índice de José Luis Martínez).

t. VII: El exterior (Notas e índices por José Luis Martínez).

t. VIII: La educación nacional (Ed. ordenada y anotada por Agustín Yáñez).

t. IX: Ensayos y textos elementales de historia (Ed. ordenada y anotada por Agustín Yáñez).

t. X: HISTORIA DE LA ANTIGÜEDAD (Ed. establecida y anotada por Edmundo O'Gorman).

t. XI: HISTORIA GENERAL (Ed. ordenada y anotada por Francisco Giner de los Ríos).

t. XII: EVOLUCIÓN POLÍTICA DEL PUEBLO MEXICANO (Ed. establecida y anotada por Edmundo O'Gorman).

t. XIII: JUÁREZ, SU OBRA Y SU TIEMPO (Ed. anotada por Arturo Arnáiz y Freg).

t. XIV: EPISTOLARIO Y PAPELES PRIVADOS (Ed. establecida por Catalina Sierra de Peimbert).

t. XV: ESCRITOS DIVERSOS E ÍNDICES.

—JUSTO SIERRA, EDUCACIÓN E HISTORIA, Washington, Unión Panamericana, 1949 (Selección, prólogo y notas de Emilio Abreu Gómez).

—JUSTO SIERRA. PÁGINAS ESCOGIDAS. *México.* Secretaría de Educación Pública, 1943. (Prólogo de Andrés Henestrosa).

ESTUDIOS

ALTAMIRANO, IGNACIO A.: *La literatura nacional,* México: Edit. Porrúa, 1949.

CASO ANTONIO. "Justo Sierra, el amante, el escéptico, el historiador", en *Revista de América* 6 (Francia - París 1914); en *Discursos a la nación mexicana.* México, D. F., Librería de Porrúa Hermanos, 1922.

CRAWFORD, WILLIAM REX: *A Century of Latin American Thought,* Harvard University, Press, 1944.

FABELA, ISIDRO: "Mi maestro Justo Sierra" en *Maestros y amigos,* México, INBA, 1962.

FERRER DE MENDIOLEA, GABRIEL: *El maestro Justo Sierra,* México, sep., 1944.

GÓMEZ ARIAS, ALEJANDRO: *Justo Sierra,* México, Eds. de la Universidad Nacional, 1936 (Biografías populares).

GONZÁLEZ OBREGÓN, LUIS: *Don Justo Sierra historiador. México,* Imp. del Museo Nacional, 1907.

GUZMÁN, MARTÍN LUIS: "Don Justo Sierra" en *Revista Mexicana de Educación,* México, oct. 1912.

Homenaje a don Justo Sierra. México, Secretaría de Educación Pública, 1962.

"Homenaje de la Universidad de La Habana a don Justo Sierra". (Marzo 17 de 1945. Discursos de Clemente Inclán, Roberto Agramonte, Raymundo Lazo, Rosa María García, Juan M. Dihido y José Angel Cenicero), en *Universidad de La Habana,* (La Habana, I-VI-45).

KRESS, DOROTHY MARGARET: "Justo Sierra: estudio de valoración de un maestro" en *El Libro y el Pueblo,* mar., 1934.

MARTTÍNEZ, JOSÉ LUIS: "Aspectos de Justo Sierra" en *La expresión nacional,* México, Imprenta Universitaria, 1955.

MÉNDEZ DE CUENCA, LAURA: "Lic. Justo Sierra" en *Diez civiles notables de la historia patria,* México, Sría. de Instrucción Pública y Bellas Artes, 1914.

MONTERDE, FRANCISCO: "Prosa literaria del maestro Justo Sierra" en *La dignidad del Quijote.* México, Imp. Universitaria, 1959.

"Justo Sierra y sus obras", en *Universidad de México.* vol. II, 15 (México D. F., XII-1947).

O'GORMAN, EDMUNDO: *Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México, 1910.* México, Centro de Estudios Filosóficos, 1950.

RAMOS, SAMUEL, "La filosofía en el siglo XX. Justo Sierra", en *Historia de la Filosofía en México,* México, Imprenta Universitaria, 1943 (Biblioteca de Filosofía Mexicana, X).

RUIZ GAYTÁN, BEATRIZ, "Justo Sierra y la Escuela de Altos Estudios", en *Historia Mexicana,* XVI, 4 (México, D. F., abril-junio de 1967).

SILVA HERZOG, JESÚS, "Justo Sierra. Sus ideas económicas", en *Memorias de El Colegio Nacional,* 6, 6. (México, D. F., 1951).

URUETA, JESÚS: "Discurso pronunciado en los funerales de don Justo Sierra" en *Conferencias y discursos literarios,* México, Cultura, 1919.

URBINA, LUIS G.: *La vida literaria en México.* México, Edit. Porrúa, 1946.

—*Hombres y libros.* México, El Libro Francés, 1923.

VARIOS: *Ofrenda.* Organo del Comité Pro Centenario del Maestro Justo Sierra, Campeche, enero, 1947.

VARIOS: Homenaje a don Justo Sierra. México, Biblioteca del Consejo Nacional Técnico de la Educación, 1962.

YÁNEZ, AGUSTÍN: "Don Justo Sierra, su vida, sus ideas y su obra" en *Poesías,* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1948.

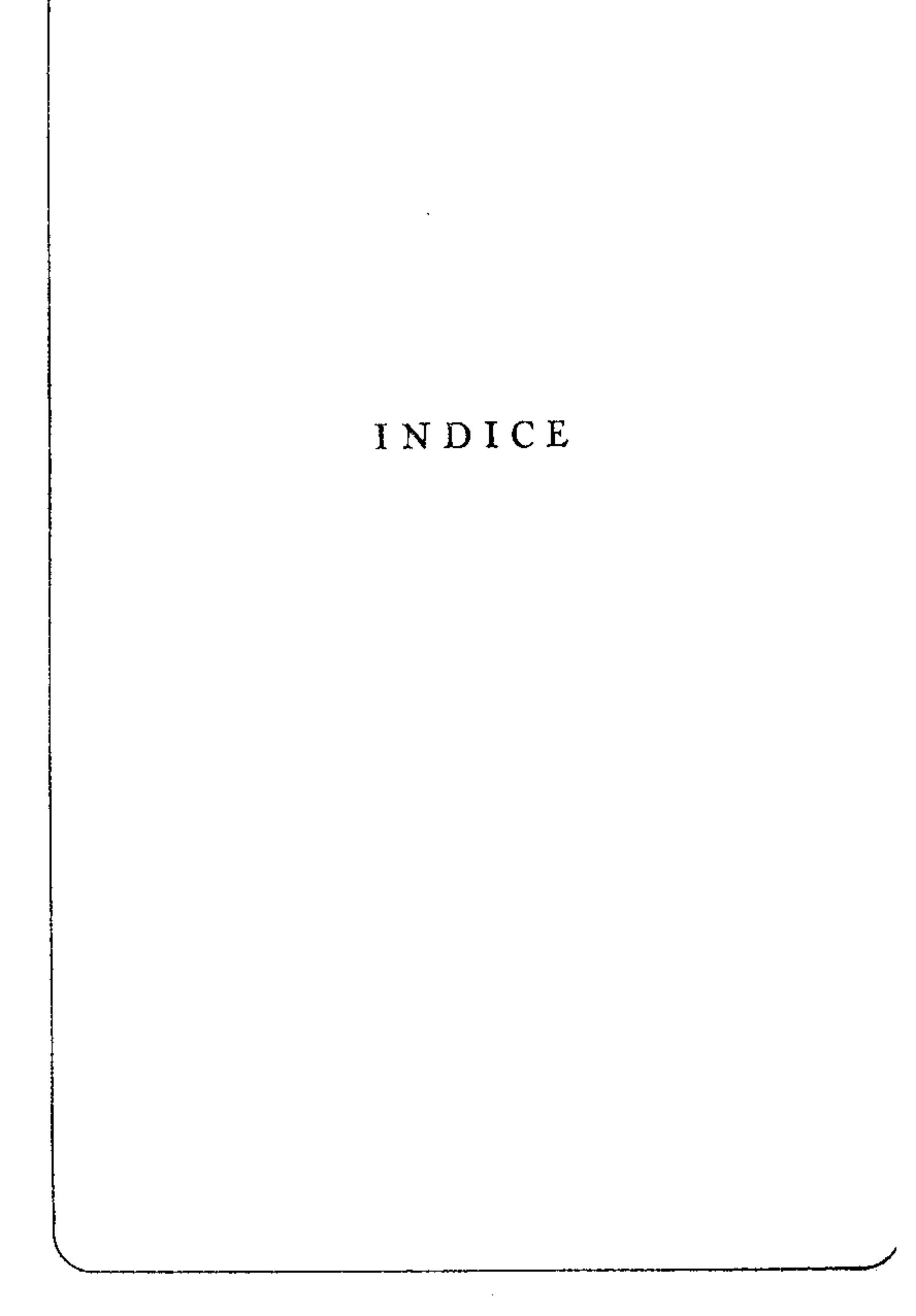
"La raíz filosófica de don Justo Sierra. Discurso pronunciado en el acto en que la Universidad Nacional Autónoma de México proclamó Maestro de América a don Justo Sierra, el 19 de Enero de 1948, en *Universidad de México,* vol. II, 15 (México, D. F., XII-1948).

ZAVALA, SILVIO: "Tributo al historiador Justo Sierra" en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia,* t. V. N. 4, 1946.

ZERTUCHE, FRANCISCO M.: "Vida y obra. Justo Sierra, 1848-1912" en *Armas y Letras,* México, enero, 1948.

—"Bibliografía de Justo Sierra" en *Armas y Letras,* mayo, 1965.

—Bibliografía General de don Justo Sierra. México UNAM, 1969.



INDICE

LIBRO PRIMERO

LAS CIVILIZACIONES ABORIGENES
Y LA CONQUISTA

LIBRO SEGUNDO

EL PERIODO COLONIAL Y LA INDEPENDENCIA

LIBRO TERCERO

LA REPUBLICA

PRIMERA PARTE: LA ANARQUIA (1825-1848)

SEGUNDA PARTE: LA REFORMA

MEXICO SOCIAL Y POLITICO

(APUNTES PARA UN LIBRO)

Editorial: BIBLIOTECA AYACUCHO, 1977
Lugar de edición: Caracas, Venezuela